

 **El abrazo
del monstruo** Félix J.
Palma



DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria

Primera parte. El secuestro

Cita

1. Mientras
2. El miedo es más rápido que la luz
3. Y después la corta en pedacitos
4. El destrozarrodivas
5. Jamás permitiré que seas de otro
6. ¿Qué clase de cabrón no haría eso por su hija?
7. Almas gemelas
8. Las obsesiones no tienen fecha de caducidad
9. Poderes mentales
10. Un clavo ardiendo
11. Solo faltas tú
12. ¿Instinto de supervivencia?
13. Un lector voraz
14. La forma en la que me mira

15. Pequeños experimentos con el alma humana (I)
16. La hija del basurero
17. Hasta el cambio de las estaciones
18. Antes de que se quemara la cena
19. Una mañana en el zoo
20. Los hermanos Arce contra el Monstruo
21. Un desliz imperdonable
22. Un simple policía con un futuro prometedor
23. El pozo del dolor
24. En gran estima
25. Tanteos
26. Una niña muy mala
27. Infiernos particulares
28. Un triste antídoto
29. Tres días de lluvia
30. ¡Que viene el monstruo!

Segunda parte. El Monstruo

Cita

31. El único culpable
32. Los ojos de la muerte
33. Pequeños experimentos con el alma humana (II)
34. Los lugares comunes
35. Una cita de negocios entre cocoteros
36. Cosas que pasan
37. Vamos a contar mentiras

Tercera parte. Kétchup y ámbar

Cita

38. Another Day in Paradise
39. Plan de fuga
40. Un beso de buenas noches

Epílogo. El despertar
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Diego Arce es un reconocido escritor de novelas de misterio que no atraviesa su mejor momento. Desde la publicación de su primera novela, que lo catapultó a la fama, no ha conseguido reproducir el mismo logro y, después de muchas presiones y de otros tantos fracasos literarios, accede a los ruegos de su editor para resucitar en una nueva entrega al personaje al que debe su éxito: un psicópata apodado «el Monstruo» que secuestraba a niñas en la Barcelona modernista.

Pero una noche, mientras Diego y su mujer asisten a una fiesta, alguien decide llevar la ficción a la realidad y revivir al Monstruo secuestrando a la hija de Diego, Ariadna, de siete años, y en un juego macabro, proponer a Diego tres pruebas que deberá superar en directo a través de internet, si quiere recuperar a su hija. Comienza así una terrible carrera en doble dirección para descubrir quién está detrás del secuestro. Al mismo tiempo que debe demostrar al mundo hasta dónde es capaz de llegar para salvar a su hija, Diego también tendrá que reconstruir su vida, con la ayuda de su mujer y del inspector Gerard Rocamora, para descubrir en su pasado quién puede desearle tanto mal.

El abrazo
del monstruo

Félix J.
Palma

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1452

A MJ, que me mantiene vivo con su respiración

Primera
parte

El secuestro

Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan.

STEPHEN KING

1

Mientras

Porque nada sucede solo, en el mismo momento en que su hija era secuestrada, Diego apuraba su tercera copa de vino de la noche. Antes de tomar otra, se recordó a sí mismo que había prometido no beber demasiado. En él, el alcohol tenía más efectos que la simple borrachera. Por desgracia, era una promesa difícil de cumplir, ya que se encontraba en el XII Congreso Internacional de Novela, un evento de cierta resonancia que todos los años celebraba puntualmente en Barcelona la editorial Limbo, con el objeto de tomarle el pulso a la narrativa actual, si tal cosa era posible. Diego no solía participar en congresos literarios porque odiaba teorizar sobre literatura en general y sobre la escritura de sus novelas en particular, especialmente sobre la de *Sangre y ámbar*, su primera obra, la novela que diez años atrás, como la varita de un hada despistada, lo había convertido para su sorpresa en un escritor superventas. Cómo y por qué la había escrito era un secreto que pensaba llevarse a la tumba, pesara a quien pesara. Si este año había aceptado participar en el evento era porque sabía que Armand Tejada, su escurridizo editor, también se dejaría ver por allí, lo que le ofrecía la oportunidad perfecta de propiciar alguna charla fortuita en la que poder contarle el argumento de su nueva novela.

Por desgracia, los tres días de congreso habían transcurrido sin que se lo

hubiera encontrado vagando a solas por los pasillos, de modo que el cóctel de despedida era la última ocasión de que disponía para lograr llevar a cabo su misión. Diego había acudido del brazo de Laura, su mujer, y durante un rato, ambos habían deambulado por el fastuoso salón del hotel, fingiendo alternar mientras él trataba de distinguir la menuda figura de Tejada entre la concurrencia. Cuando al fin había atisbado su reluciente calva, experimentó el mismo regocijo que debían de sentir las urracas al vislumbrar algo brillante. Pero antes de poder iniciar ninguna maniobra de aproximación, se había visto rodeado de un grupo de colegas con ganas de cháchara. También venían escoltados por sus parejas, una de las cuales enseguida pegó la hebra con Laura. Su mujer podía hablar de cualquier cosa con cualquier persona en cualquier momento, así estuviera en la proa del *Titanic* mientras se iba a pique, y aunque Diego consideraba aquello como una especie de don, esa noche habría preferido que Laura estuviera afónica o directamente fuera sordomuda. Resignado a permanecer embarrancado en aquella esquina del *hall*, a escasos metros de su objetivo, atrapó al vuelo su tercera copa de la noche de la bandeja de un camarero y, después de propinarle un ávido trago, sonrió a sus colegas tratando de mostrar la misma relajada despreocupación que ellos.

Tras los saludos de rigor y unas cuantas generalidades sobre los predecibles derroteros del congreso, cuya única utilidad parecía ser llenarle los bolsillos a los ponentes, la conversación, como inevitablemente ocurría siempre que él estaba presente, derivó hacia *Sangre y ámbar*, su exitosa novela.

—Si os digo la verdad, por mucho que quiero a mis tres hijos, no sé yo si para salvarles la vida podría haber superado algunas de las pruebas que Diego plantea en su libro.

Quien con esa descarnada sinceridad hablaba, teniendo cuidado de que no lo oyera la mujer que lo acompañaba, la presunta madre de los mencionados vástagos, era Lázaro Ortega, un sesentón de cabellera blancuzca con una frondosa trayectoria como novelista a sus espaldas. En su lista de propósitos para el año nuevo, Diego siempre incluía, entre apuntarse al gimnasio y a algún curso de cocina, la lectura de *Los cárdenos cabestros*, la novela que,

allá por los ochenta, había consagrado a Ortega. Pero los años se sucedían uno tras otro y, a esas alturas, lo único que podía decir en su descargo era que, de momento, tampoco estaba en forma ni sabía cocinar.

—Sí, yo opino igual —lo secundó Guillermo Fraile, uno de los superventas de la editorial Limbo, cuya mujer había abducido a Laura.

Fraile era profesor de no recordaba qué universidad y en sus ratos libres, que debían de ser muchos, escribía novelas históricas, unos intimidantes tochos sobre el imperio romano, las cruzadas o las correrías de Gengis Kan, que devoraba un montón de gente. Había coincidido con él en otras ocasiones y había podido comprobar *in situ* que era de esa clase de individuos a los que el conocimiento le rebosa por las orejas. Diego admiraba a todo aquel cuya memoria semejaba un pozo sin fondo donde parecía caber todo el saber del universo, quizás porque la suya tenía las dimensiones de un pastillero, y solía preguntarse cómo sería moverse por un mundo con la tramoya al aire. Estaba convencido de que, si algún día, por un terrible casual, todas las bibliotecas del planeta ardían a la vez, el conocimiento de la especie humana perviviría custodiado bajo el cráneo de hombres como Fraile.

—Yo, desde luego, no habría podido realizar la primera prueba del primer padre —le oyó confesar sin empacho.

Tras eso, Fraile soltó una carcajada, casi un graznido, al tiempo que hacía circular su móvil entre los presentes. Cuando llegó a manos de Diego, y este vio la foto de un gran danés tumbado sobre una alfombra, pudo entender el chiste. Devolvió el móvil a Fraile con una risita forzada.

Siempre ocurría igual. Cuando se hablaba de su novela, nadie cantaba las alabanzas de su prosa o la firmeza de los arbotantes que sostenían la trama. Qué va. De lo único que hablaban era de las pruebas, de las malditas pruebas. Aquellos macabros retos que el Monstruo imponía a los padres de las niñas secuestradas eclipsaban todo lo demás, ya fueran virtudes o defectos.

—Menos mal que cuando leí *Sangre y ámbar* mis hijas eran mayores —comentó Darío Pardo, el tercer escritor del grupito, un poeta que, cansado de que lo leyeran cuatro gatos, el año anterior se había descolgado con una voluminosa novela, logrando algo más difícil todavía: que el número de mininos disminuyera—. Si alguna de ellas hubiera tenido siete años en aquel

momento, creo que no habría podido acabarla.

Ni yo, pensó Diego. De hecho, ahora que Ariadna tenía justo esa edad, tampoco habría podido escribirla. ¿Cómo iba a describir aquellas escenas en las que el malvado cirujano torturaba a niñas de la edad de su hija, con ella durmiendo en la habitación de al lado?

—¡Y quién podría! —se solidarizó Ortega—. Cuando tienes una hija, todas las niñas del mundo se convierten automáticamente en tu hija. Es la magia de la paternidad.

Todos se apresuraron a asentir, tras lo cual hubo un momento de reflexivo silencio, que Ortega volvió a romper:

—El Juego de los Retos. ¡Qué idea tan sencilla y macabra! —celebró, como si se le hubiera ocurrido a él.

Aludió entonces a las tres pavorosas pruebas, cada una más horrible e insoportable que la anterior, que los padres debían realizar en el teatro del Liceo, ante toda la sociedad barcelonesa de principios del siglo XX. Si la superaban, el Monstruo les devolvía a sus hijas sanas y salvas, pues significaba que eran dignas de ellas. Pero si no, el secuestrador obligaba a realizar la prueba a la propia niña, y luego, si sobrevivía, la mataba asfixiándola con sus propias manos.

—Y así, las pobres niñas morían sufriendo en carne propia la cobardía de su progenitor, convencidas de que no las habían amado lo suficiente como para evitarle aquel suplicio... —exclamó Ortega, meciendo su nevada cabeza con estupor—. ¡Diantres! ¿Cómo no va a preguntarse el lector qué habría hecho él en su lugar, qué retos habría sido capaz de superar y cuáles no por el amor de su hija? —Dejó que la pregunta flotara unos segundos en el aire, y luego, señalando a Diego con un dedo acusador, remató—: Esa es la clave del éxito de tu novela. El morbo que provoca descubrir las propias debilidades desde la seguridad de tu sillón mientras otro desgraciado sufre las consecuencias. ¡Brillante, Arce, sencillamente brillante!

Diego le agradeció sus exaltados elogios con una sonrisa resignada. No es que aspirara a que le dijeran que poseía una escritura refulgente y desgarradora capaz de despertar en el lector una emoción estética como nunca antes había experimentado, pero al menos le habría gustado que celebraran su

nervio narrativo, alguna metáfora oportuna, algún ocasional destello de talento. En definitiva, que no lo admirasen únicamente por haber encontrado una premisa resultona que obligaba al lector a juzgarse a sí mismo, y haber imaginado un puñado de retos idiotas que a cualquier inquisidor, matón del tres al cuarto o profesor de gimnasia con un punto sádico se le habría podido ocurrir. Pero ya se había acostumbrado a que fuera así. De hecho, nadie hablaba nunca de *Dentro del aire*, la siguiente aventura del inspector Oriol Nevado, y mucho menos de *Los peces abisales*, la novela que había visto la luz a principios de año y en la que lo había dado todo. No, solo hablaban de *Sangre y ámbar*, que se había publicado hacía ya diez años. Era como si, desde entonces, en vez de escribiendo más novelas, hubiera estado haciendo calceta.

—Oye, Diego, ¿tienes pensado traer de vuelta al Monstruo en una próxima novela para que acabe lo que empezó? —le preguntó entonces Pardo.

Diego dio un trago antes de responder.

—Bueno, nunca puede decirse de esta agua no beberé —dijo al fin, evasivo.

—No olvides que no pudo completar su obra, que le impediste conseguir la última pieza de su plan —añadió su colega, lanzando una mirada significativa hacia Laura.

—Yo no. Nevado —puntualizó Diego.

Pardo soltó una carcajada.

—Es cierto, es cierto. Fue Nevado —aceptó cuando dejó de reír—. El inspector se lo impidió encerrándolo en aquel horno. Y para traerlo de vuelta, tendrías que explicar cómo logró escapar de allí, algo que quizás ni siquiera sepas —concluyó con una sonrisa socarrona.

—¡Oh, seguro que lo sabe! —intervino Ortega—. No habría escrito ese final si no lo supiera. ¡Eso sería como hacer trampas!

Diego hizo un gesto vago que no significaba nada y tomó un nuevo trago de vino para prolongar aún más el silencio posterior, con la esperanza de que alguien cambiara de tema. No hubo suerte.

—Oye, Diego, ¿y es verdad que te niegas a vender los derechos de *Sangre y ámbar* para el cine? —preguntó ahora Fraile—. Dicen por ahí que la

mayoría de las productoras te han ofrecido cantidades indecentes por ellos.

«Dicen por ahí» era una bonita forma de referirse a Tejada, su editor, que, después de intentar convencerlo de que vendiera los derechos de todas las maneras posibles, se dedicó a paliar su disgusto despotricando sobre su cerrazón en los mentideros literarios.

—El cine y la literatura son medios muy distintos —respondió Diego—, y si alguien hiciera una película de *Sangre y ámbar* el resultado sería de una pobreza tal que seguramente me parecería insultante. Prefiero ahorrarme ese mal trago y que cada lector ruede su propia película en su cabeza.

Durante unos segundos, todos lo observaron con una mezcla de recelo y curiosidad, como si admirasen un ave exótica.

—Pues a mí me da que estás tramando la vuelta del Monstruo —retomó el incombustible Pardo, dándose un par de toquecitos con el índice en la nariz—. Tengo un sexto sentido para estas cosas. El cirujano sangriento asolará de nuevo la Ciudad Condal, ¿verdad?

Diego lo fulminó con la mirada.

—En ningún momento he dicho eso —respondió en tono cortante.

El exabrupto cogió desprevenidos a sus colegas. Ortega y Fraile lo observaron con perplejidad, mientras los labios de Pardo se arrugaban en un rictus ofendido.

—Pero tampoco has dicho lo contrario —murmuró como para sí.

Se hizo un silencio desagradable. Diego se arrepintió del tono desabrido que había empleado con el pobre poeta, pero no había podido evitarlo. Siempre que le preguntaban sobre la vuelta del Monstruo reaccionaba como una rata acorralada, e inevitablemente acababa lanzando una dentellada a ciegas. Por suerte, Ortega, que a causa de sus años debía de estar curtido en todo tipo de conversaciones embarazosas, conjuró el incómodo silencio cambiando de tema, como si a ninguno de ellos le hubiera molestado su aspereza. Diego decidió actuar también de la misma manera, y al poco, aliviado de que se hubieran olvidado de una vez de su novela, se volvió hacia Laura e intentó integrarse en la animada charla que mantenía con la esposa de Fraile.

—... y el médico me dijo que jamás había visto unas hemorroides internas

como las mías —estaba diciendo la mujer en aquel momento—. ¡Eran como un racimo de uvas de buen tamaño!

Diego necesitó de toda su capacidad de abstracción para que la comparación de la señora no cuajase en su mente.

—¿En serio? —se interesó Laura—. Has debido de pasarlo muy mal.

—Ay, hija, ni te imaginas... Por cierto, ¡tengo las fotos de la colonoscopia en el móvil! Espera, que te las enseñe. No te importa, ¿verdad? Como tú eres médico...

—Bueno, no es precisamente mi especialidad, ya sabes que soy pediatra, pero si quieres...

Contra su voluntad, Diego dio un giro de cuarenta y cinco grados y volvió a quedar enredado en la conversación con sus colegas, que gracias a los dioses no tardó en languidecer. Media hora después, la gente empezó a evacuar la sala y eso acabó por desintegrar al grupito, cual nubecilla desmigada por la brisa del verano. Mientras se despedía de sus colegas, Diego, que no había dejado de vigilar a Tejada, vio que el editor y su esposa se encaminaban a la cola del guardarropa. Agarró a Laura del brazo y ellos también se dirigieron hacia allí, llegando incluso antes, ya que al parecer a Tejada aún le quedaba gente de la que despedirse. Finalmente, por el rabillo del ojo, Diego registró como la pareja se sumaba a la cola tres o cuatro turnos por detrás de ellos. ¡Bien!, se dijo. Ya lo tenía a tiro. Estaba vez no se le iba a escapar.

Cuando llegó al mostrador, recuperó la chaqueta de Laura y mientras la ayudaba a ponérsela, aspiró la suave fragancia que exhalaba su nuca: un perfume leve, evocador, con suaves notas de mandarina. El perfume que no había dejado de envolverla desde que la conocía, y que, con el tiempo, se había convertido en un bálsamo para él, un aroma que al inundar sus fosas nasales le anunciaba que todo estaba bien, que su mundo giraba de la forma correcta. Echó una disimulada ojeada a la fila y calculó lo que Tejada tardaría en alcanzar el mostrador. Para ganar tiempo, desovó un tierno beso en la nuca de su mujer. Laura se giró y lo contempló con extrañeza:

—¿Y eso?

—¿No puedo besar a mi mujer?

—Sí, claro...

—Estás preciosa esta noche.

Y no mentía; en realidad, se quedaba corto: su mujer estaba espectacular. Había escogido para la velada un etéreo vestido negro que le dejaba la espalda al descubierto y acentuaba el aire de fragilidad de su menudo cuerpo, izado para la ocasión sobre unos tacones que le otorgaban el grácil caminar de las garzas. Se había peinado hacia atrás el cabello castaño, que siempre llevaba cortado estilo paje, lo cual realzaba sus angulosas y exquisitas facciones y alargaba aún más su delgado y níveo cuello, que parecía haber sido concebido para mortificar a los vampiros. Y por si fuera poco, en aquel preciso instante la luz del vestíbulo incidía directamente sobre sus ojos color ámbar, convirtiendo sus iris en dos anillos de oro líquido, casi incandescente. Al poco de conocerse, y después de que él aventurara una torpe y tímida metáfora sobre el incendio que el atardecer estaba prendiendo en sus ojos, Laura le había explicado, con el aire docto de los versados en la materia, que el ámbar auténtico era un gen recesivo, un tono difícilísimo de encontrar que solo poseía un dos por ciento de la población. Ahora reflejaban una ligera sorpresa que hacía parecer más joven a su dueña. Hasta la habría hecho parecer más vulnerable de no ser por que el rictus suspicaz de sus labios desmentía cualquier posible fragilidad.

—Gracias. Tú tampoco estás mal —le devolvió el cumplido ella.

Diego la cogió por una mano y la hizo girar sobre sí misma.

—¿Este vestido es nuevo?

—Lo compré hace dos años.

—Pero no te lo has puesto mucho.

—Solo unas veinte veces.

—Ya. Lo que pasa es que tu belleza es tan espectacular que hace palidecer cualquier vestido que te pongas. Es como si la ropa desapareciera bajo tu resplandor. A veces creo que podrías ir desnuda y nadie se daría cuenta de la diferencia.

—Vale. ¿Qué te pasa?

—¿Vamos dando un paseo hasta la fiesta de Los Tilos?

—¿Andando? ¡Pero si tú eres un adicto a los taxis!

—Bueno, por una vez puedo hacer una excepción. Sobre todo cuando la noche se presta a un paseo romántico. —Le sonrió Diego. Fingiendo consultar su reloj, observó que en aquel instante Tejada ayudaba a su mujer a colocarse una aparatosa estola de piel sobre los hombros, operación que no carecía de complicaciones, dado que Armand poseía un cuerpecillo de *jockey* y Margarita una estatura de torreón—. ¿Te apetece o estás cansada?

—No, no, la verdad es que me apetece caminar, y además está cerca... —dijo Laura, en un tono algo más dulce—. A la distancia justa para un paseo romántico —añadió, coqueta.

—¡Pues no se hable más! Adelante, doctora Folch —exclamó Diego, mientras le cedía galantemente el paso hacia la acristalada entrada del hotel —, la noche es joven y nosotros todavía no estamos demasiado decrepitos. Anda, mira. ¡Marga, querida! —saludó con una sonrisa—. ¡Armand!

El matrimonio Tejada se detuvo junto a ellos.

—Diego... —murmuró el editor.

—¡Hola, hola, hola! —saludó cariñosamente Margarita, lanzando besos al aire con sus gordezuelos dedos remachados de anillos—. Laura, ¿cómo estás?, ¿no hemos podido hablar en toda la noche!

—Es verdad, había tanta gente... Estoy bien, gracias, ¿y tú?

—Pues te confesaré que la faja me está matando, pero nada que no pueda arreglarse con un par de tequilas. —Rio atronadoramente.

—¿Vais a la fiesta de Los Tilos? —intervino Diego.

Armand asintió con expresión inescrutable.

—Nosotros también —celebró Diego—. Justamente le proponía a Laura ir dando un paseo. ¡Hace una noche preciosa!

—Nosotros también vamos a ir *caminando* —resopló Margarita, poniendo los ojos en blanco—. ¿Te imaginas? ¡Con estos tacones! Pero ya sabes cómo es Armand, odia tomar cualquier tipo de transporte para un trayecto de menos de cincuenta manzanas. Es un adicto al deporte. Si no fuera porque vamos de punta en blanco me obligaría a ir haciendo *footing*. —Volvió a reír con estrépito.

—No soy adicto al deporte —gruñó su marido—, solo me gusta estar en forma. Y si tú te movieras un poco más, no tendrías que llevar esa faja que te

hace sufrir tanto.

—Pero la faja solo me hace sufrir *una* noche, ¡tú sufres *todos* los días *dos horas* en el gimnasio! No hay comparación, tonto —zanjó su mujer de buen humor, dándole un golpecito amistoso en el brazo—. Los hombres no piensan con lógica —le dijo a Laura en un aparte cómplice.

—Bueno, entonces vamos todos juntos, ¿no? —recapituló Diego, sonriendo y evitando cruzar la mirada con la de su mujer.

Una brisa dulce, sin ningún rastro ya del bochorno estival, recorría la Diagonal como una corriente marina. A aquellas horas tardías, el tráfico se había descongestionado y los coches fluían con la elegancia de un *ballet*. No podía decirse que los envolviera el silencio, tratándose de una ciudad como Barcelona, pero sí los mecía una especie de ronroneo lejano, casi narcótico. Una sensación que contribuían a reforzar los ciclistas y corredores nocturnos que circulaban por las anchas aceras de la avenida, bajo la luz de relicario de las farolas, haciendo que el deporte, más que un esfuerzo, pareciera una actividad serena y plácida, casi flemática. Con ellos se cruzaba nuestro cuarteto de paseantes. Los dos hombres iban a la cabeza, como líderes de la manada, y las dos mujeres detrás, enredadas en un cotorreo insustancial que en aquel momento Marga, bamboleándose peligrosamente sobre sus altos tacones, decidió interrumpir para protestar sobre el ritmo exageradamente atlético que su marido había impuesto al paseo.

—¡Armand, *per l'amor de Déu*, que no nos estamos preparando para las olimpiadas!

Sin darse por aludido, Tejada siguió caminando a la misma velocidad mientras se afanaba en hilvanar con Diego una charla cordial sobre las veleidades de la climatología. Pero no era algo que resultara tan sencillo como parecía, debido a los numerosos altibajos que su relación había atravesado desde que, una década antes, el editor le entregara a Diego un sustancioso cheque por *Sangre y ámbar*. Los ceros que se amontonaban en aquel rectángulo de papel noquearon al escritor, cuyos sueños tenían como tope la publicación. Nunca pensó que la literatura pudiera hacerle rico, pero

tras el éxito arrollador de *Sangre y ámbar* comprendió que inevitablemente iba a serlo, entrara o no en sus planes.

La novela superó todas las expectativas, convirtiéndose en un fenómeno de ventas que arrastró a Diego por toda Europa como un antiguo buhonero, en una campaña promocional que se dilató casi dos años, a los que luego hubo que sumar otro más de gira por las principales librerías y universidades norteamericanas cuando *Sangre y ámbar* se publicó en la lengua de Shakespeare, de la mano de la prestigiosa Simon & Schuster. Durante aquel tiempo apenas vio a Laura lo justo para dejarla embarazada. Sin embargo, antes de que terminara el primer año y en plena vorágine, Tejada ya lo estaba acosando para reclamarle una nueva aventura de Oriol Nevado, el inspector de policía que había intentado cazar al Monstruo en aquella Barcelona convulsa de principios del siglo XX. No podían dejar que las cosas se enfriaran, había que sacar al mercado otra novela cuanto antes, le decía su editor entre aeropuerto y aeropuerto. El mundo editorial era terriblemente caprichoso, lo que gustaba hoy podía no gustar mañana, y las oportunidades había que atraparlas al vuelo. Agotado pero con el ego por las nubes, Diego asentía, como quien le da la razón a un loco. Estaba convencido de que tenía todo el tiempo del mundo a sus pies. Pero después del segundo año, la insistencia de Tejada había subido alarmantemente de intensidad, de manera inversamente proporcional a lo que había bajado el interés por su libro y su persona.

Así que, una vez amainaron los vientos promocionales, Diego no tuvo más remedio que sentarse al ordenador y enredar a Nevado en otro caso. Tras un par de semanas sopesando posibles historias, decidió inspirarse en un caso de *poltergeist* que había ocurrido a principios del siglo pasado en una casa de la calle Francisco Giner, en el barrio de Gracia, e hilvanó una historia de médiums y fantasmas en la que Nevado se enfrentaba a lo sobrenatural, aunque al final, en una vuelta de tuerca que él mismo consideraba inverosímil y un tanto aparatosa, se descubría que todo era un gran fraude. El argumento no estaba ni de lejos tan trabajado como el de la novela anterior, pero entre que estaba convencido de que sus lectores disfrutarían con cualquier cosa que le sucediera a Nevado y que con su paternidad recién estrenada tampoco

disponía de mucho tiempo para atarlo todo mejor, lo dio por bueno, se remangó y se puso a escribirlo sin pensar más que en acabarlo cuanto antes, como el niño que escribe su castigo en la pizarra.

La novela, titulada *Dentro del aire*, se publicó a comienzos de 2013, pero, para su sorpresa, no vendió ni la cuarta parte de *Sangre y ámbar*. Los lectores se sintieron decepcionados. No había tensión, no había emoción y, sobre todo, no había un villano a la altura de Nevado, alguien que lo pusiera en jaque, alguien que lo llevara al límite, que trasladara su enfrentamiento al terreno de lo personal. La crítica, por su parte, que parecía haber estado esperando una nueva novela de Diego afilándose las garras, la despedazó con más saña aún que a la primera. El inesperado curso de los acontecimientos también pareció coger a Tejada fuera de juego, pero el fogueado editor enseguida se rehízo. Le dijo a Diego que no se alarmara, que aún no estaba todo perdido. Solo tenía que traer de vuelta al Monstruo. Eso era lo que sus defraudados lectores clamaban en los foros y en los blogs, que volviera el Monstruo. Estaba convencido de que una nueva novela sobre el carismático y siniestro villano lo auparía de nuevo a lo más alto de las listas de ventas, salvaría los muebles, permitiría a la editorial recuperar todo el dinero invertido en él, y su nombre volvería a estar en la cresta de la ola. ¿Acaso el regreso del Monstruo no era algo que Diego había previsto desde el primer momento? ¿No lo había dejado escapar con vida al final de *Sangre y ámbar* para que pudiera volver en el futuro a lo grande, más peligroso y cruel que nunca?

Diego no confirmó las sospechas de Tejada, aunque tampoco las desmintió. Se limitó a murmurar que quizás, algún día, el Monstruo regresaría para cobrarse su venganza. Pero, por lo que a él concernía, Tejada podía decir misa. Ya había decidido que su siguiente novela ni siquiera sería un nuevo caso del inspector Nevado. Sería algo totalmente distinto. El unánime rapapolvo de la crítica le había dado donde más le dolía: en pleno ego. Y ahora solo tenía un propósito en la vida: demostrarle al mundo, pero sobre todo a sí mismo, que era un buen escritor, un escritor digno de pasar a la posteridad, de figurar entre los grandes. *Sangre y ámbar* le había dado fama y dinero, y también le había servido para aquel otro propósito que solo él conocía, pero no le había proporcionado respeto ni prestigio. De hecho, pese a

sus multitudinarias ventas, los críticos la consideraban una novela demasiado efectista, que escondía su incompetencia para el retrato de personajes y otras debilidades bajo la explícita brutalidad de algunos de sus pasajes. Pero él podía escribir sin recurrir a trucos baratos. No los necesitaba para embrujar a los lectores. Sí, había llegado el momento de asombrar al mundo con una obra maestra. Escribiría una novela policiaca que transcurriera en la actualidad, sustentada sobre una trama mínima pero con unos personajes llenos de aristas que le permitiera hablar de la condición humana poniendo toda la carne en el asador, una novela de prosa remolona y argumento inaprensible que retratará el siglo en que vivían con la mirada lúcida y sensible de los clásicos.

Aquello, sin embargo, no convenció a Tejada, que trató de disuadirlo de todas las formas que se le ocurrieron. Probó los ruegos, el chantaje, tanto económico como emocional, los gritos, los insultos. De no tener que doblegarse a un mercado pendiente del morbo él no hubiera publicado jamás, llegó a decirle en mitad de una acalorada discusión. ¡Acepta tus putas limitaciones e intenta salvar tu carrera antes de que sea demasiado tarde!

Pero Diego, absorbido como estaba en su nuevo proyecto, no lo escuchaba, o fingía no escucharlo, guardándose aquellos comentarios para cuando pudiera devolvérselos. Quien ríe el último, ríe mejor, ¿no decía eso el refranero? Que Tejada juzgara su gesta de insensata, no hacía más que redoblar su coraje, aumentar su confianza tanto en las bondades de la novela como en su capacidad para llevarla a buen puerto.

Tardó casi tres años en rematarla. Tras concluirla, más que satisfecho con el resultado, se la envió a Tejada y esperó mordiéndose las uñas las tres o cuatro semanas que su editor tardó en leerla. Cuando al fin lo hizo, quedaron para comer y hablar de ella. Para su decepción, Tejada no se mostró tan entusiasmado como Diego había esperado. Alabó algunos detalles del argumento, se perdió en vaguedades, hizo algún chiste sobre alguna escena o el apellido de algún personaje, y de todo aquel paripé para salir del paso Diego dedujo que no le había gustado una mierda. Así las cosas, *Los peces abisales* se publicó sin alharacas de ningún tipo a comienzos de año, con el equipo de la editorial guardando un silencio circunspecto, casi lúgubre, como de velatorio. Diego era el único que parecía albergar esperanzas en su novela.

Pese a la indiferencia de la editorial, la seguía creyendo lo suficientemente digna como para reconciliarle tanto con el público como con la crítica. Por desgracia, lo que hizo fue enemistarlo aún más. Nada más publicarse, la novela se ahogó en el encrespado mar de novedades, sin que ni la editorial ni la crítica le arrojaran un salvavidas. Esta última la calificó de presuntuosa, grandilocuente, aburrida, lenta y no recordaba cuántas cosas más. Ni siquiera cumplía el requisito principal de una obra de ficción, que sí cumplían las dos anteriores: entretener. A los nueve meses de la salida, sin haber gozado de la menor visibilidad, apenas había vendido unos pocos miles de ejemplares, y ya nadie hablaba de ella. Era como si nunca hubiese existido. Podía decirse que lo único bueno que le había deparado aquella obra que había nacido muerta era haber conocido a Rocamora, el inspector de policía que lo había asesorado durante su escritura y que, contra todo pronóstico, había acabado convirtiéndose en uno de sus mejores amigos.

Ante el nuevo descalabro de Diego, Tejada se desentendió definitivamente de él. Por todas partes había autores capaces de plegarse a sus exigencias, escritores dóciles cuya trayectoria podría conducir por donde él creyera conveniente, no tenía por qué seguir lidiando con Diego, al que hacía tiempo que había dado por imposible. Había dejado de llamarlo, y durante el congreso ni siquiera había hecho por saludarlo.

Con semejante historial, era comprensible que a ambos hasta les costara tejer una conversación banal sobre si mañana llovería o no. Pero Diego había propiciado aquel encuentro con un objetivo claro, contarle la trama de su próxima novela, así que se entregó a ello en cuanto se hizo el primer silencio. Se esforzó todo lo que pudo en intentar que el argumento lo entusiasmara, pero mientras caminaban, Tejada lo escuchaba distraído, incluso con aire aburrido, llegando a disimular un par de bostezos. Estaba claro. Nada de lo que Diego pudiera escribir iba a interesarle ya. Era un escritor acabado. Ya no era su protegido, una criatura bendecida por las ventas, con el mundo a sus pies. Ahora era unapestado, una mala apuesta, alguien que no merecía su atención. A menos que...

Tejada se detuvo en seco y lo agarró por el brazo.

—Espera, espera... ¿qué has dicho? Repite eso, por favor.

Diego sonrió con inocencia.

—¿El qué? ¿Lo de que una gaviota se cagó sobre su sombrero?

—¡No, hombre! Lo que has dicho antes.

—Ah, que aquella fría y soleada tarde de diciembre de 1918, con la Gran Guerra recién acabada y los vientos de esperanza soplando por toda Europa, Oriol Nevado contemplaba las sucias aguas del puerto sin imaginar que en ese mismo instante, el Monstruo, acodado sobre la barandilla del barco y con la vista fija en la costa de Barcelona, se dirigía a su encuentro. Y entonces, como en un funesto designio, una gaviota se cagó sobre su sombrero.

—Sí, sí... ¡Sí! —exclamó Tejada, elevando los brazos al cielo, como si hubiera empezado a llover maná.

—¿Qué pasa? —preguntó Margarita, no sin cierta alarma.

—¡Diego está planeando el regreso del Monstruo!

—Por favor... —Marga puso los ojos en blanco—, ¿no podéis dejar de hablar de trabajo ni por un instante?

—Serás cabrón —masculló Tejada entre dientes, mirando a Diego de soslayo mientras reanudaban la marcha—. Y me lo sueltas así, como si nada. No me lo puedo creer. Por fin, *por fin*... —Se llevó las manos a la cabeza, escenificando su incredulidad—. ¡Por fin entras en razón! ¡Me ha llevado ocho años convencerte! ¿Por qué me has hecho sufrir así?

—Bueno, no pretendía hacerte sufrir, Armand —se excusó Diego—. De hecho, siempre te prometí que el Monstruo volvería cuando encontrara una trama a su altura, no antes.

—¡Estaba convencido de que sabías cómo había escapado el Monstruo del horno! —exclamó Armand, eufórico—. ¿Cómo no ibas a saberlo? Tú no eres uno de esos escritores que hacen trampas, ¿verdad? ¡Dios, ardo en deseos de saber cómo te las has ingeniado para sacarlo de allí, si hasta había empezado a arder! —Antes de que Diego pudiera decir nada, Tejada lo mandó callar con un gesto—. ¡No me lo digas! Prefiero leerlo cuando me pases el manuscrito. ¡Vamos a repetir el éxito de *Sangre y ámbar*, ya verás! Ah, Diego, ¡cuántas bocas vamos a callar! Igual que hicimos con la primera, a pesar del ensañamiento de la crítica. Pero nada de eso importó, ¿eh? El Monstruo era un personaje con auténtica magia, ¡joder, parecía tan humano!, y los lectores

perdonaron todo lo demás. Bueno, la mayoría. —Rio—. ¿Recuerdas todas las cartas y correos que recibimos en la editorial quejándose de tus errores de documentación?

Diego tuvo que reprimir una mueca apesadumbrada. Cómo no iba a acordarse. Aquello le había dolido mucho más que las virulentas críticas que la novela había recibido. ¿Tan grave era inventarse algún dato después de haberse tragado un montón de ensayos y manuales para lograr recrear la época con la mayor verosimilitud? No era el primer escritor que adaptaba la realidad a los intereses de la ficción, ni sería el último. No entendía a qué obedecía aquella marea de comentarios puntillosos. Desde su punto de vista, había cumplido con creces. Pero existían más puntos de vista y, por asombroso que le resultara, había lectores para los que los errores históricos socavaban las virtudes de la trama. Diego estuvo tentado de responderles a aquellos puristas que se equivocaban, que no existía ninguna imprecisión en su novela. Sencillamente él había ubicado su historia en un mundo paralelo, donde la cripta de la Sagrada Familia disponía de una única escalera de acceso, los almacenes El Siglo contaban con un falso techo y un polaco llamado Wicus Filipowski había inventado un horno donde cabía una persona. Pero finalmente lo había dejado correr. La novela, pese a sus numerosas imprecisiones, se estaba vendiendo como rosquillas, quién sabía si debido precisamente a ellas. ¿Para qué marear la perdiz?

—Pero cuéntame algo de la trama —le pidió Tejada—. ¿De qué va?

Eso, eso, de qué iba la trama... Diego sonrió unos instantes haciéndose el misterioso, dejando que su editor se cociera en el fuego de la expectación, y luego empezó a desgranar su argumento, primero muy despacio, y luego, a medida que se enredaba en él, cada vez más rápido. Tejada celebraba cada detalle y giro de la historia con aspavientos de admiración y suspiros de éxtasis.

Cuando se dieron cuenta, habían llegado a la altura del Palacio Real. Cruzaron la Diagonal y se internaron por la avenida de Pedralbes. No tardaron en alcanzar la Finca Güell, a cuya cancela se agarraba el mítico dragón forjado por Gaudí, con sus fauces amenazadoramente abiertas, mostrando la serpentina de la lengua. Y nada más doblar la esquina, pudieron ver el

castillito de cuento reconvertido en bar que era su destino. Desde allí podían oír la machacona música que hacía retumbar las paredes, anunciando que la fiesta se hallaba en su apogeo. Una vez dentro no tardaron en comprobar que la música imposibilitaba cualquier acto de comunicación civilizado entre los asistentes, aunque a nadie parecía importarle. Y a Diego menos que a nadie, pues por fin podría dejar de contarle a Tejada la trama de su presunta novela, tan enmarañada que hacía tiempo que había perdido toda esperanza de resultar coherente.

2

El miedo es más rápido que la luz

Nada más salir del local, Laura se arrancó la sonrisa que había lucido durante toda la noche y la sustituyó por un rictus airado. Diego conocía aquella expresión tanto como la temía. Significaba que él, en algún momento de las últimas horas, había hecho algo inconveniente. Generalmente no le costaba adivinar qué había sido, pues casi siempre disponía de un amplio abanico de opciones donde escoger, pero esta vez no tenía ni idea, y el ligero embotamiento del alcohol no favorecía en absoluto la labor detectivesca. Reprimió un suspiro. Su casa se encontraba a unas pocas calles de distancia, un corto y agradable paseo que podría haber empleado en recapacitar sobre el embrollo en el que acababa de meterse con Tejada, y que, sin embargo, iba a tener que malgastar en una absurda discusión con su mujer. Pero sabía por experiencia que postergarla era mucho peor.

—Vale, ¿qué te pasa? —le preguntó una vez que cruzaron la avenida de Pedralbes para internarse por Manuel Girona.

—Nada.

Aunque la cortante respuesta no lo pareciera, Diego sabía que tenía que seguir indagando para que ella pudiera continuar fingiendo que no le pasaba nada, que aquel protocolo absurdo y exasperante era uno de los «encantos» de su mujer. Setenta veces tuvo que preguntarle hasta que Laura consintió en

iluminarle:

—Así que no tienes ni idea de por qué estoy molesta... —murmuró como para sí.

—Veo que al fin lo has pillado —celebró Diego, por ponerle un poco de humor a la situación, a sabiendas de que era una jugada arriesgada.

—¡Fingiste que querías dar un paseo romántico conmigo cuando lo único que querías era hablar a solas con Armand! —estalló ella.

Diego la contempló boquiabierto un instante, antes de conseguir reaccionar.

—Pero, pero... ¿qué dices? ¡No fue culpa mía si justo al salir nos tropezamos con él y Marga en la puerta!

Miró a un lado y otro algo incómodo, ya que no era partidario de montar numeritos en plena calle, pero por suerte, a causa de lo tarde que era y a los pocos bares que había por la zona, su bronca iba a pasarle desapercibida al mundo.

—¿Te crees que soy tonta? —exclamó Laura con voz crispada, deteniendo la marcha únicamente para poder clavarle el dedo índice varias veces en el pecho, como si imitara a un pájaro carpintero—. Sabías que Armand vendría caminando hasta aquí, lo conoces, y lo planeaste todo para hacerte el encontradizo. Por eso te demoraste tanto a la hora de salir del hotel. Qué guapa estás, qué bien te queda ese vestido... ¡Hasta besarme en la nuca formaba parte de tu maldito plan!

—Laura, yo jamás habría ideado un plan tan rastrero para...

—¡Ni se te ocurra negarlo! —lo interrumpió ella—. Te conozco demasiado bien. ¡El gran Diego Arce no podía pedirle simplemente a su editor, el mismo que llevaba meses pasando de él, un minuto de su tiempo para contarle su nuevo proyecto! No, eso habría sido como suplicarle. Y no es tu estilo —le espetó—. Tú tenías que buscar el modo de hablarle de tu próxima novela de forma casual, como si no te importara contárselo, como si, de hecho, le hicieras un favor al hacerlo... un favor que, por cierto, no me has hecho a mí. ¡A mí ni siquiera me habías contado que habías empezado a escribir una nueva novela! ¡Ni que ibas a traer de vuelta al Monstruo! Pero, claro, yo no merezco saberlo. Yo solo soy tu esposa.

—¿Es eso lo que te ha molestado? No he empezado a escribir ninguna novela, Laura, y mucho menos sobre el Monstruo. Eso lo he improvisado sobre la marcha, al ver que Tejada no mostraba ningún interés por...

—¡Me da igual que vuelvas a escribir sobre el Monstruo o no, Diego! ¡No entiendes nada! ¡Eso no es lo que me ha molestado! ¡Lo que me molesta es que nunca me cuentes nada! —exclamó su mujer. Al darse cuenta de que estaba a punto de perder los nervios, hizo un esfuerzo por calmarse y, tras exhalar un par de suspiros, añadió con amargura, a modo de resumen—: A veces siento como si te olvidaras de que formo parte de tu vida.

Y continuó la marcha sin preocuparle si él la seguía o no, o si le caía un rayo encima o no. Diego suspiró hondo unos segundos, recuperando fuerzas, y luego la alcanzó con un trotecillo desgarrado, pero como no se le ocurría qué decir para desbloquear la situación, se limitó a caminar junto a ella en silencio, como si fueran a comulgar. Laura había acertado. De pleno. No sabía por qué se había molestado en negarlo. Su mujer era demasiado inteligente, y él demasiado transparente, al parecer. ¡Y para lo que había servido su ridículo plan! Tejada no había mostrado el menor interés en el argumento de su nueva novela y él se había visto obligado a improvisar. De modo que ahora su editor estaba convencido de que su escritor pródigo había vuelto al redil y preparaba el regreso del Monstruo, y él no había tenido valor para sacarlo de su error durante las más de dos horas que habían pasado en el bar, mecidos por el alcohol y atontados por los ritmos tribales de aquellas canciones modernas. Le había quedado bastante claro que a esas alturas no pensaba publicarle ninguna otra cosa. Así que, le gustara o no, tendría que traer de vuelta al sangriento cirujano, y lo cierto es que la idea no le gustaba. No le gustaba una mierda. Mejor dicho, le aterraba.

Volvió a mirar a Laura, que caminaba con un rictus que parecía una sabia mezcla alquímica de enfado y decepción, y se preguntó qué pensaría su mujer si le confesara la razón por la que durante los últimos años se había negado a volver a escribir sobre el Monstruo. La verdad, no aquella sarta de chorradas artísticas que siempre esgrimía ante Tejada. Que no creía que un escritor debiera ser esclavo de su público o mercenario de su éxito, que solo le debía pleitesía a sus personajes, que ellos eran los únicos dioses a los que debía

adorar, etc., etc. Nada de eso, sino la verdad. La verdad verdadera. Tan escalofriante. Tan irracional.

Pero no podía. Aquella parte de su vida siempre la había mantenido oculta, enterrada. Nunca se había atrevido a contársela a nadie, ni siquiera a ella. Era incapaz de prever las consecuencias que eso podía tener. Seguramente pensaría que estaba loco y lo internaría en algún psiquiátrico.

—Voy a avisar a Virginia de que llegamos en un par de minutos —anunció Laura sin mirarlo, como si informara a Dios Nuestro Señor.

Sacó el móvil del bolso, marcó el teléfono de la canguro y aguardó con el aparato pegado a la oreja. Diego aprovechó el intervalo para ordenar sus pensamientos. ¿Estaba preparado para volver a escribir sobre el Monstruo? No lo sabía, pero si se decidía, lo primero que tendría que hacer era idear el modo en el que había logrado escapar del horno, ya que jamás se había preocupado de pensarlo. Sí, había hecho trampas, ¿qué pasa? Laura se apartó al fin el móvil de la oreja, aburrida.

—No lo coge —dijo, como si aquella fuera la gota que colmaba el vaso de su terrible desencanto hacia la raza humana, o al menos hacia los ejemplares de ella con los que debía interactuar.

Mientras volvía a guardar el aparato en el bolso, Diego decidió dar señales de vida:

—No te preocupes. Seguro que está fumando en la terraza y se ha dejado el móvil dentro.

—Seguramente —resopló Laura—. Algún día tendríamos que decirle que sabemos que fuma, aunque luego se meta en el baño, se lave los dientes y se eche encima medio tarro de perfume barato. Al menos podría limpiar la ceniza de la terraza y no dejar el baño apestando como un burdel.

—Bueno, si no fuera por eso nunca la hubiéramos descubierto —bromeó Diego, sin lograr arrancarle a su mujer una sonrisa cómplice, ni de ninguna otra clase.

Tras unos metros de silencio más, el feo edificio en el que vivían apareció ante ellos. Era un mamotreto enorme construido a finales de los sesenta, con tantos vecinos que Diego estaba convencido de que en los casi diez años que llevaban viviendo allí aún no se había cruzado con todos. Hacía tiempo que se

podían permitir mudarse a alguno de los lujosos bloques de la zona alta, pero aún no lo habían hecho, y no porque a él le faltaran ganas. Diego contemplaba con avidez la recta y empinada avenida de Pedralbes, donde los edificios se iban volviendo progresivamente más lujosos y gráciles a medida que se acercaban a la falda de la montaña, como una metáfora perfecta del esfuerzo que requería el ascenso social, y soñaba con vivir en algún palacete cercano al monasterio que coronaba la cuesta con su añeja cruz de piedra, pero Laura no quería saber nada de sus arrebatos de esnobismo, como ella los llamaba. Así que allí seguían, en un piso amplio y cómodo, al que incluso habían hecho alguna reforma a su gusto, pero que se encontraba muy por debajo de las posibilidades de un escritor superventas.

Atravesaron el portal, se dirigieron a los ascensores y subieron a su planta sin mirarse, como dos desconocidos. Nada más franquear la puerta del piso, Laura se llevó automáticamente una sonrisa a los labios y Diego, pese a las malditas ganas de sonreír que tenía, se apresuró a imitarla, para que la canguro no reparase en que se encontraban en mitad de una bronca conyugal. Ese tipo de cosas eran las que uno no podía resistirse a difundir en Twitter. Pero no les hizo falta representar ningún paripé. Virginia no estaba en el salón, tumbada en el sofá con los zapatos puestos a pesar de que Laura no se cansaba de decirle que así estropeaba la tapicería, y tecleando en su móvil a esa velocidad sobrenatural con que teclean los adolescentes. Por el contrario, la casa se encontraba extrañamente silenciosa.

—¿Virginia? —llamó Laura mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de una silla.

—¡Estoy aquí! —se oyó la voz de la canguro, algo sofocada, proveniente de alguna parte de la casa—. ¡Me he quedado encerrada en el baño!

Diego y Laura se miraron y casi se sonrieron, pero enseguida apartaron la mirada. Se dirigieron apresuradamente al pequeño aseo que había entre el salón y la cocina, que era el que solía usar la canguro.

—¿Estás bien? ¿Desde cuándo llevas ahí encerrada? —indagó Laura.

—Aproximadamente desde las once.

—¿Y Ari?

—Ya estaba dormida en su cama. Creo que no se ha despertado.

Laura suspiró aliviada y Diego le dedicó una mirada cómplice. Todo encajaba. Había acostado a Ari, había salido a la terraza a fumar un par de cigarrillos y luego se había metido en el baño para lavarse los dientes y perfumarse a conciencia. La tenían más fichada que el FBI.

—Es el picaporte, se ha quedado atascado —diagnosticó Laura tras echarle un vistazo.

—Iré a por un destornillador —dijo Diego, solícito—. No creo que sea difícil de...

Su mujer lo miró con escepticismo.

—Cariño, la última vez que intentaste arreglar algo en casa tuvimos que irnos a un hotel tres días. Tú ve a ver a Ariadna, ¿vale? Yo me ocupo de la puerta.

—Como quieras, tú eres la doctora, yo solo soy escritor, y todo el mundo sabe que los escritores acabamos siendo escritores porque no servimos para otra cosa —rezongó él.

Laura disimuló una sonrisa y Diego vio un destello de luz al final del túnel. Dios bendiga a las adolescentes fumadoras y a los picaportes de los baños, se dijo mientras cruzaba el salón en dirección al pasillo opuesto, el que conducía al ala privada de la casa, donde se encontraban los dormitorios y su despacho. Mientras se acercaba, le llamó la atención algo que había tirado en mitad del pasillo. ¿Algún juguete de su hija? ¿Ropa, quizás? No podía distinguirlo bien porque el pasillo estaba sumido en la penumbra, pero, fuera lo que fuera, le extrañó que Virginia no lo hubiera recogido después de acostar a la niña. Solía ser bastante ordenada, al menos allí.

—Ya tengo el destornillador, Virginia. Enseguida te abro —oyó decir a su mujer desde el otro lado del salón en el mismo momento en que él encendía la luz del pasillo.

Al iluminarse el corredor, descubrió con sorpresa que el misterioso bulto era un puñado de hojas manuscritas. Estaban rotas y arrugadas, y componían un montoncito ante la puerta entornada de la habitación de Ari, aunque también había otras desperdigadas a lo largo del pasillo, como un rastro que conducía a la puerta del fondo, donde estaba su despacho. Diego se agachó y examinó con más detenimiento el revoltijo de hojas. Al reparar en la letra, supo de

inmediato, con un escalofrío, qué manuscrito era. El único que había escrito a mano en su vida. Observó entonces que los cortes no eran limpios, sino desgarrones, como si alguna clase de animal salvaje la hubiera emprendido contra él a zarpazos. Y por último reparó en las manchas de color rojo oscuro que salpicaban las hojas e incluso el suelo del pasillo. ¿Era sangre? Se levantó como un resorte mientras el corazón empezaba a latirle con fuerza y le embargaba un repentino sofoco.

—Esto está muy duro, pero creo que podré... —gruñó Laura desde lo que le pareció otra vida.

Diego estiró una mano hacia la puerta entornada del dormitorio de Ari y la empujó muy despacio, con cautela. Mientras lo hacía, sintió que el tiempo se detenía a su alrededor, o más exactamente que él se movía más rápido que el propio tiempo. Era como si sus ansias por descubrir si su hija estaba bien fueran tan acuciantes que le hubieran permitido a su conciencia remontar el lento transcurrir de los segundos, como si el miedo lo proyectara por encima de la velocidad de la luz. Contempló abrirse la puerta, a su propio cuerpo adentrarse en la oscuridad de la habitación y a sus dedos buscar el interruptor de la luz como si él ya hubiese realizado todo eso y se estuviera contemplando a sí mismo con impaciencia desde algún punto del futuro. En vez de iluminar el cuarto de golpe, la luz pareció surgir de la lámpara como una especie de melaza dorada que fue pintando el dormitorio a medida que se extendía. En una lenta floración, vio surgir de las sombras la cama, las estanterías, el pequeño escritorio. Como si la habitación hubiera dejado de existir al apagarse la luz y ahora tuviera que recomponerse. Quizás eso era lo que sucedía siempre, pensó, sin que el ojo humano fuera capaz de apreciarlo. Ahora, sin embargo, el miedo que había brotado en su alma le había concedido el privilegio de mirar como tal vez miraban los dioses.

Finalmente, cuando la habitación se solidificó a su alrededor, Diego comprobó que Ari no estaba en la cama. Las sábanas estaban ligeramente desordenadas, como si se hubiera levantado para ir al baño en algún momento de la noche. Sobre la colcha había más hojas arrugadas y manchadas de sangre. Un grito empezó a treparle por la garganta, pero lo contuvo. Aún no era el momento de ponerse a gritar. Salió al pasillo, sorteó el montoncito de

papeles ensangrentados y entró en el baño principal, pero Ari tampoco estaba allí. Apartó la cortina de la ducha de un manotazo desesperado. Nada. Irrumpió entonces en la habitación vecina, el dormitorio de matrimonio, donde realizó la misma búsqueda infructuosa, y luego corrió a la habitación de invitados. Ari no estaba por ningún lado. Regresó a la habitación y miró esperanzado debajo de la cama. Tampoco. Se abalanzó entonces sobre el armario que había en una esquina del cuarto, lo abrió y apartó con frenéticos zarpazos la ropa colgada. No. Se acercó luego al pequeño baúl donde Ari guardaba los juguetes, dispersó de una brazada el ejército de peluches que acampaba encima y lo abrió. Ari tampoco estaba allí dentro, encogida en plan Houdini. Clavado en mitad de la habitación, Diego lanzó una mirada a su alrededor, sin encontrar ningún otro sitio donde Ari pudiera esconderse, y entonces sí, entonces empezó a gritar.

—¡Ari! ¡Ari!

Emergió de nuevo al pasillo y miró hacia su despacho. Era la única habitación que aún no había registrado. Y hacia ella conducía el rastro de hojas ensangrentadas...

—¡¡Ari!!

—¡Diego, qué ocurre! —oyó preguntar a Laura a su espalda.

No contestó. Caminó con pasos trémulos hacia su estudio, contemplando aterrado cómo a medida que avanzaba las manchas de sangre que salpicaban los papeles y el suelo se hacían más abundantes y grandes; en algunos puntos, hasta formaban inquietantes charquitos. Oyó cómo Laura entraba en el cuarto de Ari, y salía segundos después, aullando su nombre, presa del mismo pánico que él. La sintió a su espalda mientras empujaba con cautela la puerta de su despacho. Desde el umbral, alargó el brazo para encender la luz. Lo que descubrieron les cortó el aliento. Ambos permanecieron en la puerta del despacho, espantados y perplejos, tratando de comprender lo que estaban viendo.

La estancia estaba totalmente cubierta de sangre. Las paredes, las estanterías, los libros, el sillón, incluso el techo. Todo estaba embadurnado de siniestras salpicaduras rojizas, algunas todavía goteantes. Era como si alguien hubiera destripado una vaca allí dentro. Diego posó entonces sus ojos sobre el

imponente escritorio de estilo inglés que había adquirido varios años antes en el Mercado de las Pulgas, durante una visita a París, y observó que el primer cajón, que siempre estaba cerrado con llave, se encontraba ahora destrozado. La madera estaba brutalmente astillada, como si algo hubiera estallado en su interior. Pero lo que más le aterró fue descubrir el manuscrito que custodiaba tirado en el suelo, a pocos pasos de la mesa, como si hubiera cobrado vida y escapado de su prisión por sí solo. Había muchas hojas desgarradas y, en el centro, una enorme oquedad que chorreaba sangre. Parecía como si hubiera dado a luz de forma violenta algo que crecía en su interior.

3

Y después la corta en pedacitos

Laura se sentía como un insecto del jurásico atrapado en una gota de ámbar, absuelto del manoseo del tiempo. Parecía que hacía siglos que se había refugiado en aquel abrazo que casi le impedía respirar. Una débil voz proveniente de su interior la apremiaba a moverse, a luchar contra el abandono que la embargaba, a abrir los ojos, a gritar hasta quedarse ronca, a llorar hasta achicar todo el agua de su cuerpo, a salir a la calle y no dejar una piedra sin remover hasta encontrar a su pequeña... Pero seguía inmóvil, con los ojos cerrados y la respiración acompasada. La insoportable realidad había quedado resumida en el resplandor rojizo que se filtraba a través de sus párpados, en la áspera mejilla que rozaba la suya, en el impetuoso pulso ajeno que latía contra sus labios y en la firmeza de aquellas manos que la amparaban casi sin tocarla, como un estuche guardando una joya. Emerger de aquel abrazo... ¿para qué? ¿Para aceptar lo imposible, que alguien se había llevado a su pequeña? Mi pequeña, mi pequeña, mi pequeña. Ese mantra resonaba incesantemente en su cabeza, amenazando con volverla loca. Todavía no había llorado ni una sola lágrima. Tampoco había gritado. Si pudiera hacerlo, si pudiera proferir un alarido salvaje, un aullido desgarrador que la vaciara... Entonces podría pensar con claridad. Trazar un plan, salir a la calle, buscar a su pequeña. Oh, Dios, no permitas que le pase nada a mi pequeña, mi

pequeña...

—Ya tengo la foto —anunció Diego desde lo que le pareció un lugar remotísimo.

Laura se deshizo bruscamente del abrazo del inspector Gerard Rocamora y contempló a su marido. Estaba de pie ante ella, con su cuerpo flaco y no muy alto, la barba de tres o cuatro días y el cabello revuelto, con aquel cuidadoso aspecto de genio desaliñado que había empezado a lucir tras la publicación de *Sangre y ámbar*. Y la observaba a su vez con su habitual mirada opaca, indescifrable. Probablemente estaba pensando que era él quien debía abrazarla en aquel trágico momento, y no el policía, por muy amigo de la familia que fuese. ¿Para qué sirve un abrazo, sino para expresar lo que las palabras no pueden? Pero Diego jamás se quejaría de eso, claro. Se limitaría a sacarlo a relucir trasmutado en comentario irónico cuando ya no le doliese tanto. ¿Te acuerdas de que hace veinte años te dejaste abrazar por el hombre equivocado?, le diría, si los estragos del cambio climático se lo permitían.

—Te referías a esta, ¿verdad? La que le hice aquel día que fuimos al cine.
—Su voz sonó inexpresiva mientras le tendía la foto.

En ella, Ari vestía una camiseta color teja y, con un gesto displicente de la mano, se apartaba de la cara algunas hebras de su larga melena castaña. Su hija tenía la misma sonrisa ensimismada y un tanto irónica de su padre, pero había heredado los ojos de ella, grandes y del mismo color ámbar que solo poseía un minúsculo puñado de sus congéneres. En aquella foto centelleaban. Más que observar la imagen que tenía en sus manos, Laura sintió que se sumergía en ella, que se precipitaba por la pendiente del pasado hasta aquel instante fugaz que la cámara había inmortalizado. Casi sintió que podía abrazar a su hija. Y el recuerdo de su frágil cuerpo de gorrión entre sus brazos fue tan intenso que la estremeció.

La voz de Diego rompió el hechizo:

—Es una de las más recientes —oyó que le explicaba a Gerard, que se había levantado del sofá para hablar con él—. Creo que de agosto...

Laura tuvo que tragar saliva y hacer un gran esfuerzo para emerger del pasado estancado en la foto y volver a la realidad, a esa noche, que se hallaba tres meses más allá en el río del tiempo, la noche en la que habían secuestrado

a su hija de su propia casa.

—Pero de ese día hay fotos mejores —replicó, tras obligarse a valorar la foto con los ojos de un desconocido—. En esta se está tocando el pelo, y no está totalmente de frente. Mira, tiene la cara girada hacia la derecha.

—Bueno, pero solo un poco —protestó Diego—. Y aun así, me ha parecido la más natural de todas. El gesto de apartarse el pelo es muy suyo.

—¡Pero no se le ve bien la cara! —insistió Laura, con un deje de histeria en la voz—. ¡Así no la van a reconocer! La mano le tapa un poco la frente, y tiene...

—Laura.

Gerard pronunció su nombre como si fuera una invocación. Y ella calló de inmediato y lo miró. Allí plantado en mitad del salón, más grande que cualquier cosa que hubiera a su alrededor, el policía inspiraba seguridad. Desde el día que lo conoció, Laura tuvo la certeza de que al lado de aquel hombretón nada malo podía pasarte, que entre sus fuertes brazos uno podía sobrevivir a terremotos y huracanes. Era un cincuentón alto y enorme, de esos que, aunque no lucen músculos de gimnasio por ninguna parte, parecen fuertes de nacimiento. Poseía un rostro ancho, un tanto tosco y eternamente ceñudo, coronado por una desaliñada mata de pelo que el tiempo había vuelto del color del estaño. En aquel momento, Laura echó en falta el cigarrillo a medio consumir que solía colgarle de los labios, siempre curvados en una mueca socarrona, como si acabara de entender un viejo chiste del colegio, y agradeció aquella ausencia como una muestra de respeto por su parte, a pesar de que no se le ocurría una situación donde al inspector pudiera apetecerle más un cigarrillo. Vestía una ligera cazadora de cuero sobre una camisa arrugada que por supuesto no le combinaba con nada, algo normal en alguien cuya elegancia dependía enteramente del azar.

—Esta foto servirá —le oyó decir mientras se la quitaba de las manos con suavidad—. Al menos, de momento. Ya habrá tiempo de buscar otras si fuera necesario. Ahora lo urgente es dársela a Riera para que la haga circular por todas las comisarías.

Hizo una seña y el tal Riera se materializó al instante a su lado. A Laura le sorprendió la asombrosa juventud del agente. Parecía casi un adolescente,

pero enseguida se dio cuenta de que era un efecto óptico provocado por sus rizos de querubín, sus mejillas rollizas y su expresión exageradamente risueña. El agente debía andar probablemente por la treintena, a juzgar por las arrugas que le asediaban los ojos y algunas canas precoces que le plateaban las sienes.

Solo entonces recordó Laura que Gerard no había acudido solo a su llamada, sino pastoreando a un nutrido grupo de policías entre los que había algunos miembros de su unidad y al menos media docena de agentes de la científica. Estos, envainados en monos blancos, se habían desplegado enseguida por la casa como espermatozoides por un útero. Ahora había un par de ellos en el salón, acariciando el pomo del baño, el de la puerta principal y algunos objetos con una especie de plumero diminuto. En ese momento, un hombre impecablemente trajeado y de andares elásticos irrumpió en el salón hablando por teléfono y se dirigió hacia la zona de las habitaciones sin mirar a nadie. En su camino se cruzó con otro agente de la científica, que portaba una bolsa precintada que contenía lo que durante unos delirantes segundos le pareció una gallina destripada, pero que enseguida se convirtió en los restos ensangrentados del manuscrito que habían descubierto en el despacho de Diego. Solo que no estaba manchado de sangre, sino de tinta roja. Eso lo recordaba porque alguien se lo había confirmado en algún momento de la noche.

¿Toda esa gente había estado pululando por allí mientras ella permanecía abrazada a Gerard? Supuso que sí, que no se habrían escondido en el aseo para ofrecerles intimidación. Habrían seguido a lo suyo mientras ella se fugaba de la realidad en los brazos del inspector, al que había llamado personalmente en cuanto confirmaron que Ari no estaba en la casa. «¡Se la han llevado, Gerard! ¡Se han llevado a Ari!», había gritado cuando el policía descolgó el teléfono, mientras sentía cómo empezaba a hundirse cada vez más en las arenas movedizas del miedo. Y Gerard había irrumpido en el piso unos veinte minutos después, grande e invencible, repartiendo órdenes al destacamento que lo acompañaba. Al verlos a ellos, pálidos y demudados, les había dicho que no se preocuparan, y luego había enviado a Diego a por una foto reciente de Ari. «Oh, Gerard», había musitado entonces ella, y él la había mirado directamente a los ojos y había respondido: «La voy a encontrar, Laura». Así,

sin más, absolutamente convencido de ello, como si fuera un hecho consumado, algo que había atisbado bajo las enaguas del futuro. Y ella no había podido evitar arrojarse en sus brazos.

—En cuestión de minutos no habrá un solo policía que no conozca la cara de vuestra hija y no la esté buscando hasta en el último rincón de la ciudad — les estaba tranquilizando ahora.

Y Laura se obligó a calmarse, a domar el pánico que la atenazaba para poder pensar con claridad. De nada serviría que se desmoronara. Tenía que mantenerse entera, cohesionada, útil.

—¿Qué hay de los vecinos, Riera? —le preguntó Gerard al agente con pinta de angelote.

Su subalterno le informó de que había cinco agentes peinando el enorme edificio, pero que aún no habían encontrado nada relevante. Nadie parecía haber visto ni oído nada. También había enviado otro par de agentes al edificio de enfrente, igual de grande, pero, de momento, tampoco habían tenido éxito.

—En estos edificios multitudinarios la mayoría de los vecinos no se conocen entre sí —comentó el agente—, por lo que no es de extrañar que un desconocido pueda colarse sin llamar la atención. Me temo que no sacaremos nada que pueda...

—¿Y el bar? —lo interrumpió el inspector, refiriéndose a la cafetería que había en la esquina, justo enfrente de la entrada del edificio.

—A la hora del secuestro estaba cerrado, ya lo hemos comprobado —respondió aplicadamente Riera—. Es una cafetería del tipo granja, cierra sobre las...

—¡Me importa un carajo a la hora que cierre! —exclamó Gerard—. Localizad a los dueños y despertadlos. Y a cualquiera que estuviera trabajando hoy en ese local. Sacadlos de la cama si es necesario. Quiero saber si vieron algo raro durante la tarde, cualquier cosa: un cliente que estuviera mucho tiempo con una sola consumición, o mirando con demasiada atención hacia la calle, o un Minion con la polla al aire... qué sé yo. ¡Cualquier cosa! ¿Entendido?

—Sí, jefe.

—¿Cámaras?

—Un radar de tráfico a dos manzanas —contestó Riera, algo amedrentado—, y en esta misma calle hay un cajero y dos cámaras de seguridad privada... Ya hemos pedido las imágenes —se apresuró a añadir antes de que su jefe volviera a gritarle.

—¿Rojas está avisada? Quiero que sea ella la que procese toda la información.

—Sí, señor. Está camino de la comisaría.

—Bien, bien. —El inspector se frotó las manos, satisfecho—. Mireia Rojas es la mejor informática forense de todo el cuerpo. No se le escapa una —los informó a ellos, como si eso debiera tranquilizarlos—. Cualquier matrícula que haya sido captada por esas cámaras durante las últimas horas será cotejada de inmediato con los archivos de antecedentes policiales...

—Señor...

—... también tendremos en cuenta otros detalles sospechosos, como vehículos de alquiler, vehículos con cristales tintados...

—Señor...

Gerard se giró hacia el agente Riera hecho un basilisco.

—¿Qué cojones haces aquí todavía? —Lo miró con creciente irritación—. ¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nada, señor —respondió el agente sin mostrar el menor asombro ante la pregunta, como si tuviera que responderla varias veces al día—. Es mi cara. Solo quería preguntarle qué hago con el listado de pederastas de la zona que me pidió. Acaba de llegar.

—¡Te dije que se lo pasaras a Olaya, *hostias!* —le gritó Gerard.

—Pero es que el subinspector Olaya se ha ido a acompañar a la canguro a su casa.

—¿Y por qué Olaya hace siempre lo que le sale de los cojones?

Esa pregunta pilló a Riera desprevenido. Por primera vez en toda la noche no disponía de una respuesta satisfactoria, así que se limitó a fruncir los labios, en un intento baldío por neutralizar su perenne sonrisa.

—De acuerdo, de acuerdo... —Suspiró el policía, contrariado—. Ya hablaré yo con él. ¡Tú vete para la comisaría cagando leches y manda la foto a

la central!

Mientras el agente abandonaba el salón teniendo el detalle de no tomarse la orden de su jefe literalmente, este se volvió hacia Laura con gesto preocupado. Ella enseguida comprendió que su amigo había intentado evitar a toda costa que escuchara la palabra «pederastas», el vocablo más aterrador que podía existir para un padre con hijos pequeños, y que ahora temía que cayera en una crisis nerviosa o algo así. Intentó sonreír para demostrarle que era inofensiva, pero el espejo que había en la pared de enfrente le devolvió una mueca demente. De pronto, todo lo que la rodeaba, los muebles, las paredes, Gerard, Diego, comenzó a alejarse a gran velocidad, como si el espacio-tiempo se enrollara sobre sí mismo como un cucurucho y ella se escurriera a través de él. Pederastas, pederastas.

—Laura, Laura... —La voz de Gerard fue a su encuentro, como una cuerda a la que aferrarse—. Necesito que me escuches. Necesito tu ayuda. Y la tuya, Diego. Necesito que mantengáis la mente clara, que penséis con rapidez y frialdad. Es muy importante. Las primeras horas de un secuestro son cruciales, y no voy a negaros que el tiempo corre en nuestra contra. Ahora no es el momento de venirse abajo. Laura, mírame... —Ella, obediente, lo miró—. No han forzado la puerta de entrada —explicó con voz calma—. Necesito que me digas quién tiene las llaves de esta casa.

—¿Quién tiene las llaves? —repitió Laura, esperando que la repetición dotara a aquella pregunta de significado—. Las llaves... Bueno, las tiene Anita. Anita Díaz, la señora que viene a limpiar.

—¿Alguien más? —le preguntó Gerard, sacando una ajada libretita y comenzado a garabatear en ella.

—No, nadie... Ah, espera, mi amiga Helena también las tiene. Helena Rosell. Hace unas semanas fuimos a visitar a mis padres a Tarragona. Anita estaba enferma y Helena se ofreció a regarnos las plantas. Le di un juego de llaves.

—¿Y no te las ha devuelto?

—No... ahora que lo pienso, la verdad es que no... —Se encogió de hombros—. Supongo que se nos ha ido pasando a las dos.

Cuando Gerard le pidió la dirección y el teléfono de las dos mujeres,

Laura lo miró con perplejidad.

—Solo vamos a hablar con ellas —se apresuró a tranquilizarla él—. Por cierto, ¿cuánto tiempo hace que la canguro trabaja para vosotros?

—¿Virginia? Unos cuatro años más o menos... desde que tenía quince.

—¿Hay algún otro juego de llaves en la casa?

Laura negó. Solo tenían cuatro juegos: el de Diego, el suyo, un tercero para emergencias, que ahora tenía Helena, y el de Anita. De todos modos, aquello era una pérdida de tiempo. Anita llevaba ocho años con ellos. ¡Era de total confianza! Virginia era la hija de una compañera del hospital muy querida, y Helena era... era su amiga. Solo la conocía desde hacía un año, pero se había ganado el título a pulso.

Gerard le explicó con la mayor paciencia que pudo que no estaba acusándolas de nada, pero que debían determinar quién había podido tener acceso a las llaves. Tanto Anita como Helena tenían familiares y amigos. La cadena era larga, y podía incluir a carteros, fontaneros...

—Hay que comprobar hasta la última posibilidad, Laura. Lo comprendes, ¿verdad?

Ella asintió y Gerard se dirigió entonces al marido:

—Diego, ¿se te ocurre alguna razón por la que alguien querría sacar esos papeles de tu cajón, destrozarlos y mancharlos con tinta roja?

Él negó con la cabeza.

—Ni idea... ¿Puro vandalismo?

El inspector reflexionó un par de segundos y luego chasqueó la lengua.

—Eso no tiene lógica. No han destrozado ninguna otra cosa. Más bien parece como si el secuestrador intentara enviarte un mensaje. La tinta roja, el reguero de papeles por el pasillo, marcando el camino desde tu estudio a la habitación de Ari... Es como una especie de escenografía, ¿no te parece? Piensa, Diego, por favor. Es muy importante. ¿Qué significado podría tener?

—Ya te lo he dicho —insistió, con un deje de irritación en la voz—, no tengo ni idea. Lo que han roto es solo un viejo manuscrito sin ningún valor.

Laura lo miró con atención. Conocía aquel tono de voz. Lo conocía perfectamente. Y la expresión enojada de Diego confirmó sus sospechas. Ocultaba algo. Mentía.

—¿Qué manuscrito es? —le preguntó.

—¿Qué?

—¿Qué manuscrito es el que han destrozado? —volvió a preguntarle, elevando el tono de voz.

—El primer manuscrito de *Sangre y ámbar* —murmuró él, de mala gana.

Laura abrió mucho los ojos.

—No... —susurró.

—Laura, para —la atajó su marido—. No pienses *eso*. No.

—¿Qué pasa? —preguntó Gerard, mirando a uno y a otro.

—Oh, por favor, no... —Laura se llevó las manos a la boca. Sabía que si las bajaba comenzaría a gritar. Aullaría como una loca y no pararía hasta que su garganta destrozada comenzara a sangrar.

Diego se acercó a ella y la cogió por las muñecas.

—Laura, mírame, mírame... Escucha. No tiene nada que ver, ¿de acuerdo? Nada. Es solo una casualidad. Nada más que una casualidad.

—¿Qué es una casualidad? —exigió saber Gerard—. ¿De qué coño estáis hablando?

—¿Por qué no has mencionado antes que era *ese* manuscrito? —susurró ella, con un hilo de voz.

Diego elevó los ojos al aire.

—¿Porque no tiene ninguna importancia! ¿No me estás escuchando? Es la primera versión de *Sangre y ámbar*... ¡Ni siquiera se llamaba así por aquel entonces! Ese manuscrito lleva por título *Los ojos de la muerte*. Quien lo ha destrozado no podía saber lo que era, ¿no te das cuenta?

—¿Y por qué lo ha destrozado, entonces?

—¿Y yo qué sé! Tal vez buscaba algo para robar y al descubrir que ese cajón estaba cerrado con llave creyó que contendría algo de valor. Y como solo encontró un viejo manuscrito, le pareció divertido destrozarlo.

Laura se zafó violentamente de sus manos.

—El manuscrito de *Sangre y ámbar* aparece ensangrentado, tu hija es secuestrada... ¿Y tú no ves ninguna relación? ¿Hablas en serio?

—No la veo porque no la tiene —porfió él—. *No puede tenerla*.

—¡Vale, ya está bien! —se impacientó el inspector—. Ahora mismo me

vais a contar de qué va esto.

—¿No conoces el argumento de la primera novela de Diego? —le preguntó Laura, volviéndose hacia él.

—No lo recuerdo demasiado bien. Diego y yo nos conocimos más tarde.

—¡Es la novela de un psicópata que secuestra niñas! —lo interrumpió ella, los ojos desencajados, la boca temblorosa—. Y siempre deja un sobre negro en el lugar del secuestro, con una macabra prueba que el padre tiene que superar para recuperar a su hija. Y si fracasa, el Monstruo la tortura y después la corta en pedacitos...

—¿Qué?

—¡Inspector!

Los tres se volvieron hacia la puerta, donde estaba el jefe de la policía científica, embutido en su mono blanco.

—¿Sí, Beltrán?

—¿Pueden venir un momento? Hemos encontrado algo en el dormitorio de la niña que podría estar relacionado con el secuestro.

Los tres lo siguieron hasta la habitación de Ari, donde había un par de agentes más. Beltrán se acercó a un tablón de corcho que había en una de las paredes, cubierto de fotos, entradas de cine, collares y toda suerte de caprichosos objetos que Ari había salvado de ser arrastrados por la marea del olvido otorgándoles la condición de recuerdos especiales. Ahora estaban allí, como hitos de su breve biografía. Entre un póster de *Frozen* y una foto de Bing Bong había un sobre negro de aspecto siniestro que parecía irradiar una maligna oscuridad.

Con una mueca de espanto, Laura se apoyó contra la pared y se dejó caer por ella lentamente hasta quedar sentada en el suelo. Diego logró mantenerse en pie, aunque la visión del sobre le había hecho palidecer. Beltrán lo desclavó con sumo cuidado.

—No lleva destinatario ni remitente —les informó.

Pero ni Diego ni Laura lo esperaban. Gerard se enfundó un par de guantes de látex, tomó el sobre de manos de Beltrán, lo abrió con idéntico cuidado y extrajo de su interior una cuartilla escrita por ambos lados con una letra primorosa, como de cuaderno de caligrafía. Tras mirar a los padres con

gravedad, empezó a leer:

Apreciado carcelero:

Antes de nada, permíteme que te ofrezca mis más sinceras disculpas por haber escapado de este modo de tu manuscrito. Siento haber destrozado tu bello escritorio en mi huida, además de haberlo puesto todo perdido. No era mi intención. En realidad, ni siquiera sabía si una gesta tan extraordinaria sería posible. Pero la venganza es la fuerza más poderosa que existe, y gracias a ella, después de diez años, al fin he logrado salir de la cárcel donde me encerraste. Y ahora, ¡aquí estoy!, decidido a acabar mi gran obra.

¿Podrás impedírmelo esta vez, Diego? Pronto lo averiguaremos, porque en este momento... ¡comienza el Juego de los Retos! Ya conoces las reglas. Esta carta contiene la primera de las tres pruebas que deberás superar si quieres que te devuelva a tu pequeña sana y salva. Pero antes permíteme que te anuncie una pequeña modificación que creo oportuna. La vida ha cambiado mucho desde 1913. Ahora carecería de sentido que realizaras las pruebas en un teatro, existiendo ese gran teatro mundial sin límite de aforo que es internet. Mi único cambio en el juego será, pues, el escenario. Tendrás que emitir cada una de las pruebas en internet, y deberás hacerlo en riguroso directo, naturalmente, sin cortes ni edición de ningún tipo, para que yo pueda comprobar, sin la menor sombra de duda, si logras superarlas o no. Si percibo cualquier trampa durante su realización, por mínima que sea, o si cortan la emisión antes de que puedas terminarla, el juego acabará de inmediato y daré la prueba por no conseguida, con las terribles consecuencias que eso tendrá para tu hija. Así que comportémonos ambos como los caballeros que somos.

Aclarado esto, pasemos a la primera de las pruebas, que deberás emitir para el mundo entero el mediodía del 27 de septiembre del presente año, exactamente dentro de tres días. ¿Y en qué consistirá dicha prueba?, te estarás preguntando desde hace rato. Bueno, dado que no quería copiar ninguna de las que tú ideaste en la novela, me he visto obligado a estrujarme las mientes. Permíteme que pase a anunciarla sin más dilación, que tampoco está en mi ánimo propiciar ningún suspense. Dentro de tres días deberás ingerir los excrementos de un perro de tamaño grande, pongamos de no menos de treinta y cinco kilos. Puedo imaginar tu expresión asqueada, incluso decepcionada, ante mi escasa imaginación. Tu inventiva me ha dejado pocas opciones, lo reconozco, pero prometo mostrarme más imaginativo en el futuro. Puedes acompañar la ingesta con una copa de vino, si así lo deseas, para hacerla más llevadera. Pero esa es la única concesión que te permito hacer para que el desagradable trance no pierda su gracia. Recuerda que si no lo consigues, esa misma tarde, antes de matarla, me veré obligado a servirle a Ariadna una merienda que no será de su agrado. No sería justo que esa fuera su «última comida», ¿no crees?

Eso es todo, de momento. Ya sabes cómo continuará a partir de aquí. Si superas la

prueba, al día siguiente la policía recibirá una nueva carta con el segundo reto, fijado para tres días después. Si las superas todas, te devolveré a tu hija. Pero si no... Bueno, creo que es innecesario que diga lo que ocurrirá entonces. Tú mismo lo decidiste en tu novela. Es cierto que en ella ningún padre logró superar las pruebas y salvar a su hija, pero eso no debe desanimarte. ¡Ninguno de ellos la quería lo suficiente! Y yo sé que tú, sí. Como dentro de tres días demostrarás al mundo.

Siempre tuyo,

EL MONSTRUO

Un silencio sepulcral siguió a la lectura de la carta. Laura miró a Diego. Pero su marido tenía la vista perdida en el infinito, como si no hubiera escuchado nada de lo que Gerard había leído. Y eso fue más de lo que ella pudo soportar. El dique de su garganta se resquebrajó y el grito que hasta aquel momento había permanecido encerrado en su interior, creciendo como la marea, brotó a la superficie, agudo, inhumano. Un grito que hizo estallar el mundo como si fuera una copa de cristal.

4

El destrozarrodivas

Tres horas después, Laura seguía gritando. O eso creyó Diego al despertarse. ¿Acaso no habían sido sus gritos los que le habían arrancado del sueño? Ahora, entre las brumas del despertar, ya no estaba tan seguro, porque los alaridos habían cesado. Quizás solo se había tratado de algún ruido procedente de la calle que, al irrumpir en su sueño, su mente había transformado en los gritos de Laura. Reparó en que estaba amaneciendo. Medio adormilado, consultó la hora en el reloj de la mesilla y comprobó que eran las seis y media. Apenas había dormido un par de horas desde que Laura y él se desplomaran rendidos sobre la cama sin ni siquiera destaparla. Pero su mujer ya no estaba a su lado. El calmante que le habían administrado no parecía haberle hecho demasiado efecto, al menos no tanto como a él. Supuso que estaría sentada en la cocina o en el salón, tratando de asimilar que su hija había sido secuestrada, que toda su vida había quedado de pronto en suspenso.

Con la intención de acudir a su lado, Diego hizo amago de levantarse, pero le resultó imposible. Cuatro gruesos correajes de cuero se lo impedían. Uno de ellos le cruzaba el pecho, otro la cintura, juntándole firmemente los brazos al cuerpo, y los otros dos le aprisionaban muslos y tobillos. Al ser consciente de que se encontraba totalmente inmovilizado sobre su propia cama, el pánico recorrió su médula espinal como la gélida caricia de un cuchillo. Intentó

debatirse, y solo logró que los tensos correaes se hundieran dolorosamente en su carne.

Tomó aire para llamar a Laura, pero una siniestra risita lo detuvo. Dejó de forcejear y permaneció quieto, casi sin respirar, escuchando con atención mientras el miedo brotaba de su estómago y se esparcía como una bulliciosa colonia de arañas por el resto de su cuerpo. Había alguien más en la habitación. Le había escuchado reír. Pero ¿dónde? Alzó la cabeza todo lo que le permitieron los correaes y escrutó el dormitorio, apenas iluminado por la luz cenicienta que se filtraba a través de la persiana a medio bajar. Y entonces, percibió el olor. Un hedor fuerte que irritaba las fosas nasales y que le recordó a la carne en descomposición. La peste parecía provenir de una de las esquinas del cuarto, que aún permanecía en sombras. Diego clavó allí su mirada, mientras sentía cómo el pulso se le encabritaba. Poco a poco, empezó a distinguir una figura. Fue adivinándola a medida que su vista se acostumbraba a la oscuridad, como si en aquel mismo instante unos niños la estuvieran modelando para él con barro pútrido. Cuando estuvo terminada, la figura emergió de la oscuridad y la luz reveló su verdadero y familiar aspecto.

Como siempre, el Monstruo vestía una obsoleta bata de cirujano que lo cubría casi por entero. Se ataba a la espalda mediante un sinfín de lazos, y era de un blanco desvaído, casi amarillento, salpicado de numerosas motas de sangre seca. Aunque le desdibujaba la figura, podía apreciarse que el cirujano poseía un cuerpo alto y ahusado como una aguja. Una mascarilla le emboscaba la boca y casi toda la nariz, y llevaba encasquetado un gorro cuadrado, de modo que lo único que Diego podía ver de su rostro, aparte de las minúsculas orejas, eran los lagos oscuros de sus ojos, que brillaban febriles y malévolos, pregonando que hacía mucho que su dueño había perdido la cordura.

El Monstruo avanzó unos pasos y se detuvo a los pies de la cama, emponzoñando el aire con aquel tufo ligeramente dulzón que sugería una desagradable mezcla entre matadero y hospital. En su mano derecha portaba un abultado maletín de piel que al bambolearse perforaba el silencio con un inquietante cascabeleo metálico. La mano izquierda la tenía manchada de sangre y, en ese instante, como para que él pudiera verlo, se la limpió en el delantal, trazando sobre la amarillenta prenda un zarpazo escarlata. El

reluciente borrón enseguida empezó a gotear y, como hipnotizado, Diego observó como un manojo de temblorosos hilillos rojizos atravesaba las viejas constelaciones de manchas secas.

—Hola, Diego —lo saludó el Monstruo, con una voz aguda y meliflua que recordaba a un maullido—. Siento muchísimo el retraso; ya sabes que odio ser impuntual, sobre todo con mi paciente favorito. Pero, como podrás comprender, en esta ocasión he tenido que esperar a que la policía se marchara. En fin... ¡lo que importa es que estoy aquí! ¿Cómo te encuentras hoy?

Diego se limitó a mirarlo demudado, con los ojos desencajados y el espanto deformándole el rostro.

—Vaya, vaya... —El Monstruo chasqueó la lengua paternalmente—. Parece que hoy no estamos muy habladores, ¿eh? Bueno, nada que no se pueda arreglar con el tratamiento adecuado. —Colocó el maletín sobre la cama y abrió sus aparatosos cierres con dedos hábiles—. Veamos con qué podemos romper el hielo.

Con gesto reverente, como si fueran piezas de coleccionista, el Monstruo comenzó a sacar del maletín todo tipo de herramientas quirúrgicas, que fue disponiendo en una ordenada hilera sobre las sábanas. Diego contempló aterrado aquel muestrario de filos y pinchos e intentó no caer todavía en la poza del pánico, agarrándose al resbaladizo borde de su cordura.

—No sé qué herramienta escoger hoy, Diego —le confesó el Monstruo, mientras acariciaba con sus dedos enguantados su macabro alijo de sierras, tenacillas y escalpelos—. Deberíamos celebrar mi vuelta a lo grande, ¿no te parece? ¿Cuánto hacía que no nos veíamos? Muchísimo, sin duda, aunque debo señalar que no por mi culpa. Además, hoy no es una visita normal y corriente. Hoy tenemos compañía —dijo señalando hacia una esquina del cuarto—. Hoy tenemos una espectadora muy especial.

Diego siguió el gesto de su mano y se le cortó la respiración. Sentada en una silla y atada por correajes tan anchos y fuertes como los suyos, estaba Ari. Su rostro, su amado rostro, asomaba, pálido y demudado, de aquella crisálida de cuero.

—¡Ari! —jadeó.

—Papá... —gimió la niña, agitándose lo poco que le permitían las ataduras.

—No tengas miedo, cariño —intentó tranquilizarla Diego—. Todo va a salir bien.

El Monstruo emitió un ruidito aprobador.

—Ah... el amor entre un padre y una hija. ¡Qué adorable espectáculo! —murmuró el cirujano distraídamente mientras estudiaba sus herramientas. Finalmente, tomó una de ellas—. Creo que ya sé cuál usaremos hoy. ¡Fíjate en esta preciosidad! —exclamó en tono extasiado, enarbolando una herramienta consistente en una especie de broca de unos treinta centímetros con una empuñadura de la que surgía una manivela—. A esta maravilla la llamo «destrozarrodillas».

Silbando alegremente, la dejó de nuevo sobre la cama y con ademanes de prestidigitador sacó un taco de madera del maletín y lo encajó entre el colchón y la pierna izquierda de Diego, justo debajo de la rodilla, que ligeramente elevada y flexionada, quedó como una ofrenda. Diego lo observaba con expresión espantada y la respiración jadeante. Intentó decir algo, pero tenía la boca tan seca que la lengua se le pegaba al paladar. El Monstruo tanteó la rodilla con sus largos dedos enguantados, dibujando con pericia, casi con dulzura, los contornos de la rótula, como si buscara un punto en particular. Una vez que lo encontró, tomó la herramienta y acomodó su afilada punta en el lugar fijado.

—Yo diría que esto va a dolerte mucho —le dijo, cerrando la otra mano alrededor de la empuñadura de la manivela—. Pero el dolor y tú ya sois viejos amigos, ¿verdad?

—¡Papá, papá!

Su hija había empezado a llorar. Diego podía oír sus sollozos aterrados y sus hipidos histéricos. Trató de calmarse y de pensar en el modo de evitar que el cirujano le perforase la rodilla con aquel siniestro artilugio, pues si lo hacía, probablemente el dolor le hiciera perder la consciencia, y Dios sabía qué haría entonces con Ari.

—¡Espera, por favor! —exclamó, tratando de ganar tiempo, mientras se revolvía inútilmente contra sus ataduras, al borde mismo del histerismo—.

¡Por favor, no me hagas daño!

—Cálmate, Diego —dijo el Monstruo con disgusto—. Pensaba darte la posibilidad de escoger.

—¿De escoger?

—Sí, para qué crees que he traído a tu hija —respondió el cirujano.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó Diego, mirando a Ari con espanto.

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Tú o tu hija?

—¿Qué?

—Que si te destrozo las rodillas a ti o a tu hija.

—¡Mamá! ¡Mamá! —comenzó a gritar Ari.

Su hija ya había dado por sentado que no sería él quien los sacaría de aquel apuro, y ahora invocaba a una autoridad superior. Aquello le entristeció, pero acabó gritando el nombre de Laura él también.

—¡Laura, Laura! ¡Socorro! ¡Socorro! —aulló como un demente, por encima de los gritos de su hija, girando el cuello hacia la puerta.

—Vamos, Diego... —dijo el Monstruo con visible decepción—. ¿De verdad crees que tu mujer está ahí fuera, esperando a que tú le des pie para entrar en escena? No, Laura no podrá ayudarnos a ninguno de los dos. Ella siempre ha sobrado en mi plan. Por Dios, ¿de quién crees que es esta sangre?

Diego palideció. Acababa de comprender, con un escalofrío de pavor, que habían sido los gritos de terror de su mujer los que, efectivamente, le habían despertado.

—¡Hijo de puta, te mataré! —rugió, removiéndose lleno de rabia entre las correas—. ¡Te juro que te mataré, maldito cabrón!

—¡Mamaaaaaaaaaaaaaá!

El Monstruo meció la cabeza con disgusto.

—A mí no puedes matarme, Diego. Creí que eso lo tenías claro. Así que tranquilízate, por favor, y presta atención, porque voy a empezar a destrozarte la rodilla izquierda. Si quieres que pare, ya sabes lo que tienes que hacer: grita el nombre de tu hija y tu tormento acabará. Así de sencillo. —El Monstruo afianzó la punta de la herramienta y lo observó ladeando la cabeza—. ¿Qué decides? ¿Empiezo contigo o paso directamente a la pequeña? No tienes por qué hacerte el héroe. Nunca lo has sido.

—¡No, no...! ¡Por favor!

—De acuerdo, como quieras —dijo el Monstruo encogiéndose de hombros.

Y giró la manivela. Al instante, un dolor agudo estalló en la rodilla de Diego, obligándolo a arquear violentamente el cuerpo, como si una corriente de alto voltaje lo estuviera atravesando desde la cabeza hasta los pies. La broca había comenzado su labor perforadora. Diego apretó los dientes, dispuesto a hacer frente al dolor sin pronunciar el nombre de su hija. Pero la broca se hundía más y más en su carne a golpe de manivela, como un gusano que escarbara lenta y pacientemente, desgarrando los tejidos sin prisas. Sintió cómo los dientes le crujían de la tensión. Y, de repente, una explosión de dolor inundó su cuerpo de lava hirviente, hasta alcanzar su cerebro, que empezó a arder. Sin poder evitarlo, abrió la boca y lanzó un alarido brutal. Al borde del desmayo, oyó la voz del Monstruo.

—¿Quieres que pare, Diego? —le preguntó—. ¡Grita el nombre de tu hija y lo haré!

Diego volvió a apretar los dientes con fuerza. No pensaba hacerlo. Pero el nombre de su hija apareció de pronto en su mente, resplandeciendo, brillando en la oscuridad que se cernía sobre él, como si estuviera hecho de letras de neón. Ari, Ari, Ari... Si pronunciaba esa palabra, el dolor cesaría.

—¡Grita su nombre, Diego! —le repitió el Monstruo, dándole un nuevo giro a la manivela—. ¡Hazlo y pararé!

La nueva dentellada de la broca fue brutal. Otra oleada de dolor arrasó su cuerpo e irrumpió en su mente como una riada furiosa, arrastrando a su paso cualquier atisbo de cordura. Se lo llevó todo, menos una palabra. Ari. Ya no podía concentrarse para recordar lo que significaba. Ari. Ari. Pero recordaba que servía para poner fin a su tormento. Un nuevo foganazo de terrible dolor recorrió su cuerpo, tan intenso que parecía capaz de desprenderle la carne de los huesos, como una explosión nuclear. Pero conocía una palabra mágica que pondría fin a todo.

—¡Ari, Ari, Ari...!

Despertó empapado en sudor, entre sábanas revueltas, con la vergüenza del nombre de su hija mancillando sus labios. Lo había gritado. La había

traicionado. Había gritado su nombre para que el terrible dolor cesara, sin importarle que aquel dolor volara de su cuerpo como un cuervo de plumaje escarlata para posarse sobre el cuerpecillo de su hija. Una angustia salvaje le mordió las entrañas. Había traicionado a su hija, daba igual dónde. La había traicionado en el territorio nebuloso de los sueños, donde mandaba su subconsciente, pero esa parte de su mente también era suya. Lanzó un gemido de miedo y frustración. Dios... ¿Cómo iba a salvar a Ari en la vida real si no era capaz de hacerlo en un maldito sueño?

Oyó un correteo de pasos por el pasillo y Laura abrió de golpe la puerta del dormitorio.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —le preguntó, alarmada.

Durante unos segundos de desconcierto, a Diego le sorprendió que estuviera viva.

—Yo... —balbuceó, intentando controlar sus jadeos—. Sí. Estaba... He tenido una pesadilla.

Su mujer se acercó y se detuvo ante la cama, indecisa.

—¿Una pesadilla? —le preguntó, dulcificando un poco el tono—. Gritabas el nombre de Ari...

—¿Sí? —Diego se frotó la cara, intentando pensar qué podía decirle al respecto—. Bueno, no sé, creo que la estaba buscando por la casa y no la encontraba... no lo recuerdo muy bien. —Nervioso por la extraña expresión con que Laura lo observaba, intentó cambiar de tema—: ¿Has dormido algo?

—No, no he podido. Cuando me cansé de mirar el techo, me levanté y me fui a la cocina. He hecho café —dijo, encogiéndose de hombros—. Y ahora iba a ducharme. Faltan dos horas para la cita con Gerard.

Diego se levantó de la cama, todavía medio aturdido.

—Vale. Mientras te duchas, yo confeccionaré el listado que me pidió ayer, una relación de las pruebas que el Monstruo propone a los padres en la novela.

Laura asintió y ambos se miraron en silencio unos instantes, como dos naufragos tratando de asumir que lo han perdido todo y solo se tienen el uno al otro. Entonces su mujer se adelantó un paso y lo abrazó. Diego respondió al instante, como si llevara siglos esperando poder hacerlo. La envolvió en sus

brazos con avidez, intentando transmitirle toda la protección que pudo.

—Traeremos a Ari de vuelta —le susurró al oído.

Nada más decirlo, se arrepintió de haber usado el plural. ¿Era un modo inconsciente de aclararle que, aunque lo pareciera, la salvación de su hija no le atañía solo a él, que no quería esa responsabilidad que el Monstruo le había asignado? Laura se separó y le miró largamente a los ojos.

—Voy a ducharme —dijo al fin, dirigiéndose al baño.

Ya en la puerta se volvió y, tras un instante de duda, le preguntó:

—¿Y no recuerdas nada más de ese sueño?

Diego meció la cabeza, pesaroso.

—No...

Ella lo contempló en silencio unos segundos, antes de asentir con la cabeza.

—Ya. Nunca los recuerdas.

Y entró en el baño. Diego tuvo una última visión de su nuca, de su frágil espalda, adentrándose en aquella habitación de azulejos azul oscuro como una virgen dirigiéndose hacia el altar de su sacrificio, antes de que la puerta se cerrara tras ella.

Sangre y ámbar

Capítulo I, página 9

Los azulejos azul oscuro le otorgaban a la habitación cierto aspecto de cámara mortuoria. No tenía ventanas, y la única lámpara que colgaba del techo, meciéndose en el centro de la estancia, derramaba su desfallecida luz sobre un sillón de incómoda apariencia y una mesita anexa, en la que en aquel momento había una botella de whisky, un vaso y una Campogiro calibre nueve milímetros sin cierre bloqueado, la pistola más moderna que había salido a la venta en aquel año de 1913.

La mayoría de la clientela del casino de la Arrabassada había oído los rumores de que en algún lugar de sus sótanos existía una estancia secreta a

la que llamaban la Habitación de los Suicidas. La leyenda decía que el casino disponía de aquella habitación para que quienes se arruinaran súbitamente en las mesas de juego y desearan poner fin a sus vidas en vez de enfrentar la vergüenza pública pudieran hacerlo discretamente. También se decía que estaba forrada de siniestros azulejos azul oscuro para que la sangre fuera más fácil de limpiar, y que incluso era el propio casino quien te suministraba el arma y hasta se encargaba de ennoblecer ante tus familiares las causas de tu muerte.

Esa noche, Enric Ripoll i Serra no había perdido una sola peseta en las mesas de juego, y, sin embargo, lo había perdido todo, así que llamó al director y pidió ver la Habitación. Este, que lo reconoció de inmediato por las fotos de la prensa, asintió con luctuosa gravedad, y lo condujo hasta ella a través de una interminable madeja de pasillos en penumbra. Al fin se detuvieron ante una puerta y su cicerone lo invitó a pasar con ademán solemne.

Enric había asentido con valentía y traspasado el umbral, para comprobar que los rumores eran ciertos: la Habitación existía, y era tal como la imaginaba. Exhaló un suspiro y se sentó en el sillón, acomodándose lo mejor que pudo. Luego le dedicó al director, que aguardaba junto a la puerta, una mirada que intentaba resultar resolutiva. Este lo interpretó como una despedida. Asintió y salió de la habitación, cerrando la puerta para ofrecerle la necesaria intimidad.

Una vez solo, Enric hizo amago de coger la botella de whisky, pero finalmente se lo pensó mejor y se limitó a propinarle una lenta y melancólica caricia al cristal. Luego tomó el arma, la amortilló y, tras un segundo de duda, se apoyó el cañón contra la sien derecha.

—Siento no haberte querido lo suficiente, Marionna —susurró.

Y apretó el gatillo sin darse tiempo a arrepentirse.

Dicen que antes de morir vemos pasar nuestra vida ante los ojos. Enric, debido a la celeridad con que la muerte lo acogió en su seno, solo alcanzó a ver los últimos cinco días, justo desde el momento en el que su vida había empezado a torcerse, a desviarse hacia un destino que en absoluto era el que le correspondía.

Se vio la noche del pasado sábado caracoleando a través del desmedido lujo del casino con una sonrisa satisfecha en el rostro, ajeno a las oscuras fuerzas que conspiraban contra él. El clamor de las fichas, las voces de los crupieres y las conversaciones de lo más granado de la alta sociedad barcelonesa lo arropaban en su caminar hacia la entrada del faraónico edificio, donde le aguardaba Mercè, su mujer. La encontró conversando animadamente con el cónsul francés, que al parecer los estaba invitando a su próxima cena en su mansión de la avenida Tibidabo, mientras ambos intentaban no ser arrastrados por la riada de nuevos clientes que acababa de derramar uno de los numerosos tranvías que subían hasta allí. El cónsul era uno de los hombres más pesados que Enric conocía, pero poseía una portentosa voz de barítono, por lo que tanto los Caralt como los Balaguer, que se hallaban unos metros más allá, pudieron escuchar su invitación.

Cuando al fin llegó su milford, tirado por un par de refulgentes alazanes, Enric se acomodó en su interior con la sensación del deber cumplido. Había sido una noche de lo más productiva. Mercè había podido lucir sus espléndidas joyas, y él había sentado las bases de un par de prometedoras alianzas con sendos empresarios de la ciudad y, como remate, el cónsul francés los había invitado a cenar. Sin duda su reputación había subido un par de puntos esa noche.

Desde lo alto de la sierra de Collserola, Barcelona se desplegaba a sus pies como una tarta para repartir entre unos pocos elegidos. Y Enric no podía concebir una ciudad mejor donde hacerse rico, especialmente ahora que la oleada de bombas anarquistas había remitido y la imaginación del ser humano para alterar el orden parecía haber alcanzado su cota con las revueltas de la Semana Trágica. Barcelona era la ciudad por la que el progreso entraba en la Península. Allí se había establecido el primer servicio regular de diligencias, la primera fundición de hierro, el primer museo de antigüedades; desde allí había zarpado el primer buque de vapor y también había partido, en dirección a Mataró, el primer tren; allí se habían espantado por primera vez los terrores que ocultaba la noche con el resplandor fantasmagórico de las lámparas de gas y luego con el fulgor blanco de la luz eléctrica. Su querida Ciudad Condal había sido pionera

hasta en el transporte de toros de lidia, que ahora llegaban a la plaza del Toril en cajones de hierro transportados por el ferrocarril, en vez de llegar por sí solos, tras unas interminables travesías que los depositaban en la plaza desbravados y sin aliento. Estaba claro: cuando las cosas ocurrían por primera vez, ocurrían en Barcelona. A saber qué nuevos milagros les depararía aquel 1913 que apenas había echado a rodar.

Su carruaje no tardó en aventurarse en el Ensanche, aquel enclave de más de mil hectáreas donde acampaba la pujante burguesía, aquella que no podía permitirse vivir al pie del Tibidabo, colonizado por los palacetes de los prohombres de la ciudad y las mansiones de los indianos que, tras partir un día con lo puesto, habían regresado de Ultramar transformados en millonarios. Cuando llegaron a su residencia, se apearon del milford, que el cochero hizo desaparecer en dirección a los establos, y se encaminaron hacia la entrada. La casa era obra del reputado arquitecto Enric Sagnier, reconocible por su batiburrillo estilístico: lucía una fachada cubierta de esgrafiados florales en tonos verdes y dorados, estaba provista de una balconada de estilo rococó, una galería sellada por una colosal vidriera paisajística, y rematada por un par de campanarios góticos asediados por un aquelarre de esculturas de aire plateresco. Tras cruzar el portal, adornado por una embrollada decoración vegetal, se adentraron en el vestíbulo, y Mercè interrogó a la señora Brusés, la gobernanta, sobre la pequeña Mariona. La niña, de apenas siete años, era la única de sus hijos que todavía vivía con ellos. Su hermana mayor, de doce, estaba interna en el Sagrado Corazón de Sarrià, de donde saldría convertida en una réplica de su madre gracias al sabio modelaje de las monjas, y Adolfo, el primogénito, había sido enviado a estudiar al extranjero nada más cumplir los catorce, para que se convirtiera cuanto antes en un hombre de mundo.

Mientras la gobernanta informaba a su esposa de que Mariona había tomado sus correspondientes clases de piano, había cenado bien y ya llevaba un par de horas en la cama, Enric entregaba su sombrero y su capa a una sirvienta, y tomaba el mazo de cartas que descansaba en la bandejita de plata destinada al correo. Apenas había empezado a examinarlas, cuando notó a *Boby*, el chihuahua, frotándose contra su pantorrilla derecha,

propinándole aquellos golpecitos que tanto le irritaban. Tuvo que contenerse para no enviarlo al otro lado del vestíbulo de una patada. Aquellos placeres era mejor disfrutarlos en soledad. Le llamó la atención entre el mazo de blancor un sobre completamente negro, sin ningún tipo de destinatario o remitente escrito en el mismo. Como el ama de llaves no sabía nada al respecto, Enric se encogió de hombros y se dirigió a su despacho, mientras su mujer subía la escalera para darle las buenas noches a Mariona.

Encontró su despacho agradablemente caldeado gracias al fuego de la chimenea. Mientras se servía un jerez, sintió de nuevo el enjuto cuerpecillo del chihuahua contra su pantorrilla, esta vez la izquierda. Se aseguró de que no había moros en la costa, flexionó un poco la pierna, apuntó hacia la puerta y lanzó a *Boby* fuera de su estudio de un chute memorable, digno de cualquiera de los jugadores de su amado Català Futbol Club. Una vez se desembarazó del irritante animal, cerró la puerta y se sentó ante su amplio escritorio de nogal a inspeccionar el resto del correo. Sonrió con satisfacción al descubrir, entre las habituales invitaciones a cenas y las inevitables facturas de los almacenes El Siglo que Mercè dejaba a cuenta, una carta enviada por su contacto en la Diputación, al que había pagado grandes prebendas para que adjudicaran a su naviera un contrato importante sin tener que entrar en ningún concurso.

Sin embargo, nada de aquello era tan intrigante como el misterioso sobre negro, así que decidió darle prioridad. Tomó el lujoso abrecartas que imitaba una cimitarra árabe, y cuando lo acercaba al sobre el grito de su esposa removi6 el terso silencio que habitaba la casa. Sobrecogido por aquel alarido proveniente de la planta de arriba, Enric se quedó inm6vil, con el abrecartas enarbolado en su mano derecha, como preparado para participar en una guerra de juguete. El grito de Mercè le había resultado atroz, casi inhumano, y enseguida le siguieron varios chillidos igual de espantosos. Enric salió de su despacho y corrió en dirección a la algarabía. Desde el pie de la escalera, atisbó a Mercè con el rostro desencajado preguntándole a la gobernanta dónde estaba su hija. Tras zarandearla repetidas veces por los hombros, sin extraer de la pobre anciana ninguna

respuesta, le ordenó que despertara a todo el servicio y registraran la casa de arriba abajo. Había que encontrar a Mariona.

Dicho y hecho. Minutos después, los lacayos, la cocinera, las criadas y hasta el cochero, ataviados con ropa de dormir, registraban junto al matrimonio la zona noble de la mansión. Pero Mariona no estaba allí. Con su alterada esposa a la cabeza y el chihuahua cerrando el cortejo, se aventuraron entonces en la *terra incognita* que eran las dependencias de la servidumbre, repartidas entre la planta baja y el sótano, donde ellos nunca se internaban. En frenética carrera examinaron cada rincón de la enorme cocina, de los diminutos dormitorios, del montacargas, sin encontrar el menor rastro de la niña.

Rebasado por los acontecimientos y jadeando por las carreras de aquí para allá, Enric hizo un alto para recuperar el aliento apoyado sobre la abigarrada baranda de la escalera. Reparó entonces en el sobre negro que aún tenía en la mano. Había salido del despacho tan alarmado que se lo había traído consigo junto al abrecartas. Ajeno al bullicio que lo rodeaba, Enric lo estudió con suspicacia. Lentamente, introdujo la punta del abrecartas por uno de los bordes y empezó a rasgarlo con el pulso tembloroso y el corazón en vilo, pues algo en lo más profundo de su ser le decía que aquel siniestro sobre estaba íntimamente relacionado con la desaparición de su hija. Extrajo de su interior una cuartilla escrita por ambas caras con una caligrafía primorosa y, mientras a su alrededor todos corrían de un lado para otro, Enric empezó a leer la carta del secuestrador de su hija.

En ella, alguien que se apodaba a sí mismo el Monstruo, le informaba de que para recuperar a Mariona debía superar tres pruebas en el Liceo. Enric leyó con espanto la primera de ellas, que era la única que, de momento, consignaba la carta.

De todo eso hacía ya siete u ocho días, no podía recordarlo, pues se había pasado los dos últimos bebiendo. Solo recordaba su huida del escenario del teatro. Con todo preparado para el primer reto, había mirado al chihuahua, luego a su mujer y, por último, al público que abarrotaba el teatro, y cabizbajo, mientras oía los abucheos de la platea, había

abandonado el escenario, firmando la sentencia de muerte de su hija, que había aparecido decapitada esa misma mañana.

Todo eso alcanzó a ver Enric antes de que la bala que le había taladrado el cráneo, esparciendo sus sesos sobre los azulejos oscuros de la habitación, concluyera con éxito su misión. Su cuerpo, ya sin una gota de vida, cayó sobre el sillón en una postura desmadejada. Y mientras el alma de Enric se unía al enjambre de almas atormentadas que revoloteaban por la habitación, un crespón de sangre, muerte y horror empezaba a cubrir Barcelona con la reverente lentitud con que un padre arrojaba a su hija.

Diego dejó de leer y le dio un sorbo a su taza de café. Arrugó el gesto al descubrir que se había enfriado. Se le había ido el santo al cielo. Miró el reloj. Laura debía de estar a punto de salir de la ducha y él ni siquiera había comenzado a confeccionar la lista de retos para Rocamora. Nada más abrir el ejemplar de *Sangre y ámbar* había empezado a leer el primer capítulo casi sin darse cuenta, arrastrado por la conocida marea de frases que narraban el secuestro de Mariona Ripoll, la primera de las once niñas que el Monstruo espigaría por las calles de Barcelona en su tenebrosa cruzada de terror. Y todo se le había antojado, de pronto, terriblemente familiar.

Dentro de tres días, el inventor del macabro Juego de los Retos, es decir, él mismo, tendría que realizar la primera prueba impuesta por el Monstruo. Comerse una mierda de perro, recordó. Se suponía que eso debía de tranquilizarlo, pues aunque se trataba de un reto grotesco y humillante, distaba mucho de las siniestras pruebas que el Monstruo ideaba en su novela. Aunque debía reconocer que eso era precisamente lo que le dejaba sin excusas para no superarla. No era un reto doloroso ni atroz, solo repugnante, que cualquier padre llevaría a cabo sin pensar para salvar la vida de su hija. No invitaba al aspaviento dramático, ni suponía ninguna heroicidad si lo conseguía, pero le haría merecedor de la incompreensión y el desprecio de los espectadores si fallaba. En el fondo, era una prueba más maliciosa de lo que parecía. Pero también podía antojarse la gamberrada de unos niños. Incluso resultaba más creíble.

Tenía que pensar así para no volverse loco, se dijo. Pensar que todo aquello era obra de alguien que perseguía un fin razonable, el vulgar plan de un hijo de puta que buscaba dinero, publicidad, simple diversión, o quizás vengarse de él por alguna estúpida afrenta del pasado... Y casi había conseguido convencerse de eso en las últimas horas. Al menos hasta que había sufrido la pesadilla. Pero tenía que volver a aferrarse a aquella esperanza. No podía abandonarse al pánico. Al descubrir el manuscrito de *Sangre y ámbar* destrozado y empapado de lo que parecía sangre, una terrible y descabellada idea había sobrevolado su mente, pero había logrado ahuyentarla con decisión antes de que llegara a posarse. Incluso había ido más lejos rechazando cualquier relación entre el castigado manuscrito y el secuestro de su hija cuando Laura se lo señaló. No existía ninguna. No podía existir. El secuestro de su hija era un secuestro más, un rapto vulgar y corriente. ¿No sucedían a miles cada día? Pues bien, ahora les había tocado a ellos. No debía olvidar que tenían más números que la mayoría porque él era rico. Algún alma malvada habría reparado en esa circunstancia y, convencida de que podría disfrutar de su fortuna mucho mejor que él, había resuelto aligerarle de parte de su capital mediante uno de los métodos más eficaces que se conocen: privarle de un ser querido.

Pero el posterior hallazgo de la carta había dado al traste con su teoría del secuestro convencional, dejando claro que toda aquella escenografía no era casual. Alguien había decidido imitar al Monstruo. Esa era la *otra* teoría a la que tenía que aferrarse. Con uñas y dientes. La que manejaba Rocamora, y la que Laura creía. Porque para ellos no existía ninguna otra. Un imitador, qué si no.

Diego recordó la carta que había aparecido en el corcho de Ari, dentro de su correspondiente sobre negro, en la que el Monstruo se dirigía a él, su «carcelero». La científica se la había llevado, junto con el manuscrito, para realizar los estudios pertinentes, pero antes él mismo la había leído varias veces con atención, porque había algo que ni la científica ni nadie más que él podría estudiar: su estilo. Como si estuviera haciendo un comentario de texto, Diego había analizado el engarce de las frases, el vocabulario empleado, el orden en el que abordaba los distintos asuntos, que dejaba transparentar sus

esquemas mentales, el ligero barniz irónico que aplicaba en ciertos momentos... y había concluido que aquella carta habría podido escribirla el Monstruo. De existir, por supuesto. Aparte de que su letra era tal y como la había descrito en su novela —una caligrafía primorosa, con profusión de florituras en las mayúsculas, surgida probablemente de una estilográfica que se deslizaba con morosidad antigua por el papel—, el estilo también era el mismo. Hasta aquel detalle, a su juicio el más complicado de reproducir, había cuidado el imitador.

Diego tomó el ejemplar de *Sangre y ámbar* que acababa de cerrar y lo observó largamente, como si lo viera por primera vez, lo cual no era extraño, ya que su novela se había convertido en uno de esos objetos tan familiares que, de tanto mirarlos, uno se olvida de ver. La ilustración de la cubierta mostraba el *skyline* de Barcelona, con los monumentos emblemáticos que existían hasta principios del siglo pasado, bajo un crepúsculo al que le habían acentuado los tonos rojizos para que resultara sangriento. A un lado del lienzo escarlata, como hecha de nubes oscuras, se perfilaba la vaga silueta de una figura humana pero inequívocamente monstruosa, que parecía cernirse amenazadoramente sobre la Ciudad Condal. Dio la vuelta al libro y empezó a leer la sinopsis: «Barcelona, 1913. El famoso inspector de policía Oriol Nevado, tras alcanzar la gloria al apresar a Enriqueta Martí, la temible Vampira del Raval, debe ahora enfrentarse a un monstruo aún peor, un secuestrador de niñas que somete a sus padres a un macabro juego, bla, bla, bla...». Aquello era con lo que se tropezaban los lectores al dar la vuelta al libro en cualquier librería, lo que encontraban en su interior cuando se aventuraban en sus páginas.

Pero la verdad era otra y solo él la sabía. La verdad era que *Sangre y ámbar* era mucho más que una novela. Era una prisión, una jaula, una maldita trampa para osos, daba igual cómo lo llamara. Sería por metáforas. Lo importante era que se trataba de un artefacto cuyo propósito era extirparle, de una vez por todas, el miedo que de pequeño se le había enquistado en el alma.

Diego sacudió la cabeza con rabia. No debía continuar por aquel camino. Sabía de sobra dónde conducía. Y no quería ir allí.

Abrió de nuevo la novela y empezó a espigar de la narración las pruebas

del Monstruo, decidido a acabar cuanto antes. Mientras confeccionaba el listado, no pudo evitar preguntarse, como hacían la mayoría de los lectores al avanzar por la terrible historia, qué pruebas realizaría él y cuáles no. El porcentaje se le antojó descorazonador. Quizás por eso, al escribirla, no había permitido que ningún padre superase las pruebas. No quería ningún héroe que pusiera en evidencia su nula disposición para las heroicidades. Y, ahora, sin embargo, ahí estaba, abocado a enfrentarse a su propia novela. Intentó animarse diciéndose que comer mierda de perro iba a resultarle desagradable, pero que podría hacerlo si se abstraía lo suficiente. Aunque si el secuestrador subía la apuesta en el próximo reto, siguiendo la macabra progresión de la novela, entonces... Dios, no quería ni pensar que aquel momento pudiera llegar, se dijo, intentando no contemplar el destino de Enric Ripoll i Serra como una profecía.

5

Jamás permitiré que seas de otro

La primera vez que Diego visitó la comisaría de los Mossos d'Esquadra donde Rocamora trabajaba, sufrió una decepción similar a la que había experimentado de niño al descubrir que los Reyes Magos no existían. Parecía un enorme bloque de legos, compuesto de dos edificios de cuatro plantas y aspecto escamoso unidos por varios patios acristalados. De la fachada no tenía ninguna idea preconcebida, fue el interior lo que verdaderamente le desilusionó. Era semejante al de cualquier edificio administrativo, donde no había putas deslenguadas armando jaleo ni tiarrones esposados que al menor descuido sacaban una navaja de la bota y tenían que ser reducidos por cuatro o cinco agentes. Para empezar, los policías ni siquiera parecían policías, no eran tipos atléticos que se lanzaban órdenes frenéticamente ni llevaban las pistolas en una sobaquera. Parecían funcionarios grises sumidos en una aburrida mañana laboral. Los únicos detalles que sugerían que aquello no era una oficina administrativa eran los salvapantallas de los ordenadores, que mostraban el logotipo azul y blanco de los *mossos*, amén de los retratos robot de agresores sexuales y atracadores de medio pelo que adornaban las paredes, como si fueran los dibujos que una adolescente haría de sus cantautores favoritos.

Quien no le decepcionó, en cambio, fue el inspector. Diego había

contactado con él por mediación de una compañera de trabajo de Laura, consciente de que necesitaba asesoramiento para los pasajes técnicos de *Los peces abisales*, y nada más verlo entrar en el bar en el que se habían citado, con su corpachón de pterodáctilo y su cara de malas pulgas, supo que no solo había encontrado a un asesor que parecía bastante bregado en el oficio, sino también al protagonista perfecto para su novela. Venciendo el impulso de salir corriendo, se presentó, lo invitó a un café y empezaron a charlar. Tras media hora de conversación, y contra todo pronóstico, ya se habían hecho amigos, o habían dejado claro que podrían serlo. A Diego enseguida le cayó bien aquel tipo rudo, directo y cínico, que no solo le aclaró las dudas técnicas que traía apuntadas, sino que, en cada gesto y comentario, dejaba transparentar una vida privada caótica y desastrosa digna del mejor antihéroe de ficción. A aquel primer encuentro le siguieron muchos otros, siempre en aquella desangelada cafetería cercana a la comisaría, donde su improbable amistad iba creciendo con la lentitud de un pastel en el horno, hasta que Laura decidió tomar cartas en el asunto. Es de bien nacidos ser agradecidos, le dijo a Diego, así que invita a ese policía grandullón del que tanto me hablas a cenar en casa el próximo sábado. Después de todo lo que te está ayudando, es lo menos que puedes hacer. Además, así podrá conocer a la niña y a tu fantástica esposa. Y así fue como un sábado por la noche, armado con una botella de vino, oliendo a colonia de garrafón y sorprendentemente bien peinado, Rocamora se aventuró en el hogar de los Arce para sellar oficialmente su amistad con Diego, que al acabar la cena ya había hecho extensible a Laura y a la niña, de quien se convirtió en tío no oficial.

Desde la escritura de *Los peces abisales* no había vuelto Diego a pisar la comisaría de Les Corts, y siempre imaginó que, si alguna vez lo hacía de nuevo, sería para escribir una secuela, no porque hubieran secuestrado a su hija.

Laura y él se identificaron en la entrada y pidieron ver al inspector Rocamora, a quien el ascensor escupió unos minutos después. Por su desaliñado aspecto dedujeron que no había pasado ni por su cama ni por la de nadie. Tras saludarlos, el policía los condujo con paso cansado a la sala donde acampaba su unidad, una amplia habitación llena de mesas y

archivadores igual de decepcionante que el resto. Nuevamente eran los tableros de corcho que colgaban de las paredes lo único que dejaba entrever que aquellos tipos coqueteaban con el lado salvaje de la vida. Allí, clavadas con chinchetas, había multitud de fotos llenas de anotaciones que correspondían a investigaciones en marcha —las cuales, fuera de contexto, resultaban de lo más insulsas: fachadas sin interés, coches corrientes, herramientas de bricolaje...—. Estas se mezclaban con algunos dibujos bastante desmañados de símbolos de bandas, notas de secuestros repletas de insólitas faltas de ortografía e incluso algunas de las frases exculpatorias que habían dicho los detenidos, tan memorablemente absurdas que se habían ganado aquella especie de posteridad cutre. Diego recordaba especialmente una perla que había soltado un violador en serie: «Estaba oscuro, y, como no veo en la oscuridad, no sabía que estaba violando a sor Amparo...».

En aquel momento había algunas personas trabajando, entre ellas el risueño agente Riera y el hombre trajeado con pinta de modelo que había estado rondando por el piso la noche del secuestro, elegantemente posado sobre el borde de la mesa de una muchacha que parecía vestida para acudir a un concierto de algún grupo satánico que sacrificaba vírgenes sobre el escenario. Todos les dedicaron una mirada curiosa mientras seguían a Rocamora hacia el fondo de la sala, donde se encontraba su despacho, un cubículo acristalado tan minúsculo que a duras penas podía contener una mesa, un archivador y un par de sillas. Diego tampoco había podido lucirse describiendo aquel entorno porque había sido purgado de cualquier objeto personal que humanizara a su dueño, y así seguía tres años después, como si durante este tiempo la vida no hubiera logrado ofrecerle a su amigo nada digno de atesorar. Tras bajar una persiana veneciana para dotar de intimidad su diminuta madriguera, Rocamora tomó asiento al otro lado de la mesa.

—No tenéis buena cara —comentó.

—Tú tampoco estás en tu mejor momento, la verdad —dijo Laura.

—Supongo que no —concedió Rocamora, asumiendo su aire de derrengado.

Diego sacó una hoja de papel del bolsillo y se la tendió.

—La lista que me pediste.

—Estupendo. Si el secuestrador tiene pensado inspirarse en alguna de estas pruebas, puede que necesite proveerse de algún material concreto, y eso le obligará a realizar ciertos movimientos... Mejor ir un paso por delante.

—Ya, pero dudo que lo haga, Gerard —objetó Diego, como un ave de mal agüero—. El Monstruo ha dejado claro en su carta que no va a repetir ninguno de los retos de la novela.

—Recuerda que quien está haciendo esto *no es el Monstruo*, Diego —le respondió el otro—. Solo es un hijo de puta imitándolo. Y ese hijo de puta puede que no disponga de tu imaginación.

Diego asintió por no enzarzarse en una discusión estéril, aunque poco convencido.

A continuación, Rocamora les informó de que su superiora, la comisaria Bargalló, acababa de tomar el puente aéreo hacia Madrid en compañía del juez asignado al caso para reunirse con los jefes de la sede española de la popular web de vídeos donde se compartiría el primer reto, y llevarles la orden de que no censurasen la emisión bajo ningún concepto, por muchas denuncias de internautas que recibieran y a pesar de que un vídeo de ese tipo incumplía claramente toda la normativa del portal. Estaba en juego la vida de una niña.

—Es solo una medida de prevención, Diego. Estoy seguro de que cogemos al cabrón que está haciendo esto antes del martes y no tendrás que hacer la prueba ni emitirla de ninguna manera.

Diego volvió a asentir con la misma falta de convicción.

—Pero *¿quién* está haciendo esto? —gimió entonces Laura, con voz angustiada—. *¿Y por qué? ¿Qué pretende? ¿Humillar a Diego?*

—Bueno, de momento estamos trabajando con tres hipótesis —respondió Rocamora—. Todavía es pronto para decantarnos por una. La primera sería el secuestro por dinero. Es cierto que por sus características no lo parece, y que todavía nadie ha pedido ningún rescate, pero no podemos descartarlo aún. Tal vez eso venga después. Puede que primero el secuestrador quiera divertirse un rato, asustaros, romperos por dentro, para poder sacaros luego más pasta.

—*¿Tú crees?* —preguntó Laura, esperanzada.

Rocamora se limitó a frotarse la incipiente barba, produciendo un sonido

que les recordó a alguien limpiándose los zapatos en un felpudo. A Diego, que al oír aquella primera hipótesis había alzado una ceja en ademán escéptico, no le extrañó que el inspector no quisiera confirmarlo.

—La segunda hipótesis es que se trate de un lunático —continuó—, un fan de la obra de Diego que ha acabado creyéndose el Monstruo.

Diego asintió. Esa teoría le parecía más verosímil. Lo que estaba claro era que el secuestrador se había leído la novela de cabo a rabo, y eso, en un país tan poco lector como era el suyo, ya eliminaba al cuarenta por ciento de la población, pensó, aunque se abstuvo de decirlo.

—Eso pondría las cosas un poco más feas —continuó Rocamora—. Sin embargo, este tipo de perfiles suele cometer bastantes errores —dijo, tratando de tranquilizarlos—. No son tan inteligentes como en las películas, os lo aseguro. La mayoría de estos tarados dejan un rastro de migas de pan que conduce directamente hasta ellos.

—¿Y cuál es la tercera hipótesis? —inquirió Laura.

—Que se trate de una venganza personal —respondió Rocamora.

—¿Una venganza personal? —se sorprendió ella—. ¿Qué quieres decir?

Rocamora tomó una bocanada de aire y la expulsó lentamente por las fosas nasales. Sin duda, de sus tres teorías, aquella era la más desagradable de explicar.

—Bueno, todo indica que no es obra de un desconocido —dijo con calma, midiendo cada palabra—. Recordad que el secuestrador tenía las llaves del piso y conocía vuestros movimientos. Un gran porcentaje de secuestros son perpetrados por personas que pertenecen al entorno más cercano de la víctima. Tal vez se trate de alguien que esté buscando venganza por alguna afrenta, alguien que se considere a sí mismo tu enemigo acérrimo —dijo mirando a Diego—. En este caso, no se trataría de ningún loco, sino de alguien que se cree lo bastante inteligente como para llevar a buen puerto un plan tan complicado como este... y que está convencido de que valdrá la pena. Por eso quería que vinierais, para hablar de esto cuando estuviérais más descansados. ¿Se te ocurre alguien que pueda odiarte hasta el punto de hacer algo semejante, Diego?

—¿Una especie de archienemigo? —dijo Diego—. ¿Eso no es más bien

cosa de superhéroes?

—Hablo en serio, Diego.

—¡Yo también, Gerard! Pero me temo que tienes una idea muy equivocada de la vida que llevamos los escritores.

—¿Y tu hermano? —le preguntó de repente Laura.

—¿Qué pasa con él?

—Que él te odia.

—Bueno, tal vez la palabra odiar resulte excesiva... —dijo Diego, incómodo—, simplemente no nos hablamos.

—Recuerdo que me has hablado de tu hermano en alguna ocasión —intervino el policía—, pero nunca me has contado por qué os peleasteis.

Diego suspiró. Odiaba hablar de Héctor, el hermano dos años mayor con el que la vida le había *premiado* y con el que siempre se había llevado mal.

—Es que no hay mucho que contar. Hará unos cinco años me pidió dinero para ampliar un negocio de informática que tiene en Horta. Le habían propuesto participar en un asunto inmobiliario, un chollo que no podía dejar escapar. Pero cuando me lo contó vi claramente que era una estafa. Le dije que no iba a dejarle ni un céntimo para esa locura, y se enfadó conmigo. Me acusó de ser un egoísta y otras lindezas semejantes. Le expliqué que no era por egoísmo, sino por principios. A mí el dinero no me falta, ya lo sabes, pero no por eso voy a regalárselo a unos estafadores. No fui capaz de hacerle comprender mi postura, así que dejamos de hablarnos. No fue una gran bronca, pero como nos llevábamos mal desde niños, y hasta entonces manteníamos un contacto esporádico por respeto a la memoria de nuestros padres, después de aquello ninguno de los dos quiso seguir con aquella absurda pantomima. Desde entonces no sé nada de él.

—Vamos, cariño —dijo Laura con suavidad—, sabes que no fue exactamente así. Él acababa de divorciarse, su mujer y los abogados le habían sangrado, por lo que Héctor *necesitaba* dinero, independientemente de esa inversión inmobiliaria, la cual, por cierto, tú no podías saber si era una estafa o no ya que no eres ningún experto. Te pidió una miseria, te lo suplicó casi de rodillas, y tú, a pesar de estar forrado, te negaste... ¡Y sí que fue la gran bronca!

—Vale, ¿qué insinúas? —se revolvió Diego—. ¿Que mi hermano ha secuestrado a nuestra hija?

—¡No, claro que no! —respondió Laura—. Ni se me pasa por la cabeza sospechar de Héctor. Era solo un ejemplo de que, a poco que pienses, seguro que puedes hacer una lista de personas que tienen motivos para odiarte.

—¡Joder, ya os he dicho que no tengo ni puta idea de quién me odia o no! —estalló Diego—. Jamás he hecho daño a nadie en toda mi vida. ¿Por qué tendría que tener un enemigo declarado? Además, Ariadna también es hija tuya, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —inquirió su mujer.

—Bueno, trabajas en un hospital inmenso, no le puedes caer bien a todo el mundo. —Laura lo miró en silencio y Diego enseguida se arrepintió de lo que acababa de insinuar. Entonces se acordó de algo—. ¿Y aquel exnovio tuyo? El tío de la universidad al que tuviste que denunciar.

—¿Julián? —se sorprendió Laura—. Pero... de aquello hace más de quince años.

—¿Tuviste que denunciar a tu novio de la universidad? —le preguntó Rocamora con suavidad.

—Sí, bueno... algo así —contestó ella, con el ceño fruncido—. Pero no fue para tanto.

—Háblame de él, Laura —le pidió el policía—. ¿Qué ocurrió exactamente?

Ella se pasó una mano por el rostro y suspiró.

—Julián era un buen chico, pero muy celoso y posesivo. Nunca llegó a pegarme ni nada parecido, pero me controlaba obsesivamente. Discutíamos mucho por esa razón... Cuando lo dejé, la cosa empeoró. Comenzó a seguirme a todas horas, a pedirme que volviéramos, a llamar a casa de mis padres en plena noche para suplicarme que le diera otra oportunidad, a dejarme notas en todas partes, algunas un poco... amenazadoras. «Jamás permitiré que seas de otro. Destrozaré a todo aquel que ose estar a tu lado», en esa línea.

—Vaya con el tipo —comentó Rocamora.

—Yo sabía que no iba a hacerme ningún daño, Gerard. Por Dios, ¡no era más que un crío! Pero mi madre se asustó y me convenció para que lo

denunciara. El juez le puso una orden de alejamiento. Después de eso, jamás volvió a molestarme. Algunos años después me enteré por unos amigos de que se había mudado a Londres. Hace años que no tengo noticias de él.

—De cualquier forma, no cuesta nada averiguar por dónde anda ese pájaro —dijo Rocamora, sacando su proverbial libretita—. Dime su nombre completo, la universidad a la que fuisteis y su última dirección conocida en España. Le pasaré a Rojas esos datos, a ver qué encuentra. Y tú, Diego: quiero la dirección de la tienda y la casa de tu hermano. Iremos a hacerle una visita... en plan informal, claro.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y una cabeza increíblemente bien peinada asomó por ella.

—Hola, perdón por la interrupción —se disculpó, iluminándoles con una sonrisa de un blancor cegador.

—¿Te vas a quedar asomado a la puerta toda la mañana? —le contestó Rocamora, de mal humor—. Laura, Diego, ¿os acordáis del subinspector Marc Olaya?

—Sí, sí, por supuesto. —Diego le tendió la mano—. Estuvo en nuestra casa, ¿verdad?

—Sí, por allí estuvo. Hasta que se fue cuando le salió de los cojones —rezongó Rocamora.

—Para acompañar a una testigo aterrorizada a su hogar, después de un duro interrogatorio —puntualizó Olaya con una amable sonrisa, posándose grácilmente sobre el pico de la mesa—. Por cierto, Diego, no se lo dije la noche pasada porque, obviamente, no era el momento, pero quiero que sepa que he leído sus tres novelas y que soy un rendido admirador suyo.

Diego observó con recelo a aquel sujeto cuyo contraste con Rocamora no podía ser más acusado. Si su amigo parecía haber pasado la noche durmiendo en un contenedor, el subinspector parecía a punto de salir a desfilas por una pasarela. Rondaría los treinta y muchos, quizás incluso se había aventurado ya en la franja de los cuarenta, pero era imposible saberlo porque su espeso cabello peinado hacia atrás, de un dorado resplandeciente, su atractivo rostro perfectamente afeitado y su cuerpo espigado y flexible le conferían el aspecto de un Ken recién sacado de la caja.

—Vaya, pues... muchas gracias —dijo.

—De nada, tiene usted un talento increíble.

—Bueno, si ya has terminado con tu tertulia literaria, Marc, ¿te importaría contarnos qué traes ahí? —le preguntó Rocamora, señalando la carpeta que el subinspector llevaba bajo un brazo.

—Claro. Beltrán me ha pasado los resultados de huellas —le contestó, entregándole la carpeta con una elegante floritura—. En el piso había varias, pero no demasiadas. Estaba muy limpio. Han encontrado las de los padres —señaló a Diego y Laura con un ademán—, las de la niña, las de la canguro, las tuyas —apuntó a su jefe— y dos más desconocidas.

—¿Quién ha estado en el piso últimamente? —les preguntó Rocamora.

—Helena estuvo tomando café hace un par de días —respondió Laura, tras reflexionar unos segundos—. Y Anita estuvo hace tres.

—Bien... —asintió Rocamora, echando un ojo a los papeles de la carpeta—. Las citaremos a ambas para tomarles declaración y veremos si sus huellas coinciden con algunas de estas. ¿Qué más tienes, Marc?

—El departamento informático continúa procesando las imágenes de las cámaras de seguridad y cotejando todas las matrículas, aunque los técnicos han descubierto que existen suficientes puntos ciegos para dejar libre de registro una ruta concreta. El secuestrador solo podría haberla tomado a propósito, tras haber estudiado a fondo las cámaras de la zona. Lo cual nos remitiría a un plan largamente meditado y no sería muy buena señal —concluyó Olaya en tono aleccionador, como si Diego y Laura fueran dos alumnos de visita escolar en la comisaría.

—Bueno, pues crucemos los dedos para que no sea ese el caso —intervino Rocamora dedicándole una mirada asesina—. ¿Qué tenemos sobre el pomo del baño? ¿Y sobre el papel y el sobre negro de la carta?

—Nada, de momento. En el pomo no hay huellas desconocidas, al igual que en la puerta principal. Pero bloquearlo no es difícil. Existen varios tutoriales en internet sobre cómo hacerlo porque se trata de una broma recurrente, no se precisan conocimientos específicos de cerrajería. Pero también pudo haberse bloqueado por pura casualidad. En cuanto a la carta, el papel es común, se puede comprar en cualquier parte, y evidentemente no hay

huellas. El sobre negro también se puede comprar en varios sitios, incluso por internet. Un grafólogo está estudiando la letra. Damos por sentado que el secuestrador está imitando la supuesta letra del Monstruo, pero, aun así, quizás nuestro experto pueda deducir algo.

—¿Y el listado de pacientes psiquiátricos?

—Mireia lo está preparando personalmente. Te lo pasará al final de la mañana. Incluirá todos los pacientes psiquiátricos de la ciudad con algún tipo de sintomatología que tenga que ver con alteraciones de la identidad, dando prioridad a aquellos que tengan antecedentes penales y que ahora mismo estén libres.

—Perfecto —asintió Rocamora.

—O sea, que todavía no tenéis nada —concluyó Diego con amargura cuando la conversación entre los dos policías se extinguió.

Rocamora apretó la mandíbula y se volvió hacia él con calma.

—Todavía es pronto, Diego —intentó tranquilizarlo—. Apenas han pasado unas horas.

—Once —precisó él.

—Sí, once. Pero, como puedes ver, estamos trabajando sin descanso. Pronto habrá resultados, no te preocupes.

—¿Cómo no voy a preocuparme! Cada minuto que pasa, nos acerca más al primer reto.

—¿Y eso es lo único que te preocupa? —le preguntó Laura, horrorizada—. ¡Cada minuto que pasa es un minuto que tu hija está en manos de ese loco!

Diego la miró, atónito.

—¿Crees que no pienso en nuestra hija? *¿Eso es lo que crees?* ¡Claro que pienso en Ari! Pero sé que ella está a salvo.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque esas son las reglas del Juego de los Retos. El Monstruo no le tocará ni un pelo hasta que yo haga la prueba. Luego, si no la supero...

—Vas a superarla —le dijo ella con la voz temblorosa—. ¿Verdad?

—Sí, por supuesto. Esa prueba no me supone ningún problema —respondió Diego tratando de sonar convincente—. Pero después vendrá otra, que será más terrible, como en la novela. Y luego una tercera que...

Diego se mordió los labios y desvió la mirada, incapaz de soportar la de Laura.

—¿Qué intentas decir? —preguntó ella, con expresión aterrada—. ¿Te estás disculpando de antemano por no...?

Rocamora dio un golpe sobre la mesa.

—¡Nadie tendrá que hacer ningún reto! Ninguno, ¿queda claro? Ya os he dicho que cogemos a ese cabrón antes del martes. Os lo juro. Vamos a encontrarlo. Tiene que haber cometido algún fallo. Siempre cometen fallos. Creedme, nadie camina por este mundo sin dejar huellas.

—A no ser que lleve guantes, como los cirujanos —precisó Olaya.

—O que venga de otro mundo —añadió Diego, con una extraña risita. Todos lo miraron en silencio. Él les devolvió la mirada, confuso—. Lo siento... No sé por qué he dicho eso.

6

¿Qué clase de cabrón no haría eso por su hija?

Sangre y ámbar

Capítulo IV, página 67

Aquel hermoso sábado de mediados de mayo los grandes almacenes El Siglo parecían una pecera rebotante de peces de colores. Una marea de personas pululaba por su gran patio central, cubierto por una bóveda de cristal, y se dispersaba por las plantas superiores a través de las lujosas escalinatas. Bajo la enorme lámpara de cristal que colgaba del techo se cruzaban y descruzaban señoras emperifolladas que venían de misa, sirvientas de uniforme, institutrices con niños vestidos de marinerito, caballeros que buscaban el regalo perfecto para sus esposas o sus amantes y mozos del almacén que, vestidos con el correspondiente guardapolvo rayado, se abrían paso entre el gentío con sus carretillas cargadas de bultos hacia los coches de reparto. Pese a todo, entre la variopinta multitud llamaba la atención una curiosa pareja formada por una niña de unos siete años que caminaba de la mano de un negro enorme. La pequeña se llamaba Claudia, y la imponente figura de ébano que la acompañaba atendía al nombre de Karel. Desde que, cuatro meses antes, comenzaran los secuestros

de niñas, la aterrada burguesía catalana había cerrado a sus vástagos a cal y canto a la espera de que la incompetente policía atrapara al secuestrador, pero algunas familias se resistían a condenar a sus hijas a un enclaustramiento que juzgaban propio de novicias y habían buscado el modo de que las pequeñas pudieran llevar una vida normal pese a las horrendas circunstancias. Uno de esos modos era dejarlas salir de casa acompañadas siempre por sus criados más fuertes, y Karel era con diferencia el más fuerte de los criados de la familia Dorcas i Doliva.

Un par de metros por detrás de la curiosa pareja, caminaba otra mucho más común, compuesta por doña Elvira, la madre de la niña, y doña Carne Molins, una de sus mejores amigas. Ambas curioseaban entre las mantelerías y bordados expuestos en los anaqueles con aire de superioridad, como si nada de aquello les pareciera de calidad suficiente para ganarse un hueco en sus casas, y charlaban de lo que por esos días de oscuridad hablaba toda Barcelona: del cadáver de la pequeña Laia Rovira, la cuarta niña secuestrada, que había sido encontrada hacía una semana medio enterrada en una pila de turba en la Carbonera, a la falda de Montjuïc.

—La pequeña seguiría viva si Ferran Rovira hubiera sido más valiente y se hubiera cercenado las amígdalas —comentó doña Elvira en tono de reproche, mirando distraída el bordado de una mantelería—. Tampoco era para tanto. Solo tenía que poner cuidado de no ahogarse con su propia sangre. Además, detrás del telón aguardaba un equipo de cirujanos preparado para remendarlo en cuanto terminara.

Carne recordó al pobre padre, sentado muy rígido bajo los focos en el escenario del Gran Teatro del Liceo, con la siniestra herramienta que debía introducirse en la garganta temblándole ligeramente en la mano. Era un instrumento fino y alargado, parecido a unas tijeras, pero con las puntas rematadas en dos círculos huecos, los cuales supuestamente debían abrazar las codiciadas amígdalas.

—Por un momento pareció capaz de hacerlo, ¿recuerdas? —dijo, excitándose al evocarlo—. Levantó la cabeza y miró hacia el palco donde estaban su mujer y sus tres hijos mayores, como brindándoles su sacrificio.

Pero luego tiró la herramienta al suelo y se echó a llorar.

—Y las amígdalas se las extirparon a su hija. Además, no contento con eso, el Monstruo también le amputó la pierna izquierda. —Doña Elvira meció la cabeza unos segundos, en señal de pesar, y luego añadió—: ¿Sabes que Emilio estaba convencido de que ese desgraciado no superaría la prueba? Conoce a Ferran Rovira del Círculo del Liceo y siempre le ha parecido un pusilánime, un blando de espíritu.

Pues si Rovira había quedado como un pelele, pensó doña Carme, al menos ante los ojos del marido de su amiga, aún era peor lo que le había sucedido a Pablo Azcón, el padre de la tercera víctima, que era considerado por toda la ciudad como un ser despreciable. Convencido de que su innata cobardía no le permitiría superar ninguno de los retos, Azcón había resuelto rendirse antes incluso de enfrentarse al primero, para que su hija solo tuviera que recibir una tortura «menor» antes de ser ejecutada. Desde entonces Azcón permanecía enclaustrado en su casa, que se había convertido en lugar de peregrinación para una turba exaltada que, entre silbidos y abucheos, solía acribillar su fachada con tomates, huevos e incluso alguna piedra. Ellas mismas habían ido un par de veces.

—Aunque ya me gustaría a mí ver a Emilio teniendo que cercenarse las amígdalas o cualquier otra parte del cuerpo para salvar la vida de nuestra Claudia —concluyó doña Elvira con poco disimulado desdén.

—¡Por el amor de Dios, Elvira, no digas eso ni en broma! —se escandalizó su amiga.

—Tranquila, Carme. —Sonrió ella—. Nuestra hija ya no sale de casa sin Karel. No puede pasarle nada.

Doña Carme clavó la mirada en el lacayo, que caminaba unos metros por delante con la niña. Sus ojos se demoraron en su intimidante fisionomía con lo que a doña Elvira se le antojó un inapropiado deleite.

—¡Desde luego que no! Y dime, ¿dónde tenías guardado a ese Titán? —exclamó sin poder contenerse.

—Emilio se lo trajo de nuestra plantación de tabaco en Cuba hace ya casi un año. Ya sabes lo delicado que se ha vuelto todo allí tras la pérdida de la colonia. Lo pusimos a trabajar en el almacén de nuestra tienda de

productos de Ultramar, cargando cajas de puros habanos, café y azúcar de caña, pero ahora lo hemos «ascendido» a acompañante de Claudia.

Doña Carme asintió, aprobando la decisión.

—De todas formas —suspiró con pesar—, esperemos que la policía atrape al Monstruo de una vez. ¿No han puesto al mando del caso al inspector Oriol Nevado? Él fue quien atrapó a la Vampira del Raval. Por eso lo ascendieron a inspector.

—Pues parece que nuestro héroe local se ha dormido en los laureles —se quejó la otra—. Mientras toda Barcelona está aterrada, a ese inspector solo se le ocurre aparecer en los periódicos para pedirnos que no acudamos al Liceo. Asegura que con nuestra presencia no estamos sino prestándonos al juego del Monstruo. ¡Pero cómo no vamos a ir! No podemos dejar solos a los desdichados padres, ¿verdad? Tenemos que ofrecerles nuestro apoyo moral.

—Por supuesto —coincidió doña Carme—. Es nuestro deber cristiano.

Caminaron un par de metros en silencio, contentas de poder lavar juntas sus remordimientos.

—¿Sabes que Enric Ripoll se ha suicidado? —preguntó doña Carme, que no quería dejar el tema.

—Sí, lo he leído en el periódico. Pero qué iba a hacer el pobre. No pudo comerse crudo al perro de la familia, ¿te acuerdas? ¡Y eso que solo era un chihuahua...!

Doña Carme lo recordaba. Como para no recordarlo. Su marido y ella habían ocupado unas de las butacas de las primeras filas, que les habían costado una considerable suma, solo para ver como aquel cobarde abandonaba el escenario privándoles del espectáculo. En consecuencia, la pobre niña apareció decapitada al día siguiente, y los forenses habían encontrado en su estómago los restos de un perro.

—¿Y por qué les infligirá esas horribles mutilaciones? —preguntó al aire—. ¿No le basta con obligarlas a hacer la prueba que su padre no ha logrado superar y luego matarlas? ¿También tiene que mutilar sus tiernos cuerpecitos?

—Dicen que el Monstruo les amputa partes del cuerpo para comérselas

—reveló doña Elvira.

—¿Qué? ¡Dios santo! —exclamó doña Carme, incapaz de asimilar tanta crueldad.

La pareja de delante, en cambio, mantenía una conversación mucho más divertida:

—¿Es verdad que puedes levantar un piano de cola con un buey dormido encima? —preguntaba en ese instante la pequeña Claudia a su acompañante.

Karel lanzó una carcajada.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Clarita, mi niñera.

Karel sonrió para sí. Hacía tiempo que había reparado en cómo lo miraba Clarita cuando, sudoroso y con los músculos hinchados tras toda la mañana cargando cajas en el almacén, entraba en la cocina a beber agua.

—Bueno, la verdad es que nunca lo he intentado, por lo que tampoco puedo decirte que no pueda hacerlo.

Pese a su imprecisa respuesta, la niña forjó una mueca de asombro. Karel la observó con una sonrisa. Estaba adorable con aquella faldita acampanada y el dorado cabello peinado en tirabuzones. Le habían ordenado que la llevara de la mano a todas partes y no la soltara pasara lo que pasara, y a Karel le agradaba aquella nueva misión que no solo lo alejaba de la dura faena del almacén, sino que le permitía visitar sitios que siempre creyó que moriría sin conocer, debido a su color y condición. Y los famosos almacenes El Siglo eran uno de ellos. A veces, cuando paseaba por las Ramblas en alguna de sus noches libres, se detenía a admirarlos desde fuera. Con sus siete plantas y su hilera de escaparates iluminados —había oído que contaba con más de seis mil lámparas incandescentes—, le parecía más hermoso que cualquiera de los paraísos que el hombre había creado hasta el momento, y además contaba con sus propias huríes o valkirias, las elegantes dependientas que todos apodaban las sigleras, seleccionadas entre las muchachas más bellas de la clase media. Y ahora, quién iba a decirlo, estaba caminando por el lujoso vientre de aquella ballena, constatando con tímidas miraditas de soslayo la belleza de las dependientas, que sonreían

desde detrás de los mostradores, perfectamente iluminadas por las seis mil lámparas. ¿Cuántos lugares así podría visitar gracias a la niña?, se preguntó. ¿Querría Claudia ver París? Karel había oído que la catedral de Notre Dame era hermosa.

—¿Tenías alguna hija en tu país?

La pregunta hizo que a Karel se le formara un nudo en la garganta. No pudo evitar recordar a Lissandra, su mujer, desangrándose en sus brazos aquella fatídica noche de hacía apenas un año. Su mujer había sido una de las bajas accidentales que sucedieron durante el alzamiento contra el gobierno. Las enormes manos de Karel, capaces de levantar bueyes y pianos, taponaron su herida de bala, pero no pudieron evitar que la vida se le escapara del cuerpo por aquel agujero, arrastrando de paso, como una ramita en una riada, la pequeña vida que cuajaba en su vientre. Unas semanas después, Karel aceptó la propuesta de su patrón de trasladarse a Barcelona para alejarse de todo aquel dolor y de aquella Cuba cada vez más corrupta por la que no merecía la pena luchar.

Por suerte, no tuvo que responder a la niña, pues en aquel momento un dependiente de los almacenes se acercó a ella con una amplia sonrisa y, tras una teatral reverencia, le entregó un folleto publicitario que acaparó toda su atención. Allí figuraban las muchas novedades que habían llegado a la sección de juguetes, donde incluso habían instalado una atracción infantil. Claudia se volvió hacia su madre y le suplicó que fueran de inmediato, sin perder un segundo, pero doña Elvira no vio la urgencia por ningún lado. A su juicio era mucho más apremiante acudir a la sección de porcelana para proveerse de una vajilla nueva. Finalmente, ante los ruegos de la niña, decidió darle permiso a Karel para que la llevase a la sección de juguetes. Luego se volverían a reunir todos en la cafetería, donde repondrían fuerzas con una ración doble de sus famosas croquetas.

Resuelto el asunto de aquella manera tan salomónica, Karel y Claudia subieron la escalera que conducía a la tercera planta y, guiándose por los carteles de latón, atravesaron varias secciones hasta alcanzar la juguetería, donde un ejército de saltadores con cabeza de perro, carruajes de hojalata y caballos de cartón le dieron la bienvenida. Al fondo, tras una barricada de

casas de muñecas, se oía ese bullicio de colmena que emiten los niños cuando son felices. Claudia lo identificó de inmediato y tiró de Karel hacia allí, donde estaba ubicada la atracción que anunciaba el folleto. Se trataba de una vía circular, de unos ocho metros de diámetro, por el que rodaba un pequeño tren compuesto de media docena de vagonetas, que en aquel momento se adentraba en el túnel con forma de dragón que cubría tres o cuatro metros del recorrido. Unos segundos después volvió a aparecer, con los niños que viajaban en sus vagones lanzando gritos y risas extasiadas. Claudia no podía perderse aquello, y le rogó a Karel que la dejara subir. Él dudó. Doña Elvira le había dicho que no soltara a la niña bajo ningún concepto, y eso era justo lo que tendría que hacer si la dejaba subir al trenecito. Estudió la atracción con una mirada valorativa, mientras Claudia hacía pucheros y le tiraba de la manga, y finalmente decidió que no había ningún peligro. Excepto por los cinco segundos o menos que el tren tardaba en atravesar el túnel, podía tener vigilada a la niña durante todo el recorrido.

Sonriendo de felicidad, Claudia se sumó a la cola de niños y alcanzó a sentarse en el último vagón, mientras Karel aguardaba con el resto de los padres, destacando entre ellos como una capitular en un párrafo. El tren se puso en marcha cuando estuvo completo, traqueteando sobre los raíles a una velocidad que el sirviente juzgó inofensiva, mientras los viajeros saludaban a sus familiares con la mano. Karel correspondió al saludo de Claudia conmovido, y se preguntó si acaso no sería mejor sofocar el cariño que la niña empezaba a despertarle antes de que alcanzara proporciones de incendio. No debía olvidar que Claudia no era su hija. Que él no tenía ninguna hija, que lo único que conservaba en su pecho era el cariño que podía haberle dado.

El túnel con forma de dragón empezó a tragarse el trenecito. Algunos de sus pasajeros no pudieron evitar lanzar un gritito histérico antes de zambullirse en la oscuridad, y Karel sintió una punzada de orgullo al ver que Claudia afrontaba su destino sin miedo, sentada en el vagón con expresión grave y envalentonada. Al verla desaparecer en el túnel, Karel pensó que aquella actitud anunciaba la mujer que llegaría a ser, sin

sospechar que aquella niña no llegaría nunca a convertirse en mujer, pues cuando el tren emergió del túnel, el vagón estaba vacío. Karel parpadeó, confundido. ¿Dónde estaba Claudia? ¿Se habría caído del vagón? A su alrededor, los niños reían y los padres aplaudían, sin reparar en su ausencia. Por eso todos se sorprendieron cuando aquel negro enorme se abrió paso entre ellos a codazos y corrió hacia el túnel a grandes zancadas. Karel se agachó y miró entre las fauces abiertas del dragón, pero estaba demasiado oscuro para poder distinguir nada.

—¡Claudia, Claudia! —llamó, pero no obtuvo respuesta.

Karel no se lo pensó. Agarró el cuello del dragón con sus poderosas manazas y, como un san Jorge de color carbón y sin lanza, tiró hacia arriba con todas sus fuerzas, desclavando la estructura y alzando más de la mitad por encima de su cabeza. Su hazaña dejó atónita a la multitud. El operario encargado del tren hizo que la atracción se detuviera, y también los niños contemplaron asombrados a aquel coloso que en ese momento arrojaba al dragón a un lado de la vía, como si le hubiese partido el cuello. Claudia no estaba allí. Bajo los travesaños, Karel descubrió una pequeña trampilla. Intentó abrirla, pero no pudo. Dedujo que alguien la había atrancado por dentro, y, lo más alarmante, que ese alguien se había llevado a la niña por allí. Sin pensárselo dos veces, empezó a golpearla con el puño, acompañando sus golpes con unos bramidos donde convivían la furia y la desesperación. Su poderoso puño subió y bajó durante casi un minuto, dibujando en el aire una estela de sangre y astillas. Cuando la puertecita cedió al fin, desveló un doble techo, por el que el secuestrador habría huido con Claudia. Karel resolvió perseguirlo descendiendo por la trampilla, pero en esta ocasión su imponente físico le jugó una mala pasada, haciéndole quedar atascado en la abertura.

Entretanto, un hombre alto y delgado, capaz de introducir su cuerpo de aguja por un hueco como aquel, salía de los almacenes El Siglo con una niña dormida acunada en sus brazos, como un padre ejemplar.

El inspector Gerard Rocamora cerró el libro, se recostó en su sillón y se

masajeó la frente. El martilleo en su cabeza no remitió, así que se levantó con un hondo suspiro y estiró su dolorida columna, que formuló crujidos de galeón antiguo. Miró entonces su reloj: las siete. La luz del amanecer ya debía de haber perfilado hasta el último contorno de aquel domingo que su cubil sin ventanas le escamoteaba. Pero todavía faltaba una hora para la primera reunión del día. Abriendo un hueco entre los listones de la persiana, comprobó que la sala de su unidad estaba vacía. Aún no había llegado nadie de su equipo, algo comprensible, ya que todos ellos se habían ido prácticamente arrastrándose a casa la noche anterior. Y aunque a él le apetecía una ducha, no le merecía la pena desplazarse hasta su apartamento del Barrio Gótico. Desde la madrugada del sábado, cuando Laura lo llamó en pleno ataque de histeria farfullando «se la han llevado», «se la han llevado», no se había duchado, ni afeitado, ni cambiado de ropa, se había alimentado de las chokolatinas y bolsitas de patatas de la máquina expendedora del pasillo y apenas había dormido un par de horas en su despacho, improvisando una triste cama con las tres sillas, porque los de arriba seguían negándole el sofá que no se cansaba de pedir. Al parecer, eso se consideraba un lujo para los de abajo. Resopló. Que se metieran sus putos sofás por el culo.

Se obligó a dejar de blasfemar, volvió a sentarse en aquella silla que servía para todo y, por enésima vez en las últimas horas, hizo recapitulación del caso mientras acariciaba distraído la novela de Diego, que dentro de dos días tendría que comerse la mierda de un perro delante del mundo entero porque así lo quería el cabrón tarado que había secuestrado a su hija. ¿Podría impedirlo? Tanto a Diego como a Laura les había asegurado que sí, que atraparía al secuestrador antes del plazo, pero lo cierto era que hasta el momento no tenían gran cosa con lo que trabajar. Las imágenes de las cámaras y el cotejo de las matrículas todavía no habían dado ningún resultado; tampoco el listado de pacientes psiquiátricos. Por otro lado, las huellas que faltaban por identificar habían coincidido con las de Anita, la asistente, con las de Virginia, la canguro, y con las de Helena Rosell, la amiga de Laura. Rocamora había interrogado a las tres la tarde anterior, y las dos primeras le habían parecido dignas de confianza. Llevaban años trabajando para la familia y, a menos que poseyeran un increíble talento para la interpretación, el profundo

horror que habían mostrado por lo sucedido parecía auténtico.

De Helena Rosell, sin embargo, no sabía qué pensar. Alta, robusta, poco agraciada y con al menos veinte kilos de más, no había parado de llorar a moco tendido durante todo el interrogatorio. A Rocamora se le había antojado un desconsuelo desproporcionado para alguien que conocía a Laura desde hacía solo un año. Sobre el asunto de las llaves, se había mostrado tajante. Desde que Laura se las dejó, las había llevado siempre en el bolso. Al principio, para no olvidárselas, ya que se dirigía a regar sus plantas directamente desde el trabajo, y después, cuando su amiga regresó, para devolvérselas, algo de lo que ambas se olvidaban cada vez que se veían. Tenían tantas cosas que contarse cuando quedaban para un café... Añadió que nunca las había sacado de ese bolso, estaba segura porque siempre llevaba el mismo, a pesar de que Rocamora nunca había visto uno tan horrible, y tampoco recordaba habérselo dejado en ningún sitio, ni estaba en su casa al alcance de otras personas, ya que vivía sola y en las últimas semanas no había recibido ni a fontaneros ni a electricistas. Ella se las arreglaba muy bien con las tareas de bricolaje, no necesitaba a un hombre para nada, le había dicho, empapando con una mixtura de fluidos el enésimo pañuelo de papel.

En resumen, dejando a un lado su infinita capacidad para el llanto, Rocamora no tenía nada consistente para considerarla sospechosa. Helena Rosell era una buena ciudadana, tenía su propia empresa, que se dedicaba a la limpieza de empresas y grandes superficies, y jamás había tenido problemas con la justicia, ni una triste multa de tráfico manchaba su impoluto historial. Aparte de eso, su cariño hacia Laura y Ariadna, aunque en exceso dramático, parecía sincero. Otra cosa era lo que sentía hacia Diego. La verdad es que no lo soporto, había declarado sin morderse la lengua. Pero aquello no podía considerarlo un motivo.

Mientras él interrogaba a las tres mujeres, había ordenado a Riera que investigara la situación económica de la editorial Limbo, donde Diego publicaba sus novelas, pero según el informe que este le había pasado, las cuentas de la editorial se encontraban razonablemente saneadas. No eran para tirar cohetes —sobre todo si se las comparaba con las de los años anteriores—, debido a la crisis del sector, pero aquel descenso en las ventas no podía

servir de justificación para que ningún editor ambicioso propusiera aumentarlas ordenando secuestrar a la hija de alguno de sus autores.

En definitiva, su lista de sospechosos se reducía de momento solo a dos: Julián Bassol, el antiguo novio de Laura, y Héctor Arce, el hermano de Diego, a los que ni siquiera habían conseguido localizar todavía. Habían encontrado el rastro del primero cuando llegó a Londres hacía unos diez años para estudiar la especialidad de cirugía, y logrado seguirle la pista durante algún tiempo, a pesar de los tumbos que había dado entre diferentes habitaciones de alquiler, pero, a partir de que se doctorara, sus andanzas se perdían. Rojas había estado trabajando en ello sin obtener resultados hasta casi la madrugada. Los padres de Julián habían muerto hacía algunos años y no tenía hermanos, ni piso, ni coche, ni cuentas bancarias a su nombre, y, al parecer, tampoco usaba las redes sociales. Poco más había podido rascar la informática forense, pese a ser una de las mejores en el rastreo de datos, así que Rocamora la había mandado a casa a descansar con la amarga sensación de que el tal Bassol era un putito fantasma.

Y para mayor frustración, Héctor Arce también había desaparecido. Según los vecinos, la pequeña tienda de informática que tenía en el barrio de Horta llevaba toda la semana cerrada, sin ningún cartel que explicara el motivo. Nadie respondía en su piso, y ningún vecino le había visto en todo ese tiempo. Pero si Héctor fuera el secuestrador, pensó Rocamora, que no gustaba de precipitarse en sus conclusiones, habría tenido un mínimo cuidado de no llamar la atención desapareciendo tan bruscamente, como un mago en un escenario, sobre todo sabiendo que la mala relación con su hermano podría situarlo en el punto de mira. De cualquier forma, decidió que si no lo localizaban antes del mediodía, emitirían un requerimiento.

En realidad, el único avance que podía considerarse positivo de las últimas horas correspondía a la comisaria Bargalló y al juez Peralta, que volaban de regreso a Barcelona con el apoyo del Ministerio del Interior y la garantía de que nadie iba a interrumpir la emisión de la prueba de Diego, en caso de que finalmente tuviera que llevarla a cabo. «Pero eso no va a ocurrir, ¿verdad, inspector? —le había dicho la comisaria por teléfono, justo antes de embarcar, con aquella voz aflautada que helaba la sangre—. Esta tarde me

pasaré por la comisaría y, por el bien de esa niña, pero también por el suyo propio y el de su departamento, espero que tenga algo que ofrecerme. O le aseguro que mi pobre y dolorida cabeza no rodará sola.» Rocamora suspiró. ¿Algo que ofrecerle? Aparte de sus testículos en una bandeja, no tenía nada mejor.

Y luego estaba la maldita filtración... La tarde anterior, Diego lo había llamado para informarle que al llegar a casa se habían encontrado a un ejército de periodistas montando guardia ante su edificio, que los habían acibillado a preguntas antes de que logaran alcanzar el portal. Rocamora les había dicho que se calmaran, pero lo cierto era que le había sorprendido la rapidez con que la prensa se había enterado. ¿Cómo lo habían conseguido? Estaba claro que alguien de *dentro* se había ido de la lengua, pero eso incluía a casi todo el personal del edificio, por lo que lo único que podía hacer era resignarse. Así eran las cosas. Él siempre había sido partidario de llevar cualquier investigación con la mayor discreción posible, pero sabía que muchos de sus compañeros opinaban que cualquier caso tenía mayores posibilidades de resolverse si desde el principio involucrabas a la ciudadanía. Hubiera actuado de buena fe o solo por joderlo, el soplón había conseguido que a esas alturas todo el mundo supiera que el Juego de los Retos, el macabro juego que el escritor Diego Arce había concebido en su novela, iba a jugarse en la realidad con el autor como sufrido protagonista. A menos que ellos logaran impedirlo, claro.

Lanzó un bufido de exasperación y se acarició la cara. Notaba una especie de chisporroteo en las entrañas, y supo que era la ansiedad. Necesitaba acción, encontrar algo que lo impulsara a echarse a la calle, no podía soportaba aquella inactividad. Ari estaba en alguna parte, pero no estaba allí, en su despacho, bajo su mesa. ¿Seguro que no había nada más que pudiera hacerse?

Abrió el dossier del caso y comenzó a hojearlo de nuevo. Se detuvo a contemplar la foto de Ari, que Diego le había tomado cuando estaba distraída. A pesar de que tenía la cara un poco ladeada, podía apreciarse el increíble color de sus ojos, aquella tonalidad dorada que había heredado de su madre. Rocamora sonrió al recordar como Ariadna solía preguntarle cada vez que se

veían si había matado a muchos malos desde la última vez, a lo que él contestaba invariablemente que solo había roto unas cuantas piernas, o alguna burrada semejante que siempre la hacía reír. Asombrosamente a Ari no le impresionaba nada de lo que él pudiera decirle, incluso mostraba una enorme curiosidad por conocer cuantos más detalles escabrosos mejor. Rocamora no estaba acostumbrado a bregar con niños y por tanto no tenía con qué comparar, pero Ari, aquella sobrina postiza que la vida le había regalado y que con tanta fidelidad reproducía la hija que le habría gustado tener, le parecía tremendamente lista y valiente, y esperaba no equivocarse, porque eso le permitiría afrontar mucho mejor lo que fuera que llevara soportando desde que alguien la arrancara de su propia cama. Si aquel cabrón se atrevía a tocarle un pelo, a aterrorizarla o a infligirle cualquier daño físico o psicológico, él se encargaría de matarlo con sus propias manos, se dijo, mientras la sonrisa le mudaba en una mueca de furia.

Se reclinó en el sillón e intentó serenarse. Debía mantener la cabeza fría, no permitir que sus emociones interfirieran en la investigación. Aun así, no pudo evitar que la mirada se le humedeciera mientras volvía a posarla en los ojos de la niña, tan insólitos, tan dorados, tan de Laura. La misma mirada de fuego que ayer los noticiarios habían derramado sobre el mundo. A causa del batiburrillo de personas medio borrosas que aparecían al fondo, habían tenido que recortarla, por lo que la cara de la niña había ocupado casi toda la pantalla. El efecto de su mirada debía haber sido asombroso, devastador, para cualquiera que no estuviera acostumbrado a su exposición.

Antes de guardar la foto, Rocamora repasó con la mirada las siluetas desenfocadas del fondo de la imagen. Ni la gorda del vestido de flores, ni el setentón canoso que cogía la mano de su nieto, ni la treintañera rubia que hablaba por el móvil con expresión grave sabrían jamás que una tarde de verano habían cruzado sus vidas con la de Ariadna Arce, la niña secuestrada de la que el mundo entero hablaría durante los próximos días.

—Hola, Gerard...

La cabeza de Olaya —peinado impecable, mejillas rasuradas y tonificadas, sonrisa resplandeciente— asomaba por el quicio de la puerta del despacho como esos títeres que, de pronto, aparecen a media función por un

lado del escenario, provocando los gritos alborozados de los niños. A Rocamora no le causó el mismo efecto.

—Marc, te lo juro, no soporto esta costumbre tuya. Voy a instalar una guillotina en esa puerta, y la próxima vez que asomes tu puta cabeza, dejando el cuerpo en el otro lado, te los separaré para siempre.

—Ups —concluyó el otro, sin perder la sonrisa.

Avanzó hacia la mesa de su jefe con un paso que fusionaba extraordinariamente la languidez y la determinación, como si caminara sobre una cinta transportadora. Al alcanzarla, depositó sobre ella con ademán desprendido una bolsita de aspecto primoroso:

—Te he traído un regalo.

Rocamora miró largamente la bolsa, como si emitiera un tictac hacendoso y de un lateral le brotaran un cable azul y otro rojo.

—¿Qué cojones...?

—No me des las gracias. Ya me imaginé que pasarías la noche aquí, así que, antes de venir, he pasado por un supermercado y te he traído un cepillo de dientes y pasta, un desodorante y una crema hidratante para pieles mixtas. También te he traído una camisa de mi casa.

—No quiero una camisa tuya.

—No es mía. *Obviamente*, tú y yo no usamos la misma talla. Es de mi cuñado, que está un poco más... eh... fuerte. Se la dejó un día que se quedó a dormir. No es de muy buena calidad, demasiado poliéster, pero estas cosas a ti te dan igual. Ya me la devolverás —añadió magnánimamente mientras se derrumbaba con tal elegancia sobre una humilde silla que esta debió de sentirse diván por un instante—. ¿A qué hora es la reunión con los de audiovisuales?

—A las ocho —gruñó Rocamora, echando una cauta ojeada al interior de la bolsa.

—¿Aquí o en el estudio de grabación?

—El estudio que hemos alquilado para la prueba no estará disponible hasta esta tarde. He ordenado que lo acondicionen con algunas medidas de seguridad. De momento les he citado aquí. Pero no hace falta que estés presente.

—Me apetece. Creo que tengo una vena cinéfila. —Sonrió Olaya, jugando a las canicas con una pelusa que acababa de encontrar sobre su impoluta americana. La pelusa cruzó el espacio y cayó en algún lugar indefinido de la mesa de su jefe—. ¿Crees que podrá trucarse la emisión de la prueba?

Rocamora cabeceó con gesto escéptico.

—No creo. Los del departamento técnico ya me adelantaron ayer que es muy difícil trucar un plano secuencia en una emisión en directo. Bueno, en un sentido estricto sí que podría hacerse, pero seguramente dejaría algún rastro que podría ser detectado por un profesional, y no podemos arriesgarnos a que sea el caso del secuestrador, o esté asesorado en ese aspecto. De todas maneras, hoy hablaremos con los mejores expertos en audiovisuales del país. A ver qué nos dicen... tal vez haya suerte. —Se encogió de hombros, dando a entender que no tenía muchas esperanzas puestas en eso.

—No te veo muy convencido de que tu amigo vaya a superar la prueba por sus propios medios, sin hacer trampa —comentó Olaya.

—¡Claro que va a superarla! Solo tiene que comerse una mierda de perro. ¿Qué clase de cabrón no haría eso por su hija?

—Ya, ya... Pero no me refiero tanto a *este* reto en concreto, como a los siguientes. Se supone que cada vez serán peores. ¿Has leído la novela? —Le señaló el ejemplar que reposaba sobre la mesa.

—Todavía no la he terminado. Pero Diego me ha pasado un listado con todas las pruebas.

—Entonces ya sabes a lo que nos enfrentamos.

—Me hago una ligera idea —suspiró Rocamora con aire lúgubre.

—¿Y qué dice la Bargalló? —preguntó Olaya, en el tono distendido de quien se interesa por una vieja amiga común.

—Bueno, cuando he hablado con ella hace un rato, estaba tan contenta que casi no podía articular palabra. He entendido algo de ascensos y medallas para varios de nosotros... O tal vez no.

Olaya rio entre dientes.

—Pobre juez Peralta... Después de tanto tiempo deseando estar a solas con ella, no puede decirse que su deseo se haya cumplido en las circunstancias más favorables.

—¿De qué hablas?

—Nada, nada... un rumor que corre por el club deportivo. Ya sabes que Peralta y yo jugamos al tenis de vez en cuando.

—Sí, lo tengo apuntado en mi diario.

En ese instante, llamaron a la puerta.

—¿Sí? —ladró Rocamora.

Mireia Rojas, la informática forense, asomó la cabeza.

—Hola...

—¡Entra, insensata, si tienes en alguna estima tu cabeza! —le advirtió Olaya teatralmente.

—¿Qué?

—Pasa, Rojas —le ordenó Rocamora, dedicando una mirada asesina a su subalterno—. Espero que hayas descansado un poco. ¿Hay novedades? —preguntó al reparar en la carpeta que aferraba contra el pecho al modo de las colegialas.

Parapetada tras ella, la mujer avanzó hacia la mesa de su jefe mientras Olaya la estudiaba divertido. Mireia Rojas era una mujer de cuarenta y tantos años, tímida y menuda, que parecía un ratón de biblioteca gótico. Vestía siempre de negro, combinando faldas vaporosas con cazadoras de cuero, y tenía la cara acibillada de *piercings*, como si la hubiera alcanzado la metralla de una bomba.

—Pues sí... he localizado a Julián Bassol.

—¿En serio? —se sorprendió Rocamora, comprendiendo que la informática forense tampoco había dormido, por mucho que él le hubiera ordenado irse a la cama. Había dedicado el resto de la noche a perseguir un fantasma—. ¿Y dónde está ese pavo?

—En Barcelona. Desde hace unos seis meses.

—¿Qué? ¿Aquí? ¿Y por qué hemos tardado tanto en encontrarlo si estaba sentado sobre nuestros cojones?

Mireia se acarició la caravana de *piercings* que le descendía por la oreja izquierda, visiblemente incómoda ante el exabrupto de su jefe.

—Porque Julián Bassol cambió su nombre y apellido por el de Jules Bass hace seis años —explicó—, cuando montó su propia consulta privada en la

ciudad de Bromley, al sur de Londres. Me imagino que lo hizo para ofrecer mayor confianza a sus futuros pacientes. Lo de traducir el nombre es un trámite bastante sencillo en el Reino Unido, requiere poco papeleo y suele ser muy rápido. Además, es bastante común entre los inmigrantes afincados allí. La administración donde lo realizó actualizó su sistema informático hace un par de años y muchos archivos se perdieron. Por eso ha sido más difícil descubrir lo que pasó. De cualquier forma, no tiene perdón que no se me ocurriera antes, Gerard. Lo siento mucho. Hemos estado todo este tiempo buscándole por el nombre y el apellido equivocados.

—Vale... no pasa nada —le replicó Rocamora sin esforzarse en ocultar su disgusto—. ¿Dónde vive el tipo?

—Tiene alquilado un *loft* en el barrio de Gracia —contestó ella, entregándole la carpeta a la que se había estado aferrando—. Aquí está su dirección y su teléfono. Trabaja como cirujano en Urgencias del hospital Belasco. Esta misma noche ha tenido guardia. De hecho, todavía no ha terminado su turno. Pero la noche del secuestro libraba, lo he comprobado —terminó, casi sin aliento.

Rocamora comenzó a hojear los papeles, mientras murmuraba:

—Julián Bassol llega a Barcelona, con nombre y pasaporte nuevos. Busca casa y trabajo, pero, a pesar de estar de nuevo afincado en su país, no utiliza su nombre español para firmar un contrato de trabajo, ni siquiera para alquilar un piso... perdón —le sonrió ferozmente a Mireia—, un *loft*. Y entonces, seis meses después, secuestran a la hija de la mujer con la que estuvo obsesionado años atrás.

Tras la breve recapitulación, miró a Olaya con gesto inquisitivo. Este, repantingado en la silla, asintió lentamente mientras una sonrisa florecía en sus labios.

—Yo diría que parece sospechoso.

—¡Por mis cojones que lo parece! —Rocamora dio un golpe sobre la mesa, se levantó y comenzó a desabrocharse la camisa—. Joder, joder...

—Eh... Gerard —intervino Mireia, apartando la mirada—, si no necesitas nada más, voy a seguir con...

—¿A qué hora sale de trabajar ese tío?

—A las ocho.

—¿Y qué hora es? —preguntó Rocamora, arrojando al suelo la camisa hecha un guiñapo y revelando al mundo un pecho robusto y un estómago algo fofo, tapizados ambos de un espeso y ensortijado vello negro.

—Las ocho menos cuarto —le dijo Olaya, acercándole sutilmente la bolsa con la camisa—. ¿Vamos a citarlo en comisaría?

—Ni de coña. Eso lo pondría sobre aviso —replicó Rocamora, sacando la otra camisa. Comenzó a desdoblarla con manotazos bruscos, furiosos—. Prefiero pillarlo por sorpresa. Si nos damos prisa cogeremos a ese pájaro justo cuando llegue a su casa después de una larga noche de guardia, agotado y somnoliento. Perfecto para tener una *charla informal* con él, como tú dices... ¿qué?... no, no quiero desodorante... ¡Rojas! —gritó a la informática forense, que con andares imperceptibles casi había alcanzado la puerta.

—¿Sí?

—¡Dile a mi secretaria que retrase la reunión con los de audiovisuales! —le ordenó mientras se ponía la camisa limpia y comenzaba a abrochársela.

—De acuerdo —asintió ella, con un suspiro inaudible, saliendo del despacho.

—Ah, Mireia... —añadió Olaya, obligando a la mujer a que asomara de nuevo la cabeza por la puerta—. Felicidades por tu gran trabajo. ¡Eres una *crack!* —exclamó, al tiempo que le guiñaba un ojo seductoramente.

Mireia se sonrojó como si fuera a sufrir una apoplejía pero, tras un ligero titubeo, consiguió devolverle la sonrisa al subinspector e incluso dirigirle una mirada triunfal a Rocamora, antes de abandonar definitivamente la habitación. Ajeno a aquel cambalache de piropos y mohines, Rocamora cogió su cazadora del perchero y, después de ponérsela, se palpó a conciencia todos los bolsillos con una sucesión de golpes sordos, rítmicos, casi ancestrales.

—¿Vas a conjurar al dios de la lluvia?

—Eres muy gracioso, Olaya, la hostia de gracioso. Por cierto, ¿todavía tienes esa mierda de coche de juguete? —le preguntó justo en el instante en el que localizaba el mechero y el tabaco en una esquina de la mesa y se los guardaba en un bolsillo.

—¿El Mini? —suspiró el subinspector, levantándose y estirando su

impecable chaqueta—. Sí, claro. ¿Quieres que vayamos en *mi* coche?

—Si insistes —le replicó el jefe, colocándose un maltrecho cigarrillo en los labios mientras se dirigía a la puerta. Al pasar junto a su subalterno, le dio una palmada en el hombro—. En Gracia es imposible aparcar si no llevas un huevecillo de esos.

7

Almas gemelas

Diego y Laura se conocieron doce años antes de que secuestraran a su hija. El destino, si prefieren llamar así a lo que no fue más que azar, los reunió a comienzos del año 2004 en Peñafort, una pequeña localidad de la Costa Brava encajonada entre las montañas y el mar, que en verano doblaba su población a causa de la pandemia de los turistas.

Lo peculiar del escenario se debía a que allí fue donde Diego nació, creció y vivió hasta casi la treintena, aunque no por gusto. De hecho, había intentado fugarse a la Ciudad Condal en edad universitaria, impulsado por el deseo de convertirse en escritor, pero había tenido que regresar al pueblo para arrimar el hombro en el negocio familiar, con cuyo peso, debido al delicado estado de salud de sus padres, cargaba desde hacía años su hermano Héctor. Y lo había hecho con sus sueños sin cumplir, encarnados en una caja rebosante de manuscritos rechazados por casi todas las editoriales del país, ante la cual Héctor no pudo evitar dibujar una mueca socarrona. Tras la muerte de sus progenitores tres años después, escalonada y de engorrosa gestión, su hermano vendió la casa, cuyo bajo albergaba el almacén de productos locales al que la familia había consagrado su vida, y se marchó a Barcelona para abrir una tienda de informática llevándose a su novia de siempre y casi toda la herencia paterna. Había procedido a repartirla proporcionalmente según el sacrificio

que cada uno de ellos había hecho por sus padres, por lo que a Diego le había correspondido una calderilla miserable mientras él se había llenado los bolsillos. Y hacia la Ciudad Condal que se fue, para comprobar, según anunció, si al menos un Arce era capaz de hacer realidad sus sueños.

Tras su estampida, Diego quedó varado como un náufrago en Peñafort, confuso, deprimido y sin un sitio donde caerse muerto, pero en el punto de mira de Laura, cuya azarosa vida empezaba a virar también hacia allí, preparada para colisionar con la suya en una explosión de amor que ninguno de los dos podía prever.

Cuando Laura llegó al pueblo, Diego llevaba varios meses ejerciendo de profesor de Literatura en el colegio Ágora, el centro privado donde los ricachos de la zona enviaban a gandulear a sus futuros herederos. De adolescente, Diego había envidiado a aquellos niños vestidos de marca que acudían repeinados e incommovibles a lo que suponía un paraíso de oro y mármol, mientras él encaminaba sus pasos hacia las clases desangeladas y sin calefacción del instituto público. Y ahora, tras un giro inesperado de la trama de su vida, se aventuraba allí a diario, nada menos que como profesor, lo cual no habría estado mal si no fuera porque aborrecía la enseñanza.

La tarde en la que, agotado y deshecho, regresó a su madriguera de alquiler tras su primer día de clase, tuvo ganas de llorar. ¿Esa iba a ser su vida, entonces? ¿Iba a malgastar sus días lidiando con adolescentes pijos rebosantes de hormonas y confusión vital, una bulliciosa horda de cabezas huecas donde resultaba evidente que sus conocimientos nunca prenderían? Los años venideros se le antojaban aburridos, insultantes y dolorosos de vivir. Se hallaba al comienzo de un largo recorrido sin alicientes en el que no encontraría ningún desvío a ninguna vida mejor, pues en su abatimiento incluso había dejado de escribir.

Aunque, en realidad, se acercaba sin saberlo más y más a la felicidad. Y entonces, una fría mañana de enero, una mañana como otra cualquiera, simplemente ocurrió. Santiago Bayona, un alumno de piel pálida y pose indolente, se desmayó mientras él recitaba el *Cantar del Mio Cid*, sin que, en apariencia, ambas cosas estuvieran relacionadas. Lo excepcional del suceso pareció sacar de su letargo al resto de la clase, y enseguida se formó una

algarabía a su alrededor. Un par de minutos después, atraídos por el revuelo, se presentaron en el aula el bedel, el jefe de estudios y algunos profesores desocupados que pululaban por el pasillo.

Pronto quedó claro que no era nada grave, el chico simplemente se había desmayado. Volvió en sí cuando alguien le humedeció el rostro con agua fría, aunque parecía un poco aturdido. No obstante, para curarse en salud, el jefe de estudios juzgó que sería conveniente que lo viera el médico, y como sus padres estaban de viaje y no tenía más familiares en el pueblo, fue a Diego a quien le tocó llevarlo al centro de salud. Pidió un taxi y puso rumbo al ambulatorio disimulando lo mucho que le molestaba el encargo, con Santiago sentado silencioso y abúlico a su lado. Aquel alumno era uno de los que más le desconcertaban. Sus padres estaban farrados, y el chico tenía buena planta. Podría haberse comido el mundo, como se lo habría comido él si le hubieran tocado semejantes cartas, pero pese a todas esas ventajas, era uno de los marginados, y solía sentarse en la última fila, junto a otros marginados como él.

Entró en la consulta de Laura Folch, la nueva pediatra del ambulatorio, rogando para que el muchacho no se volviera a desmayar, y casi fue él quien pierde el conocimiento. Para entonces, Laura llevaba seis meses en Peñafort, y desde su llegada, como sucedía siempre que un extraño arribaba al pueblo para ocupar un lugar relevante en la comunidad, la rumorología se había disparado. Se decía que la recién llegada no tendría más de treinta años, que poseía una belleza sin igual y que arrastraba un oscuro pasado. Según habían podido sonsacarle sus pacientes más cotillas, era de Tarragona, donde aún vivían sus padres, pero había solicitado expresamente aquel destino tan alejado de su ciudad porque huía de un hombre. Diego había escuchado esos rumores en la sala de profesores sin prestarles demasiada atención. Sabía que en los rumores de pueblo había poco de verdad y mucho de fantasía.

Pero al tenerla delante tuvo que reconocer que quienes decían que la doctora Folch poseía una belleza sin igual se habían quedado cortos. Muy cortos. Laura era algo más que una mujer hermosa. La arropaba una belleza diferente a cualquier otra mujer que Diego hubiera conocido o imaginado. Y la piedra angular sobre la que Pedro había construido aquella iglesia de belleza

eran sus ojos: grandes, almendrados, ribeteados por unas pestañas negras y tupidas, y de un insólito color ámbar muy claro, casi dorado. Cuando aquellos ojos se posaron en él, Diego se sintió desprotegido, como si hubiera sido expuesto a una fuente de radiación sin ningún equipo de protección, solo con su piel, endeble, mortal y, comprendió súbitamente, enamorada. Lo traspasó el violento deseo de que aquella criatura no saliera de su vida nunca.

Sin embargo, fue ella quien le pidió a él que saliera de la suya, al menos de su despacho. Diego la obedeció envuelto en una nube de irrealidad, y, una vez fuera, libre del hipnótico influjo de sus ojos, pudo recuperar la conciencia, pensar con claridad, ser algo más que un chisporroteo de deseo. De acuerdo, se dijo, el ser más bello de la tierra está casualmente tras esa puerta, oh, milagro, y yo dispongo de los diez o quince minutos que va a tardar en reconocer a Bayona para reponerme, recuperar la sangre fría, y volver a entrar ahí convertido en un hombre seguro de sí mismo, sensible e ingenioso, capaz, si no de seducirla, si al menos de dejar una impronta en su mente, el recuerdo de alguien interesante con quien no le importaría coincidir algún otro día.

Laura lo hizo pasar doce minutos, quince segundos y tres décimas después, y mientras enviaba al muchacho a que le hicieran una radiografía, Diego acabó de redondear su súbito enamoramiento observándola con disimulo: su cuerpo, apenas adivinado bajo la bata, le resultó etéreo y grácil como el de un hada, su corte de pelo la hacía parecer una niña antigua, y su barbilla, un tanto picuda, rompía su perfección volviéndola adorable.

Cuando Bayona desapareció, Laura le invitó a sentarse ante su mesa porque deseaba hablar con él. Sin poder creer su suerte, Diego obedeció con la rapidez de una foca amaestrada. Tomó asiento en una de las sillas dispuesto a que su participación en aquella conversación, versara sobre lo que versara, fuera memorable. Su mejor arma era la palabra, y esa parecía ser la escogida para aquel duelo.

La pediatra sonrió a modo de preámbulo antes de tomar la palabra. Estaba claro que quería preguntarle si había sentido el mismo flechazo que ella, pero como no quería ser tan directa, prefirió dar un rodeo:

—Estoy preocupada por Santi. He charlado un poco con él y creo que tiene problemas en casa.

—Yo también —respondió Diego al instante—. ¿En qué lo has notado tú?

—Me ha confesado que ayer fumó un par de porros con unos amigos y esta mañana se quedó dormido y no le dio tiempo de desayunar antes de salir para el instituto.

—Mmm.

—Dice que está bien. Pero me ha suplicado, aterrado, que no le cuente nada a sus padres. Me preocupa el miedo que parece tenerles. ¿Cuál es la situación familiar del pobre chico?

Diego no tenía la menor idea, porque jamás se había interesado por Bayona ni por ninguno de sus alumnos. Bastante tenía con soportarlos tres o cuatro horas al día. Pero hasta él sabía que aquella respuesta no era la correcta. Frunció los labios en gesto de preocupación y guardó silencio unos segundos, fingiendo meditar profundamente sobre el asunto.

—Si te parece, deja que yo me ocupe. Voy a investigar —dijo al fin, convertido bajo el sortilegio de aquellos ojos color ámbar en un dechado de implicación profesional, de preocupación sincera y entrega docente.

Y cumplió su palabra. No hay mejor motivación para un hombre que la de agradar a una mujer hermosa. Durante los días siguientes, Diego charló con Santi como si realmente se preocupara por él, e incluso con los mejores amigos de este, es decir, con los perdedores que habían erigido su lazareto particular en la última fila de la clase. La exigua pandilla estaba compuesta por Robert Raventós, un chico enclenque, que poseía una alborotada melena de un castaño casi pelirrojo y un irritante tic nervioso que lo obligaba a parpadear cómicamente cada pocos minutos; Gabriel Martorell, un gordito alto y bullanguero, con una desagradable risa gutural, hijo de uno de los empresarios más adinerados de Cataluña; y Judit Luque, a la sazón novia de Santi, circunstancia que sorprendió a Diego, ya que había pensado que Bayona era homosexual y Judit inmune a las fiebres románticas, pues la había etiquetado como una de esas chicas que prefería la compañía de los chicos, entre los que se sentía como un colega más. Sin embargo, aquel par se amaba. Qué cosas.

Cuántas aristas, cuántas capas podía tener una persona en apariencia tan básica, se dijo Diego, que poco a poco comenzó a sentirse fascinado por las

vidas secretas que bullían bajo el aspecto anodino y tópico de sus alumnos. Como quien sufre una iluminación, comprendió que, durante aquellos meses de docencia en los cuales se había limitado a vegetar aburrido y deprimido tras su mesa, había desaprovechado cientos de oportunidades que un verdadero escritor no habría dejado escapar: la de estudiar a conciencia, incluso la de manipular con un interés puramente científico, las jóvenes y tiernas almas de sus alumnos, que se abrían por primera vez a la vida como flores en primavera. Excitado, se hizo con una libreta donde anotar todos los secretos que aquellos cuatro jóvenes iban depositando, cada vez con mayor entrega, en las manos del único adulto que parecía preocuparse verdaderamente por ellos.

Después, cuando al caer la tarde abandonaba el instituto, corría a compartir sus descubrimientos de la jornada con Laura, quien lo oía hablar de sus alumnos con una mueca de admiración cada vez mayor, sus bellos ojos convertidos en dos perlas de magma incandescente. Para ella no había duda de que aquellos cuatro alumnos eran almas puras y especiales que, incomprendidas por sus familias y por la sociedad por el solo hecho de ser diferentes, se sentían perdidas en el mundo, por mucho que intentaran disimularlo cada una a su manera.

—¿Sabes? Llevo un tiempo dándole vueltas a una idea —le dijo Diego algunos días después, durante uno de los paseos que se habían acostumbrado a dar por el paseo marítimo del pueblo—. He pensado proponerle al director del instituto un taller de escritura como actividad extraescolar. Lo impartiría yo mismo después de las clases. Estoy seguro de que Santi, Robert y Judit se apuntarían sin dudar. Ya sabes que son lectores voraces, y sospecho que a Robert le gustaría ser escritor. De Gabriel no estoy tan seguro. Odia leer, pero hace todo lo que le dicen los otros tres, así que es probable que también se apunte. De esta forma ya contaría con cuatro alumnos, suficientes para que el taller pudiera impartirse, y seguramente alguno de los demás también se animaría... Creo que este tipo de estímulos creativos es lo que necesitan muchos de estos jóvenes que viven en comunidades pequeñas y se sienten diferentes. ¿Tú qué crees? ¿Te parece que es una buena idea?

A Diego no le sorprendió que Laura se detuviera en seco y le mirase largamente a los ojos. Durante aquellos paseos también había ido recopilando

información sobre ella, y descubierto que la doctora de la que se había enamorado tan perdidamente era una mujer idealista, vegetariana, que tenía apadrinado un niño en África y era voluntaria en un puñado de asociaciones benéficas. Sugerirle la idea de montar un taller para sus alumnos era pues apostar sobre seguro, y algo mucho más creíble que confesarle que desde hacía años se había tomado como algo personal salvar al manatí, su segunda opción.

—¿Buena idea? —inquirió Laura arrugando su naricilla, roja por el frío, en un mohín que en ella siempre indicaba reflexión, y luego sonrió—: Diego Arce, me parece la mejor idea del mundo.

Y para demostrarle que hablaba en serio, le besó en los labios por primera vez. Diego recibió la recompensa por su discurso haciéndose el sorprendido. Aprovechó para rodear tímidamente su cintura mientras disfrutaba del sabor de su boca y la fresca tibieza de su saliva, con los que no había dejado de fantasear desde el día que entró en la consulta. Los dos intuyeron que aquel beso, que llevaba días cociéndose a fuego lento, sellaba algo que había empezado con el desmayo de Bayona.

Al final, al taller de escritura solo se apuntaron los cuatro marginados. Y aunque al principio Diego se sintió decepcionado por el escaso éxito de la convocatoria, poco a poco comenzó a disfrutar de aquellas clases extra que ni le daban dinero ni prestigio, y que habían sido concebidas con el único fin de seducir a Laura. Cómo no iba a disfrutarlas si sus cuatro alumnos lo observaban deslumbrados, fascinados por cualquier cosa que saliera de sus labios, lo cual resultaba una novedad bastante placentera. Robert, que enseguida le confesó que quería ser escritor, era con diferencia el más inteligente de todos, y lo escuchaba como si cada una de sus frases fuera una sentencia divina. Unos meses antes había comenzado a escribir una novela, y no tardó en pedirle ayuda. Diego se ofreció amablemente a darle algunas clases particulares, incapaz de resistirse a supervisar también los sueños de aquella alma llena de recovecos. Judit y Santi bebían con la misma avidez del cáliz sagrado de sus palabras. Ella incluso había comenzado a arreglarse más. Se había cortado el pelo imitando el peinado de Laura y aparecía por el taller con los labios y los ojos pintados. Gabriel, o Biel, como le llamaban todos,

era un caso aparte. Grandote, gafotas y dos años mayor que los demás, venía a ser como la mascota descerebrada de la pandilla. Probablemente iba con ellos porque ningún otro grupo lo aceptaba. Costaba creer que fuera hijo del conocido empresario Pelayo Martorell, que tenía fama de gobernar su imperio con mano de hierro. El único relato que logró terminar durante el taller de escritura fue una delirante historia con la que pretendía explicar que la maldad de Adolf Hitler era consecuencia de la mordedura de una cabra, que le había amputado un testículo cuando era niño. El cuento infringía todas y cada una de las reglas que él les había enseñado para construir un buen relato, pero Biel quedó tan satisfecho con aquel sinsentido que incluso le pidió que se lo presentara a algún certamen bajo el seudónimo de *Führer*, como si fueran unas memorias del mismísimo Adolf. A Diego casi le sangraron los ojos al ver que el muchacho ni siquiera se había molestado en investigar cómo se escribía correctamente la palabra alemana, limitándose a transcribirla fonéticamente, con su desfachatez habitual hacia lo establecido. Era evidente que aquel botarate estaba perdiendo el tiempo en el taller, pero reía con verdaderas ganas todas sus ocurrencias, por lo que no dejaba de resultarle imprescindible.

Su relación con Laura, que aquel beso frente al mar había inaugurado, avanzaba en paralelo, tomando forma con la ceremoniosa lentitud de un ejercicio de papiroflexia. El amor se desparramaba sobre ellos, que solo podían dejarse enterrar por él con una sonrisa de incrédula dicha. Un fin de semana, ella le pidió que lo acompañara a Tarragona a conocer a sus padres, y él se mostró encantador, educado, divertido, hasta se ofreció a fregar los platos, antes de que la madre, en una emboscada que le tendió en la cocina, le pusiera la mano en el pecho y mirándolo a los ojos le dijera que se relajara un poco, que no tenía que mostrarse como el yerno perfecto, que ella ya iría conociendo su verdadera naturaleza con el tiempo, igual que su hija. En el viaje de vuelta, Diego no le dijo a Laura nada sobre el comentario de su madre, que no sabía si tomarse como una amenaza o una muestra del excéntrico sentido del humor del que Laura ya le había alertado. De todos modos, la distancia que separaba Tarragona de Peñafort no favorecería las visitas frecuentes, así que, de momento, no había que preocuparse. Por otro lado, Josep, su padre, le había parecido inofensivo. Un setentón amable y

silencioso que a esas alturas de su existencia prefería permanecer fuera de foco, contemplando el discurrir de la vida con una sonrisa levemente irónica, como si fuera una película que había visto mil veces y solo le quedara disfrutar de las reacciones de quienes la veían por primera vez.

Diego se disculpó por no tener a nadie a quien presentarle a ella, pues sus padres habían muerto unos años antes y no era cuestión de solicitar la exhumación de sus cuerpos. ¿Y Héctor, tu hermano, también está muerto?, bromeó ella, quizás con el sentido del humor que había heredado de su madre. Ah, sí, Héctor, quedaba Héctor... Bueno, Héctor vivía con su mujer en Barcelona, era un tío muy ocupado, no tenían mucho contacto últimamente, etc. Ya quedaremos para comer con ellos algún día, le dijo. Cuando las ranas críen pelo, terminó en su mente.

En Peñafort, Diego y Laura avivaban su idilio con largos paseos por la playa, hablando un poco sobre literatura, sobre cine, sobre música, y mucho sobre la importancia de educar a los jóvenes, porque, mejorando a los jóvenes, se mejoraba el futuro, bla, bla, bla...

—Nunca paseamos por la montaña —le dijo una tarde Laura—. ¿Y si vamos este sábado?

—Odio la montaña —le contestó Diego—. De pequeño iba todos los domingos con mis padres y mi hermano para entregarnos sin freno a la fascinante bacanal de recoger espárragos y *bolets*. Acabé por cogerle tirria.

—Vaya —se lamentó ella—. ¿Y es cierto que hay una casa embrujada en la cima? Algunos compañeros del ambulatorio me han comentado que...

—Bah, no les hagas caso —la interrumpió Diego con brusquedad—. Eso son cuentos de viejas. Solo es una mansión en ruinas, pero no se sabe a ciencia cierta a quién perteneció. Ahora solo la utilizan los yonquis para pincharse. Además, para llegar hasta ella hay que atravesar el bosque que hay al norte. Es oscuro y tétrico. Ni se te ocurra ir sola por allí.

Conmovida por su afán de protegerla de cualquier cosa, hasta de un inofensivo bosque, Laura le recompensó con un beso largo y profundo. Y mientras sentía el roce de sus labios, Diego comprendió que aquella luz que vibraba en su pecho debía de ser amor, incluso amor verdadero, algo que hasta aquel momento había pensado que era una leyenda, como la Atlántida o el

Yeti. Sin embargo, allí estaba, rebosándole el alma de buenas a primeras. Cuando el beso concluyó, Laura apoyó la cabeza en su hombro, y ambos permanecieron así un largo rato, abrazados y meciéndose suavemente, arrullados por una melodía que solo ellos podían oír.

Fue un momento mágico. Hasta que, de repente, Laura se puso tensa. Con el cuerpo envarado, había clavado la mirada en el pequeño promontorio que se erguía al final del paseo, un mirador natural desde el que podía verse toda la playa. Y en él, Diego distinguió una silueta que parecía espiarlos. La distancia no le permitía apreciar sus rasgos, pero su postura, hierática, con las manos en los bolsillos y la vista sobre ellos, le resultó inquietante.

—Es él —balbuceó Laura como para sí—. Ha conseguido encontrarme.

Diego recordó entonces los rumores de que Laura había llegado al pueblo huyendo de un hombre. Ocupado en enamorarse, se había olvidado de aquel dato y jamás le había preguntado sobre ello, pero no le costó atar cabos. Sin perder un segundo, echó a correr hacia el promontorio todo lo rápido que pudo, pero cuando llegó a la cima no había nadie. El tipo había desaparecido como si se tratara de un espejismo. Resoplando, Diego hizo el camino de vuelta y encontró a Laura sentada en un banco del paseo, abrazada a sí misma. Su expresión de pavor había mudado en un rictus de desconcierto y preocupación. Diego se sentó a su lado y compuso un gesto interrogante, demandando alguna explicación que justificara aquella carrera alocada que casi lo había conducido al coma.

—No estoy segura —dijo Laura—, pero la postura corporal, esa forma de observarme... Creo que era... Julián.

Aquella fue la primera vez que Laura le habló de Julián Bassol, su novio de la universidad, el hombre del que huía. Y a medida que ella le hablaba del miedo que había pasado ante su actitud irracional, de lo desvalida que se había sentido mientras había durado su acoso, de las amenazadoras notas que aparecían en su buzón, Diego notaba crecer en su interior un deseo irrefrenable de defenderla de cualquier mal, de protegerla de cualquier peligro. Le enfureció que aquella mujer, que lo conmovía con su simple presencia, con su delicada forma de existir, hubiera tenido que pasar por todo aquello, que hubiera tenido que conocer el lado oscuro y enfermizo del amor.

Pero todo eso había sido antes de conocerlo a él. Ahora él la protegería de la horda de monstruos que había sueltos por el mundo, acechando a los puros de corazón desde sus siniestros escondrijos, como los lobos a las ovejas. No iba a permitir que le ocurriera nada malo mientras sus vidas formaran una misma trenza.

—Laura, amor mío... —le susurró, abrazando su cuerpo aún tembloroso—. Yo jamás dejaré que te pase nada malo. Ni a ti, ni a los preciosos hijos que algún día tendremos. Te lo juro. Haré lo que sea por defenderos. Cualquier cosa. Os protegeré con mi vida si es necesario. Con mi vida...

Todo eso y más le susurró al oído aquella ventosa tarde, sin sospechar que doce años después tendría que cumplir aquella promesa de cuento de hadas.

8

Las obsesiones no tienen fecha de caducidad

Cada vez que visitaba el barrio de Gracia, Rocamora tenía la sensación de colarse en el escenario de un musical. Le parecía que en cualquier momento todos los que caminaban por la calle, en su mayoría jóvenes modernos, se detendrían en seco, se mirarían unos a otros con complicidad y arrancarían a bailar, entregándose a una danza tan improvisada como alegre. Pero en esta ocasión no tuvo esa impresión, debido al elemento discordante que suponía el doctor Jules Bass. El cirujano apareció al fondo de la calle y empezó a recorrerla con andares de sonámbulo, aparentemente ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor, como si el cansancio de toda una noche remendando cuerpos le embotara los sentidos. Ni siquiera se percató del llamativo Mini blanco decorado con franjas rojas que había aparcado enfrente de su portal, ni de los dos hombres que vigilaban su llegada con el ceño fruncido. Tal vez fuera ese el motivo del exagerado brinco que dio al escuchar el vozarrón de Rocamora a sus espaldas, justo en el instante en el que introducía la llave en la cerradura. O tal vez se debiera a que el inspector lo había llamado por su nombre español, el cual ya no usaba desde que lo cambió algunos años antes para ganarse la confianza de los ingleses. O como primer paso de un largo, meditado y terrible plan de venganza contra su novia de juventud.

—¿Julián Bassol? —repitió Rocamora justo cuando llegó a su lado, con

Olaya pisándole los talones.

Bassol parecía un tipo del montón —cuarentón, delgado, no muy alto, de cabello castaño y rostro agradable—, al menos hasta que le mirabas a los ojos. Entonces te encontrabas con una mirada suspicaz y maliciosa, como si en vez de agua, el sesenta y cinco por ciento de su cuerpo, o más, fuera rencor. Un rencor antiguo, del que no podía desprenderse porque se le había metido como roña en las rendijas entre las células. A Rocamora se le dispararon todas las alarmas. ¿Estaba ante el secuestrador de Ari? ¿Podía empezar a zurrarle hasta que confesara dónde la tenía escondida?

—¿Quién lo pregunta? —replicó el cirujano, observando a los policías con recelo.

—Soy el inspector Rocamora, y este es el subinspector Olaya. —Ambos hicieron revolotear sus placas ante el rostro de Julián—. ¿Podríamos hacerle unas preguntas?

—Sí, por supuesto —contestó el médico, adoptando un tono algo más amable—, pero... ¿puedo saber de qué se trata?

—Solo son unas preguntas rutinarias dentro del marco de una investigación. Supongo que se ha enterado del secuestro de Ariadna Arce.

Bassol miró a los dos hombres con un desconcierto que parecía genuino.

—Pues no... la verdad es que no. ¿Quién es Ariadna Arce?

Rocamora y Olaya intercambiaron una mirada fugaz.

—¿Habla en serio? —le preguntó el primero—. La noticia no deja de salir en los medios desde ayer por la tarde.

—Y ha sido *trending topic* en Twitter —añadió Olaya.

—Ya, bueno, yo no tengo redes sociales —les confesó el médico con una sonrisa de disculpa—, y acabo de terminar una guardia de veinticuatro horas en el hospital, durante la que he realizado seis operaciones, a cada cual más complicada. Casi no he salido del quirófano. Como comprenderán, no he visto la televisión ni leído los periódicos... Pero, sobre todo, estoy absolutamente agotado. Les rogaría que fuéramos al grano, si no les importa. No quiero resultar grosero, pero temo quedarme dormido mientras hablamos. —Rio su propia gracia, pero, al ver el adusto semblante de los dos policías, volvió a adoptar una expresión grave—. Disculpen que insista, pero no comprendo qué

quieren de mí. No tengo ni idea de quién es la mujer secuestrada.

—No es una mujer —le aclaró Rocamora—. Es una niña de siete años. La hija del escritor Diego Arce y de la doctora Laura Folch. —Tras el último dato, hizo una pausa sin apartar la mirada del rostro del cirujano, atento a su más mínima reacción, pero no hubo ninguna, así que continuó—: Tengo entendido que Laura y usted fueron novios en la universidad, y que la cosa no acabó demasiado bien.

El cirujano le sostuvo la mirada en silencio con expresión indescifrable, pero Rocamora observó que su rostro empezaba a demudarse imperceptiblemente.

—¿Cree ahora que podría atendernos unos minutos? —remató.

El hombre parpadeó, como si saliera de un trance.

—Yo... no sé qué decir. Dios... Laura tiene una hija... y la han secuestrado —murmuró para sí mismo, como si le costara comprender el significado de aquellas palabras. Miró a los dos policías alternativamente—. Es horrible, horrible, no me puedo ni imaginar... —Se detuvo, súbitamente alarmado—. Un momento. Esperen. ¿Han venido a verme por...? —Su expresión se endureció de pronto—. Ah, ya comprendo. Están aquí por culpa de aquel viejo incidente, ¿no?

—Señor Bassol... —comenzó Olaya.

—*Doctor Bass*, si no le importa —le corrigió el médico en tono áspero—. Lo siento, lo siento —añadió enseguida, mientras se pinzaba el puente de la nariz con dos dedos—, no quería resultar grosero. Estoy agotado y creo que esta situación me supera. Pueden llamarme Jules. O Julián. Da igual —concluyó, más amablemente.

—Julián —tomó la palabra Rocamora—, no le estamos acusando de nada. No vamos a interrogarle en calidad de sospechoso. Es pura rutina, como ya le hemos explicado. Si lo desea, podemos citarle en comisaría y usted podría solicitar la presencia de un abogado, pero son solo cuatro preguntas... Que podríamos hacerle ahora, dejarlas listas en cinco minutos e irnos todos a dormir. No es el único que ha estado de guardia, ¿sabe?

El doctor volvió a estudiar a los dos policías durante unos segundos con expresión opaca.

—Bien, si solo son cuatro preguntas... —se rindió, con un suspiro—. ¿Quieren ustedes pasar a mi casa? Puedo ofrecerles un café excelente. Compró los granos en una tienda ecológica del barrio y los muelo yo mismo. Aunque me temo que no tengo nada de comer. Suelo desayunar en el hospital.

—Aceptaremos encantados ese café —le aseguró Olaya.

Entraron en el edificio y se adentraron por un pasillo hasta llegar a una puerta de aspecto recio, que el cirujano abrió para franquearles el paso. Bassol habitaba un moderno *loft* de soltero decorado en tonos oscuros y grises. Las paredes, los muebles y casi todos los adornos se hallaban dentro de aquella paleta cromática. Lo único que atentaba contra la uniformidad del conjunto eran las pinceladas mostaza de los cojines, algunos muros de ladrillo visto y el puñado de antigüedades repartidas aquí y allá. Mientras su anfitrión se dirigía a la cocina, de concepto abierto e idéntico color mostaza que los cojines, y Olaya se acercaba a curiosear en la larguísima estantería cargada de libros que cubría toda una pared, Rocamora se sentó en el único sofá que le pareció cómodo, que se hallaba ante una mesita de centro atestada de coches en miniatura. Sacó su libretita para repasar sus notas, pero una inesperada ráfaga de disparos, que parecía provenir poco menos que de una Browning M2 de la primera guerra mundial, le sobresaltó tanto que la libreta fue a parar al suelo. La recogió disimuladamente, tras comprobar que el estruendo provenía de la máquina de moler el café.

—¡Parece que es usted un gran lector! —dijo Olaya, levantando la voz para que el médico le oyera por encima del fragor del molinillo, mientras cogía al azar un libro de la estantería.

—¡Bueno, se hace lo que se puede! —le gritó este—. ¡Antes leía mucho más, pero cada vez tengo menos tiempo, menos energía y, si quiere que le sea sincero, menos paciencia!

El estruendo cesó de golpe, y el silencio cayó sobre el *loft* como un alud de nieve. Rocamora sintió el mismo alivio que si se le hubiera pasado una jaqueca.

—Veo que le gustan los clásicos, Julián —comentó Olaya. Dejó en su sitio el libro que había cogido y siguió avanzando por la estantería, acariciando la hilera de lomos con un dedo y leyendo en voz alta los títulos con los que

tropezaba su vista—: *Fausto, La hija del capitán, El gatopardo, Bomarzo, Oda a la melancolía, Cumbres borrascosas...* ¿Los ha leído todos? —le preguntó, volviéndose hacia el médico con asombro.

Bassol sonrió para sí mismo mientras vertía con gestos de alquimista el café recién molido en la cafetera. Al instante, un aroma intenso y evocador se extendió por la estancia como un conjuro.

—Por desgracia, sí —contestó con un deje de tristeza.

Rocamora levantó la vista de su libretita.

—¿Por desgracia? —le preguntó.

El doctor puso la cafetera en el fuego y se dio la vuelta para enfrentar al inspector.

—Lo malo de haber leído todos, o casi todos, los clásicos, es que la única esperanza de descubrir un nuevo libro que te desgarré las entrañas reside en la literatura contemporánea —explicó—. Y eso da un poco de vértigo. Porque, si no hallas consuelo en el pasado y pierdes la esperanza en el futuro... ¿qué te queda?

—¿Debo entender que no le interesan los escritores actuales?

Bassol sonrió, incómodo. Miró de reojo a Olaya, que seguía su paseo por las estanterías, sacando un volumen de aquí y otro de allá, y abriendo algunos para dejarlos de nuevo en su sitio tras una ligera hojeada. Pareció que el médico iba a decirle algo, pero finalmente se decidió por contestar a Rocamora.

—Bueno, eso sería simplificar demasiado, inspector. Por supuesto que hay obras contemporáneas que se encuentran entre mis libros favoritos, y autores a los que sigo con interés, pero digamos que, con el tiempo, las desilusiones van ganando terreno al entusiasmo. —Se encogió de hombros, con una mueca resignada—. Supongo que también se envejece como lector.

—No puedo decir que le comprenda —le replicó Rocamora—. Le confesaré que no soy lector, así que mis entrañas solo son desgarradas eventualmente por mis cada vez más preocupantes problemas de próstata. Supongo que me limito a envejecer al modo convencional.

El médico rio amablemente.

—No crea que, en cierta manera, no le envidio. La lectura es una especie

de droga. Los lectores siempre andamos a la búsqueda de la próxima dosis, y cada vez es más difícil que nos cause el mismo placer que antaño. Ustedes, los que no leen, se ahorran esa agonía... eh, disculpe, subinspector... tenga cuidado con esos volúmenes de ahí, se lo ruego. Son primeras ediciones, algunas muy valiosas.

—Oh, por supuesto. —Olaya devolvió el libro que tenía en la mano a la estantería—. Disculpe.

—Entonces, volviendo sobre sus gustos literarios, supongo que no ha leído a Diego Arce —le preguntó Rocamora.

—Pues no... la verdad es que no —contestó el médico, mirando hacia la cafetera por encima del hombro—. Oh —exclamó—, el café está listo. ¿Lo quieren con leche y azúcar? ¿Subinspector?

—Para mí sí, gracias —contestó Olaya, que continuaba su excursión por la interminable estantería.

—Solo, por favor —dijo Rocamora.

Bassol se dio la vuelta y apartó la cafetera del fuego.

—Como le iba diciendo... —continuó, mientras tomaba unas tazas de un estante—, nunca he leído a Diego Arce. Por supuesto, había oído hablar de él, pero la novela policiaca no es un género que despierte mi interés, la verdad. Y mucho menos los *bestsellers*. ¡Voy a servir el café, subinspector! —anunció por encima del hombro.

Olaya levantó el pulgar en el aire, sin moverse del sitio, absorto en otro sector de la estantería. Julián no pudo reprimir un suspiro mientras volvía a girarse.

—¿Y tampoco sabía que Diego Arce era el marido de Laura?

Ocupado en servir el café, el médico no contestó enseguida. Cuando finalmente se dio la vuelta, su rostro reflejaba una completa serenidad. Pero Rocamora no se dejó engañar. No había perdido de vista su espalda ni un solo instante.

—Creo que ya me hizo esa pregunta antes —le dijo Bassol en tono tranquilo, mientras salía de la cocina con una bandeja en las manos y se dirigía hacia el salón—, y creo que le respondí lo mismo que voy a responderle ahora. No, no tenía ni idea de que Laura estuviera casada con Diego Arce. Ni

siquiera sabía que estaba casada. ¿Le importa hacerme sitio en la mesita?

—Es cierto que ya me contestó —aceptó Rocamora, mientras abría un claro entre docenas de coches en miniatura para que la bandeja pudiera alunizar—, y disculpe mi insistencia, pero es que me parece tan extraño... Quiero decir que en cierta forma Diego Arce es un personaje mediático. Desde que obtuvo el éxito con *Sangre y ámbar* ha dado multitud de entrevistas a revistas y programas de televisión de todo tipo, no solo literarios. Y, que yo recuerde, en varias fotografías salía junto a su mujer. ¿Comprende a lo que me refiero? Es raro que usted no haya reconocido a Laura en alguna de esas fotos.

—Pues no lo he hecho. —Sonrió Julián, tomando asiento en un sillón forrado con lo que parecía una piel de cebra—. Comprendo que le extrañe, pero no puedo decirle otra cosa. Tampoco se me ocurre por qué debería mentirle. Aunque hubiera reconocido a Laura en una foto, eso no querría decir que, de pronto, me hubieran acometido unas ganas irrefrenables de secuestrar a su hija, ¿no?

—Por supuesto.

—¡Qué bien huele este café! —exclamó Olaya, que de repente apareció sentado en el mismo sofá que su jefe.

Rocamora lo observó alzando las cejas, sorprendido de encontrarlo allí. Estaba seguro de que Olaya era capaz de sumergirse en una bañera sin que se cumpliera el principio de Arquímedes.

—Guau... ¡y qué cantidad de coches! ¿Has visto, Gerard? —preguntó Olaya, cogiendo uno al azar—. Veo que le gusta coleccionar objetos bonitos.

—Bueno, en realidad, lo que más me gusta es restaurarlos. Me relaja usar mis manos para otra cosa que no sea salvar vidas. Ese que ha cogido es la reproducción del coche en el que viajaba Kennedy cuando le dispararon. Lo adquirí en bastante mal estado en la feria de Toulouse.

—Vaya, pues no lo había reconocido —se sorprendió Olaya—. Pero este sí me suena —dijo cogiendo un deportivo plateado.

—Es el Aston Martin de James Bond, con el asiento eyector incluido. —Sonrió Bassol.

—Esto sí que es algo agradable de coleccionar y no lo de aquel violador que pillamos el mes pasado. ¿Te acuerdas, Gerard? ¡El muy tarado

coleccionaba jerséis tejidos con el vello púbico de sus víctimas! Y los usaba, ¿eh? ¡Menudo fondo de armario tenía el tipo!

Rocamora carraspeó ruidosamente.

—Bueno, ¿qué tal si volvemos a lo que nos ocupa? —dijo—. Julián, si es tan amable, necesitaría que nos dijera qué hizo la medianoche del viernes pasado, desde las once hasta las doce, aproximadamente.

El médico le dio un sorbo a su café. Lo paladeó por unos instantes, con los ojos cerrados, antes de abrirlos y contestar con calma:

—Pues estaba aquí, en mi casa. Solo. Cené sobre las diez de la noche, una ensalada ligera y una copa de vino, después estuve leyendo un rato, un libro que no me está desagradando del todo, *El marciano*, se lo recomiendo si le gusta el género de la ciencia ficción —le dijo a Olaya, quién sacudió la cabeza—, pero no aguanté mucho tiempo. Sobre las once y media me fui a dormir. Al día siguiente entraba a las ocho en el hospital y tenía por delante una guardia de veinticuatro horas que ha terminado hace un rato, como ya saben. En fin. —Se encogió de hombros en un ademán de impotencia—. Siento no disponer de una coartada mejor. Ya sé que no es muy convincente... —Miró a Rocamora a los ojos, después a Olaya y de nuevo a Rocamora—. Pero es la verdad.

—Todavía es pronto para hablar de coartadas —le recordó Rocamora—. Nadie le ha pedido tal cosa. Solo estamos charlando amistosamente.

Bassol dejó la taza en la bandeja, no sin cierta brusquedad, y observó a Rocamora con gesto serio.

—No soy tonto, inspector. Comprendo mi situación. Laura Folch me denunció en el pasado por acoso y amenazas. Un juez dictó contra mí una orden de alejamiento. Esa es la razón por la que han venido a hablar conmigo. Estoy seguro de que no están manteniendo *charlas amistosas* con todos los amigos o antiguas parejas de Laura o de su marido, ¿me equivoco? Así que no me engaño. Estoy metido en un lío. Tengo antecedentes y no tengo coartada. Y a pesar de todo, les estoy atendiendo sin la presencia de un abogado. Incluso pongo a su disposición mi casa por si quieren efectuar un registro. Ahora mismo. No hace falta que pidan una orden, no tengo nada que ocultar. —Se inclinó hacia delante, buscando los ojos de Rocamora como si pretendiera

hipnotizarlo—. Yo no he secuestrado a esa niña —pronunció la frase muy lentamente, subrayando cada sílaba—. Para empezar, ni siquiera sabía de su existencia. Pero, aunque lo hubiera sabido... yo jamás haría daño a Laura. Jamás.

Rocamora se inclinó a su vez hacia delante apoyando los antebrazos en las rodillas y dejó que su mirada colisionara de lleno con la del médico sobre aquel parking para liliputienses.

—Y sin embargo, en las notas que le enviaba por aquella época, usted juró que jamás permitiría que ella fuera de otro. Que destrozaría a todo aquel que osara estar a su lado.

—¡Pero eso fue hace años!

—Las obsesiones no tienen fecha de caducidad —observó el policía.

—Por Dios... —exclamó el médico, echándose hacia atrás mientras se frotaba la cara con ambas manos—. ¿Creen que no me arrepiento de lo que hice? —Miró a uno y a otro, los ojos repentinamente anegados de lágrimas—. ¡Claro que sí! Me arrepiento tanto que, cada vez que lo recuerdo, la vergüenza y el remordimiento casi no me dejan respirar. Reconozco que me obsesioné con Laura. Lo reconozco. Pero no quiero que malinterpreten mis palabras: yo la amaba. No era solo una obsesión... —Cabeceó, perdido ahora en la maraña de recuerdos que parecían envolverle como una red—. Ella era tan luminosa, tan alegre... El miedo a perderla comenzó a dominarme poco a poco, hasta volverme loco. Completamente loco. Ahora, mirando hacia atrás, no puedo creer que yo hiciera todo aquello... —Se encogió de hombros para demostrar su incredulidad—. No era consciente de mis actos, del dolor que causaba con ellos. Sin embargo, cuando Laura me denunció —sonrió con inmensa tristeza—, me vi a través de sus ojos. Por primera vez comprendí lo inaceptable y patético de mi comportamiento. Y ese fue el principio de mi cambio. Jamás volví a molestarla, eso deben de saberlo, ella se lo habrá contado, ¿no? Me fui, ni siquiera intenté despedirme. Ya en Londres, hice terapia, comencé una nueva vida. Dejé mi pasado atrás. He tenido varias relaciones totalmente satisfactorias. Tanto como lo es ahora mismo mi soltería. Soy una persona feliz y completa. ¿Dice que sigo obsesionado por Laura? —le preguntó a Rocamora—. ¡Por supuesto que de vez en cuando pienso en ella! ¿Cómo no voy a

recordarla? ¡Y me rompe el corazón pensar por lo que debe de estar pasando ahora! Pero no sigo obsesionado. Volví a España porque recibí una buena oferta de trabajo y porque estaba harto del clima de mierda de Londres. Ni siquiera sabía que ella vivía en Barcelona. Pensé que seguiría en Gerona. O que habría vuelto a Tarragona, cerca de sus padres. Créanme... La única razón por la que yo querría acercarme en estos días a Laura Folch sería para pedirle perdón por todo lo que le hice.

—¿Le crees? —preguntó Olaya mientras abría su coche diez minutos después.

Rocamora tuvo que volver a plegar su corpachón como si fuera un carrito de bebé para poder introducirlo en su interior.

—A mí me ha parecido bastante sincero —contestó cuando terminó la trabajosa operación—. Si está fingiendo, es un actor consumado.

—Bueno, ha tenido tiempo para preparar su papel —comentó Olaya sacando el coche con una sola maniobra del pequeño hueco donde lo había calzado—. No sé, a mí me da mala espina. Hay un par de cosas que no me cuadran.

—¿Cuáles?

—Para empezar, ¿de verdad te crees que no sabía que Laura estaba casada con Diego Arce? Es casi imposible que no se haya topado con una foto del matrimonio en internet, o en algún quiosco...

—Puede —concedió Rocamora a regañadientes, sacando un cigarrillo de su bolsillo.

—Lo siento, Gerard. Es un coche de no fumadores.

—Ya lo sé, coño. Solo voy a tenerlo en la mano. Sigue.

—Vale... Pongamos que Bassol lo sabía, que en algún momento de los últimos años se enteró de que el amor de su vida se había casado con un escritor famoso. Siendo un lector voraz como es, ¿no sería lógico que hubiera leído algo del tío que consiguió casarse con el amor de su vida? —dijo con sorna—. Yo lo habría hecho, aunque solo fuera por curiosidad. Y sin embargo, Julián afirma que no. Y es cierto que en sus estanterías no he visto ninguna de las tres novelas de Arce. Aun así...

Rocamora esperó a que continuara, pero el subinspector no quería ponérselo tan fácil.

—Aun así qué —preguntó al fin a regañadientes.

—Bueno, ya has visto que he estado curioseando por sus estanterías. El tío es un maniático del orden. Tiene los libros organizados por géneros, y, dentro del género, por orden alfabético de los autores. Bien, pues en el apartado de novela negra me ha llamado la atención una cosa. Es cierto que no parece uno de sus géneros favoritos, en eso no nos ha mentado. Solo le ha dedicado tres baldas con una selección de los mejores clásicos, ya sabes: Doyle, Dashiell Hammett, James M. Cain, etcétera. Pero me he fijado que en la primera balda, donde están los primeros apellidos del abecedario, los libros se encontraban más separados entre sí que en las dos siguientes. Y concretamente, entre *Los crímenes de la calle Morgue*, de Edgar Allan Poe, y *El misterio de los bombones envenenados*, de Anthony Berkeley, había unas marcas en el polvo. Como si se hubieran sacado algunos volúmenes de esa zona, rellenando los huecos apresuradamente. Y he hecho una prueba: en esa balda cabrían tres ejemplares más de unas cuatrocientas páginas aproximadamente.

—Las tres novelas de Arce —murmuró Rocamora.

—¡Exacto! Venga, vamos a imaginar la situación... —Olaya sacó un brazo por la ventanilla mientras seguía conduciendo con una sola mano, como si estuviera dando un paseo romántico por la Riviera Francesa. El viento que entraba le revolvía el cabello, dejándoselo a cada caricia mejor peinado que antes—. Bassol prepara su plan de venganza, ¿de acuerdo? Para ello, estudia a fondo *Sangre y ámbar*, no sé, tal vez tiene todo el libro subrayado, lleno de anotaciones por los márgenes, ya sabes, en plan psicópata. Una vez que lleva a cabo el secuestro, consciente de que, debido a sus antecedentes, iremos a verlo en algún momento, se deshace de esa novela que podría constituir una prueba contra él. Y de paso, tira también las otras dos, que había comprado por pura curiosidad. Así, piensa él, podrá asegurar a la policía que ni siquiera sabía de la relación de ese escritor con su antiguo amor...

Rocamora cabeceó, escéptico.

—Muy pillado por los pelos, Marc. Pero me has dado una idea. ¡Quiero un listado de todos los ejemplares de *Sangre y ámbar* que hayan sido comprados

en las librerías de esta ciudad desde su publicación! El secuestrador tuvo que estudiar la novela a fondo, como bien has dicho. Y quiero que Rojas cruce esa lista con los listados de pederastas y enfermos psiquiátricos que tenemos.

—¿Diez años de ventas? —se escandalizó Olaya, dando un pequeño bandazo con el coche—. Pero eso nos va a llevar días, puede que semanas. Además, solo nos serviría para aquellos ejemplares que fueron comprados con tarjeta de crédito.

—Eso es cierto en las grandes superficies. Pero las librerías pequeñas suelen tener clientes fijos y fieles, con los que mantienen una relación especial. Habrá que insistir para que los libreros de barrio hagan memoria. Tal vez haya suerte. ¡Y empezad por esa! —dijo, señalando una pequeña librería por la que estaban pasando en ese momento.

—Pero el secuestrador pudo comprar el libro en otra ciudad —siguió protestando Olaya—. O se lo pudieron prestar. O lo pirateó ilegalmente. Vamos a perder un tiempo precioso con eso... ¡un tiempo que no tenemos!

—Y no os olvidéis de las bibliotecas. Hay que revisar el historial de préstamos. Y quiero también un listado de las descargas de Amazon —continuó Rocamora sin hacerle caso—, y quiero que rastreéis los principales foros literarios. Buscad cualquier comentario extraño o demasiado vehemente sobre el Monstruo o sobre la obra de Diego.

—Gerard —intentó razonar Olaya—, no tenemos gente suficiente. No la tenemos. Deberíamos centrarnos en Bassol. Hasta ahora es nuestro único sospechoso. Te digo que ese tío oculta algo. Tiene algo en la mirada que...

—Pondremos a todo el equipo informático a trabajar.

—Aun así, no tenemos...

—¡Deja de una puta vez de llevarme la contraria!

Olaya miró con gesto de reproche el salpicadero donde Rocamora acababa de descargar su puño. No dijo nada, pero apretó tanto las mandíbulas que sus mejillas se plagaron de pequeños bultitos palpitantes.

—Mira —continuó Rocamora, algo más calmado—. Si quieres, también le pediremos al juez Peralta una orden para investigar las cuentas bancarias de Bassol, su teléfono, su correo electrónico... Si hay efectivos suficientes, claro. ¿Te quedas así más tranquilo?

Olaya cabeceó.

—Conozco a Peralta. No es un mal jugador de tenis. Pero pierde muchos partidos por culpa de su inseguridad. Le importan demasiado las apariencias. Por eso juega mejor en los entrenamientos que en las exhibiciones. No lleva bien la presión social.

—¿De qué cojones me estás hablando?

—Pues que si queremos que los del centro no metan la cuchara en nuestro plato, al menos de momento, deberán creer que Peralta lo tiene todo bajo control. Y para eso, debemos conseguir que Peralta también se lo crea. Lo mejor sería ofrecerle cuanto antes un sospechoso principal y una línea de investigación bien definida. Que piense que va cuarenta a cero. Si no, corremos el peligro de que se venga abajo por la presión, tire la raqueta y salga llorando hacia Madrid para pedir ayuda a papá y mamá.

—Mírame —le pidió Rocamora—. ¿Te parece que me importan una mierda tus metáforas de mierda? Pues no. No me importan una mierda. Y ahora escúchame bien —resopló—. Estoy convencido de que algún día, gracias a tu increíble don de gentes y todo ese jaleo social en el que andas siempre enfangado, te convertirás en un tío muy importante. Puede que hasta en presidente. Pero, mientras estés en mi equipo, solo quiero que te quede clara una cosa: aquí quien manda soy yo. ¿Te queda claro? —Lo miró, echando chispas por los ojos.

—Sí... —masculló Olaya, con la vista fija al frente—. Me queda claro. Como el agua.

—Me alegro... ¡joder! —Elevó los ojos al cielo—. *¿Qué pasa ahora?*

Rocamora sacó su móvil, que había comenzado a sonar.

—¡Riera! —ladró al auricular—... Sí... sí... hostia, no jodas... vale, vamos para allá.

Colgó el teléfono, se lo volvió a guardar en el bolsillo, sacó un cigarro y lo encendió.

—Eh, Gerard...

—Pon la sirena y pisa a fondo —ordenó el otro, interrumpiéndolo.

Olaya lo miró, intrigado.

—¿Qué pasa?

Rocamora le dio una larga calada al cigarro.

—Han localizado a Héctor Arce en el aeropuerto intentando salir del país. Tenía un billete a Sudamérica solo de ida. Lo están llevando a comisaría.

9

Poderees mentales

La noche del 23 de septiembre, mientras Diego perseguía a su editor en el XII Congreso Internacional de Novela, en su estudio ocurría un pequeño milagro. El Monstruo había logrado desgarrar el velo de la ficción e irrumpir en la realidad. El tremendo esfuerzo le había dejado exhausto y dolorido y, durante varios minutos, permaneció ovillado en el suelo como un recién nacido, respirando agitadamente. A su alrededor, todo estaba salpicado de tinta rojiza: los libros de las estanterías, el techo, el sillón de lectura y, por supuesto, el majestuoso escritorio cuyo primer cajón había sido salvajemente astillado.

La brisa nocturna que se filtraba por la ventana entreabierta acariciaba la pálida silueta de la criatura mientras esta recobraba las fuerzas. Poco a poco, con movimientos débiles y temblorosos, empezó a erguirse en la penumbra del estudio. Tenía forma humana, pero toda ella estaba envuelta en una costra de papel, que rezumaba tinta roja por la mayoría de sus juntas. Parecía una escultura erizada de filos y rugosidades. La criatura se llevó una mano al rostro, escarbó con los dedos en el entramado de papel que lo asfixiaba y logró desgarrar una delgada franja a la altura de sus ojos, que enseguida quedaron expuestos. Estos, oscuros y malévolos, delataban que, si bien la figura parecía hecha de papel, la alumbraba una furia humana. Al ver el manuscrito destrozado que había a sus pies, soltó un estremecedor aullido de

triunfo. Lo había logrado. Había escapado de la novela que durante tantos años había sido su prisión.

Tambaleándose, la figura salió del estudio y enfiló el pasillo, rebozado en la misma luz turbia. Mientras lo recorría, la crisálida de papel que la recubría empezó a desprenderse de su cuerpo. La criatura, que iba adquiriendo un aspecto más humano a medida que se deshojaba, avanzó dejando tras de sí un rastro de papel y tinta color sangre y, finalmente, se detuvo ante una puerta entornada. A través de ella distinguió a la hija del escritor, durmiendo plácidamente en la cama.

Intentando sofocar el odio que le rebullía en las entrañas se obligó a comprobar si había alguien más en la casa y caminó hacia el final del pasillo. Cuando lo alcanzó, la muda ya se había completado y apareció un hombre vestido con un antiguo uniforme de cirujano que escrutó el salón. Estaba vacío y silencioso, pero desde su posición se percató de que la puerta del aseo empezaba a abrirse en aquel mismo instante. Alzó una mano enguantada y, apuntando hacia la puerta con los dedos extendidos, hizo que esta se volviera a cerrar de un fuerte portazo, impidiendo que saliera la persona que estaba dentro.

Regresó entonces al dormitorio de la niña y entró en él. Con pasos sigilosos, se acercó a la cama y, durante unos instantes, la contempló dormir. La niña debió presentir su acecho, pues, de repente, abrió los ojos y lo miró. Y él pudo ver que tenía los ojos color ámbar. Aquel color único y prodigioso era lo último que necesitaba para que su obra quedara al fin completa.

Diego lanzó un grito de terror que resonó contra las cuatro paredes de su dormitorio. Desorientado, se descubrió medio erguido en la cama, con el corazón martilleándole en el pecho y el cuerpo embalsamado de sudor. Otra pesadilla... Hacía años que no las padecía, y ya iban dos, una por noche. Su mente había vuelto a las andadas, a hilar de nuevo aquellas terribles pesadillas que habían teñido sus sueños de oscuridad desde los diez años, cuando aparecieron por primera vez. «Terroros nocturnos», «parasomnias» y no recordaba cuántas cosas más le diagnosticaron cuando su madre lo sometió a aquel carrusel de médicos. «Es un niño con una imaginación hiperactiva», decían todos cuando él les contaba que sus sueños eran invadidos por arañas

gigantes, pirañas, zombis y vampiros y hombres lobo y mujeres pantera y mil criaturas más. Recurría a lo que veía en el cine o en la televisión, o en los cómics y las novelas de ciencia ficción y terror que devoraba por aquel entonces, porque no quería decirles la verdad: que el protagonista de sus pesadillas era siempre el mismo. Y que no era ningún producto de su imaginación.

Diego cerró los ojos durante unos instantes y se apoyó en el cabecero, mientras intentaba recuperar poco a poco el ritmo de sus latidos. Descubrió entonces un pósito pegado a la almohada con la letra de Laura. Lo despegó con dedos todavía temblorosos:

He ido a recoger a mi madre a la estación. Anoche me llamó para avisarme de que llegaría una hora antes de lo previsto. Helena me lleva en coche. Volveremos sobre las 10.30h. Hay café recién hecho en la cocina.

La noche anterior Laura, que no había parado de llorar toda la tarde, se había quedado al fin dormida en el sofá. Diego la había arropado con una manta y se había acostado en su cama, no sin antes tomarse un par de somníferos que no habían tardado en dejarlo fuera de combate. Había dormido tan profundamente que ni siquiera había oído entrar a Laura para dejarle aquella nota, en la que le desagradó encontrar el nombre de Helena. ¿Qué estaba haciendo él tan mal para que su mujer prefiriese que fuera su amiga, a la que conocía de apenas un año, quien la llevara a la estación en vez de su marido?

Arrugó la nota y la tiró al suelo. Luego se levantó trabajosamente y salió al pasillo. El hondo silencio que envolvía la casa le hizo sentirse como un fantasma mientras se dirigía a la cocina a por una taza de café. Al pasar ante la puerta del dormitorio de Ari, no pudo evitar detenerse. Si hoy fuera un domingo cualquiera, pensó, ella estaría ahora allí dentro, durmiendo con las sábanas enredadas y su cuerpecito atravesado en la cama. Los ojos se le anegaron de lágrimas al recordar como a veces incluso se la encontraba tumbada al revés, pero siempre despeinada y sudorosa, con algunos mechones apelmazados y pegados a la frente, como si en sus sueños hubiera participado en una épica batalla a lomos de su unicornio de peluche. ¿Y si estuviera allí

dentro?, se dijo. ¿Y si todo lo sucedido hasta entonces hubiese sido una pesadilla, otra más? Empujó la puerta y el corazón le dio un vuelco al encontrarse la cama revuelta y el unicornio de peluche tirado de cualquier manera sobre la almohada. El día anterior había visto a Laura hacer la cama y colocar pulcramente el peluche sobre los cojines, igual que cada mañana, como si creyera que aquella rutina diaria fuera a traerla de vuelta. Pero ahora la cama volvía a estar deshecha. ¿Lo había soñado todo, entonces? Tambaleándose, Diego se arrodilló junto a la cama y hundió el rostro entre las sábanas. Un familiar olor a mandarina inundó entonces sus fosas nasales. Y comprendió que Laura no había pasado la noche en el sofá. En algún momento se había despertado y trasladado a la cama de su hija. La imaginó durmiendo allí hecha un ovillo, en el epicentro de su ausencia. Estaba claro que no sabían cómo compartir el dolor que sentían. Quizás ninguna pareja podía hacerlo, se dijo, tratando de consolarse. Quizás había cosas que cada uno debía enfrentar por separado, a su modo, con sus propias estrategias.

Diego se sentó en la cama y tomó el unicornio en sus manos con extremo cuidado, como si estuviera vivo. ¡Echaba tanto de menos a Ari! Porque el Monstruo no solo se había llevado a su hija, le había arrebatado a la única persona que lo quería tal como era, sin juzgarlo, y con la única que había podido fraguar una complicidad completa, sin fisuras. Ni siquiera con Laura había podido construir algo parecido, porque había cosas que jamás podría contarle, sombras de su pasado que los separaban, que cavaban zanjas entre ellos. Pero con Ari, todavía ajena a los recovecos que un alma adulta podía ocultar, había conseguido urdir una conexión pura, erigir un mundo privado solo para los dos, del que incluso Laura quedaba excluida.

Sin dejar de acariciar el peluche, Diego recordó el juego con el que a veces su hija y él sorprendían a las visitas. A Ari le encantaba aquella pequeña pantomima. «¿Haremos *el juego*, papá?», le preguntaba con la mirada anhelante cada vez que tenían invitados para cenar, y, aunque Laura se lo había prohibido, Diego asentía disimuladamente mientras se llevaba un dedo a los labios. El enfado de su mujer era un precio irrisorio comparado con la emoción que le provocaba confabular con su pequeña a espaldas del mundo. Así que al final de la cena, después de que Ari se despidiera de todos para

irse a la cama y ellos empezaran a servir los licores, Diego adoptaba una mirada soñadora y confesaba a los presentes que tenía poderes mentales. Sí, como lo oían. Desde niño podía adivinar cosas, podía leer los pensamientos más superficiales de los demás, decía con la voz pesarosa de quien ha sido bendecido con un don demasiado grande para él. Y mientras trataba de no ver la mueca de disgusto de Laura, aseguraba humildemente que podía adivinar, por ejemplo, el número de carné de cualquiera si este lo pensaba con la suficiente intensidad. Tras el habitual intercambio de risas y miradas escépticas, los invitados siempre le pedían una demostración *in situ*, y era entonces cuando Ari reaparecía en el salón y, con su voz más tierna e inocente, le decía: «Se me ha olvidado darte el beso de buenas noches, papá». Esa era la señal convenida. Diego abría entonces los brazos, y bajo la mirada conmovida de los presentes, la niña se acercaba a él y lo besaba en la mejilla, mientras le pasaba disimuladamente el carné que había hurtado de alguno de los bolsos o carteras que los invitados dejaban en el vestíbulo. Diego la sentaba entonces en su regazo, luego señalaba a uno de los presentes aparentemente al azar, le decía que pensara en el número de su DNI, y colocándose dos dedos sobre la sien derecha, como un telépata de película barata, desgranaba los números que iba leyendo sin que lo vieran, parapetado tras el cuerpo de su hija. Cuando se destapa la broma, todos celebraban aquella complicidad entre padre e hija, mientras que Laura, tratando de contener el malhumor, le devolvía el carné a su dueño y le pedía mil disculpas porque su hija hubiera hurgado en su bolso o cartera como una vil ladronzuela, lo cual avivaba aún más las risas de todos.

Pero lo mejor llegaba después, cuando Laura mandaba a Ari a la cama y él la acompañaba a su dormitorio como un par de niños traviesos que han sido castigados por su institutriz. Porque entonces, una vez a solas en el dormitorio, ambos celebraban el éxito de la función con un largo abrazo, intentando que sus risas no sonaran muy fuertes. Abrazar a su hija era sin duda su deporte favorito, había nacido para eso. Y al hacerlo, mientras sentía como se le iluminaba el alma, no podía evitar recordar con enorme vergüenza el modo en que había descrito el abrazo entre Nevado y su hija al final de *Sangre y ámbar*, solapando aquella sensación tan compleja y llena de matices con una

metáfora comodín. Pero en aquel momento Ari aún no existía, por lo que él no tenía ninguna hija a la que abrazar. Otro gallo cantaría si tuviera que describir aquella escena ahora, se decía. Ahora sí que sabría cómo hacerlo, las sensaciones exactas que debía expresar. Ari se lo había enseñado.

El móvil interrumpió la evocación con su insistente timbre. Corrió al dormitorio, donde se lo había dejado y llegó justo a tiempo de contestar. Desde el otro lado de la línea flotó hasta su oído la voz cansada y un tanto ronca de Rocamora. La tarde anterior lo había llamado para decirle que todavía no habían localizado a Julián Bassol ni a su hermano, pero al parecer en las últimas horas habían dado con los dos, como si hubieran escapado cogidos de la mano, como novios. A Bassol, que volvía a vivir en Barcelona, lo habían interrogado en su propia casa un rato antes, aunque no habían sacado nada en claro. A su hermano, en cambio, lo habían cogido intentando abandonar el país y lo habían llevado a comisaría.

¿Abandonando el país? Tras unos segundos de incredulidad, Diego le contestó que iba para allá. Sin embargo, permaneció inmóvil, con el teléfono en la mano, digiriendo la información. No podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Era Héctor quien había secuestrado a Ari? ¿Héctor, *su hermano*? Era absurdo, no tenía sentido... Y, sin embargo, ¿por qué iba a huir del país si no estaba involucrado en el secuestro? ¿Era aquella su venganza por no haberle prestado el dinero que le pidió? No podía creer que su rencor alcanzara tales cotas.

Por primera vez en su vida, lamentó no haberle prestado el maldito dinero. Pero en el momento en que se lo pidió, ni siquiera se le pasó por la cabeza hacerlo. Aunque no porque quisiera protegerlo de una mala inversión, como su mujer bien sospechaba. Se lo había negado como venganza por haberle dejado tirado en Peñafort, de donde la propia Laura había tenido que rescatarlo. Sí, gracias a ella Diego había podido mudarse a Barcelona y escribir *Sangre y ámbar*, la novela con la que había vencido al Monstruo y que, de propina, lo había hecho rico y famoso.

Y una vez alcanzado tan resplandeciente estatus, ¿cómo resistirse a deslumbrar con él a Héctor, que siempre lo había considerado un fracasado, un parásito y un cantamañanas? Durante los tres años transcurridos desde que su

hermano lo abandonara a su suerte en Peñafort, no habían vuelto a verse. Héctor, fiel a su rango de hermano mayor, acostumbraba a llamarlo cada dos o tres meses, para comprobar que no había muerto, y solían mantener una conversación tensa y banal, intercambiando con recelo una mínima información sobre sus vidas, pero sin que ninguno hiciera nada por ver al otro. Sin embargo, tras el éxito de la novela, Diego se sentía como el puto conde de Montecristo. Héctor lo había abandonado malherido en una isla desierta, pero él había logrado construirse una balsa e incluso encontrar un tesoro. Era el momento de su venganza.

Por eso, un domingo cualquiera, sin venir a cuento, Diego le había dicho a Laura que se pusiera guapa porque habían quedado para comer con Héctor y su mujer. Y, tras vencer su estupor, Laura se había puesto guapa. Guapa como solo ella podía ponerse. Resplandecía cuando entró de su mano en el carísimo restaurante donde Diego había citado a la pareja. Incluso se las ingenió para llegar un cuarto de hora tarde y que Héctor y Neus pudieran verlos aparecer y recorrer casi todo el restaurante hacia la mesa que había reservado. Su hermano no podría evitar comparar. Compararlo todo. Lo que uno tenía con lo que tenía el otro. Comparar a Neus, su mujer, regordeta, vulgar y mal vestida, con Laura, esbelta, sofisticada, envainada en un elegante vestido, una mujer que cortaba el aliento. Y también compararse entre ellos. Se miraría a sí mismo, desmejorado, cansado, con una tienducha de informática en un barrio de mierda, y luego lo miraría a él, al fracasado, al parásito, al cantamañanas, al famoso y rico escritor Diego Arce.

Para eso sirvió aquella comida y todas las que, debido a las buenas migas que hicieron Neus y Laura, vinieron luego. Solían quedar para comer cada dos o tres meses, aunque la frecuencia aumentó tras el nacimiento de Ariadna. Neus y Héctor estaban buscando un hijo, pero la suerte no parecía acompañarlos, por lo que poder disfrutar de su pequeña sobrina era un consuelo para ellos.

Pero Héctor no supo interpretar correctamente aquel acercamiento, aquella tregua entre hermanos. Creyó que el viento del tiempo lo arrastraba todo y al final lo único que dejaba era lo que no podía llevarse: los lazos de sangre. Por eso, tras reponerse de su inesperado divorcio, le había pedido dinero. Y él se

lo había negado, porque una cosa era perdonarle que lo hubiera abandonado en Peñafort sin un céntimo, y otra muy distinta lanzarle un salvavidas, privándole del placer de ver cómo se ahogaba desde la proa de su yate.

Pero al parecer la cosa se le había ido de las manos, se dijo ahora. No había contado con que la desesperación y la rabia que inundaban a Héctor pudieran llevarlo a secuestrar a su hija.

10

Un clavo ardiendo

A través de la persiana de su despacho, Rocamora observaba al hermano de Diego, que en aquel momento se hallaba sentado ante la mesa de la agente Álamo, a quien había pedido que lo entretuviera con alguna formalidad burocrática mientras decidían qué hacer con él. Héctor era más alto que su hermano, e igual de delgado, pero su aspecto era mucho menos glamuroso. El desaliño, que en el escritor se adivinaba calculado, en Héctor era desagradablemente auténtico. Vestía ropas que parecían compradas al peso, llevaba unas gafas demasiado antiguas y lucía el corte de pelo de un cantante de boleros, con unas prominentes entradas como dos dentelladas en la frente. ¿Era aquel tipo tan anodino quien había secuestrado a Ariadna y montado todo aquel tinglado? Le costaba creerlo, pero cosas más raras se habían visto.

—Bueno, ¿qué hacemos con él? —oyó preguntar a Olaya.

—Ni puta idea —masculló, apartándose de la cristalera y volviendo a su mesa.

—Pues hay que tomar una decisión. No podemos dejarlo sentado ahí afuera todo el día. Tarde o temprano a la pobre Álamo no se le ocurrirá qué más preguntarle.

—Estoy abierto a propuestas —respondió el inspector, echando mano del paquete de tabaco.

—Yo he preguntado primero...

—Y yo te he dicho que ni puta idea.

Olaya esbozó un elegante gesto de rendición.

—¿Qué dijo Diego cuando lo llamaste? —preguntó luego.

—Que venía hacia aquí.

—¿Crees que fue buena idea informarle tan pronto de que teníamos aquí a su hermano?

Rocamora se encogió de hombros.

—No lo sé... supongo que no —concedió a regañadientes—. Pero qué quieres que haga. ¡Imagina cómo están esos pobres padres! Su hija se encuentra en manos de un psicópata cuyo macabro plan todavía no sabemos cómo detener. El tiempo avanza a toda hostia para nosotros y, sin embargo, a ellos cada minuto les debe parecer eterno... —Cabeceó, mientras sacaba un cigarrillo del paquete y procedía a rasgarlo con pericia, desparramando su contenido sobre la mesa—. Supongo que recibir cualquier noticia debe de suponer un consuelo. Yo qué sé. Aunque se trate de que tu hermano es el principal sospechoso del secuestro de tu hija.

Olaya ladeó la cabeza.

—¿Lo es?

—¿A ti no te lo parece?

—Bueno, no descarto aún la teoría de Julián Bassol, ya lo sabes.

Rocamora resopló.

—Marc, todo lo de Bassol está pillado por los pelos. ¡Solo porque había un poco más de polvo en una de sus estanterías no vamos a volvernos locos! Y tampoco podemos considerar sospechoso a alguien solo porque hace trece años se obsesionó con Laura y ahora vive en Barcelona. No es lo mismo que intentar salir del país con un billete solo de ida.

—Pero la hipótesis de Héctor Arce también tiene muchísimos puntos flacos, Gerard —le replicó Olaya.

—Ya lo sé —reconoció el otro con un gruñido.

—Para empezar: si se supone que su móvil era el dinero... ¿por qué no pidió un rescate?

—Puede que fuera a hacerlo más tarde.

—¿Más tarde? —se sorprendió Olaya—. *¿Cuándo?* —Extendió los brazos, como si Rocamora fuera a lanzarle de repente una pelota de playa—. ¡Los Korovin han amenazado con romperle las piernas si no paga lo que les debe! ¿De verdad crees que está en condiciones de andarse con estos juegucitos?

Rocamora cerró los ojos, cansado. Los Korovin... Había que ser muy imbécil para pedirle dinero a una banda profesional de extorsionadores. Pero ¿qué iba a hacer el pobre? Según les había explicado durante el interrogatorio al que lo habían sometido un rato antes, Héctor se encontraba en una situación desesperada. El divorcio con su mujer y una mala racha en el negocio lo habían dejado casi en la ruina, y, de pronto, se le había presentado la oportunidad de realizar una inversión inmobiliaria que habría podido sacarle de todos sus apuros, pero le faltaba capital. Ante la negativa de los bancos de concederle un préstamo, e incluso de su propio hermano, se había visto obligado a recurrir a los Korovin. Pero la inversión había salido mal, y no había podido devolverles el dinero en los plazos acordados, así que durante estos cinco años la deuda no había hecho más que aumentar. Si no les pagaba lo que les debía antes del día 29 de este mes, esos animales le romperían las piernas, o algo peor. Así las cosas, no era extraño que aquel desgraciado hubiera querido largarse del país.

—Todavía le queda algo de tiempo —porfió el inspector, empezando a desmenuzar otro cigarrillo—. Y no olvidemos que odia a su hermano.

Olaya suspiró ruidosamente.

—Vale, vamos a aceptar por un instante que Arce es el Monstruo. Entonces... ¿por qué querría salir del país?

—¡Joder, Marc, y yo qué sé! ¡Se supone que eso es lo que tenemos que conseguir que confiese! Tal vez le entró el pánico, tal vez algo salió mal... O puede que tenga un cómplice y todo esto sea una maniobra de despiste.

—Pero la explicación que él nos ha dado acerca de su huida es mucho más simple y coherente que esa sarta de suposiciones —le respondió Olaya en tono paciente.

—Cualquier mentiroso de cierto talento puede urdir una explicación más coherente y sencilla que la realidad.

—Te estás agarrando a un clavo ardiendo.

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —gritó Rocamora, dando un golpe sobre la mesa. La montaña de tabaco saltó por los aires, como si la hubieran volado con dinamita, y las hebras se esparcieron por todos lados, cayendo una buena parte al suelo.

Olaya le lanzó una dolida mirada de reproche, como si fuera el encargado de la limpieza.

—Mira, Gerard... —le dijo, con una calma que provocó que su jefe frunciera el ceño—. El abogado de Arce está a punto de llegar. Y no conviene que descubra que estamos reteniendo a su cliente sin pruebas, puede filtrar a la prensa la mala praxis de esta comisaría, ya sabes cómo funcionan esos cabrones, lo que no ayudaría en absoluto a que la comisaria Bargalló, que también está a punto de llegar, se pusiera más contenta.

Rocamora se retrepó en su sillón y durante un par de segundos se limitó a contemplar a Olaya como si considerara de lo más desafortunada la paleta cromática con la que su subalterno se había vestido aquel día. Entonces, un grito proveniente del otro lado de la puerta, provocó que los dos hombres dieran un brinco.

—¡Te voy a matar, hijo de puta!

Antes de que Rocamora lograra siquiera despegar el culo de la silla, Olaya se abalanzó sobre la puerta con un movimiento felino y la abrió, mostrando el desagradable espectáculo que estaba teniendo lugar en la sala de la unidad. Diego y su hermano rodaban por el suelo, enzarzados en una gresca que distaba mucho de las coreografiadas peleas de las películas, donde los manotazos, los tirones de pelo y las torpes patadas sustituían a los medidos puñetazos. Algunos agentes orbitaban alrededor de los contendientes sin decidirse a intervenir, temerosos quizás de hacerles más daño si se inmiscuían que si los dejaban a su aire.

—Lo siento, jefe. Me encontré a Arce en la entrada y lo acompañé hasta aquí —le explicó Riera al verlo—. No sabía que...

Rocamora abortó las disculpas del agente alzando la mano y observó el revuelo con disgusto. Héctor acababa de sentarse a horcajadas sobre el estómago de su hermano y, por alguna misteriosa razón, parecía empeñado en

introducirle varios dedos por la nariz.

—Que alguien los separe, por Dios —ordenó con un suspiro.

Álamo y Navas obedecieron al instante. Entre los dos, agarraron a Héctor y lo levantaron a la fuerza, mientras los demás ayudaban a Diego a incorporarse.

—¡Hijo de puta, devuélveme a mi hija! —comenzó a aullar el escritor nada más recuperar la verticalidad, mientras intentaba zafarse de los policías—. ¿Dónde la tienes, cabrón? ¡Devuélvemela!

—Diego, por favor —lo increpó Rocamora, levantando una mano hacia él—. Tienes que calmarte, ¿me oyes?

—¡Estás loco! —le gritó Héctor—. ¡Completamente loco! ¿Te enteras? ¡Siempre lo has estado!

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón!

—Diego, te lo estoy pidiendo *por favor*...

—Nunca fue un niño normal, *nunca* —le aclaró Héctor a la agente Álamo, buscando su complicidad—. ¡Menudas nohecitas nos daba! Un tarado, eso es lo que siempre fue... —farfulló, mientras se quitaba la gafas, completamente torcidas y las miraba con disgusto—. ¡Mira lo que has hecho! ¡Me has roto las gafas! ¡Y no tengo dinero para comprarme otras! Ya sé que a ti eso no te importa, pero...

—¿Quieres que te compre otras? —le espetó Diego con una voz que lindaba con el histerismo—. ¡Te compraré cien gafas, mil gafas, las que tú quieras! ¡Pero devuélveme a mi hija! Devuélvemela, o te juro que te mataré...

Héctor contempló a Diego con una profunda expresión de tristeza.

—¿En serio crees que yo haría daño a Ariadna? —le preguntó con un deje horrorizado—. ¿A mi propia sobrina?

—¡Claro que lo creo! ¿Por qué huías del país, si no?

—¡Porque unos matones me persiguen!

—¿Unos matones? —Diego soltó una carcajada amarga, desquiciada—. ¡Tú jamás has tenido una vida tan emocionante! Por eso me tienes envidia.

—¿Envidia? ¿Y por qué tendría que tenerte envidia *a ti*, gilipollas?

Diego dejó escapar otra carcajada.

—¿Que *por qué*? ¿Porque siempre fui el favorito de mamá, por ejemplo?

¿Porque tenía talento, y tú no? ¿Porque conquisté a una mujer hermosa y me hice rico y famoso, mientras que tú te tuviste que conformar con una vida mediocre, un trabajo vulgar y una mujer fea que se folló a todo el pueblo antes de casarse contigo? —concluyó Diego con todo el veneno del que fue capaz.

Su hermano tragó saliva un par de veces, luego profirió un rugido animal y, cogiendo por sorpresa a Álamo y Navas, se lanzó hacia su hermano con el puño amartillado. Lo descargó contra su rostro justo al dar la última zancada. Diego cayó hacia atrás cuan largo era, arrastrando consigo a los dos policías que estaban a su lado, como bolos en una bolera. Hubo un par de caóticos minutos que terminaron con Héctor contra el suelo, a merced de una implacable llave de Rocamora, y con Diego agarrado de nuevo por un par de agentes mientras uno de sus ojos comenzaba a desaparecer bajo una terrible hinchazón.

—¡Ya me habéis puesto de mal humor, cojones! —gruñó Rocamora.

—Gerard... —intervino Olaya.

—¡Me voy a cagar en los muertos de todos! —rugió el inspector, ocupado en levantar a Héctor del suelo.

—Gerard, la comisaria Bargalló... —insistió Olaya.

—¡Sí, también en los muertos de la comisaria Bargalló! —le espetó Rocamora, cada vez más cabreado.

Y en ese enternecedor momento, surcó el aire una vocecilla aflautada e infantil, absolutamente aterradora.

—Espero que esté hablando en sentido figurado, inspector. Aunque si se encuentra en una verdadera urgencia siempre podría ir a mi casa y traerle la urna que tengo en mi salón, donde reposan las cenizas de mi difunto marido. —La comisaria Simona Bargalló esbozó una escalofriante sonrisa—. No me supondría ninguna molestia, se lo aseguro. Cualquiera cosa, con tal de que deje de hacer el idiota y regrese al trabajo cuanto antes. No sé si se ha percatado de ello, pero en este caso trabajamos contrarreloj.

11

Solo faltas tú

—No sé qué haría sin ti, Helena —le dijo Laura a su amiga, mientras metía en el lavavajillas la fuente de cristal que le había pasado—. ¡Mi madre me está volviendo loca! La pobre no lo hace a propósito, ya lo sé, pero es que tiene la virtud de... —Se mordió los labios mientras recolocaba con rabia en la bandeja superior unos vasos que no necesitaban ser recolocados—. Y Diego... —resopló—. ¡Cada vez que veo ese ojo morado! ¿Cómo se le ocurre? Aunque supongo que su reacción fue comprensible. No sé. Ya no sé lo que es comprensible y lo que no.

Elevó el rostro hacia su amiga, casi en un ademán de disculpa. Helena le devolvió una mirada que podía significar cualquier cosa, limitándose a pasarle un plato por toda respuesta.

—Todavía no puedo creerme que todo esto esté pasando —murmuró Laura, acucillada frente al electrodoméstico—. Me digo a mí misma: «Esto es real, Laura, está pasando, tienes que aceptarlo y enfrentarte a ello...», pero son palabras sin sentido, ¿entiendes lo que quiero decir? Las pronuncio, pero se me escapa su verdadero significado. No sé dónde poner este plato... está llenísimo.

—Pues ciérralo ya —le sugirió Helena—. Luego pondremos otro con las cosas del postre.

—Por ejemplo, cuando me he despertado esta mañana he pensado — continuó Laura, como si la otra no hubiera dicho nada—: «Mierda, ya es lunes. Mañana es el primer reto. A estas horas, nos encontraremos de camino hacia el plató de televisión». Y me ha aliviado recordar que mi madre estaba aquí y al menos podríamos dejar a la niña con ella. —Levantó de nuevo la mirada hacia su amiga, con los ojos muy abiertos y una sonrisa desquiciada aleteando en sus labios—. ¿Entiendes lo que te digo? —Contempló el plato que todavía sujetaba en la mano, volvió a mirar el interior del lavavajillas—. Está demasiado lleno, este no cabe...

—Dame ese plato, anda.

Laura parpadeó.

—¿Qué?

Helena fue hacia ella y le tendió una mano:

—Déjame que termine yo o acabarás metiendo al gato en el lavavajillas.

Laura la miró con el ceño fruncido.

—No tenemos gato.

—Ya lo sé, tonta. —Sonrió Helena—. Solo quería comprobar hasta qué punto habías enloquecido.

Laura cerró los ojos y esbozó una leve sonrisa.

—Dios... —murmuró—, debo de parecer una auténtica demente, ¿no? —Aceptó la mano de Helena, que la ayudó a levantarse—. *En serio*, no sé qué haría sin ti.

—Tranquila. —Helena le dio un cariñoso apretón en el hombro y ocupó su lugar—. En realidad, estás llevando todo esto de forma admirable —afirmó mientras cargaba el detergente y programaba el aparato—. No seas tan dura contigo misma, Lauri.

—A veces me sorprende lo fuerte que estoy siendo... —dijo ella, meciendo la cabeza—. Pero otras me pregunto a quién quiero engañar. Me digo que solo estoy haciendo un papel. Que bajo esta fina capa de entereza, estoy rota por dentro, totalmente devastada. Que solo bastaría con que alguien presionara un poco con el dedo sobre mi piel para que me desmoronara en un montoncito de polvo.

—¡Pues eso no es cierto! —protestó Helena en tono severo,

incorporándose—. Eres fuerte. Tienes que creértelo, Lauri. Fuerte y maravillosa.

Laura se encogió de hombros.

—Vale, intentaré creérmelo —dijo con una sonrisa triste y resignada.

Helena le lanzó una mirada de infinita compasión.

—La llegada de tu madre no te ha ayudado mucho, ¿verdad?

—No —admitió Laura con un suspiro—. Y sé que no tendría que ser así. La pobre lo hace todo por ayudar, pero... ¡Es que me saca de quicio su absoluta perfección! —masculló—. No puedo evitarlo. Esta comida, por ejemplo. Creo que es la primera vez que Diego y yo comemos sentados desde el viernes. Estos días atrás nos hemos limitado a picar un par de cosas de pie en la cocina. Y ahora, de pronto, la nevera está llena. Incluso hay tarta de postre.

Lanzó una risita nerviosa y luego perdió la mirada en el infinito, mientras Helena le observaba con dulzura.

—Ojalá pudiera hacer yo las pruebas, Helena —soltó de repente.

—¿Qué? Pero ¿qué dices?

Laura se encogió de hombros con pesadumbre.

—No sé si Diego... —murmuró—, no sé...

—Vamos, vamos —exclamó Helena—. Diego lo hará perfectamente. Lo de mañana es una tontería, si lo piensas. Cualquiera podría hacerlo. Hay gente que incluso lo hace por gusto.

—Por Dios, Helena... —se escandalizó Laura. Luego lanzó un profundo suspiro—. Pero el resto de pruebas... cada vez serán peores... No sé si Diego podrá superarlas. Y creo que él tampoco está seguro. Por eso hizo que ningún padre superase las pruebas en la novela. Porque, en el fondo... ¡Él era todos esos padres!

—Chss... chss... —Helena se acercó a ella y le apartó delicadamente el flequillo de la cara—. La novela no es más que eso, una novela. Es ficción. Pero en la vida real, Diego luchará por su hija. Como haría cualquier padre.

Laura esgrimió una sonrisa triste, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Sí, no estoy siendo justa —dijo al fin—. Diego es un padre maravilloso.

Estoy segura de que no dejará que le pase nada malo a Ari, que hará todo lo que tenga que hacer.

—¡Claro que sí! —le aseguró Helena—. Y no llores, no soporto verte llorar. Ya verás. Ariadna va a regresar. Aquí, al lugar al que pertenece, a su hogar, sana y salva. Vamos, dílo.

—Ariadna va a regresar... —repitió Laura, como una niña obediente.

Helena asintió, alentadora.

—¿Y?

—... a su hogar... sana y salva.

—Muy bien, cielo. Ese es tu mantra, no dejes de repetírtelo. Y cuando se haga realidad, porque es inevitable que así suceda, tu hija se encontrará con la madre más valiente y fuerte del mundo esperándola. Una madre que la ayudará a olvidar y a perdonar. A comenzar una nueva vida. Y eso será lo único que importe. Porque el pasado no existirá. Solo el futuro. Vuestra nueva, brillante y maravillosa vida que empezará exactamente en el instante en el que Ari entre por esa puerta.

—Sí.

—Todo se va a arreglar, Lauri. Te lo prometo.

—Siempre sabes qué decir para hacerme sentir mejor. —Le sonrió Laura, sorbiéndose los mocos.

Helena le devolvió la sonrisa, mientras le limpiaba con un dedo una lágrima que se le había quedado prendida de las pestañas.

—Me alegro. Sabes que puedes contar conmigo para *todo* lo que necesites, ¿verdad? Anda, qué curioso... tienes una hilera doble de pestañas —le dijo, acercando su rostro para estudiarlas con más atención. Sus labios casi tocaban los de Laura—. ¿Sabías que Elizabeth Taylor también las tenía así? —le preguntó en un susurro—. Pero tus ojos son todavía más bonitos.

—Hola.

Helena se separó bruscamente de Laura y se giró hacia la puerta de la cocina con una mano sobre el corazón.

—¿Te he asustado? —preguntó Diego.

Podría haber resultado una pregunta inocente de no ser por el estado de su ojo derecho, apesado en un oscuro cerco y medio cerrado por la inflamación,

que otorgaba a cualquier cosa que dijera un inequívoco matiz de suspicacia.

—Hombre, es que has entrado así, de esa forma... —Rio Helena, nerviosa.

—¿Por la puerta?

—¿Necesitas algo, cariño? —le preguntó Laura con naturalidad, mientras cogía un trozo de papel de cocina y se sonaba la nariz.

Diego se ablandó un poco al ver el rostro congestionado de su esposa.

—¿Estás bien?

—Sí, sí... solo he tenido un pequeño bajón, nada más.

—Ah... Venía a ver si estaba ya el café. Tu madre dice que la tarta se está derritiendo.

—¡El café! —exclamó Laura, mirando a su alrededor con expresión de pasmo.

—Yo lo hago —decidió Helena, yendo a buscar la cafetera—, tú ve preparando la bandeja con las tazas.

—Se nos ha olvidado poner la cafetera...

—¿Y entonces que habéis hecho aquí tanto tiempo? —preguntó Diego, mirándolas de lado, a través de aquel ojo malévolos, amenazador.

Sirvieron el café en la mesita baja, frente al televisor, porque Rocamora les había avisado de que en los telediarios de la tarde, aparte de anunciar las pocas novedades del caso, se informaría de la emisión de la primera prueba en internet, mañana a mediodía. Desgraciadamente no habían podido evitar que aquello se filtrara, aunque al menos Rocamora saldría haciendo unas declaraciones como portavoz de las fuerzas del orden, para apelar al honor de los espectadores y pedir su colaboración.

Diego y Laura ocuparon el sofá de tres plazas, mientras su madre se posaba como un pajarillo en uno de los sillones individuales y Helena se recostaba en la *chaise longue* con lo que debió parecerle una postura grácil, pero que a Diego se le antojó tensa y envarada, como si estuviera en el sillón del dentista. Mientras la observaba acomodarse, se preguntó qué hacía aquella mujer allí, compartiendo con la familia un momento tan íntimo. Al verla entrar por la puerta, quiso protestar, pero el abrazo que Laura le dedicó en ese

momento le hizo desistir, y ahora estaba allí, comulgando de un dolor que nada tenía que ver con ella, mientras trataba de que la falda del ceñido vestido rojo que se había puesto para la ocasión no se le subiera tanto por el muslo.

Nada que ver con la majestuosa rigidez de Diana Soler, quien a sus sesenta y cuatro años mantenía su juvenil espalda perfectamente recta, como si estuviera acostumbrada a caminar por el mundo portando una pesada corona. Diego la espío de soslayo. Su suegra todavía era una mujer hermosa. No tenía los increíbles ojos de Laura, pues su mujer los había heredado de su padre, pero poseía su misma constitución delgada y menuda de duendecillo, el mismo óvalo del rostro en forma de corazón y el espeso y ondulado cabello, aunque ella lo llevaba largo y recogido en un elegante moño, mientras que su hija seguía fiel al gracioso peinado de paje de su juventud. A Diego le caía bien su suegra. Con los meses había comprendido que lo que le había dicho la primera vez en la cocina no era ninguna amenaza, sino una broma, aunque una broma que parecía haberse gastado a sí misma, comportándose como una madre normal cuando no lo era en absoluto. Diana nunca llamaba a su hija para ver qué tal estaba ni preguntarle cómo la trataba su marido, ni los visitaba intempestivamente para pillarlos con la guardia baja. Todo lo contrario. Era una mujer independiente, iba a su aire, no se inmiscuía en la vida de los demás, y menos en la de su hija. De hecho, Laura solía decir, con una mueca de cómica consternación, que sus padres pasaban de ella; y durante los años que llevaban juntos, Diego había podido constatar que era cierto: si su mujer no los llamaba o no iba a verlos, podían transcurrir semanas sin que tuvieran noticias de ellos. Pero aquella dinámica familiar, que a veces sacaba de quicio a Laura, a él le parecía perfecta. Le gustaba que sus suegros tuvieran su guarida a una moderada distancia de Barcelona. En pequeñas dosis, nada te mata, ¿no era eso lo que se decía de algunas drogas? Pues era perfectamente aplicable a la familia política. Y eso hacía que incluso disfrutara de las visitas a Tarragona que hacían cada cierto tiempo, a las que pronto se incorporó Ari. En los últimos meses, resultaba un poco triste constatar el progresivo deterioro de Josep Folch, el patriarca del pequeño clan, un hombre que cada día perdía un recuerdo de su vida, como un árbol que se deshojaba lentamente. Pero Diego adoraba contemplar a la abuela, la madre y la hija charlando entre

ellas, con sus hermosos rostros en forma de corazón congregados alrededor de la mesa de la cocina en tierno cónclave, tres generaciones del principesco linaje de las hadas. Una raza con la que él, el humilde leñador Diego Arce de Peñafort, había entroncado su sangre... Una estirpe a la que había arrebatado su joya más preciada.

Un roce desagradable a su derecha le hizo desviar la mirada hacia Helena, que había desbaratado la postura que tantos desvelos le había costado componer para tomar un trozo de tarta de la mesita. Diego la observó engullirla con disimulo. Helena, grandota y campechana, era lo que se dice una mujer de armas tomar, dueña de un humor ramplón que imponía a cualquier conversación un ritmo nervioso, frenético, porque tenía una réplica para todo y no paraba de hacer bromas sexuales sobre cualquier cosa. El tipo de mujer cargante que Diego no soportaba, y tan distinta a Laura, de hablar sereno y melodioso, que no entendía cómo había podido surgir entre ellas una amistad tan profunda. Además, estaba convencido de que, aunque ambos guardaran las formas, ella tampoco lo soportaba a él.

Laura y Helena se habían hecho amigas porque, aunque pareciera increíble, ambas tenían el mismo número de pie. Se habían conocido el año anterior en una zapatería de paseo de Gracia. Las dos se habían encaprichado del mismo zapato y se lo habían solicitado a la dependienta, pero solo les quedaba un par. Comenzó entonces una amable discusión: quédatelos tú, no, no, tú los has pedido primero, etc. Para desesperación de la dependienta, decidieron que si no podían tenerlo las dos, no lo tendría ninguna, y acabaron tomando un café en una cafetería cercana para celebrar aquella espontánea solidaridad entre desconocidos. A partir de ahí se habían hecho inseparables.

¿Qué veía Laura en ella?, se preguntó. Llevaba un año haciéndose esa pregunta y todavía no había encontrado la respuesta. En lo laboral, Helena era de esas personas que se habían hecho a sí mismas. Había probado varios negocios, de los cuales algunos habían funcionado y otros se habían descalabrado, pero la empresa de limpieza que actualmente dirigía parecía marchar bastante bien. En definitiva, había nacido en una familia muy humilde y gracias a su constancia y dedicación ahora gobernaba un pequeño imperio de fregonas y aspiradoras. ¿Era aquel espíritu emprendedor lo que fascinaba a

Laura? Diego no lo sabía, pero desde luego tenía muy claro qué era lo que Helena veía en su mujer. La escenita de la cocina no era la primera de aquella naturaleza que interrumpía. Helena aprovechaba cualquier oportunidad para acariciarle la cara, tomarla de la mano, apartarle el flequillo de los ojos o colocar sus labios a tiro de los suyos. Más de una vez sus dedos habían coincidido con los de ella en alguna parte de la anatomía de Laura. Además, a sus cuarenta y tantos años, Helena nunca se había casado ni se le conocía ningún noviazgo, algo extraño en alguien que hablaba del sexo de manera harto desprejuiciada y de los hombres como si fueran cabezas de ganado. En fin, no había que ser un lince para sumar dos y dos, aunque el alma cándida de su mujer no se enterase de la misa la mitad. Desde que conoció a Helena, la había tomado bajo su ala protectora, adoptándola como a todas las almas descarriadas con que se encontraba, como había hecho con el mismo Rocamora. Hacía unos meses, incluso había conseguido que se apuntara con ella al gimnasio, aunque sin efectos visibles, como cualquiera podía ver.

Ahora, sin embargo, los papeles se habían invertido, y era Laura quien se ovillaba bajo el ala de su amiga. Era el hombro de esta el escogido para derramar sus lágrimas, antes que el suyo, el de su propio marido, o el de su madre o, ya puestos, el de cualquiera de sus amigas de siempre, a las que ni siquiera devolvía las llamadas. Laura únicamente parecía confiar en aquella mujer que solo llevaba un año en su vida. ¿Cómo había conseguido Helena aquel dominio sobre su mujer? ¿Y eran sus intenciones tan nobles como parecían? ¿No sería más lógico pensar que Helena estaba celosa de Laura? De su belleza, de la familia que había creado, de su vida perfecta. Y si envidiaba su felicidad, ¿no querría dinamitarla? Quizás durante el último año Helena Rosell se había dedicado a tejer con paciencia arácnida un plan sublime con el que, aparte de arrojar en sus brazos a la mujer de sus sueños, desprestigiar al famosillo de su marido, dejándolo como un cobarde ante el mundo entero.

Diego sacudió la cabeza, reprimiendo un suspiro. ¿Ahora iba a sospechar también de Helena? Dejarse arrastrar por la paranoia no lo llevaría a ningún sitio, eso ya lo descubrió el día anterior. En todo caso, acabaría por recibir un puñetazo en el otro ojo, y estaba seguro de que Helena debía de pegar bastante más fuerte que Héctor.

Cambió de postura sobre el sofá, al tiempo que se tragaba otro suspiro. Cuanto más lo pensaba, menos comprendía por qué había corrido hacia la comisaría hecho un basilisco, absolutamente convencido de que era su hermano quien había secuestrado a Ari. De que Héctor era el Monstruo. ¿En serio? Bueno, nada era imposible, eso estaba claro, pero ahora, contemplada con calma, la idea se le antojaba de lo más ridícula. Héctor carecía de la imaginación necesaria para organizar semejante circo. Diego incluso dudaba de que se hubiera leído su novela.

Entonces, ¿quién les estaba haciendo todo esto? ¿Quién les había robado a Ari?

La voz de su suegra lo sacó de sus reflexiones.

—Diego, ¿no te comes tu trozo de tarta? —le preguntó.

—Eh... no, no. Gracias —contestó.

Desde el secuestro de Ari le resultaba casi imposible comer. Tenía el estómago revuelto. Acabarse el pollo al limón que su suegra había cocinado le había costado un mundo, y no las tenía todas consigo de que no acabara vomitándolo en algún momento.

—Pues es muy importante que comas azúcar —insistió su suegra, obsequiosa—. Toda la que puedas. De hecho, desde ahora hasta la cena, solo tendrías que tomar hidratos de carbono. Así, cuando te vayas a dormir, tus niveles de glucosa en sangre estarán por las nubes, y toda una noche en ayunas te provocará al amanecer un brutal bajón de azúcar. Por la mañana te despertarás hambriento. Eso te ayudará en tu... ya sabes, en *eso* que tienes que hacer —concluyó con naturalidad, como si hablara de algún caprichoso plan de su yerno.

Diego miró a su esposa en busca de ayuda, pero Laura contemplaba a su madre tan perpleja como él.

—Mamá, ¿de qué hablas?

—Bueno, hija... no he dicho ninguna tontería. Tú eres médico, sabrás eso del azúcar, ¿verdad? Aunque, por supuesto, ya me imaginé que no estarías para pensar en estos detalles. Por eso he comprado la tarta, y hay otra para la cena. Todo lo que ayude a Diego con su...

—Mamá —la interrumpió Laura, no sin cierta aspereza—. Lo que Diego

se tiene que comer mañana no es una tarta.

—¡Ya lo sé, cariño! Pero pensé que...

—¡Empieza el telediario! —los interrumpió Helena, oportuna por una vez.

Todos dirigieron la vista hacia el televisor. La noticia del secuestro de Ari abría el sumario, robando el protagonismo al resto de noticias. Tras los titulares, apareció el presentador del telediario, un cuarentón de aspecto agradable que, con la gravedad que exigía la situación, se apresuró a resumir las novedades del caso y anunció que al día siguiente, al mediodía, se emitiría en internet en directo la primera prueba del Juego de los Retos, cuya mecánica explicó someramente.

A continuación, apareció un ojeroso y despeinado Rocamora, quien, con un dominio mucho menor de la cámara, leyó el comunicado oficial de la policía, donde se pedía a los ciudadanos, por decencia y respeto a la familia de la niña, que no siguieran la emisión.

—No deben darle el gusto a ese loco —advirtió a los telespectadores con mirada severa—. De todas maneras, la investigación está muy avanzada, y existen muchas posibilidades de que el primer reto no llegue a realizarse —añadió Rocamora con sorprendente seguridad para lo poco que tenían, y luego recordó a los espectadores el teléfono de información donde podía llamar cualquier ciudadano que hubiera visto algo sospechoso, ya fuera la noche del secuestro o los días posteriores—. Toda colaboración será bienvenida para encontrar a la pequeña Ariadna —concluyó, con una inesperada ternura en la voz.

Entonces, apareció en pantalla el rostro de Ari, cogiendo a todos desprevenidos. Era la foto que él le había hecho aquella tarde de cine, que ahora se le antojaba remotísima, y al verla no pudo evitar acordarse de la conversación en la que su hija, después de ver una entrevista suya en un programa literario, le había preguntado si algún día ella también podría salir en televisión. «¡Claro que sí, cariño! —le había respondido él—, bastará con que dejes de cortarte las uñas, hagas la tortilla más grande del mundo o descubras una vacuna contra la tristeza.» Se le olvidó añadir que también podría aparecer en televisión si la secuestraban.

En ese momento, un agudo gemido brotó del otro extremo del sofá.

Sobresaltado, Diego giró el rostro hacia allí, y vio a su mujer doblada sobre sí misma. Laura se agarraba el vientre con fuerza, mientras su garganta emitía aquel lamento angustioso y sostenido. Su mujer intentó levantarse, pero las piernas le fallaron y cayó de rodillas, entre sollozos convulsos. Diana y Helena se abalanzaron sobre ella.

—¡Quiero que vuelva! —gritó con la boca retorcida de dolor—. ¡Quiero que vuelva!

Diego, que aún seguía clavado en el sofá, hizo amago de levantarse y acercarse a ella, pero Helena abortó su tardía aproximación con una contraorden:

—¡Trae un vaso de agua!

Diego se quedó inmóvil, reprimiendo una mueca de furia. ¡Él era quien debía consolar a su mujer, y no cumplir los recados de aquella...!

—¡Rápido! ¡Muévete! ¡Se va a desmayar! —volvió a azuzarlo Helena, que indiscutiblemente se había hecho con las riendas de la situación.

Como si el vozarrón de Helena lo hubiera cargado de energía, Diego salió del salón rápidamente, cruzó el pasillo, irrumpió en la cocina, abrió el grifo y... se quedó mirando tontamente cómo corría el agua. Durante varios segundos, no pudo dejar de admirar aquel chorro transparente que surgía de la boca del grifo y, siguiendo el dictado de la gravedad, caía perpendicularmente sobre el mármol del fregadero. Por algún motivo, le parecía un espectáculo fascinante que la rutina había convertido en trivial. De pronto, con gesto de autómatas, cerró el grifo y emergió de nuevo al pasillo, pero en vez de regresar al salón, de donde le llegaban los gemidos de Laura y las voces entremezcladas de Helena y su suegra, que competían por consolarla, se dirigió al recibidor, cogió las llaves del coche y salió de la casa. Hasta que no se encontró sentado en el asiento del conductor, no se dio cuenta de que había hecho todo eso sin pensar en nada, como si hubiese sufrido un episodio de sonambulismo. Lo único que recordaba era que, de pronto, había empezado a asfixiarse. En su casa, con todo aquel dolor derramándose a su alrededor, se había sentido como debajo del agua, y no había podido evitar huir de allí en busca de aire.

Ahora solo tenía que arrancar y pisar el acelerador para completar su

huida. Sacó el mando y, como un telón que se descorre, la pesada puerta del garaje descubrió una nube de periodistas, erizada de cámaras y perchas de sonido. La atravesó sin miramientos. Un par de paparazis con buenos reflejos salió en su persecución, y durante un par de manzanas los tuvo pegados a los talones, pero al internarse en Sarrià logró despistarlos. Esa era una de las ventajas de dejarse llevar por el trazado de las calles como una bolita de *pinball*.

Dos horas después, seguía dando vueltas. Era incapaz de razonar, de tejer un pensamiento coherente. Su mente había sufrido una especie de cortocircuito. Había perdido el control de sus acciones y sospechaba que su errática huida solo finalizaría cuando se quedara sin gasolina. Su móvil, que había arrojado al asiento del copiloto, no dejaba de sonar, iluminando su pantalla con la foto de Laura. Podría haberlo apagado, pero no lo había hecho porque de algún modo las insistentes llamadas le mantenían unido a su mujer, a esa vida rebotante de dolor de la que, en el fondo, no podía escapar. Eso le había impedido desintegrarse en la nada.

Empezaba a atardecer cuando reconoció el vacío en el estómago, aquella especie de corriente de aire en las venas, la crispación de la mandíbula, la arena entre los dientes... Síntomas familiares que hacía tiempo que no sentía. Detuvo el coche ante la entrada de un Supercor y compró una botella de vodka. ¿Cómo decirlo? Fue un acto impulsivo largamente meditado. Por absurdo que resultara, intuía que emborracharse era lo único que podía devolverle la razón. Tenía que beberse aproximadamente la mitad de aquella botella, para resurgir de la borrachera como un hombre renovado, liberado de toda la rabia y frustración que le quemaba por dentro. Ahora solo tenía que buscar un lugar tranquilo donde llevar a cabo su chapucera catarsis, aquel reinicio sanador.

Como si sufriera un viaje astral, se vio a sí mismo enfilarse hacia la carretera que llevaba a Vallvidrera. El sol comenzaba a ponerse cuando aparcó en una esquina del mirador de Sarrià. En cuanto anocheciera, aquella balconada natural se llenaría de vehículos de parejitas que no tenían otro sitio donde desfogarse, pero de momento solo había un par de coches, cuyos pasajeros habían acudido a deleitarse con la puesta de sol, uno de los pocos

espectáculos que todavía eran gratuitos en Barcelona. Y mientras la luz de melaza de la tarde doraba aquel sembrado de acero, piedra y humo que era Barcelona atisbada desde aquella posición de vigía, Diego sacó la botella y, sin más ceremonias, le propinó un trago largo, ávido. En cuanto el alcohol descendió por su garganta, sintió la vieja y consoladora sensación de calor en el vientre, que enseguida empezó a extenderse por el resto de su cuerpo como una fiebre. Todo a su alrededor se volvió más blando, más suave. El aire ya no le arañaba los pulmones, la piel dejó de escocerle al rozarse con la realidad, el asiento se le antojó increíblemente mullido. Dio otro trago, aún más largo.

Del coche que había unos metros a su derecha se bajó una pareja joven con un niño de cinco o seis años. Se acercaron al borde del mirador, el padre se subió al niño a los hombros, y la madre le fue señalando algunos edificios con el dedo, mientras el pequeño sonreía embelesado desde su improvisada atalaya, convencido de que su padre nunca dejaría que se cayera, y mucho menos que lo secuestraran. Al poco, empezó a mostrar síntomas de sueño, y el padre lo bajó delicadamente de sus hombros y lo sostuvo en sus brazos, abrazándolo con cariño. Diego, que los miraba fascinado desde su coche, cada vez más borracho, se encontró de pronto reflexionando sobre aquel gesto de afecto que la especie humana venía profesándose desde los albores del mundo, y le resultó de lo más curioso que al padre le bastara con aumentar la presión para convertir la ternura en daño. Desde que había descubierto la cama de Ari vacía, había evitado pensar en lo que estaría padeciendo su hija, repitiéndose una y otra vez que si el Monstruo respetaba el juego, nada malo le ocurriría mientras él superase las pruebas. Lo que no sabía era qué haría su secuestrador si fallaba alguna. ¿Llevaría el juego hasta sus últimas consecuencias, matando a la niña por asfixia, como hacía en la novela? Diego se imaginó al Monstruo envolviéndola en un abrazo, ofreciéndole aquel gesto que hasta entonces ella solo conocía como un agradable refugio, y sonriendo con malicia al empezar a apretar. De todas las maneras en que el Monstruo podría matarla, aquella se le antojó sin duda la más cruel, porque también le trastocaba las pocas certezas de la infancia.

Pero eso no ocurriría, ¿verdad?, porque él superaría las tres pruebas. Dio un par de tragos más y, de repente, sintió una repentina oleada de piedad por sí

mismo. ¿Por qué tenía que actuar como un hombre si solo era un niño asustado?, se dijo, mientras las lágrimas descendían por sus mejillas como arroyos de dolor. Pobre Diego, pobre niño tonto. ¿De verdad creía que podía vencer al Monstruo, atraparlo dentro de una novela? Era patético. El Monstruo le había prometido que le quitaría la vida, y lo había hecho, sin necesidad de matarlo. Le había arrebatado la infancia, que, como a todos los niños, le pertenecía por derecho, y le había arrancado la capacidad de sentir, de sintonizar con la vida, y por último le había quitado a su hija...

Pero ¿por qué no iba él a poder vencer al Monstruo?, se dijo, dando otro trago. Ya no tenía diez años, ya no era un niño asustado. Ahora era un hombre hecho y derecho, un escritor famoso. Además, él había sido uno de los que había participado en su invocación, uno de los irresponsables que habían contribuido a traerlo del más allá. El único que quedaba. ¿Por qué no iba a poder devolverlo al lugar del que provenía? Otro trago. «¿Hay alguien ahí?», preguntó Sergi. Su voz, infantil y vívida, le atravesó la mente como un punzón. Había sonado tan real, tan próxima, que Diego casi se había dado la vuelta para buscarlo en los asientos traseros. Sacudió enérgicamente la cabeza. No quería recordar aquella tarde que tanto esfuerzo le había costado enterrar en lo más profundo de su mente, pero el alcohol era una pala, un pico implacable que escarbaba diligente, con brío, ansioso por descubrir qué había allí sepultado... «¿Hay alguien ahí?» La casa encantada daba a un acantilado. Diego se encogió instintivamente en el asiento. Se llegaba hasta ella atravesando el bosque. Apretó la botella con fuerza, como si quisiera romperla. Fue a Sergi a quien se le ocurrió la idea, y Carlos y Mateu se apuntaron porque siempre hacían lo que Sergi decía. Siempre. Diego dio otro trago. Observó que tenía los nudillos blancos de lo fuerte que apretaba la botella. Al principio, él se había negado, pero finalmente había acabado cediendo. No quería ser el cobarde del grupo. Y fue su pie quien pisó el tablón. Fue él quien, de algún modo, lo inició todo. Pero antes, por la mañana, Sergi los había reunido durante el recreo en un rincón del patio.

—Quiero enseñaros algo —les dijo, mostrándoles un extraño tablero de cartón—. Es una tabla de ouija. Me la ha regalado mi hermano.

Carlos, Mateu y él lo observaron sin demasiada curiosidad.

—Mi hermano dice que con esto se puede contactar con el alma de los muertos, con entidades malignas que habitan en otra dimensión o incluso con los extraterrestres —les informó Sergi con la voz electrificada por la excitación.

Diego tomó el tablero y lo contempló con mayor interés. Era más pequeño que el del Monopoly, de un color marrón claro y con vetas. Sobre ese fondo que imitaba a madera destacaban una serie de letras y dibujos en tinta negra. En las esquinas superiores había dibujado un sol y una luna con rasgos humanos, y junto a cada uno de ellos, un «Sí» y un «No». En las inferiores, sin embargo, se repetía una misma ilustración, de trazo algo tosco, la de una figura oscura que usaba la tabla mientras una especie de siniestra máscara gravitaba junto a su cabeza, como si le estuviera susurrando secretos al oído. En el centro del tablero, en letras góticas, se repartía el alfabeto completo en dos hileras combadas como arcoíris; debajo de ellas estaban escritos los números, y bajo estos la palabra «Adiós». A Diego le sorprendió que, como el Monopoly o el Castle Risk, el tablero fuera de la popular marca Parker Brothers.

—¿Con extraterrestres? ¡Pero qué dices! —Rio Mateu, como si diera por sentado que con los difuntos y las criaturas de otra dimensión sí que podría funcionar. Tal vez le parecía que estaban más cerca.

—Bueno, a mí no me interesa contactar con ET ni con los lagartos de *V* —replicó Sergi, encogiéndose de hombros con desdén—. Yo quiero contactar con un muerto, con un alma en pena.

—¿Con alguno de tus abuelos? —preguntó Mateu con sorna.

—¡No seas gilipollas! Quiero que vayamos a la casa encantada del acantilado y contactemos con el espíritu de su dueño.

Sergi se refería a la vieja mansión que había en la cima de la montaña, de la que se decía que estaba embrujada. Corrían muchos rumores sobre el antiguo dueño de la casa, algunos contradictorios. El más inquietante decía que había pertenecido a un cirujano que trabajaba en el manicomio de San Fitero, que estaba cerca de L'Estartit. Según la leyenda, el médico sometía a sus pacientes a siniestros experimentos quirúrgicos, unos experimentos aberrantes e inhumanos a los que uno de los pacientes había puesto fin

fugándose del manicomio y asesinando al malévolo doctor en su propia casa. Esa era la causa de que el fantasma del cirujano vagara todavía por la mansión, arrastrándose por sus habitaciones sediento de venganza.

—Conmigo no contéis —se apresuró a advertir Diego.

En algunas de las excursiones que había hecho con su padre por la montaña había pasado junto a la ruinosa mansión, a la que los rumores, fuesen falsos o no, prestaban un aire siniestro, y lo que menos le apetecía era aventurarse en su interior.

—Pero se necesitan cuatro personas, si no, no funciona —se quejó Sergi.

—¿Te vas a rajar, Arce? —le preguntó Carlos, soltando una risita.

Como era de esperar, Mateu también se sumó a las pullas, así que Diego acabó dando su brazo a torcer, antes de que las burlas de sus tres amigos se propagaran por todo el colegio.

Esa misma tarde, al salir de clase, los cuatro se dirigieron con sus bicis a la mansión encantada. Sergi llevaba el tablero en la mochila, y habían traído unas linternas, por si acaso se les hacía de noche hablando con el fantasma, aunque todavía faltaban un par de horas para que empezara a atardecer. El día, sin embargo, empezó a nublarse en cuanto comenzaron el ascenso. Cuando llegaron a cierto tramo de la carretera, se bajaron de las bicis y continuaron el recorrido a pie, atravesando el bosque que ejercía de zaguán del acantilado. A Diego empezó a erizársele el alma en cuanto se aventuraron entre los árboles. Sus copas componían una compacta techumbre que los días soleados apenas dejaba pasar un puñado de lanzas de luz, pero aquella tarde repentinamente nublada ni siquiera disponían de aquel consuelo. El bosque se había vuelto un sitio espantoso, lleno de ruidos inquietantes, de ramas que te rozaban el brazo de repente y raíces donde era fácil tropezar. No le gustaba rondar por allí sin la compañía de un adulto, pero no dijo nada. Comprendía que la presencia de uno de ellos le robaría a la aventura toda la gracia, si es que tenía alguna. Supuso que aquel cosquilleo de inquietud que sentía en el estómago era parte de la diversión, pero no pudo evitar experimentar un poderoso alivio cuando al fin emergieron de la asfixiante semioscuridad del bosque a la luz del claro.

Y entonces la vieron. Allí, al borde del acantilado frente al mar, se alzaba la mansión. Era una enorme casa de estilo modernista, casi un palacete,

levantado a principios del siglo XX. Tenía dos plantas de altura, rematadas en una torre neomudéjar que el roce de los años había ido desmoronando, al igual que parte del tejado, y estaba cercada por un imponente muro de piedra que se había derrumbado por varios sitios, por lo que colarse en su interior no suponía ningún problema. Apoyaron las bicicletas contra el muro y lo atravesaron por uno de aquellos rotos.

Les dio la bienvenida una intrincada alfombra de matojos y hierbajos que había emborronado lo que antaño debió de ser un esplendoroso jardín. Recorrieron muy despacio el caminito de baldosas que conducía hasta la entrada, casi devorado por la maleza, impresionados tanto por la majestuosa fachada de la casa como por el denso silencio que los envolvía. Apenas se oía el bufido del mar al otro lado del acantilado, como la respiración de una enorme bestia moribunda, y algún esporádico graznido de gaviota, que aportaban una nota macabra. A medida que se acercaban, con paso cada vez más reverente, observaron que parte de los azulejos que decoraban las paredes de la mansión se habían desprendido, y que la mayoría de las ventanas estaban desencajadas y cegadas por la mugre. Una vez en el porche, apiñados ante el regio portón de entrada, se miraron unos a otros con expresión temerosa. Diego aprovechó la indecisión general para proponerles olvidarse del plan:

—Ahí dentro no se nos ha perdido nada. Creo que deberíamos volver al pueblo y... —empezó a decir.

—Ni de coña, Arce —lo interrumpió Sergi con desdén—. El plan es entrar dentro de la casa y eso es lo que vamos a hacer.

Sergi observó la puerta unos segundos, como haciendo acopio de valor, y finalmente apoyó su mano contra ella y la empujó. El portón se abrió trabajosamente, soltando los espeluznantes chirridos de rigor, y desveló un amplio vestíbulo envuelto en sombras. Una de ellas se desperezó y emergió de la casa con un revoloteo de alas, pasando junto a la cabeza de Carlos, que dio un brinco.

—¡Qué coño era eso! —soltó con voz asustada.

—Solo era un murciélago, tío. —Rio Sergi adentrándose en el vestíbulo.

El escaso sol de la tarde, casi oculto tras una barricada de nubes grises,

apenas se filtraba por las ventanas de vitrales descoloridos. Parte de la escalera que conducía a la planta de arriba se había derrumbado, por lo que era imposible acceder a ella. Deberían conformarse con explorar las estancias de la planta baja, cosa que hicieron sin separarse mucho unos de otros, en un grupo compacto que Sergi encabezaba con una sonrisa burlona, divertido por el miedo de sus amigos.

Diego cerraba la comitiva, observándolo todo con el corazón encogido. El paso del tiempo, y probablemente los continuos saqueos, habían arrasado con casi todo. Solo algún resto del esplendor del pasado pervivía en las estancias que iban atravesando con paso trémulo: un viejo sillón polvoriento, un cortinaje reducido a harapos, alguna lámpara que colgaba del techo, meciéndose tétricamente como un ahorcado, un puñado de utensilios irreconocibles en una habitación que probablemente fuera la cocina. Mientras avanzaba con aprensión, Diego se preguntó si realmente el espíritu del dueño de la casa pulularía por aquel tétrico espacio, atrapado allí como en un laberinto, y casi le pareció percibirlo en la desagradable espesura del aire, que le dejaba un regusto a moho en la garganta, o en el halo de maldad que parecía exhalar la oscuridad amontonada en los rincones.

—Creo que Diego tiene razón —susurró Mateu con cierto estremecimiento en la voz—. Lo mejor es que volvamos al pueblo.

—¿Queréis dejar de decir eso? ¡Vaya panda de maricas! —exclamó Sergi, intentando abrir una puerta que había en un lado de la estancia en la que se hallaban—. Y tú, Carlos, ayúdame a abrir esta puerta. Está atascada...

Entre ambos lograron abrirla, desvelando una habitación no muy grande, en la que parecía flotar un olor húmedo y mezquino. Sus paredes estaban forradas de estanterías, por lo que dedujeron que debía de haber sido un despacho o un gabinete. Una mesa de madera, que asombrosamente había sobrevivido a los numerosos saqueos, ocupaba el centro de la pequeña habitación, y a Sergi le pareció el sitio perfecto para colocar el tablero. Mientras soplaba su superficie para desprender el polvo, Diego se acercó a una de las desvencijadas librerías, que aún conservaba un puñado de libros acartonados y pegados unos con otros. No se atrevió a tocarlos, pero descubrió, al leer sus borrosos títulos, que todos estaban relacionados con la

medicina y la cirugía, lo cual corroboraba parte de los rumores sobre su dueño. Aquella casa había pertenecido, sin duda, a un cirujano.

—Venga, Arce, vamos a empezar antes de que se haga de noche —lo reclamó Sergi, que había acabado de limpiar la mesa con la manga de su jersey.

Diego dudó. No quería continuar allí, en aquel lugar tan inquietante. Quería irse a casa. Pero cuando la impaciente voz de Sergi lo llamó por segunda vez, se limitó a caminar hacia el grupo. Cruzó el gabinete en diagonal, y fue entonces cuando ocurrió: su pie derecho se hundió en uno de los tablones del suelo. Cuando, tras un pequeño forcejeo, logró sacarlo, reparó en que en el fondo del agujero había una caja. Atraído por su cara de sorpresa, Sergi acudió a su lado, descubrió el tesoro y no dudó en sacarlo. Era una caja de latón que, a juzgar por el difuso dibujo de la tapa, había contenido galletas. La llevó hasta la mesa y la abrió sin ceremonias. Estaba llena de fotos antiguas en blanco y negro, medio borrosas. Sergi sacó el mazo y las fue distribuyendo sobre la mesa, ante la mirada espantada del grupo.

—¿Qué mierda...? —balbuceó Carlos.

En todas las fotos aparecía un hombre ataviado con ropas de cirujano del siglo pasado. Una bata blanca lo cubría desde el cuello hasta las rodillas, llevaba una especie de gorro y tenía el rostro cubierto por una mascarilla. Lo único que podía verse de él eran sus ojos, que se antojaban aterradores. Parecía encontrarse en una especie de quirófano, a juzgar por las camillas y los extraños aparatos que se distinguían al fondo, y en casi todas las fotos empuñaba algún tipo de herramienta quirúrgica. Pero lo más espeluznante eran las distintas figuras que lo acompañaban, de pie o tendidos en alguna camilla. Eran en su mayoría hombres, aunque también aparecía alguna mujer y varios niños. Todos posaban desnudos, mostrando a la cámara los horribles experimentos y mutilaciones a los que habían sido sometidos sus cuerpos.

—Dios, cómo puede alguien seguir vivo si le seccionan el... —empezó Mateu, pero no pudo acabar la frase—. Tengo ganas de vomitar.

—¿Estas niñas son siamesas? —señaló Carlos con voz estremecida—. Oh, Dios mío. *No son siamesas reales*. Mirad las costuras, están... las han...

—Y esta mujer embarazada que grita atada a la camilla... está de parto,

¿no? —preguntó Mateu, inclinándose sobre una foto—. Pero... no puede ser —jadeó de pronto, repentinamente pálido—. El hijo de puta le ha cosido el... ¿por dónde saldrá el bebé?

—Bueno, ahora ya sabemos a quién pertenece el alma que vamos a invocar —dijo Sergi, para estremecimiento del grupo.

Incapaz de continuar contemplando aquel carrusel de horrores, Diego recogió las fotos con un gesto apresurado, intentando no mirarlas, y las metió de nuevo en la caja. Luego se dirigió al agujero de donde la habían sacado, la volvió a dejar allí y colocó el tablón.

—¿Qué haces, Arce? ¿Por qué las guardas? —preguntó Sergi.

Diego no tenía respuesta para eso. Solo sabía que aquellos horrores debían continuar ocultos.

—¿Y qué quieres? —oyó responder a Mateu en su lugar—. ¿Llevártelas al colegio para hacer una exposición?

Diego se incorporó, sintiendo las manos temblorosas. Había ocultado aquellos horrores, pero sabía que no lograría borrarlos de su mente ni aunque viviera mil años.

—Bueno, venga, ¡vamos a invocarlo! —exclamó Sergi con impaciencia, dirigiéndose hacia la mesa.

Los demás lo siguieron sin demasiado entusiasmo, y se arremolinaron alrededor de Sergi, que sacó un triángulo blanco, parecido a una púa de guitarra pero el triple de grande, y procedió a explicarles cómo funcionaba el juego. Él le haría preguntas al espíritu, que respondería desplazando el señalador por el tablero, ya fuera hacia las letras, los números o las palabras. A una orden suya todos colocaron su índice derecho sobre el triángulo y guardaron silencio. Diego quería irse de allí de una vez, pero parecía haber perdido todo atisbo de voluntad. Era más fácil dejarse llevar por los acontecimientos, deseando que todo acabara pronto y pudieran irse a casa, que oponerse a Sergi.

Durante varios segundos, todos permanecieron escuchando el bufido del mar, el único sonido que parecía llegar hasta allí, como si el mundo civilizado no existiera. Entonces Sergi alzó el rostro teatralmente y clavó los ojos en un punto indefinido por encima de las cabezas de los demás.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, siguiendo el protocolo.

Diego paseó una mirada a su alrededor, con cierta aprensión. Los segundos se sucedieron sin que ocurriera nada.

—Esto es una chorrada —dijo tímidamente Carlos, con el evidente deseo de recogerlo todo e irse a casa antes de que anocheciera.

—No siempre responden a la primera —explicó Sergi con aire entendido. Respiró hondo y volvió a preguntar, impostando la voz de solemnidad—: ¿Hay alguien ahí?

De nuevo, todos aguardaron, inquietos y expectantes. Diego estaba a punto de retirar el dedo del triángulo, por mucho que Sergi se enfadara, y largarse de allí cuando, de repente, el triángulo empezó a moverse. Se deslizaba imperceptiblemente, pero se deslizaba. Diego se estremeció, mientras de soslayo veía cómo Mateu y Carlos abrían la boca, sorprendidos de que aquel trozo de materia inerte hubiese cobrado un temblor de vida. Sergi, por su parte, guardaba silencio, con el rostro inexpresivo, atento al lento desplazamiento del señalador, que enseguida aumentó algo más su velocidad y se dirigió al «Sí». Sergi asintió con seriedad, muy en su papel de conductor de la sesión.

—¿Eres el dueño de la casa? —preguntó.

Hubo un nuevo deslizamiento. «Sí.»

Diego tragó saliva, recordando al sujeto que aparecía en las fotos, orgulloso de su obra, dedicando a la cámara una mirada malévola.

—¿Cómo quieres que te llamemos? —volvió a preguntar Sergi.

El triángulo permaneció quieto unos segundos, antes de volver a cobrar movimiento. Todos prestaron atención cuando empezó a señalar las letras a un ritmo exasperante.

—E-L-M... —Sergi las iba leyendo en voz alta—: O-N-S-T-R-U-O.

—El Monstruo —confirmó innecesariamente Carlos, en un susurro estremecido.

Todos miraron a su alrededor, como si quisieran confirmar que continuaban solos en la habitación, y luego a Sergi, que se mantenía impassible, mirando aquel punto indefinido del aire.

—¿Y qué quieres? —preguntó entonces, casi con un deje de desafío en la

VOZ.

Diego volvió a tragar saliva, al ver cómo el triángulo recuperaba el movimiento. Sergi empezó a anunciar las letras que iba señalando:

—M-A-T-A-R-O-S-A-T-O-D-O-S.

Carlos debió de ser el primero en armar la frase, pues apartó el dedo del triángulo, como si hubiera recibido un calambrazo. Todos, incluido Sergi, lo imitaron al segundo siguiente, y pasearon una mirada aterrada a su alrededor. La tarde había empezado a declinar, y la escasísima luz que flotaba en la habitación se había convertido en un resplandor mortecino con un leve tono escarlata.

—¡Joder! —exclamó entonces Sergi, al tiempo que daba un pequeño brinco con el rostro desencajado.

—¿Qué pasa? —inquirió Carlos, que se esforzaba en contener una mueca de pavor.

—¡He sentido unos dedos helados tocándome el cuello! —anunció Sergi con un chillido.

—¡Yo me largo! —gritó Mateu, saliendo corriendo de la habitación.

Carlos le siguió al instante como si fuera su sombra. Segundos después, Sergi tomó de un manotazo el tablero y corrió tras ellos. Diego fue el único que no participó en la desbandada. Paralizado por el miedo, se quedó donde estaba, contemplando con los ojos llenos de terror cómo la oscuridad se derramaba a su alrededor como algo vivo y ondulante, envolviéndolo como una serpiente. Entonces sintió un roce helado en el cuello, que le traspasó la piel y se extendió por su interior. Eso le hizo reaccionar. Salió de la habitación a la carrera, con el corazón atravesado en la garganta. Cruzó el jardín del mismo modo, sin mirar atrás, tropezando con la maleza, en dirección al hueco del muro por el que habían entrado. Una vez fuera, subió a su bici, la única que aún permanecía apoyada contra los cascotes. A lo lejos, distinguió a sus amigos, pedaleando con furia hacia el bosque. Él hizo lo mismo, sin volver la vista hacia la casa. Los alcanzó al comienzo de la carretera de descenso, que todos recorrieron sudorosos y jadeantes, sin cruzar una palabra entre ellos, hasta que por fin llegaron al pueblo. Se detuvieron al comienzo del paseo marítimo, donde arrancaba la carretera que ascendía hacia

la montaña, y durante varios segundos se dedicaron a intercambiar miradas espantadas. Allí, rodeados de personas que circulaban por la calle y del bullicio de los vehículos que giraban en la rotonda cercana, y con el sol tiñendo de púrpura el mar, lo que acababan de vivir parecía una pesadilla de la que habían despertado de golpe.

—¿De verdad sentiste los dedos del Monstruo en el cuello? —inquirió al fin Mateu, mirando a Sergi entre el temor y el recelo.

—Te lo juro —aseguró su amigo, todavía con la voz agitada.

—Yo también —dijo de repente Carlos.

Diego empezó a sentir un ligero temblor en todo el cuerpo. Iba a decir que él también, pero ¿estaba seguro de ello? No sabía si el roce había sido real o producto de su imaginación. Los cuatro permanecieron varios minutos en silencio, intentando digerir lo sucedido.

—Bueno, será mejor que nos olvidemos de esto y volvamos a casa —murmuró Carlos—. Es tarde, y mañana tenemos que madrugar más para ir a la excursión a Tossa de Mar.

Todos asintieron, y cada uno se fue pedaleando en dirección a sus respectivos hogares, como si estuvieran ansiosos por separarse.

Esa noche, Diego apenas cenó y se acostó enseguida, arguyendo que al día siguiente tenía que madrugar más de lo habitual, pero lo cierto es que quería dormirse cuanto antes para dejar de pensar en lo sucedido en la casa encantada. ¿Habían contactado realmente con el espíritu de aquel cirujano loco, que había amenazado con matarlos?, se preguntaba, sin poder apartar de su mente las horribles imágenes que escondía la caja. Sergi había sentido sus dedos, y Carlos también. Y a él, ¿lo había tocado a él?, volvió a preguntarse. Y nuevamente no supo qué responderse. Intentó no pensar en ello y conciliar el sueño, a pesar de que el estómago le dolía y sentía el cuerpo helado, tiritando bajo las mantas. Tardó al menos dos horas en dormirse, y mejor que no lo hubiera hecho, pues esa fue la primera vez que soñó con el Monstruo.

Despertó gritando aterrado, sobresaltando a su hermano Héctor, con quien compartía dormitorio, e incluso a sus padres, que dormían en la planta de arriba. Su madre intentó calmarlo, pero Diego no podía dejar de temblar. El Monstruo había entrado en su habitación, lo había atado a la cama y había

empezado a cortarle una pierna a la altura de la rodilla con uno de aquellos siniestros serruchos que empuñaba en las fotografías. El sueño había sido tan vívido que, al despertar, Diego se sorprendió de conservar aún ambas piernas.

—Estás ardiendo —dijo su madre, poniéndole la mano en la frente.

Diego volvió a tumbarse, con el cuerpo ardiendo y el alma helada, pero enseguida tuvo que levantarse para ir al baño, donde vomitó lo poco que había cenado. Su madre se acostó a su lado y solo entonces, cogido de su mano, consiguió dormirse.

Al día siguiente, se despertó sin fiebre, pero seguía teniendo el estómago revuelto y sufriendo escalofríos, así que su madre decidió que no fuera a la excursión a Tossa de Mar. Diego no protestó. Se sentía demasiado débil hasta para levantarse de la cama, y tampoco le apetecía volver a encontrarse con Sergi y los demás y tener que contarles que había soñado con el Monstruo. Probablemente a ellos ya se les hubiera pasado el susto y se rieran de él. Sí, mucho mejor quedarse todo el día en la cama, intentando que se le pasaran aquellos molestos escalofríos. Su madre no fue a trabajar a la tienda y se quedó en casa para cuidarlo.

Dos horas después, sonó el teléfono. Desde la cama, Diego oyó a su madre entrar en el salón y hablar durante un par de minutos, aunque no podía oír la conversación. Luego la oyó colgar y de nuevo sus pasos, que se acercaban lentamente a su dormitorio. Cuando abrió la puerta, tenía los ojos llorosos. Habían llamado del colegio. Durante el ascenso por la carretera de Tossa de Mar, el autocar había caído por un pequeño terraplén. La caída en sí no había sido grave, solo habría heridos leves si la rama de un árbol no hubiera penetrado por la ventana y decapitado a los tres alumnos que iban sentados al final.

—Dicen que ha sido horrible —balbuceó su madre.

—¿Quiénes son los que han muerto? —preguntó Diego, súbitamente pálido, aunque podía adivinar la respuesta.

Su madre solo la confirmó.

—Tus amigos: Carlos, Mateu y Sergi.

La botella vacía devolvió a Diego al presente. Apartó el gollete de sus labios, sorprendido de haber apurado hasta la última gota, y la dejó caer sobre el asiento del copiloto, junto a su móvil, que seguía vibrando de tanto en tanto. Quizás debería volver a casa. Pero, cómo iba a hacerlo, si todo le daba vueltas. Se reclinó en el asiento. Ya casi había anochecido. El sopor del alcohol se fue apoderando de él, relajándole el cuerpo, e incluso la mente.

«La rama de un árbol ha entrado por la ventana y los ha decapitado», dijo su madre, como si aún estuviera viva y sentada a su lado. Ojalá lo estuviera. Ojalá pudiera coger la mano ahora. Necesitaba volver a sentir esa tibieza consoladora que ya nadie podía procurarle, ni siquiera Laura. Aquel roce que había sentido durante toda su infancia, aquella mano agarrando la suya en la oscuridad, mientras él volvía a quedarse dormido, después de cada pesadilla, después de que el Monstruo entrara en su habitación y le dijera, a través de la mascarilla: «Solo faltas tú, Diego».

12

¿Instinto de supervivencia?

Sangre y ámbar

Capítulo VI, página 85

Claudia despertó en una especie de sótano oscuro y frío. A la débil luz de una lámpara de gas que había en una esquina, pudo comprobar que sus dimensiones no eran demasiado grandes. Estaba tumbada en un jergón maloliente. En el suelo, cerca de la cama, había un orinal y una jarra de latón llena de agua. Aunque se sentía mareada y la cabeza le palpitaba, Claudia se incorporó lentamente e inspeccionó con la mirada la penumbrosa habitación. Los muros eran de piedra basta, sin pulir, y rezumaban una especie de baba húmeda. Al fondo, había una puerta de hierro. ¿Estaría abierta? ¿Podría salir de allí? Continuó su exploración dirigiendo la mirada hacia un rincón, y lanzó un grito de terror al descubrir que compartía habitación con un fantasma. Se encogió sobre sí misma, sin quitarle la vista de encima, con el corazón desbocado. Como en las ilustraciones de los cuentos de terror, el fantasma estaba cubierto por una sábana blanca. Pero entonces, a medida que su vista se acostumbraba a la penumbra, se dio cuenta de que no era ningún espectro. Lo que había confundido con un

fantasma solo era un bulto tumbado sobre una camilla, amortajado en una especie de sudario. No resultaba muy tranquilizador, pero al menos no se movía ni emitía ningún aullido horripilante.

Una vez inspeccionada la habitación, Claudia intentó recordar cómo había llegado allí. Después de que el trenecito de juguete se sumergiera en la negrura del túnel, había escuchado por debajo de los gritos de los niños un suave golpe a sus espaldas, pero antes de que pudiera darse la vuelta, había sentido cómo una tela empapada le cubría el rostro y una fuerza invisible tiraba de ella hacia atrás. Entonces había comenzado a caer hacia abajo, como a través de un profundo pozo, al tiempo que el estómago le trepaba hasta la garganta... Y ya no recordaba más. Luego había despertado en aquel espantoso lugar.

Probó a moverse para levantarse del colchón, pero antes de que pudiera hacer nada, la puerta se abrió de golpe y un hombre alto, de una delgadez puntiaguda, entró en la habitación. Iba envuelto del cuello a los pies en una bata blanca, y tenía el rostro oculto tras una mascarilla del mismo color. También llevaba gorro y guantes, por lo que lo único que Claudia podía ver del él eran sus ojos, que resplandecían como dos disparos sobre la nieve.

—Así que la pequeña Claudia ya ha despertado —canturreó el hombre mientras le dedicaba una mirada valorativa—. Porque te llamas Claudia, ¿verdad? Y tu padre es Emilio Dorcas, secretario del Círculo del Liceo, y estricto juez de la cobardía ajena. O al menos eso es lo que escuché decir a tu madre mientras la espiaba en los almacenes El Siglo.

Pese a surgir amortiguada por la mascarilla, la voz se le antojó a Claudia amable y tranquilizadora, de suave e impecable dicción. Recordó de pronto que, unos meses antes, su hermano Joan se había roto una pierna jugando a la pelota y había pasado unas semanas ingresado en un hospital, por cuyos pasillos deambulaban docenas de hombres vestidos de aquel modo. ¿Significaba eso que ahora ella se encontraba también en un hospital, y aquel hombre iba a curarla? Quizás se había caído del vagón al quedarse dormida, dándose un golpe en la cabeza, por eso le dolía tanto.

—¿Puede decirme dónde está mi mamá? —preguntó al hombre con timidez. Luego se acordó de lo que su madre siempre le decía, y añadió—:

Por favor, señor.

—Oh, puede que la veas muy pronto, no te preocupes —respondió el médico con voz meliflua.

Ella no quedó muy conforme con la imprecisa respuesta.

—Pero ¿cuándo?

—Depende. Primero tengo que jugar a un juego con tu papá.

Aquello sorprendió a Claudia. Su padre no sabía jugar a nada. Nunca lo había visto jugar con nadie, y nunca quería jugar ni con Joan ni con ella a nada que le propusieran. Siempre les decía que él ya no tenía edad para juegos.

—A mi padre no le gusta jugar a nada —le dijo al hombre, para que no se hiciera ilusiones—. No creo que quiera jugar con usted.

El doctor lanzó una carcajada.

—Oh, estoy seguro de que conmigo querrá jugar. Todos los padres quieren jugar conmigo.

Claudia lo dudaba, pero prefirió no contradecirlo.

—Bueno, Azcón no quiso, eso es cierto... —murmuró el hombre como para sí. Dio un hondo suspiro, antes de exclamar—: ¡Tienes un cabello tan bonito!

El doctor se acercó unos pasos hacia la cama. Claudia reparó entonces en que en una de sus manos llevaba un maletín.

—Gracias —respondió con educación.

—¡Es exactamente del mismo color, exactamente del mismo! Ese tono dorado tan parecido a la miel... Llevaba toda la mañana dando vueltas por el almacén, con el folleto en la mano, sin que ninguna niña me convenciera lo suficiente para dárselo. Y entonces apareciste tú, con el color de cabello perfecto.

—¿Usted es el hombre que me dio el folleto del tren? —se sorprendió Claudia.

—Así es, pequeña. ¡Qué maravilla de juguete!, ¿verdad? ¿Qué niño podría resistirse a subir en él? —El hombre se sentó a su lado en la cama y se colocó el maletín sobre las rodillas—. Lo vi hace unos días por casualidad, y fue como una revelación. No voy a negarte que ya había

comenzado a preocuparme. ¡Por culpa de todas esas histéricas precauciones de vuestros padres cada vez me resultaba más difícil llevar a cabo mi obra! Así que comprenderás el alivio que sentí cuando vi el tren y se me ocurrió el plan. Esa misma noche me colé en los almacenes, y al descubrir que no tenía que hacer casi nada, que todas las plantas tienen un falso techo por el que se puede caminar a gatas, y que una de las placas de entrada caía justo debajo del túnel... ¡Ah, pequeña, fue como si el mismísimo Dios me dijera que estaba a mi lado, que bendecía lo que estaba haciendo! Por supuesto, lo más complicado era esperar que apareciera la niña perfecta... y que esta quisiera subirse al tren. Pero hasta en eso me sonrió la Fortuna, ya ves —concluyó con una sonrisa invisible que arrugó sus ojos por encima de la mascarilla hasta hacerlos desaparecer en una red de finas arrugas.

Claudia intentaba comprender las palabras del médico, pero se olvidó de ello cuando lo vio sacar un rollo de tela de su maletín. Lo desplegó sobre la cama, mostrando un surtido de herramientas quirúrgicas, tan afiladas y resplandecientes como sus ojos.

—¿Te gustan? —le preguntó el hombre al reparar en su atención—. Esto es un escalpelo —dijo, señalando un extraño cuchillo—. Con él le corté las orejas a la pequeña Roser. Y esto una sierra para amputaciones. —Señaló una especie de serrucho—. Con ella le corté la cabeza a Mariona y una pierna a Laia. La derecha, la que tenía el antojo en forma de coliflor, que aunque no es exactamente igual, se le parece bastante.

Claudia intentó asimilar lo que el médico acababa de decir. ¿Le había cortado las orejas a una niña, y la cabeza y una pierna a otra? ¿Era verdad o estaba bromeando con la intención de asustarla? Muchos adultos hacían eso. Fuera lo que fuera, ya no le gustaba tanto aquel médico, y mucho menos aquella húmeda y oscura habitación.

—Quiero irme a casa —exigió, sin poder evitar que le temblara la voz.

El hombre la miró con la cabeza ladeada.

—Eso no depende ni de ti ni de mí, pequeña, sino de tu papá. Si supera las tres pruebas del Juego de los Retos, podrás volver con él sana y salva.

—¿Tres pruebas? ¿Y cuáles son? —preguntó ella con temor.

—Bueno, la segunda y la tercera aún no las he decidido. Suelo idearlas

según como superan la primera. Cuando lo hacen, claro. Digamos que su coraje me inspira. Lo que sí puedo decirte es que la primera es siempre la más sencilla. ¿Quieres saber qué he preparado para tu padre? —La niña asintió con cautela—. Tu papá tendrá que permanecer treinta minutos sumergido en un tanque de hielo, tal y como le he explicado en la carta que le dejé en el último vagón del tren. ¿Te parece una prueba fácil de superar? —Claudia no dijo nada—. Mmmm... tal vez lo parezca, pero te aseguro que no está exenta de peligros. Aproximadamente a los diez minutos de sumergirse en su particular baño, la temperatura corporal de tu padre empezará a descender y le sobrevendrán los primeros escalofríos y convulsiones, que se irán haciendo más violentos a cada minuto que pase. Empezará a enlentecerse su riego sanguíneo y su respiración, se le embotará la cabeza... Todo esto se llama hipotermia, que si se mantiene en el tiempo, puede llevar hasta el fallo sistémico y la muerte. Por supuesto, solo si aguanta los treinta minutos y sale vivo del tanque, daré la prueba por ganada.

—¿Y si no lo consigue? —preguntó la niña, sobrecogida.

—¡Oh, vamos, no seas tan fatalista! Si mientras está inmerso en ese suplicio logra comprender que debe mantenerse vivo por ti, proteger los latidos de su corazón como quien protege la llama de una vela para que no se extinga... entonces sobrevivirá. Tal vez sufra alguna lesión por congelación en forma de dolorosas quemaduras en la piel, o tengan que amputarle las puntas de los dedos, pero eso le dará igual porque te habrá salvado, ¿no crees? De todos modos, he permitido que en el escenario también haya un tanque con agua a cuarenta grados. Si sumergen a tu padre en él en cuanto supere la prueba, es muy posible que logren revertir la hipotermia e incluso la congelación.

La niña guardó silencio unos segundos.

—Pero ¿y si no lo consigue? —repitió.

El hombre sacudió la cabeza, divertido ante la falta de confianza de la niña en su progenitor.

—Bueno, me temo que entonces la prueba tendrás que hacerla tú. Y luego, si el frío no consigue matarte, lo haré yo —respondió con gravedad.

Claudia abrió la boca varias veces, como un pececillo fuera del agua.

—¿Por qué? —acertó a preguntar finalmente.

Notaba como las lágrimas se agolpaban en sus ojos y como empezaba a temblar. Se había dado cuenta de que aquel hombre no era médico. Era un hombre malo, un hombre que había causado dolor a otras niñas como ella, y que si su padre no superaba aquella espantosa prueba, iba a matarla igual que a las demás.

—Porque tienes el cabello de mi pequeña Valentina —explicó el hombre, acariciándoselo con una mano enguantada—. Ya te lo he dicho antes, deberías prestar más atención.

—¿Valentina? —balbució Claudia.

—Valentina era mi hija... mi pequeña y dulce hija. ¡No te puedes imaginar lo hermosa y buena que era! Pero la pobrecita tuvo una muerte horrible. Falleció en un incendio. Qué espanto, ¿verdad? ¿Te imaginas morir de ese modo, lo que uno debe sentir mientras su cuerpo arde? Sí, fue una desgraciada tragedia. Eso dijeron aquellos malditos burócratas. Una desgraciada tragedia... —El hombre dejó escapar una especie de gemido, tan aterrador que Claudia ya no pudo evitar romper a llorar. Él la miró con gesto enternecido—. No llores por ella, pequeña, porque Valentina está regresando. Está regresando de la muerte.

La niña lo miró sin entender.

—¿De la muerte? ¿Como un... fantasma?

—¡No, boba! —Rio el Monstruo entre dientes—. ¡En carne y hueso! Y todo gracias a vosotras. Es como una especie de milagro. ¿Quieres verla? —Se levantó, repentinamente entusiasmado con la idea—. Voy a presentártela. Todavía no está completa, pero cuando lo esté, será tan bonita como antes. ¡Incluso más!

Se acercó al rincón donde se encontraba el bulto que Claudia había confundido con un fantasma. Encendió un quinqué que colgaba sobre la camilla, cuya luz espantó las sombras que se ovillaban en aquella parte de la habitación, y tomó la punta de la sábana. Entonces, con el gesto teatral de un mago de circo, la apartó, desvelando lo que ocultaba.

Y Claudia empezó a gritar.

Laura cerró el libro y lo arrojó sobre la almohada. Era la quinta vez que leía aquel pasaje. No podía dejar de hacerlo. Era como una especie de sádica penitencia, el horrible castigo que ella misma se había impuesto por no ser capaz de ayudar a su hija. Porque no podía hacer nada por ella. Nada. Esa era la espantosa realidad. Lo único que podía hacer era imaginarse el sufrimiento de su pequeña una y otra vez, hasta sentirlo en carne propia. Sabía que era un acto absurdo e inútil. Tanto como escapar de casa sin decirle nada a nadie. Aunque, al menos, aquello solo le hacía daño a ella.

¿Cuánto hacía que Diego había desaparecido? ¿Cinco, seis horas? Laura lo había llamado al móvil un montón de veces, pero no se había dignado a contestar. Desesperada, había acabado llamando a Gerard, quien le había asegurado que lo encontraría. Y mientras esperaba noticias de alguno de los dos no se le había ocurrido otra cosa que echarse en la cama y torturarse con aquel horrible pasaje de *Sangre y ámbar*.

Con un suspiro de rabia, se levantó y se acercó a la ventana. Apoyó la frente contra el cristal. Lo sintió helado en contraste con su piel ardiente. Miró hacia abajo. Era una noche ventosa. Las copas de los árboles se mecían violentamente, y los destellos de las farolas despuntaban a intervalos bajo aquel embravecido mar de sombras. Un coche circuló por la calle desierta, ajeno al drama que, varios pisos más arriba, golpeaba a la mujer que lo observaba. Aunque tal vez no fuera tan ajeno, se dijo Laura. Quizás fuese uno de aquellos curiosos que durante las últimas horas no habían parado de rondar por el barrio, con la única intención de atisbar el piso donde vivían las víctimas del Monstruo. O tal vez fuera alguno de los periodistas que desde el sábado, como una manada de hienas, montaban guardia abajo, regresando a casa tras su turno de trabajo.

Volvió a llamar a Diego, que seguía sin contestar. ¿Por qué lo hacía?, se preguntó. Un segundo después, la asaltó una pregunta más terrible: ¿Y si no volvía? ¿Y si había huido, abandonando a su suerte a su mujer y a su hija? Su angustia subió varios grados de golpe, y no pudo evitar acordarse de Pablo Azcón, el padre de la cuarta niña secuestrada, que se había rendido antes de

realizar el primer reto alegando que lo hacía para que su hija sufriera el menor castigo posible.

Pero Diego nunca haría algo así. Diego amaba a su hija e iba a volver a casa. ¡Pues claro que va a volver!, le había asegurado su madre. No te preocupes, tesoro, a veces los hombres necesitan su espacio. Y luego le había sonreído, con una expresión de lástima que pregonaba que su marido jamás había necesitado ningún espacio, pese a ser tan hombre como el que más. Laura le había agradecido aquella limosna de consuelo y su madre había podido al fin, cumplido su deber maternal, retirarse a su habitación para llamar por teléfono a su marido. Espacios a ella. Lo había dejado al cuidado de una enfermera, pero aun así solía llamarlo varias veces al día, la última justo antes de acostarse. Laura imaginaba que su padre no decía gran cosa, pero a Diana le bastaba con oírlo balbucear incoherencias durante unos minutos para, a continuación, dormir como un bebé durante toda la noche. Tras su madre, Helena también había salido de escena, reclamada por un asunto urgente de trabajo. Al parecer, uno de los locales que su empresa limpiaba se había inundado, y era imprescindible que solucionara aquel marrón, pero le había prometido que volvería en cuanto pudiera. Y tras su marcha, Laura se había quedado sola con su angustia. ¿Se trataba de eso, entonces?, se preguntó, todavía con la frente contra el cristal, ¿Diego reclamaba su espacio? Vale, si era eso, podía entenderlo. Al día siguiente, si ningún milagro lo impedía, tendría que realizar el primer reto del Monstruo. Era lógico que necesitara un poco de soledad para prepararse mentalmente... Pero ¿por qué no se lo había dicho? ¿Y por qué no le devolvía las llamadas? ¿No le importaba lo angustiada que ella pudiera sentirse?

Recordó lo atento que había sido con ella durante los primeros meses de su noviazgo, el maravilloso año que habían pasado juntos en Peñafort después de que él irrumpiera en su consulta, sin duda empujado por las manos de la Providencia, para hacerle creer que había encontrado al fin a su alma gemela. Ahora no podía evitar recordar aquella época como una especie de sueño, un bello sueño que había terminado bruscamente al poco de mudarse juntos a Barcelona, cuando Diego emprendió la escritura de *Sangre y ámbar*, aquella novela que los había hecho ricos pero que Laura consideraba maldita, cada

vez por más razones.

Y ella tenía la culpa, se dijo. Porque había sido ella quien había convencido a Diego para que desampolvase su sueño de ser escritor, que había arrumbado para dedicarse a la enseñanza. Y Diego le había hecho caso. ¡Aunque ojalá no le hubiera hecho caso en eso, y sí en cerrar la tapa del inodoro o limpiar los pelos de la ducha! Porque el año que le llevó la escritura de la novela se convirtió en un infierno para ambos. Diego la excluyó completamente de su vida. Empezó a beber. Se encerraba en su estudio con una botella y se pasaba el día y parte de la noche allí dentro. A través de la puerta solo se escuchaba un silencio inquietante, roto de tanto en tanto por terribles gritos o maldiciones que ella no entendía. Y por las noches, empezó a sufrir pesadillas. Unas pesadillas de las que se despertaba aterrado. Laura jamás había oído a nadie gritar así. Pero Diego nunca le decía con qué soñaba. Pese a lo vívidas que parecían, él las olvidaba invariablemente nada más abrir los ojos. Durante ese año, en fin, Laura tuvo la desagradable sensación de que aquel Diego que no hacía más que beber y escribir no era la persona de la que se había enamorado tan perdidamente en Peñafort. ¿Le sucedía eso a todos los escritores, no tenían otro modo de crear vida que agostando la suya?, se preguntaba, con la esperanza de poder otorgarle a Diego el beneficio de la duda. Y entonces, para su sorpresa, cuando él acabó la novela, también terminó aquel infierno. Diego dejó de beber, como si nunca lo hubiera hecho, como si el alcohol solo hubiera sido una herramienta imprescindible para la escritura, y hasta las pesadillas desaparecieron. Le pareció magia. No podía creer que, de repente, todo hubiera vuelto a ser como al principio. Entonces había llegado el éxito, increíble, inesperado, arrollador. Y al poco, se había quedado embarazada y, nueve meses después, Ari había cobrado existencia, una migaja de carne rosada, tierna y gimoteante en la que ambos se habían volcado por igual. Diego incluso había mostrado tal cariño y dedicación que casi habría encendido sus celos de no ser porque enseguida los sofocaba la felicidad que la inundaba. No, su marido no se había rendido ni lo haría nunca. Lucharía por Ari. Haría todo lo que tuviera que hacer para traerla de vuelta a casa sana y salva. ¡Solo necesitaba un poco de espacio, joder! Solo eso. Y ella debía entenderlo y darle todo el espacio que necesitara.

Pero apenas se convenció de ello, su mente le lanzó un golpe bajo desenterrando un incidente que había ocurrido hacía bastante tiempo, y que ella había sepultado en el lugar más profundo de su memoria, como si fuera un bidón lleno de residuos radiactivos que podían contaminar al resto de sus pensamientos. No había tenido alternativa, porque por primera vez se había encontrado frente a algo que no podía ignorarse ni perdonarse, algo que solo podía aceptarse, aunque afectara a su relación por dentro, dejando intacta la superficie. Igual que un virus latente.

¿Cuántos años hacía de aquel episodio? ¿Cinco, seis? Recordó que volvían de comer en el pequeño apartamento de Héctor, con quien Diego había reanudado su relación tras varios años sin apenas hablarse. Ariadna todavía era un bebé, aunque ya caminaba, y aquel día había despreciado el carrito con altanería y les había exigido marchar a su lado, agarrada de una de las asas. Ellos le habían concedido el deseo y se divertían contemplándola caminar como un hada borracha y caerse una y otra vez sobre sus feéricas posaderas, mientras bajaban por una rambla empinada en busca del coche. Cuando llegaron a un semáforo en rojo, Diego se adelantó rápidamente para agarrar a su hija, no fuera a salir corriendo como a veces hacía, y giró la cabeza hacia ella para continuar con la conversación que estaban manteniendo.

Todavía hoy, tantos años después, Laura recordaba todo lo que había ocurrido a continuación, como si para ella hubiera sucedido a cámara lenta. Recordaba la mirada de Diego sorteándola a ella para clavarse en algún punto a su espalda. Su boca desencajándose en una mueca asustada. Su mano soltando a Ari y su cuerpo dando un salto hacia atrás, apartándose de su mujer y de su hija. Ella había sonreído ante su desmañado brinco, antes de que un brutal impacto la embistiera por detrás. El inesperado empujón proyectó su cuerpo hacia delante, levantándolo unos pocos centímetros del suelo, y mientras permanecía suspendida en el aire, como si levitara, vio como el carrito de paseo salía disparado, arrollando a su hija. Ari trastabilló unos metros, antes de caer de bruces sobre el paso de cebra, justo en el carril por el que en ese momento se aproximaba un autobús. Laura ni siquiera pudo gritar su nombre antes de que su cara golpeará contra el asfalto. Sintió una quemazón en la mandíbula, las manos y las rodillas, pero se incorporó casi al instante.

Acertó a ver al ciclista que había chocado contra ella tendido en el suelo, sangrando por la nariz, antes de que sus ojos encontraran a Ari. Su hija estaba tirada unos metros más allá, casi debajo de las ruedas del autobús, que milagrosamente había frenado a tiempo. Corrió hacia ella dando tumbos y la tomó en sus brazos presa de un llanto histérico. La pequeña solo tenía un par de rasguños y también lloraba desconsolada, demostrando con ello que, más allá del susto que acababa de llevarse, no tenía lesiones graves. El carrito no había tenido tanta suerte, y en su loca carrera cuesta abajo había terminado arrollado por un taxi. En ese momento, Diego se materializó de la nada junto a ellas. Las abrazó con fuerza, repitiendo sus nombres una y otra vez, besando a su hija por toda la cara. Incluso se la arrebató de los brazos para poder apretarla contra su pecho, dando gracias a Dios en voz alta mientras a su alrededor se formaba un corrillo de curiosos que habían sido testigos del aparatoso accidente. Laura estaba en estado de *shock*, incapaz de asimilar lo que acababa de suceder. ¿Diego había visto al ciclista y se había apartado? Observó a su marido, que actuaba como si su reacción hubiera sido lógica, en absoluto reprobable. Les preguntaba enloquecido cómo estaban, las besaba, les volvía a preguntar lo mismo, casi sin esperar respuesta, y cuando el ciclista que la había arrollado se acercó para explicarles entre angustiados jadeos que le habían fallado los frenos de la bicicleta, casi se lo come vivo... Eso la hizo dudar. ¿No era su marido consciente de lo que había hecho?

Durante los días siguientes, Laura no pudo dejar de pensar en ello. Especialmente en la profunda expresión de terror que había inundado los ojos de Diego durante la milésima de segundo que había tardado en apartarse de ellas, y, por debajo del miedo, aquel fulgor duro y frío que nunca había visto antes. Por mucho que lo intentaba, Laura no lograba justificar la reacción de su marido, el impulso de salvarse a sí mismo, desentendiéndose de ella y de su hija. ¿Había sido el puro e insobornable instinto de supervivencia? Probablemente, pero ¿habría hecho ella lo mismo en su lugar? Laura estaba convencida de que jamás se habría apartado. Quizás incluso se hubiese interpuesto entre la bicicleta y su familia. Aunque tal vez se equivocaba porque ese tipo de reacciones no se podían prever. Quizás hasta que uno no se hallaba en esa situación no podía asegurar cómo iba a reaccionar. De

cualquier forma, lo que más le dolía de todo aquel asunto no era eso, sino que Diego no se atreviera a sacar el tema, ni siquiera con indirectas. No pidió disculpas, ni mostró el más mínimo remordimiento. ¿Sentía tanta vergüenza por su comportamiento que no era capaz de hablar de ello o no consideraba que hubiera obrado mal? Laura nunca se lo preguntó. Al principio, porque que no se atrevía y, luego, porque prefirió no saberlo.

El sonido del móvil la sacó de sus pensamientos. Contestó apresuradamente, sin ni siquiera mirar quién llamaba.

—¿Diego?

—No, Laura, soy Gerard... Lo he encontrado.

Laura sintió un calor reconfortante envolviendo su cuerpo, como si las manos de un amante solícito hubieran posado un chal sobre sus hombros una noche de finales de verano.

—Oh, gracias a Dios... —murmuró, con voz trémula—. ¿Cómo está?

—Bien, bien... Se había emborrachado y se había quedado dormido dentro del coche. Le he dado un par de cafés y ha vomitado en mis zapatos. En un rato te lo llevaré a casa para que duerma la mona.

—Pero él... pero él va a... ¿está bien? —se limitó a preguntar ella. No podía preguntar lo otro, lo que de verdad quería saber.

Pero Gerard no había llegado a inspector escuchando solo lo que la gente decía en voz alta.

—Laura... —Suspiró—. Diego va a hacer la prueba. No estaba huyendo. Solo necesitaba estar un rato a solas, beber una copa, ya sabes... Simplemente no ha calculado bien el alcohol que su cuerpo puede aguantar. Se siente fatal, está hecho unos zorros y terriblemente avergonzado. Pero *está bien*. Mañana hará el reto. No te preocupes.

—Vale... eh... de acuerdo.

¿Qué más podía decir? Ambos permanecieron en silencio. Laura quiso preguntarle dónde estaba, qué hacía, si se encontraba sentado al volante de su coche, si tenía la ventanilla bajada y una mano colgando por fuera con el cigarrillo apesado suavemente entre dos dedos, si sujetaba el móvil de aquella forma tan suya, tan masculina, como si fuera el rostro de una mujer, si Diego estaba junto a él, tal vez dormitando en el asiento del copiloto,

apestando a vómito, o si lo había dejado apoyado en algún otro sitio para poder hablar a solas con ella, pero no dijo nada. Prefirió no romper todavía aquel silencio. Por primera vez en los últimos días, se sentía en paz. Era tan relajante. Como estar frente a un mar en calma, sus pies acariciados por el tenue oleaje que la respiración de Gerard provocaba desde la otra orilla. Cerró los ojos. Se le escapó un sollozo ahogado.

—Laura...

—No digas nada, por favor. Calla —le suplicó ella—. No hables.

—Laura... Laura —repitió él, más bajo, como si la estuviera buscando en algún lugar a oscuras.

—No, por favor...

Ella comenzó a llorar.

—Laura...

Dejó caer el móvil sobre la cama. Ahora lloraba con rabia, con los dientes apretados. Se inclinó hacia delante, apoyando las manos a ambos lados del teléfono, como si se asomara a un pozo profundo para hablar con las criaturas que habitaban en sus profundidades.

—¡Encuentra a mi hija! —gritó, desbordada por la furia—. ¡Encuétrala!
Y colgó.

13

Un lector voraz

El inspector Rocamora observaba con espíritu crítico la montañita de tabaco que se erigía tristemente en el centro de su escritorio, rodeada por los restos de varios cigarrillos destripados. Tenía que dejar aquella estúpida manía, se dijo con un suspiro. Ni le relajaba, ni le distraía, ni dinamitaba su relación con el tabaco gracias al intercambio de roles destructivos, ni le estaba ayudando una mierda a fumar menos, como le prometió el psicoterapeuta que había visitado dos años antes, al poco de conocer a Laura, y todo porque un día ella le dijo que aquel vicio deleznable le restaba puntos ante cualquier mujer que valiese la pena. Miró su reloj y constató que era la hora de salir hacia el plató que habían alquilado para grabar el primer reto. Laura y Diego ya estarían de camino. Todavía faltaban algo más de dos horas para que comenzara la emisión en directo, pero el equipo contratado les había pedido que llegaran con tiempo para ultimar algunos detalles de sonido y producción. El perro y su dueño también habían sido citados con antelación, para poder realizar su parte sin prisas. Rocamora cogió la papelera que había debajo de la mesa y de un manotazo arrojó a la basura toda la labor terapéutica de la última hora. Se levantó y fue a por su cazadora, pero justo cuando acababa de descolgarla, la puerta del despacho se abrió de golpe. El agente Pau Riera, la informática forense Mireia Rojas y el repeinado subinspector Marc Olaya entraron en

tromba, sin pedir permiso.

—¿Qué tenéis? —preguntó Rocamora con repentina avidez.

Nadie, ni siquiera Olaya, entraba así en su despacho si no había pescado una carpa de al menos tres metros.

—Una de las matrículas ha dado resultados —jadeó Mireia—. Es de un vehículo que pasó por la zona varias horas antes del secuestro, por eso no entró en las primeras ratios comprobadas. Pero al ir ampliándolos... ¡bingo! —Sonrió y, por un fugaz instante, al inspector casi le pareció atractiva.

—Se trata de una furgoneta —continuó Riera, que tampoco podía contener la emoción—. Pertenece a Miquel Cardona, veintiocho años, antecedentes psiquiátricos, esquizofrenia, varios ingresos en sanatorios. Está divorciado y tiene una hija pequeña. Hay una sentencia judicial que le permite verla, siempre que sean visitas supervisadas por su hermano, que también es su tutor legal, pero la madre lleva seis meses incumpléndola, por lo que Miquel la ha denunciado —añadió, tan radiante como si lo hubiera hecho a instancias suyas.

—Hemos llamado a su psiquiatra, el doctor Joaquim Freixa —intervino entonces Olaya—. Al principio ha sido bastante reacio a darnos información por teléfono. Ya sabes, todo ese rollo de la protección de datos del paciente y demás. Pero Mireia puede resultar muy convincente cuando quiere. Ha cogido el aparato y le ha endilgado al doctor Freixa un discurso sobre la responsabilidad moral y la...

—Vale, vale, le colgaremos a Rojas una medalla al mérito —lo cortó Rocamora—, o un nuevo *piercing*, lo que ella prefiera. Pero ve al grano: ¿qué dijo el doctor?

—Bueno, no nos ha dado grandes detalles —prosiguió Olaya—, pero creo que esto te parecerá interesante. Cardona es un lector voraz, le encantan las novelas policíacas y de terror. Es fan, sobre todo, de Stephen King. Durante un tiempo, cada vez que se miraba en el espejo, en vez de su reflejo, veía al payaso Pennywise, no sé si con el manojito de globos...

—¿Y quién coño es ese? —preguntó Rocamora.

—¡El payaso de ojos amarillos que huele a algodón de azúcar! —exclamó Olaya, como si respondiera a una obviedad.

—Y a buñuelos —añadió Riera.

—Y a cacahuets tostados —añadió Rojas.

Durante unos segundos, Rocamora los observó a los tres sin saber si sentir envidia o alivio por no pertenecer a aquel grupo de lectores de King.

—Pero también le gusta mucho Diego Arce —continuó Olaya—. Ha leído *Sangre y ámbar* varias veces.

—Joder...

—Y hay más: su domicilio coincide con el que proporcionó una de las miles de llamadas recibidas en el teléfono de información —dijo la informática forense—. Un paseante dijo haber visto la noche del secuestro a un hombre entrando en dicho portal con una niña dormida en brazos. La llamada no fue comprobada, porque la hora no coincidía. El paseante dijo haber visto a ese hombre sobre las once de la noche, y a esa hora se supone que Ariadna Arce todavía estaba en su cama... Pero ahora, al cotejar estos nuevos datos, he visto que la dirección coincide con el domicilio de Miquel Cardona.

—El informante pudo equivocarse con la hora —dijo Rocamora, con indicios de entusiasmo en la voz—. La gente siempre lo hace: nadie sabe a qué hora exacta estaba haciendo qué, pero cuando un policía pregunta, todo el mundo tiende a inventársela por aproximación. Joder... ¿hemos encontrado al Monstruo? —se preguntó, frotándose las manos con nerviosismo—. Puede que sí. Vale, ¡pongámonos en marcha! —exclamó, arrancando su cazadora del perchero—. ¡Marc, tú avisa al juez Peralta y a su secretaria! ¡Dile que tenemos al Monstruo y que en diez minutos pasamos a recogerlos! ¡Mireia, tú habla con el estudio! ¡Que no comiencen a emitir hasta que no les demos luz verde! —Sonrió salvajemente—. ¡Yo llamaré a la comisaria Bargalló y le diré que quizás hayamos pillado a ese cabrón!

El tal Cardona vivía en La Mina, un barrio miserable que estaba más cerca de Barcelona que de Sant Adrià de Besòs, el municipio al que pertenecía, de cuyo centro lo separaba la intrincada frontera que componían el río Besòs, las vías del tren y la ronda del Litoral. El barrio se había armado a toda prisa en los setenta para realojar a la población que se desperdigaba por las cercanías

en inmundos asentamientos de chabolas, por lo que era fundamentalmente un territorio gitano, aunque tampoco faltaban ni moros ni negros, como enseguida constataron al reparar en la colorida fauna que vegetaba en los bancos de la plaza frente a la que aparcaron, presidida por una estatua de Camarón de la Isla, que allí tenía más autoridad que ellos.

Rocamora, Olaya, Rojas, Riera, Álamo y un par de agentes más bajaron de los coches con los chalecos antibalas puestos. El inspector le recomendó al juez Peralta y a su secretaria que esperaran junto a la plaza. Se había sorprendido al encontrar al juez al menos veinte o treinta kilos más delgado que la última vez que lo vio, dedujo que a causa de las carreras a las que Olaya lo sometía en la pista de tenis; aunque no podía decirse que fuera una delgadez favorecedora, ya que la piel le colgaba por todas partes, confiriéndole el aspecto de un muñeco medio desinflado. Que vistiera un traje de su época obesa, donde ahora cabrían dos o tres como él, tampoco ayudaba. Por su parte, su secretaria, que enseguida sacó una carpeta y se puso a tomar acta, era una treintañera menuda y cabezona. Allí plantados, parecían un espantapájaros y una alienígena a la que sus propios colegas habían tirado de la nave. Su singular emparejamiento resultaba por sí solo una provocación estética. Esperando que no los atracasen durante la espera, Rocamora enfiló seguido de su unidad hacia el domicilio del sospechoso, un bloque de pisos que se caía a pedazos al otro lado de la calle. Tenía la fachada renegrida, y de las ventanas colgaba un batiburrillo de prendas y sábanas que, más que orearse, parecían impregnarse del infortunio y la ruindad que infectaba el aire.

—Piso tercero B —informó Riera, mientras empezaban a caminar al trote.

Los nativos de la plaza los observaban en un silencio hipnotizado, sorprendidos por aquella ráfaga de movimiento en un barrio donde la vida transcurría lánguidamente. Asaltaron el bloque en tromba, con Rocamora a la cabeza, y subieron hacia la tercera planta por una mugrienta escalera. Un tipejo desaliñado, que probablemente salía a por su dosis matinal, tuvo que aplastarse contra la pared para no ser arrollado. Dos segundos después, el puño de piedra de Rocamora se estrellaba repetidas veces contra la endeble puerta del piso, amenazando con echarla abajo. Del interior brotaba el atronador bullicio de un televisor. Al poco, alguien abrió la puerta sin

preguntar, como si los vecinos solieran aporrearla con aquella violencia cuando necesitaban sal.

Se encontraron ante un tipo de treinta y tantos años, de aspecto aseado y sorprendentemente bien vestido. Rocamora le colocó la placa ante las narices.

—¿Miquel Cardona? —le preguntó.

El tipo los observó, entre confuso e intimidado. Tras el pequeño vestíbulo se adivinaba el salón de la casa, con muebles modestos pero cuidados, y un pasillo rebozado en una harinosa penumbra con una puerta cerrada al fondo.

—No, yo soy...

Pero antes de que pudiera acabar la frase, llegó hasta ellos el grito agudo de una niña. Como impelido por una descarga eléctrica, Rocamora entró en el piso apartando violentamente al tipo y se internó en el salón, donde flotaba un olor a ambientador barato, café quemado y nicotina rancia. Olaya le siguió con sus andares de siamés, como si el pisapapeles de la gravedad no ejerciera la menor presión sobre él. Ambos aguzaron el oído durante unos segundos, mirando a su alrededor. En la mesita que había ante el sofá, vieron un portátil, cercado por bolsas de nachos y ganchitos y algunas latas de cerveza. Aquel cabrón se había preparado a conciencia para disfrutar del Juego de los Retos. Se oyó entonces un nuevo grito. Y esta vez Rocamora identificó la voz. La reconocería en cualquier parte.

—Ari —murmuró.

—¡Viene de allí! —gritó Olaya, señalando la puerta del fondo del pasillo.

Ambos lo cruzaron en una intrépida carrera, mientras Riera encañonaba al sospechoso, Rojas y Álamo se dirigían hacia la cocina olisqueando el aire con sus armas y el resto se desparramaba por el piso. Enarbolando las pistolas, Rocamora y Olaya se apostaron tras la puerta, de la que ahora escapaba un llanto estridente. Intercambiaron una mirada y, a una señal de Rocamora, el subinspector lanzó una patada contra la puerta, que se abrió de par en par al recibir el golpe.

—¡Policía! —gritó Rocamora, irrumpiendo en la habitación mientras apuntaba con la pistola en todas direcciones.

En el cuarto había un hombre de veintitantos años recostado contra el cabecero de una cama. Tenía el cráneo rapado, el torso desnudo, con el tatuaje

de un tigre sobre el corazón, y las piernas cubiertas por una sábana arrugada. A los pies de la cama, reposaba un vestidito infantil. Y en el suelo estaba Ari. Sollozaba de cara a la pared, pero Rocamora la reconoció por el pelo. Al comprobar que solo tenía puestas unas braguitas, un géiser de furia le subió desde el estómago. «Joder», musitó entre dientes, comprendiendo enseguida dos cosas: que Ari nunca se recuperaría de aquello y que él estaba a punto de arruinar su propia vida, pues nada, salvo un fulminante paro cardíaco, podría impedir que matara a hostias al cabrón de la cama, allí mismo, delante de sus hombres. Se arrodilló y agarró a la niña suavemente del brazo, mientras Olaya encañonaba al sujeto.

—Tranquila, Ari, soy yo, Gerard. Ya pasó todo —le dijo, con la voz estrangulada por una mezcla de rabia y pena.

Ari se volvió hacia él. Y Rocamora pudo ver su rostro agitado y enrojecido por el llanto. Pero entonces, algo sucedió. La cara de Ari se emborronó, como el reflejo de un estanque ante la onda que crea una piedra, y cuando volvió a recomponerse, el inspector se encontró mirado a otra niña. Tenía el mismo color de pelo y una edad parecida, incluso cierto aire... pero no era Ari. Rocamora le soltó el brazo y se incorporó, entre aliviado y desconcertado por la facilidad con que lo habían engañado sus sentidos.

Rojas irrumpió justo en ese instante en la habitación para informarles de que, aparte del tío que había abierto la puerta, no había nadie más en la casa. Olaya le señaló el destartado armario que había en una esquina de la habitación, el único lugar susceptible de esconder alguna nueva presencia, y la forense se precipitó sobre él, lo abrió y apartó el puñado de prendas que colgaba de las perchas con la punta de la pistola.

—¡Limpio! —exclamó con un brío innecesario.

—¿Qué está pasando, quiénes son ustedes? —preguntó entonces el hombre de la cama con expresión asustada.

—¡No se mueva! ¡Las manos en alto! —le ordenó Olaya.

El subinspector también se había percatado del equívoco, pero continuaba apuntándole con su pistola.

—¿Que no me mueva? ¿*Está de broma?* —exclamó el tipo de la cama, haciendo ademán de apartarse la sábana.

—¡Mantenga las manos en alto! —le gritó Rocamora, acercándose un paso y agitando su pistola para indicarle que las subiera—. No voy a repetírselo, ¿de acuerdo?

—Vale, vale —lo tranquilizó el otro.

—Olaya, coge a la niña —le ordenó Rocamora.

El subinspector se guardó el arma en la sobaquera, indicando con otro gesto a Rojas que tomara su puesto, y se acercó a la cría. La niña reanudó su llanto en el acto.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó entretanto Rocamora al hombre de la cama.

—Miquel Cardona... eh, tío, ¿deja a mi hija!

—¡Silencio! —ordenó el inspector. A continuación, inclinando la barbilla para hablar por el *walkie* que llevaba colgado de un hombro, anunció—: Tenemos a Miquel Cardona y a una niña, pero no es Ariadna Arce, repito, no es Ariadna...

—¿Ariadna Arce, la niña secuestrada? —se sorprendió Cardona—. ¡Pues claro que no es ella! ¿Están locos? ¡Esta niña es Eva, mi hija!

—¡Papá, papá! —gimió la niña entre sollozos, como queriendo confirmar su identidad, mientras estiraba sus bracitos hacia el hombre.

—Sabemos que su mujer no le deja ver a Eva desde hace seis meses —replicó Rojas, sin dejar de apuntarle con su arma.

—Es cierto —confirmó el hombre—, ¡pero aunque la cabrona de su madre no me deje verla, sigue siendo mi hija!, ¿no?

—¿Se la ha llevado usted sin el consentimiento materno? —inquirió Rocamora con severidad.

—¡No, claro que no! —gritó Carmona, ya totalmente desquiciado—. Su madre me la ha dejado —dijo.

—¡Papá, papá!

Carmona se volvió hacia su hija, que seguía retorciéndose en brazos de Olaya.

—¡Y tú, hijo de puta, déjala ahora mismo, o te juro que...! —Apoyó las manos sobre el colchón y amagó con incorporarse.

—¡Le he dicho que suba las manos, coño! —rugió Rocamora—. ¡Y no se

le ocurra moverse hasta que...!

—Pero ¿cómo coño quieres que me mueva, gilipollas? —le interrumpió Cardona, apartando la sábana de un manotazo y desvelando sus dos piernas escayoladas hasta medio muslo.

Rocamora y Olaya intercambiaron una mirada de desconcierto.

—¡Papáaaaaaaaaa! —gritó la niña, con el rostro casi morado por el llanto.

—Por favor —suplicó Cardona, haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar con calma—, dejen que la coja en brazos. Por favor.

Rocamora dudó todavía un momento. La visión que había tenido al entrar en la habitación aún persistía en su retina. Demasiado terrorífica para poder olvidarla así como así. Ari, en braguitas, llorando a los pies de la cama de un tío semidesnudo...

—¿Por qué lloraba la niña?

—¡Porque se había caído de la cama, hostia! La estaba vistiendo y entonces se puso a saltar sobre el colchón, se cayó y se dio un coscorrón en la cabeza —dijo Cardona, luchando por hacerse oír por encima del llanto de su hija. De repente, los miró con una mueca de asco—. ¿Qué creían que le estaba haciendo, hijos de puta?

En ese momento, Riera entró en la habitación, con un móvil en la mano.

—Jefe, el tipo de fuera es el hermano de Miquel Cardona. Afirma que la niña es su sobrina, Eva Cardona, y que la madre se las ha dejado unos días a ambos. Tengo el teléfono de la madre. ¿Quiere que la llamemos? —le preguntó, mostrándole el aparato.

El inspector se limitó a mirarlo, sin decir nada. La niña se desgañitaba en brazos de Olaya. Finalmente, Rocamora hizo un gesto cansado con la cabeza al subinspector, quien se la entregó al padre. La pequeña enseguida se colgó del cuello de su papá con todas sus fuerzas, como si la cama fuera una pequeña balsa zarandeada por un mar embravecido.

—Ya está, cariño, ya está... no pasa nada, no llores... Estos señores malos no van a hacernos daño, te lo prometo...

Rocamora dejó escapar un profundo suspiro.

—Confirmad que todo lo que dice es cierto —les ordenó a Riera y a Rojas y salió junto a Olaya de la habitación.

Abandonaron el piso y descendieron en silencio por la mugrienta escalera, deteniéndose en el maloliente descansillo que daba a la calle. A través del cristal de la puerta, vio la extraña pareja que formaban el juez y su secretaria. Allí fuera, intentando inútilmente no llamar la atención, aguardaban a que él saliera de una vez con el Monstruo esposado y así poder dar carpetazo a aquel horrible caso. Pero eso no iba a suceder.

—Menuda metedura de pata, ¿eh? —soltó Olaya—. Nunca mejor dicho...

—No estoy de humor, Marc —le advirtió su jefe.

—Ya. Pero creo que tu disgusto no va a ser nada comparado con el de cierta comisaria.

—Joder. Joder —gruñó Rocamora como si no lo hubiera escuchado.

La habían jodido pero bien. Habían actuado precipitadamente. Y él nunca se precipitaba. ¿Qué coño le estaba pasando?, se preguntó, como si no supiera la respuesta. Una niña con los ojos más bonitos del mundo, eso era lo que le estaba pasando. Una niña con los ojos de su madre.

Encendió un cigarrillo, sin hacer amago de salir a la calle. Olaya suspiró y se apoyó contra la pared mientras su jefe empezaba a fumar en un silencio reconcentrado. Riera apareció antes de que se acabara el pitillo.

—De momento todo encaja —les informó antes de que nadie le preguntara—. El tío que abrió la puerta es, efectivamente, Xavi Cardona. Hemos comprobado su identificación. En cuanto a las coartadas, la de Miquel Cardona es a prueba de bombas. El miércoles le atropelló un coche causándole triple fractura en una pierna y doble en la otra. Tiene el atestado de tráfico y el informe médico que lo atestigua. El tío no puede dar un paso. Se encuentra impedido en la cama desde entonces. Por eso su hermano se ha mudado a vivir con él durante unos días. Xavi Cardona, treinta y cuatro años, comercial de ventas. Es el tutor legal de su hermano desde que este comenzó a ver al payaso Pennywise en los espejos. Xavi llevaba varias semanas intentando hacer entrar en razón a la exmujer de Miquel para que le dejara ver a la niña. Incluso animó a su hermano a interponer una demanda para obligarla a cumplir el convenio regulador. Pero la madre no daba su brazo a torcer. Sin embargo, tras el accidente de tráfico, parece que al fin se ablandó. Xavi fue a recoger a la pequeña con la furgoneta de Miquel el viernes, sobre las ocho de

la noche, varias horas antes de que secuestraran a Ariadna Arce. Fue entonces cuando la cámara captó la imagen del vehículo. Más tarde, regresó a casa de su hermano con la niña dormida en brazos, sobre las once menos diez, lo cual coincide con el testimonio del paseante... En fin, faltan algunas cosas por comprobar, pero está claro. Las declaraciones de ambos son coherentes y los dos tienen coartadas. No son ellos.

Rocamora escuchó la perorata de Riera sin salir de su inquietante mutismo.

—¿Qué hora es? —preguntó al fin con visible hastío, masajeándose el puente de la nariz.

—Falta algo más de media hora para las doce —dijo Riera.

El inspector dio un hondo suspiro y sacó su móvil.

—Voy a llamar a Diego para comunicarle que tendrá que comerse la mierda del puto perro —dijo. Luego miró a Olaya—. Marc, sal ahí fuera e informa a Peralta de la situación. Tal vez luego podáis quedar para jugar al tenis. O llévalo a comprarse un traje de su talla.

14

La forma en la que me mira

En la pequeña salita de espera del estudio, Diego y Laura aguardaban noticias en una especie de devoto recogimiento. La mujer tenía las manos entrelazadas en el regazo, y las piernas plegadas hacia un lado, como una pastorcilla, y él tenía las manos unidas sobre sus labios, como en la foto de su primera comunión. Permanecían en silencio, y las miradas de ambos confluían en el móvil que descansaba en la mesita que tenían delante, que no se decidía a sonar.

Cuando al fin lo hizo, ambos sufrieron un violento sobresalto. Diego cogió el aparato apenas una milésima de segundo antes de que pudiera hacerlo Laura.

—¡Sí! —contestó en tono ansioso, ante la atenta mirada de su mujer—. Sí... sí... —A medida que asentía, la desilusión hacía mella en sus facciones, hasta que finalmente cerró los ojos—. Entiendo... —musitó. Laura dejó escapar un gemido ahogado y agachó la cabeza—. Vale, tranquilo, Gerard... Sí, estoy bien... Sí, yo se lo digo... Hasta ahora.

Tras colgar, contempló a su mujer con una mueca afligida. Al cabo de unos segundos, ella levantó la mirada hacia él. Se observaron sin pestañear, en un silencio doliente, cansado, extrañamente sereno.

—Cariño... —comenzó Diego, incapaz de continuar ahogándose en

aquellos pozos de ámbar sin fondo—, no te preocupes. Todo va a salir bien. Voy a superar este reto. Y los siguientes, si los hay, también los superaré. Te lo prometo.

Laura continuó mirándolo como si no lo viera, como si se hubiera vuelto transparente.

—Echo de menos tocarla —dijo ella de pronto, a alguien o algo que había más allá del cuerpo de su marido—. Tocarla. Solo tocarla, sin más. No me refiero a abrazos o besos, sino a ese roce casual que sucede de vez en cuando. La planta de su pie contra mi muslo cuando estamos viendo la tele, su mano pegajosa cuando vamos en el metro y nos agarramos a la misma barra... Ese contacto al que no se le da ninguna importancia. Como el contacto del aire que te rodea. Me he dado cuenta de que eso es lo que de verdad echo de menos, tanto que me duele la piel. Han arrancado de mi vida la *posibilidad* de tocarla, no solo cuando quiero, sino también sin quererlo. Me muero por besarla y por abrazarla, por supuesto, pero lo que de verdad quiero, lo que anhelo desesperadamente, lo que necesito más que el aire, es tocarla sin darme cuenta... *eso* es lo que me han arrebatado. —Parpadeó, como si el cuerpo de Diego se hubiera interpuesto de repente en su horizonte, tapándole el sol. Lo miró entonces a los ojos, con cierta extrañeza—. Cuando Gerard llamó hace dos horas para decirnos que tenían al posible secuestrador, pensé que hoy podría volver a tocarla. Lo creí de verdad.

—Yo también lo creí —le confesó Diego.

Por unos instantes, compartieron la misma incredulidad ante aquellas ingenuas esperanzas.

—¿Qué echas de menos de ella? —le preguntó entonces Laura.

Diego reflexionó durante unos segundos. Sabía perfectamente la respuesta, pero temía que no fuera la adecuada. ¡Se sentía tan inferior a Laura en aquel enrevesado asunto de sufrir! Tal vez lo que él echaba de menos de Ari suponría una nueva decepción para ella, otra prueba más de la estafa que era como padre, como cada cosa que hacía o decía desde el maldito instante en el que se apartó del camino de aquella bicicleta sin frenos. Había sucedido hacía unos seis años, pero Diego lo recordaba cada día. Y cuando lo hacía, su corazón interrumpía la cuenta de los latidos, su estómago se contraía y un velo

pegajoso se le adhería al rostro, impidiéndole respirar. ¿Cómo había podido apartarse?, se preguntaba. Y la respuesta era siempre la misma: lo había hecho de manera inconsciente, aguijoneado por ese insobornable instinto de supervivencia que late en lo más profundo del ser humano. La orden de apartarse había brotado del limbo del subconsciente, y, para cuando aterrizó en el plano de la conciencia, ya era imposible de revocar, pues su cuerpo había empezado a acatarla desplazándose por el espacio, y ninguna contraorden podía doblegar las leyes de la inercia. En definitiva, Diego se había arrepentido de lo que estaba haciendo antes incluso de acabar de hacerlo. Pero de nada le servía repetirse aquello hasta la extenuación. Podía decirse que era incluso contraproducente. Si ese era el tipo de órdenes que vomitaba su subconsciente, entonces era una mierda de subconsciente, y él una mierda de persona. Bien mirado, si el milagro de la paternidad no había anulado su instinto de supervivencia, como al parecer sí sucedía en otros padres y madres, a tenor de las historias que se contaban por ahí, entonces aquel arraigado reflejo suyo resultaba de lo más inútil, porque estaba protegiendo a un ser despreciable, un organismo contra natura, un parásito que más valdría que desapareciera de la faz de la Tierra cuanto antes, que dejara de multiplicarse a riesgo de malograr la raza...

Así se atormentaba Diego desde hacía unos seis años, varias veces a la semana, las mismas que había estado a punto de confesarle a Laura aquellos tormentos. Pero nunca se había atrevido. ¿Qué podía decirle? ¿Qué excusa podía darle? Un «lo siento» no parecía suficiente para exculparse. Además, no podía descartar la posibilidad de que ella no hubiera reparado en su infame acto de cobardía. Todo había sucedido tan rápido que tal vez Laura no había comprendido realmente lo que había ocurrido, tal vez *a posteriori* le resultaba imposible ordenar la secuencia exacta de la escena. A esa brizna de esperanza se agarraba Diego. Aunque en el fondo sabía que se estaba engañando a sí mismo. Estaba convencido de que aquellos ojos color ámbar habían grabado la triste escena en el orden correcto. Y jamás la olvidarían.

Pero antes de que pudiera decir algo, llamaron a la puerta del cuartito. Diego se levantó y, a causa de la tensión, profirió un «¡adelante!» propio de un general. Y Armand Tejada, su editor, entró en la habitación con el rostro

compungido. Abrió exageradamente los brazos y se dirigió hacia él, todo un actor consumado, pero, a medio camino, algo en su expresión le recomendó cambiar el rumbo y, con un elegante quiebro, acabó acogiendo en su escuálido pecho la cabeza de una reticente Laura, que seguía sentada.

—Querida, querida... no sabéis cómo lo siento —murmuró, mientras le plantaba un húmedo beso en la coronilla. Después se apartó para cogerla de ambas manos—. Acaban de decirme que la pista que seguía el inspector Rocamora ha resultado falsa y que el reto tiene que hacerse. ¡Estaréis destrozados!

—Bueno, ha sido un golpe duro... —murmuró Laura—. Por un momento tuvimos esperanzas.

—¡Y *debéis* seguir teniéndolas! —exclamó Tejada, sacudiendo las manos de Laura. Después se volvió hacia Diego y, acercándose unos pasitos, le palmeó un hombro con cauteloso entusiasmo—. ¡Claro que sí! ¡No os vengáis abajo! Esto que ha pasado prueba que la policía hace su trabajo, que no descansa —continuó con aire entendido—. Están estrechando el cerco y, muy pronto, sus esfuerzos darán los resultados esperados. ¡Tal vez es solo cuestión de horas! Ya veréis...

Mientras Tejada hablaba, Diego miró a su mujer, que lo escuchaba con una expresión de esforzada amabilidad en el rostro, y luego volvió a centrar su atención en el editor, que poco a poco se iba enredando en un farragoso discurso motivador. Pensó que parecía demasiado entusiasmado, casi radiante, por mucho que intentara disimularlo con rictus y gestos sombríos. ¿Habría empezado a contar ya las ganancias que se avecinaban? Era evidente que todo aquello iba a reavivar las ventas de *Sangre y ámbar*, y un gran porcentaje de ellas iría a parar a su bolsillo. En realidad, de todas las personas que lo rodeaban, a quien más beneficios iba a reportar el secuestro de Ari era a aquel enano codicioso. Diego lo estudió con el ceño fruncido, en el mismo instante en el que Armand le preguntaba algo, vete a saber qué.

—Perdona, ¿qué decías?

—Digo que Ramón del Valle sería el encargado de hacerte la entrevista, si a ti te parece bien, claro.

—¿Ramón del Valle, el de *Tardes con Ramón*, quiere entrevistarme?

—Él mismo. ¡Ya sé que su nombre está vinculado a la prensa rosa!, pero en la cadena me han asegurado que está dando un giro a su carrera, encauzándola hacia temas más serios. Sería pasado mañana, el jueves. Por supuesto, la entrevista será absolutamente respetuosa, alejada de cualquier tipo de sensacionalismo. Además, podremos revisarla antes, pactar los temas. Mañana nos pasarían todas las preguntas; tendremos absoluta libertad para censurar todo aquello que...

—No —lo interrumpió Diego. Negó con la cabeza un par de veces, en silencio, antes de repetir con inquebrantable firmeza—: No.

El editor suspiró compasivamente.

—Diego... no te precipites. Comprendo cómo te sientes, pero piénsalo con calma. Puede ser muy beneficioso para Ari. Si, por desgracia, esta situación todavía no se ha resuelto el jueves, entonces sería una ocasión de oro para movilizar todavía más a la gente. La colaboración ciudadana es esencial en los casos de secuestro. —Se volvió hacia Laura—. ¿No afirma eso la policía?

Laura asintió, no del todo convencida.

—Este caso ya tiene difusión de sobra, Armand —lo atajó Diego, masticando las palabras—. No hace falta más. El planeta entero sabe quién soy y lo que le está pasando a mi familia. O no tardará en saberlo dentro de media hora.

—Ya, pero...

—¿Cuánto te llevas por la entrevista?

—¿Qué? —se escandalizó Tejada—. ¡Nada, por supuesto! ¿Quién te crees que soy? —le preguntó en tono doliente.

Diego se encogió de hombros con una sonrisa sarcástica bien visible en los labios.

—Alguien que va a ganar mucho dinero con todo esto —respondió—. Alguien que me presionó de todas las maneras que se le ocurrieron para que hiciera regresar al Monstruo, sin importarle lo que eso pudiera costarme. Alguien que estuvo meses sin contestar a mis llamadas cuando vio que no podía obtener de mí lo que quería. Alguien que, desde el instante en el que he vuelto a ser la gallina de los huevos de oro, se ha convertido en mi sombra. ¿Ya tienes preparada la nueva edición de *Sangre y ámbar*, Armand? ¿Con

fajita incluida? ¿Y qué pondrá en ella? No, no me lo digas, ya me lo imagino: «La novela que dio a luz al Monstruo».

—Pero... pero... ¿qué mosca te ha picado? —balbució Tejada—. Mira, no voy a tomarte en cuenta nada de esto —resolvió, sacudiendo ambas manos en el aire—. Imagino por lo que estás pasando y...

—Tú no imaginas nada. —Diego se acercó al editor con las mandíbulas apretadas—. Sencillamente porque no tienes ni un átomo de imaginación en todo tu cuerpo. Tú no eres más que un parásito que vive a costa del talento de otros. De chuparlo hasta dejarnos vacíos —le espetó—. Ni siquiera deberías considerarte editor. Eres un mercenario, un vulgar comerciante con ínfulas de intelectual, que no hace más que plegarse a un mercado que ha perdido el norte. Te da igual cómo escriba un escritor mientras creas que puedes venderlo bien.

Tejada parpadeó un par de veces, mientras la prominente nuez le subía y bajaba por el cuello. Finalmente, dio un pasito hacia atrás. Mantenía la espalda tan estirada que la chaqueta se le arqueaba al final de la cintura como si llevara un polisón. Emitió un débil carraspeo, se volvió hacia Laura, le ofreció un gesto de condolencia y salió del cuarto envuelto en un digno y pesaroso silencio. Diego se derrumbó sobre el sofá. Miró a su mujer de reojo.

—Lo siento, creo que me he...

—Has estado genial —lo interrumpió ella—. Armand es un gilipollas, y alguien tenía que decírselo de una puta vez.

Minutos después, los dos avanzaban cogidos de la mano por el pasillo, como tantos años antes habían paseado por la orilla del mar, aunque ahora Diego tenía la sensación de estar atravesando el tornadizo escenario de un sueño. El pasillo se alargaba más y más a cada paso que daban, amenazando con volverse interminable si no paraban. Sus paredes fluctuaban: ahora parecían tan altas que se perdían en una cúpula catedralicia, y al instante siguiente el techo parecía cernirse sobre ellos como la tapa de un ataúd. En su deambular, se iban cruzando con otras personas, operarios atareados o simples curiosos que no sabía qué función tenían allí. Pero Diego veía sus rostros borrosos,

distorsionados, como si se encontraran en otra dimensión con la que solo hubiera conseguido sintonizar parcialmente. La única cosa real, cierta e inamovible era la mano de Laura cobijada en la suya. Ella era su ancla. Sabía con certeza que si aquella mano lo soltaba, él desaparecería, dejando en su lugar un tirabuzón de humo. Finalmente, el paseo concluyó ante una puerta con una luz roja encendida sobre el dintel. Junto a ella estaba Rocamora, hierático y taciturno, como un tótem de atrezo que alguien había dejado momentáneamente allí. Al verlos, cobró movimiento y se acercó a ellos.

—Laura, Diego... lo siento. —La voz se le quebró y tuvo que inspirar profundamente para continuar—. Lo siento de verdad.

—Estás haciendo todo lo que puedes —le dijo Laura con serenidad.

Rocamora cerró los ojos. Cuando los abrió, miró directamente a Diego.

—Te prometí que no tendrías que hacer esto, y he fallado. Pero te juro que no tendrás que realizar el segundo reto. Encontraré a Ariadna antes. —Diego asintió un tanto distraído—. Voy a coger al cabrón que os está haciendo esto —continuó Rocamora—. Si ese hijo de puta pretende seguir la novela al pie de la letra, mañana, sin falta, tendrá que hacer llegar el segundo sobre a alguna comisaría. Y vamos a estar esperándolo. Tenemos agentes ocultos en todas las delegaciones de policía, estafetas de correos y empresas de mensajería de la ciudad. Cometerá un error, muy pronto, y caeremos sobre él. Os lo aseguro.

En ese momento, la luz roja que había sobre la puerta se apagó, y un hombre con unos auriculares colgados del cuello apareció ante ellos.

—Hola, Diego, soy Martín, el realizador, nos han presentado antes. Ya está todo a punto. El perro acaba de, eh... defecar en directo, según las instrucciones recibidas. El animal ya ha salido del plató, junto a su cuidador, de manera que ahí dentro solo queda el informático, que está emitiendo en directo, así que, cuando quieras, puedes entrar y proceder a... bueno. Verás que hay una mesa dispuesta con todo. Tú solo tienes que acercarte y sentarte. Recuerda que la silla debe estar justo sobre la marca, por el tema del encuadre. No te muevas mucho, o las manos podrían salir de plano, y el reto no se daría por válido. Simplemente, hazlo como lo ensayamos hace un rato, ¿de acuerdo? —Diego asintió lentamente—. Bien, pues cuando quieras, Diego —lo invitó el realizador, abriendo un poco más la puerta que había dejado

encajada—. Cuanto antes comencemos, antes terminaremos, ¿no? —Le sonrió, animoso.

Diego miró a Laura y a Rocamora y después echó una ojeada al interior del pequeño estudio. En su centro distinguió una mesa y una silla de aspecto funcional, ambas colocadas sobre dos cruces dibujadas con cinta negra en el suelo y asediadas por dos focos. A un par de metros, un tío toqueteaba una cámara montada en un trípode que enfocaba todo el conjunto. Estaba conectada a un ordenador, en el que se veía el plano emitiendo en directo. Sobre la mesa, había una botella de vino, una copa y un plato, ya lleno. Diego apartó la vista bruscamente en cuanto sus ojos se posaron en su informe contenido. El perro había cumplido, ahora le tocaba a él. Se volvió hacia Laura, que con su sonrisa intentaba transmitirle ánimos. Sus ojos, que se le antojaron más grandes que nunca, habían adquirido ese tono incandescente que los hacía parecer dos gotas de cobre fundido. Era increíblemente hermosa. Pensó que no la merecía, que nunca la había merecido.

—Ojalá no me hubiera apartado —murmuró.

—¿Qué? —le preguntó ella, sin comprender.

—Aquel día, cuando Ari era pequeña y una bicicleta os embistió por detrás... yo me aparté. —Diego sacudió la cabeza, con los labios temblorosos y los ojos anegados de lágrimas. Hizo un esfuerzo por continuar—. Y no consigo perdonarme. —Se le quebró la voz—. No puedo. Nunca podré.

Laura tomó su rostro entre las manos.

—No pasa nada, cariño, no pasa nada —le susurró, mientras le secaba las mejillas con los dedos, humedecidas por unas lágrimas que Diego ni siquiera había notado brotar—. No te tortures más. No hay nada que perdonar.

—Tienes que entrar, Diego —intervino Rocamora, rompiendo en mil pedazos aquella ensoñación.

Diego parpadeó, confuso. Por un instante, casi creyó que había pronunciado aquellas palabras en voz alta y que había obtenido el perdón de su mujer. Pero comprendió que lo único que ambos habían hecho durante los últimos segundos había sido mirarse en silencio, como hacía mucho tiempo que no se miraban.

—Lo que más echo de menos de Ari —le dijo— es la forma en la que me

mira —titubeó, como si quisiera escoger las siguientes palabras con sumo cuidado—. Como si creyera que no le tengo miedo a nada. —Sonrió, encogiéndose de hombros en ademán de disculpa—. A nada.

Laura asintió, con los ojos llorosos. Y Diego entró en el plató, sintiendo que le había dado la respuesta que ella necesitaba.

15

Pequeños experimentos con el alma humana (I)

Durante el resto del día y la noche siguientes, Diego se dedicó principalmente a vomitar. No hizo otra cosa. El olor, el sabor, la textura... habían quedado grabados en su memoria. Todo apuntaba que para siempre. En esa zona blindada al olvido donde se amontonaban los diez cañones por banda de Espronceda, el número pi o el olor de la goma de nata. El regreso a casa tras haber superado heroicamente el primer reto del Monstruo, había sido de todo menos digno. Diego había vomitado en el coche, en la acera, en el ascensor, en el recibidor de su casa, en el baño y hasta por encima de la barandilla de la terraza, donde Laura lo había sacado a que le diera el aire. Podía decirse que se había vaciado a gusto, hasta que no había quedado absolutamente nada en su interior. Primero, se había abandonado a las arcadas, que lo acometieron durante horas, y, luego, había continuado la purga manualmente, metiéndose los dedos hasta el fondo del paladar, como si quisiera expulsar también su pobre alma, arrojarla fuera de aquel cuerpo mancillado que ahora se le antojaba una mazmorra infecta en la que estaba condenado a vivir.

Tras vomitar por enésima vez, Diego salió del cuarto de baño dando tumbos, se acercó a la cama y se desplomó sobre ella a la espera de que las náuseas volvieran a impulsarlo hacia el baño de nuevo. Llevaba toda la noche atrapado en aquel bucle. Laura llamó a la puerta cuando empezaba a clarear.

—Cariño... —susurró, asomando la cabeza—, ¿estás despierto?

—Mmm... Es un modo de verlo.

—Mi madre está haciendo café, ¿quieres?

—Laura, *por favor*.

—Ya, ya... pero ¿no crees que quizás te iría bien desayunar algo? No sé, tal vez un poco de bizcocho. Además, Gerard ha telefonado, viene hacia aquí. Dice que tiene novedades.

Por toda respuesta, Diego saltó de la cama y corrió hacia el baño, donde se deshizo en una batería de arcadas que lo dejaron sudoroso y mareado. Pero luego resultó que el olor del café con leche que su suegra, desoyendo las instrucciones de su hija, le plantó delante cuando se sentó a la mesa del comedor, se le antojó extrañamente reconfortante. Incluso se atrevió a darle un pequeño sorbo. La garganta se le contrajo y, por un momento, creyó que su estómago expulsaría en el acto aquel trago de tanteo. Pero a los pocos segundos el efecto se disipó.

—¿Un poco de bizcocho de chocolate?

—*Mamá*, te he dicho que no...

—Quizás un trozo pequeño —murmuró Diego, envalentonado.

—Bien hecho, hijo —aprobó Diana, cortando un trozo que solo podría considerarse pequeño si fuera para un gigante—. Ya le he dicho a tu mujer que lo peor que podéis hacer es convertir este tema en un tabú. Si has comido mierda, has comido mierda, y punto. No pasa nada. Toma. —Le tendió el plato—. Esto no es mierda. Esto es bizcocho. A cada cosa por su nombre. Solo así podrás superarlo.

—¿Desde cuándo tienes un título en psicología, mamá? —le preguntó Laura en tono humorístico, intentando, sin éxito, enmascarar la crispación latente de su voz.

Pero esta vez Diana no se limitó a sonreír con cariño, como solía hacer ante los exabruptos de su hija. Por el contrario, sus ojos reflejaron tanto dolor que Laura recibió la mirada de su madre como una bofetada en pleno rostro.

—Bueno... supongo que sí me siento un poco psicóloga. Al menos desde que tengo que pegar cartelitos en cada mueble y objeto de mi casa para que tu padre recuerde cómo se llaman. Desde que tengo que recordarle cada mañana

al hombre con el que me casé cómo se llama la mujer junto a la que acaba de despertarse. Desde que tengo que recordarme a mí misma que mi marido no es ese hombre que a veces me mira como si me odiara, que eso es una enfermedad de mierda llamada alzhéimer, que tu padre se llama Josep y está atrapado dentro. —Hizo una pausa para mirarse las manos, sus pálidas y finas manos de hilandería de cuento. Luego sonrió con tristeza—. Por eso sé que llamar a cada cosa por su nombre, alivia un poco el dolor. Si me disculpáis... voy a darme una ducha.

Diana Soler se levantó con la dignidad de una reina y, cogiendo su taza de café, se perdió hacia la cocina.

—Mierda —suspiró Laura cuando salió por la puerta.

—Tal vez podrías evitar esa palabra durante unos cuantos días, cariño —le suplicó Diego, estudiando el trozo de bizcocho que había ensartado en su tenedor como si hubiera mutado en otra cosa.

—¿Eh?... ah, sí, lo siento. Creo que voy a hablar con mi madre...

Pero en ese instante sonó el timbre. Era Rocamora, que irrumpió en la casa peinándose el hirsuto cabello a manotazos y resoplando como un toro.

—¡Vaya mierda! —rugió, para suplicio de Diego—. Abajo hay una verdadera horda de periodistas y gente curioseando. Menuda panda de hijos de puta. He tenido que poner la sirena para poder atravesar la jodida multitud.

Dejó caer su corpachón en un sillón del salón, que resistió heroicamente.

—Ya, anoche estaba igual. —Asintió Laura meciendo la cabeza con pesar.

—Pues me temo que esto va a ir a peor. ¿Habéis echado un vistazo a las redes sociales?

—No... —respondió Laura.

—Ni falta que hace. Tras la emisión de ayer las cosas se han salido de madre. Era de prever. Hay mucha gente que está siendo respetuosa, por supuesto, pero también hay memes y chistes de todo tipo, muchos de dudoso gusto, ya sabéis: *Keep calm and eat shit*, y ese tipo de gilipolleces; así que os aconsejo que sigáis sin entrar en internet. Las redes arden, como suele decirse. Incluso hay un subnormal que ha creado un club de fans del Monstruo.

—¿Del Monstruo? —preguntó Diego.

—Sí, ¿os lo podéis imaginar? ¡Y ya cuenta con miles de seguidores!

Tienen una página en Facebook con la foto de un cirujano del siglo XIX que da repelús. Ya la hemos cerrado dos veces en lo que va de mañana, pero enseguida la vuelven a abrir. Allí aseguran que el Monstruo es el verdadero secuestrador, ¡y con eso se refieren al personaje de la novela! Dicen que ha escapado de las páginas del libro y ha aterrizado en nuestro mundo gracias a una especie de magia. Aportan incluso teorías pseudocientíficas que darían risa si el asunto no fuera tan grave. Tienen un eslogan que ya es *trending topic* mundial: «Existo, vivo, soy real». —El inspector cabeceó con gesto agotado. Aquella oleada de estúpida mitomanía era el remate de un caso en el que nada estaba saliendo bien—. Vivimos en un mundo enfermo —concluyó.

Diego se dejó caer sobre el respaldo del sofá, repentinamente pálido. «Existo, vivo, soy real.»

—¿Y el que ha creado ese club de fans o lo que sea no podría estar relacionado con el secuestro? —inquirió Laura.

Rocamora se encogió de hombros.

—No lo descartamos. En todo caso, solo nos importaría si a través de esa página pudiéramos dar con el culpable, pero se gestiona mediante perfiles falsos y *smartphones* de pago no registrados, por lo que es casi imposible rastrear una IP. Estos troles de internet se las saben todas. Por supuesto, estamos trabajando en ello, aunque ahora mismo hay otro asunto más urgente.

El policía apretó los labios al tiempo que se contemplaba con súbito interés sus zapatos, como si albergara serias dudas de poder desatárselos al llegar a casa.

—¿Gerard, qué pasa? —le preguntó Laura con suavidad.

Rocamora levantó el rostro con expresión grave:

—Ha llegado la segunda carta del Monstruo.

Laura y Diego aguantaron la respiración.

—¿Y habéis logrado atrapar...? —comenzó Diego, esperanzado.

—No. Esta vez ese hijo de puta no la ha enviado a comisaría en un sobre negro. No ha seguido la novela hasta ese punto. Sí que ha mantenido la misma letra cursi y el mismo estilo de petimetre antiguo, pero el cabrón la ha enviado escaneada por correo electrónico, desde una IP que estamos intentando rastrear. Nuestros mejores expertos están trabajando en ello. Tal vez tengamos

suerte.

—Ya... —susurró Diego. Estaba terriblemente lívido, y de su garganta apenas surgió un hilito de voz cuando, mirando con temor a Rocamora, se atrevió a preguntar—: ¿Y cuál es el segundo reto? ¿Qué tengo que hacer ahora?

Rocamora no respondió. Prefirió sacar un papel doblado del bolsillo y entregárselo.

—Ten. He impreso una copia.

Diego se la arrebató de las manos. Laura se sentó a su lado en el sofá y ambos la leyeron en silencio:

Estimado carcelero:

Para mí es un verdadero placer poder comenzar esta nueva misiva felicitándote por la superación del primer reto. Debo reconocer que no las tenía todas conmigo. Pero has estado a la altura de las circunstancias. Si te soy sincero, me habría decepcionado enormemente que todo terminara con esa ridícula prueba, nada más empezar, después de todo lo que he planeado para ti. Pero mis temores eran infundados porque, tras un breve titubeo, te llevaste la cuchara a la boca con un temerario gesto que sobrecogió a la audiencia y comenzaste a comer hasta rebañar el plato. ¿Fue el amor por tu hija lo que te impulsó a ello, o fue quizás el temor a convertirte en el padre más cobarde del planeta, en el nuevo Pablo Azcón? Una respuesta que solo tú conoces. Pero no seré yo quien muerda la medalla para comprobar si es auténtica, así que permíteme que continúe.

Supongo que te habrá sorprendido el hecho de que esta segunda carta no haya llegado a la policía dentro del tradicional sobre negro, sino a través de otro de los muchos inventos de este mundo moderno que no deja de maravillarme. Pero a poco que lo pienses comprenderás que no tenía otra opción. Sabía que estarían esperándome. Así que una vez más he tenido que adaptarme a los tiempos que corren y realizar otra pequeña modificación en nuestro juego. Otro cambio, suspirarás. Pero no debes preocuparte. Estoy poniendo un cuidado exquisito en que ninguno de ellos desvirtúe la esencia del emocionante juego que inventaste.

Oh, pero me temo que he vuelto a irme por las ramas... ¡Permíteme que, sin más dilación, pase a anunciarte el segundo reto! Tendrás que llevarlo a cabo el mediodía del próximo sábado, exactamente dentro de tres días. En mi anterior misiva te prometí mostrarme más imaginativo con la segunda prueba, y espero haberlo conseguido. ¿Has oído hablar de la cigüeña? Se trata de un antiguo instrumento de tortura medieval que aprisiona a la víctima por el cuello, manos y tobillos, forzándola a adoptar una postura terriblemente incómoda y dolorosa. Tendrás que ordenar que te fabriquen una

expresamente para ti (pueden guiarse por la que se conserva en la Torre de Londres), y aguantar aprisionado en ella siete horas, una por cada año de vida de tu hermosa hija. Lo siento, pero no he podido resistirme al simbolismo.

Enumeraré ahora las precisas instrucciones que deberás seguir. Primeramente, quiero que al comienzo de la emisión se muestre con minuciosidad el aparato antes de que te acomodes en él, para que pueda comprobar que no ha sido manipulado de ningún modo. Las siete horas que deberás permanecer en su interior, completamente desnudo, serán grabadas y emitidas en directo en un plano secuencia, como la prueba anterior. No podrás tomar ningún tipo de calmante, sedación o similar que pueda aliviar tu sufrimiento, lo cual tendrás que demostrar mediante un análisis de sangre realizado en directo. Tampoco podrá haber ninguna persona a tu lado durante tu trance, evidentemente. Deberás quedarte a solas en el plató una vez que comience a correr el reloj, y sumergirte en el pozo del dolor, oscuro como boca de lobo, sin ninguna otra luz para alumbrarte más que el difuso resplandor de tu propia valentía. Si detecto el menor atisbo de fraude en cualquiera de estos pasos, declararé el reto nulo, con las horribles consecuencias que ya conoces.

Ah, me olvidaba del detalle sin el cual el reto no tendría la menor gracia. Debes realizar la prueba sosteniendo en una de tus manos un pulsador que, al apretarlo, te permita poner fin a tu tormento. Como comprenderás, sin la opción de abandonar cuando lo desees, no tendría ningún mérito llegar hasta el final. Cualquiera podría hacerlo, puesto que no existe modo de liberarse sin ayuda. Al introducir el pulsador en la ecuación, en cambio, aguantar las siete horas establecidas depende exclusivamente de ti, de cuánto dolor estés dispuesto a soportar para salvar a tu hija.

Espero no haberte defraudado ideando esta segunda prueba, Diego. Es tan siniestramente retorcida como cualquiera de las que figuran en tu novela, y para superarla necesitarás sacar lo mejor de ti. Si lo consigues, ya solo restará un tercer desafío, que anunciaré con mi irreprochable puntualidad. Te deseo mucha suerte. Soy consciente de que vas a afrontar un suplicio terrible, y quizás te ayude recordar, cada vez que estés tentado de abandonar, que si estoy haciendo todo esto es por tu culpa. Que solo tú eres el responsable de este dolor que a tantas almas inocentes está salpicando.

Siempre tuyo,

EL MONSTRUO

Diego alzó la vista y la dejó vagar a la deriva por el salón, mientras la carta resbalaba sobre su regazo. A su lado, Laura cerró los ojos, demudada y temblorosa.

—No os vengáis abajo, por favor... —les rogó Rocamora—. Ya sé que os

dije lo mismo con el primer reto, pero esta vez voy a cumplirlo. No tendrás que hacer esto, Diego. No tendrás que hacerlo. Vamos a encontrar muy pronto al que ha escrito esta mierda. Cada vez estamos más cerca.

Diego no le contestó. Ni siquiera pareció oírlo. Seguía mirando al vacío con una extraña concentración, como si de repente pudiera distinguir los filamentos que urdían el tejido del aire.

—¿Cerca? Pues a mí me da la sensación de que solo estáis dando palos de ciego —le replicó Laura, abriendo los ojos con expresión desquiciada—. Héctor, Julián, los hermanos Cardona... ¡No son más que conjeturas que conducen a callejones sin salida!

—Así es como funciona esto, Laura —se defendió Rocamora—. Se trabaja con diferentes líneas de investigación, y, a medida que las pesquisas avanzan, la verdadera teoría comienza a perfilarse frente a las otras. Ya lo verás.

—Ya, pero... ¡no tenemos tanto tiempo! —La voz de Laura surgía de su garganta tamizada por la angustia—. ¿No deberíamos ya ir *perfilando* algo? No sé, lo que sea... al menos para descartar opciones. Esta segunda carta, por ejemplo. ¿No se podría considerar que, de alguna manera, exculpa a Héctor? No pide ningún rescate. —La cogió del regazo de Diego y la sacudió en el aire, como para demostrar que la palabra «rescate» no se había quedado oculta en ningún pliegue—. Y mañana cumple el plazo para pagar a esos prestamistas, ¿no? Si mi cuñado fuera el secuestrador, ¿no sería lógico que ya nos hubiera pedido el dinero?

—Puede ser, pero... —Rocamora titubeó unos segundos, y luego, tras dejar escapar un suspiro de pesar, resolvió—: Bueno, qué coño, prefiero que os enteréis por mí: Héctor va a dar una entrevista mañana en el programa de Ramón del Valle. Y tengo entendido que cobrará una pasta por ella. Quizás no signifique nada. Quizás solo está aprovechándose de la situación para conseguir desesperadamente el dinero de los Korovin, lo cual sería la explicación más lógica. Pero también podría ser un intento de rentabilizar un plan fallido que se le torció desde el principio. O incluso podría tratarse del retorcido plan original. Como te he dicho hace un momento, todavía no podemos descartar ninguna línea de investigación. Laura, por favor, confía en mí. Sé lo que me hago.

—¿Héctor va a dar esa entrevista *cobrando*? —se escandalizó Laura—. ¡Pero si Tejada se la propuso ayer a Diego y le dijo que no pensaba cobrar! — Se quedó en silencio, en ademán reflexivo. De pronto miró a Rocamora, como si hubiera tenido una súbita inspiración—. ¡Espera! ¿No podría ser que Armand estuviera implicado? ¿O tal vez Armand y ese tal Ramón del Valle...?

—Laura, por favor —le recomendó Rocamora—, déjanos hacer nuestro trabajo.

—Creo que sé quién ha escrito esto —intervino de repente Diego.

Ambos se volvieron hacia él, sorprendidos.

—¿*Qué*? —preguntaron al unísono.

Diego cogió la carta de las manos de Laura y le echó una rápida ojeada mientras asentía para sí. Volvió a mirar a su amigo.

—Creo que sé quién ha escrito esto —repitió, cada vez más alterado—. De hecho, estoy casi seguro. Joder, ¿cómo no me he dado cuenta antes! —Se pasó una mano por el rostro—. La prosa de la primera carta ya me sonó familiar, pero no le di importancia. Claro, la situación... con Ari recién desaparecida... y al fin y al cabo era una imitación de las cartas que yo mismo escribí en mi novela, era *lógico* que me sonara familiar. Pero no era solo eso. No. Había *algo* más. Una candencia, esa musiquilla irritante en la forma de construir las frases, los típicos alardes de escritor novato... Y luego, esa expresión: «boca de lobo».

—¿Boca de lobo? —repitió Rocamora, sin entender.

—Sí, aquí, justo aquí, cuando dice... —Diego buscó en el papel, recorriendo con un dedo tembloroso las hileras de líneas manuscritas—: «Deberás quedarte a solas en el plató una vez comience a correr el reloj y sumergirte en el pozo del dolor, oscuro como boca de lobo, sin ninguna otra luz para alumbrarte más que el difuso resplandor de tu propia valentía».

Tras su declamación, pasó sus ojos enloquecidos de Rocamora a Laura.

—Ha sido esto lo que me ha hecho recordar aquella discusión con Robert —dijo Diego, golpeando la hoja con la mano.

—¿Robert? —preguntó Laura, cada vez más desconcertada—. ¿De quién estás hablando?

—De Robert Raventós —le respondió él, intentando reprimir su

impaciencia—. Mi alumno, el amigo de Santi Bayona. El que quería ser escritor, ¿no te acuerdas?

—¿Robert Raventós? —Laura pronunció su nombre llena de estupefacción—. Me acuerdo de él. Pero por qué iba ese chico a...

—Sí, sí, ya sé que parece una locura —la interrumpió Diego—, pero recuerdo perfectamente *aquella* discusión.

Les contó que había ocurrido en mitad de una de las clases particulares que impartía a Robert al margen del taller, en las que básicamente se dedicaba a revisarle la novela que estaba escribiendo, un auténtico despropósito que no había por donde coger. Tenía fallos garrafales de estructura, sus reflexiones sonaban delirantes y su protagonista resultaba tan inverosímil como un avestruz con corbata. Era, en definitiva, un exhaustivo compendio de todo lo que un escritor no debía hacer. Pero lo peor era su pretenciosa escritura, una absurda mezcla de vocablos rimbombantes y expresiones manidas. El único consejo que podía darle era que le prendiera fuego a aquel manuscrito y dedicara su vida a cualquier otra cosa lo más alejada posible de la literatura. Pero naturalmente no podía decirle eso. Los adolescentes están compuestos de un sesenta por ciento de agua y un cuarenta de vanidad, y lo más probable era que Robert también se tomara sus críticas como un ataque. Además, Diego sospechaba que lo único que hacía tolerable la vida de aquel pobre chico era precisamente la literatura. No podía privarlo de aquel remedio. Así que se obligó a morderse la lengua y a aporrearle el ego con un inofensivo martillo de goma señalándole pequeños errores fácilmente subsanables aquí y allá, algo que diera un sentido a aquellas clases intempestivas a las que tan alegremente había accedido.

Aquella tarde, sin embargo, había probado a ir un paso más allá y, aprovechando que el pasaje que acababa de leer estaba plagado de lugares comunes, le recomendó que huyera de las expresiones hechas «como de la peste». Sonrió ante su propia broma y añadió «que todo escrito debía ser una campaña contra los tópicos», olvidando mencionar que la frase era de Martin Amis. Si quería ser un escritor de verdad, debía buscar acuñaciones novedosas, arrancar de su relato aquellas malas hierbas que solo servían para delatar su falta de inventiva lingüística. «Ningún lector va a emocionarse con

una novela donde llueve a cántaros, el protagonista duerme como un leño y los sótanos siempre están invariablemente oscuros como boca de lobo», le dijo. Por supuesto, Robert reaccionó como él esperaba: tomándosele como una afrenta personal. Entre ofendido y altanero, le contestó que ya sabía todo eso, pero que él usaba los lugares comunes deliberadamente, como una burla. La expresión «boca de lobo», por ejemplo, dotaba al párrafo en el que la había insertado de una profunda carga irónica. Diego tuvo que reprimir una carcajada: aquel chaval no podría escribir con ironía ni aunque le hicieran una transfusión de sangre del mismísimo Oscar Wilde. Con el mayor tacto del que fue capaz, le señaló que él no veía la ironía por ningún lado, pero no pudo evitar que se enredaran en una larguísima y absurda discusión sobre los tópicos en general y la expresión «boca de lobo» en particular. En cierto momento, hasta tuvo que ir a la cocina a servirse un vaso de agua. Robert lo estaba poniendo de los nervios. Discutía del mismo modo desordenado y grandilocuente que escribía, si no más. Tres vasos de agua necesitó Diego para sofocarse las ganas de volver al salón y soltarle a aquel ingenuo que jamás conseguiría ser escritor, que no había una sola molécula de talento en él. Cuando consideró que se había calmado lo suficiente, regresó al salón dispuesto a ofrecerle tablas a Robert, aunque no hizo falta, pues se encontró a su alumno súbitamente sereno, como si en el entreacto la mano de Dios hubiera surgido de alguna parte para apacientarlo con una caricia.

—Pero aquí está otra vez la maldita expresión «boca de lobo» —insistió alzando la carta—, intentando dotar a esta mierda de texto de una profunda carga de ironía. —Frunció el ceño al contemplar a Laura y a Rocamora—. ¿Qué pasa? ¿Es que no lo veis?

El inspector y la mujer intercambiaron una mirada fugaz.

—Diego, ¿te estás escuchando? —dijo Rocamora—. ¿De verdad crees que una conversación literaria mantenida hace... cuánto, diez años, sobre una expresión tan *común* como esa, tú mismo lo has dicho, supone una pista que nos lleva a ese chico?

—Sí, lo creo —se reafirmó Diego—. Recuerdo perfectamente la discusión. Y recuerdo que entonces pensé, sin saber por qué, que Robert no había dicho su última palabra.

—Pero, Diego...

Rocamora no terminó la frase. No sabía cómo. Emitió un hondo suspiro y se dejó caer en el sillón, como un muñeco que se desinfla.

—¿No te gustaba dar clase a aquellos chicos?

La voz de Laura sonó afligida. Diego se volvió hacia ella y, al descubrir la incredulidad que anegaba sus pupilas, palideció. Solo entonces fue consciente de lo que acababa de hacer. Sin darse cuenta había confesado a Laura lo que llevaba un montón de años ocultándole: que nunca había disfrutado ayudando a Robert con su novela. Desesperadamente, intentó recordar qué le había dicho en aquellos lejanos días, cuando ella lo admiraba por su apasionada entrega, por su alma generosa y altruista. ¿Que tratar con un joven y apasionado escritor como Robert le había reconciliado con la literatura, con la vida, con el universo entero? Sí, eso o alguna cosa por el estilo. ¿Que aquellos chicos en general, y Robert en particular, le aportaban mucho más que lo que él podía ofrecerles a ellos? Sí, algo así había dicho sobre los otros y sobre Robert... Ese mismo Robert al que un par de minutos antes, entusiasmado por su reciente descubrimiento, había descrito como alguien que merecía ser lapidado por atreverse a empuñar una pluma. ¿Había alguna forma de arreglar aquel desastre, de corregir sus palabras? Apartó los ojos de su mujer y los dejó revolotear por la estancia, en busca de inspiración, pero entonces, mientras se devanaba la cabeza, algo se rompió en su interior. Qué más daba. Sin Ari, qué importaba ya nada. Volvió a mirar a Laura.

—No, no me gustaba darle clases. Ni a él ni a los demás —reconoció, avergonzado—. En realidad, me... aburría profundamente. Jamás me gustó ser profesor. Solo fingí que me gustaba para que la chica de la que estaba enamorado creyera que era alguien distinto a quien realmente era. Para que pensaras que yo era tan entregado y generoso como tú. Que habías tropezado con tu alma gemela en aquel pueblecito alejado de la mano de Dios.

Laura frunció el ceño, negando débilmente con la cabeza.

—Pero... el taller literario... fue idea tuya. Recuerdo el día que me lo propusiste, durante un paseo por la playa. Estabas entusiasmado. Y eras feliz dando clase a aquellos cuatro chicos —porfió, negándose a que las cosas fueran distintas a como había creído que eran—, *parecías* feliz. ¡Siempre me

estabas contando un montón de cosas de ellos! ¡Estabas tan implicado! No podías estar fingiendo todo el rato... —Le dedicó una mirada casi suplicante—. No podías, ¿verdad?

Diego se encogió nerviosamente de hombros.

—El taller no estaba tan mal... —reconoció—. Al menos, lo prefería mil veces a las clases del instituto, o a las agotadoras clases particulares con Robert. Frente a aquellos cuatro chicos me sentía casi como una especie de dios, y en cierta forma era agradable, pero no sentía ni de lejos la pasión que te transmití. Lo único que de verdad llegó a entusiasmarme un poco fue la cantidad de ideas que saqué para futuras novelas. Me interesaban como material literario... pero no como personas.

Laura sacudió la cabeza lentamente unos segundos y, luego, tratando de sobreponerse a su incredulidad, le preguntó:

—Aun así, ¿qué iba a tener Robert contra ti?

Su marido se mordió los labios antes de responder, y Laura intuyó que no iba a estar preparada para la respuesta.

—Porque, por muy fascinantes que sus almas me resultaran al principio, una vez que las cartografié, me aburrí. Y entonces empecé a... Bueno, a experimentar con el contenido del taller.

—¿A experimentar? ¿Qué quieres decir? —murmuró ella, palideciendo.

Su marido enterró la cara entre las manos y guardó silencio.

—Diego, cuéntanos qué pasó —le rogó Rocamora.

—Supongo que me puse... excesivamente oscuro —respondió él, a través del bozal de sus dedos—. ¡Yo solo quería estimularles para que sintieran algo distinto! —Levantó el rostro, desafiante—. ¡Despertar sus conciencias adormecidas! Quería comprobar hasta qué punto un alma sencilla puede comprender la belleza, pero no esa belleza común que todo el mundo entiende: la de un hermoso atardecer o la de un lago en calma —aclaró con una sonrisa un tanto soñadora—. Quería que descubrieran la poesía que reside en el sufrimiento, en el miedo, en el dolor... o en la muerte. Comenzamos entonces a estudiar las visiones oníricas de William Blake. Y continuamos con los poetas románticos. Apagábamos las luces, llenábamos el aula de velas y leíamos a Shelley, Byron y Keats, cuyas muertes prematuras habían sido el perfecto

corolario a sus exaltadas vidas. O pasajes de *Las penas del joven Werther*, la famosa novela de Goethe, en la que el protagonista se vuela la tapa de los sesos con una pistola a causa de un amor no correspondido, y que provocó una oleada de suicidios entre aquellos de sus lectores que se hallaban en la misma encrucijada. Y leímos también a algunos escritores que habían rubricado sus existencias con el suicidio, como Virginia Woolf, Hemingway, Mishima o Pavese. Los conduje de la mano al corazón mismo de las tinieblas. Les hablé del eterno terror, de la infinita soledad que siempre acompaña a los auténticos creadores. Les expliqué que para algunas almas elevadas, vivir en un mundo desagradable y mediocre es sencillamente un infierno. Que los verdaderos artistas no son aquellos que «hacen» arte durante sus vidas, sino aquellos que toman su propia vida como una obra de arte. Y esos artistas, los verdaderos, tienen la necesidad, incluso la obligación, de poner fin a su obra cuando la crean terminada. —Sacudió la cabeza con pesar—. Dios, reconozco que llegué a estar bastante inspirado en algunas de aquellas clases, pero... jamás pensé que pudieran tomarse todo aquello en serio. Ni siquiera creí que me estuvieran entendiendo. Pero entonces, un día, a punto de terminar el curso...

—Santi se suicidó —terminó Laura, en un susurro horrorizado—. Metiéndose en la boca la escopeta de su padre.

—¡Joder! —exclamó Rocamora—. ¿En serio?

—¡Cómo iba a imaginar que algo así podría ocurrir! —se defendió Diego—. Os lo juro. Me quedé aterrado, en estado de *shock*. Lo primero que pensé fue que, si los chicos contaban lo que habíamos estudiado en el taller, los padres de Santi podrían acusarme de haber incitado a su hijo al suicidio. Después de todo, se lo había vendido como una forma digna, célebre y atractiva de acabar con la insatisfacción vital. «No se trata de saber si un hombre es débil o fuerte —recitó—, sino de si puede soportar la extensión de su desgracia, sea cual sea; y me parece tan ridículo decir de un hombre que se suicida que es cobarde, como absurdo sería dar el mismo nombre a quien muere de una fiebre maligna.» ¡Eso les leía! ¿Quién dudaría de que había condicionado a Santi? Enfermé por culpa de la preocupación...

—Sí, lo recuerdo —asintió Laura, con los ojos brillantes—. Tuviste que guardar cama varios días. Tenías fiebre, vomitabas... —Meció la cabeza

despacio—. Creí que era por el dolor de la pérdida.

—Claro que me *dolió* que ese pobre chico muriera, Laura. Créeme. No soy ningún monstruo. Y naturalmente que me atormentaba pensar que había muerto por mi culpa. ¡Pero también tenía miedo! Miedo a la cárcel, al desprecio de la gente, a la ruina... Pero, por encima de todo —la miró a los ojos—, tenía miedo a perderte.

Laura apartó la mirada bruscamente, con ademán sobrecojido. Rocamora carraspeó:

—Entonces, ¿estás diciéndonos que ese tal Robert podría culparte del suicido de su amigo? —le preguntó.

Diego se rascó la barbilla, abismando la mirada.

—Quizás... en cierta forma... —Lanzó un suspiro, que pareció despejar sus dudas, y concluyó—: Supongo que sí, que probablemente me culpe. Quizás los demás también. Es lo que yo haría —dijo con un remedo de sonrisa.

—¿Estás seguro? —insistió el inspector.

—Sí. Además, después de la muerte de Santi, no me porté muy bien con ellos. Estaba tan aterrorizado, que rompí de golpe la relación. Fue cuando te mudaste a Barcelona. —Se volvió hacia Laura, que seguía sin mirarlo—. Un mes antes de que acabara el curso, para acondicionar nuestro nuevo hogar, ¿lo recuerdas? En cuanto te fuiste, me di de baja en el instituto y me recliné en casa. Los chicos intentaron ponerse en contacto conmigo, pero ni contesté sus llamadas, ni les abrí la puerta las veces que vinieron a mi casa. Nunca te lo conté —se lamentó—. Al contrario, te dije que los cuatro nos apoyamos mutuamente, que nos ayudamos unos a otros a superar el duelo. Pero la verdad es que, de ser su amigo y consejero, el único adulto que en sus cortas vidas los respetó y los hizo sentir especiales, pasé a ser una rata cobarde que los dejó huérfanos cuando más necesitaban un mentor. Y pese a todo, no me traicionaron. Que yo sepa, nunca le hablaron a nadie del *oscuro* temario del taller. Cuando finalmente me mudé a Barcelona para reunirme contigo, ni siquiera me despedí de ellos. Les di la espalda. Los traicioné, yo sí. Les enseñé que no podían fiarse de nadie, ni creer en nada. —Hizo una larga pausa—. Sí, supongo que tienen razones de sobra para estar enfadados conmigo.

—Pero, si tan dolidos estaban, ¿por qué no se vengaron antes? —inquirió

Rocamora—. Tenían en sus manos una forma sencilla de hacerlo: solo debían contar a algún adulto las ideas que les habías metido en la cabeza, y enseguida te verías en un bonito lío. ¿Por qué esperar todo este tiempo para devolvértela? ¿Y por qué de esta forma tan desproporcionada y arriesgada para ellos? No tiene ninguna lógica.

Diego lo miró, con la impotencia y el desconcierto dibujados en el rostro.

—No tengo ni idea. ¿Acaso tiene alguna lógica algo de todo esto?

Rocamora asintió lentamente. Luego sacó su libretita:

—Dame los nombres y apellidos de esos tres chicos. Veré por dónde andan y qué es de sus vidas.

Tras anotar los datos, el inspector se despidió de ellos, dejándolos solos en el salón. Sin romper el silencio ni mirarlo, Laura recogió las cosas del desayuno y se dirigió a la cocina. Diego permaneció allí, repasando con los ojos el intrincado dibujo de la alfombra mientras oía, en la lejanía, el correr del agua y el entrecocar de los platos. Un rato después, se levantó y se dirigió también a la cocina.

—Escucha, Laura, yo... —comenzó, nada más abrir la puerta.

Pero su mujer no lo dejó continuar. Como si hubiera estado esperándolo, se volvió hacia él bruscamente, y le espetó:

—¿Por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: tenía miedo de perderte. ¡Quería que me admiraras, que me amaras! Como yo te admiraba y te amaba a ti.

—¡Y tal vez podría haberlo hecho! —le gritó ella, extendiendo los brazos para mostrar la magnitud de su dolor—. Podría haber entendido y aceptado tu frustración, tu rabia, tu miedo... tus limitaciones. Y haberte amado con ellas. Como hacen los seres humanos reales, como se ama fuera de las novelas. ¡Al menos tenía derecho a *intentarlo*! Tenía derecho a ser ese tipo de mujer, a vivir ese tipo de amor incondicional, como el que han vivido mis padres. Pero tú no me dejaste. Me arrebataste esa opción, nunca me has dado la más mínima oportunidad de demostrarte quién soy, o cómo puedo amarte. Tú te has inventado nuestra historia de amor, has dibujado nuestros personajes, has escrito cada línea de nuestros diálogos, sin darme el derecho a réplica. No sé quién eres, pero lo peor de todo es que no me has dejado averiguar quién soy

yo. ¿Lo sabes tú, acaso? ¿Sabes quiénes somos tu mujer y tu hija? ¿Te parecemos siquiera *reales*?

Diego abrió la boca con la intención de contestar, pero de su garganta no brotaron palabras, sino un gemido, una especie de lamento tenue, prolongado y extrañamente agudo. Se llevó una mano a la boca, sorprendido por aquel sonido que surgía de su cuerpo sin que lo ordenara su cerebro, pero este continuó filtrándose entre las grietas de sus dedos como si fuese agua. Hasta que algo, muy profundo y poderoso, se rompió al fin en su interior. Los sollozos lo sacudieron con tal violencia que perdió el equilibrio. Trató de apoyarse contra la puerta, pero no llegó a alcanzarla, así que acabó aferrándose a su mujer que, asustada, había corrido a su lado al verlo tambalearse. Se abrazó al menudo cuerpo de Laura, encorvándose sobre ella, hundiendo el rostro en la curva de su cuello como un vampiro.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —gemía en un balbuceo repetido.

Laura no pudo soportar por más tiempo su peso, y ambos acabaron de rodillas, uno frente al otro, abrazados estrechamente y compartiendo las mismas lágrimas.

—Tienes razón —admitió Diego con el cuerpo tembloroso—. Nunca he sentido nada de *verdad*. No sé cómo se hace. Siempre he tenido miedo de hacerlo. Creí que si me inventaba un personaje, si me convertía en otra persona, podría controlar mi destino, escapar de él... Por favor, perdóname... quiero que Ari regrese y comenzar de cero... quiero dejar de tener miedo, por favor... estoy tan cansado de tener miedo...

—Pero ¿de qué tienes miedo, cariño? —le preguntaba Laura, acariciándole el pelo—. ¿De qué? Cuéntamelo...

Diego tomó el rostro de su mujer entre las manos y la contempló en silencio durante unos segundos.

—Del Monstruo —susurró.

—¿Del Monstruo?

Él asintió, mirándola a los ojos.

—Pero el Monstruo no existe —le replicó Laura, intentando que su voz no transmitiera el miedo que ella misma había comenzado a sentir—. Tú mismo acabas de decir que quizás haya sido Robert Raventós quién ha secuestrado a

Ari.

—Tengo que creer eso, Laura. Tengo que creer que Robert o cualquier otro es el Monstruo. O me volveré loco.

Ella fingió sopesar su respuesta durante unos segundos, mientras iba palideciendo poco a poco.

—Pero... ¿por qué? —se decidió al fin a preguntar, con un hilo de voz—. ¿Por qué te volverías loco? ¿Quién podría ser, si no es Robert o algún otro impostor?

Diego aguantó la respiración y se zambulló en el océano ámbar de sus ojos. Durante varios segundos, buceó temerariamente hacia abajo, hacia las profundidades de una sima que parecía no tener fondo, hasta que al fin llegó a un lugar tibio y acogedor en el que se sintió a salvo. Entonces, expulsó todo el aire de sus pulmones.

—Voy a contarte una historia que sucedió hace mucho tiempo. Una historia real, que nunca le he contado a nadie... —Hizo una pausa, y sonrió con tristeza antes de preguntarle—: ¿Crees en los espíritus?

16

La hija del basurero

Sangre y ámbar

Capítulo XI, página 215

Ni Guillermo Tell, ni Fausto, ni Madame Butterfly habían atraído a tanta gente al Liceo como aquel hombrecito que se disponía a cortarse la lengua para salvar a su hija. Se llamaba Emilio Dorcas y era un cincuentón menudo, que poseía un rostro anodino, un bigote formidable y una importante empresa de ultramarinos. En aquel momento aguardaba en el escenario sentado en una silla de ruedas, con la mano izquierda y los dos pies vendados. El vendaje de la mano se debía a que había perdido un par de dedos durante la primera prueba, a causa de la congelación. Los aparatosos vendajes de los pies, que le llegaban hasta media pantorrilla, se debían, sin embargo, a la segunda prueba, en la que había tenido que sumergirlos en un barreño lleno de pirañas. Para sorpresa de todos, el empresario había aguantado los diez minutos estipulados, si bien gracias a que había perdido el conocimiento mientras los mortíferos peces desgarraban su carne. Sea como fuere, esa noche estaba de nuevo allí, para enfrentar el tercer y último desafío. ¿Lo conseguiría? Si lo hacía, el

Monstruo liberaría a su hija, como había prometido en su tercera carta. En una mesita anexa descansaba la navaja de barbero que había escogido para llevar a cabo la ceremonia, y junto a ella la bandeja de plata donde debía depositar la lengua tras la amputación, para que el juez la mostrara al público.

Desde el «paraíso» de los pobres, situado en la quinta planta del teatro, el inspector Oriol Nevado no podía ver todos esos detalles con claridad, pero tenía una visión privilegiada del público, tanto del que ocupaba la platea como del que anidaba en los palcos, que era lo que verdaderamente le interesaba. Cayó en la cuenta de que debía encontrarse justo en el sitio desde el que el anarquista Santiago Salvador había lanzado las dos bombas sobre el patio de butacas veinte años antes. Si no recordaba mal, habían caído sobre las filas 13 y 14, aunque solo una de ellas había estallado, matando a una veintena de personas. Él no tenía a mano ninguna de esas innovadoras bombas Orsini que tanto protagonismo habían adquirido en aquellos años violentos, solo el medio cartucho de castañas asadas que no había tenido tiempo de terminarse, pero tuvo que contenerse para no arrojarlas sobre el público. Necesitaba descargar de alguna manera la furia que sentía por el modo en que estaba sucediendo todo lo relacionado con aquel caso, y el rebaño de burgueses que había abajo, esperando excitados a que comenzara el espectáculo, le parecía el blanco perfecto.

Su malhumor había rebotado un par de horas antes, tras la conversación que había mantenido con el subinspector Eduard Corcoll ante la fachada del Liceo. Se habían citado allí para organizar el operativo policial. Nevado iba a repartir a sus agentes por los puntos más estratégicos del teatro y las calles aledañas, porque aunque el hecho de estar allí ya suponía otra derrota, no debía olvidar que el Monstruo había insinuado en varias de sus cartas que siempre acudía como público al Liceo para comprobar de primera mano si la prueba se realizaba según sus instrucciones. El retraso del subinspector, aunque apenas fueron diez minutos, irritó a Nevado, bastante nervioso por la situación. Compró un cartucho de castañas y se concentró en devorarlas mientras observaba con ojo crítico las evoluciones de un Hispano-Suiza, el vehículo de moda, que el propio Alfonso XIII

patrocinaba. Últimamente aquellas aberraciones rodantes estaban por todas partes, se dijo, amenazando con suprimir a los caballos de toda la vida. Entonces vio aparecer por una bocacalle de las Ramblas al subinspector, un hombre no muy alto pero robusto, que llevaba el rostro emboscado por largas patillas y una barba poblada. Nevado siempre había pensado que para ser policía, tenía un aspecto demasiado patibulario, cosa que se había acentuado aún más cuando, desde que perdió el ojo izquierdo en las revueltas de la Semana Trágica, se veía obligado a lucir un parche de pirata.

—Karel se acaba de suicidar en la cárcel —lo informó al llegar a su lado.

Nevado enarcó una ceja, sorprendido, y luego sacudió la cabeza con una mezcla de pesar e indignación. Tras el secuestro de Claudia Dorcas, todas las sospechas habían recaído sobre su descomunal criado negro, y él mismo se había visto obligado a detenerlo, a pesar de que nunca creyó que fuera el culpable. Pero así estaban las cosas. El juez Carbonell y el alcalde Collaso y Gil le habían ordenado que lo arrestara de inmediato, sin entretenerse en los aburridos prolegómenos que supondría una investigación. Era necesario actuar deprisa y con determinación. Los barceloneses estaban cada vez más aterrados y enojados por la terrible situación. Aquella era ya la quinta niña secuestrada, y las familias de la alta burguesía habían amenazado al consistorio con irse de la ciudad y llevarse sus fortunas si no atrapaban al secuestrador de una maldita vez. Por si eso fuera poco, el resto de España y de Europa, y gran parte de la prensa internacional, se reía de la incompetencia de la policía de Barcelona. El propio Nevado estaba viendo como el brillante prestigio que había obtenido al resolver el caso de la Vampira del Raval se empañaba a marchas forzadas. Sus superiores estaban perdiendo la paciencia. Era preciso ofrecer a la opinión pública una cabeza de turco, y, en aquel momento, el único que tenían a mano era Karel, que además tenía el color de piel idóneo. Huelga decir que la prensa se hizo eco de la noticia con grandes titulares. Para la gran mayoría, el Monstruo ya había sido atrapado, y era uno de aquellos salvajes del África que vivían entre ellos disimulando su naturaleza animal.

Lo encarcelaron en los calabozos del castillo de Montjuïc, donde intentaron arrancarle una confesión. Nevado sabía de sobra qué clase de métodos se empleaban para tal fin. No conocía una máquina más eficaz para transformar inocentes en culpables. Y aunque aquellos días los calabozos estaban rebosantes de presuntos anarquistas, enseguida se fusilaron unos cuantos para hacerle un hueco al criado. Allí, en aquella antesala del infierno, lejos de miradas indiscretas, se le interrogó sin descanso durante tres días, pero Karel no dejó de declararse inocente. A pesar de ello, cuando llegó el día del primer reto, tanto el alcalde como el juez aconsejaron con toda tranquilidad a Emilio Dorcas que no lo llevara a cabo. No había necesidad de sufrir. El Monstruo no podría hacerle daño a la niña porque estaba en prisión. Aquel salvaje era culpable, y solo era cuestión de tiempo que confesara y les revelara dónde tenía escondida a Claudia. Nevado, en un aparte, le aconsejó al padre todo lo contrario. Por suerte, Emilio Dorcas decidió hacerle caso y no jugársela. Se sumergió en el hielo y, mal que bien, logró superar la prueba. Y al día siguiente, con implacable puntualidad, llegó la segunda carta del Monstruo, lo cual despejaba todas las sospechas sobre Karel. Resultaba imposible que hubiera escrito la carta desde la prisión, y menos en el lamentable estado en el que se encontraba, con las dos manos rotas y tuerto de un ojo.

—¡Tiene que liberar a ese pobre hombre! —le había exigido Nevado al juez, agitando la carta frente a su rostro.

—¿Se refiere a ese salvaje al que están domando en Montjuïc? —le respondió el juez Carbonell con una sonrisita irónica.

—Me refiero a un hombre inocente al que se ha arrestado simplemente por su color de piel —había replicado Nevado, sin disimular su asco.

—¿Inocente? De eso no puede estar seguro, inspector. Que no haya escrito la segunda carta no significa que no pueda estar conchabado con el Monstruo. Al fin y al cabo, metió a la niña en ese maldito tren de juguete, ¿no?... Esta carta solo nos confirmaría que tiene un cómplice. En todo caso, mejor asegurarnos. Ya lo liberaremos cuando termine toda esta locura.

Nevado decidió no perder ni un minuto de su valioso tiempo informando al juez de lo que opinaba de él. Porque si una cosa estaba clara era que la

pesadilla no había terminado. El Monstruo seguía libre.

—¿Cómo se ha matado Karel?— preguntó Nevado a su subalterno.

—Según parece, al enterarse de que el tercer reto que debía superar el padre de Claudia consistía en arrancarse la lengua, él mismo decidió llevarlo a cabo —explicó Corcoll—. No debía confiar demasiado en que su antiguo patrón pudiera realizarlo, después de cómo había superado la prueba de las pirañas. Así que llamó a un carcelero y le dijo que quería dictarle una carta para el juez. El carcelero, creyendo que se trataría de una confesión, se apresuró a llevarle papel y pluma. Pero Karel solo pronunció unas pocas palabras: «El hombre blanco me lo ha robado todo: mi vida, mi futuro y mi libertad. Solo me quedan dos cosas por entregar: mi alma a Dios y mi lengua al Monstruo». Acto seguido, lanzó un grito atroz y se mordió la lengua hasta seccionársela de cuajo. Entonces empezó a asfixiarse con su propia sangre. Los guardias, sobrecogidos por lo que acababan de ver, se limitaron a dejarlo morir.

—Dios santo... Pobre infeliz —murmuró Nevado.

Desde el palco en el que se encontraba ahora, el inspector sacudió la cabeza, deshaciéndose de aquellos desagradables pensamientos, y paseó una mirada lenta por el público que abarrotaba el teatro. Los barceloneses se quejaban de que estuvieran secuestrando a sus hijas, pero se habían vuelto adictos a aquellos macabros espectáculos. Sin embargo, una de esas personas no estaba allí por algo tan primordial del ser humano como el morbo. Estaba allí porque era el Monstruo, y quizás en aquel momento lo observaba desde algún palco con unos anteojos, disfrutando de su frustración. ¿Quién sería?, se preguntó, impotente ante aquella infinita plantación de rostros.

De pronto, en uno de los palcos de la tercera fila distinguió a su hermano Héctor, que había acudido acompañado de su esposa. Durante un segundo, sus miradas se encontraron, antes de que Héctor la apartara, fingiendo que no lo había visto. Pero a Nevado no le quedó ninguna duda. Lo había visto, e incluso había sonreído con sorna mientras volvía su mirada al escenario. El inspector apretó los dientes, aguantándose las ganas de bajar al palco y decirle cuatro cosas. Que su propio hermano hubiera

desoído sus recomendaciones, acudiendo a presenciar aquel espectáculo atroz, hacía que le hirviera la sangre. Pero sabía que Héctor no estaba allí por el morbo. Su hermano no era hombre de vicios o bajas pasiones, le faltaba imaginación para ello. Héctor era un hombre recto y anodino, de esos a los que les gusta comer siempre a la misma hora, hacer el amor de la misma forma y poner su dinero a trabajar. Cuando de pequeños él intentaba hablarle de las novelas de detectives que tanto le gustaban, o le proponía jugar a los misterios, Héctor lo miraba como si estuviera loco. «Tengo cosas más serias que hacer —le respondía invariablemente—, como ayudar a papá y a mamá en la tienda.» Así que si Héctor estaba allí esa noche era por dos razones bien distintas a las del resto del público. La primera: para figurar; por eso había alquilado aquel palco que a todas luces estaba fuera de las posibilidades de un modesto comerciante como él. Y la segunda, para disfrutar en vivo del fracaso de su hermano. Cuando atrapó a la Vampira del Raval, convirtiéndose en una especie de leyenda en Barcelona, Héctor había sido el único que no lo había felicitado, así que Nevado lo tenía claro. Observar cómo el antiguo héroe de la policía se iba convirtiendo día a día, víctima a víctima, en el hazmerreír del mundo entero, era sin duda el espectáculo que Héctor había venido a ver.

Pero la pequeña Claudia Dorcas sería la última víctima del Monstruo. Conseguiría atraparlo antes de que secuestrara a otra niña, se dijo. Enriqueta Martí, la Vampira del Raval, había prostituido y asesinado a doce niños, pero el Monstruo no alcanzaría esa cifra. Él lo impediría, como había impedido que aquella siniestra curandera continuara proveyendo a la alta sociedad barcelonesa de los ungüentos y jarabes para la sífilis o la tuberculosis que preparaba con la sangre, los huesos y los órganos de los niños que mataba. Nevado había sido el agente que había localizado su guarida de la calle de Poniente, donde, aparte de dos niñas desaparecidas, encontraron una habitación secreta en la que almacenaba docenas de frascos llenos de grasa y sangre coagulada. También habían descubierto la lista de clientes de la bruja, que Nevado pudo leer antes de que el brigada Ribot la requisara como prueba. El listado no había trascendido a la prensa, pero él jamás podría olvidar los nombres de los ricos comerciantes, abogados,

médicos y políticos que figuraban en aquel mugriento pedazo de papel. Aquellos nombres le habían hecho perder la fe en el género humano y recelar de todo el mundo. Le habían hecho comprender que cualquiera podía ser un monstruo. Hasta su propio hermano.

El murmullo de excitación que recorrió al público como una ola, lo sacó de sus cavilaciones. El juez había dado comienzo a la prueba y, con gesto decidido, Emilio Dorcas había tomado la navaja con su mano sana, aunque ahora se limitaba a sostenerla junto a su cara con el pulso tembloroso. Movido por un impulso, Nevado decidió bajar hasta el patio de butacas. Era tan probable que el Monstruo hubiera escogido un asiento en las primeras filas para no perderse ningún detalle de la ceremonia como que acechara desde cualquiera de las plantas altas por temor a exponerse demasiado, pero no perdía nada por escrutar los rostros del patio de butacas. Se abrió paso entre el modesto público del gallinero, hombres y mujeres que probablemente se habían gastado sus ahorros para poder disfrutar de un espectáculo cuyas víctimas, al contrario que en el caso de la Vampira del Raval, estaban siendo escogidas de entre las clases adineradas, al menos de momento, lo cual debía de suponerles un aliciente extra, y se encaminó hacia la escalera a grandes zancadas. Llegó a la planta baja justo cuando Emilio Dorcas extendía su lengua y acercaba a ella la temblorosa navaja. Sudaba a chorros, estaba pálido y los ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas. No va a ser capaz, pensó el policía, mientras un silencio expectante inundaba el teatro. Nevado observó a algunos fotógrafos apostados ante el escenario, con el trípode, la cámara, las placas y el resto de su pesado equipo diseminado a su alrededor, preparados para inmortalizar el momento en el que Emilio Dorcas se segara la lengua. También le pareció atisbar a un operario de los hermanos Pathé filmando la prueba para sus noticiarios. Con un discreto movimiento de cabeza, le ordenó al subinspector Corcoll que se encargara del pasillo de la derecha, mientras él vigilaba los tensos rostros del público hacinado en el izquierdo.

En el escenario, Emilio Dorcas apoyó la navaja sobre su lengua y ejerció una levísima presión. Al instante, un hilito de sangre manó del corte y se deslizó morosamente por la hoja de la navaja. Del público brotaron

varios jadeos horrorizados. Emilio Dorcas, sin embargo, no continuó con el tajo. «¡Hazlo rápido, Emilio, no te lo pienses!», le aconsejó alguien del público. El hombrecillo entrecerró los ojos y una mancha oscura empezó a extenderse por la pernera de sus pantalones. «No va a conseguirlo —se dijo Nevado con pesar—, y mañana tendremos que recoger de alguna parte el cadáver de una niña sin lengua y sin Dios sabe qué más.» Entonces, para decepción de los espectadores, la navaja se escurrió de la mano del hombre y cayó al suelo. Emilio Dorcas parpadeó, lívido y mareado, y se encorvó para recogerla, pero perdió el equilibrio y resbaló de la silla de ruedas. Permaneció de rodillas y empezó a sollozar.

—*No puc, no puc...* —gimió.

Enterró el rostro entre sus manos y así, encogido como en una lapidación, recibió los abucheos del público. Una mujer de unos cincuenta años irrumpió entonces en el escenario desde un lateral y se arrodilló junto al hombrecillo. Nevado la reconoció enseguida: era Elvira Dorcas, su esposa, y se encontraba en un estado lindante con la histeria.

—*Has de fer-ho!, HAS DE FER-HO!* —le gritó a su marido, sacudiéndolo por los hombros—. *Si us plau, Emili...*

Emilio Dorcas miró a su mujer. Una inmensa tristeza se reflejaba en sus ojos, mientras que de la boca le chorreaba un hilo de sangre.

—*Ho sento tant, amor meu...* —murmuró, buscando algo en el interior de su chaqueta.

—*No, no, no em diguis això...* —exclamó la esposa, rompiendo también a llorar.

—*No et preocupis.* —Le sonrió su marido con pesar—. *Aviat estarem tots junts...*

Nevado comprendió que algo iba mal. Desde su posición, debido al bullicio que armaba la platea, no podía oír la conversación del matrimonio, pero había podido leer los labios de Emilio Dorcas.

Pronto estaremos todos juntos...

—¡Detenedlo! —gritó a los agentes que había apostados cerca del escenario.

Pero su orden se perdió entre el guirigay de abucheos e insultos

proveniente del público. Impotente, corrió hacia el escenario, sin dejar de gritar, mientras Emilio Dorcas sacaba algo del bolsillo y se abraza a su mujer. Nevado comprendió que se hallaba demasiado lejos para impedir lo que iba a suceder. Oyó el disparo con una mueca de resignación y vio a Elvira Dorcas desplomarse hacia atrás, sujetándose el vientre con ambas manos. La sangre comenzó a manar a borbotones de entre sus dedos crispados. Parte del público, los que empezaban a comprender lo que estaba sucediendo, dejó de gritar, pero el clamor aún era demasiado ensordecedor como para que la voz de Nevado se impusiera sobre el estruendo. Emilio Dorcas, de rodillas, miró al público. Ahora podía verse claramente que lo que empuñaba en la mano era una pistola. Con el rostro desencajado en una mueca demente, apuntó hacia las primeras filas. Al verlo, muchos se agacharon, protegiéndose la cabeza con las manos, pero la mayoría se levantó en una estampida que se desbordó por los pasillos laterales. Nevado se encontró el tumulto de cara y tuvo que avanzar a contracorriente, con denuedo de salmón. Mientras pugnaba por abrirse paso, o por no ser arrollado, logró distinguir al subinspector Corcoll braceando del mismo modo en su pasillo, pero calculó que aún se encontraba más lejos del escenario que él. Entretanto, Emilio Dorcas barría el aire con su pistola, sin decidirse a abrir fuego.

—¡Soy un buen padre! —le oyó gritar—. ¿Me oís, miserables? ¡Soy un buen padre!

Nevado alcanzó el borde del escenario sin que el hombrecillo hubiera disparado aún, y saltó. Emilio Dorcas lo encañonó en cuanto lo vio aparecer.

—Tranquilo, Emilio, tranquilo... —le dijo el inspector, levantando las manos para demostrarle que no iba armado—. Tira el arma, por favor.

Emilio Dorcas le dedicó una mirada ida, meditabunda. Observó entonces la pistola que tenía en la mano, como si acabara de descubrirla, y, con un gesto resuelto, se la introdujo en la boca.

—¡No! —gritó Nevado, abalanzándose sobre él.

Pero no fue lo bastante rápido. El hombre apretó el gatillo y su pequeña cabeza estalló en mil pedazos. Trozos de cerebro y chorros de sangre

volaron por todas partes, impactando algunos de ellos sobre el rostro de Nevado.

Así iba a acabar él si la cosa no mejoraba pronto, se dijo Rocamora: salpicado hasta las cejas de sangre. Cerró la novela y la dejó sobre la mesa, junto a la tradicional montañita de tabaco. Debía reconocer que cada vez le salían mejor. Se estaba convirtiendo en todo un arquitecto de cordilleras en miniatura. Quizás, cuando le dieran la patada de la policía, podría dedicarse a decorar maquetas de trenes. En ese momento, Olaya entró en su despacho derrumbando su obra con una ráfaga de aire.

—La comisaria Bargalló y el juez Peralta nos esperan en la sala de reuniones, Gerard —le informó.

Rocamora soltó un suspiro melancólico, digno de una damisela con mal de amores. Se levantó y ambos se reunieron con Riera y Rojas, que aguardaban fuera. El grupo caminó hacia su fatal destino con expresión sombría, como prisioneros que van a ser fusilados. Todos intuían que la comisaria no iba a estar precisamente de muy buen humor.

Y no lo estaba, no. La comisaria los recibió con una mueca doliente, como si llevara un cilicio bajo su masculino traje de chaqueta. Era una mujer enjuta, de edad indefinida. Dependiendo de donde uno posara sus ojos, parecía tener cuarenta y muchos o sesenta y pocos. Poseía un rostro de mejillas hundidas, cuyo cutis, erosionado de arrugas, parecía desconocer la existencia de las cremas hidratantes. Sin embargo, su cuerpo se antojaba esbelto y fibroso, inquietamente juvenil, y parecía animado por una corriente galvánica, como si acabara de volver de la consulta del doctor Frankenstein. Pero nada de todo eso producía tanto repelús como su voz aguda y aflautada, espeluznantemente infantil. El juez Peralta, en cambio, tenía un rostro sonrosado y mullido, uno de esos rostros donde sueñan con hacer blanco los corchos del champán, que junto a un cuerpo redondo, ribeteado de volantes de carne flácida, y a su escaso cabello, le conferían el aspecto vulnerable de un molusco extraído de su concha. Estaba sentado junto a la comisaria y les sonreía como si padeciera de almorranas.

La unidad de Rocamora se repartió por las sillas libres con gesto contrito, sin levantar la mirada hacia la comisaria, quien esperó a que todos se hubiesen acomodado para arañar el silencio con su voz de huerfanita de Dickens:

—Bien, creo que todos ustedes conocen al juez Peralta. Él será quien dirija la reunión, al ser la máxima autoridad al frente del caso. Las preguntas, por lo tanto, deberán dirigírselas a él. También las excusas que hayan preparado para justificar por qué no están avanzando en la investigación. Yo me limitaré a quedarme callada, observándolos con sumo desprecio e imaginando las terribles venganzas que llevaré a cabo contra ustedes cuando mi cabeza ruede por culpa de su incompetencia. ¿Ha quedado claro, jolines?

Todos asintieron en silencio. En vez de recurrir a las habituales palabrotas, la comisaria solía manifestar su enfado mediante exclamaciones infantiles, de esas que ya solo perviven en los tebeos, pero se las arreglaba para que el efecto fuera el mismo, incluso peor.

—Perfecto —asintió la mujer a su vez—. Adelante, Ricard. —Y le hizo al juez un gesto con la mano, como si le arrojara un puñado de confetis—. Todos tuyos. Haz que prefiriesen estar muertos.

El juez Peralta asintió con la cabeza y luego les dirigió a los presentes la misma mirada amenazadora que podría urdir un calamar a la plancha.

—Bien, bien... La comisaria y yo hemos estado estudiando atentamente sus informes, en particular el dedicado al segundo reto propuesto en la carta del...

—Y, como podrán suponer, esperamos que sea una broma —le interrumpió la Bargalló, mientras rescataba con aversión una copia de la carta de la costra de papeles que cubría la mesa—. ¿La cigüeña? ¿En serio? ¿Un método de tortura medieval? —preguntó a nadie en especial.

Todos miraron en silencio el papel que sostenía la comisaria.

—Concretamente del periodo comprendido entre los años 1500 y 1650 —puntualizó Olaya, recogiendo el guante.

La comisaria lo atravesó con la mirada.

—No me diga.

—No, no lo digo yo. —Olaya sacudió las manos con ademán modesto, declinando cualquier tipo de mérito—. Lo dice Rojas, que es nuestra experta. ¿No es así, Mireia?

La informática forense dio un respingo, como si se le hubieran electrificado todos los *piercings* repartidos por el cuerpo, incluida la media docena que no tenía a la vista.

—Oh, sí, eh... correcto. —Se aclaró la voz innecesariamente—. La cigüeña, o *cicogna* en italiano, que es como aparece citada en varios archivos judiciales e inquisitoriales venecianos, romanos y milaneses de dicho periodo, fue un método de tortura muy popular en toda Europa. Se trata de un aparato sencillo que sujeta a la víctima por el cuello, muñecas y tobillos mediante tres argollas de hierro, tal y como aparece en la ilustración que le he adjuntado en uno de los informes... —Señaló tímidamente el montón de papeles.

Con expresión hastiada, la comisaria empezó a rebuscar en ellos hasta encontrar el dibujo.

—Ah, sí, ya lo hemos visto —dijo, echándole un asqueado vistazo. Luego le hizo una seña de impaciencia al juez—. ¿A qué esperas, Ricard? ¡Diles lo que opinamos sobre esto, puñetas!

El juez se irguió un poco en la silla y realizó unos carraspeos introductorios, antes de empezar:

—Pues bien, la comisaria y yo opinamos...

—¡Opinamos que pagaríamos por verlos a cada uno de ustedes metidos en este trasto! —lo interrumpió de nuevo la mujer, mientras fulminaba al grupo con ojos relampagueantes—. ¡Eso es lo que opinamos, ostras! Ah, sería tan satisfactorio tenerlos inmovilizados en un chisme de esos, mientras el vulgo se dedicaba a tirarles huevos podridos y excrementos de bueyes.

Todos meditaron profundamente sobre la idea que tenía la comisaria de la vida cotidiana en la época medieval. Pero como nadie abrió la boca, la informática forense se vio obligada a continuar:

—Bueno, me temo que los huevos y lo demás no serían la peor de nuestras desdichas, ya que, aparte de inmovilizar a la víctima, la cigüeña es, ante todo, un espantoso instrumento de tortura. Ahí donde lo ve, la postura del dibujo provoca un padecimiento extremo. A los pocos minutos, el reo empieza a sufrir fuertes calambres por todo el cuerpo: comienzan en los músculos abdominales y rectales, después se extienden a los pectorales y cervicales y, por último, a las extremidades. Y van aumentando rápidamente de intensidad

hasta hacerse prácticamente insoportables. Con el paso de las horas, llevan a una única, continua y atroz agonía.

—Qué suerte no haber nacido en la Edad Media —comentó el juez en tono jocoso.

La comisaria lo fulminó con la mirada.

—¿Y qué tipo de lesiones provoca esa cosa? —inquirió luego, dirigiéndose a la forense.

—Bueno... —respondió Rojas—, hemos consultado con algunos médicos y parece ser que, a pesar del insoportable sufrimiento, no tiene por qué causar lesiones graves o permanentes, al menos en las siete horas que exige el reto. Algunas sí, claro. Sobre todo desgarros musculares, mayormente en la zona anal.

—¡Zambomba! —exclamó la comisaria, espantada.

—Pero incluso eso podría minimizarse si durante estos tres días el señor Arce realizara ejercicios de estiramiento y aprendiera técnicas de relajación —trató de tranquilizarla la informática—. Incluso aconsejan que realice pequeños ensayos dentro del aparato... Por supuesto, con solo tres días de entrenamiento no evitaría el inmenso tormento al que tendrá que enfrentarse, pero al menos le serviría para que la musculatura se recuperara mejor después de la prueba y, también, para estar mentalmente preparado.

—¡Este trasto es una salvajada! —recapituló la comisaria—. ¿Y dónde vamos a conseguir uno? Me imagino que no los venden en Leroy Merlin.

—¡En Leroy Merlin...! —celebró el juez Peralta con una risita.

—No, claro que no —respondió Rojas, sin atreverse del todo a sonreír—. Existen muy pocos ejemplares en el mundo. Hemos localizado uno en el museo de la Tortura de Friburgo y otro en la Torre de Londres, conocido este último como la Scavenger's Daughter, la Hija del Basurero. Hemos contactado con ambos museos. No pueden cedernos los originales, naturalmente, pero van a enviarnos fotografías y dibujos detallados para que fabriquemos una copia exacta, como el Monstruo sugiere en su carta.

—Hemos hablado con un herrero que asegura que podría hacerlo en pocas horas —intervino al fin Rocamora, tomando el relevo—. Después de todo, se trata de un mecanismo muy sencillo. Por cierto, también hemos comenzado a

investigar a todos los herreros, cerrajeros o talleres similares de la ciudad, por si recibieron un encargo de este tipo en el último año. Es muy probable que el secuestrador tenga su propia reproducción. De menor tamaño. Ya sabe... —Apretó la mandíbula—. Para usarla con la niña si el padre no supera la prueba.

—Veo que han hecho un buen trabajo y que han pensado en todos los detalles —dijo la comisaria.

—Eso esperamos —respondió el inspector, sorprendido por el halago.

—Aunque... —La comisaria elaboró un extraño chasquido con la lengua, como si emulara el sonido de una ratonera—, me temo que se han olvidado de uno. Uno muy pequeñito, casi insignificante...

Hizo una pausa de efecto, que a juicio de los presentes se prolongó demasiado.

—¿A qué detalle te refieres, Simona? —preguntó el juez, interesadísimo.

—¿Cómo que a qué detalle? —exclamó la mujer, en un tono tan agudo que todos los perros del barrio debieron de volverse locos—. ¡Ricard, pensé que me seguías! ¡Me refiero a lo que hemos discutido antes, que no vas a autorizar la emisión de la segunda prueba! ¡No podemos dar luz verde a esta locura!

El juez Peralta sacó pecho y se irguió en toda su estatura, como un tubo de pasta de dientes apretado violentamente por el extremo inferior.

—¡Por supuesto que no! ¡Esto es un absoluto desvarío, un delirio mayúsculo! Ningún juez autorizaría esta barbarie, y, desde luego, yo no voy a hacerlo —aseguró, mirando al inspector con gesto desafiante—. Y diré más: creo que nunca debí permitir que se realizara el primer reto.

—Y ahora esa niña estaría muerta, después de haber sido obligada a comerse una mierda de perro —contestó Rocamora sin elevar la voz, pero impregnando cada palabra de la rabia asesina que empezaba a desbordarlo. El juez se dejó caer en la silla, visiblemente intimidado. Rocamora intentó calmarse—. Juez Peralta —dijo con suavidad—, esto lo hemos organizado solo por si acaso. Vamos a hacer todo lo humanamente posible para que Diego Arce no tenga que realizar el reto.

—Bien, en ese caso... —comenzó el juez.

—No hay más que hablar —terminó la comisaria—. El juez Peralta

prohíbe terminantemente que esta prueba se realice. Lo cual no debería suponerle ningún problema, inspector. Acaba de asegurar que no tendrá que hacerse, ya que atrapará antes al culpable.

—¡Pero no podemos arriesgarnos, joder! —estalló Rocamora, dando un puñetazo sobre la mesa, que provocó que el juez diera un brinco en su silla.

—¡Cuide esos modales, inspector! —le reconvino la comisaria, en el mismo tono—. ¡Está hablando con un juez de la Audiencia Nacional!

Rocamora se desentendió del juez, que intentaba afianzarse en la silla tras el segundo bote, y clavó sus ojos en ella.

—Comisaria, es necesario que entienda esto —le dijo, tratando de controlar su agitación—: si por una fatalidad no pudiéramos atrapar al Monstruo antes del plazo, y Diego Arce no realizara el reto, entonces, ese psicópata... —Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños, horrorizado ante la espantosa imagen que acababa de cruzar por su mente—. Bien —se sobrepuso—, el Monstruo metería a la pequeña en ese horrible instrumento durante siete largas horas. Y mientras la pobre niña gritara y llorara, suplicando que la liberasen de un sufrimiento atroz que no alcanzaría a entender, el Monstruo permanecería a su lado, recordándole que estaba padeciendo aquel tormento por culpa de su padre, que había sido su adorado papá quien había preferido que fuera ella, y no él, quien lo sufriera. En eso consistirían las últimas siete horas de vida de esa niña, comisaria: en un sufrimiento inconcebible y en la certeza de que su padre no la quería lo suficiente para ahorrárselo. Y después, moriría.

Se hizo un silencio sepulcral. La comisaria apartó la mirada de Rocamora y la enterró en los papeles que tenía delante.

—Todo esto es una locura, una locura... —Cabeceó—. ¡Una auténtica locura! —Alzó la cabeza y miró al inspector con una expresión que de pronto casi resultó humana—. No crea que no lo entiendo, Gerard. Por supuesto que me hago cargo de la terrible situación. Pero usted debe entender las presiones a las que está siendo sometido este departamento. No solo provienen de Madrid. El mismísimo FBI nos ha llamado. Varias asociaciones mundiales amenazan con denunciarnos por diversos delitos contra la moral que al parecer ha sido vulnerada por la emisión del primer vídeo. Si dejamos que el

segundo se emita, rodarán cabezas, y ninguna será lo bastante importante para salvarse.

—Pero si el padre decide aceptar los retos libremente para salvar a su hija... —intentó razonar Rocamora—, ¡qué derecho tenemos a impedirselo!

—¡Pero Arce no está actuando libremente! —le replicó ella con mal reprimida impaciencia—. Está siendo coaccionado por el secuestrador de su hija. Y si dejamos que ese loco lleve a cabo sus exigencias, estaremos plegándonos al chantaje de un criminal. ¿Qué pasará si el tercer reto consiste en que mate a alguien en directo? ¿Tendremos que dejarle también que lo haga? ¿Dónde están los límites?

Durante unos segundos, la comisaria y el inspector se sostuvieron la mirada, como duelistas midiendo al rival. Peralta los miraba indistintamente, como alguien que pasaba por allí y necesitaba preguntar una dirección.

—O sea, que pretenden jugar con la vida de una niña —sentenció finalmente el inspector.

—¿Le parece que estamos jugando? ¿Eso es lo que le parece? ¡No me jorobe, inspector! ¿Tiene acaso una ligera idea de todo lo que estamos haciendo? ¿Sabe algo de la titánica maratón de reuniones que nos pegamos el juez Peralta y yo durante los dos días que estuvimos en Madrid? ¡Apenas conseguimos dormir un par de horas!

—Cada uno en su habitación, por supuesto —puntualizó Peralta con un deje melindroso.

La comisaria se volvió hacia él con la boca abierta.

—¿A qué viene eso?

—Eh... La frase se prestaba a ser malinterpretada, Simona —le aclaró el juez algo amedrentado—. Y aunque tú seas viuda y yo soltero, y por lo tanto ambos libres como el viento, debemos dejar claro ante el mundo que estamos casados con nuestro deber.

La comisaria Bargalló observó al juez de arriba abajo con gesto patibulario, como si tomara medidas para su ataúd, pero rehusó comentar nada y se volvió hacia Rocamora.

—Hace cinco días todo el mundo estaba histérico en el Ministerio del Interior. Pero con un gran esfuerzo por nuestra parte, el juez y yo conseguimos

calmar los ánimos. Les aseguramos que teníamos al mejor equipo del mundo trabajando en este caso, con usted a la cabeza, inspector. Les hablamos de su currículum, de su extraordinario expediente. Pero ya han pasado cinco días de aquello. No pudimos impedir la primera prueba. En cambio, sí hemos conseguido que el abogado de Héctor Arce nos denuncie por brutalidad policial, y el de los hermanos Cardona, por causarle un trauma psicológico a una niña pequeña. Las presiones internacionales son cada vez más fuertes. Internet ha sobredimensionado este asunto hasta un punto que se está saliendo de cualquier previsión. ¡Incluso existen ya varias páginas de fans del Monstruo! ¡Seguidores del Monstruo! ¿Se da cuenta de lo que puede significar eso? ¿Y si comienzan a aparecer imitadores? ¿Y si el Juego de los Retos se convierte en una moda? ¡No podemos seguir emitiendo estos vídeos obscenos! Sería como incitar a todos los psicópatas del mundo, como decirles que tienen carta blanca para desatar sus más bajas pasiones. ¡Este departamento no puede asumir esa responsabilidad, jolines!

—No habrá más vídeos, comisaria —le aseguró Rocamora, mirándola a los ojos con toda la firmeza de la que fue capaz—. Atraparemos antes al Monstruo.

—«Atraparemos antes al Monstruo.» Esas palabras me resultan muy familiares, inspector. ¿De qué me suenan? —La mujer le dedicó una sonrisa siniestra—. Ah, sí: ¿no son exactamente las mismas que me dijo antes del primer reto?

—Exactamente las mismas —corroboró Peralta, con repentino afán de notario.

—Vale, de acuerdo —se rindió Rocamora—. ¡Tiene razón! No puedo asegurar que vaya a coger al Monstruo antes de la segunda prueba. Pero... ¡por el amor de Dios! —exclamó, dominado por la desesperación—. ¡Estamos hablando de dejar que torturen a una niña, cojones! ¿Nos hemos vuelto locos?

La comisaria no se sulfuró esta vez ante el exabrupto de su subalterno. En vez de eso, le lanzó una mirada difícil de catalogar, circunstancia que aprovechó el juez Peralta para intervenir apresuradamente:

—¡Inspector! —le reconvino—. Le recomiendo que deje de faltar al respeto a sus superiores, o me verá obligado a... mm... expulsarlo de la sala. Y

sobre la emisión del maldito vídeo, mi última palabra es que...

—Tendremos que dejar que se emita —murmuró la comisaria como para sí, desconcertando al juez y al resto de los presentes—. Gerard tiene razón. —Cabeceó casi con rabia—. Simplemente no podemos hacer otra cosa. No podemos.

—Por supuesto, eso era exactamente lo que me disponía a decir —se recuperó el juez con admirable soltura—. Mi última palabra es que se emita el vídeo, si no pueden ustedes impedirlo atrapando antes al secuestrador, claro. Y que Dios nos pille confesados.

—Gracias —dijo Rocamora, dirigiéndose a ambos—. Les juro que haremos todo lo posible para que...

—¡Más le vale! —lo amenazó la Bargalló—. ¡Si siguen cagándola, hasta el FBI podría quitarnos el caso! Y no creo que a esa gente le preocupe la seguridad de esa niña. No tanto como a usted, eso se lo aseguro.

—¡No puede permitir que eso suceda! —protestó Rocamora—. ¡Estamos haciendo progresos!

—¿Progresos? ¡Atiza! ¿Cuáles? —exclamó la comisaria con el tono estridente de un bebé hambriento—. ¡No se referirá a esos tres chicos que fueron alumnos de Diego Arce hace la tira de años! Ya le he dicho antes por teléfono que no vamos a investigarlos. ¡Es absurdo! Solo porque el escritor mantuvo con uno de ellos una discusión sobre una frase hecha que aparece en esa carta, no podemos considerarlos sospechosos. No vamos a perder el tiempo recorriendo ese camino. Seríamos el hazmerreír de todos. Además, uno de esos chicos es nada menos que el hijo de Pelayo Martorell, cuyos tentáculos llegan a más sitios que una escobilla de váter, y todos lo sabéis. Si investigamos a su hijo, su gabinete jurídico se nos echará encima sepultándonos bajo todo tipo de cortapisas. ¡Y todo lo que nos retrase, sin un beneficio patente, es inaceptable! Sencillamente, no tenemos tiempo para perder en hipótesis absurdas. —Suspiró con exasperación.

—Comisaria, si me permite... —dijo Olaya, que durante todo este tiempo había permanecido plácidamente recostado en la silla, contemplando el hipnótico oscilar de su pie izquierdo sobre la rodilla derecha.

—¡Lo único que podría permitirle ahora mismo es algo que se parezca

mínimamente a una pista o a un sospechoso principal!

—¡Guau, me ha leído la mente! —exclamó Olaya con fascinada sorpresa—. Eso es precisamente lo que me disponía a ofrecerle: una jugosa pista y un sospechoso principal. —Y tras lanzar aquella información sobre la mesa con la perfecta indiferencia de un jugador de naipes, Olaya se levantó de la silla con un movimiento ingrátido, como si un arnés lo hubiera alzado desde el techo, y se acercó hacia la comisaria—. Si me permite —insistió—, no hemos tenido tiempo de hacerle llegar este último informe antes del comienzo de la reunión. —Le tendió un folio que había aparecido en su mano como por arte de magia, e hizo otro tanto con Peralta—. Y aquí hay otra copia para ti, Ricard. Por cierto, ¡tu revés ha mejorado notablemente! Se me olvidó decírtelo el otro día en el club... ¿has estado entrenando últimamente?

—Oh, muchas gracias, pues lo cierto es que...

—¿Qué es esto? —preguntó la comisaria mirando el papel con desconfianza, como si contuviera una selección de los mejores versos satánicos.

—Recordará que cuando estuvimos charlando con el doctor Bassol en su piso de Gracia, este nos aseguró que no conocía a Diego Arce, ni había leído nada de él —le contestó Olaya.

—*Otra vez con lo mismo...* —empezó Rocamora.

—¡Silencio, inspector! —lo hizo callar la comisaria—. Siga.

—Pues bien —continuó el subinspector, agradeciéndole el gesto con una deslumbrante sonrisa—, el doctor nos mintió. Hemos dado con la librería en la que Bassol compraba en Londres. Se trata de un pequeño establecimiento muy cercano a su último domicilio, la típica librería de barrio que ha pertenecido a cinco generaciones de librereros. El tipo de comercio al que sería adicto alguien que compra café ecológico sin moler y ese tipo de cosas. En fin, el caso es que hemos hablado con el librero por teléfono. Resulta que recuerda perfectamente al simpático doctor Bass, el médico que durante años estuvo abasteciéndose allí de raros ejemplares para su extensa biblioteca. «*A good costumer and a reader with an exquisite criterion*», nos dijo refiriéndose a él. Por eso le sorprendió tanto que un buen día, pocos meses antes de mudarse a España, comprara de golpe las tres novelas de Diego Arce, un autor y un

género muy diferentes a sus gustos habituales.

La comisaria Bargalló se giró hacia Rocamora, con los brazos abiertos:

—¡Por el amor de Dios, inspector! ¿Y se puede saber por qué no me informó de esto cuando me llamó esta mañana, en vez de marearme durante diez minutos con la tontería esa de los alumnos enfadados con su profesor?

En vez de contestarle, Rocamora dedicó una mirada de profundo odio a Olaya.

—Porque acabo de enterarme justo ahora —rezongó de mala gana.

—¿Y cómo es eso? —inquirió la mujer—. ¿No está al cargo de la investigación?

—Oh, *mea culpa, mea culpa* —intervino Olaya, sonriendo efusivamente a uno y a otra—. El caso es que Mireia ha obtenido esta información a última hora, mientras tú estabas en casa de los Arce —le aclaró a Rocamora.

—Tengo móvil, Marc.

—Bueno, bueno, niños, no se peleen más —los interrumpió la comisaria—. ¡Lo importante es que al fin tenemos una verdadera pista! Vaya, vaya... así que el doctorcito nos mintió. Ricard, creo que deberías firmar esa orden que el subinspector Olaya nos pidió hace unos días para intervenir los ordenadores, teléfonos y cuentas bancarias del médico —le dijo al juez, quien la miró por encima del informe que estaba ojeando y asintió magnánimamente—. Siento haberte convencido de que no hacía falta. Pero *alguien* me convenció a mí de que Julián Bassol no era sospechoso... —añadió con intención, mirando al inspector de soslayo—. Sin embargo, ha resultado que el subinspector Olaya tenía razón. ¡Una gran idea lo de la librería!

—Gracias, Simona. Las librerías pequeñas suelen tener clientes fijos y fieles, con los que mantienen una relación especial. Pensamos que no perdíamos nada por probar.

—*Por favor*, ¡eso te lo dije yo! —gruñó Rocamora.

—Si no tiene nada interesante que aportar, ¿podría abstenerse de refunfuñar para sí mismo como un viejo? —le advirtió la comisaria—. Me pone de los nervios.

—De acuerdo, tal vez me equivoqué con Bassol. —Rocamora elevó las manos en el aire en señal de rendición—. Pero, aun así, creo que no perdemos

nada con interrogar a los alumnos de Arce.

La mujer sacudió la cabeza con desesperación.

—¿Por qué es usted tan irritante?

—Un interrogatorio extraoficial, sin citarlos en comisaría —insistió, en tono de súplica—. Tengo un pálpito. *Por favor.*

—¿Un pálpito?

La comisaria Bargalló exhaló un profundo suspiro, como si todo el peso del planeta recayera sobre sus frágiles hombros y Rocamora acabara de sentarse encima.

—Está bien. Vayan a interrogar a ese tal Robert. Pero solo a él —le advirtió con una mirada severa—. Al fin y al cabo, *ese* es el chico con quien Arce tuvo la estúpida discusión, ¿no? Según he entendido antes, Robert es la pareja de Judit, otra de las alumnas, y ambos viven juntos, ¿no? —Rocamora asintió—. Bien. —La mujer sacudió una mano, como alisando una arruga del aire—. Pues interroque a esos dos. Solo para descartarlos. No podemos perder más tiempo en ese callejón sin salida. Y veamos qué obtiene Marc del doctor Bassol. Quiero informes de todos ustedes mañana a primera hora sobre mi mesa.

—Pero... —intentó protestar Rocamora.

—¡Es mi última palabra, inspector! —concluyó el juez Peralta.

Hasta el cambio de las estaciones

Esto es una puta pérdida de tiempo, pensaba Rocamora una hora después, con la mirada clavada en el semáforo que tenía delante, mientras en el asiento del copiloto Riera sonreía como si se lo estuviera imaginando desnudo. Y tiempo era precisamente lo que no tenían, como sagazmente había señalado la comisaria Bargalló. El inspector bufó y tamborileó sobre el volante con dedos impacientes. ¿Por qué había insistido tanto en interrogar a aquellos chicos? Después de todo, cuando Diego le había transmitido sus sospechas sobre sus antiguos alumnos —basándose únicamente en la manida expresión «boca de lobo» y en unas cuantas rencillas del pasado—, a él mismo le habían parecido tan absurdas como luego le resultarían a la comisaria. Si se las había comunicado a la Bargalló había sido movido exclusivamente por un sentimiento de lealtad hacia su amigo, a quien había prometido comprobar ese punto. Y entonces Olaya, aquel trepa de mierda, se había sacado de la manga el as de Julián Bassol, y él... Bueno, él había actuado como un idiota. Porque ¿desde cuándo le importaba que otros se apuntaran un tanto? ¿Cómo había podido caer en la trampa de la vanidad? Precisamente él, que siempre se había creído vacunado contra ese pecado en particular. Quizás lo que sentía por Laura le estaba nublando el entendimiento, averiando su legendario radar, que tantos casos le había ayudado a resolver a lo largo de su carrera. Lo peor que

podía pasarle a un sabueso como él.

¿Se había equivocado entonces con Bassol? Era posible. Debía reconocer que resultaba sospechoso que hubiera tirado a la basura las novelas de Diego. Aunque, por otro lado, ¿por qué haría algo así de ser culpable? Como el propio médico les dijo durante la entrevista en su casa, el hecho de que leyera a Diego Arce o estuviera al corriente de la vida de Laura no implicaba que hubiera secuestrado a su hija. Podía perfectamente haber dejado los libros en sus bonitas estanterías de diseño sin que eso lo incriminara. En realidad, si fuera culpable lo último que haría sería deshacerse de ellos. Y ya puestos, tampoco habría dejado un rastro tan visible comprando las novelas en la librería a la que iba siempre. No, alguien capaz de planear todo aquello no podía cagarla con algo tan tonto. El comportamiento del médico era más propio de alguien inocente que, impulsado por el pánico, actúa a la desesperada. ¿O no? Rocamora ya dudaba de todo. Cuando había mirado a Julián a los ojos había pensado: «Es inocente. Este tipo no sería capaz de hacer algo así. De otras cosas horribles tal vez, pero no de secuestrar a una niña». Y no había ido más allá. Lo había sabido al mirarlo a los ojos, simplemente. Sonaba poco científico, pero era su método, y hasta ahora le había dado resultado. *Hasta ahora*. Rocamora sintió un escalofrío de terror. ¿Había estado tomando un café ecológico con el Monstruo? ¿Le había engañado por primera vez su instinto, hasta entonces infalible?

Se preguntó si realmente había perdido su toque o tal vez no había nada que perder. Quizás todos aquellos años de éxitos achacados a su instinto no habían sido más que un largo encadenamiento de golpes de suerte. Pero daba igual. En cualquiera de los dos casos, estaba jodido.

Mientras esperaba a que el puñetero semáforo cambiara de color, Rocamora repasó la lista de sospechosos, intentando recordar lo que había percibido al mirar a los ojos de cada uno de ellos, con el propósito de reavivar desesperadamente la llama dormida de su intuición. Empezó por el hermano de Diego. ¿Era Héctor Arce el Monstruo? El inspector nunca lo había creído. Había apostado a esa carta frente a Olaya el día que lo detuvieron, aunque lo había hecho simplemente por llevarle la contraria a su subordinado, algo a lo que últimamente le costaba resistirse. Pero Rocamora tenía muy

claro, desde el momento que había escarbado en los ojos del hermano de Diego, que él no era el secuestrador.

¿Y Helena Rosell, la amiguísima de Laura? En su último informe los de la científica habían determinado que la puerta del piso no había sido forzada. Cualquiera ganzúa, por sofisticada que fuera, dejaba marcas, y no habían encontrado ninguna. Por lo tanto, la cerradura había sido abierta con su correspondiente llave. Y Helena tenía una copia. Y ninguna coartada para la noche del secuestro. Por no hablar de otro dato que no dejaba de inquietarlo: solo hacía un año que había irrumpido en la vida de Laura, surgiendo de la nada, como quien dice, y desde entonces era una amiga entregada. ¿Demasiado entregada, quizás? Anotó mentalmente seguir revolviendo en el pasado de Rosell en busca de posibles relaciones con otras mujeres. Rocamora intuía que lo que sentía por Laura era algo más que simple cariño fraternal. Aunque eso era algo que, precisamente él, no podía reprocharle.

El siguiente sospechoso era Armand Tejada. Según parecía, el editor llevaba tiempo implorándole a Diego que trajera de vuelta al Monstruo en otra novela. Y estaba claro que iba a hacerse de oro con todo aquel asunto. Pero Tejada *ya* se había hecho de oro gracias a *Sangre y ámbar*, ya que por contrato se llevaba una buena comisión de las ventas de los autores que aupaba al estrellato literario, según le había comentado Diego y la incombustible Rojas había comprobado. ¿Era Tejada una de esas criaturas ambiciosas que nunca tenían suficiente? ¿Se habría arriesgado ese Rumpelstiltskin de segunda a montar aquel circo por unas cuantas monedas más? Rocamora lo creía capaz de hacer muchas cosas por dinero, pero no secuestrar a las hijas de sus autores.

En resumen, en el entorno cercano de Diego no había encontrado nada jugoso a lo que hincarle el diente. Pero el Monstruo también podía ser un desconocido, alguien ajeno al círculo personal del escritor, alguien que todavía no había salido al escenario... Pero ¿dónde buscarlo?, se desesperó. Mireia y su equipo llevaban días rastreando sin descanso matrículas, llamadas, listados de pacientes psiquiátricos, de pederastas, de lectores de Diego... Un trabajo titánico que no estaba dando ningún resultado. Dentro de tres días, su amigo tendría que enfrentarse a un reto casi imposible de superar,

y aun en el caso de que lo consiguiera, solo obtendría tres días más de plazo, pues la pesadilla seguiría su curso.

¿Y qué estaba haciendo él, entretanto? Perdiendo el poco tiempo que tenían en descartar una vía de investigación que adivinaba muerte antes incluso de adentrarse en ella, se dijo. Lanzó otra mirada furibunda al semáforo, que había vuelto a ruborizarse sin que la caravana de vehículos en la que estaban incrustados avanzara lo más mínimo. Era casi la hora de comer y el denso tráfico azotaba Barcelona como una plaga bíblica. Robert Raventós y Judit Luque vivían en la calle de Bolivia, no muy lejos de aquel obús puesto en pie que era la Torre Agbar, y el trayecto hasta allí desde la comisaría estaba resultando un auténtico calvario. Miró a Riera, que le devolvió una mirada risueña, como si le encantaran los atascos.

—¿Se puede saber por qué cojones no pones la sirena? —resopló Rocamora.

Una mirada a los ojos de Robert Raventós y Judit Luque le bastó a Rocamora para ponerse súbitamente en guardia. Quizás simplemente porque el primero tenía un molesto tic que lo obligaba a parpadear cada dos por tres, y los de la segunda irradiaban un brillo febril debido al virus gastrointestinal que, según explicó, había contraído un par de días antes. O tal vez por algo más. La pareja ocupó dos sillas plegables frente a los policías, a los que cedieron el sofá, probablemente la pieza más cara de aquel diminuto apartamento totalmente amueblado en IKEA. Robert, que según la ficha que había consultado en comisaría tenía veintisiete años, era menudo y enjuto, con poca carne arropándole los huesos. Emboscaba el afilado rostro detrás de una barba rala del mismo castaño casi rojizo del cabello, que lucía aprisionado en uno de aquellos moños de inspiración samurái que se había puesto tan de moda entre los jóvenes modernos. ¿Saldría a la calle con una boina ladeada en la cabeza? Por su parte, Judit, apenas tres meses más joven, era casi igual de menuda y algo más redondeada, pero tampoco mucho más. Y si bien no podía decirse que fuera guapa, pues algunos de sus rasgos, como la mandíbula y los labios, resultaban un poco masculinos, poseía unos enormes ojos de un

hermoso tono castaño verdoso, entoldados por unos pesados párpados que prestaban a su mirada cierta morbosidad.

Desde el principio, fue Robert quien llevó la voz cantante del interrogatorio, mientras que su novia, un tanto pálida y sudorosa debido al virus, se limitaba a corroborar sus respuestas con un cabeceo distraído. Aparte de colaborador, el chico se mostró visiblemente sorprendido por la visita de los policías, lógicamente asustado y moderadamente triste por el calvario que estaba atravesando su profesor. La viva imagen de la inocencia, vamos. Pero Rocamora sentía un familiar chisporroteo en las entrañas que lo invitaba a sospechar de aquella actitud tan racional, de aquella mezcla tan perfectamente equilibrada de sentimientos. Robert les confirmó que tanto Judit como él estaban al tanto del secuestro de Ariadna Arce, la hija de su antiguo profesor, y del macabro Juego de los Retos. ¿Cómo no iban a estarlo si en la televisión e internet no se hablaba de otra cosa? Llevaban cinco días literalmente en estado de *shock*. Los dos se acordaban perfectamente de Diego. Pobre profesor. Solo les había dado clase durante un año, pero era lo único que había merecido la pena de la aburrida y desagradable etapa del instituto.

—Tengo entendido que os apuntasteis a un taller literario que él impartía después de las clases, ¿no? —les preguntó Rocamora.

—¡Oh, sí, *el taller!* —exclamó Robert, con una luminosa sonrisa—. Nos apuntamos junto a un par de amigos. Fueron unas clases muy interesantes.

Rocamora fingió que consultaba sus notas.

—¿Ese par de amigos eran Gabriel Martorell y Santiago Bayona?

—Eh... sí, así es —se sorprendió el chico.

—Bayona se suicidó, ¿verdad?

—Sí —respondió Robert en tono lúgubre.

—¿Y creéis que, de alguna forma, Diego Arce podría haber sido el responsable de su muerte?

Fue como si un globo relleno de silencio hubiera caído desde gran altura en medio del salón. La palidez de la chica adquirió un interesante tono verdoso, y el tic de Robert perdió el compás durante unos segundos, como un mecanismo que se avería.

—¿Qué? —balbuceó cuando pudo articular palabra—. ¡No, claro que no! ¿Cómo iba a tener el profesor Arce algo que ver en su muerte? ¿De dónde han sacado esa idea tan absurda?

Cuando Rocamora les explicó que era el propio Diego quien lo creía, su pasmo aumentó varios grados más.

—Pero ¿por qué cree eso? ¡Nosotros jamás hemos pensado nada parecido! —exclamó—. ¿Verdad que no, cariño?

Como su novia se limitó a guardar silencio, probablemente conteniendo el vómito, el muchacho continuó, contándoles que Santi siempre había sido un adolescente melancólico, una de esas almas extremadamente sensibles que no están preparadas para habitar este mundo tan material.

—Todo le afectaba —les reveló—. Todo le parecía un motivo de sufrimiento y desolación. Hasta el cambio de las estaciones lo vivía como un drama cósmico. Nadie en su sano juicio podría sentirse responsable de la muerte de Santi. Llevaba su destino escrito en la frente desde el día de su nacimiento.

Así que el tal Santi era carne de suicidio, pensó Rocamora, garabateando en su libreta.

—¿Y nunca sospechasteis que vuestro profesor se sentía culpable? Algo debisteis pensar cuando, después de la muerte de Santi, desapareció de escena y rompió el contacto con vosotros, ¿no? —insistió, echando al fuego toda la leña que tenía.

—Bueno... —Robert se encogió de hombros, confuso—. Simplemente pensamos que cada uno se enfrentaba al dolor con los medios de los que disponía. El profesor se refugió en la soledad; yo escribí un montón de poemas infumables; Judit comenzó a fumar, un vicio del que le ha costado años desintoxicarse; y Biel... bueno. Biel siempre ha sido un tío optimista y práctico. Biel se limitó a seguir siendo Biel. Quizás fue el que mejor supo lidiar con aquella tragedia.

—Perdona que insista, Robert, pero ¿ninguno os sentisteis ofendidos por la actitud de vuestro profesor?

El chico negó, cada vez más desconcertado.

—¿Ofendidos? No, no creo... Aunque tampoco sabría decirle exactamente

cómo me sentí en aquel momento. ¡Hace ya tanto tiempo! Éramos unos niños y acabábamos de pasar por un terrible trauma. Me imagino que ni nosotros mismos sabíamos cuáles eran nuestros sentimientos.

—¡Todo eso ocurrió hace doce años! —exclamó entonces Judit, emergiendo de su letargo—. ¿Por qué vienen ahora a preguntarnos sobre eso?

—Bueno... —titubeó Rocamora—, como os he explicado antes, solo estamos reuniendo información que pueda ayudarnos en el secuestro de Ariadna Arce.

Se hizo un silencio, que el inspector aprovechó para examinar más detenidamente a la pareja. ¿Eran lo que parecían, dos jóvenes como tantos, que follaban y discutían rodeados de muebles de IKEA, que habían decidido capotear el rugiente temporal de la vida cogidos de la mano? Rocamora se esforzó en bucear bajo el desconcierto y la alarma que anegaba sus ojos, que bien podían fingirse, en busca de lo que yacía en el fondo, allí donde se agazapaba lo que uno llevaba realmente dentro, lo que uno era sin las capas y filtros que lo refinaban. Y le pareció atisbar algo. Algo intangible, una especie de... ¿sombra?

—Disculpe, inspector. Pero no lo entiendo —dijo al fin Robert, cabeceando con el ceño fruncido—. ¿De qué les puede servir *esta* información? A no ser que... *joder*. —El chico abrió mucho los ojos, al tiempo que palidecía—. Están buscando personas que puedan tener motivos para vengarse de Diego Arce, ¿verdad? —Trasladó la mirada de un policía a otro, y luego les preguntó con un hilo de voz—: ¿Somos sospechosos? ¿Por eso están aquí? ¿Creen que... tenemos a su hija?

—Oh, Dios mío... —murmuró Judit, llevándose las manos a la boca.

—Pero esto es ridículo —continuó el novio, visiblemente agitado—. Joder, joder. ¿Necesitamos un abogado?

—¡No me encuentro bien! —exclamó la chica con expresión agonizante, como si en cualquier momento fuera a derrumbarse ante ellos.

Rocamora se apresuró a soltarles el consabido discurso de los procedimientos rutinarios y el descarte de las vías de investigación, una perorata que ningún criminal avezado se tragaría, pero que tranquilizó a aquel par de pipiolos, fueran o no culpables. Algo más calmados, ambos se

avinieron a seguir colaborando, aunque la actitud de Robert se volvió más recelosa y Judit empezó a mirar la puerta del baño como si fuera la entrada del Valhalla.

—Necesito saber qué estuvisteis haciendo la noche del viernes 23 de septiembre —les preguntó con la mayor suavidad que pudo.

La pareja cruzó una mirada de alivio. Esa era una pregunta fácil de responder. Los dos habían acudido a una fiesta de la agencia de publicidad en la que trabajaban, él como creativo y ella como secretaria de administración. La Fiesta del Otoño era una original iniciativa de los jefes para ayudar a sus empleados a superar la llamada depresión posvacacional. Menuda chorrada, pensó Rocamora, sin poder evitar comparar al pastoral gremio de los publicistas con el sufrido gremio policial, donde las depresiones las provocaba ver morir a un yonqui en los brazos de su madre o a un mendigo quemado en un cajero. Fuera como fuese, la pareja había llegado a aquella gilipollez de fiesta sobre las diez de la noche y no se habían marchado hasta las dos de la madrugada aproximadamente. Por supuesto, había docenas de testigos que podían corroborarlo.

El inspector asintió con un hondo suspiro. Lo comprobarían, claro, pero estaba convencido de que decían la verdad. Allí no parecía haber mucho más donde rascar. Riera se levantó entonces y les preguntó con una sonrisa si podía echar un vistazo al piso. La pareja asintió y Judit se ofreció a hacer de guía. Cuando ambos desaparecieron en dirección a la cocina, Rocamora le preguntó a Robert si seguían en contacto con el cuarto miembro de la pandilla, Gabriel Martorell.

—¿Con Biel? Sí, seguimos en contacto —respondió—, aunque ya no es como antes, claro. En el instituto estábamos los cuatro muy unidos, pero después de la muerte de Santi, cuando Judit y yo nos matriculamos en la Universidad de Girona y, sobre todo, cuando más tarde comenzamos a salir juntos, nos fuimos distanciando poco a poco de él. Nos lo encontramos hace unos meses por casualidad y nos enteramos de que ahora él también vivía en Barcelona. Desde entonces hemos quedado algunas veces. Lo típico entre antiguos compañeros de colegio. Ya sabe, un par de planes ocasionales, por los viejos tiempos, y poco más. Ni Judit ni yo tenemos ya nada en común con

Biel. Si es que alguna vez lo tuvimos.

—¿Qué quiere decir? —le preguntó Rocamora levantando la vista de su libretita con un súbito y amable interés.

—Nada... —titubeó Robert—, nada en concreto —concluyó, agitando una mano en el aire—. Por cierto, ¿han ido ya a interrogarlo?

Rocamora lo contempló con curiosidad durante unos segundos, antes de contestar:

—No, de momento no.

—Ah... ¿y hay alguna razón por la que hayan venido primero a hablar con nosotros? —preguntó el chico, mordiéndose los labios con nerviosismo—. Quiero decir que los tres fuimos alumnos de Diego Arce, ¿no? ¿Somos nosotros más sospechosos que Biel por alguna razón? ¿De primer grado como si dijéramos? —Intentó sonreír, pero lo único que consiguió fue esbozar una mueca de angustia.

—Tranquilízate, Robert. Ya te he dicho que no debéis preocuparos, en serio —le contestó Rocamora en tono paternal—. Vosotros estabais más cerca, eso es todo. Biel vive en una zona bastante aislada de Collserola. Odio conducir por esas carreteras. Y ahora, si te parece... ¿continuamos? No vamos muy sobrados de tiempo.

—Claro, por supuesto. —Robert separó las manos extendiéndolas en el aire como un mago liberando una paloma—. Disculpe.

Rocamora volvió a concentrarse en su libretita, bolígrafo en ristre.

—Bien, ¿a qué te referías con que Martorell no tenía nada que ver con vosotros?

—Bueno... —Suspiró Robert—. Pues exactamente a eso, a que era el más distinto de los cuatro, con diferencia. Él fue el último en llegar al grupo, ¿sabe? Santi y yo habíamos sido los mejores amigos desde el jardín de infancia. Siempre estuvimos juntos, como hermanos —aseguró, entrelazando los dedos de ambas manos para representar dicha unión—. Más tarde, cuando teníamos unos once años, Judit ingresó en el colegio a medio curso, y Santi se enamoró perdidamente de ella nada más verla. Le resultará extraño esto que voy a confesarle —sonrió el chico—, teniendo en cuenta que ahora es mi novia, pero al principio no pude comprender qué narices veía mi amigo en

ella. Por aquella época, Judit era un poco... ¿cómo decirlo? —Arrugó la nariz con delicadeza—. Bueno, le gustaba ir de dura. Era brusca, siempre parecía malhumorada, le encantaba el fútbol y las pelis de acción. La pobre arrastraba problemas familiares graves. Le habían retirado la custodia a su propia madre y a su padrastro, y acababa de mudarse a vivir con unos tíos lejanos a los que casi no conocía. —Se interrumpió de golpe, con el ceño fruncido, como si se acabara de dar cuenta de que se había pasado de la raya. Sacudiendo ligeramente la cabeza, continuó—: En fin, no sé muy bien los detalles, a Judit no le gusta hablar de ese asunto. Lo que quiero decir es que tenía razones para ser como era. Y, en el fondo, encajó a la perfección en nuestro dúo. Tenía gustos muy parecidos a nosotros en pelis, libros, cómics... —Sonrió de nuevo, con nostalgia—. Espere, creo que tengo algunas fotos de esa época por algún sitio.

Robert se levantó, se acercó a un mueble que había cerca del televisor y, tras hurgar en uno de los cajones durante un rato, regresó junto al inspector con un mazo de fotografías en la mano.

—Fíjese, en esta teníamos doce años —le dijo, tendiéndole una de ellas.

Rocamora estudió la fotografía. En ella aparecían los tres, sonriendo a cámara con los brazos sobre los hombros del que tenían al lado. Aunque eran apenas unos niños que empezaban a adentrarse a tientas en la adolescencia, a Rocamora no le costó reconocer a cada uno de ellos. El tal Santi, que por descarte debía de ser el que se hallaba en medio, era un chico flaco, de cabeza pequeña y delicada, que una melena rubia y desgreñada envolvía como la luminosa aureola de un santo. Sonreía a la cámara con cierto embarazo y el rostro ladeado, en una pose que a Rocamora, ahora que conocía su triste destino, se le antojó inevitablemente trágica. A su derecha estaba Robert, que habría arrasado en un concurso de niños repelentes. Lo tenía todo: el porte escuchimizado, las gafas de culo de vaso, la sonrisita de sabihondo, el cabello como a punto de incendiarse. Probablemente habría padecido una infancia de mierda de no haberse unido a aquellos otros desclasados. Comparándolo con la copia que tenía delante, Rocamora tuvo que reconocer que los años le habían sentado bien, porque le habían permitido transmutar aquel aire grimoso en el halo intelectualoide que gastaba ahora. Y al otro lado estaba Judit, que

les sacaba casi una cabeza. Robert no había exagerado al describirla. Llevaba el pelo cortísimo, el cuerpo enterrado bajo ropas masculinas al menos dos tallas más grande, y desafiaba a la cámara con una expresión adusta, casi furiosa, en la que apenas se distinguía la grieta de una sonrisita imperceptible. Pese a todo, sus rasgos y, sobre todo, sus ojos de mar en verano ya anunciaban a la mujer de atractivo extraño y turbador que en aquel momento, en alguna parte de la casa, quizás estuviera vomitando sobre los zapatos del agente Riera.

—Es de final de curso. Santi y Judit todavía no habían comenzado a salir —continuó contándoles Robert—, creo que fue justo en ese verano cuando él se lo pidió. Y Biel todavía no había llegado al colegio. Entró dos años más tarde, cuando nosotros teníamos catorce y él quince, después de que lo expulsaran de un carísimo internado tras repetir curso y faltar al respeto a varios profesores. En esta otra ya estamos los cuatro.

El inspector observó con interés la nueva fotografía. En ella ninguno miraba a cámara, pues alguien debía de habérsela hecho sin que se dieran cuenta, durante el descanso de alguna excursión escolar al campo. Estaban rodeados de más compañeros, pero a la vez sutilmente apartados de ellos, como los buenos marginados que eran. Judit estaba tumbada boca arriba en la hierba, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada sobre el regazo de Santi, quien a su vez se había dejado caer contra un árbol. Durante el par de años transcurridos la naturaleza había seguido su inexorable curso, aportando novedosas turgencias al cuerpo de la chica, pero ella parecía enfrascada en una cruenta batalla contra esa femineidad que trataba de conquistarla a traición. Aunque se había dejado crecer el pelo, lo llevaba recogido en una coleta, seguía vistiendo con holgadas camisetas de chico y, al contrario que el resto de sus compañeras, en su rostro no se apreciaba el menor rastro de maquillaje. Aun así, su gesto se antojaba menos huraño, y eso la hacía parecer más agradable. Santi tenía su mano derecha apoyada sobre la cabeza de su novia. Quizás antes hubiera estado acariciándola, rastrillando delicadamente con sus dedos las lianas de su cabello, pero en aquel momento parecía atento únicamente a lo que le estaba diciendo Biel, que sin duda era el gordinflón que se inclinaba sobre su oído. Lo que le estaba contando debía de ser algo

terriblemente divertido, pues Biel mostraba una sonrisa socarrona, y Santi tenía la boca abierta y deformada, como si la foto lo hubiera inmortalizado en mitad de una estruendosa carcajada. Apoyado también contra el árbol, pero ajeno a ellos, Robert estaba inmerso en las páginas de un libro. Antes de devolverle la foto, Rocamora le dedicó un vistazo más detenido a Biel, el cachorro de Pelayo Martorell. Era un chico de constitución grande y rostro bobalicón, medio oculto tras unas enormes gafas. Vaya pinta de idiota, pensó, y le tendió la foto a Robert, que la tomó delicadamente por una esquinita.

—Fue Santi quien introdujo a Biel en el grupo, convirtiéndonos de pronto en un cuarteto —añadió entonces el chico con voz soñadora—. Y enseguida nos dimos cuenta de que Biel Martorell era justamente lo que necesitábamos. En fin, ya se imagina que no éramos los más populares del colegio. No nos gustaba nada de lo que solía volver locos a nuestros compañeros. Preferíamos los libros, los juegos de rol y los cómics. Vivíamos en un pueblo pequeño, muy tradicional, así que era lógico que se metieran con nosotros. Pero las cosas empezaron a cambiar cuando llegó Biel. Él sabía defenderse.

Rocamora levantó de nuevo la nariz de su libreta.

—Sin embargo, por la foto que me has enseñado, Biel no parecía un chico especialmente fuerte.

—Se defendía con su ingenio —respondió Robert—. Biel sabía encontrar los puntos débiles de los demás, darles donde más les dolía, y sobre todo sabía hacerlo poniendo cara de idiota. Esa era su técnica. Y de esa forma, el abusón de turno no podía defenderse sin aceptar que tenía un punto débil y que, además, el tonto de la clase lo había descubierto por casualidad. Así que, poco a poco, nos fueron dejando en paz.

Rocamora asintió en silencio un par de veces, muy lentamente.

—Deduzco que no te caía demasiado bien Biel —aventuró.

Robert lo contempló con sorpresa.

—¿Por qué dice eso? —preguntó, no sin cierta alarma—. Por supuesto que me caía bien. En realidad, ¡es imposible que alguien como Biel te caiga mal! —Rio con un gesto de cómica resignación—. Siempre estaba de buen humor, era divertido, loco, impredecible... aunque nada intelectual, eso es cierto. Él prefería los placeres terrenales de la vida, los sigue prefiriendo. Y además,

era increíblemente generoso. No dudaba en compartir todo lo que tenía. Manejaba cantidades de dinero que nosotros, a pesar de pertenecer a familias acomodadas, jamás habíamos imaginado. Y tenía contactos. Fue él quien nos invitó a la primera cerveza, al primer porro... ya me entiende. Fue un soplo de aire fresco para tres mentes torturadas e introspectivas como las nuestras, se lo puedo asegurar. —Soltó una risita, a la vez que sacudía la cabeza—. Especialmente para Santi. Durante un par de años, mi amigo pareció convertirse en otra persona. Mucho más abierto, más decidido, más alegre. ¡Y yo me sentía tan feliz por él! Pero más tarde descubrimos que todo había sido un espejismo... —Durante unos segundos, Robert se contempló las manos en silencio, mientras su rostro se iba anubarrando de dolor—. La auténtica personalidad de Santi continuaba latiendo en algún lugar recóndito y oscuro de su ser —continuó, casi para sí mismo. De pronto, levantó la mirada hacia el inspector, con gesto resuelto—. No creo que fuera el taller de literatura de Diego Arce lo que provocó que Santi se suicidara. Sinceramente, no lo creo. Dígaselo al profesor de mi parte, por favor. Por si pudiera procurarle algún consuelo en estos terribles momentos. Lo que creo es que el esfuerzo de intentar ser quien no era acabó por agotar a Santi. El embrujo de Biel lo sostuvo durante un tiempo, pero era algo ficticio: terminó por romperse, como todo lo que no es real. Y Santi no pudo enfrentarse de nuevo a la cruda realidad. Eso es todo. Por eso se mató.

—Comprendo —murmuró Rocamora reflexivamente—. ¿Podríamos decir, entonces, que, de alguna manera, responsabilizas a Biel Martorell de la muerte de Santi Bayona?

Robert lo miró con perplejidad.

—Disculpe, inspector, pero tengo la molesta sensación de que usted no comprende ni una sola palabra de lo que...

—¿Por qué mierda has dicho *eso*?

Rocamora y Robert se dieron la vuelta al unísono. En el quicio de la puerta descubrieron a Judit, contemplándolos con expresión desencajada. Su sudoroso rostro parecía teñido de una espantosa palidez verdusca, como si hubiera estado realizando abluciones en una ciénaga. Detrás de ella estaba Riera, que en aquel momento hizo un gesto a su jefe: el registro había sido

negativo. Rocamora asintió imperceptiblemente.

—¿Perdona? —Robert no pudo evitar que se le escapara un gallo.

—¿Por qué has dicho que Biel mató a Santi? —jadeó ella, caminando un par de pasos, con los puños apretados.

—Yo no he dicho eso —se defendió su novio—. *No he dicho eso*. ¡Ha sido una interpretación errónea del inspector! —afirmó, señalando a Rocamora con un dedo, como si ambos estuvieran sentados en pupitres y Judit fuera la profesora—. Ahora mismo estaba a punto de corregirle, ¿no es cierto? —interpeló al policía con expresión tan angustiada que el inspector, apiadándose de él, miró a Judit y asintió con toda la solemnidad de que fue capaz—. Lo único que yo quería dejar claro —continuó Robert, levantándose y haciendo un esfuerzo por recuperar el tono calmado de su discurso— es que nosotros no culpamos al profesor Arce de la muerte de Santi. Que, en todo caso, los responsables seríamos todos los que lo rodeábamos. Sus amigos, sus padres, sus médicos... todos aquellos que no supimos adivinar lo que estaba pasando por su cabeza. ¡No quería decir nada más!

—Cómo has podido acusar a Biel... —continuó ella, como si no hubiera escuchado ni una sola palabra de lo que su novio había dicho—. ¡Después de todo lo que ha hecho por nosotros! ¡Después de todo lo que le debemos!

Robert se acercó a su novia cautelosamente, con las manos extendidas, como quien se acerca a un animal salvaje y herido al que pretende auxiliar.

—Judit, por favor, cálmate, no tienes buena cara. Creo que tienes fiebre.

Ella dio un paso hacia atrás, con el rostro lívido.

Rocamora carraspeó discretamente mientras se levantaba del sofá.

—Disculpad, pero creo que hay algo que se me escapa. —Bajó la mirada hacia su libretita y pasó rápidamente un par de hojas—. Según me has dicho, Robert, y corrígeme si me equivoco, actualmente vuestra relación con Gabriel Martorell es bastante superficial. —Levantó la vista con una sonrisa desconcertada—. Entonces, ¿a qué se refiere Judit? ¿Por qué deberíais sentirnos tan en deuda con él?

Judit se volvió hacia el policía llena de pavor. Permaneció unos segundos así, contemplándolo fijamente, como si la presencia de Rocamora, su simple existencia, fuera algo imposible de explicar por las leyes de la ciencia o la

razón.

Robert, con un suspiro, contestó a Rocamora:

—Bueno, no es ningún secreto... Hace poco, Biel les ha prestado algo de dinero a mis padres para pagar el último tratamiento médico de mi hermano pequeño. El pobre está muy enfermo. Verá, hace cinco años mi madre se quedó embarazada inesperadamente, a los cuarenta y nueve años. Mi hermanito Ignasi nació con varias malformaciones congénitas que le auguraban poco tiempo de vida. Los tratamientos han sido muy caros, la mayoría no entra por ningún seguro, y mis padres han ido arruinándose poco a poco. Adoro a ese crío, haría cualquier cosa por él, pero desgraciadamente no tengo los medios para ayudarlos. Y mi hermano mayor, que tiene dos hijas, tampoco. Cuando se lo conté a Biel en uno de nuestros últimos encuentros, solo por hablar de algo, él se ofreció a hacerlo sin dudarlo ni un instante. A pesar de que hacía siglos que no nos veíamos, y que ni siquiera conoce a mi hermano. Como le dije antes, es una persona muy generosa. ¿Verdad, cariño? —preguntó, acercándose con prudencia a su novia y tomándola por los hombros.

Judit, que había permanecido todo este tiempo mirando aterrorizada a Rocamora, se volvió hacia Robert. Y por toda respuesta, vomitó delicadamente, casi con esmero, sobre la camisa de su novio.

Rocamora consideró que era el momento perfecto para irse.

Una vez en la calle, mientras caminaban hacia el coche a grandes zancadas, le preguntó a su subalterno:

—¿Tienes aquí la dirección de Biel Martorell?

—No, jefe. —Sonrió Riera—. ¿Quiere que la consiga?

—No, hombre, para qué iba a querer eso. Solo te lo preguntaba porque me gusta estar informado en todo momento sobre las direcciones que tienes y las que no —gruñó Rocamora mientras apuntaba con la llave hacia su coche y lo abría desde el otro lado de la calle—. Cojones, Riera...

—Ya está, ya la tengo —contestó el joven agente, mirando la pantalla del móvil que había sacado antes de que su jefe acabara el soliloquio.

—Vale, llama a comisaría —le ordenó el policía, cruzando la calzada a

las bravas. Un par de coches se vieron obligados a reducir la velocidad para no atropellarlo. Riera lo seguía, pidiendo disculpas a los conductores con la mano—. Entérate si la Bargalló sigue por allí, y si Olaya ha conseguido algo sobre Bassol. —Entró en el coche y encendió un cigarro mientras observaba ceñudo cómo Riera rodeaba el vehículo con un trotecillo ligero—. Pero sé discreto, la idea es tenerlos localizados sin que ellos sepan por dónde andamos nosotros —le advirtió en cuanto el otro ocupó el asiento del copiloto—. Si te preguntan, di que vamos a hablar con los Arce, para... yo qué sé, para organizar el entrenamiento del segundo reto. ¿Tienes algún problema con algo de todo esto? Si lo tienes, dilo ahora.

—No, señor. Para nada.

—Bien —dijo, girando la llave del contacto.

—Señor, disculpe...—carraspeó Riera—. Quiero que sepa algo —empezó, tras decidirse a aceptar el gruñido de su jefe como una muestra de cordial interés—. Yo insistí al subinspector Olaya para que le informara sobre el hallazgo de la librería de Julián Bassol antes de la reunión con la comisaria Bargalló. Se lo juro. No me pareció correcta su forma de actuar.

Rocamora lo miró de soslayo, el cigarrillo colgando de sus labios, mientras salía de la plaza de aparcamiento y se incorporaba al tráfico, provocando una algarabía de pitidos.

—¿Y qué te dijo?

—Que él sabía lo que se hacía.

—Desde luego —masculló Rocamora con desprecio, volviendo a mirar al frente.

—Pero yo creo que es usted quien sabe *lo que se hace*.

—¿Y por qué crees eso?

—Porque al inspector Olaya le importan demasiadas cosas —dijo Riera—. Y a usted solo le importa una. Descubrir la verdad.

—Eso no tiene por qué ser necesariamente algo bueno —replicó Rocamora, mientras daba una profunda calada al cigarro.

—Sí, señor. Lo que usted diga —convino el agente, mientras terminaba de introducir la dirección de Biel Martorell en el GPS—. Pero Olaya me cae como el culo.

Rocamora no pudo contener una carcajada. ¡Se sentía de puta madre! El chisporroteo en la boca de su estómago se había convertido en un géiser a punto de estallar.

18

Antes de que se queme la cena

Ascendieron por la carretera de la Arrabassada en dirección a la madriguera que el cachorro de los Martorell había escarbado en algún punto de la sierra de Collserola. En cierto momento del sinuoso trayecto distinguieron a la derecha las ruinas del famoso casino. Rocamora se estremeció al recordar que en aquel escenario, en concreto en una cámara subterránea conocida como la Habitación de los Suicidas, comenzaba *Sangre y ámbar*, la novela de Diego que había desencadenado aquella maldita pesadilla. Sin apartar demasiado la vista de la carretera, el inspector echó un vistazo al tramo de muro que aún se mantenía en pie, ejerciendo de pórtico a las ruinas del monumental complejo, que aparte del casino, había incluido un hotel, un restaurante y un parque de atracciones con una montaña rusa espectacular para la época. Ahora de todo aquello no quedaba más que un puñado de ruinas engullidas por el frondoso bosque. Por lo que Rocamora tenía entendido, a través del arco que había sido la puerta de entrada del esplendoroso hotel, se internaban en busca de aquellos vestigios del pasado desde excursionistas con afán aventurero hasta yonquis que no tenían donde caerse muertos.

Unos cinco minutos después, el GPS les señaló el desvío que conducía a la casa de Biel Martorell. Era una de las muchas carreteras secundarias que brotaban de la principal para horadar las entrañas del bosque. Los policías

recorrieron durante varios minutos su serpenteante trazado, a cuyos lados aparecían pequeñas casas de aspecto modesto, medio ocultas tras muros acolchados de hiedra. A Rocamora empezaba a marearlo tanta curva cuando el GPS les indicó que debían aventurarse por un caminito de tierra tan angosto que parecía de una sola dirección. Estuvieron unos diez minutos traqueteando por aquel sendero, oyendo quejarse a los amortiguadores del coche, y empezaban a preguntarse si el chisme no se habría averiado, cuando un muro alto y grueso les cerró el paso. «Ha llegado a su destino», anunció el GPS, sin disimular el orgullo que le producía haberlos traído hasta allí. Los policías aparcaron a un lado del camino y bordearon el muro, que parecía confiscar una enorme extensión de mundo, hasta llegar a una majestuosa cancela de hierro forjado, profusamente adornada con los consabidos dragones góticos. Rocamora y Riera dedicaron una silenciosa mirada a los bichos, que desplegaban sus alas y desencajaban sus fauces acolmilladas en posturas tan amenazantes como incómodas, y luego pasearon una mirada a su alrededor, sin poder disimular el pasmo que les producía haberse encontrado aquella espectacular mansión en mitad del bosque. Repararon entonces en el moderno videoportero encastrado en el muro y la cámara de vigilancia que los observaba desde lo alto del dintel con curiosidad de niño. Rocamora llamó intentando aparentar mundanidad. Al poco, una voz masculina, ligeramente nasal, les preguntó qué deseaban. Los dos agentes mostraron sus placas a la cámara y dijeron que venían a ver a Gabriel Martorell. La cancela se descorrió inmediatamente, franqueándoles la entrada. Tras intercambiar una mirada fugaz, Rocamora y Riera pasaron al interior. Ante ellos se derramaba un vasto jardín jalonado de esculturas y fuentes, donde les pareció atisbar hasta una piscina, que recorrieron en dirección a la enorme mansión de piedra que los aguardaba al fondo, una impresionante construcción de dos plantas y buhardilla, que fusionaba con armonía el estilo modernista y el indiano. Había empezado a anochecer y por el jardín, aquí y allá, se habían encendido algunas luces, sin duda colocadas estratégicamente por algún decorador de esos a los que recurrían los famosos, pues aquellos suaves resplandores urdían una atmósfera casi mágica. Era como atravesar una romería de hadas. Había también numerosos árboles y plantas, que tanto podían ser rododendros,

magnolias y camelias, como no serlo, ya que ninguno de los agentes entendía una mierda de botánica.

Cuando llegaron a la casa, Rocamora buscó el timbre, la campanita, el aldabón o lo que coño usaran allí para llamar, pero, antes de que lograra localizarlo, la puerta se abrió sola. Tras cruzar otra mirada fugaz, los agentes se aventuraron en un vestíbulo del tamaño de un campo de fútbol. Lámparas de cristal, bruñidos metales, mármol y vitrales por todas partes. Era como ver al lujo tocando las maracas. Se limitaron a aguardar con recelo, hasta que un mayordomo fantasma cerró la puerta a sus espaldas, obligándolos a dar un respingo. Tras reponerse del susto, y dado que no parecía haber señales de vida inteligente en los alrededores, los dos estudiaron el lugar, dudando hacia dónde tirar, o incluso si tirar hacia algún lado era lo que se esperaba de ellos. La misma voz un tanto gangosa que había surgido del interfono, ahora proveniente del cielo, los sacó de dudas:

—Bienvenidos a mi humilde morada, agentes. Por favor, sean tan amables de seguir las luces.

Por tercera vez aquel día, los policías intercambiaron una mirada fugaz. Evidentemente no era Dios Todopoderoso quien se dirigía a ellos. Debía tratarse de Biel, hablándoles mediante algún sistema de altavoces oculto. Rocamora bufó, aquella puesta en escena le estaba tocando los cojones, pero se resignó a seguir las instrucciones de su anfitrión. ¿Qué otra cosa podían hacer? Las luces del vestíbulo se apagaron de golpe, sumiéndolos en una densa oscuridad y provocando que ambos se llevaran las manos a la pistola en un acto reflejo, pero al segundo siguiente el resplandor de una lamparita rompió la negrura. Parpadeaba junto a una de las muchas puertas que daban al vestíbulo, como una especie de señal, y los agentes caminaron hacia ella sin apartar aún la mano del arma. Una vez llegaron a aquel punto, otra luz floreció unos metros más allá, iluminando el pasillo que al parecer debían tomar. Cuando se encaminaron hacia aquel segundo resplandor, el primero se apagó a sus espaldas. La secuencia volvió a repetirse varias veces más, guiándolos por el interminable pasillo flanqueado por distintas estancias de las que apenas podían ver los difusos bultos de los muebles. Unos minutos después, volvieron a escuchar la cantarina voz de Biel:

—Eso es, eso es. Ya casi han llegado, agentes.

Rocamora contuvo un exabrupto.

—En cuanto tenga delante a este niñato voy a explicarle a hostias la diferencia que hay entre un agente de policía y una polilla —susurró a su subalterno mientras surcaban aquel mar de oscuridad.

Riera no tuvo tiempo de expresarle su parecer, porque la siguiente luz se encendió justo sobre una amplia arcada que, al traspasarla, les desveló lo que parecía ser su destino final. El dueño de la casa se encontraba de espaldas, en el centro de una amplísima cocina, iluminado por una lámpara de estilo industrial que derramaba su fría luz sobre la isla central, como si se tratara de un escenario. El resto de la estancia permanecía sumido en una cálida semipenumbra, aunque gran parte de los numerosos muebles de la izquierda estaban alumbrados por el resplandor azulado que manaba del enorme panel de monitores que había en una de las paredes. Al menos una docena de imágenes, correspondientes a las cámaras de seguridad repartidas por la mansión, se daba cita en aquel punto, ofreciendo una rápida panorámica del interior de la vivienda, los jardines y la cancela de entrada. Nadie podría acercarse a la guarida de Gabriel Martorell sin ser visto. En aquel pedazo del universo, hasta la caída de una hoja quedaba registrada. Apenas unos segundos antes, ellos mismos habrían aparecido en algunas de aquellas pantallas, pensó Rocamora, caminando como un par de pingüinos idiotas en la penumbra, con las manos sobre la pistola, mientras su anfitrión probablemente los observaba con una sonrisa divertida.

El tal Biel, que ahora debía estar atareado en algo que requería toda su atención, aún no se había percatado de su llegada, o eso parecía, al menos. Así que Rocamora anunció su presencia con un carraspeo, intentando que se le escuchara desatascarse la garganta por encima de las notas de *Another Day in Paradise*, de Phil Collins, que el hilo musical espolvoreaba por la estancia. Biel, que movía suavemente los hombros al ritmo de la musiquilla, se irguió un poco, volvió la cabeza y les dedicó una sonrisa por encima del hombro. Aunque ya rondaba los treinta, Rocamora no tuvo problemas para reconocer al adolescente gordinflón de la foto que Robert le había enseñado, a pesar de que los montículos de grasa que lo acolchaban en el pasado se habían trasmutado

en impresionantes músculos. El hombre que los esperaba en la cocina era alto y fuerte, incluso podía calificarse de atlético, se dijo al reparar en sus abultados brazos y la anchura de su espalda. Sí, el gordito del instituto había muerto en algún gimnasio de lujo, bajo la atenta supervisión de un carísimo entrenador personal, y había resurgido convertido en un chico fornido, que, sin embargo, permanecía ligeramente encorvado, como si le avergonzara aquella corpulencia antinatural o todavía no se hubiera acostumbrado a manejar sus nuevas dimensiones. Aún llevaba gafas, unas tan caras y modernas como enormes para su rostro, y seguía luciendo en los labios la sonrisita un tanto lerda de las fotos. Aparte de eso, llevaba el cabello aplastado con gomina sobre el cráneo, una camisa impecablemente planchada y un colorido delantal atado con primor a la cintura y al cuello.

—¡Hola, agentes! Pasen, pasen... —Biel les hizo un gesto con una mano, invitándolos a que se acercaran, mientras con la otra sujetaba sobre una humeante cazuela un cucharón del que caían unos hipnóticos goterones de color rojo brillante—. Disculpen que no haya salido a recibirlos, pero esta salsa es muy delicada, si se deja de remover un solo instante no adquiere la textura adecuada. Espero que no les importe que hablemos aquí, en la cocina.

—¿Es usted Gabriel Martorell? —preguntó Rocamora solo para confirmarlo, mientras se acercaba cautelosamente a la zona iluminada de la cocina, con Riera pisándole los talones.

—Ese soy yo. Pero pueden llamarme Biel —contestó el joven en tono animado, girándose de nuevo para remover aquella salsa tan sensible. Rocamora tuvo que reconocer para sus adentros que, fuera lo que fuese lo que estuviera cocinando, olía de maravilla—. Y supongo que ustedes son el inspector Gerard Rocamora y el agente Pau Riera, ¿no es cierto? Encantado.

—Vaya... —se sorprendió el inspector—, o la cámara de su videoportero tiene una gran resolución, o su amigo Robert se ha dado mucha prisa en contarle nuestra visita.

Biel soltó un alegre resoplido.

—Más bien lo segundo. —Cabeceó divertido—. El pobre Robert me llamó hace unos quince minutos en pleno ataque de nervios balbuceando que somos sospechosos de un secuestro o no sé qué. —Se llevó el cucharón a los

labios y sorbió como un pajarito. Lo paladeó durante unos segundos y, finalmente, chasqueó la lengua—. La verdad es que no le he hecho mucho caso —concluyó, mientras sopesaba la hilera de macetas que había sobre la encimera, se decidía por una, cogía un par de hojitas y las echaba delicadamente a la cazuela—. Robert siempre ha sido muy imaginativo, no sabe cuánto, ¡como todos los escritores, supongo! Pensé que estaría exagerando... —explicó sin dejar de remover aquel menjunje—, pero parece que la cosa va en serio. Si no, no estarían ustedes aquí, ¿verdad? —preguntó mirándoles por encima del hombro con una sonrisa casi ilusionada, como si esperara algún tipo de felicitación por sus aptitudes deductivas. Después de eso, bajó el fuego y probó de nuevo la salsa—. Mmm... perfecta. Aunque, *tal vez* le falta un poco de sal. ¿Gustan?

—No, muchas gracias —declinó Rocamora.

—¿Agente Riera?

Riera observó de soslayo a su jefe, quien no había apartado la mirada ni un solo segundo del rostro de Biel Martorell durante todo este tiempo, como un bulldog a punto de atacar y, tras dudar unos instantes, negó tímidamente.

—No se fíen de que sea buen cocinero, ¿eh? —Rio Biel de buen humor—. Pues lo soy, o al menos eso dicen todos los que prueban mis experimentos culinarios. Aunque quizás solo estén haciéndome la pelota. Suele pasar cuando uno tiene un padre millonario y poderoso. —Soltó otra carcajada.

Tenía una risa gutural, algo bobalicona, que restaba cualquier atisbo de ironía o inteligencia a sus comentarios.

—¿Tiene hoy ese tipo de invitados para cenar? —le preguntó Rocamora.

—Oh, no. —Sonrió Biel, mientras abría el horno y vertía con mucho cuidado la brillante salsa sobre una fuente donde un enorme costillar de cerdo había comenzado a dorarse—. Solo mi padre y mi nueva madrastra. Con ellos no hay lugar a engaño. Mi padre suele decirme exactamente lo que piensa de mí, y Julieta no necesita hacerme la pelota. Ya tiene a mi padre cogido por las mismas. —De nuevo aquel estúpido rebuzno—. Bueno... ya está —anunció, tras lo cual volvió a introducir la bandeja en el horno—. Disponemos de media hora para hablar con tranquilidad. —Se incorporó, limpiándose las manos con un trapo que cogió de la encimera—. Disculpe una pregunta,

inspector: ¿Le conozco de algo? Es que me resulta usted muy familiar.

—No, no lo creo... —respondió Rocamora, sorprendido por el brusco cambio de tema—. Y respecto a lo que ha dicho antes: no debe preocuparse. No son sospechosos, como parece temer el señor Raventós. Esto es solo una visita informal.

—¡Perfecto! —dijo el chico con una sonrisa encantada—. Entonces puedo ofrecerles una copa de vino.

—Muchas gracias, pero no. Aunque sea una visita rutinaria, nosotros estamos de servicio.

—Comprendo... disculpe que insista, inspector, ¿está seguro de que no nos conocemos?

—Seguro —confirmó este, reprimiendo un suspiro de exasperación—. Tal vez me haya visto estos últimos días en los medios.

—Puede ser, puede ser... —Cabeceó Biel—. ¡No sale otra cosa en las noticias! ¡Qué asunto más horrible! Pobre profesor. No me quiero imaginar por lo que deben de estar pasando él y su mujer...

—No son momentos fáciles para la familia, evidentemente —asintió Rocamora—. Por eso le agradecemos mucho que pueda atendernos. Cualquier colaboración, por pequeña que sea, es bienvenida. De hecho, le estaríamos todavía más agradecidos si nos permitiera visitar su casa mientras hablamos.

—Es una hermosísima construcción —aportó Riera.

Biel los miró con el ceño fruncido, un gesto que, más que enojo u hostilidad, denotaba incompreensión, como si los policías acabaran de enunciarle un problema matemático terriblemente complicado. Allí de pie, con su corpulencia plegada alrededor del paño que apretaba entre las manos, y el rostro embrutecido por lo que se antojaba un inmenso esfuerzo mental, de repente parecía la viva personificación de la estulticia.

—Eh... ¿visitar la casa? ¿Se refieren a una especie de *registro*? —Rio débilmente, apenas el gorgoteo de un cerdo al hundir el hocico en la porquería—. ¿No necesitan una orden para eso?

—Verá, Gabriel —le explicó Rocamora con calma—, le diré lo mismo que a sus amigos: está en su derecho de exigirla. Pero le agradeceríamos muchísimo que nos facilitara el trabajo. En todos los casos de secuestro se

interroga a las personas que han tenido algún tipo de relación con las víctimas, actuando en círculos concéntricos. Comenzamos por el presente más cercano y por el círculo más íntimo del secuestrado, y, a partir de ahí, nos vamos alejando. En esa espiral, lo importante es ir descartando líneas de investigación, para quedarnos solo con las más prometedoras. Y eso es lo que estamos haciendo con usted y sus amigos. Descartándolos, para así poder avanzar. Robert y Judit lo comprendieron perfectamente y nos dejaron inspeccionar su casa sin problemas. —Esbozó una mueca contrita—. Aunque parece que el señor Raventós quedó más preocupado de lo que nos hizo creer. Por favor, tranquilícelo de nuestra parte. Pueden estar tranquilos los tres. Si nos da una buena coartada para la noche del 23 de septiembre, como hicieron sus amigos, y nos deja echar un ojo a su casa, no creo que volvamos a molestarlo. Se lo agradeceríamos mucho. Lo cierto es que no vamos muy sobrados de tiempo. Ya conoce la crítica situación de la familia Arce.

—Claro, claro... ¡es cierto! —exclamó Biel en tono compungido—. ¿Cuándo es el próximo reto?

—El 1 de octubre —respondió Riera—. Dentro de tres días.

—¿Y ya se sabe lo que tendrá que hacer el profesor Arce? ¿Ha llegado la segunda carta?

—Me temo que no podemos darle esa información —dijo Rocamora, cortante.

—Lo comprendo, lo comprendo. —El chico extendió las manos en señal de disculpa—. Y, por supuesto, *quiero* hacer todo lo que esté en mi mano para ayudar. Mire, lo de la coartada es sencillo: la noche del 23 de septiembre estuve en el ático que tiene mi padre en el paseo de Gracia. Cena familiar. El gran jefe y Julieta acababan de llegar hacía un par de días de su luna de miel en Colombia y organizaron esa velada para mostrarnos las fotos del viaje y ponerse al día con los asuntos de aquí. A la cena acudieron mis dos hermanas mayores, Clara y Nuria —comenzó a enumerar con los dedos—, ambas con sus respectivas parejas; mi tía Montserrat, junto a su marido y el hijo de ambos, mi primo Borja, que acudió con su prometida; y naturalmente Julieta y mi padre. Le facilitaré los nombres y teléfonos de todos. Llegué sobre las nueve de la noche y me quedé a dormir en la habitación de invitados. Me temo

que abusé un poco de la bebida. —Rio entre resoplidos—. A mi padre no le pareció buena idea que cogiera la moto, sobre todo por esta carretera tan peligrosa. —Asintió, apretando los labios.

—Una actitud muy prudente —aprobó Rocamora, que había sacado su libretita y comenzado a garabatear algunas anotaciones.

—Pero, sobre lo de mostrarles la casa —se mordió los labios con nerviosismo—, me temo que primero debería preguntar a mi padre. Aunque vivo en ella, en realidad, no es mía. Resido aquí prácticamente en calidad de guardés.

—Sin embargo, usted es el heredero —apuntó Riera.

—No exactamente. Las herederas legítimas son mis hermanas, según el último testamento de mi padre. —Esbozó una valerosa sonrisa, aunque no pudo evitar que los labios le temblaran. Tras desviar unos segundos la mirada y tragar un par de veces saliva, consiguió rehacerse—. Al fin y al cabo —continuó más animado—, ellas son las que llevan los negocios familiares, junto a mi padre, mi tía y mis cuñados. Yo soy demasiado estúpido para todo eso —afirmó con sencillez, encogiéndose de hombros—. No sé si saben que padezco diversos problemas: dislexia, déficit de atención, dificultad en el aprendizaje... ¿no? Vaya, ¡yo pensaba que los policías lo sabían todo!

—Esos son los del FBI —gruñó Rocamora—. Nosotros no sabemos ni cómo conseguir que nos paguen las horas extras.

Biel hilvanó una retahíla de resoplidos y estertores que delataban que aquello era lo más gracioso que había escuchado en su vida.

—Es usted la pera, inspector.

—Sí, en la oficina nos tronchamos de risa con sus salidas —convino Riera, sin acusar lo más mínimo la mirada asesina de su jefe.

—Me lo puedo imaginar. —Biel se secó las lágrimas con la manga de la camisa, y volvió a estudiar al inspector unos segundos en un jocoso silencio—. ¿Está seguro de que no nos...?

Rocamora le lanzó tal mirada que Biel recobró la seriedad de golpe.

—Disculpe... ¿por dónde iba?

—Por sus problemas de aprendizaje —le recordó el inspector.

—Ah, sí... Los médicos creen que podrían tener su origen en la muerte de

mi madre. Yo tenía solo cuatro años, mis hermanas y yo íbamos con ella en el coche cuando sucedió. No recuerdo nada de aquel día, pero, al parecer, yo no dejaba de lloriquear porque quería un helado, mi madre se dio la vuelta unos segundos para intentar calmarme, y... —Tragó saliva, con la voz cada vez más estrangulada—. Invadió el carril contrario. Los niños salimos ilesos, pero mi madre murió al instante. Estuve casi un año sin hablar. Ni una sola palabra. Trastorno de estrés postraumático, me diagnosticaron. Mi padre se gastó un dineral en psiquiatras, los mejores del país, y poco a poco consiguieron que volviera casi a la normalidad, pero mi cerebro nunca llegó a funcionar del todo bien. Como si en ese año se hubiera oxidado de forma irreparable. En fin... Visto el panorama, mi padre no insistió para que fuera a la universidad, como hizo con mis hermanas mayores. Pero no se crean que no me gano mi sustento, ¿eh? Soy como una especie de chico de los recados. Ayudo en lo que puedo e intento no ser una carga. Y con eso último me refiero, sobre todo, a no meterme en líos.

Tras su perorata, cruzó los brazos sobre el pecho en un ademán que pretendía demostrar firmeza, pero que le hizo parecer extrañamente desvalido.

—Biel, no se va a meter en ningún lío —le aseguró Rocamora en tono paciente—. Al contrario. Todo esto es para evitarle futuras molestias. Le prometo que antes de que llegue su padre, ya nos habremos marchado. Y con un poco de suerte, no volverá a saber de nosotros.

—¡Pero decídase antes de que se quemase esa deliciosa cena! —añadió Riera.

Biel los observó unos segundos en silencio y finalmente asintió con la cabeza.

La mansión tenía dos plantas, una buhardilla y un sótano, que sumaban varios cientos de metros cuadrados, un vasto espacio que debían recorrer antes de que empezara a oler a quemado. Tras bajar al sótano, donde los policías pudieron contemplar con mal disimulada admiración una amplia bodega cargada de botellas —la más barata de las cuales costaría un año de su sueldo—, subieron a la buhardilla, desde la que pudieron admirar esta vez parte de la ladera de la montaña de Collserola, acolchada por los bosques, que desde aquella altura parecían adquirir la rizada textura de una esponja de

baño. Los coches que circulaban por la serpenteante carretera principal se les antojaron ratoncitos luminosos persiguiéndose en la oscuridad. Y al fondo de toda aquella negrura, el avispero de luces que era Barcelona. Siguieron la visita aventurándose después por las innumerables habitaciones del primer piso, entre las que había un inmenso despacho que, aunque dudaban que Biel lo usara, se hallaba en perfecto estado de revista. Tras eso, regresaron a la planta baja para recorrer cada uno de los diferentes pasillos que surgían del majestuoso recibidor. El último de ellos los condujo hasta unas puertas correderas adornadas con lujosos vitrales, que custodiaban el salón principal de la casa. Era una estancia espectacular, atestada de muebles suntuosos, y cuyos muros estaban poblados de antiguos retratos. Biel se apoyó sobre uno de los laterales de la descomunal chimenea de mármol que presidía la estancia y dedicó a los cuadros una mirada entre reverente y melancólica. Allí estaba su estirpe, desde sus albores hasta casi la actualidad, la esencia de cada uno de sus miembros atrapada en cremosas pinceladas de óleo por los pintores del momento.

—Ese es mi tatarabuelo Frederic Martorell, quien construyó esta casa en 1865, gracias a la fortuna que amasó en las Indias —les contó, señalando el retrato de un anciano envainado en una levita, el cual lucía el rostro arrugado como una escarola, pero cuyos ojos ardían como brasas—. Frederic era un hombre despiadado, sin escrúpulos, y tuvo un hijo igual de malvado, Frederic Martorell hijo, mi bisabuelo. —Señaló el retrato de un cincuentón entrado en carnes de sospechoso parecido, alumbrado por la misma mirada malévola—. Ambos incrementaron la fortuna familiar por métodos tan poco lícitos como los que usaron en Ultramar para forjarla. Padre e hijo se hicieron tristemente célebres en Barcelona por sus dudosos negocios de contrabando, sus trapicheos corruptos con la política y sus líos con la justicia. Además, mi bisabuelo era un crápula. Adoraba el juego, entre otros muchos vicios. Fue uno de los impulsores del casino de la Arrabassada, y, cuando el juego fue prohibido alrededor de 1912, creó una red oculta de partidas ilegales, al más puro estilo mafioso. Sin embargo, su único hijo varón, mi abuelo Frederic, salió muy diferente a sus antecesores. Era igual que su madre: delicado, de temperamento artístico y carácter recto. —Señaló ahora a un Dorian Grey de

baratillo, cuya refulgente piel de porcelana o marfil debía haber acabado con todas las existencias de blanco del pintor—. Cuando mi bisabuelo finalmente murió, víctima de la sífilis, mi abuelo Frederic juró limpiar el nombre de la familia Martorell. Se casó con una buena chica y tuvo dos hijos, mi padre, Pelayo, a quien le puso ese nombre para romper la maldición de los malvados Frederic, y mi tía Montserrat.

Mientras Biel continuaba perorando sobre el linaje de los Martorell, Rocamora examinó el retrato del patriarca del clan, en cuyo territorio se estaba adentrando temerariamente tras haber coartado a su cachorro y en el que tal vez se atreviera a dejar una meada. En aquel cuadro, Pelayo Martorell debía rondar los treinta y muchos. Aún no había engordado ni encanecido, pero ya desprendía la misma autoridad del presente. A Rocamora le costó encontrar algún rasgo familiar entre Biel y aquel hombre altivo que, embutido en un traje azul ahora trasnochado, posaba en el estudio del pintor con aire impaciente, como si su imperio pudiera desmoronarse cuando él no miraba.

—Durante décadas, mi abuelo Frederic y mi padre han luchado para mantener el legado familiar y devolver la respetabilidad a una familia que lleva más de un siglo asociada a la corrupción. Por eso mi padre siempre ha sido muy estricto y exigente con sus hijos. Ni a mis hermanas ni a mí se nos ha permitido nunca dar un paso en falso. Aunque me temo que solo ellas han cumplido sus altas expectativas.

—Nos ha dicho antes que una de sus tareas es cuidar de esta propiedad, ¿no es cierto? —le preguntó Rocamora mientras abandonaban el salón y se dirigían de nuevo hacia la cocina a paso rápido, espoleados por el temor de Biel hacia el estado de su cena, o quizás por el temor a la aparición de su padre.

—Así es. A la muerte de mi abuelo Frederic, hace unos ocho años, mi padre dejó a mi tía Montserrat al frente de los negocios de la zona de Girona y decidió mudarse a Barcelona con sus tres hijos para ocuparse personalmente de la sede central. Pero mis hermanas se negaron a vivir en la casa del abuelo. Les parecía que esto estaba demasiado aislado. Y, además, estaban los fantasmas.

Rocamora lo miró sorprendido.

—¿Los fantasmas?

—Sí, mis hermanas siempre han creído que en esta casa hay fantasmas. Todavía lo siguen creyendo. Aseguran que los espíritus de los difuntos Frederic caminan por los pasillos de noche, atravesando las paredes. Al parecer, los vieron varias veces cuando nos quedábamos de pequeños a dormir en casa del abuelo.

—¿Y usted? ¿Nunca los vio?

Biel soltó una carcajada.

—Yo jamás vi nada parecido, pero es que duermo como un tronco. Y hasta el momento, sigo sin haber visto ninguno. —Volvió a reír—. El caso es que mi padre no pudo convencerlas, así que compró tres áticos en el centro, en pleno Ensanche, uno para él y otros dos para mis hermanas, que ya estaban prometidas. Y como mi padre se resistía a vender esta casa, por motivos sentimentales, pero, sobre todo, porque con la crisis no obtendría su verdadero valor, me dejó a mí a su cuidado.

—¿Y a usted no le da miedo vivir aquí, tan aislado? —le preguntó Riera.

—No, no... Tenemos un buen sistema de seguridad, y todos los cristales son antibalas. En cuanto a los espíritus de los difuntos Martorell... —Rio mientras se encogía de hombros—. Como les he dicho, de momento me dejan tranquilo. Igual que yo a ellos —bromeó.

Biel los acompañó entonces a un saloncito contiguo a la cocina, donde podrían despedirse tranquilamente cuando él regresara de sacar la comida del horno. Hizo especial hincapié en la palabra «despedirse». Al quedarse solos, Rocamora y Riera intercambiaron una mirada abatida. Parecía que estaban perdiendo el tiempo allí. No habían encontrado nada sospechoso durante el registro y, además, el chico tenía coartada. Una coartada en la que estaba involucrado su padre. Rocamora volvió a suspirar, y luego estudió la habitación donde Biel los había abandonado. Ya la habían visto antes. Se trataba de un salón pequeño y acogedor, mucho menos imponente que el resto de la casa, y amueblado con muebles modernos y funcionales, aunque supuestamente igual de caros. El inspector dedujo que era allí, en aquellos mullidos sillones y frente a aquella enorme tele de plasma, con la consola y el equipo de música al alcance de la mano, donde Biel debía de consumir la

mayor parte de su *encierro*. También había una pequeña mesa de comedor, no tan imponente como la del salón principal, sobre la que alguien ya había colocado un fino mantel de lino y lo necesario para tres comensales, y estaba claro que a ellos no los esperaban. Una de las paredes era enteramente de cristal, por lo que desde allí podía verse el impresionante jardín, con el muro de entrada ejerciendo las funciones de horizonte allá al fondo. Y lo que asomaba por la izquierda tras unos setos era sin duda la piscina. En fin, se dijo Rocamora, aquel chaval había nacido con una existencia bastante jodida.

Biel regresó un par de minutos después, visiblemente aliviado de que el costillar no se le hubiera chamuscado.

—Bueno, agentes, si no necesitan nada más los acompañaré a la puerta. Mi padre debe de estar a punto de llegar y me gustaría cambiarme de...

—Por supuesto —lo atajó Rocamora—. Le agradecemos mucho que nos haya atendido. Pero no hace falta que nos acompañe. Si quiere conectar de nuevo el juego de luces iremos revoloteando obedientemente de bombilla en bombilla.

—Inspector, me va a matar de la risa... —Rio Biel con ganas, mientras le extendía la mano, y después hacía lo propio con Riera—. Esto... querría pedirles un favor.

—¿Sí?

—¿Creen que podrían ponerme en contacto con el profesor Arce? —preguntó, mirando esperanzado a los dos policías—. Me encantaría darle un abrazo y decirle cuánto siento todo lo que está pasando. Le tengo un gran afecto. Él me ayudó mucho con todo eso de superar los complejos y los miedos. Nos habló de personas muy *importantes*, personas inteligentes y llenas de talento como escritores, poetas, artistas... que también vivían atormentadas por sus propios fantasmas. Eso me hizo sentirme mejor. A todos nosotros. Lo he echado mucho de menos todos estos años.

—Me temo que no es un buen momento, Biel —le replicó Rocamora.

—Claro, claro... —asintió el chico, sin poder ocultar su desencanto—, pero ¿le podrían transmitir mis mejores deseos, por favor? Y también a la doctora Folch. Siempre formaron una pareja encantadora. No se merecerían que algo tan vulgar y desagradable los destruyera.

Rocamora volvió a mirarlo, sorprendido por el tono repentinamente acusador que Biel había usado al pronunciar la última frase. Pero el chico le sostuvo la mirada con una expresión de beatífica inocencia. ¿Se había imaginado aquel tonito intencionado?, se preguntó. Pero el inspector no pudo seguir reflexionando sobre eso, pues dos nuevos personajes irrumpieron en escena, haciéndolo además de un modo bastante escandaloso.

—¡Serán cabrones! ¿Cómo se han atrevido a venir hasta aquí, hasta la puta puerta de esta casa? —rugió Pelayo Martorell, entrando en la habitación a enérgicas zancadas, como si pretendiera saquearla—. ¡Has tenido que decírselo tú!

Los tres ocupantes de la habitación se pusieron en guardia, pero el patriarca de los Martorell no los señalaba a ninguno de ellos. En realidad, ni siquiera había reparado en su presencia. Su brazo, en cuya punta flameaba un índice acusador, giró en el aire para apuntar hacia la impresionante mujer que lo seguía, intentando alcanzarlo sin despeñarse desde lo alto de sus tacones.

—¿Qué? Pero ¿qué le pasó, desayunó alacrán? ¿Cómo puede echarme a mí la culpa de que esos paparazis nos hayan seguido? —gritó la mujer.

Debía de tratarse de la esposa colombiana a la que Biel se había referido antes, «Julieta Giraldo», constató Rocamora echándole un rápido vistazo a sus notas. La tal Giraldo debía de tener treinta y tantos, y era lo que se dice un auténtico bellezón, de esos que intimidan a los machos y desmoralizan a las hembras con su rotunda y carnal forma de existir. Poseía una espesa melena azabache, un cuerpo ondulado hecho de redondeces, unas piernas sin final y un rostro de animal salvaje. No era extraño, sino más bien una consecuencia natural, que con aquel chasis consiguiera que cada uno de sus gestos rebosara sensualidad. Y frente a ella se hallaba Pelayo, exhibiendo también su porte apuesto y elegante a pesar de la erosión de los años, con el cabello plateado y la piñata de la tripa asomando sobre el cinturón. Con el brazo estirado y las piernas abiertas y afianzadas sobre el suelo de baldosas, parecía un cantante de boleros en pleno *show*. Aunque en aquel instante no cantaba, solo aullaba, poseído por una furia al parecer incontrolable. Pero esa clase de hombres poderosos solían reaccionar del mismo modo hasta cuando se quedaban sin papel higiénico, se dijo Rocamora. Era una actitud ante la vida, una continua

manifestación de poder.

—¿Cómo que por qué? —bramó Pelayo con las venas del cuello a punto de estallar—. ¡Pues porque le has filtrado nuestros movimientos a la prensa! ¿Cómo si no sabían esos capullos en qué restaurante íbamos a comer? ¡Esta comida ha sido una sorpresa de última hora! ¡No lo sabía nadie! ¡Ni siquiera he avisado al restaurante, porque tengo una mesa permanentemente reservada allí! ¿Y cómo podía haber al menos dos coches esperándonos en la puta puerta de esta casa? ¡Es como si supieran todos nuestros movimientos antes de que los hiciéramos! ¿Les has llamado cuando has ido al baño? ¿Por eso has tardado tanto?

—¿Qué vainas me está diciendo! —Julieta no se dejaba amedrentar. Había puesto los brazos en jarras y se defendía con bravura—. ¿Acaso usted no confía en mí?

—¡Te he dicho mil veces la importancia que en esta familia le damos a la respetabilidad! Somos una familia seria y honorable. Y ahora tú formas parte de ella, te guste o no. Ya no eres una vedete que se dedica a menear el trasero delante de las cámaras, ¿te enteras? Eres la señora Martorell. Y los Martorell no salimos en las páginas del corazón. Solo en la sección de economía o, como mucho, en la de cultura, ¿te queda claro?

—Otra vez con la misma cantaleta... ¡Mire que es usted cansón! ¡Cómo quiere que le diga que yo no he llamado a la prensa!

Pelayo Martorell iba a replicar, cuando, al agitar la cabeza de un lado a otro ante la cerrazón de su esposa, su mirada registró presencia humana en una esquina del salón. Se detuvo en el acto y se volvió hacia los intrusos. Biel palideció y pareció encogerse sobre sí mismo, como un papel arrugado por el fuego.

—Hola, papá...

Pero a su hijo, Pelayo Martorell lo tenía muy visto. A los dos hombres que estaban junto a él, en cambio, no los había visto en su puta vida.

—¿Quién cojones son ustedes? ¿Periodistas? —les interpeló groseramente.

Rocamora se llevó la mano al bolsillo con un suspiro de hartazgo y sacó su placa.

—No, no somos periodistas.

—Menudo marrón... —murmuró Riera, en tono quejumbroso.

Rocamora torció el gesto, pero no dijo nada. Hacía mucho que había anochecido, y la impenetrable oscuridad, cuajada de sombras todavía más oscuras, volvía a suturarse inmediatamente después de que el coche la descosiera con sus faros, como una ávida banquisa de hielo negro. A pesar de eso, Rocamora conducía a una velocidad imposible, huyendo de la jauría de periodistas con los que se habían tropezado al abandonar la mansión de los Martorell, apostados tras la verja a la espera de que Julieta Giraldo apareciera otra vez con su nuevo y flamante marido. Al principio, los paparazis habían disparado sus flashes sobre ellos con desgana, casi por compromiso, creyéndolos trabajadores o familiares de bajo rango. Hasta que uno de ellos había exclamado: «¡Es el inspector que lleva el caso del Monstruo!». Eso reactivó a los demás, y Rocamora y Riera habían tenido que salvar la docena de metros que los separaban de su coche a través de una selva de gritos y fogonazos. «¡Inspector, inspector!, ¿está aquí por el secuestro de Ariadna Arce? ¿Está la familia Martorell implicada en el caso? ¿Tienen ya algún sospechoso?», empezaron a gritarle. Y, al comprender que al día siguiente su rostro y el de Riera ocuparían la primera plana de todos los periódicos, vinculando el secuestro de la pequeña Ariadna con la familia Martorell, Rocamora no pudo evitar estremecerse. Las estrictas recomendaciones de la comisaria Bargalló aún resonaban en su cabeza.

—Un marrón de cojones —acabó por reconocer entre dientes, al tiempo que emergía del camino de tierra a la carretera secundaria, asfaltada y felizmente iluminada por algunas farolas.

Riera asintió con una sonrisilla lúgubre.

—Tal vez podamos hablar con los medios para que no emitan nada... —aventuró.

—¿Y qué ganaríamos con eso? —resopló su jefe—. De todas formas, Pelayo Martorell ya estará al teléfono en este preciso momento, moviendo sus hilos para acabar con mi carrera, tal y como me ha amenazado antes. No creo

que ni siquiera él pueda detener esta bomba informativa, pero lo que sí intentará es que me aparten del caso por coacción a un testigo, registro indebido o... qué sé yo. Tiene muchas cosas de las que acusarme, y lo malo es que tiene razón en todas. Solo es cuestión de minutos que la noticia llegue a la Bargalló; en ese sentido no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Pero no te preocupes —añadió, mirando de reojo al joven agente—, yo asumiré todas las responsabilidades.

—No me preocupa eso —le replicó Riera—. Lo que me preocupa son las consecuencias que todo esto pueda tener sobre la niña.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, si alguno de los chicos es culpable, podría ponerse nervioso al verse arrastrado al ojo del huracán, ¿no? No es lo mismo que dos policías despistados vayan a verlos en plan informal, que convertirse, de repente, en el centro de atención de toda la prensa. En un momento de pánico, tal vez podrían tomar la decisión de... deshacerse de la víctima.

Rocamora asintió. Cada vez le caía mejor aquel joven. Era inteligente y honesto. Y cuando te acostumbrabas a aquella perpetua sonrisilla que curvaba sus labios comprendías que, en realidad, se lo tomaba todo muy en serio.

—No te falta razón, hijo. —Rocamora guardó silencio durante unos segundos—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Mierda! —gritó de repente, mientras aporreaba el volante unas cuantas veces—. Disculpa —murmuró al cabo de unos segundos, algo más calmado—, este caso me está sacando de quicio.

—No pasa nada —musitó Riera.

Avanzaron en silencio durante casi un minuto. La carretera desembocó al fin en la principal, y Rocamora trazó con pericia la primera y cerrada curva.

—Entonces, ¿usted cree que alguno de los chicos es culpable, jefe? —preguntó entonces Riera.

Rocamora reflexionó. No sabía qué pensar. Algo en su interior, una especie de palpito, le decía que sí. Cualquiera de ellos podía serlo, o incluso los tres. Sin embargo, ¿qué pruebas tenía de ello? Aunque aún debían comprobarlas, sospechaba que sus coartadas serían a prueba de bombas. Y los tres se habían mostrado colaboradores y permitido que inspeccionaran sus domicilios, sin que hubieran encontrado nada raro. Además, ninguno de ellos

había mantenido contacto alguno con Diego ni con su familia durante los últimos diez años. Y el posible móvil por venganza era una hipótesis cogida por los pelos, que todavía parecería más ridícula a oídos de cualquier jurado en cuanto los chicos abrieran la boca para testificar: «Adorábamos a nuestro antiguo profesor y nunca le culpamos por el suicidio de nuestro amigo; al contrario, le estamos infinitamente agradecidos por todo lo que nos ayudó en aquel tiempo. Somos lo que somos gracias a él».

Pero existían algunas preguntas sin respuesta: ¿por qué Judit se había mostrado tan alterada? ¿Estaba realmente enferma? ¿Y por qué Robert había pintado a Biel como alguien inteligente y manipulador, cuando el niño millonario parecía un tipo de lo más simple, incluso estúpido? Rocamora acababa de ver cómo su propio padre lo trataba igual que a un retrasado. Pero no podía quitarse de la cabeza la velada alusión de Biel a la pareja tan perfecta que formaban Diego y Laura, y a la *vulgar* amenaza que pendía sobre su felicidad. Aquello casi le había sonado como una acusación. Aunque tal vez solo lo había imaginado, sugestionado por las advertencias de Robert acerca de las habilidades manipuladoras de Biel.

Por eso y por culpa de su mala conciencia, claro. Sobre todo por esto último. El policía reprimió un suspiro. Cuando Biel había alabado a la pareja perfecta, algo en su interior se había alzado, algo ponzoñoso y vengativo, gritando que el mundo estaba equivocado, que solo él sabía la verdad: Diego y Laura no eran ninguna pareja perfecta. Y por un instante, casi se había alegrado de que la prueba a la que Diego se tendría que enfrentar dentro de tres días fuera tan brutal. Aquel reto, concebido a todas luces por una mente enferma, le pondría sin duda en su sitio, desvelaría al mundo lo cobarde que era.

Aquellos pensamientos solo habían durado un momento, pero durante aquel fugaz instante Rocamora había sentido como si alguien ajeno a él, alguien desconocido, tomara posesión de su mente. ¿Qué clase de monstruo albergaba en su interior, capaz de unos pensamientos tan ruines?, se preguntó, con un escalofrío.

Su teléfono sonó antes de que pudiera responder a Riera, obligándole a dar un bandazo para aparcar junto al arcén. Mientras se hurgaba en el bolsillo de

la chaqueta en busca del móvil, se percató de que se habían detenido frente a las ruinas del legendario casino. ¡Había conducido casi quince minutos sin darse cuenta! Apretó los dientes, como si hubiera sufrido un retortijón, al leer el nombre de la comisaria Bargalló en la pantalla. Dedicó a Riera una mirada de circunstancias, tomó aire profundamente y contestó:

—¡Esos chicos son culpables! —exclamó antes de que la comisaria pudiera pronunciar una sola palabra, intentando que su voz sonara firme y enérgica, pero no demasiado alta—. No sé si los tres, dos o solo uno de ellos, pero ocultan algo, estoy seguro, no me pregunte por qué, todavía no tengo respuestas, pero le juro que pienso encontrarlas. Y antes de que diga nada: siento mucho haberle desobedecido y haber ido a interrogar a Gabriel Martorell, pero en ese momento creí que era lo que tenía que hacer. Y antes de que me lo pregunte: no tengo pruebas, pero si mi historial tiene alguna valía para usted, si mi experiencia y las decenas de casos que he resuelto merecen una brizna de su confianza, le ruego que me consiga algo para trabajar en esta línea de investigación. Lo que sea. Cualquier cosa. Tengo una intuición, es lo único que tengo, pero estoy dispuesto a apostar todo a esa carta... todo. Por favor.

Después de la explosión, la comisaria guardó un largo silencio. Rocamora miró con aire expectante a Riera, quien le devolvió una sonrisilla circunspecta. Entonces le llegó un agudo resoplido del otro lado de la línea.

—Inspector, no me ha gustado el tono con el que acaba de dirigirse a mí — se quejó siniestramente la comisaria—, pero todavía soporto menos que me griten, y Pelayo Martorell ya ha conseguido que en la última media hora dos cargos importantes del Ministerio del Interior me levanten la voz por teléfono. ¡Y soltando un montón de horribles palabras malsonantes que me han puesto los pelos de punta! Así que le pediré al juez Peralta que autorice la vigilancia y seguimiento de los tres chicos durante las próximas setenta y dos horas, hasta que se cumpla el plazo del segundo reto. Ni un minuto más. Y no se le ocurra pedirme nada más. Solicitar escuchas telefónicas o un registro informático está descartado mientras no tengamos alguna prueba firme contra ellos. El juez Peralta es un hombre intransigente en lo referente a las formas, ya lo conoce.

—Gracias, comisaria, muchas...

—¡No me las dé a mí, zopenco! Dáselas a Pelayo Martorell. Pero le advierto de que si en ese tiempo no consigue resultados, le cortaré la cabeza, la vaciaré y la utilizaré como sopera en las cenas de Navidad.

Rocamora, que durante el discurso de la comisaria había mantenido el móvil alejado de la oreja para que Riera también pudiera oír la respuesta, colgó y se guardó el aparato en el bolsillo.

—Ha estado bastante comedida, ¿no? —celebró Riera.

Rocamora se encogió de hombros.

—Solo espero que el cabreo con Martorell le dure lo suficiente para que nos dé tiempo a encontrar algo.

—¿Cree que el subinspector Olaya habrá conseguido algún resultado con Julián Bassol?

—Obviamente, no. Si Bargalló tuviera algo más a lo que agarrarse, nunca me habría concedido la vigilancia de los chicos. Olaya no tiene nada. —Pero tras un suspiro de agotamiento, corrigió—: Ninguno tenemos nada.

De repente, el inspector se tensó sobre el asiento, con la mirada clavada en un punto situado al otro lado de la carretera, donde se encontraba el acceso a las ruinas del casino de la Arrabassada. Riera le siguió la mirada, pero no logró ver nada en la compacta negrura.

—¿Qué ocurre?

El inspector entornó los ojos.

—Hay alguien espiándonos —susurró tras unos segundos de escrutinio.

Riera aguzó la mirada, intentando descifrar la espesa oscuridad que los envolvía.

—¿Está seguro?

—Sí, claro que lo estoy.

—Pues yo no veo a...

No pudo terminar la frase. Rocamora ya había salido del coche y cruzaba corriendo la carretera mientras gritaba:

—¡Alto, policía!

El inspector se detuvo ante el pórtico de la entrada, y unos segundos después, Riera llegó a su lado con una linterna que había cogido de la guantera. Rocamora se la arrebató sin miramientos y apuntó hacia la espesa

oscuridad. El resplandor desveló una estrecha senda que descendía suavemente entre la vegetación.

—¡Tiene que haber bajado por ahí! —exclamó, tomando el sendero a la carrera.

Empezó a descender a grandes trancos, resoplando cada vez más, indiferente a los latigazos que las ramas le propinaban en el rostro, mientras oía a Riera lanzando maldiciones a su espalda. El sendero, cada vez más inclinado, desembocó al cabo de unos accidentados metros ante los vestigios de la antaño fastuosa fachada del casino. El oscilante resplandor de la linterna iluminó lo que en el pasado había sido su torre mirador, que se conservaba casi completa, enfrentada ahora a un poste eléctrico. Bajo la balconada resistía el paso del tiempo la máscara de un comodín, que les dedicó una sonrisa lunática, como si aquel par de infelices que habían surgido de la espesura dando bandazos fuera lo más divertido que veía en años. Los policías cruzaron bajo los arcos, rodearon la torre y descubrieron en la otra cara de la fachada una puerta improvisada con tablones y cerrada con un candado. Bordeando la construcción, encontraron una ventana enrejada, a través de la cual pudieron atisbar su interior, donde había un par de sillas de plástico, un colchón raído, algunas mantas y un rebujo de utensilios de cocina y trastos varios. Algún indigente había instalado su madriguera en la estancia que ocupaba el centro de la torre, pero fuera quien fuera no estaba allí dentro. Rocamora se preguntó si se trataría de la misma persona que había entrevisto desde el coche, y, de ser así, dónde estaba ahora. Sopesó la posibilidad de subir al mirador, pero la única forma de acceder era caminando por encima de los arcos, y no se sintió con ánimos para ejercer de equilibrista en plena noche. Además, por muy buena vista que el mirador le pudiera ofrecer de día, poco era lo que iba a poder ver ahora usando la linterna.

Decidieron adentrarse un poco más por el sendero, que continuaba ahondando en el bosque. A medida que avanzaban por su sinuoso trazado, fueron tropezándose con más huellas del pasado asomando entre la espesa vegetación. Había restos de bancos, de estatuas, de jardineras y de tramos de escalinatas, pero también pequeñas habitaciones alfombradas de hojarasca, a las que bastaba iluminar con un fogonazo para comprobar que estaban vacías.

No tardaron en llegar a una nave enorme y alargada, en la cual se aventuraron desfundando las armas. Estaba formada por varios espacios contiguos, y tenía el techo redondeado y los muros de ladrillo visto.

—¿Qué mierda será esto?

—Creo que son las antiguas bodegas del casino y las salas anexas — contestó Riera—. Lo vi en un vídeo de internet.

—Pues a mí me parece un lugar cojonudo para esconderse.

En las primeras habitaciones encontraron las predecibles muestras de vida: colchonetas, sillas, sartenes, botellas, trapos. Miseria. Las paredes de la bodega, que todavía conservaban vestigios del tendido eléctrico, lucían todo tipo de pintadas, que iban de lo misterioso a lo soez, pasando por lo filosófico, y que al recibir el resplandor intempestivo de la linterna adquirían un aire diabólico, como si fueran consignas que al ser declamadas abrieran portales dimensionales a mundos de pesadilla. Recorrieron la estancia hasta llegar al extremo opuesto, donde había otra salida al intrincado bosque. Los policías se detuvieron antes de traspasarla.

—Aquí tampoco hay nadie, jefe —dijo Riera, contemplando con asco una pila adosada a una de las paredes, rebosante de basura y toda suerte de objetos inimaginables.

—Pues en algún sitio se tiene que haber metido quien nos espiaba. No creo que haya continuado internándose en el bosque a oscuras...

—¿Está seguro de que había *alguien*, jefe? —receló Riera.

—¿Qué cojones significa esa pregunta? —lo encaró Rocamora de repente—. ¿Crees que estoy loco? ¿Que veo cosas que no existen? ¡Estoy seguro de que alguien nos vigilaba desde el muro! —terminó casi en un aullido.

—Vale, vale —murmuró Riera, entre perplejo e intimidado.

Rocamora permaneció unos segundos mirando fijamente a su subalterno; luego se apartó de él y sacudió la cabeza, avergonzado por su reacción. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cómo había podido perder los nervios de ese modo?

—Lo que no sé es por dónde cojones se ha escabullido —dijo, en un tono algo más apaciguado, señalando a su alrededor con la linterna. Luego, tras unos segundos de silencio, le preguntó—: ¿No te parece raro que no nos hayamos encontrado a ningún vagabundo por aquí? Hay un montón de

pertenencias desperdigadas, pero no nos hemos cruzado con nadie, ni un solo cuerpo durmiendo... es extraño, ¿no?

Riera se encogió de hombros, sin saber qué decir. Pero Rocamora tampoco parecía esperar ninguna respuesta. El inspector contemplaba con la mirada ida una de las muchas pintadas que tapizaban el muro. «Nado en tu piel», había escrito alguien que firmaba como *Firer*. Aquella sencilla frase resultaba extraña entre el resto de grafitis, un entramado de sentencias soeces y toscos dibujos en colores violentos. Y de pronto, le pareció que esas cuatro palabras encerraban con gran acierto todas las emociones que él mismo había sentido aquella noche ahora tan lejana en la que, por primera vez, había amado de verdad. Aquel rebusco de emociones que no había sabido expresar. Le resultó conmovedor que el tal *Firer*, probablemente un mendigo, un yonqui o alguna otra alma desahuciada, hubiera anotado allí el que tal vez fuera el único momento luminoso de su perra vida, quizás para preservarlo de la oscuridad en la que se estaba ahogando. Sin saber que un día aquellas palabras servirían para calmar a un policía que se sentía tragado por otra oscuridad similar.

—Bueno, volvamos al coche —dijo al advertir la mirada curiosa de Riera—. Aquí ya no hacemos nada.

Riera no se lo discutió y ambos emprendieron el tortuoso camino de regreso. Rocamora caminaba abismado en sus pensamientos, sin prestar atención a las esporádicas maldiciones que soltaba el otro cada vez que tropezada con alguna raíz o pedrusco. Estaba seguro de que había visto a alguien observándolos desde la entrada de las ruinas. ¿Por qué no lo había visto también Riera? ¿Quizás lo había imaginado? Recordó una cita que Diego le había dicho durante los primeros meses de su amistad, de un escritor cuyo nombre no recordaba ahora, y que se le había quedado prendida en la memoria porque definía con terrible acierto el día a día de un policía: «Quien con monstruos lucha cuide de convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo al abismo, el abismo te devuelve la mirada». ¿Era eso lo que le había ocurrido? ¿Había visto al Monstruo? ¿Al verdadero personaje de la novela? En ningún momento de la investigación se le había pasado por la cabeza la descabellada hipótesis de que el secuestrador fuera el verdadero Monstruo. Y de haberlo hecho, se habría ido derecho a un manicomio por su

propio pie. Pero ahora, con el agrio regusto que le habían dejado en la boca sus rencorosos pensamientos sobre Diego, y con aquel agotamiento embotándole la cabeza, durante un fugaz instante no se le antojó tan delirante. Sabía de sobra, por amarga experiencia, que vivía en un mundo en el que cualquier aberración era posible... ¿Y si aquel ser, modelado de oscuridad y pura maldad, había encontrado la forma de escapar de la novela de Diego e irrumpir en la realidad, tal y como confesaba en su carta? En *su* mundo, un mundo que parecía hecho a su medida. Un mundo repleto de semejantes. ¿Era ese el motivo por el cual solo había podido verlo él, y no Riera? ¿Porque esa misma oscuridad también se agazapaba en sus tripas, corría por sus venas, hermanándolo con el Monstruo, con todos los monstruos repartidos por el mundo? Esa aterradora oscuridad que le hacía desear que Diego no superase la prueba. Que le susurraba que debía ser él quien rescatara a Ariadna. Que él era el único héroe que Laura necesitaba.

19

Una mañana en el zoo

Al día siguiente, Diego y Laura llegaron muy temprano a la clínica Overlook, el lugar escogido para realizar los ensayos con la cigüeña. Se trataba de una famosa clínica privada donde los deportistas de élite curaban sus lesiones en tiempo récord, gracias a sus novedosas técnicas de rehabilitación. Debido al acoso al que la prensa los sometía desde el sábado, la pareja se desplazaba en un coche de cristales tintados cedido por la policía, como estrellas del *rock*. Diego, que ejercía de copiloto mientras Laura conducía, bajó del vehículo como un espectro pálido y silencioso. Intentaba no derrumbarse, pero cada vez le costaba más. Hacía seis días que el Monstruo se había fugado de su novela y se había llevado a su hija, y dentro de dos, él tendría que aguantar siete horas en un aparato de tortura medieval para que ella pudiera alargar su cautiverio tres días más, hasta la siguiente prueba, que sería aún más aterradora y probablemente imposible de superar. Si miraba el asunto fríamente, debía reconocer que quizás iba a someterse a la cigüeña para nada, pues Ari estaba condenada, a menos que Rocamora lograra encontrarla antes de que su salvación dependiera enteramente de él.

Era precisamente el inspector quien los esperaba en el vestíbulo de la clínica, acompañado de una mujer y dos hombres, los tres enfundados en batas blancas. Se los presentó enseguida. La mujer, de unos cincuenta años, rubia,

elegante y exageradamente atractiva, era la directora de la clínica y una eminente traumatóloga; uno de los hombres, un joven enorme y musculoso que parecía fabricado en hierro, era doctor en Fisioterapia y jefe del Departamento de Alto Rendimiento Deportivo; y el tercero, un anciano escuchimizado de rasgos asiáticos, tocado con una barbita de chivo blanca, era catedrático de la Facultad de Psicología y experto en técnicas psicológicas de relajación muscular e hipnosis clínica. Abrumado por sus títulos, Diego no alcanzó a retener sus nombres, pero no le importó. Para él serían Sharon Stone, Arnold Schwarzenegger y el señor Miyagi. En su situación, bien podía permitirse esa concesión al cine de los ochenta. Tras las presentaciones, el pintoresco grupito se puso en marcha sin más preámbulos. Todos parecían tener claro que no había tiempo que perder. Con la directora y ellos a la cabeza, se internaron por un blanco y luminoso pasillo. Enseguida comprobaron que la clínica entera era igual de blanca y luminosa. Diego tuvo la sensación de estar recorriendo el immaculado interior de una nave espacial. Todo a su alrededor era blanco, níveo, nacarado, marfil, sería por sinónimos. Un niño se lo habría pasado bomba allí dentro con una barrita de chocolate.

Mientras surcaban aquel mundo de excepcional pureza, aquel mundo donde aún no se habían inventado los colores, la directora le explicó que Arnie y el señor Miyagi habían preparado, junto a sus respectivos equipos de expertos, un programa intensivo de ejercicios para ayudarlo a superar la prueba a la que tenía que someterse el sábado siguiente. Durante estos dos días, Diego realizaría distintos ejercicios, físicos y mentales, destinados a preparar su cuerpo, para que los calambres musculares fuesen más soportables, y su mente, para que fuera capaz de evadirse del sufrimiento y del estrés mediante un férreo control de las emociones.

—Vaya, parece que en dos días voy a convertirme en una especie de maestro Jedi... —consiguió bromear Diego a pesar del nudo que tenía en la garganta.

La Stone no le rio el esforzado chiste.

—Quizás no tanto —le advirtió—. No voy a mentirle, Diego. Dos días no es demasiado tiempo. Pero se sorprenderá de lo sencillas que son algunas técnicas, y lo poderosos que pueden ser nuestro cuerpo y nuestra mente si

sabemos qué teclas pulsar.

Diego asintió, sin molestarse en disimular su escepticismo. Él más que nadie conocía la escasísima resistencia que su cuerpo acostumbraba a oponer al dolor, y dudaba mucho de que fuera capaz de aumentarla mediante un puñado de técnicas milagrosas aprendidas a la carrera.

Un par de minutos después, llegaron a otra sala blanca y luminosa. Dentro había cuatro o cinco tipos, envainados también en batas blancas, atareados en la docena de aparatos que había desperdigados por allí. En el centro les esperaba una mesa cubierta con una sábana blanca, sobre la que descansaba un bulto tapado con uno de esos trapos verdes que se usan en los quirófanos. Todos comprendieron de inmediato lo que escondía. El grupito se distribuyó alrededor de la mesa, y la directora procedió a descubrir el bulto con un gesto que quedó a medio camino entre lo ceremonioso y lo sencillo. Y, tachán, allí estaba la cigüeña, la réplica del aparato medieval que un herrero había forjado para la ocasión guiándose por las fotos y los grabados que los museos le habían suministrado. Todos la contemplaron en un silencio grave, casi reverente, a pesar de que a simple vista el aparato no resultaba demasiado intimidatorio. Se trataba de una estructura de cuatro varillas de hierro de algo más de un metro de longitud que componían una especie de triángulo, cuyo vértice superior era la argolla que tenía el diámetro más grande, la que debía ceñir el cuello de la víctima. Dicha argolla no estaba cerrada del todo, y de cada lado de la abertura surgían dos pares de varillas. Estas estaban rematadas en dos argollas más, destinadas a apresar a la víctima por los tobillos, y contaban también, cerca de la argolla principal, con dos medio aros para que este pudiera introducir las muñecas. No era difícil visualizar la incómoda postura que el aparato obligaría a componer al desgraciado que lo usara.

—Lo primero que ha de hacer, señor Arce, es probarla —le indicó Arnie—, para que podamos medir su umbral de dolor. Es muy importante saber cuándo aparecerán los primeros calambres, en qué zonas lo harán antes y con qué intensidad. Así podremos personalizar al máximo el programa de ejercicios.

Y, aunque lo parecía, no era un chiste. Sin esperar respuesta por parte de

Diego, le entregó una de esas batas de hospital abiertas por detrás y le señaló un pequeño vestuario donde podía cambiarse. Pero Diego no se encaminó hacia allí. Permaneció con la bata en las manos, dejando correr los segundos mientras todos lo observaban con expectación, y finalmente se apoyó en Laura, pálido y mareado. Su mujer lo cogió por el brazo.

—¿Te encuentras bien?

—Necesito unos minutos... —logró balbucear.

—Cariño, no tenemos mucho tiempo.

—Por favor. Solo un par de minutos —insistió, dedicando al grupo una mueca de súplica—. *Por favor.*

La Stone consultó con la mirada a Arnie y al señor Miyagi, que asintieron con expresión comprensiva, y Diego obtuvo permiso para salir un par de minutos al pasillo con su mujer. Había empezado a sentir náuseas y las piernas parecían que se negaban a sostenerlo, así que se sentaron en una salita de espera que había a unos metros de la consulta.

—Esto es una locura —balbuceó Diego, enterrando el lívido rostro entre sus manos.

—Todo va a salir bien, cariño —le dijo Laura, abrazándolo—. Estoy aquí, a tu lado. No estás solo en esto, ¿recuerdas? Yo estoy contigo, siempre lo he estado. Oh, amor mío, ¡ojalá pudiera hacer esto en tu lugar!

Diego la contempló con espanto.

—¡No, no, tú no! —exclamó en tono suplicante, cogiéndole las manos—. Por favor, tú no. Ni Ari. No lo soportaría. Fui yo quien invocó al Monstruo, y yo seré quien juegue con él... y le gane. —Esbozó una mueca mientras se encogía de hombros intentando aparentar un valor que ni por asomo sentía—. Supongo que no siempre ganan los fantasmas.

Laura lo observó con preocupación.

—Diego... ayer acordamos que el Monstruo no existe, ¿recuerdas? Que no existen los fantasmas, ni nada de eso. Lo de la ouija y el accidente de tus amigos solo fue una terrible coincidencia. Nada más. Y tus pesadillas solo son eso, pesadillas. No son reales. Y desde luego, no cesaron porque consiguieras atrapar al Monstruo en una cárcel de papel, como tú dices. Simplemente te sugestionaste. Decidiste enfrentar un delirio con otro delirio. No

desaparecieron por escribir ese... espanto de novela —concluyó con impaciencia.

Diego cabeceó con la misma impaciencia.

—Hablaba en sentido figurado —la tranquilizó—. «Los monstruos son reales, los fantasmas también son reales. Ellos viven dentro de nosotros y algunas veces ganan.» —recitó—. Es una cita de Stephen King.

Laura frunció el ceño.

—Pues que se vaya a la mierda Stephen King. Pensé que no recordabas nada de lo que hablamos ayer. O que no me habías escuchado.

—¡Claro que te escuché! ¡Ni metido en un instrumento de tortura que me inmovilizara por completo te habría escuchado con más atención! —bromeó, poniendo los ojos en blanco.

Ella le soltó un cariñoso puñetazo en el hombro.

—Tonto.

—Laura... —dijo él poniéndose serio—, mira, en el fondo da igual, ¿sabes? Quiero decir que... no sé quién es el Monstruo, *o lo que es*. Solo sé que lo venceré. —La miró intensamente—. No dejaré que os haga daño.

A Laura se le empañaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero... —exclamó.

—Y yo a ti.

Sus bocas se fundieron en un beso desesperado, al tiempo que sus cuerpos estrechaban su abrazo, como si quisieran traspasar el uno la carne del otro. Y tal vez lo habrían logrado si un carraspeo repentino no los hubiera obligado a separarse. Rocamora estaba en la puerta de la salita, con un vaso de agua en una de sus manazas y una expresión indescifrable en el rostro. La pareja se levantó a la vez, algo cohibida.

—Me han pedido que os avise —dijo el policía sintiéndose igual de violento, al tiempo que le tendía a Diego el vaso de agua.

Diego se lo agradeció y le dio un largo trago antes de preguntar:

—¿Hay alguna novedad?

La noche anterior, Rocamora le había puesto al tanto por teléfono sobre los interrogatorios a los chicos.

—Pues sí, aunque no son buenas noticias —le contestó—. Hemos

comprobado las coartadas de los tres, y son sólidas. La noche del 23 de septiembre, Robert y Judit estuvieron en una fiesta de su empresa. Lo han atestiguado decenas de personas. Todos lo recuerdan perfectamente ya que, al parecer, la parejita se hizo notar. Montaron una especie de escenita. Ella bebió bastante, tal vez tomó otras cosas, y coqueteó con algunos compañeros de la oficina. Tuvieron una bronca monumental. Ella estuvo llorando mucho rato. Aunque parece que después se reconciliaron, ya que tuvieron sexo en uno de los despachos, según varios testigos que los escucharon. En fin, no pasaron desapercibidos.

—¿Y la coartada de Biel?

—Esa es aún mejor, ya que tenemos como testigos al clan Martorell al completo. Biel estuvo en una cena familiar. Todos los testigos han coincidido en que llegó temprano y que bebió bastante durante la cena. Antes de los postres estaba tan borracho que su padre lo mandó a dormir la mona a la habitación de invitados. El resto se retiró de madrugada, y aseguran que no salió de allí. Por la mañana seguía en la habitación, con una resaca de cojones.

—Mierda —masculló Diego.

—De todos modos, sigo pensando que ocultan algo. Ya te lo dije antes, nada más verlos supe que tus sospechas no iban desencaminadas. Tengo a varios equipos de efectivos siguiendo todos sus movimientos. Si son culpables, lo descubriremos —lo animó el inspector.

—Pues yo no puedo creer que esos chicos nos estén haciendo algo tan inhumano, tan enfermizo... —replicó Laura, horrorizada—. ¡Parecían tan buenas personas!

—Todos llevamos un monstruo dentro —murmuró Diego con aire fatalista.

—Basta ya con ese rollo de Stephen King, cariño, por favor —le rogó Laura suavemente. Luego se dirigió al inspector—. ¿Alguna novedad por otro lado?

—Estamos trabajando con algo. Parece que Julián Bassol nos mintió en un estúpido detalle. La primera vez que hablamos con él nos aseguró que no conocía la obra de Diego, pero luego hemos descubierto que leyó sus tres novelas. O, al menos, las compró.

Diego lo miró sorprendido.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—No lo sabemos. —Rocamora se encogió de hombros—. Es lo que estamos intentando aclarar.

—¿Y nada más?

—Ya sabéis que hay varias líneas de investigación. De momento, todas siguen abiertas.

—¿Incluso la de Héctor? —preguntó Laura.

El rostro de Diego se ensombreció. Se acarició instintivamente el ojo que su hermano le había golpeado, todavía rodeado por un ligero rastro morado y amarillento.

—¿Va a seguir adelante con la entrevista de televisión? —inquirió con rabia.

Rocamora asintió con una mueca que no ocultaba su propio desagrado.

—Se emitirá en directo esta misma tarde por el Canal 15, dentro de un programa especial sobre el secuestro de Ari. Hablarán de *Sangre y ámbar*, del Juego de los Retos, de la locura que se ha desatado en las redes sociales, todos esos frikis que creen que el Monstruo es realmente un personaje salido de tu novela... En fin, ya sabes, una gran mierda sensacionalista, un puto circo.

—Y mi propio hermano será uno de los payasos —masculló Diego.

—No malgastes tus energías cabreándote con él —le aconsejó Rocamora—. Si tu hermano es culpable, lo pillaremos, eso te lo garantizo. Pero si es inocente... —El policía cabeceó con cara de circunstancias—. Bueno, entonces también está en la mierda. Nos hemos enterado, por un contacto que tenemos en la cadena, que Tejada se ha llevado un pellizco importante del pago de la entrevista. Héctor no ha sacado lo suficiente para saldar su deuda con los Korovin; calculo que apenas podrá pagarles la mitad de lo que les debe. Y no creo que eso les guste mucho a los rusos.

—¿Y qué quieres, que le tenga pena? —replicó Diego—. Yo tengo mis propios problemas.

—Nosotros los tenemos —lo corrigió dulcemente Laura—. Nosotros.

—Eso, sí, nosotros —rectificó Diego, mirando a su mujer—. Nosotros.

Ambos se contemplaron en un silencio arrobado durante tanto tiempo que Rocamora se vio obligado a carraspear.

—Creo que deberíamos entrar —murmuró, visiblemente incómodo.

—Supongo que sí —asintió Diego, sin apartar la mirada de los ojos de Laura, como si quisiera quedarse a vivir para siempre en el fondo de aquel océano de ámbar, donde todo estaba bien—. Tengo solo dos días para conseguir la elasticidad de Mr. Fantástico.

Laura rio, con los ojos llenos de lágrimas. Diego miró al policía y le dedicó un gesto de asentimiento.

—Estoy preparado.

El inspector lo retuvo agarrándolo del brazo.

—Diego. Sé que dos días parecen poco..., pero a mí me sobran la mitad para cazar al Monstruo. Antes de que te des cuenta, te traeré su cabeza.

—Tráeme a mi hija, Gerard, con eso me conformo —respondió Diego, y se dirigió con andares resueltos a enfrentarse a su destino, pensando que, quizás, después de todo, el ridículo aparato no fuera tan malo.

Diego gritaba, aullaba, gemía. Suplicaba. Llevaba una eternidad haciéndolo, tanto que empezaba a sentir la garganta abrasada. Estaba tumbado boca arriba en una colchoneta, atrapado en el cepo de la cigüeña, lo que significaba que tenía las piernas casi plegadas sobre el vientre, ambas manos sobre el pecho, como si estuviese orando, y el cuello y parte de la columna arqueados. Llevaba puesto el camisón del hospital y tenía varios electrodos pegados al pecho y a la frente, de los que surgían un manojo de cables que lo conectaban a un monitor donde un par de tipos estudiaban y anotaban sus pulsaciones, su tensión arterial, su actividad cerebral, y probablemente hasta sus ventosidades. Pero lo más importante era que en su mano derecha aferraba un pulsador, con un botón bien rojo en su centro, que solo tenía que apretar para poner fin a su tormento.

Aparte de eso, en las orejas le habían colocado un par de auriculares, a través de los que le llegaba la voz de Laura. Diego no podía verla a causa de la postura, pero sabía que estaba en el otro extremo de la habitación, sentada ante una mesa donde habían dispuesto el micrófono que estaba usando para comunicarse con él. Aunque en su carta el Monstruo había dejado claro que

Diego debía permanecer solo en el plató, no le había prohibido que pudiera llevar auriculares, y al equipo de psicólogos se les había ocurrido la brillante idea de utilizar unos para que la voz de su mujer pudiera ofrecerle apoyo moral. Una vez en el estudio de televisión, los sustituirían por un discreto pinganillo que Diego podría ocultar sin problemas con su cabello. Por ese motivo, Laura debía aprender también las técnicas de relajación e hipnosis clínica, para que, cuando Diego perdiera el control de sí mismo, ella pudiera conducirlo de nuevo al estado adecuado. En definitiva, la voz de su mujer debía acompañarlo, consolarlo y guiarlo como un faro durante su travesía por los siete mares del dolor.

Sin embargo, la idea no estaba demostrando ser muy efectiva. Diego había perdido absolutamente el rumbo de su navío, y resultaba evidente que solo era cuestión de tiempo que se estrellara contra los arrecifes que lo acechaban entre la bruma. Y Laura, con las mejillas empapadas de lágrimas y el rostro desencajado, era incapaz de devolverlo a su camino.

Aquel era el tercer intento. Los dos anteriores habían arrojado un saldo poco esperanzador, revelando que Diego tenía el umbral del dolor de una doncella de cuento, capaz de desmayarse si se pinchaba con una aguja. En el primer intento había aguantado doce minutos, y en el segundo había logrado subir su marca personal a veintiocho. Pese a los consejos del equipo de expertos, Diego perdía la concentración casi enseguida, y eso provocaba una especie de efecto dominó: su cuerpo se tensaba, los músculos se le agarrotaban rápidamente y los calambres comenzaban antes, por lo que lo embargaba el pánico, y su cuerpo se tensaba aún más. Esta confabulación corporal lo incapacitaba para entrar en el estado de hipnosis requerido. Pero lo peor de todo era que le contagiaba su terror a Laura y, en consecuencia, esta era incapaz de transmitirle ni una brizna de la calma que necesitaba. El miedo los retroalimentaba.

—¡Aaaaaaaah! ¡Por favor, por favor, por favor! ¡No puedo más! —aulló Diego en aquel momento, mientras su dedo temblaba sobre el botón del pulsador.

—Diego, cariño... —lloriqueó Laura ante el micrófono—. Aguanta, ¡aguanta!, no aprietes el botón, te lo...

—No, no, Laura, *no le mencione el botón* —le advirtió el doctor Wang—. No debe mencionar esa opción en ningún momento.

—Sí, sí, es verdad... —balbuceó Laura, angustiada—, lo siento.

—¡No puedo! ¡No puedooooooooo!

—La palabra clave es *evasión* —continuó el psicólogo, en tono pedagógico—. Para soportar el dolor, Diego tiene que abstraerse de cualquier circunstancia relacionada con el mismo. Y el botón está relacionado con el dolor, ¿entiende? Laura, escúcheme, no lo escuche a él. Tiene que ayudarlo a huir de este instante y de este lugar. No le diga cosas como: «Aguanta, no pulses el botón, tú puedes...». Eso le recuerda el presente, *le ancla al presente*, y el presente es insostenible. Llévele a otro sitio, lejos de aquí, ayúdelo a construir un refugio, un lugar hermoso y placido donde no exista el dolor. Vamos, Laura, busque un recuerdo feliz, tiéndale la mano y guíelo hacia allí.

—¡Aaaaaaaaaaaaah!

Ella miró a Diego, que se agitaba impotente sobre la colchoneta, como una tortuga a la que alguien hubiera dado la vuelta. Luego volvió a concentrarse en el micrófono, cerró los ojos con fuerza, y se masajeó las sienes. Debía hacer todo lo posible por concentrarse, por ignorar los aullidos de Diego y construirle con palabras ese refugio del que hablaba el psicólogo. Pero ¿cómo? Necesitaba un recuerdo, espigar algún hermoso momento de su pasado para que Diego pudiera esconderse en él.

—Diego... —La voz le salió temblorosa, y se esforzó en templarla—. Diego, cariño, ¿te acuerdas de aquella mañana que fuimos con Ari al zoo? Ella tenía cinco años...

—Describale los detalles —le susurró el doctor Wang al oído—. Tiene que ser específica. ¿Qué tiempo hacía? ¿Qué ropa llevaba Ari? ¿Qué desayunaron? ¿Con quién se cruzaron en el portal? Todo lo que recuerde, cualquier cosa. Recree ese instante del pasado, otórguele fisicidad, *veracidad*, ¡convíértalo en presente! Envuelva a su marido en ese instante como si fuera una burbuja, ¡que el verdadero presente no pueda tocarlo!

Laura asintió y tragó saliva mientras su marido continuaba con sus aullidos, ávidamente manoseado por el presente.

—Ari llevaba puesto aquel vestido azul que le regaló mi madre —continuó apresuradamente—, el que tenía florecitas blancas bordadas en las mangas. La falda le llegaba por encima de la rodilla, pero ella se negaba a tirarlo porque le encantaba, ¿te acuerdas? Decía que era su vestido favorito y que jamás dejaría de ponérselo...

A medida que hablaba, Laura observó que su marido había reducido sus aullidos a unos agónicos y débiles alaridos, y que parecía un poco más pendiente de su voz. Quizás lo estaba consiguiendo. Quizás estaba logrando transportarlo a aquel lejano día. Animada, continuó hablando, haciendo también ella un titánico esfuerzo para evocar aquella remota mañana que habían pasado en el zoo con el mayor número de detalles posibles.

—Ese día la peiné con dos trenzas y le puse un lazo azul, a juego con el vestido. Eso no le gustó tanto y, cuando no la mirábamos, intentaba arrancárselo. Al final, me rendí y se lo quité yo misma. Cuando se le metía algo en la cabeza, era tozuda como ella sola...

Contempló a su marido, que ahora gemía quedamente, con los ojos fuertemente cerrados. Había dejado de agitarse.

—Recuerdo que nos acompañaban Héctor y Neus, que por aquel entonces aún estaban juntos. Recuerdo que lo que más le gustó a Ari fueron los pingüinos. Desde aquel día no dejaba de pedirte que le leyeras cuentos protagonizados por pingüinos, ¿te acuerdas? Le encantaban. Tuvimos que llevarla al cine a ver...

Un terrible aullido la interrumpió. De repente, Diego había empezado a agitarse y retorcerse de dolor, como una lagartija bajo una lupa. Antes de que Laura lograra calmarlo, un pitido agudo resonó en la estancia. Había pulsado el botón.

Arnie se acercó a la colchoneta, se arrodilló a su lado y comenzó a manipular el aparato para liberarlo. Laura también corrió hacia él.

—¿Cuánto he aguantado? —preguntó Diego entre lágrimas, sin apenas voz.

—Veintinueve minutos, campeón —le dijo el fisioterapeuta—. Vamos mejorando.

Diego no dijo nada. Tenía la sensación de haber pasado siglos en el interior del maldito chisme, ¡pero solo había aguantado un mísero minuto más que en el intento anterior! Se dejó sacar de la cigüeña sin ofrecer la menor colaboración, limitándose a soltar un gemido cada vez que el fisioterapeuta manipulaba alguno de sus doloridos miembros. Cuando consiguió extraerlo del aparato, Laura abrazó su cuerpo desmadejado, sin poder evitar llorar de impotencia ante el triste estado que presentaba su marido, con el rostro enrojecido, y la bata indecorosamente abierta, exhibiendo al mundo los muslos y el trasero.

—Tranquilo, Diego, tranquilo... —Ahora era el señor Miyagi quien susurraba a su lado, mientras le ponía una mano en el hombro—. Lo está haciendo muy bien. En serio. No desespere. Esto es como ir en bicicleta. Al principio parece absolutamente imposible mantener el equilibrio sobre esas dos finas ruedas, y un día, de repente, algo hace clic en nuestra mente... ¡y encontramos el equilibrio! Como si siempre hubiera estado ahí, a nuestro alcance. Y ya nunca lo perdemos. Le prometo que haremos ese clic antes de pasado mañana. Pero ahora, se ha ganado un descanso.

Remató su discurso palmeándole el hombro, pero a Diego no le pasó por alto la mirada preocupada que cruzó con el fisioterapeuta.

—Desde luego que sí —intervino este—. Vamos a mimar un poco esa musculatura. Le daremos un buen masaje, le aplicaremos calor y corrientes. Después volveremos a repasar los ejercicios de respiración.

—Y realizaremos otra sesión de hipnosis —añadió el señor Miyagi, con un aporte extra de entusiasmo—. Vamos, ánimo. ¡Seguro que en el próximo intento conseguimos resistir al menos una hora! Piense que en esta clínica se imparten tratamientos de belleza todavía más dolorosos que ese trasto, je, je...

La risa se le atragantó en la garganta ante la mirada que Diego le dedicó.

Le sugirieron hacer un descanso de un par de horas, en el que podría incluso vestirse e ir a la cafetería de la clínica para comer algo y reponer fuerzas. Diego asintió y entonces notó las dos enormes manazas de Arnie encajarse en sus axilas y alzarlo de la colchoneta. Intentó colaborar en la

maniobra apuntalando sus agarrotadas piernas en el suelo, pero le costaba mantenerse en pie.

—¿Puedes andar? —le preguntó Laura.

Diego asintió, intentando recuperar su centro de equilibrio.

—¿Quieres que te acompañe al vestuario y te ayude a ponerte la ropa?

Él negó meciendo lentamente la cabeza. Casi le pareció sentir sus pensamientos desplazarse de un lado a otro, como cubitos de hielo en un vaso de whisky.

—De verdad que no quieres que...

—¡He dicho que estoy bien! —exclamó. Pero enseguida se arrepintió de su exabrupto—. Perdona, cariño... Lo siento. Pero puedo caminar y vestirme solo, en serio. Eso puedo.

Laura asintió, sin poder disimular su preocupación.

—Enseguida vuelvo —murmuró él, y se dirigió al vestuario caminando con penosa lentitud.

Laura contempló a su marido cojear camino del vestuario, hasta que desapareció dentro. Entonces oyó la vocecita del viejo psicólogo flotando delicadamente en el aire, cerca de su oído:

—No se preocupe, Laura. Está demostrado que el cuerpo humano puede triplicar su resistencia cuando se encuentra en situaciones de máxima angustia o estrés. Alguien que corra normalmente cinco kilómetros, por ejemplo, puede hacer quince o veinte en un momento dado, ¡sobre todo si le va la vida en ello! Si entre hoy y mañana conseguimos que al menos resista un par de horas... Puedes dar el reto por conseguido.

Laura no pudo reprimir las lágrimas, que se deslizaron torrencialmente por sus mejillas.

—Tengo la sensación de que no lo estoy ayudando en absoluto... —gimió.

—¡Oh, no llore, mi querida niña! —se enterneció el doctor Wang, al ver como aquellos ojos dorados se desbordaban como cántaros rebosantes de miel—. Los dos lo están haciendo maravillosamente bien, dadas las terribles circunstancias. Vamos, vamos... —Le propinó unas palmaditas en la mano—.

No desfallezca. Debe ser fuerte. Su marido la necesita. Piense que pasado mañana, su voz será lo único que pueda distraerlo, hacerle ignorar los cantos de sirena que entonará el pulsador que tendrá en la mano. Su voz deberá ser como una descomunal tormenta de arena, capaz de borrar el horizonte y el mapa celeste. Cualquier punto cardinal del universo desaparecerá bajo el inmenso poder de su palabra. Usted será la voz de Dios. ¿Cree que podrá hacerlo, Laura? ¿Cree que podrá ser la voz de Dios?

Laura asintió lentamente, embelesada, más que por las palabras del anciano, por aquella voz tenue que serpenteaba por el aire como la ondulada melodía de una flauta de caña.

—Bien —celebró el doctor con gesto complacido—, yo también lo creo. Y ahora, cuando su marido salga por esa puerta, quiero que lo mire y que le haga saber con cada fibra de su cuerpo que no tiene ni la más mínima duda de que va a lograrlo.

Laura volvió a asentir. Sí, lo haría. Las palabras del anciano habían logrado que en su interior brotara un géiser de optimismo, y en cuanto Diego saliera del vestuario, correría hacia él, lo abrazaría con fuerza y le inyectaría en vena una buena transfusión de confianza.

Si es que salía del vestuario, claro, pues su marido ya llevaba allí dentro más de diez minutos, y tanto ella como el resto del equipo médico empezaban a mirar hacia la puerta con cierta impaciencia.

—Quizás se ha desmayado... —dijo Laura.

El corro cabeceó al unísono, dando a entender que lo consideraban una explicación más que razonable de la tardanza, así que Laura se encaminó hacia el vestuario y llamó con un par de rítmicos golpecitos.

—¿Diego? —preguntó, ante la expectación general.

No hubo respuesta. Abrió la puerta. Diego había desaparecido. En el suelo del vestuario, hecho un guiñapo, estaba el camisón del hospital.

20

Los hermanos Arce contra el Monstruo

Diego conducía enloquecido por las calles de Barcelona. ¡Lo había vuelto a hacer, damas y caballeros! A pesar de haberle prometido a Laura que no volvería a desaparecer, ahí estaba otra vez, aunque en esta ocasión no circulaba a vuelapluma por la página de la ciudad, como el día que había ido a buscarle un vaso de agua y había acabado, sin saber cómo, en el Mirador de Sarrià completamente borracho. No, esta vez no había sido un acto irreflexivo. No estaba huyendo espoleado por el pánico. Qué va. Esta vez tenía un destino. Sabía dónde se dirigía.

La idea se le había ocurrido durante el terrible ensayo, mientras su mujer evocaba aquella visita al zoo que habían hecho cuando Ari tenía cinco años. De la experiencia él solo conservaba en su mente un puñado de pinceladas difuminadas, pero a medida que Laura hablaba, a medida que su delicada voz se filtraba a través de la bruma del dolor como los primeros rayos de un amanecer, había empezado a recordar más cosas. Se había acordado del vestidito de Ari, de sus trenzas, del horrible lazo, de los puñeteros pingüinos. Y se había acordado, cómo no, de Neus, regordeta y feúcha, tocándole los cojones con su nervioso ir y venir, ahora celebrando las gracietas de los orangutanes de Borneo, ahora mareando a Laura con su cháchara insustancial. Y se había acordado de Héctor. De Héctor caminando a su lado, charlando de

cualquier cosa mientras Ari, a la que habían dado permiso para que caminara sola, revoloteaba cual alegre mariposa unos metros por delante. Sí, se había acordado de Héctor preguntando, casi reflexionando en voz alta, si no temía que alguien pudiera secuestrar a su hija en un descuido, ahora que él era rico y famoso.

Le parecía increíble que hasta entonces no se hubiera acordado de aquel comentario de su hermano, que había lanzado sibilinamente como quien no quiere la cosa, pero que ahora se le antojaba una amenaza velada, o quizás el primer destello de su futuro plan, un plan que empezó a fraguar cuando él le negó el dinero. Y mientras se vestía en la cabina de la clínica, el cuerpo exhausto y dolorido, había acabado de redondear aquella sospecha. Su hermano se pasaba todo el santo día delante de un ordenador, o de varios, era un friki de cuidado al que le volvían loco los juegos *online* de temática medieval, un divorciado resentido que malgastaba sus noches navegando por las páginas más bizarras de internet. No le costaba imaginarlo tropezándose por azar con alguna ilustración de la cigüeña, y sonriendo divertido, mientras lo imaginaba a él, a su envidiado hermano menor, el rico, el fértil, metido allí, penando entre aquellos hierros que alguna perversa mente del pasado, un auténtico *gourmet* del dolor, había concebido para producir un sufrimiento lento pero inevitable, para destilar una agonía exquisita.

Azuzado por aquella imagen, Diego había salido por la otra puerta del vestuario, la que daba al pasillo, y sin decir nada a nadie había echado a andar por aquel corredor virginal, alejándose de todo lo que había al otro lado de la puerta que debía haber abierto. Y aunque podía parecer que de nuevo se alejaba de una realidad injusta que no creía merecer, de la cigüeña, de la mirada aterrada de Laura, del compasivo y sabio señor Miyagi y su camarilla de actores ochenteros, del Monstruo, incluso de sí mismo, nada más lejos de la verdad. Esta vez no huía. ¡Claro que no! Simplemente tenía un plan, y no tenía tiempo para explicárselo a nadie. Ni siquiera a Laura.

Laura, la pobre Laura, que desde entonces no había dejado de llamarlo al móvil. Enfurecida, o tal vez solo desesperada. Quizás solo quería saber, comprender. ¿Acaso no estaba en su derecho? Pero ¿cómo explicarle que no estaba huyendo, que lo único que quería era no perder el tiempo con aquellos

ensayos que no le iban a servir de nada? Porque dudaba de que aquella preparación supusiera alguna diferencia. Cuando llegara el momento, se dejaría apresar en el puto chisme e intentaría aguantar todo el tiempo posible, pero estaba convencido de que aquello no iba a depender de ningún entrenamiento previo, ni siquiera del amor que sentía por su hija, sino de su capacidad de sacrificio, de su temple, o como lo quisiera llamar. De la bravura del espíritu que llevaba alojado en el pecho, en definitiva, y ni siquiera él sabía lo que este era capaz de dar en una situación límite. Sea como fuere, para eso aún faltaban dos días. Dos días que podía emplear en algo más provechoso, como, por ejemplo, ayudar a la policía a encontrar a su hija. Porque si el secuestrador no era ningún espíritu vengativo venido del más allá —la propia Laura casi lo había convencido de ello la noche anterior—, entonces debía ser alguien de este mundo. Alguien que lo odiaba lo suficiente como para hacerle aquello. Pero ¿quién? Esa era la pregunta del millón. Sus alumnos le seguían pareciendo buenos candidatos, aunque ya no estaba tan convencido de ello como el día anterior; además, ya estaban siendo vigilados por Rocamora. Héctor, sin embargo, solo era otra línea más de investigación abierta para la policía. Eso le había dicho Gerard hacía un par de horas, lo que era como no decir nada. Y Diego necesitaba otro tipo de respuestas. Y con urgencia. Pero sospechaba que a Laura no le interesarían aquellas explicaciones. Seguramente intentaría convencerlo para que regresara. Le rogaría que dejara a la policía hacer su trabajo. Le suplicaría, le gritaría, lo amenazaría. No pararía hasta que Diego volviera a acatar el destino que entre todos habían trazado para él, aquella senda del padre valiente y comprometido que, sin embargo, debía recorrer solo, por mucho que dijeran. Lo convencería para que volviera a meterse otra vez en aquel maldito artilugio, para que tratara de prolongar el terrible suplicio algunos minutos más, porque de eso se trataba, ¿no? De conseguir más tiempo. Más tiempo para que Rocamora, al que sin duda ella veía como el único héroe posible, el auténtico héroe de aquella historia, pudiera salvar a la princesa del cuento.

En esos pensamientos helicoidales andaba perdido cuando, de repente, lo asaltó la sed. Todo su cuerpo, hasta el átomo más marginado, reclamaba lo único que podía calmarlo, lo único que podía sofocar el fuego de rabia e

impotencia en el que ardía su alma. Y como respuesta a sus plegarias, ante sus ojos apareció de repente uno de esos pequeños supermercados pakistaníes que florecían como setas por toda la ciudad, Dios los bendiga, con el añadido de un hueco de aparcamiento justo en la puerta. Era zona azul, pero el ticket lo iba a poner su puta madre. Irrumpió en el establecimiento y se dirigió como un misil Tomahawk a la estantería de los licores. Pilló una botella de whisky y, con un golpe brusco que reflejaba su ansiedad, la depositó en el minúsculo mostrador donde un hombre de piel atezada, ojos ahumados y dientes de un blanco cegador miraba pasar la vida. Mientras hurgaba en su chaqueta en busca de la cartera, alguien pronunció su nombre con un acento desprovisto de cualquier atisbo de exotismo, por lo que dedujo que no había sido el vecino de Pakistán. Diego se volvió como un resorte hacia el diminuto televisor que descansaba en una esquina del mostrador, emparedado entre la caja registradora y un expositor de chicles. Allí se encontró con el rostro rollizo y socarrón de Ramón del Valle, el popular presentador del Canal 15. Y entonces lo recordó. No iba a encontrar a Héctor en casa, pues esa tarde ejercía de invitado estrella en el programa especial sobre el caso del Monstruo, ocupando el lugar que él mismo había rechazado.

—Aún no ha trascendido el contenido de la nueva prueba a la que Diego Arce tendrá que enfrentarse pasado mañana —estaba diciendo Del Valle en aquel momento, mientras paseaba por el colorido plató con sus medidos pasitos de gorrión—, pero suponemos que, si el Monstruo se mantiene fiel a la novela, será mucho más difícil que la primera, cuyas imágenes vamos a recordar ahora.

Se detuvo ante una enorme pantalla con el rostro teatralmente compungido hasta que el realizador del programa saltó a las imágenes de la primera prueba, que habían empezado a aparecer detrás del presentador. Entonces Diego pudo verse a sí mismo sentado muy tieso y pálido en la silla, ante el plato de mierda y la copa de vino. Aquel doble suyo dejó transcurrir unos segundos, infundiéndose valor y preparándose mentalmente para lo que iba a hacer, y de pronto, con un gesto resuelto que ahora le sorprendía, tomó la cuchara y... bueno. Hasta entonces Diego se había negado a ver su actuación. No creía que pudiera soportarlo. Y ahora, ahí la tenía, y él no podía apartar

los ojos del asqueroso festín. Tampoco el pakistaní. Por suerte solo era un breve montaje de los momentos estelares, un encadenado de bocados y arcadas con música dramática, que acabó enseguida.

—El vídeo que acabamos de ver se ha hecho viral —dijo Del Valle en tono levemente desolado cuando la emisión terminó—, cómo no. En YouTube lleva más de dos millones de visitas, solo en dos días. Podríamos hablar largo y tendido sobre esa pulsión del ser humano por deleitarse con el sufrimiento ajeno —reflexionó, mientras se dirigía a un sillón color malva—, pero ese es un tema sobre el que ya hemos debatido durante estos días desde varios puntos de vista, sin llegar, por desgracia, a ninguna conclusión. —Rio suavemente—. Sin embargo, lo que realmente debería preocuparnos a todos, al menos a mí me preocupa, y estoy seguro de que al resto de nuestros espectadores también, es: ¿cómo está viviendo Diego Arce todo esto? —preguntó tras tomar asiento, mientras el realizador ofrecía a la audiencia un primer plano de su expresión, imbuida de una solemne preocupación que casi parecía sincera.

Tras un par de vaguedades más, finalmente presentó a la persona que, según él, mejor podía responder a esa pregunta: Héctor Arce, el hermano mayor del famoso escritor, y a la sazón portavoz de la familia.

El realizador mostró entonces un plano medio del susodicho, que ocupaba la butaca de enfrente. Cuarentón, anodino, larguirucho, medio calvo. Héctor se había puesto para la ocasión su mejor chaqueta, una prenda modesta y raída que más que prestigiarlo acentuaba aún más su aire de perdedor.

—Y bien, Héctor... cuéntenos cómo estáis la familia, y, sobre todo, cómo se encuentra Diego.

—Bueno, te lo puedes imaginar —contestó su hermano, tratando de fingir la obligada desenvoltura de los entrevistados—, está... estamos viviendo una auténtica pesadilla. Desde el pasado viernes toda la familia se encuentra en estado de *shock*. Aunque, por otro lado, debo decir que mi hermano intenta mantenerse fuerte, dentro de lo que cabe, claro. Intenta concentrarse en lo esencial, que es salvar a su hija. Diego solo piensa en ella... —Se encogió de hombros y sonrió con nerviosismo—. Supongo que como cualquier padre.

—¡Hijo de la gran puta! —masculló Diego.

El pakistaní había apartado la mirada del televisor y ahora lo escrutaba a

él. ¿Era el tipo que tenía delante, esperando a que le cobrara la botella de whisky, el mismo que se había zampado el zurullo?, se estaría preguntando. Diego contempló durante unos segundos aquellos ojos ligeramente saltones, negros como aceitunas negras, rodeados de una córnea marfileña que confería a su mirada un extra de profundidad, indiscutiblemente ancestral. Diego casi esperó recibir alguna bendición sagrada por parte del tipo, pero este no parecía decidirse a baldearle el karma. Solo cuando hizo amago de pagar, el tendero, con un revoloteo de su oscura mano, le dio a entender que no era necesario. Bueno, era mejor que nada. Diego se lo agradeció con una leve inclinación y abandonó el almacén sintiéndose comprendido por primera vez en aquellos seis días. Subió al coche y puso rumbo al barrio de Horta, decidido a volcar toda la rabia que le quemaba por dentro sobre el «portavoz de la familia», en cuanto apareciera por allí.

Dio un largo trago nada más arrancar, y de inmediato sintió un reconfortante calor que conquistaba hasta el último rincón de su cuerpo. Beber era lo más parecido que conocía a recibir un abrazo. El problema era que el alcohol le hacía bajar la guardia, y su mente, sorteando todas las balizas, muros y empalizadas que él había erigido en el sendero de la memoria, acababa regresando invariablemente a la tarde en la que había empezado todo, en la que se había desviado del destino que la vida le había reservado para improvisar aquella existencia que no le correspondía.

Había empezado a soñar con el Monstruo justo la misma noche después de que lo invocaran, y desde entonces las pesadillas habían pasado a formar parte indisoluble de su infancia y adolescencia. Aquellos «terrores nocturnos» le habían extirpado la alegría, le habían sorbido esa luz clara con la que resplandecen por defecto los niños. ¿El resultado? Un chico taciturno, desconfiado y temeroso, inhabilitado para tener amigos. Eso lo había conducido a la soledad, y esta, como en el juego de la oca, a los libros. Había empezado a leer todo lo que caía en sus manos, con cierta inclinación hacia las historias de terror, como si al encontrarse con unos personajes azotados por otros miedos le resultara más fácil cargar con el suyo. En realidad, sentía que eran aquellos seres atenazados por el terror que habitaban las páginas de Poe, Matheson o King los únicos que podían comprenderlo. Por desgracia,

ninguno de ellos existía.

Cuando al cumplir los dieciocho años se había mudado a Barcelona para estudiar Filología, sus pesadillas le habían dado una inesperada tregua, volviéndose de pronto más esporádicas. Dedujo que se debía a que se había alejado de la oscura irradiación de la mansión, de su particular 29 de Neibolt Street o casa de los Marsten, donde se escondía el Monstruo, porque cuando volvía a Peñafort las pesadillas regresaban. Por ese motivo, fue espaciando las visitas al pueblo.

Había sido también por aquella época cuando había empezado a medirse con la escritura de manera más seria, pergeñando un puñado de cuentos de terror, tópicos e insulsos, que no solo le habían permitido afilar sus armas, sino que también le habían descubierto un modo bastante efectivo de exorcizar su naturaleza aprensiva. Se dio cuenta, a medida que escribía aquellas historias, del efecto terapéutico que obraban en él. Le procuraban un alivio similar al que produce el vómito en el enfermo. Aquel descubrimiento le llevó a preguntarse qué ocurriría si escribía una historia sobre el Monstruo. ¿Conseguiría expulsarlo de su interior de una vez por todas o, por el contrario, este volvería a conquistar sus pesadillas, más fuerte y poderoso que antes? Prefirió no comprobarlo. Desde que estaba en Barcelona, el Monstruo solo lo visitaba algunas noches, como un amigo poco atento, algo bastante soportable si lo comparaba con el calvario que había padecido en el pueblo.

Sin la omnipresente sombra del Monstruo pudo recuperar la alegría, que al mezclarse con su afición a lo truculento, le confirió un extraño sentido del humor que incluso le permitió echarse una medio novia el último año de carrera. Empezó a sentirse alguien normal, uno más entre el rebaño de jóvenes que recorría las calles de aquella Barcelona moderna, luminosa y extravagante que todavía se recuperaba de la resaca de las Olimpiadas. Terminó los estudios con buenas notas, y se las ingenió para que sus padres siguieran enviándole una pequeña asignación con la excusa de quedarse en la Ciudad Condal buscando trabajo, mientras que, en realidad, gastaba su tiempo intentando escribir una novela que consiguiera algo más que un puñado de cartas de rechazo de las editoriales. Con aquel exiguo montante había malvivido dos años sin lujos ni caprichos, y casi sin comida, en un entresuelo

destartalado y diminuto, a la espera del sortilegio que lo convirtiera en escritor, pero pese a todo había sido feliz.

Entonces, a causa del delicado estado de salud de sus padres, había tenido que volver a Peñafort. Cuando Héctor lo llamó por teléfono para comunicárselo, lo primero que había hecho, antes casi de escuchar sus explicaciones, había sido negarse en redondo, guiado por su instinto de supervivencia. Y su negativa había dado pie a Héctor para descorchar todo el rencor que sentía hacia él, como si llevara años esperando aquella oportunidad. Diego nunca había comprendido la razón del odio que su hermano le profesaba, aunque lo cierto es que tampoco había indagado sobre ello. Como su hermano lo había odiado desde casi la cuna, había dado por sentado que el odio entre hermanos era un fenómeno habitual en los núcleos familiares, algo así como una tradición de raigambre bíblica, no en vano, ahí estaban Caín y Abel. Pero aquel día descubrió que el odio de Héctor tenía una base real, un origen. Todavía recordaba cada palabra, cada reproche, cada exabrupto que su hermano había soltado en aquella amarga conversación telefónica que había puesto las cartas boca arriba.

También a él lo había despertado el Monstruo durante su infancia en mitad de la noche. Aunque en su caso había sido por culpa de los gritos de su hermano. Pero a pesar de ello, Héctor debía levantarse al alba para echar una mano a sus padres en el almacén antes de salir para el colegio. Mientras Diego seguía en la cama, retomando un sueño calmo agarrado a la mano de su madre, él recibía a los camiones que venían de la lonja, abastecía el almacén, ordenaba las estanterías y limpiaba el pequeño escaparate, acumulando capas de rencor en su interior, con el mismo cuidado minucioso con el que apilaba latas de legumbres. Pero el cenit de su odio llegó cuando Diego terminó el instituto y su madre convenció al padre para abrocharse el cinturón y que el hijo menor pudiera ir a la universidad en Barcelona, pese a que Héctor no había podido hacer lo mismo y llevaba dos años estudiando formación profesional en una academia de informática de la vecina Girona. Hasta aquel día, Héctor no se había quejado y había permanecido al pie del cañón. Incluso había retrasado su boda con Neus debido a la salud de sus padres y a las pérdidas que empezaba a producir la tienda, que tenía todas las de perder

frente a los nuevos comercios, mucho más modernos, que florecían en el pueblo.

Cuando Héctor terminó de soltarle todo aquello, Diego no había sabido qué decir. Héctor lo había invitado a contemplar el mismo paisaje desde la ventana desde la que él lo miraba, y le sorprendió descubrir lo mucho que cambiaba visto desde su perspectiva. Pero no había sido eso lo que le había obligado a volver. La clave para su regreso fue la amenaza con la que Héctor rubricó su encendida diatriba: si no regresas, convenceré a nuestros padres para que te cierren el grifo, y no verás ni un puto duro más. ¿Cómo vas a sobrevivir en Barcelona, entonces?

Así que, al día siguiente, Diego había rescindido el contrato del piso y regresado a Peñafort con dos maletas atestadas de libros y manuscritos. Y si la desolación no lo devoró de inmediato, fue porque lo alumbraba la secreta intención de regresar a Barcelona en cuanto pudiera. Pero en la mayoría de los casos, los planes de la vida no coinciden con los nuestros. Casi sin que se diera cuenta, pasaron tres años. Durante ese tiempo la situación del negocio familiar empeoró, igual que la salud de sus padres, y a Diego cada día le costaba más enfrentarse a la mirada de sus progenitores, a la de su hermano, a la del pueblo entero, mientras pensaba en escapar de aquella trampa. Durante esos tres años, más para evitar la condena de los demás que por propio convencimiento, se había portado como el hijo modelo que supuestamente nunca había sido, ayudando a Héctor con la tienda y con el cuidado de sus viejos. Pero todo aquel sacrificio no había logrado extirpar el rencor enquistado en los ojos de su hermano. Diego estaba muy equivocado si consideraba aquello como una penitencia con la que lavar sus pecados. No, aquello era su obligación, su responsabilidad. Algo por lo que Héctor no pensaba aplaudirle, como nadie le había aplaudido a él. Y cuando sus padres murieron, Héctor le demostró cuánto seguía odiándolo dejándolo sin un duro de la exigua herencia y abandonándolo a su suerte en Peñafort, mientras él se mudaba a su amada Barcelona.

Pero Diego tenía problemas más serios de los que ocuparse porque, desde el mismo instante en que había pisado Peñafort, las pesadillas habían regresado. Por fortuna, ya no compartía habitación con Héctor, que vivía con

Neus en un pequeño apartamento alquilado, pero aun así la vuelta del Monstruo, que regresaba cada noche en plena forma y más imaginativo que nunca, lo había llevado a considerar seriamente la posibilidad del suicidio. ¿Para qué seguir viviendo en aquellas condiciones tan penosas? Aunque antes de entregarse a la Parca sin luchar, decidió combatir al Monstruo. Qué tenía que perder. Así que había puesto en práctica una variante del plan que había barruntado en Barcelona. Como aún no se sentía preparado para escribir una novela sobre el Monstruo, había probado a registrar sus pesadillas en un diario. Temía que al hacerlo el terror lo invadiera con tal virulencia que le provocara un ataque al corazón, pero, aunque mientras lo hacía había sentido arcadas, convulsiones, sudores fríos e incluso pequeños vahídos, los efectos no habían sido mortales. Y las pesadillas habían empezado a espaciarse poco a poco, como si el Monstruo retrocediera unos pasos, sorprendido de que le plantase cara. El ritual era tan sencillo como efectivo: tras consignar la pesadilla de turno con todo lujo de detalles, remataba la descripción con un rimbombante y teatral «Por el poder que la palabra me otorga, te expulso de mis pesadillas y te encierro en el papel», y guardaba la libreta en un cajón bajo llave. Era su equivalente al «Castiga exhausto el poste tosco y recto e insiste infausto que ha visto a los espectros», el trabalenguas con el que se protegían los niños que protagonizaban las novelas de King. Y de algún modo funcionaba. El gesto de encerrar simbólicamente al Monstruo lograba que las pesadillas se volvieran más difusas y difíciles de recordar. Parecía como si al Monstruo le costara cada vez más esfuerzo liberarse de la cárcel de papel que Diego iba construyendo a su alrededor. Eso le dio esperanzas. Estaba aprendiendo a dominarlo, y no lo estaba haciendo en Barcelona, sino en Peñafort, el reino del Monstruo, con la única fuerza de su pluma. Tal vez escribir una novela sobre el sangriento cirujano fuera la solución, después de todo. Lo que lograría desterrarlo para siempre de sus noches.

Por eso, cuando conoció a Laura y esta, tras la muerte de Santi, le propuso mudarse a Barcelona y desempolvar sus sueños de escritor, Diego no tuvo que pensárselo.

Había convertido al Monstruo en el villano de la función, describiéndolo con el mismo aspecto que aparecía en sus pesadillas, y había inventado una

historia inspirándose en la niña hecha de retales que había visto en una de las espeluznantes fotografías que habían hibernado bajo tierra durante siglos, hasta que él había pisado aquel maldito tablón. Había construido la trama de la novela sabiendo de antemano que el inspector Oriol Nevado, el personaje que ejercería de antagonista, no lograría matarlo. Porque matarlo no era la solución. No se puede matar lo que ya está muerto. Si realmente el Monstruo era un espíritu que ellos habían traído del más allá, el único modo de deshacerse de él era encerrándolo de nuevo en otro mundo, en otra dimensión de la que nadie pudiera volver a sacarlo. Y ese lugar sería el mundo ficticio de su novela.

«Por el poder que la palabra me otorga, te expulso de mis pesadillas y te encierro en el papel», había escrito al final del manuscrito, antes de encerrarlo en el cajón del imponente escritorio que había comprado en París solo porque disponía de un cajón perfecto para tal fin. Allí permanecería para toda la eternidad, como un genio en su lámpara. No había resultado una escritura sencilla. Diego había necesitado la ayuda del alcohol para enfrentarse al Monstruo, que se resistía a que lo plasmara en el papel. «No vas a conseguirlo, Diego. No podrás vencerme», le decía en sus pesadillas, antes de abrirle las entrañas de un furioso tajo de escalpelo. Sus aterrorizados gritos despertaban a Laura, que lo miraba igual de aterrada. Durante aquel tiempo, Diego llegó a pensar que la perdería, que su mujer no aguantaría aquel calvario, y ahora lo maravillaba que ella hubiera permanecido a su lado, a pesar de que no había podido darle ninguna explicación de por qué estaba enfrentando el acto de la creación de aquella manera tan dolorosa y brutal, como una especie de duelo consigo mismo. Una guerra secreta y cruenta que la dejaba a ella fuera.

Por suerte, su plan había dado resultado, y con el final de la novela había llegado también el de aquella espantosa etapa. Todo volvió entonces a la normalidad. Diego había podido pedirle disculpas a Laura por el año que le había hecho pasar. Le dijo que dejaría la bebida, cosa que hizo sin el menor problema, e incluso que dejaría de tener pesadillas, lo cual cumplió igualmente, para su sorpresa.

Cuando se cercioró de que la novela había cumplido su función, Diego

observó el manojito de folios que había resultado de la batalla que había librado contra el Monstruo. La había escrito a mano para que sus terrores se derramaran desde su mente directamente al papel, sin que ningún teclado redujera la intimidad del exorcismo. Así había escrito el diario de su juventud, que había demostrado su efectividad. Por eso lo que tenía delante era un borrador lleno de tachones y flechas, con pasajes donde su letra, bajo los efectos del alcohol, se deformaba hasta tal punto que casi resultaba ilegible para él. Pero ya que la tenía escrita la pasó a ordenador y la envió a la docena de editoriales que habían rechazado sus novelas anteriores. En esta ocasión la aceptaron todas, y Diego pudo permitirse el lujo de escoger. Se decantó por la prestigiosa Limbo, donde trabajaba Armand Tejada, que pese a su corta estatura era un gigante en el mundo editorial. Se decía que su excepcional olfato le permitía descubrir al menos a dos autores superventas al año. Tejada le había aconsejado cambiar el título, sustituir aquel manoseado *Los ojos de la muerte*, digno de una película de terror de serie B, por un enigmático y turbador *Sangre y ámbar*, pero no le había sugerido ningún cambio más. La novela estaba perfecta tal y como estaba, e iba a ser un bombazo. Y lo fue, demostrando que Tejada hacía honor a su leyenda.

Pero a Diego lo que le importaba era que las pesadillas habían acabado. Había vencido al Monstruo.

O eso había creído durante los últimos diez años.

Abandonó sus pensamientos al darse cuenta de que había llegado al cochambroso edificio donde languidecía su hermano. Pese al excesivo contenido de alcohol en sangre, logró aparcar el coche en la acera de enfrente sin causar desperfectos a los demás vehículos ni al mobiliario urbano que lo rodeaba, y subió en el ascensor hasta la planta de su hermano con la fría determinación de un justiciero. Invirtió varios minutos en aporrear la puerta, vociferando su nombre y gritando que le abriera, hasta que cayó en la cuenta, aprovechando un claro en la bruma etílica, que era imposible que a Héctor le hubiera dado tiempo de regresar del Canal 15. Bueno, lo esperaba. Desde luego de allí no se iba. Se dejó resbalar por la pared hasta quedar sentado ante

la puerta, y se armó de paciencia, terriblemente cansado, el cuerpo dolorido por la cigüeña y la cabeza embotada por el alcohol.

Sintió una punzada de tristeza al sacar el móvil y descubrir que tenía veinticuatro llamadas perdidas de su mujer y otros tantos wasaps. No tuvo fuerzas para leerlos ni escuchar los mensajes que le había dejado en el contestador. Se sentía terriblemente avergonzado por su huida. Porque eso era lo que había hecho: huir, por mucho que se hubiera engañado a sí mismo diciéndose que tenía que ejercer de detective. Huir, huir. Algo que había prometido que no volvería a hacer. Estaba claro que sus promesas tenían escaso valor. Y hablando de detectives: también tenía ocho llamadas de Rocamora, que probablemente estaba poniendo la ciudad patas arriba para encontrarlo a él, en vez de dedicarse a buscar a Ari, que era lo que de verdad importaba. Diego suspiró. La había jodido, y mucho. Pensó en levantarse y volver a casa para tranquilizar a todos, pero no se movió del sitio. El cabrón de su hermano no tardaría mucho en llegar, y no quería irse sin hablar con él. Ya no creía que fuera el Monstruo. O al menos, no con la misma convicción que lo había traído hasta allí. Los recuerdos de sus pesadillas exhumados por el alcohol habían vuelto a otorgar al Monstruo la pátina de realidad que Laura se había esforzado en borrar la noche anterior. Ya no sabía qué creer. Pero una cosa tenía clara. Bajo los efectos del suero de la verdad que constituía siempre el whisky, el irreprimible impulso que, como la zarza bíblica, le había iluminado el camino hasta allí, se le presentaba ahora como lo que realmente había sido: una simple excusa para huir del dolor, del fracaso, del día en que inevitablemente decepcionaría a Ari, a Laura, a Rocamora, a todos los que confiaban en él.

Pero daba igual que Héctor no fuera el Monstruo. Tenía tantas cosas que decirle... O que gritarle, para ser más exactos. Empezaría diciéndole la mierda de hermano que siempre había sido, lo solo y abandonado que le había hecho sentirse durante su infancia y adolescencia, cuando más lo había necesitado. Y mira cómo había acabado todo. Porque a Ari la habían secuestrado por su culpa. Sí, Héctor era el único culpable de todo aquello. Si hubiera podido contar con él cuando era niño, todo habría sido diferente. Si hubiera podido contarle que junto a sus amigos habían invocado el espíritu de un loco que los

había amenazado de muerte... Si hubiera podido contarle que solo quedaba él. Si hubiera podido contarle que el Monstruo lo visitaba todas las noches, lo ataba a la cama, lo torturaba y le susurraba al oído que cuando se aburriera de aterrorizarlo en sus pesadillas lo mataría en la realidad. Que mejor le valía andarse con ojo, estar perpetuamente en guardia, porque el ataque podía venir de cualquier parte y adquirir cualquier forma. Entonces, quizás, habrían podido afrontarlo juntos. Habrían podido encontrar la forma de acabar con él. Los hermanos Arce contra el Monstruo. Sonaba a título de cómics, a película de sesión matinal... Sonaba bien. Sonaba a compañía. Pero no. Héctor solo había sido un extraño para él, alguien con quien jamás había podido compartir nada, y menos sus miedos, aquel terror que había velado con su sombra tenebrosa cualquier posible destello de felicidad. Aquel terror que le había obligado a escribir *Sangre y ámbar*.

Diego dio un respingo al oír los eructos mecánicos que emitía el ascensor al desplazarse por las entrañas del edificio. A su alrededor todo estaba oscuro. En algún momento de sus divagaciones el sopor del alcohol lo había tumbado. Con un vistazo rápido al reloj descubrió que eran las nueve de la noche. Había pasado allí toda la tarde sin darse cuenta, se sorprendió, mientras oía las evoluciones del ascensor, rebasando planta tras planta, hasta que, tras un par de segundos de innecesario suspense, se detuvo en la suya con una última flatulencia metálica. El cuerpo se le tensó y el corazón empezó a latirle con más fuerza, pues dado que solo había dos vecinos por planta, existía un cincuenta por ciento de probabilidades de que fuera algún capullo que llevara su sangre. Diego se levantó trabajosamente, apoyándose en la pared, mientras buscaba con torpeza el interruptor de la luz para recibir a quien fuera decentemente iluminado. Pero la puerta comenzó a abrirse antes de que lo encontrara. Lo hizo con asombrosa parsimonia, como si quien viajaba en su interior supiera que él estaba esperándolo. Y una oscura silueta, alta y afilada, vestida con lo que parecía una bata de cirujano, emergió del ascensor al descansillo en penumbra, y volvió la cabeza lentamente hacia él. Diego reconoció de inmediato al Monstruo. Aquella forma de mirarlo, ladeado, amenazante, ligeramente paternal, era la misma que empleaba en sus pesadillas. ¡Era real! ¡Él tenía razón, el Monstruo se había escapado de su

novela y vagaba libre por el mundo!

Lanzó un alarido de terror. Qué otra cosa podía hacer.

21

Un desliz imperdonable

Sangre y ámbar

Capítulo XV, página 273

Después de la muerte de la pequeña Claudia Dorcas, Barcelona se convirtió en una ciudad sin niñas. Por sus calles, plazas y parques pululaba la misma muchedumbre de siempre, una argamasa hecha de ancianos, jóvenes y niños, e incluso de muchachas en flor y bebés de mazapán rosado. Todo parecía normal, hasta que intentabas encontrar una niña entre la multitud y reparabas, con un escalofrío, en que no había ninguna. Pero si alzabas la vista hacia las ventanas de las mansiones del Ensanche, podías verlas tras los visillos, contemplando con melancolía los árboles de la calle, como hadas que añorasen sus bosques encantados. Allí palidecían por la falta de sol y se volvían cada vez más transparentes. Y si aguzabas el oído, podías oír sus tristes lamentos reverberando en los patios interiores de las manzanas, donde ahora estaban condenadas a crecer, igual que flores de invernadero.

Y todo eso era por su culpa, pensó el inspector Oriol Nevado. Porque aún no había logrado atrapar al Monstruo que se las llevaba. Lanzó un

suspiro abatido mientras cruzaba la calle en dirección a la comisaría de Conde del Asalto. Durante los primeros secuestros, muchos padres, desoyendo las recomendaciones de la policía, se habían resistido a encerrar a sus hijas en casa y habían buscado otras maneras de protegerlas. Algunos las habían obligado a salir siempre acompañadas, generalmente de algún fornido criado, pero con la pequeña Claudia, el Monstruo había demostrado que tampoco aquello servía de nada. Y entonces a los padres no les había quedado más remedio que enterrarlas en vida, que someterlas a aquel injusto enclaustramiento que las estaba volviendo enfermizas, tristes y traslúcidas. Y que, a la larga, se volvía en su contra, como él mismo había comprobado en carne propia, pues también Nevado había tenido que encerrar bajo llave a su hija Julia.

Esa misma mañana Lourdes, su mujer, le había dicho que la niña no aguantaba más, y ella tampoco, por si le interesaba saberlo. Mientras él se pasaba la jornada fuera, moviéndose con entera libertad por la ciudad, ellas languidecían en casa, anhelando la vibración de cualquier pequeño cambio en su rutina. Su mujer bordaba y deshacía lo bordado, cual Penélope contemporánea, mientras su hija se pasaba el día teniendo berrinches o deambulando por la casa en silencio, con sus ojos relampagueantes, como un pequeño gato enfurruñado. Se negaba a jugar con sus juguetes, o a que la niñera le contara cuentos. Lo único que quería era que la dejaran salir de casa, donde llevaba ya varias semanas encerrada, aunque fuera a la tienda de dulces de la esquina. Al día siguiente, además, era su cumpleaños, y esa mañana Lourdes le había preguntado si podrían llevarla al Saturno Park, como le habían prometido el año anterior. Pero eso había sido antes de que aquella siniestra oscuridad se cerniera sobre Barcelona, así que él había negado lentamente con la cabeza. «Tienes que resistir un poco más, querida.» Y ante su rictus de disgusto, le había asegurado: «Muy pronto atraparé al Monstruo y toda esta pesadilla acabará».

Pero ¿lo atraparía? Nevado no estaba tan seguro como se había mostrado ante su mujer. Todo iba a depender de si el plan que había puesto en marcha algunas semanas antes, siguiendo su intuición, daba o no resultados. Se le había ocurrido después de que el cadáver de Claudia

Dorcas apareciera intacto, salvo por la falta del cabello. Hasta ese momento, el Monstruo había procedido con las niñas siempre del mismo modo: primero, las obligaba a realizar la prueba que sus padres no habían superado, y, luego, si sobrevivían, las mataba por asfixia. La falta de marcas en sus cuellos y de agua en sus pulmones sugería que usaba una almohada o algo similar. Un modo de arrebatarnos la vida bastante aséptico, según Nevado, como si matarlas lo considerase un mero trámite para la crueldad que venía luego, pues una vez muertas les amputaba una parte del cuerpo, siempre diferente a cada niña. Al principio, aquellas mutilaciones *post mortem* habían desconcertado a Nevado, igual que al resto de la policía y de la sociedad barcelonesa. Estaba claro que no formaban parte de las torturas. ¿Por qué se las infligía? Nadie lo sabía. Una de las teorías que más adeptos tenía era que el Monstruo les amputaba aquellas partes para comérselas, lo cual añadía a su ya temible figura la siniestra afición del canibalismo. Entonces apareció el cadáver sin cabello de Claudia Dorcas, y Nevado comprendió. El Monstruo no era ningún caníbal.

Subió de dos en dos los peldaños de la escalinata de la comisaría y se encaminó a su despacho con gesto de visible malhumor. Todos se apartaron de su camino. Solo el joven agente Cánovas, un tiarrón que parecía aumentado con una lupa, se atrevió a interrumpir su avance. Pero tenía un buen motivo.

—He conseguido una foto de Eloísa Ramírez, inspector.

A Nevado se le desbocó el corazón. Eloísa Ramírez era la décima niña asesinada. Tras el secuestro de Claudia Dorcas, el Monstruo se había visto obligado a trasladar su coto de caza a la Barceloneta, el Raval y sus alrededores, los únicos barrios donde las niñas aún se atrevían a salir a la calle. La mayoría eran hijas de prostitutas y maleantes que se pasaban los días demasiado borrachos para vigilarlas, o de pobres diablos que no tenían dónde dejarlas mientras se deslomaban en las fábricas. En aquellos vertederos humanos había robado el Monstruo sin mucho esfuerzo a cinco niñas más, algunas de las cuales ni siquiera estaban censadas, lo cual dificultaba bastante la investigación. La última, Eloísa Ramírez, era hija de unos taberneros, y su cadáver había aparecido cuatro días antes en un solar

abandonado, con los labios extirpados. Un cadáver sin expresión, cuya opinión sobre su trágico destino resultaba un misterio. Un cadáver que solo los miraba, quizás exigiendo respuestas. Y dado que Eloísa se había pasado sus siete años de vida correteando como una alimaña sucia y famélica por los callejones del puerto, Nevado dudaba de que hubiera sido retratada alguna vez. Pero, al parecer, alguien se había tomado la molestia de hacerlo.

—Se trata de un fotógrafo aficionado que tiene un pequeño estudio en las Ramblas —le informó Cánovas—. Según sus propias palabras: «Le gusta recorrer los barrios miserables para ofrecerles una modesta inmortalidad a esas almas condenadas a la fugacidad».

—Gracias, agente. Ha hecho un buen trabajo —lo felicitó Nevado.

Remató el halago palmeándole el hombro, para lo cual tuvo que alzar bastante el brazo, pues el agente casi rozaba los dos metros de altura. Mientras desde abajo lo miraba sonreír con timidez, Nevado no pudo evitar preguntarse si allá arriba, como en las cumbres de las montañas, el aire sería más puro.

Se refugió en su despacho y cerró la puerta a sus espaldas. Tratando de controlar su excitación, cogió unas tijeras de su mesa y, con sumo cuidado, recortó de la foto la boca de la pobre Eloísa, aquella boca que ya nunca recibiría un beso de amor ni tampoco lo daría. Tomó el recorte con unas pinzas y se acercó al caballete que había en una esquina de su despacho para pegarlo en el lugar correspondiente. Luego se apartó unos pasos y contempló a la desconocida que estaba reconstruyendo uniendo las mismas partes que el Monstruo amputaba a las niñas. Después de darle vueltas y más vueltas al asunto, Nevado había llegado a convencerse de que esa era la única explicación. O eso esperaba, puesto que lo había apostado todo a esa carta. Según su teoría, el Monstruo estaba reconstruyendo una niña, y, dado que parecía escoger a sus víctimas por alguna parte concreta de sus anatomías, no se trataba de una niña cualquiera. No, el Monstruo se afanaba en construir a su hija, estaba seguro de ello. Una hija que probablemente habría fallecido tiempo atrás de un modo horrible. Nevado era padre, y por eso mismo sabía que solo alguien que hubiera sufrido la pérdida de un hijo podía entregarse de esa forma a los brazos de la locura. Porque ya nada

tenía sentido. Porque ya nada le importaba.

Y, ahora, con la aportación de los labios, a la misteriosa niña solo le faltaban los ojos. Cuando los consiguiera, el Monstruo completaría su obra. ¿Dejaría entonces de matar? Lo lógico era pensar que sí. Cuando hubiera logrado «resucitar a su hija», desaparecería. Y él jamás podría atraparlo.

Nevado sonrió casi con piedad a la desconocida que se estaba formando en el lienzo. La niña, efectivamente, aparentaba siete años, y era delgada y de estatura media, tenía un antojo con forma de coliflor en la pierna derecha, y poseía un rostro ovalado de rasgos finos, con una boca un poco grande en comparación con la diminuta naricita, enmarcado por una bonita melena color miel. Solo le faltaba conocer la forma y el color de los ojos.

—¿Cómo te llamas, pequeña? —susurró Nevado en la soledad de su despacho.

Cuando lo descubriera, cuando conociera su nombre, tendría también el nombre del Monstruo, del hombre que estaba sembrando la ciudad de cadáveres de niñas, del padre arrasado por el dolor que solo quería traer de vuelta a la hija que la muerte le había arrebatado.

La desconocida le hizo pensar en su propia hija. Recordó que al día siguiente era su cumpleaños. Esa tarde tendría que comprarle alguna cosa en los Almacenes El Siglo, un juguete caro que aplacara su enfado, ya que llevarla al Saturno Park seguía pareciéndole un riesgo innecesario. Aunque dudaba de que ningún regalo fuera a lograr que Julia lo mirara como antes. Ni siquiera él era capaz de mirarse en el espejo como antes.

En ese momento, el subinspector Corcoll entró precipitadamente en su despacho, haciendo revolotear todos los papeles de la mesa a causa de la ráfaga de aire. A Nevado se le iluminó el rostro. Nadie, ni siquiera el subinspector, entraba así en su despacho si no había pescado una carpa de al menos tres metros.

Unas cuatro semanas antes le había ordenado que escogiera a media docena de agentes y escarbaran entre las montañas de papeles del archivo policial en busca de niñas muertas durante los últimos cinco años. Una tarea nada fácil, pues el sarampión, la viruela, la escarlatina y la diarrea se cobraban una media de tres mil almas al año entre los más pequeños de la

Ciudad Condal. Pero ni con la mejor disposición podían investigar todas aquellas muertes. Así que Nevado, movido por un pálpito, había ordenado espigar de aquella macabra lista las que correspondían a niñas burguesas que hubieran ocurrido de forma especialmente violenta o trágica, muertes que pudieran abocar a la locura vengativa a un padre roto por el odio y el dolor. Habían encontrado centenares de ellas en la capital y pueblos de alrededores. No vivían en un buen siglo. Nevado y su equipo habían comenzado a investigar a los padres de las más recientes, pero, hasta el momento, ninguno cuadraba con el perfil del Monstruo. La mayoría eran prohombres respetables, miembros valiosos de la sociedad catalana, que, aunque vivían atormentados por las pérdidas de sus hijas, habían seguido adelante con sus vidas, tirando del carro de sus familias, acudiendo a sus trabajos. Aun así, Nevado había seguido empeñado en aquella labor, retrocediendo cada vez más atrás en el tiempo para desaliento de sus hombres. Pero, de momento, seguía sin resultados, y Nevado empezaba a dudar de si aquel camino lo llevaría a algún sitio, al menos a tiempo de evitar la última muerte.

—¿Qué tienes? —le preguntó al subinspector, señalando el mazo de papeles que este traía en la mano.

Corcoll lo miró con solemnidad.

—Creo que al Monstruo —dijo, tendiéndole un ajado expediente.

Nevado se lo arrebató con manos temblorosas y empezó a leerlo.

—Valentina Claramunt Fonseca, fallecida a la edad de siete años el 23 de enero de 1905 durante un incendio en el hospital de la Santa Creu. Hija de Casandra Fonseca Torné y Albert Claramunt Sánchez, doctor en cirugía del mismo hospital...

Nevado miró al subinspector con una ceja levantada.

—Al parecer, la niña estaba en el hospital en esos momentos porque la niñera la había llevado a visitar a su padre, y a repartir pasteles entre los indigentes que estaban ingresados —le explicó Corcoll—. Valentina era hija única y huérfana de madre. Casandra Fonseca murió en el parto, y el doctor Claramunt nunca volvió a casarse. Cuando comenzó el incendio, la dirección dio orden de desalojar en primer lugar el ala privada, donde los

pacientes más adinerados de la ciudad recibían sus exclusivos tratamientos. Pero los sótanos, donde se hacinaban los pacientes sin recursos, fueron abandonados a su suerte. Por desgracia, Valentina había bajado allí con su niñera antes de pasarse por el despacho de su padre para saludarlo. Él no tenía ni idea de su presencia en el hospital. Ambas murieron calcinadas. Al enterarse, el doctor Claramunt enloqueció de dolor. Comenzó una violenta campaña contra las autoridades sanitarias, incluso contra el propio ayuntamiento, por haber dejado morir así, de una forma tan inhumana, a todas aquellas personas por el único pecado de ser pobres. Por culpa de tamaña injusticia, su dulce y bondadosa hija había muerto también. Se puso demasiado reivindicativo. De escribir incendiarias soflamas en los periódicos, pasó a vomitar sus acusaciones a voz en grito en la calle, frente a la puerta del hospital. Fue despedido, incluso se le amenazó con la cárcel por alterar el orden público. Finalmente desapareció. Tenemos su última dirección conocida, en el barrio de la Bonanova.

Nevado guardó silencio unos segundos, dejando que toda aquella información reposara en su cabeza, como si fueran hojas de té.

—Busca al agente Cánovas —ordenó cuando volvió en sí—. Y localiza al juez. Quiero una orden de registro. Vamos a esa casa de inmediato.

Y en menos de quince minutos, la fresca brisa de la mañana que se colaba por la ventana del carruaje policial le acariciaba la cara. Iban rumbo a la Bonanova. Apretados en su cabina, Corcoll, Cánovas y él chocaban las rodillas y comulgaban del mismo silencio expectante. ¿Lo tenían? ¿Tenían al Monstruo?

Localizaron la residencia del cirujano disimulada entre lujosas mansiones y palacetes, la mayoría de indianos. Al contrario que las demás, cuidadas con esmero, la suya mostraba un llamativo estado de abandonado. Los tres policías se apearon del coche y se aventuraron en el jardín, atravesando hordas de hierbajos y matorrales. Llamaron a la puerta sin demasiadas esperanzas de que alguien les abriera. Por el aire de dejadez que lucía tanto el jardín como la fachada principal, estaba claro que allí no vivía nadie desde hacía años. Cuando Nevado se cansó de dar aldabonazos, se volvió hacia Cánovas con la intención de ordenarle que echara la puerta

abajo de una patada, pero una vocecilla lo detuvo:

—¿Buscan al doctor Claramunt?

Nevado miró hacia la calle, donde una sesentona enjuta y asfixiada de joyas los estudiaba con el mismo recelo que probablemente dedicaba a los maleantes, mendigos y a cualquiera que no apestara a dinero.

—Hace ya bastante tiempo que no vive ahí.

—¿Lo conocía? —le preguntó Nevado caminado hacia la entrada, al tiempo que le mostraba su placa.

—Oh, sí, perfectamente. Mi familia siempre ha vivido al otro lado de la calle —respondió la anciana, repentinamente amable.

Al parecer, los policías se salvaban de la hoguera en su clasista visión del mundo.

—¿Y conoció a su hija Valentina?

La vecina mudó la expresión.

—Una niñita preciosa y educada. Lástima lo que le ocurrió... —Nevado asintió con expresión compungida, dándole a entender que estaban al tanto —. La vida no ha sido justa con el doctor Claramunt, ¿sabe? Nada justa. Primero le arrebató a su esposa. Y siete años después se llevó a su única hija... y con ella también su cordura —terminó, señalándose la sien con un dedo cuajado de anillos.

Nevado meció la cabeza. Sí, la vida también podía ser cruel con la gente rica.

—Nunca he conocido a un padre que adorase tanto a su hija —aseguró la anciana soñadoramente—. Eran uña y carne. El doctor Claramunt vivía por y para ella, ¡y se les veía tan felices juntos! Siempre te los encontrabas jugando entre risas, ya fuera por la calle, o en el parque. ¡Había que ver a aquel hombre tan alto y delgado, con aquel porte tan señorial que se gastaba, saltando a la pata coja, o imitando a un caballo! Verán, los dos habían ideado un juego que consistía en lanzarse pequeños desafíos el uno al otro, como saltar cien veces a la pata coja, aguantar la respiración un minuto o robarle el sombrero a un transeúnte. Si uno lo conseguía, el otro debía intentar el mismo reto con alguna dificultad añadida... o algo así. Y no se crean que el médico ponía menos entusiasmo que su hija. No le

importaba lo que los demás pudiéramos pensar de él si con ello la complacía. Entonces, el día de su séptimo cumpleaños, Valentina fue a visitarlo al hospital...

El inspector Nevado, que había seguido la explicación de aquella inocente versión del diabólico Juego de los Retos con la boca abierta, sobrecogido por la asombrosa exactitud con la que el perfil del desdichado cirujano se amoldaba al del Monstruo, movió la mano para hacerla callar. El gesto pareció ofender terriblemente a la anciana. Nevado se preguntó cómo habría reaccionado entonces si se hubiera bajado los pantalones y sacudido el miembro.

—¿Sería capaz de decirme desde cuándo no vive el cirujano en esa casa? —le preguntó.

—Bueno, después de la muerte de su hija ya nunca fue el mismo —contestó la vecina con expresión terca, dándole a entender que si esperaba de ella una respuesta concisa iba listo. Aquella mujer no debía de tener mucha gente con la que hablar, pensó Nevado, armándose de paciencia—. Era como si hubiera perdido por completo la razón. Recuerdo que en el entierro no cesaba de repetir: «Un puñado de huesos calcinados. Ni siquiera he podido enterrar un cuerpo». Se obsesionó con eso. Se lo repetía a todos aquellos con los que se cruzaba. No resultaba nada agradable, créanme. Comenzó a beber, a meterse en problemas, lo despidieron del hospital... Acabó por irse a Nueva York, a casa de unos parientes lejanos. Al menos eso farfulló el día en el que le vi salir de esta casa con una bolsa de viaje y su maletín de médico. No creo que ni siquiera me reconociera. Su expresión era la de un demente. Eso fue en enero, si no recuerdo mal.

Justo cuando desapareció Mariona Ripoll, la primera niña, se dijo Nevado. ¿Ya está? ¿Había encontrado entonces al hombre que estaba sembrando su ciudad de cadáveres de niñas?

El inspector se giró bruscamente y se encaminó hacia la casa a grandes zancadas. Cuando llegó al portón, desenfundó el revólver y le metió un par de tiros a la cerradura, que saltó en pedazos. A continuación, empujó la puerta y entró en la casa a paso resuelto, seguido de unos sorprendidos Cánovas y Corcoll. El rápido registro les confirmó lo que ya sospechaba.

Hacía tiempo que el Monstruo había abandonado su hogar y se había buscado un escondrijo donde pergeñar sus fechorías sin ser importunado.

Pero tras un somero vistazo, sobre una cómoda encontró lo que buscaba. Nevado tomó la fotografía con delicadeza. Tenía un rostro ovalado de rasgos finos, con una boca un poco grande en comparación con la diminuta naricita, enmarcado por una bonita melena. Era la misma niña que él había construido en su lienzo, aunque esta poseía ojos.

—Te tengo —anunció con voz ronca.

Debía reconocer que Claramunt había escogido a sus víctimas con un cuidado extremo, buscando la mayor fidelidad con el original. Y solo le faltaba encontrar unos ojos como aquellos. Por desgracia, las fotos no eran en color, y seguramente nunca lo serían. Sabía que tenía el cabello color miel, pero no sabía de qué color eran sus ojos. Se dirigió hacia la vecina, que se había quedado en la entrada, medio traspuesta ante la furiosa profanación de la antigua morada de su vecino.

—¿De qué color eran los ojos de Valentina? —le preguntó.

La mujer no pudo evitar sonreír al evocarlos.

—Oh, eso era lo más bonito de su bello rostro. Eran unos ojos increíbles. Jamás vi otros parecidos.

Collons! ¿Es que aquella mujer era incapaz de responder a sus preguntas sin dar antes un rodeo?

—Ya, ya —la azuzó—, pero ¿de qué color eran?

—De un excepcional tono ámbar. Parecían dos gotas de miel, aunque su tonalidad cambiaba dependiendo de cómo les diera la luz. Y cuando se enfadaba, se volvían de un naranja intenso, relampagueaban como los de un gato.

Nevado sintió como el retrato resbalaba de sus manos y caía a sus pies, acompañado de su propia alma. La mujer había descrito exactamente los ojos de su hija Julia. Unos ojos especiales. Unos ojos color ámbar como no había visto otros en toda Barcelona.

Madre mía, pensó Helena, cerrando la novela de un golpe seco. Ojos color

ámbar. Como los de Laura. No me extraña que se enamorase de este tío. ¿Qué mujer habría podido mantener seca su ropa interior ante algo así? Solo ella, claro, porque ella hacía mucho que había descubierto que no había un solo hombre en el mundo que no fuera un cabrón insensible y egoísta, hicieran lo que hicieran para disimularlo. Pero a Diego le había salido el tiro por la culata. Por desgracia, Ari había heredado los mismos ojos de Laura y el romántico homenaje a su novia había acabado convirtiéndose en una maldición. Y es que el tiempo ponía a todo el mundo en su sitio, gracias a Dios. Pero ¿cuándo iba a darse cuenta Laura de que se había casado con un puto enfermo? A este paso, necesitaría varias reencarnaciones. Por suerte, allí estaba ella para acelerar el proceso.

Laura la había llamado llorando a media tarde, casi histérica, para contarle que Diego había vuelto a fallarle. Había abandonado el ensayo del segundo reto, y se había pirado sin decirle nada a nadie, dejándola plantada a ella y a todo el equipo médico. Justo lo que había prometido que no volvería a hacer. Aquel perrito faldero de Rocamora llevaba horas buscándolo, pero en esta ocasión parecía que Diego se había escondido mucho mejor que la primera. ¿Dónde habría ido aquel capullo a emborracharse esta vez?, se preguntó Helena. Y por si fuera poco, la pobrecita Laura se había encontrado una nota de su madre al llegar a casa, en la que le informaba de que su padre había sufrido un ictus y debía acudir a su lado. Una vez más, su madre había antepuesto su marido a su hija, lo que había acabado por hundir a Laura. «¡Cómo puede dejarme sola en estos momentos! —había despotricado por teléfono—. ¡Mi propia madre!» Pero un segundo después, ya había empezado a justificarla, como hacía siempre. Laura tenía una vara zahorí que le permitía encontrar la bondad que había enterrada en lo profundo de las personas. «Aunque supongo que es comprensible... —le había dicho—, es una urgencia médica, y, de todas formas, mi madre aquí no hacía nada. ¡Pero lo de Diego es muy fuerte! Aunque por otro lado... ha estado sometido a una tortura brutal durante horas... supongo que es comprensible que...» Helena había tenido que cortar por lo sano aquel festival de comprensión: «¡Voy para allá, cariño!», le había anunciado, colgando el móvil antes de que ella tuviera tiempo de reaccionar.

Al llegar a su casa, Laura había llorado en sus brazos durante casi una hora. Y ella había permanecido muy quieta, deseando que aquel momento no se acabara nunca, decidida a no lavar jamás aquella blusa que ahora todavía sentía empapada en la zona del hombro. Pero justo cuando su felicidad estaba a punto de rebosar, había sonado el teléfono. Y Laura se había abalanzado sobre él, deshaciéndose de su abrazo de pitón. El aguafiestas era Héctor, el hermano fracasado de su marido, otro que tal. Al parecer, Diego estaba en su casa. Hasta allí lo había arrastrado la marea del alcohol.

Laura había suspirado aliviada mientras la invitaba a sentarse a su lado con un gesto y se apartaba un poco el auricular de la oreja, para que ella también pudiera oír la conversación. Aprovechando la coartada, Helena se inclinó hasta que su mejilla casi rozó la de su amiga, rezando para que ella no notara cómo la proximidad de su cuerpo desarreglaba el suyo, incendiándole el rostro y alterándole el pulso. Intentó concentrarse en la voz un tanto nasal de Héctor, que había empezado a relatar lo sucedido. Según explicó, al regresar del canal de televisión se había llevado un susto de muerte al encontrarse a Diego agazapado en la oscuridad de su descansillo, pegando alaridos cuando lo vio salir del ascensor. Él mismo había comenzado también a gritar, antes de encender la luz y descubrir que no estaba siendo atacado por un loco. Solo era su hermano que, totalmente borracho, no dejaba de balbucear incoherencias. Le echaba en cara que llevara una gabardina que parecía una bata, que fuera alto y delgado, que nunca hubiera sido un buen hermano mayor e, incluso, que fuera el culpable del secuestro de Ariadna. Tras alarmar a medio edificio, Héctor había podido arrastrarlo dentro del piso y, con paciencia y unos cuantos cafés, desenredar aquel caótico discurso inculpatario. Comprendió entonces que Diego había ido a su casa espoleado por la sospecha de que él era quien había secuestrado a Ari. Había llegado a tan brillante deducción gracias a cierto comentario que había hecho mil años atrás, en una visita al zoo. Ante aquel sinsentido, Héctor había estallado al fin. También él tenía unas cuantas cosas que decirle a su hermano menor. Se había producido entonces un cruce de reproches de proporciones bíblicas que, para sorpresa de ambos, había desembocado en una especie de catarsis, la cual había concluido con los dos hermanos abrazados. Y ahora Diego estaba durmiendo la mona en su sofá.

Pero antes de quedarse grogui le había pedido que la llamara y le dijera que sentía mucho haber huido de nuevo. Aquella patética comunión entre borrachos pareció exterminar todas las quejas de Laura y sumirla en un ridículo estado de felicidad. Se había apresurado a agradecerle a Héctor que hubiera cuidado de Diego y, de paso, también le había pedido disculpas por las sospechas de su marido. A ella jamás se le había pasado por la cabeza que Héctor pudiera estar involucrado en el secuestro de su hija. Tal afirmación provocó que, al otro lado de la línea, su cuñado comenzara a lloriquear. «Te agradezco de corazón tus palabras, Laura —le había dicho entre sorbeteos de mocos y suspiros de gato sodomizado—. ¡En el fondo, Diego tenía razones para pensar así! Razones de sobras. No he sido un buen hermano mayor. No me he portado bien con Diego, ni con vosotras... ¡Siento tanto todo lo que está pasando! Esa pobre niña no se merece nada de esto, ni tú tampoco, Laura. Siempre has sido tan buena conmigo... Me siento fatal por lo que he hecho... Me refiero a haber dado esa maldita entrevista, claro... ¡Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo! ¡Haría todo de otra manera! ¡Cómo he podido ser tan imbécil!... Lo siento, lo siento...» Laura tuvo que invertir varios minutos más en calmarlo, antes de poder colgar y volverse hacia Helena con un suspiro de alivio.

—¡Diego no se escapó de la prueba porque tuviera miedo! —exclamó, sonriendo como una idiota—. ¡Creía que había descubierto al Monstruo! Eso es una buena noticia, ¿no? Es cierto que ha vuelto a emborracharse, tres días después de prometerme que no volvería a hacerlo... pero al menos se ha reconciliado con su hermano, lo cual es bueno.

—¿El qué es bueno? —le había replicado ella—. *Estaba borracho*, Laura. Los borrachos siempre se ponen cariñosos y les da por exaltar la amistad. Esa reconciliación no cuenta. Así que ¿qué es lo bueno, entonces? ¿Que abandonara el ensayo del segundo reto, donde se tiene que jugar la vida de vuestra hija? ¿No había otro momento mejor para emborracharse y ponerse a hacer de Colombo?

Y Laura había terminado por darle la razón. Porque era verdad, después de todo. Los hechos hablaban por sí solos, y esta vez con asombrosa elocuencia. Diego había abandonado el ensayo y no había dado señales de vida hasta la

noche, sin preocuparle una mierda lo que ella pudiera pensar. Sin importarle otra cosa que no fuera él mismo y sus necesidades. ¿Y en manos de ese individuo estaba la vida de la pequeña?

Aquello había provocado de nuevo el llanto en su amiga, y Helena había tenido que volver a consolarla, aunque esta vez, al rodearla con sus brazos, ella no le había devuelto el abrazo. Había continuado abrazada a sí misma, como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago, llorando en silencio. Supuso que la pobre no sabía qué sentir. Era tan fácil manipularla, pensó. Sin embargo, esta vez no iba a poder arrancarle ningún gesto de afecto. Permanecieron en aquella postura varios minutos, hasta que Helena comprendió que su amiga estaba demasiado absorta en su dolor como para reaccionar de algún modo. Finalmente, se apiadó de ella.

—Voy a prepararte un baño caliente con sales —le dijo.

Se había dirigido al baño y había llenado la hermosa bañera del matrimonio, una de esas antiguas sostenidas sobre cuatro garras de león. Y mientras contemplaba cómo en la superficie del agua florecían perezosamente los riscos de espuma, se había imaginado a Laura desvistiéndose y sumergiendo su esbelto cuerpo en la bañera, y luego tendiéndole la mano con una sonrisa pícaro, invitándola a compartir aquel baño con ella. Un agradable estremecimiento la había recorrido de arriba abajo ante aquella encantadora fantasía, y había abandonado el baño preguntándose si podría llevarla a la realidad. Sabía que Laura no tenía sus mismos apetitos, pero también era cierto que nunca iba a tener a su amiga en una situación tan vulnerable y propicia. Quizás una caricia o un beso oportunos pudieran conducirla hacia donde ella quería. Laura necesitaba cariño, y tal vez se dejara llevar si ella se lo ofrecía, como una polilla cegada por la llama. Helena suspiró. ¿Qué perdía por intentarlo? Descubrir sus cartas, que hasta ahora había mantenido bien ocultas, se respondió. Sin saber qué debía hacer, se había dirigido a la cocina, llenado dos copas de vino hasta los bordes y regresado al salón, donde se había encontrado a Laura tal y como la había dejado. Le entregó la copa y, tomándola delicadamente del brazo, la guio hasta el baño, donde les esperaba la bañera, caliente y tentadora. Laura había dedicado entonces a la bañera una mirada cansada, y luego había girado la cabeza hacia ella, que le había

sostenido la mirada en silencio. Había considerado alzar una mano hacia su cabello para acariciárselo, o adelantar su cara hacia la de ella en busca de sus labios, pero finalmente no se había atrevido. Laura la miraba abstraída, y Helena había comprendido que aquella mirada no tenía el mismo significado para las dos, con lo cual cualquier gesto romántico por su parte habría provocado una reacción impredecible en su amiga. Decidió no arriesgarse.

—Métete en el agua y no salgas hasta que tengas la piel arrugada y la copa vacía —le había ordenado.

Y con un supremo esfuerzo de voluntad, había abandonado el baño cerrando la puerta a sus espaldas. Y allí estaba ahora, sola y fría en el salón, bebiendo vino y tratando de distraerse con la novela de Diego para olvidar que la mujer más adorable del mundo estaba desnuda a poquísimos metros de allí. Una vez más, se dijo que su huida no había sido cobarde, sino táctica. Aún no era el momento de atacar. Pero la noche era larga, y era toda para ellas. Ningún marido inoportuno vendría a molestarlas.

Laura, Laura... Siempre pensando en los demás, siempre justificándolos. ¿Qué más tenía que hacer Diego para que ella dejara de amarlo? ¿Fallar el segundo reto? Helena se imaginó al capullo de Diego apresado dentro de la cigüeña, aullando de dolor y apretando al fin el botón que acabaría con su sufrimiento, y sonrió. Por supuesto, Helena no *quería* que las cosas llegaran a ese extremo, claro que no. Ella le tenía mucho cariño a Ari. Pero, al parecer, solo algo así despertaría a Laura, le haría comprender la clase de hombre que era su marido. Un hombre que no la merecía. Porque, en realidad, ninguno la merecía. Tampoco ese bruto idiota de Rocamora.

Helena recordó el día en el que Laura le había confesado, adorablemente avergonzada, que se había acostado con el policía. Había ocurrido hacía unos cinco meses y la propia Laura lo había calificado como «un desliz imperdonable», aunque a ella no se lo había parecido. En realidad, en su fuero interno, había recibido la noticia con bastante regocijo, no porque le hiciera especial ilusión que alguien se follara a su amiga, sino porque cualquier cosa que pudiera provocar una fisura en el matrimonio era digna de celebrarse. Estaba tan ocupada arrojando confetis y serpentinas en su interior que apenas había prestado atención cuando Laura pasó a relatarle cómo había ocurrido el

feliz encamamiento. Algo sobre una fuga de agua a medianoche que le había inundado el baño principal, justo cuando Diego andaba dando conferencias por Australia, y el inspector había acudido a salvarla con su reluciente armadura y su caja de herramientas... Muy romántico e inexorable todo, sí, y ella que se alegraba. Pero aquel «desliz imperdonable» se repitió cuatro veces más, y no porque alguna otra cañería lo hubiera dictado así, sino porque ellos lo habían decidido por propia voluntad, y eso ya no le había hecho tanta gracia. Es más, Helena había empezado a preocuparse ante lo que ya parecía un *affaire* en toda regla, que sucedía clandestinamente a espaldas de un Diego despistado pero ya presente en este hemisferio. ¿Se estaba enamorando Laura? ¿Iba a cambiar al imbécil de su marido por aquel polizone con ínfulas de fontanero? Por suerte, la sangre no llegó al río y el improvisado idilio acabó tan bruscamente como había empezado. Y Helena volvió a recuperar la sonrisa, sobre todo al enterarse que había sido la propia Laura quien había cortado por lo sano. Le había dicho a Rocamora que todo aquello era un error, que no estaba enamorada de él, solo confundida, que de ahora en adelante solo podrían ser amigos, etc., etc. Y, como era de esperar, tras la ruptura su amiga se había sentido fatal por haber jugado con los sentimientos del rudo policía.

Para animarla, Helena le había propuesto una tarde de compras. Laura no estaba de humor, y ella había tenido que recurrir a todas sus dotes de persuasión. Conseguir que aceptara su plan le costó toda una semana. Pero el esfuerzo mereció la pena, pues Helena nunca olvidaría la tarde que pasaron juntas.

Se había presentado en su casa para recogerla a la hora acordada, pero Laura ni siquiera le había permitido subir. Al parecer, ella y Diego habían tenido una bronca monumental y el ambiente estaba bastante enrarecido en su nidito de amor. Le pidió que la esperase en el bar de enfrente, que no tardaría en bajar, y Helena había obedecido, sonriendo como cada vez que su amiga discutía con su pareja. Había pedido un café y se había sentado a una de las mesas que había frente al amplio ventanal, a través del cual, unos veinte minutos después, había visto a su amiga cruzar la calle. Todavía hoy, Helena recordaba la emoción que había sentido al verla. Qué bonita era. Con ese cuerpecillo de niña, con ese flequillo tan adorable. Llevaba un abrigo amarillo

que la hacía parecer una flor. Cuando se sentó y se quitó las gafas de sol, Helena observó que tenía los ojos enrojecidos. Aunque se alegró de que su marido hubiera vuelto a decepcionarla, tuvo que resistir la tentación de subir al piso y romperle la nariz de un puñetazo. ¿Quién podía provocar lágrimas en esos ojos? Helena no se cansaba de mirarlos. En aquel instante, reflejaban el color del abrigo y refulgían como si fueran de oro.

—A ver, ¿qué ha pasado esta vez? —le preguntó.

—Nada... —Laura cabeceó, pidiendo un café con un gesto al camarero de la barra—. En realidad, esta vez ha sido culpa mía.

Helena puso los ojos en blanco.

—No empieces otra vez a culparte *por todo*, Lauri...

—¡No, va en serio! —protestó su amiga—. He sido yo. Todo el día he estado buscando la bronca hasta que la he encontrado. Necesitaba gritar, te lo juro. Creí que eso me haría sentir mejor, pero no. Sigo igual. Llevo dos noches sin dormir. La conciencia me está matando... ¡Es que no me puedo creer lo que he hecho! —consiguió gritar en una especie de atormentado susurro—. ¡He sido infiel a mi marido! ¡Con Gerard, su mejor amigo!

—Bueno, bueno, no hagas un drama, cariño. Después de todo, es agua pasada. Porque es agua pasada, ¿no? Habéis terminado. Rompiste con el guardia, ¿verdad?

Helena se habría abofeteado por preguntar la misma cosa tres veces, con aquel inequívoco tono de ansiedad, además, pero Laura no pareció darse cuenta.

—Es inspector, Helena, ya lo sabes. Pero sí, sí... —asintió, distraída—. Al menos todo esto me ha servido para darme cuenta de lo mucho que quiero a Diego.

Helena tuvo que reprimir una arcada.

—Muchos matrimonios se ven revitalizados cuando una de las dos partes tiene una aventura, ¿sabes? —continuó su amiga—. Lo he leído no sé dónde.

—Pues como no sea en la revista *Cosmopolitan* cuando tenías quince años...

—Qué graciosa.

—Laura, yo no soy ninguna experta en matrimonios, pero en mi opinión

acostarte con un tío que no es tu marido en el lecho conyugal no suena como la mejor terapia matrimonial del mundo.

Laura contuvo el aliento.

—Helena, eso que me has dicho es *horrible*.

—Lo siento. Pero sabes que siempre soy sincera contigo.

Laura la miró sin parpadear durante unos largos segundos.

—Tienes razón —gimió finalmente, enterrando el rostro entre las manos—, ¿a quién quiero engañar? Soy una mujer horrible.

—Yo no he dicho eso. —Helena rio, cogiéndola de las manos para obligarla a mirarla—. Simplemente eres una mujer que ya no ama a su marido.

—Sí que le amo.

—No. Amas a un Diego que no existe. Y cuanto antes lo aceptes, mejor. Para ti, para el Diego real y para Ari. Para todos.

Laura volvió a agachar la cabeza y permaneció en silencio. Ella tampoco hizo el menor intento de romperlo. Mientras dejaba que sus palabras calaran en su amiga, reparó en un muchacho que se había sentado a una mesa cercana y no les quitaba ojo. O más bien no se lo quitaba a Laura. El chico, alto, apuesto y dueño de uno de esos cuerpos cincelados con paciencia en el gimnasio, no tendría más de treinta años, si los tenía, y aun así miraba a Laura como si jamás hubiera visto a una mujer. Su amiga era hermosa, y Helena ya había comprobado que el aura juvenil que le prestaban su peinado y forma de vestir despertaba miradas de deseo tanto en hombres que podían ser sus padres como en hombres que podían ser sus hijos. Para encontrar una franja de edad inmune a su embrujo había que buscar en las guarderías o en los cementerios.

—Pero yo creo que sí existe —dijo de pronto Laura.

—¿Qué?

—Que el Diego del que me enamoré aún existe —explicó, mirando a los ojos a su amiga—. A veces puedo oírlo, llamándome, pidiéndome auxilio. Creo que si pudiera llegar hasta él y liberarlo...

Helena iba a contestar, pero comprendió que iban a enredarse en una discusión estéril y prefirió dejarlo correr.

—No puedo contigo. Venga, vámonos de compras —resolvió, pidiéndole la nota al camarero—. Y luego podemos emborracharnos.

—No, no... Solo de compras, por favor —le rogó Laura—. Quiero pasar por el gimnasio y acostarme pronto. ¡Mañana tengo un día muy duro en el hospital!

—Qué aburrida eres.

—¡Vente al gimnasio también! No sé para qué te apuntaste, solo me has acompañado dos días —le dijo en tono de reproche—. Podemos hacer algo divertido, no sé, una clase de zumba, ¡y después una sauna!

—Uf, qué fiestón. Así me gusta. Que vivamos al límite. Vas a conseguir que yo también me busque un amante.

—Anda, por favor.

Laura la miraba suplicante. Eso siempre la desarmaba.

—Está bien... —Rio Helena—. Pero ¿han arreglado ya las taquillas? Ya sabes que suelo llevar siempre las llaves maestras de los locales en mi bolso y no quiero perderlas —le dijo, haciendo sonar lo que parecía el saco de un herrero.

—Creo que no... —dijo Laura, mientras pagaba la cuenta, haciendo un gesto tajante ante el intento de Helena de sacar su cartera—, pero no te preocupes. Tu bolso estará seguro. Es el gimnasio más pijo de toda la ciudad, y la entrada es de lo más exclusiva. Nunca he oído nada de un robo. Por cierto, ahora que me dices lo de las llaves... ¡felicidades por el contrato con esa cadena de librerías-café! —exclamó—. Eres un genio de los negocios, chica.

Se levantó con tanto ímpetu para ponerse el abrigo que chocó con el chico de la mesa vecina, que se dirigía en ese momento a la salida. Se disculpó alegremente, una princesa inmune a su propio resplandor, a pesar de que a Helena le pareció que el muchacho se había demorado en el encontronazo más de lo necesario. Tal vez incluso lo había provocado. Le dieron ganas de seguirlo y darle un rodillazo en los huevos.

—Bueno, yo no salvo vidas, y menos de niños, como tú —respondió Helena, decidiendo dejarlo pasar—, pero mi equipo de limpiadoras deja impolutos los rincones de cualquier local que nos contrate.

—¿Estás de broma? —Laura la tomó por el brazo y la miró a los ojos con afecto—. Eres una empresaria de éxito, te has hecho a ti misma. A mí me pagaron los estudios mis padres, y mi primer trabajo lo conseguí por enchufe.

¡Pero tú lo has conseguido todo con tu esfuerzo! Te admiro mucho, Helena. Te merecerías encontrar a alguien que te valorara. Oye, por cierto, hay un médico nuevo en urgencias que se acaba de divorciar...

—¡Vamos a por esa clase de zumba!

Y había sido una tarde alucinante, clase de zumba incluida. La felicidad ininterrumpida no existía, había leído en algún sitio, solo raptos de perfecta felicidad. Bien, pues aquella tarde mágica había sido uno de ellos. Solo habría podido ser mejor si hubieran hecho todo eso cogidas de la mano, comiéndose a besos por las esquinas, gritando al mundo que aceptara su amor o mirase para otro lado, porque ellas no podían evitar lo que sentían.

El sonido de la puerta del baño al abrirse la arrancó de sus pensamientos y la depositó en aquella triste realidad donde ella solo era la amiga fea sobre cuyo hombro lloraban las guapas. Devolvió rápidamente el ejemplar de *Sangre y ámbar* a la estantería, no quería que Laura la sorprendiera leyéndolo, y regresó al sofá justo cuando su amiga entraba en el salón. Se había envuelto en un albornoz, bajo el que se adivinaba su deliciosa desnudez, tenía el cabello húmedo, la piel brillante y sonrosada, y se movía ajena a la incuestionable sensualidad que rezumaba cada átomo de su persona.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Helena, intentando que su voz sonara natural al surgir del estrecho embudo en el que la excitación había convertido su garganta.

22

Un simple policía con un futuro prometedor

La mañana del viernes Olaya caminaba por los pasillos de la comisaría con sus elásticos andares de siamés cuando sintió vibrar el móvil. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta y comprobó que era Rocamora. Tras lanzar un resoplido de fastidio, se llevó el aparato a la oreja con un molinete de espadachín consumado y saludó con entusiasmo:

—Hombre, Gerard, ¿en estos momentos estaba pensando en ti! ¿Por dónde andas?

—Clínica Overlook —respondió el inspector, fiel a su tradicional parquedad.

—¿Y qué tal va el segundo día de entrenamiento? ¿Ha hecho Diego progresos respecto a ayer?

—Supongo que si te preocupas por eso es porque la investigación de Julián Bassol no está dando resultados —gruñó Rocamora.

—Tienes más razón que un santo —admitió Olaya—. Aunque supongo que si me llamas desde la clínica donde todavía siguen torturando a tu amigo, es porque la investigación de los alumnos tampoco.

—Marc, no me jodas y ponme al tanto de cómo van las cosas.

El subinspector sonrió para sí.

—Bueno, Mireia ya ha terminado con el móvil y con las cuentas bancarias

del médico. Y nada. Todas las llamadas o mensajes del último año están relacionados con motivos de trabajo o con gestiones aburridísimas. El tío apenas tiene vida social. Ni parece que tenga amigos, solo conocidos y compañeros de trabajo. Sus movimientos bancarios también lo confirman. Los cargos de su tarjeta están relacionados básicamente con alimentación y con consumo de libros, música, ropa y los putos cochecitos en miniatura. No viaja, no va al cine, no sale a restaurantes ni bares ni discotecas... No hay ni una sola compra que parezca destinada a un regalo. Por supuesto, nos estamos basando en los movimientos de su tarjeta, pero es que parece que todo lo paga así, su extracto bancario no refleja apenas salidas de dinero en efectivo. A no ser que disponga de alguna cuenta oculta a otro nombre, algo que estamos comprobando, o alguna fuente de ingresos en negro y guarde el dinero en su colchón, donde también podría guardar un segundo móvil sin registrar. Ahora nos estamos centrando en sus ordenadores: el del trabajo, el portátil y el fijo de la casa. Quizás encontremos algo ahí...

—Mañana es el día del segundo reto. Si tienes que encontrar algo, hazlo ya —le ordenó Rocamora y colgó sin despedirse.

Olaya se encogió de hombros y continuó su camino hacia el despacho de la unidad. Al verlo entrar, la informática forense, el único miembro del grupo que se encontraba allí en aquel momento, se volvió en su silla y le sonrió. Olaya la señaló con el dedo, adoptando un gesto seductor.

—Dime que has encontrado algo.

—He encontrado algo.

El subinspector entornó los ojos.

—¡Dios, qué *sexy*! No te imaginas lo que me excitaría ese papel de esclava sumisa que acabas de adoptar, si no fuera porque tengo los cojones completa y dolorosamente apretados por la comisaria Bargalló.

Mireia dejó escapar una de sus tímidas risitas.

—No, no... Hablo en serio. He encontrado algo. Ven, mira. —Se volvió hacia la pantalla en la que estaba trabajando, y Olaya se acercó a ella para mirar por encima de su hombro. Sabía que su proximidad ponía nerviosa a la chica, y él, que disfrutaba del efecto que su presencia causaba en las mujeres, aprovechaba cualquier excusa para poner a prueba su autocontrol—. Se trata

de un archivo que Bassol intentó borrar justo el día después del secuestro — explicó Mireia tratando de que no le temblara la voz—. He podido recuperarlo. Al principio no parecía nada importante. Son garantías de compra. El tío es un maníaco del orden y guarda todos los tickets de los artículos que adquiere escaneados en el ordenador y archivados por fechas, tipo de producto y cosas así. Esta es una carpeta de garantías a punto de expirar, así que, en principio, podría parecer que la borró porque estaba haciendo limpieza de escritorio, pero...

Mireia miró a Olaya con expresión sagaz.

—Pero tú te has dado cuenta de algo.

—Ajá —asintió ella, satisfecha—. De varias cosas, en realidad. Para empezar, hay un artículo recién comprado, no hace ni tres meses que lo adquirió. Está plenamente en garantía. Podríamos pensar que se le ha colado sin querer, pero...

—Pero tú eres una chica muy muy lista, y no es fácil engañarte.

—Así es.

—No pares, nena, por favor.

—En primer lugar, hay varias cosas que no cuadran. El archivo entero fue borrado con mucho esmero, demasiado para una simple limpieza de escritorio. Pero, sobre todo, el artículo del que hablamos resulta que fue comprado en efectivo. Sin embargo, no existe ninguna salida de dinero de su cuenta que coincida con el precio de dicho producto, ni por esos días, ni en fechas anteriores. Y estamos hablando de una cantidad importante: 7.450 euros.

Olaya silbó aplicadamente.

—No sé de dónde sacaría ese dinero, pero es como si hubiera querido comprarlo sin dejar rastro de la operación. Pero eso no es todo. Lo que más me ha chocado es el artículo en sí. Se trata de una cámara fotográfica profesional. Le he preguntado a un amigo fotógrafo, y parece ser que es la que suelen usar los paparazis, ya que permite hacer fotos a gran distancia y en condiciones de luz adversas.

—Comprendo... ¿Para qué querría Julián Bassol una cámara así?

—Exacto. No viaja, no hace turismo, su vida transcurre prácticamente entre el hospital, su casa y la librería. ¿Qué quiere fotografiar?

—Bueno, tal vez ha decidido comenzar un nuevo *hobby*.

—¿Viste algún libro sobre fotografía en su casa?

—No... y ahora que lo dices, tampoco vi esa cámara.

—¡Pues también compró un teleobjetivo bastante grande! Llama la atención; *deberías* haberla visto. Pero, sobre todo, si hace tres meses que la compró... ¿dónde están las fotos que ha hecho? ¿Todavía no la ha estrenado? En sus ordenadores no ha descargado ni una sola imagen tomada con esa cámara. Y si lo hizo, se ha preocupado de borrarlas aún con más esmero que este archivo.

—O sea, que nuestro doctor no solo nos mintió sobre los libros de Arce —recapituló Olaya—, sino que ahora resulta que en su vida existe una cámara misteriosa que pretende ocultarnos, presumiblemente con fotos que no quiere que veamos... ¿Qué clase de fotos pueden ser? —se preguntó con ademán pensativo.

—¿Tal vez fotos que realizó mientras preparaba el secuestro? —aportó Mireia tímidamente—. Ya sabes, quizás estuvo vigilando a la familia durante esos meses, llevando un registro de sus movimientos para trazar su plan, fotografiándolos en la distancia, sobre todo a Laura, de la que puede que siga enamorado.

—Mireia, Mireia... —murmuró Olaya con dulzura, inclinándose hacia la chica—. ¿Sabes lo que voy a hacer ahora mismo?

—¿Qué? —preguntó ella con expresión anhelante.

Olaya sonrió, mirándola intensamente a los ojos. Se inclinó todavía más, hasta que su flequillo casi rozaba la frente de ella. Contempló cómo Mireia entreabría ligeramente los labios.

—Voy a hacerle una visita a nuestro querido doctor.

—Oh.

El subinspector se incorporó bruscamente, frotándose las manos.

—Puede que si le pregunto sobre esa cámara se ponga nervioso y cometa algún error, ¿no crees?

—Claro.

—Y de camino llamaré a la comisaria Bargalló y le contaré que estamos haciendo grandes progresos. Quizás así afloje un poco su tenaza sobre mis

testículos. —Rio mientras se dirigía hacia la salida.

—¿Informo al inspector Rocamora? —preguntó Mireia, intentando no traslucir su desilusión.

—Déjalo, está muy ocupado haciendo de Torquemada. Ya se lo contaré yo más tarde —le contestó desde la puerta—. ¡Tú sigue trabajando! ¡Encuentra esas fotos! —le gritó, justo antes de salir. Una vez fuera, asomó la risueña cabeza—. Es una orden, esclava —dijo con voz sensual, y guiñó un ojo antes de desaparecer.

Un par de horas después, el subinspector se encontraba sentado en la sala de espera de la clínica Belasco. Pasaba las páginas de una revista con expresión aburrida pero paciente, como si fuera un hombre que no se desmoronaba fácilmente ante las largas esperas. Al otro lado de la sala, tras un mostrador, se atrincheraba una joven enfermera que de tanto en tanto le lanzaba una mirada fascinada. Cuando la descubría mirándolo, él le dedicaba una de sus sonrisas seductoras, y ella apartaba los ojos, mientras un delicioso rubor teñía sus mejillas. Pero aunque excitante, aquel juegucito enseguida empezó a resultarle tedioso.

Olaya se levantó y cruzó la sala hacia el mostrador como un jaguar, desplegando todo su encanto. La enfermera lo vio aproximarse y apoyarse sobre el mostrador con un gesto entre indolente y voluptuoso. No pudo evitar que su rostro estallara en llamas.

—Hola.

—H-hola.

—¿Sabes si el doctor Bass va a tardar mucho en recibirme?

—Oh... n-no sabría decirle. Todavía está en quirófano. Pero no es una operación complicada, yo creo que saldrá pronto.

Olaya la miró con intención.

—Qué lástima. Con lo a gusto que se está aquí.

La chica dejó escapar una risita nerviosa.

—¿Te importa si charlamos un rato? —le preguntó Olaya—. Es que ya me he leído todas esas revistas del corazón. Aunque quizás estés ocupada...

—Oh, no, no —negó ella, sonriendo. Tenía una sonrisa horrible, con varios dientes descabalados—. Ahora no tengo nada que hacer.

—Un poco de paz, ¿eh? Se agradece encontrar un oasis durante la dura jornada de trabajo. Al menos, yo lo agradezco muchísimo.

—Debe de ser muy duro ser policía —afirmó ella, mirándole con admiración.

Olaya agitó modestamente una mano en el aire.

—Nada comparado con tu profesión, te lo puedo asegurar. ¡No sabes cuánto os admiro a los enfermeros y enfermeras! Para mí sois auténticos héroes.

—Bueno, no sé...

—No, en serio. Lo digo por experiencia. Verás, el año pasado mi madre sufrió un grave accidente de tráfico y la pobre quedó... —Se le quebró la voz. Frunció el ceño y se humedeció los labios antes de continuar—. Quedó en coma.

—¡Cuánto lo siento!

Olaya cabeceó en señal de agradecimiento.

—Sí, un duro golpe. Fueron unos meses terribles en los que casi no me separé de su cama, ni de día ni de noche. Mi madre y yo siempre habíamos estado muy unidos, ¿sabes? Yo estaba destrozado, te lo puedes imaginar... No sé cómo lo habría soportado si no hubiera sido por las bondadosas almas que nos cuidaron. ¡Hasta que no viví en aquella planta de hospital, no supe que los ángeles llevan zuecos blancos! Por desgracia, el desenlace fue fatal. Mi madre, finalmente, dejó de sufrir. —El policía carraspeó y clavó los ojos en el suelo, antes de continuar—: Pero nunca se me olvidará lo que aquellos enfermeros hicieron por ella y por mí.

—Es muy bonito eso que has dicho —le confesó la chica, al borde de las lágrimas. Sin darse cuenta, había pasado a tutearlo—. De verdad. Casi nadie valora nuestro trabajo. De hecho, mucha gente todavía nos ve como simples secretarias de los médicos.

Olaya le sonrió paternalmente.

—Pero eso es por ignorancia. Me imagino que algunos médicos de la vieja escuela os siguen tratando así.

Ella asintió con vigor.

—¡Y de la nueva también, no te creas! Hay de todo.

—¿Y el doctor Bass de qué tipo es? A mí me da la impresión que es un poco estiradillo, ¿no?

Otra risita.

—Un poquito, sí. Aunque es muy educado, ¿eh? Exquisitamente educado.

—La chica hizo el gesto de coger una taza de té con el meñique estirado. Olaya le rio la gracia—. Pero la mayor parte de las veces te habla como si le estuviera llegando un mal olor. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Creo que te entiendo perfectamente —asintió Olaya, arrugando la nariz y elevando la barbilla.

La chica palmoteó entusiasmada.

—¡Sí, sí! Esa es exactamente su expresión. Eres muy gracioso.

—Eso me dicen todas, antes de darme calabazas —contestó él con expresión resignada, provocando de nuevo la risa de la muchacha—. Oye, cuéntame más del doctor Bass... Si es tan estirado, me imagino que no contará con muchas simpatías entre el personal, ¿no?

—Casi nadie lo soporta, la verdad. Y ahora todavía menos, con todos los rumores que se están propagando desde que la policía vino a registrar su taquilla y se llevaron su ordenador. Oye, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Es cierto que todo esto está relacionado con el caso del Monstruo?

—Me encantaría contestarte, pero, entonces, tendría que invitarte a cenar, enamorarte y casarme contigo, para que así no tuvieras que testificar en mi contra durante el juicio al que sin duda tendría que enfrentarme por haberte contado un secreto de sumario. Y todo eso sin saber todavía si tienes novio.

—Sí, sí que tengo... —confesó ella con mal disimulada tristeza.

—¡Un chico con suerte! —Cabeceó Olaya con deportividad—. Bueno, supongo que entonces no sabes muchas cosas de la vida privada del doctor Bass.

—Ni yo ni nadie. Ya te digo que es muy reservado. Nunca participa en nada. Por ejemplo, hace poco hicimos una colecta para comprar un regalo de jubilación a uno de nuestros médicos más antiguos, y él fue el único que no

puso dinero. Pero luego va pidiendo favores, no te creas. Sin ir más lejos, esta noche tenía guardia y ha pedido un cambio de turno. ¡Esta misma mañana! No se pueden pedir cambios con tan poca antelación, la gente tiene planes, tiene una vida. Claro, nadie quería hacérselo. Aunque en realidad nadie quería porque nadie lo soporta —le confesó la chica en un murmullo cómplice—. Bueno, pues ha montado en cólera, ha ido a dirección, ha pataleado por los pasillos... hasta que no lo ha conseguido, no ha parado.

—Me está empezando a dar un poco de pena —dijo Olaya, todo bondad.

Ella soltó otra risita.

—Un poco de pena sí que da, la verdad. Siempre se sienta solo en la cafetería. Come con un libro, ¡un libro!, ¿te imaginas? Bueno, un par de veces ha comido con alguien, pero no eran personas del hospital.

—Ah, ¿no?

—No, al menos que yo sepa. Hará dos o tres meses estuvo comiendo con una señora mayor, muy bien arreglada. Y después, hace una semana más o menos, con un chico joven, con barba muy larga y el pelo sucio y enmarañado. Me llamó la atención porque las dos veces que lo he visto comer con alguien era con personas totalmente opuestas. Y porque vi cómo le entregaba a las dos un sobre idéntico.

—¿En serio?

—Sí. La primera vez no le di importancia. Parecía una tarjeta de felicitación, supuse que a lo mejor esa mujer era su madre, o algo así. Pero me extrañó que hiciera lo mismo con el chico...

—Es extraño, sí. Eres una chica muy sagaz, ¿lo sabías? Podrías ser investigadora. Oh, disculpa, me llaman.

Olaya cogió el móvil, se despidió de la chica con un guiño y salió al pasillo. Cambiando el tono zalamero por otro mucho menos azucarado, dijo:

—Hola, amor mío.

—¿Vas a ser puntual? —oyó preguntar con desesperación al otro lado de la línea—. Dime que sí, por favor.

—¡Claro que sí! Ya te lo he dicho esta mañana.

—Sí, pero es que no me fío. ¡Desde que estás con el caso del Monstruo llegas tan tarde! ¡La niña lleva días sin verte! Te vas antes de que se despierte

y cuando llegas ya está dormida.

—Ya lo sé, ya lo sé... ¡Y no sabes cómo lo siento! Pero te prometo que esta noche seré puntual.

Olaya se apoyó contra la pared y le dedicó una sonrisa tranquilizadora a la enfermera, que no le quitaba ojo desde el mostrador.

—Tu madre me ha llamado hace un rato para preguntar si traía algo, le he dicho que no, pero ya sabes cómo es, *seguro* que trae algo. Por favor, habla con ella.

—Mujer, lo hace por ayudar...

—¡Pero es que yo he organizado un menú de alta cocina! ¡No podemos incluir las croquetas de tu madre!

—Vale, vale —suspiró Olaya, dando la espalda al mostrador y bajando todavía más el tono de voz—, hablaré con ella.

—Lo siento... —gimoteó la voz al otro lado de la línea—, ¡pero quiero que todo salga perfecto! Esta es una cena muy importante para nosotros, para tu futuro. Va a venir gente influyente de la cúpula del partido, y el presidente del club de tenis, y el juez Peralta, y estarán mis padres, y... y...

—Cariño, va a salir todo bien. Va a ser una cena maravillosa, como todo lo que organizas. Y te prometo que vas a estar orgullosa de mí.

—¡Ya estoy orgullosa de ti! Pero ya sabes cómo es papá. Demasiado protector con su adorada hija. Nunca te ha perdonado que siendo un simple policía le robaras a su tesoro máspreciado.

—¡Eh, eh! —advirtió Olaya—. Quizás fuera un *simple* policía, pero con un futuro prometedor y un sentido innato de la elegancia.

Su esposa rio.

—En realidad, creo que lo que no puede perdonarte es que mi madre también esté loca por ti —añadió, en un tono mucho más suave.

—Pues quizás lo haga cuando esta noche le cuente que es más que posible que resuelva el caso del Monstruo muy pronto. Yo solito. Ya verás. Antes de diez años, estarás casada con el jefe del área de investigación criminal.

—No me pienso divorciar de ti para casarme con ese tipo.

Olaya dejó escapar una carcajada franca.

—Tu sentido del humor es lo único que puede competir con tu belleza.

—No te olvides de hablar con tu madre.

—Como desees.

—Te quiero.

—Yo más.

Olaya colgó y, justo entonces, escuchó una voz a su espalda.

—¿Subinspector Olaya?

El doctor Julián Bassol estaba en medio del pasillo. Acababa de salir de quirófano, por lo que aún llevaba puesta la bata de cirujano, con la mascarilla suelta y arrugada por debajo de la barbilla. Parecía que se había disfrazado del Monstruo. Olaya pensó que no podía parecer tan culpable sin serlo. En las novelas policiacas, el culpable era siempre quien menos lo parecía. Pero esto era la vida real. No había ninguna mente maestra moviendo las piezas con fines dramáticos. Dios era más de repartir cánceres y accidentes de tráfico a voleo, mientras sus adeptos se entretenían en buscarle un sentido a su arbitrariedad.

—Doctor Bass... —dijo Olaya, acercándose a él y tendiéndole la mano—. No sabe cómo le agradezco que me atienda.

—La verdad es que no tengo mucho tiempo —respondió el cirujano, cortante.

—Solo le robaré unos minutos. ¿Le parece que vayamos a algún lugar más cómodo?

El cirujano asintió y lo condujo a la cafetería del hospital, donde se sentaron a una mesa apartada del bullicio. Olaya contempló al hombre largamente, mientras el camarero les traía sus cafés. Bassol ya no se mostraba tan simpático y colaborador como la primera vez que lo habían entrevistado. No había dicho una sola palabra durante los tres o cuatro minutos que habían tardado en llegar a la cafetería, ambos se habían limitado a caminar en silencio por los pasillos como un par de muñecos de cuerda, y ahora esperaba a que el policía rompiera el hielo manipulando nervioso una servilleta de papel, como si hubiera olvidado cómo había que doblarla para confeccionar una pajarita. Olaya observó sus profundas ojeras, su rostro blancuzco, aquellas manos finas y delgadas que tocaban por dentro a las personas. Finalmente, incómodo por el escrutinio del policía, Bassol inició la

conversación. Olaya sonrió para sí. El truco del silencio suspicaz nunca fallaba.

—Bien, ¿en qué puedo ayudarle? Aunque le advierto de que estoy perdiendo la paciencia. Mi abogado me ha informado de que no estoy obligado a hablar con ustedes si no es bajo citación. Creo que estoy siendo más que colaborador, teniendo en cuenta que no solo han violado mi intimidad, sino que han provocado un daño irreparable a mi reputación. Comprendo la gravedad de la situación, pero aun así...

—Nos mintió, doctor Bass —lo interrumpió suavemente Olaya, que de repente había recobrado la voz.

El cirujano se removió incómodo en su asiento.

—Bueno, ya le expliqué por qué hice esa tontería con los libros de Arce. Tuve un ataque de pánico, supuse que vendrían a hablar conmigo y me moría de vergüenza al pensar que Laura pudiera descubrir que había estado leyendo a su marido...

—No, no —volvió a interrumpirlo Olaya, sin dejar de sonreír—, me refiero a otra cosa. Nos ha ocultado su gran afición por la fotografía, y ocultar información es casi como mentir.

El cirujano palideció.

—No sé a qué se refiere.

Olaya sacó unos papeles del bolsillo de su chaqueta.

—Bueno, hemos encontrado este archivo en uno de sus ordenadores —dijo, mostrándole las fotocopias—. Al parecer se trata de una carpeta que usted intentó borrar, con mucho cuidado, por cierto, donde aparece la compra de una máquina de fotos profesional hace menos de tres meses, que pagó con una gran cantidad de dinero en efectivo que no salió de su cuenta bancaria. ¿Podría decirme dónde está dicha cámara en la actualidad, por qué tiró la garantía y de dónde sacó el dinero para comprarla?

—Oh, *esa* cámara... —Bassol sonrió incómodo—. Lo cierto es que me la robaron. Por eso tiré la garantía. Un día después de comprarla, ¿se lo puede creer? Me la sustrajeron en un descuido, como a un pardillo.

—¿Y no lo denunció?

—¿Habría servido de algo? Me imagino que un producto tan caro vuela en

el mercado negro. Pensé que no valía la pena. Y acerca del dinero... —titubeó, removiéndose de nuevo, como si estuviera sentado sobre ascuas ardiendo—. Me da un poco de apuro contarle esto, pero, bah, ¡qué cojones! —se decidió con un suspiro—. Supongo que me enfrento a problemas mayores. Verá, *de vez en cuando*, cobro algo de dinero extra en el hospital, bajo mano. Ya sabe, sobres con incentivos por horas extra, libres de impuestos. Muchos colegas lo hacemos. Pero el caso es que a mí no me gusta guardar dinero en efectivo en casa, por el peligro de un robo. Todas mis pertenencias las tengo aseguradas dentro del hogar, pero no se puede asegurar dinero en negro... así que me lo suelo gastar en algún capricho en cuanto me lo entregan.

—Comprendo. ¿Y podría ser que hubiera entregado alguno de esos sobres a una mujer de cierta edad bien arreglada y a un joven barbudo por alguna razón? ¿Quizás para que le ayudaran a blanquear ese dinero?

—¿Disculpe?

—Tengo entendido que ha quedado en esta misma cafetería con dos personas que responden a dicha descripción, y le han visto entregarles sendos sobres.

—No sé de qué me habla...

Olaya le sonrió educadamente.

—¿No?

—No —zanjó el cirujano, tajante—. Se trataría de otra cosa. Quizás eran pacientes a los que entregaba algún informe, yo qué sé. Mire, si quiere, puede denunciarme a Hacienda. —Se encogió de hombros con hartazgo—. Haga lo que le parezca. La clínica se está portando tan mal conmigo en estos difíciles momentos que pagaré gustoso la multa si eso también causa problemas al centro. ¡Estoy harto de que todos me miren como si fuera un monstruo! No he recibido ni una sola palabra de apoyo en este maldito sitio. Y yo no he hecho nada. Nada. Soy inocente. Jamás haría daño a Laura, ni a su hija... al contrario. Lo único que quiero es que todo esto termine de la mejor manera para todos.

—Y nosotros estamos haciendo nuestro trabajo para que así sea. Así que, si usted es inocente, debería estar tranquilo. Cuando todo se resuelva, las cosas volverán poco a poco a su cauce.

Julián lo contempló en silencio, una triste sonrisa asomando a sus labios, y

negó lentamente. Sus ojos parecieron hundirse un poco más en sus cuencas.

—No lo creo. El mal devasta todo a su paso como un torrente salvaje. ¿No ha visto las redes sociales, la televisión? La gente odia, teme y adora al Monstruo a partes iguales. El mal salpica con su podredumbre incluso a los que miramos desde la orilla.

23

El pozo del dolor

El día del segundo reto, una marea de personas enfervorecidas se agolpaba a las puertas del pequeño estudio de grabación. Diego las observó con incredulidad a través de la ventanilla del coche. De algún modo se había filtrado que allí era donde llevaría a cabo la prueba, y docenas de periodistas y curiosos se agitaban y empujaban para intentar atisbar alguna minúscula partícula de su ser, como si fuera una estrella de Hollywood en un estreno de cine. Muchas de aquellas personas le gritaban que era un héroe, que era el mejor, que él podía lograrlo, y otras palabras de ánimo similares... Pero nada de aquello logró infundirle un valor que no sentía. Sin embargo, lo inquietó distinguir entre la multitud a un nutrido grupo de frikis disfrazados de cirujanos, que vociferaban y agitaban pancartas. Todos ellos llevaban mascarillas y delantales ensangrentados, y algunos incluso enarbolaban aterradoras herramientas quirúrgicas que parecían bastante reales. Sobre sus cabezas, como árboles que ofrecían sus copas al viento, ondulaban las pancartas, donde se leía: «Vivo, existo, soy real». Los fans del Monstruo proclamaban al mundo su existencia.

La agente Álamo, que había sido la encargada de recogerlos en su casa, detuvo el coche ante la ensordecedora multitud, apenas contenida por un cordón policial. En ese momento, uno de los cirujanos logró encontrar un

descosido en el cerco y correr hacia el coche con un trote deslavazado, como si se encontrara bajo los efectos de algún tipo de droga. Sin que nadie lograra detenerlo, el sujeto alcanzó el vehículo y aporreó el cristal de la ventanilla, provocando que Laura lanzara un chillido de terror. Antes de que un par de policías consiguieran apartarlo del coche, Diego pudo ver el brillo alucinado de sus ojos y oír sus gritos: «¡El Monstruo existe! ¡Tú le diste la vida! ¡Tienes que creer en él! ¡Solo así podrás salvar a tu hija!».

Diego abrazó el cuerpo tembloroso de su mujer, aunque temblaba tanto como ella. Aquellos tarados llevaban disfraces caseros, pero su visión había logrado que el miedo volviera a recorrer sus venas como un viento helado. Eso le hizo recordar por qué se había negado a vender los derechos de *Sangre y ámbar* al cine, pese a las presiones de Tejada. Sabía que ver una fidedigna encarnación del monstruo que habitaba sus pesadillas moviéndose en el mundo real le provocaría un infarto, como poco. Intentó no mirar al rebaño de tarados cuando bajaron del coche y, junto a Laura, se dejó escoltar hacia el estudio por un par de agentes. Al verlos pasar, la muchedumbre estiraba sus manos para intentar tocarlos, obligándolos a acelerar el paso. No pudo evitar pensar que la situación había alcanzado un escalofriante punto de demencia.

En el vestíbulo del edificio les estaba esperando un pequeño comité de bienvenida, en el que, entre otras personas que no conocía, distinguió las consoladoras figuras de Arnie y el señor Miyagi, y el corpachón de Rocamora. Al llegar a la altura del inspector, Diego le dedicó un gesto inquisitivo, pero el hombre que unos días antes le había prometido con vehemencia que no tendría que realizar la segunda prueba fue incapaz de sostenerle la mirada. No necesitaba más. Estaba claro que no había sucedido ningún milagro de última hora que lo eximiera de realizar el reto y, a esas alturas, ya no iba a suceder. La vida de Ari dependía exclusivamente de él. De Diego Arce, su amantísimo y cobarde padre.

Y media hora después, allí estaba otra vez, aprisionado en la cigüeña delante de una cámara conectada a un portátil. Se hallaba sobre una colchoneta, encogido en la ridícula postura a la que le obligaba el artilugio, sintiendo el

frío de los hierros que le erizaban la piel en los puntos donde rozaban su carne. Unos minutos antes, le habían realizado un análisis de sangre cuyos resultados habían demostrado que por sus venas no corría ningún calmante que pudiera mitigar el inminente dolor. Y Arnie le había sujetado a la mano con cinta aislante el interruptor, «el detalle sin el cual el reto no tendría la menor gracia». Así evitarían que se le resbalara a causa del dolor o que pudiera arrojarlo por propia voluntad. Diego debía aguantar las siete horas con el interruptor que podía liberarlo del terrible suplicio bien cogido en la mano, y resistir la tentación de apretarlo. Finalmente, en su oído derecho anidaba un pinganillo minúsculo, oculto bajo el cabello. A través de aquel chisme le llegaría la voz de Laura, que imaginó sentada en alguna salita anexa junto al señor Miyagi, quien la iría guiando mientras ella lo guiaba a él.

Cuando todo estuvo preparado, Arnie y el técnico abandonaron el plató tras despedirse de él con una mirada de piedad. Diego suspiró y se dispuso a aguardar la llegada del dolor. Al pensar en el terrible sufrimiento que pronto llegaría, sintió que se le contraía el estómago y se le aceleraba el corazón. Era tentador pulsar el botón ahora para ahorrarse la agonía que le esperaba, pero no pensaba hacerlo. Él no era Pablo Azcón. Tenía que superar la prueba, por muy imposible que se le antojara, si quería traer a Ari a casa. Ni siquiera le valía con intentarlo.

Y lo haría, la superaría, se dijo, tratando de sonar convincente. Recordó las enseñanzas del señor Miyagi para espantar cualquier pensamiento derrotista, e intentó seguir paso a paso todo lo que había aprendido en los ensayos. Controló el ritmo de su respiración, intentando serenarse. La clave estaba en evitar que el miedo se apoderase de él. «El miedo al dolor duele más que el propio dolor —le había dicho el señor Miyagi—. No piense en el dolor, no lo llame, no lo espere, y, cuando llegue, acéptelo.» Diego había asentido a aquellas frasecitas de película de kung-fu para no ofender al psicólogo, considerándolas huecas e inútiles, pero ahora le sorprendió el extraño consuelo que le invadía al repetírselas. Supuso que, en esa situación, terriblemente solo y desamparado ante la tormenta de dolor que empezaba a fraguarse sin prisas en el horizonte, hasta una receta de cocina le habría consolado.

¿Qué más le había dicho el señor Miyagi? ¿Que encerase sus coches? No, eso no había sido a él. Ah, ya lo recordaba: «Piense en Ariadna, visualice su rostro. Ella está viva, existe, es real, se encuentra en algún lugar, esperando a que usted la salve». Cuando se lo dijo, le pareció un consejo innecesario, ya que no había dejado de pensar en Ari ni un solo minuto desde que la secuestraran. En realidad, no había dejado de pensar en ella ni un solo minuto desde que nació. En eso consistía ser padre, en llevar al hijo en la cabeza todo el rato, reinando sobre el resto de pensamientos como un tirano benévolo. En ser consciente en todo momento, independientemente de lo que estuviera haciendo, que en alguna parte, en el colegio o en el parque o acostada en su cama, existía una prolongación de su ser, una figurita tierna y vulnerable por la que debía velar hasta que ella pudiera valerse por sí misma, a los cincuenta o sesenta años. Diego la amaba más que a nada, era la única persona del mundo que le había despertado un amor espontáneo, animal e incondicional, algo que ni siquiera Laura había conseguido, por no hablar de su hermano o del resto de su familia, y sabía mejor que nadie que tenía que hacer lo que fuera para salvarla... ¿Cómo se atrevía Miyagi a aconsejarle que pensara en Ari? Sin embargo, cuando lo liberaron por primera vez de la cigüeña, donde apenas había aguantado un puñado de minutos, Diego comprendió por qué el psicólogo había insistido en aquello. Durante esos terribles minutos Ari no había estado en su cabeza. El miedo, que había inundado todo su ser hasta casi desbordarlo, la había expulsado. Ninguna otra cosa había tenido cabida en su mente más que el miedo al dolor. ¿Cuándo aparecerá el primer calambre? Esa era la única pregunta que resonaba en su cabeza, igual que ahora. Porque sabía que el primer calambre era el pistoletazo de salida, el inicio de la cuenta atrás. A ese calambre le seguiría otro, y luego otro, cada vez menos separados en el tiempo, y entonces, de repente, se encontraría envuelto en el dolor. Y era en el centro de ese dolor donde debía conseguir clavar el recuerdo de Ari, se dijo, como si fuera una pica, la bandera del conquistador. Si lo lograba, quizás pudiera soportarlo sin apretar el botón. Mirando los ojos de su hija. Convirtiendo el dolor en una hermosa luz ámbar.

—Cariño, ¿me escuchas? —Diego se sobresaltó. Era la voz de Laura hablándole por el pinganillo—. Mueve los dedos de la mano izquierda si me

oyes bien.

Diego obedeció, agitando los dedos como si tocara un arpa o unas castañuelas, y se dio cuenta de cuánto le aliviaba realizar aquel insignificante gesto, dar una orden a una parte de su cuerpo y que este le respondiera. Recordó que ese era otro de los sabios consejos del señor Miyagi, hacer cosas que le recordaran que mantenía el control, que su mente mandaba sobre su cuerpo, y tanto podía ordenarle mover un dedo como respirar con calma. Se obligó entonces a controlar la respiración. En aquella situación, el control era poder. Así que inspira, espira, inspira...

—Eso es —lo animó Laura—, respira, amor mío, sigue respirando, tú mandas, tú marcas el ritmo, tu cuerpo solo es un instrumento de tu mente, inspira, espira..., inspira, espira..., saca el aire lentamente por la boca, imagina que ese aire es de color rojo oscuro, del mismo color que el miedo, y visualiza cómo sale de tu cuerpo, volando lejos de ti, igual que una mariposa escarlata...

¿Una mariposa escarlata? ¿En serio acababa de decir eso? Laura divagaba. Se había puesto a hilar palabras al tuntún, cada vez más acelerada. Consciente de ello, se detuvo para tomar aliento. Tenía que hablar con tranquilidad, su voz debía sonar serena, firme y acogedora. Era lo único que Diego tenía ahora. Su VOZ.

Se encontraba en un cuartito pequeño, sentada ante un micrófono y un monitor donde veía a su marido aprisionado en el horrible artilugio, como lo estaría viendo en aquel momento medio mundo. A su lado estaba sentado el doctor Wang, al otro, ante un extraño aparato lleno de botones, había un técnico de sonido, y un poco más allá, de pie y apoyado contra la pared, estaba Rocamora, contemplando la escena con expresión sombría.

—Bien, Laura, siga así. Lo está haciendo muy bien —le susurró con una sonrisa de ánimo el doctor Wang, haciéndole un gesto para que continuara.

Laura se inclinó de nuevo sobre el micrófono.

—¡Ari estará tan orgullosa de ti cuando le contemos esto! Le parecerás el padre más guay del mundo, más guay que Batman. Mucho más. ¿Te acuerdas

cuando le preguntaron en el colegio qué quería ser de mayor y dijo que quería ser Batman? La profesora le dijo: «¿Tal vez te refieres a Batgirl?». Y ella contestó: «¿Por qué iba a referirme a otra cosa diferente a la que he dicho?». Le pusieron una falta por contestona y nos llamaron para hablar con nosotros. —Laura sonrió soñadoramente al recordarlo, pero no podía dejar de hablar, o Diego se perdería en la oscuridad. Buscó en su archivo de anécdotas de Ari, que como correspondía a toda buena madre tenía perfectamente ordenado, para poder relatarle aquellas aventuras a su propia hija cuando esta fuera adolescente, y escogió otra—. ¿Y te acuerdas de aquella vez que le dio una lección a un chico más mayor que ella? ¿Te acuerdas? Fue hace dos años, a mediados de agosto. Habíamos ido a su parque favorito. Nada más llegar, Ari se fue corriendo al columpio, pero justo cuando iba a subirse, un niño mayor la empujó y se lo quitó. Tú te quisiste acercar para consolarla, pero yo te dije: «Espera, mírala. No está llorando».

Y no lo estaba. Diego la recordaba perfectamente, plantada con tranquilidad ante el columpio, observando columpiarse al niño que se lo había arrebatado, mientras las virutas del atardecer inflamaban su melena castaña. De vez en cuando, el usurpador le sacaba la lengua o le dedicaba una mirada desafiante, pero ella ni se inmutaba. Simplemente se limitaba a observarlo con inquietante serenidad.

—A Ari le había salido en la frente esa manchita roja que siempre le sale cuando llora mucho o cuando está furiosa, pero aparte de eso, parecía realmente interesada en las evoluciones del columpio. Casi divertida... —oyó decir a Laura.

¡Ah, esa manchita! Al verla florecer en su frente, pensó: pobre chico, no sabe la que le espera. Sin embargo, al cabo de un par de minutos, Ari se fue a jugar a otra parte del parque. ¡Se quedaron tan sorprendidos! Habían esperado un estallido de cólera por parte de la niña, que se encarase con el matón, o que se burlara de él. Todo menos que abandonara. Sin embargo, como Ari parecía conforme y distraída, incluso contenta, mientras iba por todo el parque de un grupo de niños a otro, dieron el asunto por zanjado. Después Laura y él habían

estado charlando un rato con otra de las madres que había por allí, a cerca de la falta de buenos parques en ciertas zonas de la ciudad. Y mientras lo hacían, empezaron a darse cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo. Casi todos los niños del parque señalaban con el dedo al abusón del columpio y se reían de él. El chico los miraba con extrañeza, sin saber qué actitud tomar. Finalmente, se bajó del columpio desconcertado, examinó el asiento, se miró los pantalones disimuladamente, se tocó la cara y el pelo. Todo parecía normal, pero los demás seguían observándolo y riéndose. Al final optó por marcharse del parque. En cuanto eso sucedió, Ari tomó su lugar en el columpio y comenzó a balancearse con una sonrisa satisfecha.

—Camino de casa le preguntamos si sabía qué había pasado, ¿te acuerdas? —siguió rememorando Laura—. Ari nos explicó que simplemente había dicho a todos los niños del parque que un perro había orinado sobre el columpio un rato antes. «Pero, entonces... ¡también se habrán reído de ti cuando te has subido!», le replicaste tú. Ella te miró con esa cara que suele poner, *esa* que tú llamas la cara de por-favor-dime-que-soy-adoptada, y te contestó: «¿Y a mí qué me importa eso, si sé que es mentira?».

Diego sonrió suavemente al recordar aquella respuesta, incluso un ligero espasmo de risa agitó sus hombros. ¡Se había sentido tan orgulloso de su pequeña en aquel momento! ¿Cómo era posible que él hubiese engendrado una hija tan lista y tan valiente?, se había preguntado. ¿A quién había salido aquel diablillo orgulloso y resuelto que no conocía el miedo?

Seguramente el Monstruo no había contado con eso, pensó, esperanzado. Seguramente ignoraba la pequeña genio que tenía entre sus zarpas. Pero ¿sabría Ari que se encontraba en una situación en la que tendría que luchar por su propia vida? Podía ser, su hija era tremendamente inteligente. Quizás incluso había empezado a sospechar, a medida que se sucedían los días sin que nada interrumpiese su cautiverio, que escapar del Monstruo iba a depender exclusivamente de ella, que no parecía que pudiera contar con su padre para eso. Diego recordó entonces que el día del columpio, por debajo del sentimiento de orgullo que había sentido por su hija, había asomado también una estúpida sensación de amenaza: ¿cómo podría engañar a aquella niña dentro de unos años? ¿Cuánto tiempo quedaba para que ella se diera

cuenta de la falta de talento de su padre? ¿Y de su cobardía? ¿*Cuánto* tiempo le quedaba antes de que su imagen de héroe empezara a resquebrajarse? El rostro de Diego se ensombreció. Y de repente, notó aquella sensación familiar de cargazón en la nuca, de tirantez en la zona abdominal... Sabía lo que significaba. Oh, Dios, ¿ya empezaba? ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto? Interrogó a la cámara que lo encañonaba, con el piloto rojo encendido, difundiendo por el planeta la triste imagen de su cuerpo desvalido y desnudo apresado en aquel artilugio diabólico.

—¿Cuánto tiempo llevo? —graznó, con una voz que a él mismo se le antojó extraña—. ¿Cuánto tiempo llevo?

—¡Solo diecisiete minutos, hombre! ¿Ya vas a empezar a quejarte?

Olaya se masajeó el puente de la nariz, intentando ocultar el desagrado que le había provocado el exabrupto de uno de los agentes que, junto a él, seguía el tormento de Diego por internet.

La comisaria Bargalló, en cambio, no se molestó lo más mínimo en ocultarlo, dedicándole al bocazas una frase que, pese a empezar con un «jelines» y terminar con un «porras», resultó demoledora. Olaya suspiró e introdujo la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar el móvil con discreción. Tenía cinco llamadas perdidas del juez Peralta, y no creía que fueran para acordar ningún partido de tenis. Qué hombre más pesado, por Dios. ¿Qué quería que le dijeran? Apenas unos minutos antes, sin mover ni un músculo de la cara, la comisaria había estrellado su móvil contra la pared, y era cuestión de tiempo que pidiera uno prestado a alguien del equipo, como hacía siempre que le daban aquellos arrebatos, así que Olaya volvió a guardarse disimuladamente el último modelo de iPhone que le había regalado su mujer. Luego volvió a posar casi a regañadientes sus ojos en la pantalla. La imagen de Arce atrapado en aquel cepo de hierro resultaba impactante. Era evidente que el pobre no iba a aguantar las siete horas que el Monstruo había estipulado, y mañana el cadáver de la pequeña Ariadna aparecería en alguna parte, vete a saber en qué lamentable estado. Y eso pondría fin a su corta carrera en la policía.

En ese instante, vio a Mireia haciéndole señas desde el despacho de la unidad. Constató que la comisaria seguía atenta a la prueba, y, gracias a su etéreo caminar, logró abandonar la sala de visionados sin llamar su atención.

Laura no había contestado la pregunta. Había pasado de ella olímpicamente, siguiendo sin duda las instrucciones del señor Miyagi, y había empezado a contarle otra anécdota de Ari. Diego intentó concentrarse con todas sus fuerzas en la historia que su mujer le estaba narrando, pero se dio cuenta de que le era casi imposible. ¿Cuánto tiempo llevaba allí metido? Eso era lo único que quería saber. ¿Tan grave era que se lo dijera? Pero sabía que era inútil que volviera a preguntárselo. Con un esfuerzo sobrehumano, intentó apartar aquel pensamiento de su mente. Se centró en la respiración. Se limitó a escuchar a Laura. Su voz siempre le había parecido hermosa, no necesitaba entender lo que estaba diciendo, le bastaba con oírlo discurrir como un arroyo de montaña. Y así estuvo un buen rato, atento a las dulces inflexiones de la voz amada, hasta que, de repente, le asaltó el primer calambre.

Fue una salvaje convulsión en la zona abdominal que no duró más que un par de segundos. Cuando desapareció, el alivio le resultó tan intenso que casi sintió ganas de llorar. Pero Diego sabía lo que estaba por venir: no tardaría en sufrir otro calambre, ligeramente más intenso y prolongado, al que seguiría otro y otro y otro, hasta que finalmente el dolor se propagaría como lava ardiente desde los músculos abdominales y rectales hacia los pectorales, las cervicales y los miembros, un dolor que convertiría su cuerpo en un lugar incómodo de habitar. Que le haría desear el alivio de la muerte. Un dolor brutal en el que tendría que aprender a vivir si quería salvar a Ari.

El siguiente espasmo le abrasó el recto, obligándolo a soltar un gemido. Cuando desapareció no sintió calma, sino miedo ante el atroz sufrimiento que debía enfrentar. Y esta vez no podría apretar el botón para ponerle fin porque no era ningún ensayo. Esta vez debía afrontarlo, dejarse devorar por él hasta que le reventase el corazón o su consciencia se disociara de su carne, permitiéndole escapar de su devastado cuerpo. ¿Era eso posible? Suponía que era el estado mental que alcanzaban los faquires. Pero sospechaba que para

que eso le ocurriera a él, para que su alma consiguiera desatarse de la castigada materia, tendría que encontrarse en la cima del sufrimiento, y temía no aguantar lo suficiente para llegar hasta allí. Los ensayos que había realizado le habían demostrado que su tolerancia al dolor era bastante modesta, por no decir risible, y volvían inalcanzable aquella puerta mágica tras la cual el dolor desaparecía, en caso de que tal puerta existiera.

¿Cuánto tiempo habría pasado ya?, volvió a preguntarse, mientras notaba cómo la mano que sujetaba el interruptor empezaba a temblarle. La voz de Laura sonaba cada vez más lejana. Intentó concentrarse en ella, entender lo que le estaba diciendo. Eso era lo que debía hacer, sumergirse en el recuerdo que su mujer estuviera evocando, y desentenderse de su cuerpo, olvidarse del dolor que se acercaba arrastrando sus pies por el pasillo. Como se acercaba el Monstruo en sus pesadillas.

—He conseguido recuperar algunas de las fotos que Julián Bassol borró del ordenador del trabajo —anunció Mireia, sentándose ante el monitor en el que trabajaba.

Olaya se aproximó a la chica, hasta situarse a su espalda, pero esta vez ni siquiera pensó en deleitarse con su nerviosismo. Los ojos se le iluminaron al contemplar las fotos que se sucedían en la pantalla. Eran fotos de Laura Folch en su casa. Habían sido tomadas a través de distintas ventanas, por alguien apostado en algún edificio de enfrente, a una altura similar a juzgar por el ángulo de las mismas. Y todas parecían haber sido hechas a altas horas de la noche. En una de ellas se veía a Laura en pijama, caminando descalza por el salón con expresión adormilada. En otro par aparecía recortada contra la oscuridad de la cocina por la luz del frigorífico abierto, mientras sacaba una botella de zumo de su interior y bebía directamente de ella. Había otra serie en la que aparecía en la terraza, vestida con el uniforme verde del hospital y acodada en la barandilla con aire agotado, como si acabara de llegar de una guardia especialmente dura. En otra foto aparecían Diego y Laura, muy elegantemente vestidos, hablando con Virginia, la canguro. Y en la siguiente, todavía vestidos con la misma ropa, se besaban apasionadamente en medio del

salón. Esa era la única que estaba borrosa. Como si al fotógrafo le hubiera temblado el pulso.

—¡Es él! —exclamó Olaya, dando una palmada—. ¡Yo tenía razón: Julián Bassol es el Monstruo! Sigue obsesionado con Laura Folch. ¡Siempre lo ha estado! Nunca aceptó que ella lo denunciara, y solo ha estado esperando el momento de volver a recuperar lo que considera suyo. Debió de alquilar un apartamento enfrente de los Arce. Seguramente lo hizo con un nombre falso y lo pagó en efectivo, como la cámara, para no dejar rastro. Y desde allí tomó todas estas fotos, mientras tejía su plan. Por eso sabía lo de la canguro. ¡Oh, sí! —Ejecutó unos pasos de baile, de impecable elegancia, intentando transmitirle a la chica su alegría—. ¡Lo tenemos!

Pero Mireia no se mostraba igual de entusiasmada. Más bien parecía incluso asustada, con la mirada clavada en algún lugar más allá de su superior.

—¡Vamos, chica, no seas tímida! —la animó Olaya, tendiéndole una mano—. Baila conmigo para celebrarlo.

—Es que yo no soy muy de bailar, subinspector. Solo me gusta hacerlo sobre las tumbas de los imbéciles que pierden el tiempo con frivolidades, mientras el resto del equipo intenta gestionar una crisis de alcance mundial. Pero por mí no se corten, ¿eh? Bailen, bailen.

—¡Comisaria Bargalló! —exclamó Olaya, unas milésimas de segundo antes de volverse hacia la puerta, como si hubiera estado esperando a la mujer desde el origen de los tiempos—. ¡No me creo eso que ha dicho! Pero si usted tiene pies de bailarina. Desplazándose siempre por el mundo con ese sigilo del cisne que surca un lago apacible...

—Subinspector...

—Pero tiene razón —la detuvo Olaya, interponiendo su mano entre los ojos de la comisaria y su propio rostro, como si quisiera detener los mortíferos rayos que estaban a punto de desintegrarle—. ¡No es momento para bailes! No cuando acabamos de descubrir al Monstruo.

Y en pocas palabras la puso al corriente del último hallazgo de Mireia, logrando dos cosas: que todo el mérito pareciera suyo y que Mireia no se ofendiera. Toda una clase magistral.

—¿Quiere mi teléfono para avisar al juez Peralta de la detención de

Bassol? —terminó, tendiendo su móvil a la comisaria en un alarde de generosidad—. Su número está en últimas llamadas.

—Espera, Marc —intervino Mireia, enrojando hasta la raíz de los cabellos cuando los otros dos se volvieron hacia ella—. Julián Bassol descargó las fotos solamente en su ordenador del trabajo, no en los de su casa.

—¿Y eso qué importa?

—Pues que es un ordenador que utiliza mucha gente. Todo el equipo médico y de enfermería de la planta. Su sesión personal está protegida por contraseña, pero puede argumentar que alguien la hackeó y guardó allí esas fotos para inculparlo... —Olaya bajó los brazos y esperó a que la chica continuara, mientras una mueca de disgusto empezaba a derramarse por sus labios—. Además, según él, le robaron la cámara el primer día, acuérdate. Y aunque no lo denunció, no podemos demostrar que no dice la verdad. Ni que estas fotos se hicieron desde esa cámara concreta.

—Bueno, pero tenemos razones más que evidentes para detenerlo —se impacientó Olaya—. *Por favor...* ¡Está claro que ha sido él! ¡En su sesión del ordenador hay fotos hechas con un teleobjetivo a la familia Arce en la intimidad de su hogar! ¡Laura Folch lo denunció en el pasado! ¡Es un psicópata!

—Sin duda —asintió la comisaria lentamente, balanceando su cabeza sobre su delgado cuello de grulla—, pero comprendo lo que usted quiere decir, Rojas. Podemos detenerlo, sí. Tenemos razones de sobra para hacerlo. Pero Bassol es listo, y sabrá que no tenemos suficientes pruebas para obligarlo a confesar. No sin la cámara y su memoria. O sin algo que demuestre que alquiló un apartamento en un edificio enfrente de los Arce. Ostras, estoy convencida de que sin nada de eso, el cirujano seguirá defendiendo su inocencia.

—¿Y qué *importa* eso? Cualquier jurado con dos dedos de frente lo condenará —insistió Olaya tozudamente.

—¡Pero no se trata de eso, puñetas! —aulló la comisaria, en una perfecta imitación del silbido de una tetera, provocando el tradicional respingo en los otros dos—. ¡Se trata de que confiese *ahora* mismo y que nos diga dónde está la niña! ¡Tenemos que sacar a su pobre padre de ese chisme cuanto antes! ¡Y

sobre todo, debemos evitar el riesgo de que más tarde un Bassol puesto en libertad por falta de pruebas se cobre las consecuencias del reto no superado!

Ah, sí. La cigüeña. La niña en paradero desconocido. Olaya, deslumbrado por los futuros titulares que lo ensalzarían como el brillante policía que había atrapado al Monstruo, se había olvidado de todo eso. Qué fastidio, jolines. Aun así, consiguió rehacerse con admirable agilidad.

—¿Y qué otras alternativas tenemos? —preguntó, con aire alicaído— Al fin y al cabo, Diego Arce está a punto de apretar el dichoso botón. ¡Deberíamos atrapar a Julián *antes* de que lo haga!

Los tres miraron descorazonados una de las pantallas que había sobre la mesa de la informática, que emitía el reto. Diego había comenzado a llorar, y giraba la cabeza de un lado a otro, desesperado, enloquecido. El pobre tipo parecía no aguantar más. Y solo llevaba dentro del artilugio poco más de media hora. La comisaria se volvió hacia el subinspector con los labios tan estirados que parecían un tajo que le seccionaba el rostro en dos.

—No lo soporto cuando tiene razón, Olaya —masculló con voz quejumbrosa—. En general, no lo soporto nunca. ¡Deme ese teléfono! Quiero que una unidad se dirija inmediatamente al domicilio de Julián Bassol —ordenó, mientras comenzaba a aporrear la pantalla sin compasión—. ¡Y otra a su hospital! ¿Dónde está Rocamora?

—En el estudio de grabación.

—¡Pues que venga! También quiero que otro grupo de agentes peinen los edificios de la zona de los Arce, que pregunten a todos los porteros por los últimos apartamentos alquilados y que enseñen a los vecinos una foto del médico. Quizás alguno lo recuerde entrando en el portal a horas intempestivas con una cámara al cuello... ¿Cómo diantres se enciende este chisme?

—Si me permite... —Olaya le quitó el móvil con suavidad—. Tengo un patrón de bloqueo.

Se oyó un tímido carraspeo proveniente de la garganta de Mireia.

—Eh... Se me ha ocurrido que Bassol quizás alquilara el apartamento a través de alguna web —intervino—. Podría pedir los historiales a las más importantes y rastrear todos los anuncios de la zona retirados por esas fechas...

—¡Y localizar al propietario! ¡O a la agencia inmobiliaria! Y si ellos identificaran a Bassol... ¡entonces sí que lo tendríamos! —exclamó Olaya, propinándose una brusca palmada en la frente, como si la idea se le hubiera ocurrido a él, mientras le tendía el móvil desbloqueado a la comisaria.

Mientras Olaya salía a impartir órdenes y Rojas volvía a sumergirse en su pantalla como si fuera un portal dimensional a punto de cerrarse, la comisaria se acercó el móvil a la oreja con una mueca de desagrado, como si oliera mal.

—Necesitaré una orden del juez para pedir los historiales a las páginas webs... —murmuraba Mireia mientras tecleaba febrilmente—, y para que me entreguen los datos personales de los usuarios...

—¡Y la orden de detención, por supuesto! —añadió Olaya desde la puerta, gritando por encima del hombro.

—¿Te has enterado, Ricard? —aulló la comisaria, sin duda taladrándole los tímpanos al juez— ¡Necesitamos un montón de cosas, así que ponte las pilas, jopetas!

Diego llevaba una eternidad lanzando alaridos ensordecedores, mientras se ahogaba en el pozo del dolor. Así lo había descrito el Monstruo en su carta. El pozo del dolor, oscuro como boca de lobo. Y lo había clavado, pues era justo como se sentía, sumergido en un pozo rebosante de agua rojiza, sangrienta, tan hirviente que parecía lava.

«¡Aprieta el botón, Diego! ¡Apriétalo!», dijo de pronto una voz por el pinganillo.

La voz le sobresaltó, dejándole el último grito en la recámara de la garganta. No era la voz de Laura. Pero era una voz familiar. Llevaba toda la vida oyendo esa cadencia melosa, esa voz tan parecida a un maullido.

«Apriétalo. Apriétalo y todo esto acabará. No eres un buen padre. Nunca lo has sido, Diego. ¿Para qué seguir fingiendo? ¿A quién quieres engañar a estas alturas?»

Y tenía razón. Toda la razón. Siempre la tenía.

Diego deslizó su dedo índice hacia el botón...

Rocamora tragó saliva cuando Laura, al observar cómo el dedo de Diego se acercaba al interruptor, se llevó las manos a la boca. Entre la rabia y la impotencia había visto a la mujer que amaba aferrada al micrófono, intentando que su balbuceante voz se oyera por encima de los gritos de Diego, contándole anécdotas de forma inconexa y errática, mientras a su lado, el doctor Wang cabeceaba con aire derrotado. Y él no podía evitar pensar que todo aquello estaba sucediendo por su culpa, porque aún no había logrado atrapar al Monstruo que se había llevado a la niña.

El dedo de Diego se detuvo de repente, la uña rozando el botón. Y permaneció inmóvil mientras todos los presentes contenían el aliento.

Rocamora dio unos pasos hacia Laura, con la intención de apoyar una mano en su hombro para confortarla, pero el móvil vibró en su bolsillo, deteniendo su avance. Retrocedió el insignificante metro que había avanzado, al tiempo que sacaba el aparato. Era Olaya. Contestó con un susurro.

—Tenemos al Monstruo —dijo el inspector con urgencia—. Ven a la comisaría. Pero no digas nada todavía...

Con el móvil en la mano, Rocamora alcanzó la mesa de un brinco y cogió el micrófono:

—¡Diego, no aprietes el botón! —le gritó, sin atender a los aspavientos del viejo psicólogo ni a los ojos aterrorizados de Laura—. Tenemos a ese cabrón. ¡Lo tenemos! Aguanta, no te rindas... Solo necesitamos que resistas un poco más.

Y sin tiempo para detenerse en explicaciones ni mirar a nadie, salió corriendo del cuartito mientras hablaba por el móvil.

—¡Diego, no aprietes el botón! Tenemos a ese cabrón. ¡Lo tenemos! Aguanta, no te rindas... Solo necesitamos que resistas un poco más.

¿Era la voz de Rocamora? Diego la reconoció bajo las aguas del dolor en las que se ahogaba. Pero ¿había sido real o la había imaginado, como antes había imaginado la voz del Monstruo? No estaba seguro. Le costaba pensar con claridad. El dolor le quemaba la mente, no le permitía hilar ningún

pensamiento. Intentó concentrarse, recuperar el control de su cerebro. Rocamora le había hablado a través del micrófono. Sí, aquella había sido su voz. Bien, pero ¿qué le había dicho exactamente? Luchó por sacar la cabeza fuera del agua e intentar recordar. *Tenemos a ese cabrón*. ¡Sí, eso era lo que le había dicho! ¡Habían descubierto quién era el Monstruo! Entonces podía apretar el botón, poner fin a su tormento... Lo dominó una felicidad loca, brutal. ¡Ari estaba a salvo! No recordaba dónde le había dicho Rocamora que la habían encontrado, pero eso no importaba. ¡Lo único que importaba era que él podía apretar el botón y poner fin a su...!

—¡Cariño, no aprietes el botón! —Otra voz en su oído. ¿Ahora quién?—. ¿Has oído a Gerard? ¡Van a atrapar al Monstruo! ¡Ya lo tienen! Solo necesitamos que aguantes un poco más. Un poco más, amor mío, solo eso...

—¿Laura? —gimió Diego.

—¡No hables, no digas nada en voz alta! El Monstruo debe de estar siguiendo la emisión... ¡no podemos advertirle! Van a por él, cariño, van a por él. Solo mueve los dedos de la mano si me has entendido.

Diego intentó concentrarse en la voz de su mujer, intentar comprender sus palabras. Aún no tenían a Ari. Todavía no estaba a salvo. Y Laura quería que aguantara un poco más. Su mujer quería que siguiera sumergido en el pozo del dolor, en aquella lava que lo abrasaba. Pero ¿cuánto? ¿Cuánto tiempo más quería que siguiera allí sumergido?

Cuando Rocamora abrió la puerta del despacho de la unidad se encontró a Olaya, Riera, Álamo y Navas, ya pertrechados de chalecos, *walkies* y armas reglamentarias, arremolinados alrededor de la pantalla de la informática forense, que navegaba a toda vela por lo que parecían varias webs de alquileres de pisos, abiertas en múltiples ventanas. Antes de que Rocamora pudiera decir nada, Olaya lo mandó callar con un gesto imperioso de la mano, sin ni siquiera mirarlo.

—Esto va a llevarme algún rato más —murmuró Mireia, entre dientes, esbozando un gesto de dolor.

—Bueno, sigue trabajando... —la tranquilizó Olaya, masajeándole los

hombros—. ¡Seguro que pronto consigues algo! —Levantó la cabeza, se retiró el sedoso flequillo que le había caído sobre los ojos y miró triunfante a Rocamora—. Esto es lo que hemos encontrado en el ordenador de Julián Bassol —le dijo, mientras le tendía unas fotos impresas que había sobre la mesa—. Tenemos un par de unidades peinando la zona, y Mireia también está en ello. Seguro que pronto conseguiremos pruebas del apartamento desde donde se hicieron y que vinculen a Bassol con el mismo. Pero está claro que ese tipo es el Monstruo. Lo tenemos, Gerard. Lo tenemos.

Rocamora echó un vistazo a las imágenes sobre las que Olaya le había puesto al tanto por el móvil. Habían aparecido en el ordenador del trabajo de Bassol. No pudo evitar pensar que era fácil acceder a aquel ordenador. Cualquiera que quisiera incriminar al cirujano en aquella mierda podría haberlas metido allí sin demasiados problemas. El mismo Olaya, por ejemplo, para demostrar que su teoría era cierta. Rocamora apartó aquel pensamiento paranoico con un ademán de cabeza. No podía sospechar sistemáticamente de todo el mundo.

—Eso parece —aceptó estoicamente, devolviendo las fotos a Olaya—. ¿Y el otro equipo?

—La primera unidad va camino del hospital. Hemos comprobado que el doctor Bassol no fue hoy a trabajar, cambió su turno para poder tener el día libre, pero se quedarán apostados por si el médico apareciera por allí. El juez Peralta se dirige ahora mismo hacia el domicilio de Bassol, y la comisaria Bargalló está hablando con los del Ministerio del Interior... —Le sonrió cálidamente, todo candor infantil, como si estuviera poniéndole al día de los preparativos de una fiesta de cumpleaños—. ¡Y cómo ves, nosotros estamos preparados! Cuando nos des la orden, salimos a cazar al Monstruo.

Rocamora soltó un ininteligible y tenebroso gruñido, que fue interpretado unánimemente como dicha orden, sin que nadie se planteara buscarle otro significado. Al segundo siguiente, todos abandonaban la sala de la unidad en tropel, como niños que salen al recreo.

«No les hagas caso, Diego. ¿Cómo van a cogerme? ¡Si estoy aquí contigo!»

Diego giró la cabeza hacia la izquierda lo poco que le permitía la argolla del cuello. El Monstruo estaba arrodillado a su lado, vestido con su uniforme de cirujano sangriento. Le acarició el pelo con gesto paternal. Diego gritó y sacudió la cabeza, intentando apartarla de la mano enguantada del Monstruo.

—¡Vete! ¡Vete! ¡Déjame!

El Monstruo lo contempló con tristeza.

«¿Por qué me tienes miedo?»

Diego no le contestó. No pensaba hablar con él. El Monstruo no era real. Bueno, había existido un cirujano loco que había vivido en la vieja mansión de Peñafort, eso no podía negarlo porque él mismo había visto su aberrante legado en las fotos que habían encontrado en su gabinete. Pero eso era todo, hasta ahí llegaba la realidad. Aquel hombre perverso llevaba muerto muchísimo tiempo, y ya no podía hacer ningún daño a los vivos. El Monstruo, como tal, no existía. Era un producto de su imaginación, una fantasía. Primero lo había inventado en sus pesadillas, de manera inconsciente, y después, como un absurdo sortilegio protector, en la novela que debía de servirle de cárcel, de manera absolutamente consciente. Pero no era real. Aunque en aquel momento le estuviera pasando los brazos alrededor del pecho, en una parodia de abrazo, no era real. Lo único real que había en aquella habitación era un pobre padre luchando por su hija. Y la voz de Laura. Eso también, su voz. Intentó concentrarse en ella. Laura era real, se volvió a repetir, aunque sin mucha convicción. Ella seguía dándole ánimos, pero su voz cada vez sonaba más remota. Parecía hablarle desde el borde del pozo, mientras él permanecía en su fondo, sumergido en la ardiente lava del dolor. Donde otra voz continuaba susurrándole al oído con extrema ternura.

«No debes temerme, Diego, soy tu mejor amigo. Nadie te conoce como yo. Nadie te comprende como yo. Tú y yo estamos unidos para siempre.

Somos uno...»

Rocamora experimentaba una sensación de *déjà-vu* mientras cruzaban la ciudad contrarreloj rumbo a la casa del sospechoso, como probablemente también debían de estar experimentando los otros cuatro ocupantes del

vehículo: Navas, Riera y Álamo, que iban apretados detrás, encorsetados en sus chalecos antibalas, y Olaya, que ocupaba el asiento del copiloto, con la misma expresión de gravedad pero sin una sola arruga en su traje. Nadie hablaba. La sombra del fracaso de los hermanos Cardona era alargada. Además, cualquier intento de conversación habría perecido bajo el enloquecido aullido de la sirena policial, que se enredaba con el del coche que les seguía.

Al menos, el trayecto hasta el barrio de Gracia estaba siendo rápido porque apenas había tráfico obstruyendo las arterias de Barcelona. La mayoría de sus habitantes debían de encontrarse ante sus ordenadores, siguiendo el tormento de Diego, el cual, por cierto, la comisaria había decidido no detener, y Rocamora se había mostrado de acuerdo. Era mejor no interrumpir la prueba hasta haberle echado el guante al cirujano, y este les hubiera entregado a Ari sana y salva. Era mejor no arriesgarse. Así que Diego debía continuar atrapado en aquel chisme algo más de tiempo, aunque confiaba en que no fuera mucho.

A su lado, Olaya se las ingeniaba para esgrimir su seriedad como si fuera una sonrisa insultante. No era para menos. Había resuelto el caso, y al final el Monstruo había resultado ser Julián Bassol, su candidato. Rocamora tendría que tragarse su orgullo, aceptar finalmente que su radar se había ido a la mierda, y quizás retirarse del cuerpo cuando aquella pesadilla acabara, comprarse una barquita y dedicarse a pescar, o a criar abejas, daba lo mismo mientras se mantuviera alejado de cualquier cosa que planteara un reto a su resquebrajada seguridad. Alejado sobre todo de Laura, a quien jamás volvería a tener en sus brazos, por muchas cañerías que reventaran en su baño. Mejor aceptarlo de una puta vez y salir de escena tras entregarle a Ari, como el héroe solitario y digno que cumple sus promesas.

«Aprieta ese botón, vamos... apriétalo. Ríndete. Acepta quién eres, verás qué alivio.» El Monstruo había acercado los labios a su oído, y le susurraba con dulzura. Diego apretó los dientes. Tenía que expulsarlo de su cabeza. Pero no sabía cómo. «No eres un hombre valiente, nunca lo has sido, Diego. Tampoco

eres un buen padre, ni un buen marido. Pero ¿qué problema hay? ¿Por qué tendrías que serlo? ¿Solo porque los demás esperan eso de ti?»

—Tú no...

«Solo conmigo puedes ser el auténtico Diego. ¿Es eso lo que te da miedo? ¿El alivio que sientes al estar frente a mí? Vamos, aprieta ese botón... acepta tu destino, y podrás descansar al fin...»

—Tú no eres real... Yo te inventé. Laura es real, Ari es real. Pero tú no existes...

El Monstruo estalló en carcajadas.

—¿Dices que no soy real? ¿Que no existo?

Se alzó ante Diego y abrió los brazos. Pareció crecer varios metros, y su cabeza chocó de golpe contra el techo, como Alicia tras comerse la galleta. Lanzó un grito atronador:

—¡MÍRAME! —Diego lo miró aterrado, mientras el Monstruo le devolvía la mirada con ojos llameantes—. ¿CÓMO PUEDES NEGARME? ¡ESTOY AQUÍ, A TU LADO! ¡¡EXISTO, VIVO, SOY REAL!!

Mientras el juez y su secretaria esperaban en la entrada del edificio a que les trajeran la cabeza del Monstruo, otra vez, el grupo capitaneado por Rocamora irrumpía en el bonito *loft* de Julián Bassol tras destrozar sin miramientos la cerradura de la puerta. Pistola en mano, se desplegaron diligentemente por el lugar. Como se trataba de un espacio de un solo ambiente, el registro fue casi instantáneo y careció de toda emoción.

Sin paredes de por medio, todos vieron al doctor Bassol a la vez. Estaba tendido sobre el parqué cuan largo era, mirando el techo con ojos vidriosos. Al acercarse, descubrieron que le habían abierto la caja torácica a salvajes puñaladas, usando probablemente el cuchillo que estaba tirado a su lado.

A Olaya se le borró la sonrisa del rostro, igual que a Rocamora, aunque por distintos motivos.

Entonces repararon en la pared del fondo, y comprendieron que esta vez la comisaria Bargalló iba a arrancarles la cabeza. Probablemente con sus propias manos. Allí, usando según parecía la sangre de la víctima, alguien

había escrito:

«Existo. Vivo. Soy real».

Era la misma frase que en aquel momento ensordecía al planeta entero, surgida de la garganta de un enloquecido Diego y amplificadas por millones de pantallas:

—¡¡EXISTO, VIVO, SOY REAL!! ¡¡EXISTO, VIVO, SOY REAL!!

24

En gran estima

Diego despertó en un mundo sumergido. A su alrededor solo percibía contornos borrosos. Le dolía todo el cuerpo, especialmente el estómago y el recto, y sus extremidades parecían una aleación de carne, hueso y plomo. Le resultaba imposible moverlas. Como en la mayoría de sus pesadillas. Repentinamente aterrado, observó sus brazos, pero no había rastro de los odiosos correajes, así que no estaba en mitad de ninguna pesadilla. Aunque en el izquierdo tenía una vía conectada a un sistema de suero. Pese a que cada vez que movía el cuello recibía un latigazo ardiente, se obligó a pasear la mirada a su alrededor, intentando aclarar la vista. Poco a poco, los nebulosos bultos que lo rodeaban se perfilaron lo suficiente para permitirle deducir que se encontraba en una habitación de hospital. La titubeante claridad del amanecer se filtraba por la persiana entreabierta, pero aún no lograba dispersar la penumbra.

¿Por qué estaba en un hospital? Alguna razón habría. Se esforzó en recordar, pero un ruido al fondo de la habitación lo distrajo. Enfocó la mirada hacia allí y distinguió a alguien sentado en un sillón, cubierto por un sudario de sombras. Entonces, al reparar en su mirada, la figura se levantó pesadamente y se adelantó un par de pasos, desgajándose de la negrura. La claridad que vertía la ventana recortó una silueta alta y delgada como un

ciprés, vestida con una bata de cirujano. Diego se preparó para gritar, pero un saludo jovial lo detuvo:

—¡Joder, macho, menuda siestecita!, ¿eh?

Desconcertado, entornó los ojos, y al fin logró identificar a su hermano Héctor, vestido con su puñetera gabardina, esa que a contraluz, o emergiendo de los ascensores a los penumbrosos descansillos, siempre parecía una bata de cirujano. Tenía que regalarle una cazadora cuanto antes.

—Héctor... —graznó.

—Hola, campeón —dijo su hermano, acercándose a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—Eh... no sé...

Estaba medio afónico. La voz le brotaba de la garganta rasposa y casi inaudible. El esfuerzo le costó un acceso de tos, y sintió una batería de pinchazos atroces en la laringe. Parecía que intentara tragarse un puercoespín.

—Acabo de llegar. No sabía si quedarme —le explicó Héctor mientras se despojaba de la gabardina y la arrojaba sobre el sillón con un tremolar de capa—. Los médicos me advirtieron de que estabas muy sedado, que tal vez no te despertarías hasta el mediodía por la cantidad de relajantes musculares que te administraron ayer, pero tú nunca has sido de dormir mucho, ¿eh? Ni de dejar dormir a los demás, je, je... —Se sentó al borde de la cama, mientras le propinaba algunas palmaditas en el brazo con un gesto de camaradería algo forzado. Luego se puso serio—. Tío, lo conseguiste. —Negó con la cabeza un par de veces, muy despacio, como si todavía no acabara de creerse lo que acaba de proclamar—. Lo conseguiste, joder —repitió.

Y entonces, Diego recordó. En su mente apareció la figura del Monstruo sentada a su lado durante la prueba, igual que ahora lo estaba su hermano, dándole palmaditas en el hombro y acariciándole el cabello mientras le animaba a apretar el botón, a poner fin al terrible dolor que lo rompía por dentro.

—¿No apreté el botón? —preguntó en un jadeo angustiado, mientras su garganta protestaba por el esfuerzo—. ¿Superé el reto?

—Lo superaste —le confirmó Héctor con solemnidad.

Eso significaba que había salvado a Ari. Le hubiera gustado celebrarlo

con un ¡yuju!, pero no se creyó capaz de tal hazaña. Se llevó una mano al cuello.

—Mi garganta...

—Ah, sí —dijo Héctor—. Los médicos me han dicho que no te deje hablar mucho. Tienes la garganta en carne viva. Estuviste gritando las últimas cuatro horas del reto. Sin descanso, tío, sin callar un solo segundo.

¿Gritando? Diego no se acordaba de eso, ni de ninguno de los pensamientos que habían cruzado por su mente durante aquellas cuatro horas. De lo único que se acordaba era del Monstruo. Lo veía sentado a su lado, hablándole con su gélida voz, incluso acunándolo entre sus brazos, como la siniestra Piedad de un escultor gore. Aquellos recuerdos lo estremecieron, a pesar de que solo eran destellos, confusos flogonazos asomando entre la densa bruma que envolvía su memoria. Ni siquiera recordaba cómo había logrado superar el reto. La única respuesta posible era que, en algún momento, el dolor lo había hecho enloquecer, olvidándose de que estaba prisionero en un aparato de tortura medieval, e incluso de que tenía pegado a la mano el interruptor con el que podía poner fin a su agonía. No había logrado el nirvana mental requerido para desgajar su espíritu de la mortificada carne, pero el resultado había sido el mismo, al parecer. Bendita locura, entonces. Laura estaría orgullosa de él. No recordaba el momento en el que había dejado de oír su voz, y esperaba que su locura no la hubiera asustado demasiado. Lo importante era que había superado el reto, que le había conseguido a Ari tres días más de vida.

—¿Dónde está Laura? —le preguntó a Héctor, sorprendido de que no estuviera allí.

Intentó incorporarse, pero un ramalazo de dolor le recorrió el abdomen y las ingles, como unas intensísimas agujetas. Lanzó un gemido y volvió a tumbarse en la cama, lo más estirado que pudo.

—Laura está bien, no te preocupes.

—Pero... ¿por qué no está aquí?

—Ayer tuvo un pequeño accidente... Nada serio, no te alarmes —se apresuró a tranquilizarlo su hermano al ver su expresión.

—¿Qué le pasó?

—Pues que cuando comenzaste a gritar como un loco: «¡Pulsa el botón!, ¿a quién quieres engañar?, ¡tú sabes el tipo de padre que eres!, ¡pulsa el botón...!»), Laura sufrió una crisis de ansiedad tan fuerte que se desmayó. Se dio un buen golpe en la cabeza con la esquina de la mesa y perdió el conocimiento. ¡Pero está bien, en serio! La llevaron al Hospital Universitari Dexeus y la han tenido en observación. Ahora se encuentra en casa, con esa amiga suya... la gordita. Me ha pedido que la avise en cuanto despertaras.

—¿Qué hora es? —preguntó Diego, mirando hacia la ventana.

—Las seis y media de la mañana —respondió su hermano tras un rápido vistazo a su reloj.

Diego comprendió que había estado inconsciente todo el resto del día anterior, y que ya se encontraba en el día siguiente al del segundo reto. Y sabía lo que eso significaba. El profundo alivio que le había invadido al descubrir que había superado la prueba fue sepultado por el viejo y raído miedo.

—¿Ha llegado ya la tercera carta?

Héctor se encogió de hombros.

—Ni idea.

Diego suspiró. Si no lo había hecho ya, no tardaría en hacerlo. En cuanto supiera que había despertado, Rocamora se plantaría allí para informarlo del reto que tendría que llevar a cabo dentro de tres días. La última prueba que se le habría ocurrido al cabrón que tenía a su hija. Perdió la mirada en el infinito con expresión sombría.

—¡Eh! —intentó animarlo Héctor—, quizás no llegue ninguna carta. Tal vez todo haya terminado ya. Puede que quien esté haciendo esto, se dé por satisfecho con lo de ayer.

Diego lo miró con gravedad.

—No. El Juego de los Retos tiene que jugarse hasta el final. No hay elección. No hay ninguna fuerza en el mundo que pueda detenerlo. El Monstruo jamás dará por terminado el juego antes del tercer reto.

—Bueno, bueno... —intentó desdramatizar Héctor—, ¡eso será si la policía no lo pilla antes! ¿Te crees que están cruzados de brazos?

Diego alzó las únicas partes de su cuerpo que no le dolían: las cejas.

—La policía... —graznó—, ¿qué ha hecho hasta ahora? ¿Detenerte a ti, por

ejemplo? *Ese* ha sido uno de sus grandes logros en casi diez días: detener a mi hermano, y asaltar el hogar de un pobre padre inocente, y acosar al exnovio de Laura solo porque mintió al decir que no me había leído. ¡Esas han sido sus brillantes líneas de investigación! —resopló con desprecio.

—Hablando del exnovio de Laura... —titubeó Héctor—, mmm... creo que esa línea de investigación ya no les hará perder más el tiempo. Han descubierto que es inocente.

—¿Cómo? ¿Qué han descubierto?

—Su cadáver.

Diego lo miró atónito.

—¿Qué?

Héctor soltó un hondo suspiro.

—Supongo que es mejor que te enteres cuanto antes —masculló mientras se levantaba.

Se acercó al sillón, donde yacía ovillada su gabardina, sacó un periódico enrollado de uno de sus bolsillos y regresó a la cama.

—Ayer, mientras realizabas el segundo reto, lo encontraron muerto en su domicilio —le informó, tendiéndole el diario—. Alguien ha filtrado una foto del escenario del crimen... Intenta no ponerte histérico, ¿vale?

Diego dirigió a la foto que acompaña al artículo una mirada curiosa, que enseguida sustituyó por una de puro horror. Mostraba la pared de un salón de diseño, donde, con una sustancia que parecía sangre, alguien había escrito: «Existo, vivo, soy real». Comenzó a leer el artículo con manos temblorosas:

El doctor Julián Bassol, que estaba siendo investigado como sospechoso en el caso del Monstruo, fue asesinado la noche del viernes, según el informe forense, aunque su cuerpo no fue descubierto hasta ayer sábado, cuando las fuerzas del orden acudieron a su domicilio con la intención de arrestarlo a la luz de las últimas pistas sobre el caso, que apuntaban hacia su culpabilidad. Pero los investigadores se llevaron un buen chasco al encontrar el cuerpo sin vida del médico. Junto al cadáver encontraron también un macabro mensaje en la pared: «Existo, vivo, soy real», escrito con la presunta sangre de la víctima. Hemos podido saber que ese descubrimiento se realizó casi en el instante en el que Diego Arce comenzaba a gritar idéntica frase durante su tortura, un detalle curioso que ha provocado que las teorías conspiranoideas prendan las redes. ¿Es cierto el origen

sobrenatural del Monstruo?, se preguntan cada vez más los usuarios. ¿Existe alguna extraña conexión entre el escritor y su creación? ¿Está Diego Arce poseído por el Monstruo? ¿Se han convertido finalmente en la misma persona?...

Diego dejó de leer y levantó la vista.

—Pero... ¿se han vuelto locos? —farfulló—. ¡Voy a denunciar a este periódico!

—Pues solo se está haciendo eco de una pequeñísima parte de lo que está circulando por las redes. ¡No te imaginas la locura que se ha desatado! Todo el mundo tiene una teoría, a cual más descabellada. Algunos defienden que el Monstruo te ha poseído como si fuera un espíritu. Otros dicen que tienes una enfermedad mental llamada personalidad múltiple, que el Monstruo y tú sois la misma persona, que ambas personalidades conviven en ti y se van turnando, sin saber una lo que hace la otra, en plan Jeekyll y Hyde. Otros dicen que tú siempre has sido el Monstruo, desde el principio, que sabes perfectamente lo que haces, y que todo esto es para vender más libros...

—Pero ¿cómo pueden decir esas barbaridades? —se enfureció Diego, arrojando el periódico contra la pared—. ¿Es que no ven por lo que está pasando mi familia? ¿No entienden que mi hija ha sido secuestrada? ¡Joder, están siendo testigos directos de mi sufrimiento! Y me acusan a mí de... de... ¿Cómo puede haber tanto hijo de puta suelto?

Héctor se removió incómodo.

—Es que ayer gritaste cosas muy extrañas. No solo esa jodida frase, otras cosas igual de raras, no sé... ¡parecía como si estuvieras hablando con el Monstruo, como si estuviera allí, a tu lado! Era escalofriante, macho. Realmente daba miedo.

Diego lo contempló en silencio, tragando saliva.

—Es que estaba allí —murmuró.

—¿Qué?

—Que el Monstruo estaba allí, a mi lado. Lo veía exactamente como ahora te veo a ti. Y es cierto que hablaba con él.

—Joder.

Diego se pasó las manos por el rostro.

—¿Y si es verdad lo que dicen? —susurró—. ¿Y si el Monstruo está dentro de mí? ¿Y si yo soy el Monstruo?

Diego recordó el par de segundos de más que había permanecido en el gabinete del Monstruo cuando era niño, hipnotizado por la oscuridad que parecía extenderse a su alrededor, mientras sus amigos huían despavoridos. ¿No había sentido un extraño estremecimiento? ¿Y si ese escalofrío lo había provocado aquel espíritu malvado al abrazar su alma? Tal vez durante todos estos años el Monstruo había anidado en su interior, en lo más hondo de su subconsciente, como un parásito, mostrándose únicamente en sus pesadillas, hasta que se había hecho lo bastante fuerte como para apoderarse de su cuerpo y manejarlo como a un títere, obligándolo a realizar actos que él ignoraba. Diego se imaginó colocando un pañuelo empapado de cloroformo sobre la carita dormida de su hija, cargándola en sus brazos, llevándosela Dios sabe dónde.

—No, no sigas por ahí. —La voz tajante de Héctor lo arrancó de sus divagaciones—. Todo esto ya lo estuvimos hablando la noche que dormiste la mona en mi casa. Los fantasmas no existen, ni las posesiones infernales ni nada de eso. Lo de la ouija y la muerte de tus amigos no fue más que una puta casualidad.

—Vale, pero ¿y la otra teoría? ¿Y si es verdad que tengo personalidad múltiple? —insistió Diego con ojos febriles—. ¡Tú siempre me has dicho que estoy como una cabra! ¡Desde que era pequeño! ¿Ya no te acuerdas de mis pesadillas? Tal vez el Monstruo siempre he sido yo... —Comenzó a hiperventilar—. Tal vez yo mismo he secuestrado a Ari... oh, Dios mío... tal vez yo he *matado* a Julián...

—¿Y también provocaste el accidente del autobús donde murieron tus tres amigos? —lo interrumpió en tono jocoso su hermano—. ¿Y sacaste tiempo para derrumbar las Torres Gemelas? Mira, tío, tienes que tranquilizarte, ¿vale? Piensa con un poco de lógica. Es imposible que asesinaras a Julián. El viernes estuviste en esta misma clínica durante todo el día, y el entrenamiento acabó tardísimo. Y después te fuiste directamente a casa con Laura. Además, la razón por la que la policía iba a detener a Julián es porque encontraron unas fotos.

—¿Unas fotos?

—Sí, unas fotos. Alguien os estuvo vigilando con un teleobjetivo desde alguno de los edificios de enfrente. Las fotos las encontraron en el ordenador de Julián, y por eso se dirigían a arrestarlo. Pero como ha quedado claro que el pobre desgraciado no era el Monstruo, ahora la policía baraja otras hipótesis. Quizás alguien las metió en su ordenador para inculparlo, vete a saber. Pero el caso es que *tú* apareces en esas fotos. Rocamora me ha hablado de ellas. Apareces junto a Ariadna y Laura. ¿Entiendes dónde quiero ir a parar? Si tú fueras el culpable... ¿no podrías haberte fotografiado a ti mismo!

—Pero las pesadillas... son tan vívidas... —volvió erre que erre Diego—, ¡y ahora, además, también veo al Monstruo cuando estoy despierto!

—Yo no soy psicólogo, Diego, pero supongo que las pesadillas son una consecuencia lógica de ese puñetero trauma infantil que sufriste —le espetó en tono acusador, como si aquel trauma hubiera sido un capricho infantil en el que Diego se hubiera empeinado—. Y lo que te está pasando ahora... ver al Monstruo, hablar con él... bueno, no sé, supongo que también es normal. ¡Joder, estabas metido en un puto aparato de tortura! Me imagino que en esa situación yo habría visto al mismísimo pato Donald intentando sodomizarme.

Diego sonrió débilmente.

—No preguntaré qué trauma infantil se encontraría en el origen de dicha visión.

Héctor sonrió también.

—En serio, Diego... no hagas caso de la gente. Son todos unos enfermos. Ellos sí que tienen la mente podrida, llena de gusanos, y las redes sociales son el caldo de cultivo perfecto para que sus cerebros se licuen en un charco inmenso de pus.

—Joder, deberías escribir novelas de terror...

Héctor sonrió.

—Sí, lo que me faltaba... Pero tranquilo, todos los que están difundiendo por las redes esas barbaridades con los puñeteros *hashtags* «Todos llevamos un Monstruo dentro», «Déjate abrazar por el Monstruo» o «Existo, vivo, soy real», y otras gilipollices por el estilo, se van a encontrar con una sorpresa. Rocamora dice que la policía va a investigar sus cuentas una a una. Incitación a la violencia y no sé qué más. Les puede caer un buen puro. Además, la

policía no descarta que entre todos esos tarados se encuentre el culpable. No olvides la pintadita en la pared del médico... tendría lógica que la hubiera escrito uno de esos frikis, ¿no?

Diego se disponía a contestarle cuando llamaron a la puerta de la habitación. La cabeza de un hombre de unos treinta años, que lucía unas gafas enormes y una sonrisa bobalicona prendida en el rostro, asomó por el dintel.

—¿Profesor Arce?

Sin esperar permiso, el dueño de la cabeza se aventuró en la habitación con pasitos nerviosos. Tenía un porte atlético, pero caminaba algo encorvado, como si se avergonzara de su corpulencia y quisiera reducirla como un armadillo. En una de sus manazas sostenía un paquetito rematado por una primorosa lazada.

—Oh, Dios mío... —exclamó al contemplar el deplorable estado de Diego—. ¿Cómo está? ¿Se acuerda de mí? Soy Biel... Gabriel Martorell.

Diego alzó las cejas, intentando cuadrar el recuerdo del adolescente gordito que había conocido en su época de profesor con aquella aleación de panoli y musculitos de gimnasio que se aproximaba a su cama con expresión de angustia.

—Eh... sí, claro que me acuerdo —respondió.

Héctor examinó al visitante con gesto ceñudo.

—¿Cómo te han dejado pasar? —inquirió—. Mi hermano tiene las visitas restringidas.

—Lo sé, lo sé... Pero conozco a algunas personas en administración —respondió Biel, sacudiendo una mano en el aire—. Le pido disculpas si lo he molestado... le prometo que solo estaré un minuto. ¡Pero es que tenía tantas ganas de verlo, profesor! —Sus ojos brillaron de emoción—. Cuando me enteré de que lo habían ingresado en el Hospital de Barcelona, pensé que sería genial poder saludarlo.

—Pues te lo agradezco, Biel... Pero la verdad es que estoy un poco cansado.

—No me extraña, después de lo de ayer —exclamó el joven, tomándose aquello como una invitación a la charla—. Lo que hizo fue increíble, profesor. ¡Es usted un verdadero héroe!

—Bueno, yo...

—Ah, por cierto, le he traído unos pastelitos —anunció exultante, al tiempo que le endosaba el paquete a Héctor, quien, sin saber dónde dejarlo, se resignó a sostenerlo en la mano con precaución de artificiero—. También son de parte de Robert y Judit, que le mandan todo su cariño. Ellos no han querido venir para no molestarle, ¡son más discretos que yo, ya les conoce! —Soltó una risa gutural, como el gorgoreo de un lavabo atascado—. Pero es que yo *quería* hablar con usted. Cuando la policía nos dijo que se sentía culpable por la muerte de Santi, me preocupé mucho. Muchísimo.

—Bueno, yo no dije exactamente...

—¡Usted no tuvo la culpa de nada, profesor! —lo interrumpió. La voz le temblaba visiblemente—. *Tenía* que decírselo. Solo una persona tuvo la culpa de aquello. Solo una. Y, desde luego, no fue usted.

Diego lo miró, no sin cierta suspicacia.

—Gracias, Biel, de verdad. Tus palabras significan mucho para mí —le dijo al fin.

—Usted significó mucho para todos nosotros —replicó el otro, casi al borde de las lágrimas—. No se imagina cuánto. No lo hemos olvidado nunca... ¡Nunca!

—Yo...

—¡Y sabemos que usted a nosotros tampoco! —prosiguió Biel, sorbiéndose la nariz ruidosamente—. Leímos aquella entrevista que concedió a la revista *Literama*, ¿sabe? —le confesó, con una sonrisa de felicidad—. ¡Qué ilusión nos hizo que hablara de nosotros! Le juro que nos emocionó. ¡Robert casi se puso a llorar al leerlo!

Al principio, Diego no supo a qué entrevista se refería. ¡Eran tantas las que le habían hecho desde la publicación de *Sangre y ámbar*! La mayoría de los periodistas no se leían los libros y tiraban de preguntas generales, que casi siempre eran las mismas y valían para cualquiera, de modo que Diego, como muchos otros escritores, había terminado por crear un fichero de respuestas prefabricadas, que también valían casi para cualquier pregunta. Cuando la entrevista era por email, se limitaba a cortar y pegar, muerto de aburrimiento. Solo algunas veces, movido por la inspiración o un repentino espíritu travieso,

se lanzaba a improvisar, exagerando o inventándose las respuestas en una especie de juego privado consigo mismo... Recordó entonces que eso era precisamente lo que había hecho en la entrevista de *Literama*. Entre otras chorradas, el periodista le había preguntado si echaba de menos su experiencia docente, y él, divertido por aquella pregunta que hacía referencia a una de las etapas más tediosas y desagradables de su existencia, había respondido en tono sarcástico que habían sido, sin duda, los mejores años de su vida. Incluso creía haber dicho que echaba de menos a sus alumnos del taller, que darles clase lo había enriquecido enormemente y que esperaba que fueran felices allí donde estuvieran. O algo por el estilo. Después de todo, tenía que seguir fingiendo ante Laura.

—Bueno... —Sonrió con incomodidad, deseando que Biel se marchara y lo dejara tranquilo—. Pues me alegro. Siempre os tuve en gran estima.

Biel asintió con solemnidad.

—Igual que nosotros. Yo jamás olvidaré sus clases, profesor, pese a lo mal que se me daba todo —reconoció con una expresión tan contrita que Diego no pudo evitar apiadarse de aquel chaval medio idiota que, de no ser por la fortuna de su padre, las habría pasado realmente putas en la vida.

—No digas eso, hombre. Algunas cosas se te daban bien. —Vaciló, intentando recordar algo que corroborase su afirmación. Tras unos incómodos segundos de silencio, finalmente lo encontró—: Los anagramas, por ejemplo. Los anagramas se te daban bien, ¿recuerdas?

—Sí, es cierto —dijo Biel encogiéndose de hombros con mal disimulado orgullo—. ¡Bastante mejor que a los otros!, ¿verdad? Y bueno... también escribí aquel cuento sobre Hitler y la cabra, no sé si lo recuerda...

—Biel, en serio, me encantaría seguir hablando contigo sobre aquellos tiempos, quizás en otra ocasión... pero es que ahora mismo estoy agotadísimo —lo cortó Diego, exagerando su cansancio.

—¡No me extraña! Yo también lo estaría.

—Te agradezco mucho tu visita, Biel.

Esta vez el chico pareció captar la indirecta.

—¡Claro, claro! Bueno, pues ya me voy... —anunció—. La verdad es que hoy tengo que hacer un montón de recados. ¡Mi padre me tiene siempre de un

lado para otro! —suspiró—. En fin, profesor, le deseo toda la suerte del mundo. Aunque estoy convencido de que no la va a necesitar. Usted es un buen padre, y, como tal, atravesará la puerta del infierno si es necesario para rescatar a su hija, ¿verdad? —añadió con la solemnidad de un actor en una película de serie B.

Y tras soltar aquello, le tendió la mano con una mueca llena de emoción. Diego no pudo hacer otra cosa que estrechársela. Concluido el apretón, el muchacho les dedicó una tímida sonrisa a los dos hermanos y se dirigió a la puerta con sus andares desmañados.

—Ah... —añadió por encima del hombro, justo antes de salir—, y salude a la doctora Folch de mi parte. Me alegro mucho de que usted y ella vuelvan a estar juntos. ¡Siempre hicieron una pareja ideal!

Diego lo miró sin comprender.

—¿Volver a estar juntos? ¿A qué te refieres?

—Pues... —Biel lo miró con el ceño fruncido, la mano sobre el pomo de la puerta—. Espero no haber metido la pata. ¿Siguen separados?

—¿Separados? —se sorprendió Diego—. Laura y yo nunca nos hemos separado.

Biel lo contempló con la mirada vacía durante unos segundos, como si de repente se hubiera desconectado.

—Ah. Vaya... pues, no sé, debía de estar equivocado, lo siento. Eh... bueno, tengo que irme... —murmuró al fin, visiblemente confuso, mientras se volvía para marcharse.

—Espera, espera —lo detuvo Diego, incorporándose en la cama con bastante esfuerzo—. Biel, un minuto, por favor. ¿Quién te ha dicho que estábamos separados? ¿Lo has leído en algún sitio? ¿En las redes? ¿Twitter, Facebook, Instagram...?

—Déjalo, Diego —le aconsejó Héctor—. ¿Qué más da?

—¡Sí, sí que da! —explotó Diego, enfadado—. ¡Estoy harto! Esto ya es demasiado. ¿Qué mierda de mundo es este? Mi hija secuestrada, yo torturado, y la gente difundiendo rumores estúpidos... No voy a pasar por ahí. ¡Todo tiene un límite! Biel, dime dónde has leído esa gilipollez —le exigió.

Biel bajó la cabeza.

—No lo he leído en ninguna parte. Fue una deducción mía —respondió en un murmullo.

—¿Una deducción tuya?

—Sí —dijo Biel, sin apartar la vista de sus zapatos, cada vez más encogido sobre sí mismo—. Verá, es que un día me crucé por la calle con la doctora Folch y... bueno, ella iba con otro hombre en actitud muy cariñosa, ya sabe, en plan pareja...

—¿Qué? ¡No sería ella!

—Sí, sí que era ella —le aseguró Biel, asintiendo con afán colaborador—. Estoy seguro. La doctora no me reconoció, pero yo a ella sí. ¡No ha cambiado nada en estos diez años!

—Pero ¿cuándo...? —preguntó Diego, desconcertado.

Biel reflexionó unos segundos, haciendo memoria.

—Hará unos cinco meses, quizás un poco más. Lo primero que pensé es que ustedes ya no estaban juntos. Quiero decir que no se me pasó por la cabeza que ella le estuviera siendo... —carraspeó incómodo—, bueno, ya me entiende. Qué idiota soy. ¡Joder! ¿Por qué soy tan imbécil? —Se golpeó la frente con el puño cerrado—. ¿Por qué la cago siempre? Un bocazas, eso es lo que soy. Lo siento mucho, profesor. Yo no quería...

Pero Diego ya no lo escuchaba. Permanecía con la mirada perdida en el infinito. ¿Laura le había sido infiel? No podía pensar más allá. Se sentía bloqueado, incapaz de desarrollar aquella simple idea.

De soslayo, observó que Héctor le hacía un gesto a Biel para que se fuera. El joven que parecía al borde del llanto, hizo amago de añadir algo, pero finalmente optó por darse la vuelta y salir de la habitación arrastrando los pies.

—¡Biel! —lo llamó Diego.

El joven volvió a entrar en la habitación.

—¿Sí?

—¿Cómo era ese tío?

Héctor dejó escapar un suspiro.

—Diego, por favor... ¿qué más da eso? Sería algún compañero del hospital. Probablemente ni lo conozcas. Y está claro que fue algo fugaz. ¿Para

qué remover la mierda ahora?

—¡Quiero saberlo! ¿Cómo era? ¿Qué recuerdas de él? Venga, dime lo que sea... —ordenó al joven.

Biel cambió el peso de una pierna a otra, nervioso.

—Bueno, lo cierto es que lo volví a ver hace poco. ¡Menuda sorpresa me llevé! Al principio no lo reconocí, la situación era tan diferente... y a veces soy un poco lento, ya sabe. Pero estaba seguro de que lo había visto antes. *Estaba seguro*. Y no pude quitármelo de la cabeza, le juro que no pude, hasta que por fin, más tarde, caí en la cuenta. Usted también lo conoce.

Diego apretó los dientes.

—¿Quién es? —preguntó, preparándose para cualquier cosa.

—Ese policía. El que vino a interrogarme a casa. El inspector Rocamora.

25

Tanteos

Algunas horas después, Diego estaba sentado en el sofá de su casa, contemplando con absoluta indiferencia cómo la noche se filtraba por las ventanas y se extendía lentamente por el salón, conquistando cada rincón con su espesa negrura, como la tinta de un calamar. Oyó la cisterna del baño de invitados y recordó que, aunque lo pareciera, no estaba solo en aquel mundo de tinieblas. Su hermano se había ofrecido a pasar la noche con él. De las cuatro personas que habían contemplado su triunfal regreso al hogar, aquel era el triste balance. Uno de cuatro. Laura se había ido a dormir a casa de Helena. Y Rocamora... bueno, el policía también se había largado, aunque de un modo menos pacífico, como le recordó la molestia que aún sentía en el brazo. En definitiva, aquel era el resultado de planear con extremo cuidado una estrategia, de trazar minuciosamente cada paso y luego llevarla a la práctica justo al revés.

Había realizado el viaje del hospital a su casa cargado de buenos propósitos, eso nadie se lo podía discutir. Durante todo el trayecto, no había dejado de recordarse su intención de actuar razonablemente. Por supuesto, estaba decidido a pedirle explicaciones a Laura. ¿Acaso no estaba en su derecho? Pero no podía descartar la posibilidad de que todo aquello fuera un malentendido, y, si lo era, Laura jamás iba a perdonarle que la acusara de

serle infiel con su mejor amigo, porque al hacerlo no solo manifestaría una decepcionante desconfianza en ella, sino también una terrible falta de sensibilidad preocupándose por algo que, comparado con el secuestro de Ari, no era más que una minucia. A saber lo que Biel entendía por «una actitud cariñosa», le había dicho Héctor mientras lo acompañaba a casa en su coche. Seguramente aquel niño se habría matado a pajas en su adolescencia a costa de la hermosa y joven doctora del pueblo. Vete a saber qué había visto realmente aquel bobo, y a qué enfermizas conclusiones habría llegado su calenturienta mente. Pero Diego no podía quedarse con la duda. No podía vivir en la incertidumbre. De una forma u otra, tenía que sacar el tema. Así que había decidido contarle a su mujer la extraña visita de Biel al hospital de una manera divertida, casi como una anécdota, sin escatimarle ningún detalle de la conversación, y esperar a ver su reacción.

Sin embargo, su talante conciliador se había ido a la mierda al abrir la puerta de su casa y encontrarse a Rocamora sentado en el salón —quizás «repantingado» fuera una palabra más exacta— charlando tranquilamente con Laura y con Helena como si fuera el dueño del sofá, de la casa y hasta de las mujeres. La escena, casi pastoril, le había provocado un tremendo asco. Al verlos entrar, Laura se había levantado como un resorte y había corrido a abrazarlo, pero él apenas había sido consciente de ello. Se había dejado envolver en sus brazos con indiferencia, casi con desgana, y había contestado a sus preguntas con gruñidos, sin apenas prestarles atención, los ojos clavados en el rostro del hombre que creía su amigo.

Ajeno al significado de su mirada, el policía también se había levantado para palmearle un hombro y felicitarlo, mientras Laura seguía enroscada a su cuerpo. Luego le había confirmado lo que Diego ya sospechaba: todavía no había llegado la tercera carta, lo cual nadie sabía muy bien cómo tomarse, aunque debían ser optimistas. Y por último, le había anunciado con una mueca de disgusto que ahora era el subinspector Olaya quien estaba al cargo de la investigación. Al menos de la unidad de Barcelona, porque todo aquel asunto había alcanzado otra dimensión mucho más internacional. Al parecer, en el marco de la nueva reestructuración, sus superiores le habían quitado el mando debido a los nulos avances que había conseguido. El Monstruo estaba dejando

en ridículo a las fuerzas del orden, aquello era un escándalo de proporciones mundiales que no se podía tolerar, y las autoridades debían demostrar que aún tenían la sartén por el mango moviendo alguna ficha, la que fuera. Y él había sido esa ficha. En aquella carrera contrarreloj, Rocamora había apostado por un camino arriesgado al insistir en investigar a los antiguos alumnos de Arce. Sin embargo, la noche en la que Julián había sido asesinado, los tres jóvenes habían permanecido hasta el amanecer en casa de Biel Martorell, cenando y tomando unas copas. Así lo atestiguaban los agentes apostados frente a la finca. Paradójicamente, la propia vigilancia solicitada por Rocamora para conseguir algo que los inculpara, los había exculpado todavía más. Y había dado la puntilla a su ya maltrecha credibilidad.

Diego había escuchado sus explicaciones en silencio, observándolo con impasible frialdad, sin ni siquiera molestarse en indicarle que estaba siguiendo su discurso con algún cabeceo de comprensión.

—Por supuesto, sigo en el caso —le aclaró Rocamora—, solo que ahora tendré que rendir cuentas a muchos más capullos que antes. Para empezar a Olaya, que ahora es mi superior. Por otro lado, varios efectivos de Madrid se han unido también a la investigación. Incluso el FBI va a enviarnos un par de especialistas en secuestros. En fin, la buena noticia es que con todos estos refuerzos estoy seguro de que daremos con Ari en un plazo de...

Y había sido ahí, justo ahí, al oír brotar de los labios de Rocamora el nombre de su hija, cuando Diego había roto al fin su inquietante hieratismo, había avanzado un paso y le había asestado al policía un puñetazo en la boca.

Era el primer puñetazo que daba en su vida, y había escogido a un policía de talla XXL para ello. No resultó tan impactante como en las películas. Diego se había hecho más daño del que, en apariencia, había causado. Mientras que él se había despellejado los nudillos y había sufrido un brutal tirón muscular en el hombro, Rocamora apenas había acusado el golpe. Se había quedado inmóvil, con el rostro vuelto por el impacto, mientras se limitaba a llevarse lentamente la mano a la boca para restañar la sangre que manaba de su labio partido, sin la menor intención de contraatacar.

El resto de los presentes, sin embargo, aportó el dinamismo necesario a la escena. Helena había colaborado emitiendo un agudo alarido de soprano.

Héctor se había abalanzado hacia él para sujetarle, algo innecesario ya que Diego, tras el dolor del golpe, que se había sumado a las secuelas que le había dejado la cigüeña, no tenía intención de seguir experimentando por aquel camino. Pero la reacción que más le había dolido había sido la de Laura:

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —le había preguntado, colocándose entre los dos hombres, pero mostrando una actitud claramente protectora hacia el policía.

Diego la había contemplado sin poder esconder su furia, y mucho menos detener la pregunta que ya surgía de sus labios, aquella pregunta que se había prometido no formular de una manera tan directa:

—¿Te acostaste con él? —inquirió, mirando a su mujer a los ojos y señalando a Rocamora sin mirarlo, con un dedo admonitorio.

Sorprendida por la pregunta, Laura parpadeó. Pero su sorpresa solo duró unas décimas de segundo. Enseguida respondió:

—Sí.

Diego no había esperado que ella lo reconociera tan fácilmente, de aquel modo tan sencillo, tan sereno, tan digno. Como si acostarse con el policía hubiera sido algo inexorable, escrito en las estrellas desde su nacimiento.

—¿Y me lo dices así? —se descubrió preguntando.

—¿Cómo quieres que te lo diga?

—No sé... —había reconocido, encogiéndose de hombros—. ¡Yo qué sé! ¿Arrepentida? ¿Avergonzada? No tengo ni puta idea de cómo ha de comportarse un adúltero. Parece que tú me llevas cierta ventaja en eso.

Rocamora había dado un paso hacia él elevando la mano en un gesto apaciguador.

—Diego...

Y aunque las oleadas de dolor que recorrían su cuerpo amenazaban con derrumbarlo sobre la alfombra, Diego se había vuelto hacia el policía:

—¡Tú cállate! —le había gritado—. ¿Cómo puedes ser tan hijo de puta? ¡Se supone que éramos amigos! Has venido a casa a cenar, nos hemos quedado noches enteras trabajando en mi novela, nos hemos emborrachado juntos... Dios, cuando lo he oído no podía creérmelo, no podía...

—¿Cómo te has enterado? —murmuró Laura, con un hilo de voz.

—Biel Martorell me lo ha dicho.

—¿Biel Martorell? —había preguntado Rocamora ligeramente desconcertado.

—Sí, os vio *por ahí* —le replicó, sacudiendo la cabeza para evitar que lo desviarán del tema. Quién se lo había dicho no era lo importante. Lo importante era que lo habían traicionado. Su mujer y su mejor amigo, las personas menos indicadas para clavarle un puñal por la espalda. Juntos, al alimón—. ¿Dónde os acostabais? —masculló entre dientes—. ¿En nuestra cama?

—Diego, basta ya, por favor —le suplicó Laura.

Pero él no estaba dispuesto a darle tregua. Era como si el dolor que lo azotaba actuara como combustible.

—¿O quizás lo hacíais de pie en la cocina, contra la encimera, presos de incontrolables arrebatos? ¿Se dejaba la placa puesta? ¿Te ponía cachonda eso?

—Basta —gimió Laura, cubriéndose el rostro con las manos.

—No hay necesidad de ser grosero, Diego —le dijo Héctor, colocándole una mano en el hombro.

Él la apartó de un furioso manotazo y, señalando a Laura con un dedo tembloroso, continuó:

—¿Y eras *tú* la que me recriminabas que no te contaba las cosas, que no compartía contigo mis sentimientos? ¿Cómo puedes ser tan cínica, tan hipócrita?

Aquellas palabras hicieron reaccionar a Laura, que levantó el rostro con una mueca crispada.

—¡Sí, sí, sí! ¡Porque era verdad! ¡Jamás me he sentido tan sola como estando contigo, jamás! ¡Y estaba harta! Necesitaba dejar de sentirme invisible. Necesitaba alguien a mi lado que se entregara por completo. Necesitaba sentir dentro de mí...

—¿Una buena polla? —la interrumpió su marido.

—Vale, vamos a calmarnos todos.

La voz de Rocamora era un viento gélido, cortante, de esos que silban prolongadamente en los páramos desolados, allá lejos. Pero Diego no se dejó

impresionar.

—Cállate —le repitió con infinito desprecio, sin dignarse a mirarlo. Ni eso se merecía.

Seguía con los ojos clavados en Laura, que tras su exabrupto lo contemplaba con la boca abierta. Esperó a que replicara algo, pero en lugar de eso, su mujer rompió a llorar. Le dio la espalda y se tapó el rostro con las manos. Helena corrió a abrazarla, cómo no.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —le espetó su amiga, mirándolo con furia por encima de los sollozantes hombros de Laura—. ¡No tienes ni idea de lo que esta mujer ha sufrido por tu culpa! Nunca miras más allá de tu propio ombligo, ¿verdad? Pues entérate bien: ¡si ha follado con otro es porque tú no te has preocupado de hacerla feliz!

Diego lanzó una carcajada amarga.

—Vaya, parece que todo el mundo estaba al tanto de ese asuntillo. ¿Y a ti te daba igual? Me extraña que no te importara —le recriminó a Helena con una sonrisa sardónica.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó ella, palideciendo de repente.

—¿No lo sabes? Sí que lo sabes. Claro que sí. Y yo también lo sé —respondió Diego con sumo desprecio—. Parece que la única que no lo sabe es mi mujer.

—Diego, *por favor...* —le rogó Héctor, repitiendo el toquecito en el hombro—, no creo que tengas por qué hablarle así a la mejor amiga de...

—¡Que me dejes en paz, te he dicho! —le gritó Diego, volviéndose para apartar a su hermano de un manotazo.

Pero su mano, destinada a golpear con furia la de Héctor, se había encontrado con un inesperado obstáculo en el camino: el rostro de Laura, que en ese mismo instante se había zafado del abrazo de Helena y se había acercado enfurecida para recriminarle su último comentario.

Diego la vio trastabillar hacia atrás. Pero no tuvo tiempo de sostenerla ni de ver cómo caía, porque al segundo siguiente unas manos poderosas como tenazas le retorcieron el brazo a la espalda y, empujándolo con violencia, le aplastaron el cuerpo contra la pared. Diego ni lo vio venir, pero no le hizo falta para comprender que el autor de la llave que lo retenía era Rocamora.

—Escúchame bien —le dijo el policía al oído, con una voz que intentaba sonar calmada, pero que no lograba disimular la rabia casi asesina que bullía debajo—. No estoy orgulloso de lo que hice, y no tengo excusas. Pero no puedo decirte que siento lo que pasó. Amo a Laura... —Diego le escuchó apretar las mandíbulas hasta que los dientes le rechinaron, mientras tomaba aire profundamente por la nariz—. Pero ella te ha elegido a ti. ¿Te enteras? Siempre te eligió a ti. Y eso es lo único que debería importarte. Aunque, en realidad, nada de esto importa una mierda. No hasta que recuperemos a Ariadna —afirmó arrastrando las palabras.

A pesar del dolor que sentía en el brazo, Diego se revolvió como un loco en el cepo del policía, hirviendo de rabia.

—¡No te atrevas a utilizar a mi hija para hacerme sentir culpable, cabrón de mierda! —aulló—. ¡Yo soy el único que está haciendo algo de verdad para poder salvarla! ¡Yo soy su padre!

Al escuchar aquellas palabras, Rocamora soltó su presa de golpe, y dio un paso hacia atrás. Diego se giró violentamente, agarrándose contra el pecho el brazo dolorido, temblando de rabia, odio e impotencia. Ambos hombres se miraron a los ojos durante unos segundos en los que el tiempo pareció congelarse.

Finalmente fue Rocamora el primero en hablar:

—Voy a traer a tu hija de vuelta a casa. Te lo juro. Y si después de eso, la felicidad de Laura pasa por que yo desaparezca de su vida, así lo haré. La dejaré ser feliz. Porque eso es lo único que quiero —dio un paso hacia Diego y bajó su voz hasta convertirla en un susurro—. Pregúntate, egoísta de mierda, si tú serías capaz de hacer lo mismo por ella.

Y abandonó el salón a grandes zancadas, sin mirar a nadie. A los pocos segundos, Laura corrió a su habitación, seguida de Helena. Héctor, sacudiendo la cabeza con desaprobación, partió tras las mujeres, con la ingenua intención de calmar las cosas. Y así, con la torpeza de un colegial desatando un nudo, se deshizo la escena. Diego se derrumbó en el sofá casi sin fuerzas, exactamente en el mismo sitio donde seguía ahora. No movió un músculo cuando Héctor regresó para avisarle de que Laura estaba preparando una bolsa con su neceser porque se iba a pasar la noche a casa de Helena. Ni cuando las dos

mujeres cruzaron el salón, camino de la salida. Ni siquiera cuando Laura se detuvo en la puerta para decirle, con voz entrecortada, untada de desesperación:

—Creo que es mejor que hoy no duerma aquí. Yo... bueno, Héctor me ha dicho que se quedará contigo esta noche, así que no estarás solo... pero yo... no puedo... de verdad... no puedo. Lo siento. Es como si la cabeza me fuera a estallar. Creo que estoy a punto de volverme loca. No sé... No sé qué decirte... Hablaremos cuando haya noticias, ¿de acuerdo? Si llega la tercera carta... entonces veremos cómo lo hacemos... Dime algo, por favor... di algo, lo que sea. —La voz se le quebró como una cáscara aplastada por un zapato, y unos sollozos desgarradores estallaron en su garganta—. No puedo más, Diego... Lo siento, lo siento en el alma, perdóname, por favor... Pero de verdad que no puedo quedarme... Lo siento...

Esperó unos segundos anegada en llanto a que Diego reaccionara de algún modo, pero él había permanecido inmóvil, con la mirada perdida en el vacío, demasiado agotado para esforzarse en responder, así que Laura se había dado la vuelta y había salido arrastrando los pies, aplastada físicamente por la pena, custodiada por la sombría mole de Helena.

Los pasos de Héctor acercándose por el pasillo lo arrancaron de sus recuerdos. La estancia estaba totalmente a oscuras. Su ejercicio de remembranza no había detenido el tozudo avance del día, que se había sumergido en la noche tras pintar el cielo de naranja. Héctor entró en el salón y, tropezando con la mitad de los muebles, logró alcanzar una lamparita solitaria que había sobre un aparador. Un resplandor miserable, más propio de una antorcha que de una bombilla en condiciones, rebozó los rostros de los dos hermanos de una harina dorada.

—¿Quieres cenar algo?

Diego negó con la cabeza.

—Pero tienes que comer algo... —insistió Héctor, poniendo los brazos en jarras.

Diego se encogió de hombros.

—No tengo hambre.

Su hermano se acercó al sofá con expresión preocupada y se sentó a su lado.

—Oye, sé por lo que estás pasando, ¿vale? ¡Te entiendo perfectamente! Neus me puso los cuernos durante años con varios tipos, aunque de eso me enteré más tarde, hija de la gran puta, antes de dejarme finalmente por aquel... aquel... *prestidigitador* —escupió la última palabra con el mismo desprecio con el que los antiguos vaqueros descargaban sus esputos en las escupideras de los salones.

Diego le dedicó una mirada lánguida.

—¿Eso qué ha sido? ¿Alguna especie de metáfora? ¿Porque la hizo desaparecer de tu lado por arte de magia o algo así?

—Que no, joder, que el tío es mago. De los de chistera con conejo escondido y todo eso. ¿Te lo puedes creer? Tiene incluso una web en la que se anuncia para fiestas infantiles. Una web patética, espantosamente diseñada, si quieres mi opinión. Si yo tuviera un hijo no dejaría que alguien tan rijoso como ese tipo se acercara a menos de un kilómetro de distancia. Aunque parece que no le falta trabajo, no para de colgar fotos en Instagram y Facebook, no es que yo esté obsesionado con seguirle en las redes sociales, ¿eh?, pero es que...

—Héctor —le interrumpió Diego—, ¿todo este deslavazado discurso tiene algún propósito?

—¡Pues claro! —se sorprendió su hermano—. Demostrarte que te comprendo. Cuando Neus me abandonó, me quedé durante semanas en un estado muy similar al tuyo. Completamente alelado. Permanecía horas y horas a oscuras, mirando al vacío. Maquinando planes de venganza. Planes sangrientos. Pero todo se supera, colega. Ya verás.

—¿Pretendes que así me sienta mejor?

—Yo solo pretendo que me digas qué quieres para cenar.

Diego sacudió la cabeza con incredulidad.

—Cu-al-quier-co-sa —silabeó.

Héctor se encogió de hombros.

—Va-le. Como quieras. Pero luego no te quejes si no te gusta. Cuando eras

pequeño hacías lo mismo... —refunfuñó levantándose del sofá—. ¡Cualquier cosa, cualquier cosa! Y después mamá tenía que cocinar otro plato solo para ti, porque no te gustaba lo que había hecho. —Cabeceó camino de la cocina—. ¡Pues hoy cenarás lo que haya!

—Héctor.

Su hermano se volvió en la entrada del pasillo.

—¿Qué?

—Gracias por quedarte esta noche conmigo.

El otro se encogió de hombros.

—¿Para qué estamos los hermanos?

—¿Para jodernos la vida el uno al otro?

—Eso también —sonrió el informático—. Pero, sobre todo, para evitar que nadie nos arrebate ese privilegio exclusivamente fraternal.

Diego hizo un esfuerzo por reírle la gracia, pero le salió un sonido algo tenebroso. Cuando los pasos de Héctor se fueron acallando, Diego cayó en la cuenta de que el día estaba a punto de expirar y la tercera carta aún no había llegado. Pensó en llamar a Laura o a Rocamora para preguntarles si había novedades, pero enseguida lo descartó. Si las hubiera, el policía lo habría llamado. Aunque lo cierto era que también podría haberlo llamado en algún momento de la tarde para que valoraran juntos los motivos del extraño retraso. Pero Rocamora no se había dignado a hacerlo. Bah, que le dieran por el culo. A él y a Laura y a todos, una y mil veces.

Demasiado desconcertado, dolorido y asustado como para recrearse en su orgullo herido, Diego prefirió matar el tiempo imaginando posibles razones por las que el Monstruo, que siempre había hecho gala de una envidiable puntualidad, no le había enviado aún la carta.

Quizás fuera una buena señal, se dijo, en un alarde de optimismo. Quizás su hermano llevara razón y el Monstruo ya había tenido bastante con haberlo obligado a comer mierda de perro y mortificarlo durante siete horas en un aparato de tortura medieval. Quizás, dentro de unos minutos, Laura aparecería por la puerta con Ariadna en brazos, sana y salva, y los tres se fundirían en un abrazo rabioso, sanador y largamente deseado...

Pero el retraso de la carta también podía considerarse una mala noticia, se

dijo, mientras su optimismo anterior se evaporaba. ¿Y si algo había salido mal? Quizás Ariadna había intentado escapar —¿por qué no? La consideraba muy capaz—, pero no había tenido éxito, y ahora estaba muerta en alguna parte, abandonada como una muñeca rota. Diego no pudo evitar visualizar la escena, quizás porque así trabajaba cuando escribía, y le resultó tan real que las lágrimas empezaron a recorrer sus mejillas, tumultuosas como champán descorchado.

Pero había más opciones, se dijo. Por ejemplo, ¿y si la carta se había retrasado, sin más, a causa de algún estúpido contratiempo? ¿Se le había ido al Monstruo el santo al cielo, como vulgarmente se decía? No, eso no tenía mucho sentido. Diego borró aquella línea narrativa y volvió al punto de partida.

De sobra sabía que las tramas de las novelas se construían a base de tanteos, de explorar líneas argumentales, comprobar hacia dónde podían conducir la historia, y descartarlas si no llevaban a ningún lado, como la que acababa de recorrer. Y durante dicho proceso convenía no hacer ascos a nada, adoptar una actitud lúdica e imaginativa. Cualquier línea valía, hasta la más descabellada, pues nunca se sabía dónde podía llevarte, qué giro podía darle a la historia. Así que Diego probó otra línea: ¿había sido Julián Bassol el Monstruo, y había muerto a manos de un justiciero? ¿Un cazador de Monstruos? Pero, de ser así, de haber mediado un justiciero, ya fuera disfrazado de Batman o sin indumentaria simbólica, al más puro estilo Charles Bronson... ¿por qué no había salvado a su hija? ¿Y por qué se había entretenido en garabatear aquella frase en la pared?; y otra línea más, sin preocuparse ya de la verosimilitud: ¿se le había secado al Monstruo el truculento manantial de su imaginación? ¿Se sentía incapaz de idear una prueba aún más salvaje que la anterior y le daba apuro reconocerlo? Borró también aquella línea e inició otra.

Se imaginó entonces a sí mismo saliendo del hospital esa mañana, enfurecido, rabioso ante la noticia de la infidelidad de Laura. Olvidándose por completo de que tenía que enviar una carta temprano. Como había hecho con las dos anteriores. Sería gracioso, se dijo. De lo más gracioso que el Monstruo le dominara hasta el punto de obligarlo a realizar los actos más

abyectos sin que él fuera consciente de ellos, pero que, al final, un simple ataque de celos hubiera echado por tierra su autoridad, arrumbándolo al rincón más oscuro de su mente, lejos de la luz, allá donde perdía todo control sobre él. Sería gracioso que metiera ahora la mano en un bolsillo de su pantalón y encontrara allí la carta que esa mañana debía haberse enviado a sí mismo. Descojonante, sí. Una gélida y siniestra sonrisa retorció sus labios mientras lo comprobaba.

26

Una niña muy mala

Sangre y ámbar

Capítulo XVI, página 275

—¡Julia, Julia!

El inspector Nevado irrumpió en su casa gritando el nombre de su hija. Lourdes, su mujer, que bordaba en el salón, se levantó de un brinco, alarmada por sus voces.

—¿Qué sucede, Oriol? —le preguntó al verlo entrar en la habitación.

Nevado paseó la mirada por la pequeña estancia, rebañando con los ojos hasta el último rincón. Julia no estaba allí.

—La niña... ¿dónde está?

—En su dormitorio. Nana le está leyendo un...

Antes de que su mujer terminara la frase, Nevado ya remontaba la escalera que conducía a la primera planta casi al galope. El martilleo de latidos que había empezado a sentir en el pecho desde que descubriera que Valentina Claramunt tenía los ojos del mismo extraño color que Julia había alcanzado su apogeo. ¿Había llegado tarde?, se preguntó, mientras abría de un empujón la puerta del dormitorio de su hija. Un rápido vistazo al

interior le confirmó sus peores sospechas. Sí, había llegado tarde, fatalmente tarde. Julia no estaba. Su cama estaba vacía, y sobre la alfombra yacía el cuerpo desmadejado e inconsciente de Nana.

—No, no, no... —susurró, resistiéndose a aceptar la autenticidad de lo que estaba viendo. Le parecía todo tan teatral, tan exageradamente trágico en su composición. La cama vacía, la niñera desmayada, el padre devastado por la angustia...

Se arrodilló junto a la sirvienta y le alzó el rostro con delicadeza, solo para confirmar que había sido drogada con cloroformo. No había duda sobre el *modus operandi*, pensó el policía. Se levantó con la intención de inspeccionar la habitación, en busca de cualquier detalle o pista que pudiera serle útil. Pero no pudo. La terrible realidad lo golpeó con tanta fuerza que lo hizo trastabillar. Julia había sido secuestrada por el Monstruo. Cerró los ojos, luchando por mantener la cordura. Debía conservar la cabeza fría, evitar que el angustiado padre destronara al analítico policía. Luchó por dejar al pánico fuera de su mente y trató de concentrarse en los hechos. El secuestrador había logrado entrar en su casa. ¡En su propia casa! A pesar de todos los cerrojos y de todas las medidas de seguridad que había obligado a memorizar a Lourdes. Sí, a pesar de todo eso, el Monstruo había logrado entrar y arrebatarse lo que más quería... ¿Cómo lo había hecho?

Volvió a abrir los ojos y, más calmado, dejó que su mirada planeara atenta por toda la habitación, hasta que sus ojos se posaron sobre el siniestro sobre negro que había apoyado en una repisa donde se alineaban una docena de muñecas, como preparadas para que Julia les pasara revista. Nevado tragó saliva, lo tomó y se lo guardó directamente en la chaqueta. Ya la leería más tarde. Ahora no tenía tiempo para los caprichos del Monstruo. Ahora tenía que atraparlo.

Al volverse hacia la puerta, se tropezó con su imagen reflejada en el espejo del tocador de Julia. Tenía el rostro terriblemente pálido y contraído por el espanto, pero en sus ojos ardía un fuego voraz, incontrolable. Nevado jamás había contemplado la posibilidad de matar a alguien, pero tuvo la certeza de que si aquella noche encontraba al Monstruo, nadie podría evitar que él mismo se convirtiera en un asesino. Se dio miedo.

Salió a toda prisa del dormitorio y se encontró a su mujer a punto de comenzar a subir la escalera. Nevado la detuvo con un gesto y empezó a bajarlas al trote.

—Oriol, ¿qué sucede? —le preguntó Lourdes, alarmada por su extraño comportamiento.

—La niña... —comenzó a decirle Nevado, mientras pasaba por su lado sin detenerse, pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Vio cómo su mujer palidecía mortalmente, pero no tenía tiempo para tranquilizarla. Salió por la puerta de entrada y atravesó lo más rápido que pudo el jardín de la casa en dirección a la calle. Una vez allí, miró en todas direcciones, intentando distinguir a lo lejos alguna silueta sospechosa, pero la calle se hallaba desierta.

Rocamora levantó la mirada del libro, estremecido. El secuestro de Julia Nevado en su propia casa le había resultado doloroso de leer. No había podido evitar comparar la escena con la que Diego y Laura habrían protagonizado en la realidad. Se recompuso y volvió a la novela, pero empezó a pasar sus páginas a puñados. No tenía paciencia para leer todo lo que aún faltaba hasta llegar al desenlace, ni estómago para las angustiosas reflexiones que Nevado había empezado a hilar mientras corría por las calles que circundaban su casa gritando el nombre de su hija. Necesitaba leer cuanto antes que el policía la rescatara, que salvaba a su pequeña. Que al menos en la ficción ganaban los buenos.

Leyendo en diagonal fue siguiendo la historia a trompicones: tras recorrer las calles durante varios interminables minutos, el inspector se tropezaba con un sereno, quien le informaba de que acababa de ver a un hombre subiendo a un carruaje con un bulto en los brazos. En ese momento llegaban en otro carruaje el subinspector Corcoll y el agente Cánovas. Lourdes los había avisado por teléfono, siguiendo sus instrucciones. Y unos cuantos párrafos más adelante, los tres viajaban en ese mismo carruaje hacia el descampado donde se estaba levantando la basílica de la Sagrada Familia. El agente Cánovas, repasando toda la documentación que habían reunido sobre Albert Claramunt,

había descubierto que, en lo que iba de año, el cirujano había realizado nada menos que diez suculentas donaciones para las obras del templo expiatorio. Y lo más importante: cada una de ellas las había hecho el día después de que apareciera el cadáver de una niña. Era como si, tras matarlas, se arrepintiera de ello y buscara expiar sus pecados del modo que tenía más a mano.

Cuando la estructura del templo apareció ante ellos, a Rocamora le pareció el momento perfecto para retomar una lectura más detallada. La caza del Monstruo había comenzado.

Sangre y ámbar

Capítulo XVI, página 290

De vez en cuando, Nevado solía dejarse caer por aquel descampado cercano al barrio del Campo del Arpa para calibrar los progresos del que estaba destinado a convertirse en uno de los edificios religiosos más altos y descomunales del mundo. Decían que su torre más alta alcanzaría los 172,5 metros de altura, pero que aun así continuaría estando varios metros por debajo de Montjuïc, la colina más elevada del municipio de Barcelona, porque Antoni Gaudí i Cornet, el arquitecto encargado del proyecto, sostenía que el hombre nunca debería superar la obra de Dios. Pero de momento su futura magnificencia solo podía adivinarse, pues al ritmo irregular de los donativos, aquella biblia de piedra crecía con la lentitud de un roble centenario. Cuando Nevado se enteró de que no la vería acabada, que ni siquiera la verían su hija ni los hijos de esta, que ni siquiera Gaudí tendría ese privilegio, fue consciente como nunca antes del parpadeo que suponía una vida humana en la inmensidad del tiempo.

Los policías se apearon del carruaje y se dirigieron hacia la imponente estructura, excavando en la oscuridad con sus respectivos candiles. A aquellas horas de la noche, sin el ajetreado pulular de los obreros ni el bullicio de los rebaños de cabras que cruzaban por la explanada, resultaba un tanto sobrecogedor contemplar recortados contra la negrura del cielo el

ábside y la fachada del Nacimiento, que parecían los decorados destrozados de un teatro. A excepción de la cripta, acabada en 1889, aquellas eran las únicas partes del inmenso templo construidas hasta la fecha. De la fachada del Nacimiento, sepultaba bajo una costra de andamios, brotaban cuatro esquejes de torres que dejaban entrever una escalera retorcida y angosta por entre los numerosos ventanucos y ranuras que la agujeraban, a través de los cuales se derramaría en el futuro el doliente tañido de las campanas. En vez de los tradicionales animales fantásticos, Gaudí había decorado su fachada con gallinas, pavos y otros animales de granja, que se mezclaban con las hortalizas propias de las huertas, como si quisiera señalar que también la naturaleza más modesta había sido modelada por los dedos de Dios. Mientras en las arquivoltas de los tres portales se representaban escenas de

De un manotazo, Rocamora saltó otro puñado de páginas, invadidas por la hiedra descriptiva, que Diego parecía haber copiado directamente de la autoguía turística. Tras revolotear sobre varios párrafos, descendió sobre el momento en el que Nevado empezaba a repartir a sus hombres por el recinto. Sin duda, ahí empezaba al fin la acción. Esta vez sí.

Sangre y ámbar

Capítulo XVI, página 296

Nevado envió a Cánovas a peinar el descampado que se desplegaba ante la fachada del Nacimiento, ocupado por un rebusco de herramientas, bloques de piedra, fragmentos del templo y esculturas de pastorcillos o caracoles gigantes que esperaban pacientemente a ser alzados hacia su correspondiente lugar en la fachada, y ordenó a Corcoll que bajara a la cripta. Él se ocuparía del ábside, construido sobre ella. Con el candil enarbolado fue horadando la espesa oscuridad, tratando de no tropezar con nada mientras recorría el trazado de las siete capillas de las que constaría.

Sobre el muro se erigían ya los esbeltos pináculos, decorados con figuras de reptiles y

Joder, más descripciones... Diego parecía empeñado en rentabilizar el dinero que se habría gastado en libros, guías y álbumes ilustrados sobre la famosa basílica. Con un bufido de impaciencia, Rocamora fue brincando sobre los siguientes párrafos hasta que oyó un grito.

Sangre y ámbar

Capítulo XVI, página 301

Nevado se detuvo en seco. El grito había brotado de la garganta del subinspector Corcoll y provenía de la cripta. Enseguida lo siguió el estallido de un disparo. Buscó a Cánovas en el dédalo que los enormes bloques de piedra trazaban en el descampado, pero no lograba verlo.

Sin tiempo para avisarlo, corrió hacia la escalera que descendía a la cripta y la bajó a la carrera. Al llegar abajo, le sorprendió comprobar que la oscuridad aún podía volverse más espesa. El resplandor de su lámpara apenas lograba desbrozar de tinieblas un par de metros a su alrededor. Y aquella era la única luz que había allí, si exceptuaba la turbia luminiscencia que se filtraba a través de las vidrieras y el foso de la parte superior, que solo contribuía a volver más sólida la negrura. ¿Y él candil del subinspector? Nevado no lograba atisbar su resplandor a pesar de que desde la entrada podía abarcar casi toda la extensión de la cripta.

—¿Eduard?, ¡soy yo! ¡Oriol! —gritó a la oscuridad, sin preocuparle delatar su posición, pues ya el resplandor de su candil lo señalaba junto a la escalera.

Durante unos segundos, nada alteró el silencio. Pero entonces le pareció escuchar unos gemidos en la distancia.

—¡Oriol!... ¡Aquí!

Al estar excavada bajo el ábside, la cripta tenía su misma disposición: siete capillas dispuestas en semicírculo, un deambulatorio y una parte central, donde se oficiaba la misa. El comienzo del semicírculo quedaba a la izquierda de Nevado, y de allí parecían llegarle los gemidos del subinspector. Se aventuró por el deambulatorio sin pensarlo, decidido a bordear la cripta en busca de su compañero, aun a sabiendas de que al Monstruo le bastaría con cruzar la parte central para ganar la escalera y huir por ella. Pero, qué opción tenía, no podía permanecer como un centinela al pie de la escalera mientras el subinspector agonizaba en alguna parte.

Avanzó con rapidez pero con cautela, removiendo la oscuridad con el candil. A su izquierda, se sucedían las diferentes capillas dedicadas a la familia de Jesús, como lujosas cavernas llenas de objetos dorados. Las hilachas de luz que escupían los vitrales apenas servían para arrancarle algún destello moribundo a los adormecidos candelabros. El silencio habría sido absoluto de no ser por los gemidos intermitentes de Corcoll, que le servían de guía.

Calculaba que había recorrido la mitad del pasadizo cuando lo detuvo un crujido repentino. Bajó la lámpara y descubrió que una de sus botas acababa de pisar un puñado de cristales. Un poco más allá, descubrió medio destrozado el candil del inspector, y algo más allá, su pistola. Volvió a oír su voz, llamándolo con desesperación. Sin bajar la guardia, avanzó unos pocos metros más, y, de repente, en el umbral de la capilla de la Inmaculada Concepción, descubrió el cuerpo tendido del subinspector. Su pecho era un amasijo de carne y vísceras que rezumaba sangre, en cuyo centro, a modo de pica, había clavado un escalpelo. Sobrecogido, Nevado se acercó rápidamente, colocó el quinqué en el suelo y se arrodilló junto al subinspector, que intentaba enfocarle con una mirada vidriosa.

—Hijo de puta... Maldito hijo de puta —murmuró, observando con espanto las numerosas heridas y tajos que el Monstruo había infligido al tórax de Corcoll.

Habían ido a cazar al Monstruo, y era el Monstruo quien los estaba cazando a ellos.

Tras dejar la pistola a un lado, Nevado desclavó el escalpelo de un

fuerte tirón. Su compañero lanzó un gemido y un borbotón de sangre se fugó de sus labios.

—Oriol... —trató de hablar, buscando su rostro con su único ojo sano, velado ahora por el dolor.

—No hables, Eduard —le aconsejó Nevado—. Te pondrás bien. Saldrás de esta, ya lo verás.

De la garganta de su compañero surgió un malogrado proyecto de carcajada.

—Siempre fuiste un pésimo mentiroso, Oriol —consiguió decir entre gemidos—. Ese malnacido me ha abierto el pecho y agujereado un montón de órganos. No creo que esto se arregle con una cataplasma.

—Voy a taponarte todas estas heridas y... —empezó Nevado, haciendo amago de desgarrarse la camisa.

El otro lo detuvo alzando una mano con esfuerzo.

—No pierdas el tiempo conmigo, compadre... Ve a por el Monstruo... Le he mirado a los ojos... —farfulló trabajosamente— el mal habita en ellos. Tienes que matarlo, Oriol. No hay otro modo de acabar esto. Mátalo. Mata al Monstruo.

Y al segundo siguiente, como si la muerte soplara una vela, la trémula luz de su única pupila se apagó. Nevado apretó los dientes, notando cómo una furia enloquecida, asesina, le desbordaba las entrañas. Alzó la cabeza y paseó una mirada a su alrededor, tratando de atisbar algo más allá del cerco de luz que dibujaba su candil. En algún lugar de aquel océano de oscuridad debía de ocultarse el Monstruo, pues él había bajado por el único acceso que existía, apenas unos segundos después de que Corcoll comenzara a gritar...

Escuchó entonces un tumulto de pasos que provenía de la escalera, cuyos peldaños se iluminaron de repente. Casi al instante, vio aparecer la himalayesca figura del agente Cánovas bajando a trompicones por la misma. Aliviado, Nevado lo llamó a gritos. Al acercarse, el agente Cánovas posó los ojos en el cuerpo de Corcoll, palideciendo al instante, y luego frunció el ceño al reparar en el escalpelo que Nevado aferraba en su mano, del cual goteaba la sangre del subinspector, de un escarlata resplandeciente a la luz

del candil.

—El Monstruo lo ha matado —le informó Nevado, tirando el escalpelo al suelo con un gesto de asco—. ¿No te has cruzado con él en la escalera?

Cánovas negó con la cabeza, sin poder evitar un destello de suspicacia en la mirada.

—Entonces aún está aquí dentro —concluyó Nevado—. ¡Tenemos que atraparlo antes de que escape!

Recuperó la pistola y, tras ordenarle al agente que continuara hasta el final del deambulatorio, se internó por la parte central. Con el cuerpo en tensión y el corazón a punto de perforarle el pecho, avanzó lentamente entre la hilera de bancos y las columnas de la derecha, bajo la inmensa bóveda de la Anunciación. De repente, percibió de soslayo un revoloteo tras la columna que acababa de iluminar, y, como un cuervo alzando el vuelo, vio una silueta alta y afilada correr hacia la escalera. Apuntó hacia ella lo más rápido que pudo y disparó, pero el Monstruo ya se escurría escalera arriba y la bala se estrelló contra uno de los peldaños.

—¡Por la escalera, Cánovas! —gritó Nevado, iniciando la persecución.

A los pocos metros, Cánovas se materializó corriendo a su lado, y ambos subieron los peldaños a grandes zancadas. Cuando emergieron al ábside, jadeantes y sudorosos, se separaron unos metros y escrutaron el descampado que se desplegaba ante ellos, pero no lograron identificar al Monstruo. ¿Dónde se habría escondido? Aunque solo lo había visto fugazmente, Nevado estaba casi seguro de que no cargaba con su hija. ¿La habría dejado escondida en la cripta? No lo creía. Era más lógico pensar que la había escondido en alguna parte antes de jugar a cazarlos. Pero dónde. Nevado estudió el terreno con atención. A lo lejos, en la calle Mallorca, se distinguían las escuelas provisionales para los niños de los trabajadores, que Gaudí había construido sin considerarlo un trabajo menor, como podía deducirse en la suave curvatura del techo, que evocaba las olas del mar. Y a escasos metros del ábside, en la antigua casa del capellán, se encontraba el taller desde donde el genial arquitecto ultimaba su fabulosa obra. Cualquiera de aquellos dos sitios se le antojaba un buen escondrijo para ocultar a su hija. Sin perder tiempo, mandó a Cánovas a la escuela, y él

corrió hacia el obrador, situado en el cruce entre las calles Cerdeña y Provenza.

Al llegar al edificio, descubrió que la puerta estaba abierta. Dudaba de que Gaudí, del que se decía que siempre era el último en salir, hubiera olvidado cerrarla. Precedido por la luz del candil, Nevado se aventuró en la primera estancia caminando con sigilo y apuntando al aire. Pero apenas había esbozado media docena de pasos, cuando atisbó por el rabillo del ojo una sombra huidiza al fondo de la habitación. Se volvió apresuradamente para apuntarle con el arma, mientras observaba con espanto cómo el Monstruo hacía lo mismo. Disparó lo más rápido que pudo, al tiempo que encajaba la mandíbula, preparándose para recibir la descarga del otro, que también había tenido tiempo de disparar sobre él. Sin embargo, no sintió ninguna bala incrustarse en su pecho, ni en su hombro, ni en su cabeza. Oyó, en cambio, un estrépito de cristales. Al fondo de la estancia, un espejo se deshacía en pedazos como una flor que se deshoja. Tras unos segundos de desconcierto, Nevado comprendió que había disparado a su propio reflejo. Se hallaba en el estudio fotográfico de Gaudí y acababa de cargarse el sistema que el arquitecto usaba para captar a sus modelos desde distintos ángulos, consistente en cuatro espejos en las paredes y uno en el techo. Gaudí, que no desdeñaba las nuevas técnicas, se valía de aquel ingenio para complementar los resultados obtenidos con los tradicionales moldes en escayola. Nevado sacudió la cabeza, reprobándose su impulsivo gesto. Si el Monstruo estaba escondido en algún rincón de aquel obrador con Julia en su poder, no iba a vencerlo entrando y pegando tiros como un niño asustado. Se dirigió hacia la habitación contigua intentando calmarse. Tampoco era cuestión de que el batir de su corazón despertara a toda Barcelona.

La siguiente sala era bastante más grande que la anterior, y en ella se almacenaban los moldes de escayola y las esculturas destinadas a las fachadas del templo, que componían un verdadero laberinto de figuras incompletas. Nevado se adentró en él con todos sus sentidos alerta. A cada paso, el resplandor de su lámpara iba desvelando numerosos torsos sin brazos, cuerpos sin cabeza, alas de ángeles, miembros descomunales que parecían haber sido amputados a gigantes de nieve. Por todas partes había

bastidores de madera, de donde pendían siniestras cabecitas de niños. Algunos parecían dormidos, mientras que otros le daban la bienvenida con una expresión pavorosa, los ojos desencajados y la boca entreabierta en un grito mudo de auxilio. Al alzar el candil, el policía descubrió que también había esculturas colgando del techo. Supuso que la producción de figuras y adornos era tal que Gaudí había tenido que almacenarlas también en las alturas para evitar que el espacio de trabajo se volviera impracticable. Sobre su cabeza se mecían, componiendo extraños racimos, figuras de lagartos, ranas y otros pequeños animales. Pero también había niños. Niños que esperaban su turno de ser transformados en ángeles para volar hacia las fachadas del templo. Tras vencer su estupor, Nevado se obligó a apartar los ojos de aquel frondoso bosque de refulgentes ahorcados para concentrarse en el suelo, de donde en cualquier momento podía surgir el Monstruo.

Sin embargo, logró cruzar la sala e internarse en la siguiente sin que nada sucediera. La nueva habitación tenía el techo inclinado y cubierto por unas mamparas que se abrían mediante un sistema de poleas, y se hallaba atestada de maquetas de escayola, repartidas sobre mesas y bancos de trabajo. Las había de distintas partes de la basílica, de detalles de las fachadas, de las torres campanarios concluidas, y hasta una que representaba el templo completo. Pese a no ser más grande que un baúl, Nevado, que no tenía problemas para imaginarla a escala real, se sintió impresionado al pasar junto a ella. Sorteando las innumerables mesitas que obstaculizaban el paso, rebosantes de rollos de papel, herramientas y piezas de hierro forjado, alcanzó el fondo de la abarrotada estancia, donde descubrió el que sin duda era el rincón de trabajo de Gaudí. Discretamente separada del caos del taller, había una mesa algo más grande que las demás, sepultada bajo un barroco revoltijo de libros, planos y dibujos, sobre el que se balanceaba un quinqué. En una esquina, pulcramente amontonados, se hallaban varios volúmenes muy manoseados de la Liturgia de Gueranger. A Nevado le conmovió descubrir, colgando de un gancho de la pared, un pequeño hatillo que probablemente contenía la cena del arquitecto, algo frugal a juzgar por su exiguuo tamaño. Al parecer, la había olvidado al salir del taller para dirigirse a su casa del parque Güell, donde decían que vivía

solo.

Desde aquella posición, Nevado estudió la amplia estancia. Aquella era la última. Si el Monstruo se había escondido en el taller, en algún momento de su travesía debía de haber pasado a su lado. ¿Le acechaba desde algún rincón de aquel espectral bosque de figuras? Tal vez, o tal vez no. Quizás estaba equivocado y en aquel momento el Monstruo estaba en otro lugar, arrancándole sin prisas los ojos a su pequeña. Ese pensamiento le hizo perder la poca paciencia que le quedaba y, abandonando toda prudencia, empezó a recorrer la habitación a grandes zancadas, mientras gritaba:

—¡No puedes cambiar lo que pasó, Claramunt! ¡Todas esas niñas no te ayudarán a recuperar a tu hija! ¡Sus muertes han sido en vano! ¡Por mucho que te manches las manos de sangre, Valentina no regresará!

Tras proferir aquellas palabras, detuvo su deambular y esperó una respuesta, pero nada alteró el silencio. Tal vez era verdad que estaba solo en el taller.

—¡No menciones su nombre! —rugió entonces una voz a su espalda.

No le dio tiempo de volverse. Antes de conseguirlo, una sombra lo embistió. Abrazados como amantes, cayeron sobre una mesa llena de planos, que se hizo astillas bajo su peso. La cabeza del inspector golpeó contra el suelo y su visión se emborronó. Hizo un esfuerzo sobrehumano por no perder la conciencia mientras luchaba por liberarse del peso del Monstruo. En la caída había perdido el candil, que rodaba por el suelo a su aire. Gracias a una ráfaga de luz entrevió cómo el cirujano blandía una extraña y afilada herramienta por encima de su cabeza, preparado para descargarla sobre él. El puro instinto le hizo alzar su mano izquierda para detener el golpe. Al instante, sintió un agudo pinchazo en la palma, seguido de un calambre de dolor. El Monstruo le había abierto un profundo tajo en la mano y se disponía a asestarle un nuevo golpe. Nevado recordó entonces que aún conservaba su pistola, fuertemente apretada en su otra mano, y, con un movimiento rápido, la estrelló contra el rostro de su enemigo como si fuera una maza. El inesperado golpe le hizo tambalearse, momento que el policía aprovechó para sacudírselo de encima. Cuando lo logró, se incorporó como pudo, luchando por aclararse la vista, mientras el Monstruo

se escabullía hacia las sombras con el rostro ensangrentado.

Jadeando, el policía se tambaleó en el círculo de luz del candil, que había detenido su danza de peonza al chocar contra la pata de un mueble. Sentía la nuca terriblemente dolorida y tenía la mano izquierda inutilizada, pero aún empuñaba la pistola en la otra, así que se apresuró a barrer las sombras con ella, apuntando en todas direcciones.

—¡Claramunt!

—Sabes quién soy —jadeó el Monstruo desde alguna parte. Más que una pregunta, era una constatación.

—Sí, Albert, sé quién eres —respondió Nevado, apuntando en la dirección de la que había provenido la voz—. Y también sé por qué haces esto. Pero es inútil. Debes detener esta locura. Valentina no quería que siguieras.

—¡Te equivocas, Oriol! —lo oyó gritar desde otro punto de la estancia—. ¡Ella confiaba en mí! ¡Estaba orgullosa de mí! Y murió porque no pude protegerla. No supe merecerla... —La voz se le quebró en un ronco sollozo—. ¡Pero la traeré de vuelta conmigo! ¡No volveré a fallarle! Y esta es la única forma de traerla a mi lado. ¡La única!

Nevado sacudió la cabeza lleno de impotencia. Era inútil razonar con él. La trágica muerte de su hija había terminado por devastar su razón, y ahora aquel hombre, tiempo atrás un eminente cirujano, era poco más que un perro inflamado por la rabia. Intentó apelar a su compasión.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó a la oscuridad—. ¿Dónde tienes a Julia? ¡Dímelo, si queda algo de humanidad en tu corazón de padre!

Una risa escalofriante se esparció por la estancia. Sobrecogido, Nevado rotó sobre sí mismo, sin dejar de encañonar las sombras.

—¿De verdad crees que voy a devolvértela, así, sin más? No, inspector, si la quieres tendrás que jugar conmigo. Tendrás que demostrar que te la mereces como padre. ¡Igual que yo le estoy demostrando a Valentina que haría cualquier cosa por ella!

—El juego ya ha acabado, Claramunt —replicó Nevado—. ¿No te das cuenta? ¡He descubierto quién eres! El recinto está rodeado de policías. ¡Jamás podrás esca...!

Antes de poder acabar la frase, percibió un veloz movimiento a su espalda, y, al segundo siguiente, notó cómo una hoja afilada y fría se hundía en su escápula derecha con sorprendente facilidad. Nevado aulló de dolor, mientras se encogía sobre sí mismo y escuchaba su propia pistola caer al suelo como un fruto maduro desprendiéndose de su rama. Comprendió que el cirujano había clavado la hoja en el sitio preciso para debilitar la mano con la que empuñaba el arma. A continuación, sintió cómo extraía la hoja de su espalda, y se volvió a tiempo de detener la siguiente estocada de puro milagro, aferrando el brazo del Monstruo por la muñeca con ambas manos. La izquierda le dolía horriblemente debido al tajo que casi le llegaba al hueso, y la derecha parecía de corcho, como si se hubiera dormido sobre ella durante una larga siesta, dejándola sin sensibilidad. Aun así, forcejeó con el Monstruo, concentrando todas sus fuerzas en intentar mantener el cuchillo lo más alejado posible de su cuerpo. Notaba su agrio aliento en la cara, y la punta de la hoja acariciando peligrosamente su estómago. Comprendió que tenía las de perder, a menos que se le ocurriera algo. Con un último esfuerzo, echó la cabeza hacia atrás y luego la lanzó hacia delante con todo el impulso de que fue capaz. Tras recibir el inesperado cabezazo, el Monstruo trastabilló unos pasos, aturdido. De la frente empezó a manarle un hilo de sangre. Aprovechando la desorientación de su enemigo, Nevado le lanzó un derechazo a la mandíbula. El cirujano se derrumbó sobre una de las mesas, desbaratando la maqueta que descansaba sobre ella. El golpe había devuelto la sensibilidad a su mano derecha, y ahora le latía de dolor, pero aun así la usó para recoger la pistola del suelo. Antes de que el Monstruo, medio conmocionado, pudiera levantarse, afianzó un pie a cada lado de su cuerpo y le apuntó a la cabeza.

—Bien, ahora escúchame con atención, Claramunt, porque solo voy a preguntártelo una vez más. ¿Dónde está mi hija? —gruñó con la voz electrificada por la rabia.

El otro sacudió despacio la cabeza, emergiendo poco a poco de su conmoción. Cuando se recobró, aún tuvo los redaños de sonreír.

—No puedo decírtelo, Oriol —respondió con serenidad—. Lo siento. Necesito sus ojos. Son como los de mi hija, y no hay otros iguales en toda

Barcelona. Es así de simple. Si quieres recuperarla, tendrás que jugar conmigo. Y te recomiendo que te decidas pronto. Me temo que donde está la pobrecita no podrá sobrevivir mucho tiempo...

Por toda respuesta, Nevado dejó escapar un rugido animal. Lanzó a su alrededor una mirada enfurecida y desesperada, a sabiendas de lo inútil del gesto. No iba a encontrar a Julia de un simple vistazo. Pero sus ojos se posaron en el extraño mueble contra el que había chocado el candil. Era del tamaño de un armario mediano, de hierro forjado, con una portezuela de vidrio grueso provista de una manija, lo que le daba cierto aire de escotilla. El trasto se sostenía sobre cuatro patitas cortas pero gruesas, y, en uno de sus flancos, lucía una serie de botones y clavijas. Parecía algún tipo de horno, y dedujo que en ese trasto Gaudí cocía sus cerámicas o fundía las pequeñas piezas de hierro que acababan decorando sus alucinados edificios. Un horno lo suficientemente grande como para...

No se lo pensó. Le propinó al cirujano una fuerte patada en pleno rostro, que lo colocó de nuevo a las puertas de la inconsciencia y, agarrándolo por las solapas de la chaqueta, lo levantó y lo arrastró hasta el horno, en cuyo interior lo obligó a meterse. El hombre se dejó hacer, medio aturdido. Solo cuando Nevado cerró la puerta pareció cobrar consciencia de dónde lo había encerrado. Paseó una mirada espantada por el angosto cubículo, jalonado de espitas y orificios siniestros, y luego apoyó las palmas contra el cristal de la portezuela. Nevado acarició la media docena de clavijas que debían de gestionar su funcionamiento. No tenía ni idea de cómo se encendía aquel moderno horno, en uno de cuyos laterales distinguió el emblema de la marca, Filipowski, que se le antojó polaca. Tras unos segundos de indecisión, agarró la clavija más grande, que estaba ribeteada de números diminutos.

—¡Dime donde tienes a Julia, Claramunt, o te prometo que te reunirás con tu hija, pero no en este mundo!

El Monstruo sonrió ante la amenaza.

—Los dos sabemos que no vas a girar ese botón, Oriol —dijo con tranquilidad, mientras se limpiaba la sangre de los labios con gestos delicados. Su voz le llegaba amortiguada a través de las rejillas de

ventilación—. Eres inspector de policía.

—Pero antes soy padre —dijo Nevado con voz ronca, inclinando un poco la cabeza para que sus miradas pudieran encontrarse—. Y un padre es capaz de cualquier cosa por su hija. De cualquiera —remachó entre dientes.

Claramunt rio silenciosamente.

—Pero te olvidas de un pequeño detalle... Si yo muero, nunca sabrás dónde está tu hija.

—¡La encontraré! Claro que la encontraré. No puede estar muy lejos, no has tenido mucho tiempo... Desmontaré este puto templo piedra a piedra si es necesario.

—Oriol, Oriol... —cabeceó paternalmente el Monstruo—, puede que sí, puede que la encuentres. Pero ¿lo harás antes de que sus fuerzas se hayan extinguido, y ella se haya convertido en el ángel que siempre fue? Porque eso es lo que eran todas esas niñas, ángeles que estaban en la tierra con la misión de traer de vuelta a mi Valentina. No pertenecían a sus padres, pertenecían a Dios. Yo solo las ayudé en su misión de reunirnos a ambos, y después las devolví junto al Señor que me las había enviado.

—¡Maldito psicópata! —rugió Nevado—. ¡Dime dónde está Julia o te juro que arderás como tu hija! ¡Lo único que se reunirá de vosotros, serán vuestras cenizas en el sucio cielo de esta podrida ciudad!

El Monstruo pegó la cara al cristal y observó a Nevado. Sus ojos eran dos crisoles donde se fusionaban la furia, la locura y la determinación.

En ese momento se escuchó un grito agudo, infantil, que pareció provenir de la sala contigua. Nevado miró en esa dirección, con los latidos de su corazón en suspenso y todos sus sentidos alertas. El grito volvió a repetirse un par de segundos después.

—¿Julia?

Se giró de nuevo hacia el Monstruo, y por su rostro congestionado por la rabia comprendió que estaba en lo cierto. Era su hija quien gritaba en la sala de las esculturas. Al parecer, el cirujano no contaba con que Julia pudiera gritar. Pero dónde podía haberla ocultado... Y entonces, la respuesta le iluminó como un fogonazo: ángeles.

—¡La metiste dentro de una de las estatuas, hijo de puta! —exclamó.

El cirujano se limitó a observarlo en silencio. Nevado se incorporó e hizo amago de correr hacia la sala vecina cuando un alarido escalofriante, inhumano, lo detuvo en seco. El Monstruo se estaba riendo.

—¡Jamás estará a salvo, Oriol! —le gritó.

Nevado lo miró. Con una sonrisa enloquecida, el cirujano gritaba y se agitaba en su prisión, golpeando con la cabeza las paredes del horno.

—¡No has ganado! ¿Me oyes? ¡No has ganado! ¡Me escaparé! ¡Escaparé de cualquier cárcel en la que me encierres, te lo juro! ¡Escaparé e iré a por los ojos de tu hija! No podrás vigilarla siempre, Oriol. Cada vez que salga a la calle, te preguntarás si volverá a casa o tendrás que recoger su cadáver de alguna zanja. ¡Su cadáver sin ojos! —aulló, estallando en otra retahíla de desquiciadas carcajadas.

Nevado lo miró en silencio unos segundos, casi ensimismado. Entonces, con repentina decisión, adelantó la mano hacia el panel del horno y murmuró, con triste resignación:

—No creo que pueda vivir toda la vida con ese miedo.

Y empezó a girar, una por una, todas las clavijas. Un fulgor rojizo pareció teñir el interior del aparato al tiempo que un leve temblor sacudía su parte trasera. El Monstruo cesó de reír abruptamente y comenzó a girar la cabeza hacia todos lados, cada vez más aterrorizado. Luego clavó una mirada implorante en Nevado, que se limitó a observarlo con impasibilidad.

—¿Qué has hecho? ¡Qué has hecho! ¡QUÉ HAS HECHO!

El Monstruo gritaba con los ojos muy abiertos, a punto de salirse de sus órbitas. Su rostro estaba terriblemente enrojecido y brillaba de sudor. Del cabello empezaron a brotarle finas hilachas de humo, y la piel pareció contraerse sobre el hueso, tirante como si estuviera a punto de desgarrarse por varios sitios. Un ligero olor a carne asada comenzó a esparcirse por la estancia. Nevado decidió que ya había visto suficiente. Cogió el candil y echó a correr hacia la puerta del fondo.

—¡Escaparé, Oriol! —escuchó gritar al Monstruo—. ¡Escaparé... volveré para cobrarme mi deuda de sangre y ámbar!

Al adentrarse en la habitación contigua, Nevado dejó de oír sus gritos,

no supo si debido a la distancia o a que Claramunt ya no tenía nada con lo que gritar. Enseguida elevó la vista al techo, examinando con desesperación las esculturas de niños que había diseminadas entre las figuras de pequeños animales. ¿Cuál de aquellos postulantes a ángeles sería su hija?

—¡Julia, cariño, soy papá! —gritó, mientras avanzaba iluminando el techo con su candil—. ¿Dónde estás?

Julia no respondía. ¿Por qué había dejado de gritar? ¿Quizás se había despertado, y el terror de encontrarse en aquel lugar infernal había hecho que se desmayara? ¿O quizás algo peor? ¿Le faltaba el aire, se estaba asfixiando...?

—¡Julia!, ¡Julia! —aulló, con todas las fuerzas de sus pulmones.

Durante varios angustiosos minutos no hizo otra cosa que alumbrar la interminable marea de rostros, que recibían el foganazo de luz con sus sonrisas congeladas en el tiempo. Hasta que tropezó con una figura que oscilaba ligeramente, como si aún conservara la inercia de alguna sacudida anterior. Tenía que ser ella.

—¡JULIA!

Nevado buscó la cuerda correspondiente y la siguió hasta el gancho de la pared en el que estaba amarrada. Intentando controlar sus nervios, desató el nudo y, con la mayor delicadeza que pudo, bajó hasta el suelo la estatua que había visto mecerse. Luego cogió un pequeño punzón de una mesa cercana y con cuidado, rompió la escultura lo suficiente para comprobar que no estaba hueca. Sus sospechas eran ciertas. Dentro de la escultura, como en una crisálida, dormía su hija. Fue rompiendo la envoltura de yeso y, a medida que lo hacía, Julia se fue mostrando ante él, pálida, los ojos cerrados, los labios ligeramente violáceos. Cuando liberó su pecho del caparazón que lo cubría, Nevado lo encontró inmóvil, como si ya no alojara en su interior el hálito de la vida. Lanzando un grito de furia, arrojó el cincel a un lado y acabó de destrozar con sus propias manos el resto de la envoltura, aquel ataúd que el Monstruo había dispuesto para su hija. Cuando acabó de liberarla, se inclinó sobre su rostro, acopló su boca a la de ella y comenzó a insuflarle elpreciado aire que sus pulmones habían agotado unos minutos antes, al gritar aterrorizada. Transcurrieron dos, tres, cuatro

aterradores segundos sin que nada ocurriera. Desesperado, sintiendo cómo las lágrimas anegaban sus ojos, el policía comenzó a bombear el pecho de su hija con rítmicas presiones, intentando no quebrar sus frágiles costillas.

—Vamos, vamos, vamos —murmuraba cada vez que ejercía presión.

Julia no podía morir. Él no iba a permitirlo. No iba a dejar de apretar su pecho hasta que lograra traerla de las tinieblas. Estaba dispuesto a envejecer entregado a aquella labor. De pronto, la niña abrió desmesuradamente los ojos y la boca, y se incorporó tomando una honda bocanada de aire. Nevado lanzó un trémulo suspiro de alivio. Llorando y riendo al mismo tiempo, la estrechó entre sus brazos y le acarició el cabello, susurrándole palabras tranquilizadoras, diciéndole tonterías sin sentido. Cuando la pequeña recuperó la respiración miró a su padre con desconcierto, como si creyera que seguía en una pesadilla y le sorprendiera encontrarlo allí.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con un hilo de voz.

—El Monstruo entró en casa y te raptó mientras dormías —le explicó—, pero ya no debes tener miedo de él. Papá lo ha matado. A partir de ahora podrás salir de casa. Todas las niñas podréis volver a salir de casa.

Padre e hija se abrazaron, y Nevado sintió cómo la marmita del alma le rebosaba de felicidad. Permanecieron así un largo rato, en el centro de un corro de pastorcillos que sonreían con aprobación, mientras el inspector se imaginaba una marea de niñas, delicadas y alegres, inundando las calles de la Ciudad Condal, como un ejército de hadas que regresaba de un largo destierro.

Los gritos de Cánovas, que lo llamaba desesperado, rompieron su ensoñación.

—¡Estoy aquí, agente, en la sala de las figuras!

Anunciado por el resplandor del candil, el joven irrumpió en la estancia. Se detuvo al encontrarse con Nevado sentado en el suelo, la chaqueta desgarrada y salpicada de sangre, sonriendo plácidamente mientras acunaba a una niña en los brazos.

—Agente Cánovas, esta es Julia, mi hija —le dijo—. Julia, este muchacho tan grandote es el agente Cánovas, al que tendré que proponer

para un ascenso.

Julia lo examinó de arriba abajo, atónita. Jamás había visto una persona de un tamaño semejante. Se preguntó si habría que alimentarlo con cestas de manzanas, como a los elefantes. El agente le dedicó una sonrisa tímida y luego interrogó al inspector con la mirada.

—¿Y el...?

—Está muerto —le indicó Nevado—. Encontrarás lo que quede de él en el horno que hay en la otra habitación.

Cánovas alzó las cejas un tanto horrorizado, pero no dijo nada. Salió a comprobarlo, haciendo que la luz de la estancia volviera a disminuir.

—¿Sabes una cosa? —le susurró Nevado a su hija, revolviéndole el cabello con dulzura—. Acabo de darme cuenta de que hay por aquí una niña que ha cumplido siete años hoy y a la que aún no he hecho ningún regalo.

Julia abrió mucho los ojos e, incluso, llegó a esbozar una débil sonrisa. Nevado sintió cómo se le fundía el corazón, literalmente. Jamás había sentido tanta paz, ni una dicha tan profunda iluminándole el alma...

—¡Aquí no hay ningún cuerpo! —gritó desde la otra habitación el agente Cánovas, arruinando el estado de honda felicidad en el que estaba asumido.

Nevado sintió entonces cómo una ráfaga de viento helado recorría su pecho, apagando de golpe la hoguera que la dicha había encendido. Con su hija en brazos, se dirigió a la estancia vecina. El agente, que lo esperaba al lado del horno, cuya puerta estaba abierta, lo contempló acercarse con una extraña expresión en el rostro. Nevado dejó a su hija en el suelo y le encargó que sujetara el candil. Luego miró en el interior del horno. Estaba vacío. Absolutamente vacío.

—Ni siquiera hay cenizas, jefe.

—Pero... eso es imposible —farfulló Nevado—. Yo mismo vi cómo empezaba a arder...

—El horno estaba cerrado —siguió explicando el agente—. Por fuera. He tenido que abrirlo yo mismo para mirar dentro. ¿Cómo cree que ha podido escapar?

Nevado se giró hacia su subalterno. Cánovas le mantuvo la mirada a duras penas, mordiéndose los labios.

—No lo sé —reconoció el inspector.

—Es como si... dentro del horno jamás hubiera ardido un hombre —se atrevió a aventurar el joven gigante.

Nevado guardó silencio, dejando que su mirada revoloteara del rostro del agente al de su hija, que permanecía a su lado sosteniendo obedientemente el candil. Luego volvieron a remontar el vuelo y se perdieron en la oscuridad que los rodeaba.

—Tal vez no fuera un hombre —murmuró.

Cánovas lo observó con curiosidad, pero su jefe no añadió nada más. Cogió a su hija de la mano y abandonaron juntos el taller, dejando al agente reflexionando sombríamente junto al horno. Fuera, amanecía. Un hermoso fulgor ámbar teñía el borde del cielo. Nevado lo contempló en silencio. No sabía cómo había logrado escapar el Monstruo. Pero sí sabía una cosa: a Valentina Claramunt, allí donde estuviera, seguían faltándole unos ojos del mismo color que ahora incendiaba el cielo. Un color de ojos que nadie más tenía en Barcelona.

Apretó con fuerza la mano de su pequeña, comprendiendo que tendría que vivir el resto de su vida con el temor a perderla clavado en el alma.

Rocamora cerró el libro. Qué cojones... Nunca se había imaginado que acabara así, de ese modo tan ambiguo, con un final que, en vez de ofrecer respuestas, planteaba más preguntas. ¿Qué pretendía sugerir Diego? ¿Qué el propio Nevado podría ser el Monstruo? Todos llevamos un monstruo dentro, ¿era eso lo que quería advertir a sus lectores? Bien mirado, ni Julia ni el agente Cánovas lograban ver al Monstruo en todo el acto. Lo único que Cánovas se encontraba cada vez que irrumpía en escena era a Nevado con un escalpelo en la mano, o cubierto de sangre hablando de cuerpos que luego no aparecían. Supuestamente el subinspector Corcoll sí que lo había visto, aunque vete a saber si al decirle a Nevado que acabara con él no se estaba refiriendo a que expulsara de su alma esa sombra maléfica. ¿Acaso era todo una metáfora? Pues vaya mierda. A Rocamora no le gustaban los finales abiertos, los desenlaces evasivos que invitaban a pensar, a seguir reflexionando sobre

lo leído una vez devuelto el libro a la estantería. Le parecían un síntoma de falta de inspiración, o de simple pereza por parte de su autor. ¿Tan difícil era ofrecerle una respuesta clara y satisfactoria a quien se había tomado la molestia de leer la historia hasta el final? A Rocamora los finales le gustaban como los casos, cerrados, que pudieran archivar para siempre y así poder olvidarlos, quitárselos de una vez de la cabeza.

Pero estaba claro que Diego pensaba que los finales abiertos enriquecían la trama, aunque en realidad era el lector quien la enriquecía con sus cábalas. Pues con él que no contara. Bastante hacía con tragarse aquellas trescientas y pico páginas, sin reparar en los detalles inverosímiles que por deformación profesional le saltaban a la vista. La forma en la que Diego manejaba el tiempo, por ejemplo, dejaba mucho que desear. ¿Cómo era posible que la escena acabara con un amanecer, si los policías habían llegado al templo como muy tarde a las doce de la noche? ¿Habían estado siete horas persiguiendo al Monstruo? ¡Venga ya! Como policía, Rocamora otorgaba a los tiempos una importancia capital. Que un crimen sucediera a una hora y no a otra podía absolver o condenar a un culpable. Si él hubiera asesorado a Diego también en aquella novela, solo habría podido darle aquel final por encima de su cadáver.

El inspector sacudió la cabeza, deshaciéndose de aquellos pensamientos. Tenía cosas más importantes sobre las que reflexionar. Consultó el reloj. Faltaban apenas unos minutos para la medianoche, para que acabase el «día después» del segundo reto, y la tercera carta aún no había llegado. No sabía qué conclusión sacar al respecto. ¿Era una buena señal o, por el contrario, debían prepararse para lo peor?

Tomó distraídamente el vaso de whisky que descansaba sobre la mesa y le propinó un largo trago. Luego dejó que su mirada vagara por el saloncito de su modesto apartamento cerca del Barrio Gótico. Lo había alquilado tras su separación sin apenas mirarlo, considerándolo poco menos que un refugio temporal en el que restañar sus heridas, pero los meses se habían acumulado y la pereza de volver a trasladarse a otro sitio, sumada al ajetreo de su rutina laboral, habían terminado por convertir aquel lugar de paso en su nuevo hogar. Y, en el fondo, si uno rebajaba sus expectativas, no estaba tan mal. Podía

decirse que le servía. Tampoco es que pensara realizar memorables fiestas en aquellos cincuenta metros cuadrados. Además, ya se había acostumbrado al barrio. Tenía el bar donde le gustaba tomarse un cortado antes de ir a la comisaría, el paki donde abastecerse de latas de conserva, pan, cerveza, patatas fritas y los obligados donuts, que componían su pirámide alimenticia, e incluso una tintorería donde hasta te planchaban la ropa. ¿Qué más necesitaba alguien como él, que estaba casi todo el día fuera y la mitad de las noches las pasaba en su despacho? De hecho, ya iba siendo hora de que aceptara que aquella iba a ser su guarida por un largo tiempo y abriera la media docena de cajas que aún seguían amontonadas en una esquina del salón, cada vez más mimetizadas con el entorno.

Apuró el whisky y echó mano al paquete de tabaco que había junto a un cenicero rebosante de colillas, pero estaba vacío. Tras arrugarlo, lo tiró al suelo con un ademán furioso. Aquel era uno de los privilegios de la soltería. Se masajeó el puente de la nariz mientras consideraba la posibilidad de llamar a Laura para ver qué tal estaba. Cogió el teléfono y buscó su número, pero finalmente volvió a dejar el aparato en la mesa. No conseguía olvidarse de las palabras que ella había dicho al enfrentarse a Diego: «Simplemente necesitaba dejar de sentirme invisible. Solo quería volver a sentir lo que es tener a un ser humano al lado...». ¿Eso había significado él para Laura?, se preguntó por enésima vez, ¿un tranquilizador contacto con la raza humana? ¿Un simple paliativo de la soledad? Y, sin embargo, él la amaba desesperadamente. Rocamora no era amigo de cursilerías, pero debía reconocer que la amaba más que a su propia vida. Como jamás había creído que sería capaz de amar.

Volvió a llenarse el vaso y, mientras saboreaba el whisky, dejó que su mente regresara al día en el que había comenzado su pequeño idilio. Al día en el que *había nadado en su piel*. Diego se encontraba impartiendo una serie de conferencias en Australia, y no volvería hasta dentro de quince días. Al enterarse de su marcha, Rocamora le había dicho a Laura que contara con él para cualquier cosa que necesitara mientras su marido estaba en la otra punta del mundo, una mera fórmula de cortesía, pero que en su caso ocultaba un significado mucho más profundo, una dolorosa verdad que, a causa de la ventisca de remordimientos que le generaba, había tardado en asumir.

Rocamora carecía de la habilidad de Diego para escribir, incluso de la del tal *Firer*, fuese quien fuese, pero, si hubiera tenido que trasladar sus sentimientos al papel, habría escrito algo parecido a «vivo esperando a que me necesites». Quizás por eso, cuando aquella noche Laura lo llamó al móvil, el corazón se le desbocó como a un adolescente. Ni un peligroso tiroteo contra terroristas, ni el descubrimiento de un crimen atroz ni ninguna otra de las tradicionales aberraciones con que se enfrentaba a diario habían conseguido agitarle tan salvajemente el pulso. Rocamora había contestado con un nudo de excitación en la garganta, más que consciente de que era algo tarde para una llamada corriente, y se había encontrado con una Laura histérica. El baño se le estaba anegando, no encontraba ningún fontanero disponible por ser domingo, y ella no tenía ni idea de cómo detener la maldita fuga antes de inundar el edificio entero. Rocamora había soltado una carcajada, mitad de alivio y mitad de ternura, y había acudido al rescate. La avería resultó tremendamente fácil de solucionar, aunque durante el proceso quedó empapado de pies a cabeza. Laura le había propuesto entonces que se quedara a cenar con Ariadna y con ella, y de ese modo podría poner su ropa en la secadora. Mientras tanto, le había prestado un chándal de Diego. Debido a que el escritor era mucho menos corpulento, la prenda le quedaba estrecha y corta de mangas y piernas, pero había vuelto su ridículo aspecto a su favor haciendo una imitación de Hulk más que aceptable, a juzgar por las carcajadas que Ariadna soltaba mientras huía de él por el pasillo. La cena había sido muy divertida, a pesar de que Laura estaba un poco más callada que de costumbre. Se la veía cansada, y sus increíbles ojos parecían tristes. Había abierto una botella de vino, y por cada copa que él tomaba, ella apuraba dos, con la mirada perdida en el vacío. Pero Ari era un torbellino que espantaba cualquier silencio melancólico que amenazara con asentarse sobre ellos. Con sus risas y sus ocurrencias consiguió sacar más de una sonrisa a su abatida madre y, de paso, conmover todavía más su curtida alma de policía. Sobre todo porque la pequeña se sentía absolutamente fascinada por su trabajo y lo miraba como si fuera un auténtico héroe.

—Entonces... si un hombre malo me ataca con un cuchillo... ¿qué tengo que hacer? —recordó Rocamora que le había preguntado, con los ojos muy

abiertos a causa de la excitación.

—Correr. Buscar ayuda —respondió él, mirando de soslayo a Laura.

—No, en serio, Gerard —se impacientó la pequeña—. Imagina que no puedo correr. Imagina que nadie puede ayudarme.

—Bueno... entonces, lo primero es no perder la calma. Mantener la cabeza fría —le dijo, asestándole un suave golpecito en la frente—. No sirve de nada gritar o llorar. Recuérdalo siempre. Eso no resolverá tu problema, al contrario. Toda la energía y el tiempo que malgastes en patalear, los perderás para buscar una solución. ¿Lo comprendes?

Ariadna asintió con tanta vehemencia, que su melena castaña aleteó sobre sus hombros.

—¿Esa filosofía de vida también podría aplicarse para comer las verduras? —preguntó Laura.

—¡Mamá!

—Lo segundo es pensar con rapidez y realizar un análisis frío de la situación —continuó Rocamora, muy serio—. ¿Qué quiere el malo? ¿Cuáles son sus intenciones?

—Hombre, si la persigue con un cuchillo no creo yo que sea para tallarle una figurita de madera... —intervino Laura.

—Mamá, *por favor*. Estamos intentando mantener una conversación seria.

Laura alzó las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento...

Rocamora dedicó un solemne cabeceo de agradecimiento a la niña, quien le correspondió elevando los ojos al cielo.

—Bien, ¿por dónde iba...? —continuó el policía—. Ah, sí. El análisis de la situación. Por un lado hemos de intentar establecer el malvado propósito del villano. No es lo mismo sospechar que quiere matarnos en el acto, lo que nos obligaría a actuar de una forma más drástica, es decir, a arriesgar más y a pensar menos, que saber con certeza que tenemos algo más de tiempo.

Aquí Rocamora hizo una pausa dramática. Ariadna esperó respetuosamente, mientras se mordía los labios, hasta que no pudo aguantar más.

—¿Y qué hacemos si tenemos más tiempo? —susurró.

—Un plan para escapar.

—Aaaah.

—Pero el plan tiene que ser lo más perfecto posible. Recuerda que nos va la vida en ello. Sin fisuras. ¿Y sabes cómo se diseña un plan así?

El cabello de Ariadna voló sobre sus hombros de un lado a otro.

—Observando. —Rocamora se señaló un ojo con el dedo—. Atentamente. Al villano, al entorno que nos rodea, ¡a todo! Hay que estudiar al malo y hacer una lista de los recursos que tiene, por ejemplo, no sé... un arma, su fuerza bruta, etcétera. Y después hay que hacer otra lista con sus puntos débiles: si es estúpido, o distraído, si tiene alguna costumbre que repite sin darse cuenta. Y, por último, tenemos que hacer una lista con los recursos con los que contamos nosotros: un clavo, los cordones de nuestros zapatos...

—¿Los cordones de nuestros zapatos? —se sorprendió la niña.

—Sí —asintió el policía—. ¿Sabías que si te atan las manos con una brida puedes cortarla con los cordones de tus zapatos sin quitártelos?

—¡Venga ya! —protestó Ariadna. Miró al policía con los ojos entornados, intentando dilucidar si le estaba tomando el pelo—. Júramelo.

Rocamora apoyó solemnemente una mano sobre su corazón.

—Lo juro.

—¡Enséñame, por favor! —le suplicó Ariadna, juntado sus manos frente a la cara—. Quiero aprender a hacer eso. Por favor, por favor, por favor...

—Mmm.. ¿y aprender a lavarse los dientes y ponerse el pijama si te han atado las manos con una brida? —preguntó Laura reflexivamente—. ¿Por qué no aprendes a hacer eso? Y sin protestar. Eso ya sería la bomba.

Al final, tras un acalorado debate, se acordó que Ariadna se lavaría los dientes y se acostaría sin protestar, siempre que él fuera a arroparla y le contara uno de sus casos más truculentos, cosa que hizo encantado. Luego volvió a vestirse con su ropa, que ya estaba seca, y regresó al salón. Para entonces, Laura ya había recogido la mesa y había abierto una segunda botella de vino. Sin preguntarle si le apetecía, sirvió un par de copas y lo invitó a sentarse en el sofá.

—Esa niña no conoce lo que es el miedo —había comentado él, con sincero asombro, antes de darle un trago a su copa.

Laura rio sin poder ocultar su orgullo.

—No sé a quién ha salido. —Cabeceó—. Es dura como una piedra. Nada la afecta, nada le hace llorar. Y cuando se le mete algo entre ceja y ceja es como un perro de presa.

—Sería una buena policía.

—Pues no te extrañe que acabe siéndolo si logra sustraerse al influjo de Diego, que no deja de atraerla hacia el lado oscuro incitándola a robar en bolsos y carteras.

—¿Qué? —preguntó él sin entender.

—Nada, una tontería de ellos. No quieras saberlo —respondió Laura, zanjando el tema con un gesto de la mano—. Pero de todos modos, ella asegura que quiere ser como tú. No sabes cómo te admira. Así que puede que acabe del otro lado de la ley. —Rio sin demasiada alegría.

Él había tenido que disimular una sonrisa al enterarse de la admiración que le profesaba Ari.

—¿Y a ti que te gustaría que fuera? —le preguntó.

Se habían sentado cada uno en un extremo del sofá, mirando al frente, pero a medida que fluía la conversación, habían empezado a rotar el cuerpo hacia el otro, de modo que ahora podían mirarse a los ojos al hablar.

—¿Feliz? —respondió Laura encogiéndose de hombros.

—Lo dices como si fuera algo imposible.

Ella desvió la mirada.

—Difícil, al menos.

Él había jugueteado un poco con su copa antes de atreverse a preguntar:

—Laura, ¿estás bien?

—Sí... ¿por qué?

—No, por nada. Me pareció que hoy estabas un poco triste.

Hermosamente triste, para ser exactos, pensó.

—¿Y por qué iba a estar triste? —le espetó ella, a la defensiva.

—Perdona. No quería... —Él había hecho un gesto vago con la mano—. Tienes razón. No es asunto mío.

—No, no... —Laura se pasó una mano por el pelo, revolviendo su melenita con impaciencia—. ¡Perdóname tú! Has venido hasta aquí, en tu día libre, para

hacer de fontanero, y encima luego te ha tocado hacer de niñera, y yo me porto así...

—No pasa nada, de verdad —le había restado importancia él.

—No, sí pasa. Sí pasa —repitió Laura, clavando la mirada en su copa de vino. Tras un par de segundos, la apuró de un trago y se sirvió otra—. Es solo que estoy cansada. —Le hizo un gesto con la botella, él le acercó la copa y ella se la llenó hasta el borde—. Muy cansada.

—El trabajo en un hospital debe de ser agotador —comentó él, sin saber muy bien qué decir.

Laura se recostó contra el respaldo recogiendo una pierna bajo la otra. Llevaba puesta una camiseta vieja que probablemente fuera de Diego, porque le quedaba al menos dos tallas más grande, y unos vaqueros gastados. Todo ello acentuaba su aire de etérea fragilidad, la transformaba en una criatura adorable, una especie de hada de incógnito entre las mujeres, y a él le costaba un enorme esfuerzo embridar sus ganas de abrazarla.

—Lo es, pero no me refiero a eso —dijo ella, dándole otro trago a su copa—. Estoy cansada de todo. De la lucha diaria. De la rutina. De las desilusiones. Yo qué sé... —Suspiró—. Sueno como la típica ama de casa insatisfecha, ¿verdad? —Rio, no sin cierta amargura. Apuró su copa de nuevo. Clavó su mirada en él—. ¿No tienes a veces la sensación de estar atrapado en una trampa que tú mismo has construido? —le preguntó.

Él le sostuvo la mirada, ahogándose lentamente en el océano ámbar de sus ojos.

—Supongo que sí, que nos pasa a todos, ¿no? —respondió.

Laura guardó silencio durante unos segundos, sin apartar sus ojos de los suyos. Y él sintió cómo el tiempo se estancaba en aquella habitación, cómo el aire se espesaba.

—¿Y no tienes a veces ganas de hacer algo que lo dinamite todo, una estupidez que haga saltar tu mundo en mil pedazos? —le preguntó, inclinándose ligeramente hacia delante.

Él no pudo evitar que su mirada se despeñara por su escote. A través del amplio cuello de la camiseta, pudo atisbar, al fondo de aquella dulce penumbra, la curva de sus senos. No llevaba sujetador. Aquella constatación

le obligó a tragar saliva.

—Si estás pensando en hacer algo ilegal, te recomiendo que no me cuentes más. Te recuerdo que soy poli —intentó bromear.

Laura dejó la copa sobre la mesa y se deslizó en el sofá hasta quedar junto a él. En los tres años que la conocía, nunca la había tenido tan cerca. Con sorprendente naturalidad, ella había rebasado la distancia de amigos y se había aventurado en la excitante distancia de los amantes, y en aquella distancia todo era más orgánico: el olor que despedía su cuerpo, el calor de su respiración, las adorables arrugas e imperfecciones de su piel, y sus ojos, aquel ámbar que ahora descubría punteado de motitas de una tonalidad más suave...

—No es ilegal —susurró ella, sin dejar de mirarle a los ojos—. Al menos, no en este país.

Y entonces, lo había besado. Sin más. Aquello con lo que llevaba soñando desde el día que la conoció dejó de repente de ser la inalcanzable fantasía que supuestamente lo mortificaría hasta su muerte y se hizo realidad, gracias a una conjunción de azares que tanto podían haberse dado como no. Pero eso lo pensaría después, durante los largos periodos de reflexión que seguirían a su ruptura. En aquel momento, apenas pudo pensar en nada. Estaba demasiado ocupado en asimilar lo que estaba sucediendo, en no resbalar de aquel presente tan increíble, tan anhelado.

El beso, aquel primer beso, que no había dejado de rememorar y analizar hasta la saciedad, había tenido varias fases. Primero había sentido los labios de Laura posándose sobre los suyos con una delicadeza extrema, y lo había desconcertado encontrarlos más tibios y blandos de lo que había imaginado; luego los había notado amoldarse a su boca, acomodarse en ella con un roce delicioso y húmedo, mientras sus manos reptaban por su nuca y sus dedos finalmente se anclaban, reteniéndolo con una afectuosa autoridad, aunque maldita la falta que hacía. Durante no supo cuánto tiempo, embriagados por el agradable contacto, habían permanecido meciéndose el uno contra el otro, de rodillas sobre la inestable superficie del sofá. Entonces ella había empezado poco a poco a saborear sus labios, a lamerlos y mordisquearlos dulcemente, como si devorase una fruta con infinita ternura. Aquello le provocó una

llamarada en el vientre, que se propagó por el resto de su cuerpo como un devastador incendio, sumiéndolo en una placentera agonía. Cuando asimiló que no estaba en mitad de alguna de sus fantasías, que Laura lo estaba besando de verdad, él contraatacó con todo el deseo que había ido incubando desde la primera vez que la vio. Espoleado por una violenta pasión, sorbió, mordió, exploró con su lengua aquella boca fresca y anhelada, mientras ella se apretaba contra él, como si quisiera acuñar sus formas en su temblorosa carne. Ansiosas, las manos de Rocamora se deslizaron bajo su camiseta, ciñeron su fina cintura con una mezcla de posesión y reverencia, y treparon la escalinata de las costillas hasta alcanzar sus pechos. Los encontró tibios y turgentes, y de un tamaño que parecía hecho para encajar en los cuencos de sus manos, en cuya palma se clavaron los puntiagudos pezones. Sus dedos los apretaron con la presión justa, logrando que ella gimiera, ronroneara y le mordiera los labios cada vez más ansiosa. Le conmovió constatar que eran sus manos, en concreto sus dedos, los responsables de las poderosísimas descargas de placer que empezaron a sacudir el cuerpo de ella. Enloquecido, una de sus manos bajó entonces hacia la cremallera de su pantalón y empezó a manipularla torpemente, mientras sentía cómo ella se retorció cada vez más. Sin la necesaria paciencia para franquear la cremallera, él introdujo la mano por la cintura de su pantalón y estiró los dedos en busca del húmedo fuego que ardía bajo la tela, pero, antes de poder alcanzarlo, Laura se separó bruscamente de él.

—Espera, espera... —exclamó, mientras se ovillaba en el otro extremo del sofá—. Oh, Dios... ¿Qué estoy haciendo? —Se pasó una mano por el rostro y lo miró con expresión aturdida—. Lo siento... Por favor, perdóname, Gerard —balbuceó, entre confusa y angustiada—. Creo que he bebido demasiado. Me voy a dormir. Sabes dónde está la salida, ¿verdad?

Y sin darle tiempo a responder, salió corriendo del salón, abandonándolo allí. Él permaneció varios minutos en la misma postura, ligeramente inclinado en mitad del sofá, con expresión desvalida, mientras un súbito frío lo envolvía. Intentaba digerir lo que acababa de suceder. Finalmente, se levantó y permaneció un par de minutos más en medio del salón, como si hubiera perdido la memoria, como si no supiera quién era ni dónde estaba, hasta que

cogió su abrigo del perchero y se dirigió a la puerta. Colocó la mano sobre el pomo, pero no lo giró. Miró por encima del hombro la habitación que acababa de abandonar. Allí estaba el sofá en el que se habían besado, la tela mostrando la huella de dos cuerpos entrelazados. En la mesita, dos copas de vino sin acabar. A la izquierda, anegado en penumbra, el pasillo que conducía al dormitorio de la mujer de su amigo. Un silencio expectante gravitaba sobre la casa. Aún tenía el sabor de Laura en su boca, su calor en la punta de los dedos. Soltó el pomo y, con paso decidido, cruzó el salón, enfiló el pasillo, pasó ante el dormitorio de Ari y se detuvo ante la puerta del dormitorio conyugal. Colocó la mano sobre aquel otro pomo, un pomo que al girarlo no le haría abandonar la escena, que no le permitiría poner fin a lo que apenas había empezado. Si giraba aquel pomo iniciaría algo que no podía ser, algo que tendría consecuencias impredecibles. Apretó los dientes. Me voy, se dijo. Pero su mano le contradijo y giró el pomo. El dormitorio se encontraba a oscuras. Laura estaba tumbada boca abajo en la cama, llorando. Al oírlo, levantó la cabeza y miró hacia la puerta. En la oscuridad, él solo alcanzó a distinguir su silueta de pantera y sus ojos, flotando en la negrura como dos llamas refulgentes, fijos en él, hambrientos. Y él había cerrado la puerta a su espalda y avanzado en la oscuridad, guiándose por aquel resplandor ámbar. Un navío maltrecho, desarbolado por mil tormentas, que por fin llega a puerto.

El teléfono desbarató su ensoñación. Olaya. Rocamora carraspeó, aclarándose la garganta antes de gruñir su nombre en tono desabrido.

—Tengo dos noticias, una buena y una mala —canturreó Olaya, indiferente a su aspereza—. ¿Cuál quieres saber primero?

—La que te salga de los huevos.

—Vale, pues la mala. Ha llegado la tercera carta. Hace unos minutos, justo antes de la medianoche. El Monstruo ha cumplido con la tradición, aunque por los pelos.

Rocamora se frotó la frente, conteniendo un suspiro de hartazgo.

—De acuerdo... ¿Y cuál es el reto?

—Arce tendrá que sacarse los ojos con una cuchara.

—Joder.

—Si no cazamos al Monstruo antes de tres días, claro.

—Joder, joder, joder...

—No te pongas histérico, Gerard, ¡todavía no te he dicho la buena noticia!

—¿Y a qué esperas? —gruñó Rocamora.

—A nada, ahí va: la buena noticia es que tal vez cacemos al Monstruo esta misma noche.

Realizó una pausa dramática que encrespó los nervios de Rocamora hasta cotas nunca antes alcanzadas.

—Mira, Marc, comprendo que ahora eres mi jefe, pero, o me dices sin rodeos de qué cojones estás hablando, o te juro que te meteré la puta placa por el...

—Eh, eh, esa no es forma de hablar a tu jefe, como bien has señalado —le advirtió Olaya de buen humor—. Aun así, no te lo tendré en cuenta porque esta buena noticia también es mérito tuyo. En parte. Que conste que a mí me gusta reconocer los logros de mis subalternos, y al César lo que es del César...

—Marc, me cago en...

—Vale, vale. Hemos encontrado algo. Riera lo ha encontrado, para ser más exactos. Nuestro joven y risueño agente, siguiendo alguna de tus vagas y caóticas indicaciones, decidió investigar más a fondo el pasado de Helena Rosell y logró localizar a una profesora de su antiguo colegio. Y adivina qué: Helenita fue una niña muy muy mala. Detestable, diría yo. Cuando tenía unos doce años de edad, se obsesionó con una compañera de clase de forma tan enfermiza que los padres de la otra niña, asustados, amenazaron con denunciarla. Al final, la cosa quedó en nada porque el centro, para evitar el escándalo, medió entre las dos familias. Helena fue expulsada y se echó tierra sobre el asunto. No quedó constancia de ello en ningún expediente, por eso no tiene antecedentes de ningún tipo. Pero esa profesora le contó a Riera que Helena Rosell era una niña escalofriante. Antes del incidente que le costó la expulsión, ya había presentado actitudes obsesivas con otras compañeras, pero con aquella última se le fue definitivamente la pinza. Hacía cosas espeluznantes, como dejar en la taquilla de su amiga un tampón usado envuelto en papel de regalo, y otras lindezas por el estilo. En fin, el romanticismo

hecho mujer. La otra niña necesitó ayuda psicológica para superarlo.

—Ajá... —dijo Rocamora cuando Olaya terminó.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¡Acabamos de obtener un perfil psicológico y un móvil! Si Helena Rosell tiene un desorden de personalidad, y está obsesionada con Laura Arce, sería lógico pensar que ha montado toda esta locura para destruir a su principal rival: el marido de su amiga. Tal vez se le ha metido en esa locuela cabecita suya que, si Diego Arce desaparece de la ecuación, ella tendrá alguna posibilidad con Laura. Y por eso ha ideado este plan enfermizo en las que tiene todas las de ganar. Si Diego realiza el tercer reto, quedará ciego y traumatizado para el resto de su vida. Se convertirá en una carga para Laura, una condena. Y si no lo consigue, Laura jamás lo perdonará. De cualquier de las dos maneras, Laura necesitará una amiga a su lado, una *buena* amiga...

—Marc, estás basándote otra vez en la misma teoría en la que sustentaste tus sospechas sobre Julián Bassol. Alguien obsesionado con Laura que quiere deshacerse del marido. Y no parece muy probable que Julián fuera el Monstruo. Entre otras cosas, porque acaba de llegar la tercera carta, y Julián está muerto. ¿Has pensado en eso? ¿Y ahora quieres seguir por el mismo camino? ¿De verdad crees que alguien que amara tanto a Laura, aunque fuera de forma malsana, podría estar haciéndole esto a ella y a su hija, solo por conseguirla?

—Si estuviera como un cencerro, ¿por qué no?

—¡Quien está haciendo esto quiere destruir a Diego Arce! Esto es una venganza exclusivamente contra él. Laura no entra en la ecuación, solo es un daño colateral. Siempre lo he visto así. Deberíamos centrarnos en buscar a alguien que odie a Diego.

—¿Como, por ejemplo, sus antiguos alumnos? —preguntó Olaya, con mal disimulada sorna—. ¿No has hecho perder ya suficiente tiempo a esta unidad con tus desvaríos, Gerard?

—No me jodas —amenazó Rocamora.

—No me creo que no lo veas —se desesperó su nuevo jefe—. ¡Quien está haciendo esto no busca simplemente destruir a Arce! ¡Quiere destruir a una familia entera! Aniquilarla sin posibilidad de reconstrucción. Y no seas

cabezota. Esos alumnos tienen coartadas, tanto para la noche del secuestro como para la noche del asesinato de Julián.

—Cualquiera puede armar una coartada falsa con un poco de ingenio —gruñó Rocamora.

—Me temo que tu amistad con Arce te ha contagiado de una visión demasiado novelesca de nuestro trabajo —dijo Olaya pesaroso—. Te recuerdo que, en la vida real, las coartadas son coartadas. Y que son muy útiles para exculpar a posibles sospechosos. Para eso sirven.

—Y el hecho de que Pelayo Martorell sea íntimo amigo de tu suegro no ha influido negativamente en tu criterio policial, ¿verdad?

—Pasaré por alto esa desafortunada observación, Gerard. De todas formas, no me has dejado acabar. Tenemos más cosas contra Helena Rosell. Hemos descubierto que hace unos meses su empresa de limpieza firmó un contrato con el grupo empresarial Gruzabel. Este grupo tiene varios negocios entre los que se encuentra principalmente una pequeña editorial, pero hace poco se expandieron abriendo una cadena de librerías café. Ya sabes, esos locales tan de moda en los que además de comprar un libro puedes tomarte algo... —Hizo una pausa dramática—. Y que tienen ordenadores para el uso de sus clientes. Con servicio de escáner.

Se produjo un tenso silencio.

—Las cartas son enviadas desde una IP irrastreable —masculló al fin Rocamora, a regañadientes.

—Así es. Y si tenemos en cuenta que las dos últimas cartas han sido escaneadas y enviadas en horarios no comerciales, cuando ningún negocio de este tipo está abierto al público, y que Helena posiblemente dispone de la llave maestra de los locales que su empresa se encarga de limpiar... En fin. Blanco y en botella, querido.

Rocamora dejó escapar un hondo suspiro.

—Vale. Dices que la tercera carta ha sido enviada hace unos minutos. Puedo comprobar si Helena ha salido de casa esta noche. Laura se ha ido a dormir con ella.

—¿Qué?

—Sí, bueno, ha discutido con Diego y...

—¿Laura está en casa de Helena Rosell? —lo interrumpió Olaya, con voz tensa.

—Sí.

—¡Llámalas y dile que salga de ahí inmediatamente!

—Espera, espera, no nos precipitemos. ¿Quién está siendo el novelero ahora? Todavía no sabemos si Helena ha salido de su casa. Puede que no se haya separado de Laura en toda la noche.

—¿Ni para ir al baño? El domicilio de Rosell está a cinco minutos caminando de uno de los locales de esa cadena. No voy a arriesgarme.

—Pero...

—¡Joder, Gerard! —le gritó Olaya, perdiendo la paciencia—. ¡Ahora soy yo quien está al mando de la unidad! ¡Y no voy a permitir que se lleven el mérito todos esos imbéciles que se han unido a la fiesta a última hora! Este caso lo vamos a resolver nosotros, y lo vamos a hacer a mi manera. Helena Rosell tiene un móvil para el crimen, ha tenido la oportunidad y no tiene coartada. Motivos más que suficientes para arrestarla. Reconócelo de una puta vez. O no lo hagas, me da igual. Ahora mando yo, y voy a ir a por esa tía. Pero, antes, tenemos que sacar a Laura de allí. Llámalas y que ponga cualquier excusa para largarse. Es una orden. Pero recuerda... es muy importante que Helena no sospeche nada. Podría ser peligrosa si de pronto se viera acorralada. Muy peligrosa.

Infiernos particulares

A Laura le resultaba imposible conciliar el sueño. Estaba deseando poner fin a aquel terrible día, pero no dejaba de dar vueltas en el hipersensible sofá-cama de Helena, que entonaba una sinfonía de chirridos cada vez que movía una ceja. Aunque la causa principal no era el maltrecho estado del somier, sino el carrusel de preguntas que giraba enloquecido en su cabeza: ¿por qué no había llegado la tercera carta? ¿Qué significaba eso? ¿Dónde estaba Ariadna? ¿Por qué se había acostado con Rocamora?

Esto último se lo había preguntado frecuentemente durante los meses que siguieron al fin de su breve romance con el policía, pero nunca había encontrado una respuesta satisfactoria. Y ahora la pregunta volvía a salir a flote porque Diego lo había descubierto. Laura no podía dejar de recordar la mirada de su marido. Jamás había visto tanto dolor concentrado en unos ojos. ¿Y qué podía haberle dicho ella? Solo justificarse, culparle a él de empujarla indirectamente hacia los brazos de su mejor amigo. Pero aunque eso la disculpara ante el mundo, jamás había logrado disculparla ante sí misma.

Apenas unos días antes de que Diego se fuera a Australia, habían tenido una bronca de escala seis, como llamaban a las discusiones que acababan en un cruel intercambio de reproches, todos convenientemente exagerados para causar el mayor daño posible al contrario. Para que el filo de la espada

penetrara por alguna rendija de la armadura del otro, como decía Diego. El motivo era lo de menos, ahora ni siquiera lo recordaba. Lo importante era que por aquella época les resultaba casi imposible no discutir al menos dos o tres veces al día. Diego estaba más huraño y reconcentrado en sí mismo que de costumbre. *Los peces abisales*, la novela donde había volcado todo el talento que creía poseer, empezaba a revelarse como el mayor fracaso de su carrera, y las insistentes presiones de Tejada para que hiciera regresar al Monstruo, que tanto lo agobiaban, habían mudado en un ostensible ninguneo que amenazaba con desquiciarlo.

Sabiendo lo que sabía ahora, Laura comprendía mucho mejor el tormento por el que había atravesado su marido. Ahora que conocía el terrorífico origen del Monstruo, no le costaba imaginar su angustia ante la idea de abrir el cajón de su escritorio, donde lo tenía encerrado, para traerlo de nuevo a la vida. Escribir había sido para Diego mucho más que un modo de conseguir la admiración de los demás, como hasta entonces ella había pensado. Escribir había sido el arma más efectiva que había encontrado para combatir el terror que lo acosaba desde aquella maldita sesión de ouija. Para vencer a sus monstruos, aunque en su caso, literalmente. Pero tras aquel último fracaso, si quería seguir publicando, tendría que liberarlo. Sí, ahora comprendía que ante aquella ironía del destino el carácter de su marido se hubiera agriado. Ahora comprendía su necesidad de evadirse de la realidad, su mal humor, su nerviosismo, sus mentiras, su reserva... Ahora lo comprendía todo.

Pero ¿cómo habría podido comprenderlo entonces? ¿Tenía que haberlo adivinado? Había sido el propio Diego quien la había excluido de su tormento, quien había decidido cargar solo con su cruz. Y si él había sufrido, ella también. Mucho. Y no por propia decisión. Laura había pasado los últimos años creyendo que no significaba nada para su marido, intentando justificar su distanciamiento igual que había intentado justificar la falta de instinto paternal de sus padres, igual que intentaba justificar siempre a todos aquellos que le hacían daño. Demasiados años creyendo que no era digna de formar parte de la vida interior de Diego, que había una habitación en su alma en la que ella no podía entrar, porque él mismo la había cerrado. Fuera lo que fuera lo que guardaba allí dentro, no la consideraba merecedora de

compartirlo con él. Y eso la había destrozado porque desde el momento en que decidieron entrelazar sus vidas ella le había abierto de par en par su alma. ¿No consistía en eso el amor, en aquella entrega kamikaze al otro? Ella sí lo entendía, y por eso aquel terreno vedado que le impedía conocer a Diego en su totalidad la había vuelto loca. Hasta el punto de necesitar buscar consuelo en otros brazos. ¿Y ahora tenía que sentirse culpable por ello?

Por supuesto que no había obrado bien. Eso lo sabía de sobra. Lo había sabido siempre. Se había arrepentido de aquel primer beso que lo empezó todo inmediatamente después de darlo, pero cuando Gerard había entrado en su habitación haciendo sonar los cascabeles de su soledad y la había mirado con aquella salvaje expresión de deseo, como si fuera a inhalarla, como si la quisiera entera, desde la carne a los huesos, desde la risa a los recuerdos, como jamás la había mirado Diego, ella no había sabido resistirse... Había querido probar aquel deseo desesperado y reverente que, como vino en una barrica, habría fermentado en el interior del policía durante tres años. Y después de aquella primera vez, aunque pareciera un contrasentido, había sido el propio sentimiento de vergüenza y arrepentimiento el que la había impulsado a continuar. Tener otros encuentros con Gerard —no recordaba cuantos, tres o cuatro, toda aquella etapa de su vida parecía como si la hubiera vivido otra persona— había sido su forma de sublimar un vulgar desliz de la carne en una relación más elevada, más espiritual y digna. Era fácil no sentirse tan culpable, tan *sucia*, cuando Gerard la miraba rendidamente enamorado, cuando después de hacer el amor, el rudo policía se abrazaba a su cuerpo temblando como un niño. Era fácil dejarse adorar y creer que aquello no dependía de ella, que ser una diosa no era algo que uno elegía, que el amor verdadero arrasaba con todo a su paso y era imposible luchar contra él.

Hasta que no había tenido más remedio que reconocer que no amaba a Gerard. No sentía nada por él. ¿Entonces, qué coño estaba haciendo? Lo estaba utilizando, por supuesto. Amaba a Diego, a pesar de todo, y no sabía si algún día podría dejar de amarlo. Así que, al sufrimiento que habitualmente le producía el comportamiento de su marido, había tenido que sumar la culpabilidad que le provocaba, primero, su adulterio, y, segundo, el daño que le había causado a Gerard. ¡Todo ese dolor redoblado había recaído sobre sus

frágiles hombros! Y entonces, apenas unos meses después, habían secuestrado a su hija, la única razón que encontraba esos días para levantarse por las mañanas. ¡Y ahora Diego se permitía el lujo de irrumpir en casa como un ángel justiciero! ¡Pidiendo explicaciones! ¡Asestando puñetazos! Como si ella no hubiera vivido su propio infierno. Como si él no la hubiera engañado durante doce años.

Como si algo de eso importara ahora.

Porque nada de todo eso importaba ahora, se repitió. Nada. Lo único que necesitaba era que Ari regresara, que Rocamora o quien fuera entrara por la puerta con ella en los brazos, sana y salva, sin heridas más allá de algunos rasguños, quizás un poco asustada por la desagradable experiencia, pero sin traumas que la condenaran a una existencia retraída y temerosa, que la obligaran a crecer torcida. Después, cuando el mundo volviera a recuperar su cordura y su calma, ya tendría tiempo de ocuparse de sí misma, de reflexionar sobre su amor por Diego.

En ese instante, sonó su móvil. Rocamora. Hablar con él ahora era lo que menos le apetecía, pero aun así lo cogió. No podía descartar que la llamara con alguna novedad sobre el caso.

—¿Sí? —susurró, incorporándose apenas en el sofá-cama que Helena había desplegado en el diminuto salón de su piso.

—Escúchame atentamente y no hagas preguntas, solo contesta sí o no — dijo Rocamora con voz grave—. ¿De acuerdo?

—Pero...

—Por favor, Laura... Solo sí o no. ¿De acuerdo?

—Sí —claudicó ella, sintiendo cómo el cuerpo se le tensaba inevitablemente.

—¿Estás con Helena en estos momentos?

—No.

—¿Puede oírte?

—No, no creo... —murmuró, bajando aún más la voz.

—Vale. Dime dónde está ella y dónde estás tú.

—Eh... yo estoy en el salón, acostada en el sofá-cama. Y Helena está en su habitación. ¿Qué pasa, Gerard? Me estás asustando.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora voy a hacerte una última pregunta. Y es muy importante que pienses bien la respuesta. ¿Helena y tú os habéis separado en algún momento esta noche? Quiero que pienses bien si Helena ha podido bajar a la calle entre las once y las doce de la noche, aunque sean cinco minutos.

—Yo... —Laura frunció el ceño, intentando recordar—. Creo que no. Sobre las diez pedimos comida china por teléfono. Nos la comimos en el salón, mientras veíamos una película. Al terminar, Helena me ayudó a abrir el sofá-cama, nos dimos las buenas noches, y ella se fue a su habitación. Serían las once y media...

—¿Tomaste una ducha antes de irte a dormir, o estuviste mucho rato en el baño, de manera que ella pudiera haber salido a la calle sin que tú lo supieras?

—No, no, solo me lavé los dientes —dijo Laura, cada vez más molesta por el absurdo interrogatorio—. Gerard, por favor, dime de qué va todo esto.

—Y para salir a la calle, ¿Helena tiene que pasar forzosamente por el salón?

—Sí, este es un piso muy pequeño —respondió, nerviosa. Se levantó de la cama evitando hacer ruido y empezó a pasear por el saloncito—. Prácticamente se ve la puerta de entrada desde cualquier rincón de la vivienda. Gerard, *por favor*, ¿qué pasa? —le preguntó en tono de súplica.

—Nada, parece que nada, gracias a Dios —contestó el policía con un suspiro—. Si me dices que Helena no ha salido de casa...

—No, no... ay, espera. —Laura se detuvo de repente en mitad de uno de sus paseos, a la altura de la barra que separaba la cocina americana del salón—. Qué tonta, se me había olvidado —murmuró observando el cubo de basura—. Helena salió a bajar la basura. Dijo que no quería dejar en el piso los restos de comida china, para que no me molestara el olor durante la noche.

Se produjo un breve y tenso silencio.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Rocamora con voz ahogada.

—Entre las once y media y las doce menos cuarto, más o menos...

—¿Y cuánto tiempo tardó en regresar?

—¡Yo qué sé, Gerard! —explotó Laura, elevando la voz—. ¡Cinco

minutos, diez, quince! ¿Qué más da? —Caminó hacia la ventana, masajeándose la frente, intentando calmarse—. No lo recuerdo. Tal vez quince. Llegó jadeando y me dijo no sé qué del ascensor... No le presté mucha atención, la verdad.

—Laura, *tienes* que salir de ahí. Ahora mismo.

—Gerard, no voy a mover un dedo hasta que no me digas qué está pasando.

—Olaya va a arrestar a Helena.

—¿Qué?

—Por favor, no levantes la voz —le suplicó Rocamora.

—Gerard...

—Laura, amor mío, Laura... —invocó el policía en un ronco susurro—, te juro que más tarde te daré todos los detalles, pero ahora tienes que confiar en mí y hacer exactamente lo que te diga. *Por favor*.

Algo en el tono del policía la instó a obedecer.

—Vale —claudicó.

—Bien. Escúchame. Hemos encontrado algunos indicios que perfilan a Helena como sospechosa del secuestro de Ari. No sabemos si es peligrosa. Por eso quiero que salgas de allí. Inmediatamente. Vamos a arrestarla, pero es mejor que no estés presente cuando eso suceda, por si acaso. Busca alguna excusa y sal de allí con naturalidad. Yo estoy de camino. Te recogeré en la calle en diez minutos.

—No entiendo nada, Gerard —gimió Laura.

—Por favor, haz lo que te he dicho. Y date prisa.

—De acuerdo, de acuerdo...

Laura colgó el teléfono y se dio la vuelta, dispuesta a cumplir la orden que Rocamora le había dado, pero se detuvo en seco. En la penumbra del salón, distinguió una figura enorme junto a la puerta, observándola con los brazos colgando a los costados. Concentrada en la conversación con el policía, no la había oído entrar. Tuvo que reprimir un grito.

—¿Qué pasa, Lauri?

—Eh... no, nada, nada —respondió Laura con una sonrisa forzada—, estaba hablando con Gerard.

Le mostró tontamente el móvil, pero se dio cuenta de que la mano le temblaba y enseguida la bajó, apretando el aparato contra su muslo desnudo. Helena dio un par de pasos hacia ella.

—¿Hay noticias sobre Ariadna? —le preguntó en tono solícito.

—No, no. Era una llamada personal. Para saber cómo me encontraba. Ya sabes... por lo de *antes*.

—Ay, ¡hombres! —Helena elevó las manos hacia el cielo—. ¿Y te llama solo para eso? ¡Seguro que se te ha parado el corazón cuando ha sonado el móvil! Pensarías que eran noticias de Ari, ¿verdad? Pobrecita... Pero ellos no piensan esas cosas, no, solo piensan en sí mismos. ¿Cómo pueden ser tan egoístas? Dame ese teléfono, anda —le dijo, dando otro par de pasos hacia ella y tendiéndole una de sus manazas—. Yo te filtraré las llamadas. Si hay algo importante, te avisaré. Así podrás descansar.

Laura retrocedió instintivamente, protegiendo el teléfono contra su pecho.

—No, no...

Helena la miró llena de asombro.

—Lauri, ¿te encuentras bien? Estás terriblemente pálida.

—Estoy bien, en serio. —Laura bajó la cabeza y se mordió los labios, haciendo un esfuerzo por rehacerse—. Es solo que no consigo dormir —explicó, mirando de nuevo a su amiga y sonriéndole lo más animosamente que pudo—. Estoy preocupada porque no ha llegado la tercera carta.

—¿No ha llegado todavía? —se sorprendió Helena.

—Bueno, Gerard no me ha dicho nada, así que supongo que no.

Helena la miró con el ceño fruncido durante unos segundos, y después sacudió la cabeza, como apartando un pensamiento inconveniente.

—Es muy raro, eso es cierto... pero no te preocupes antes de tiempo. ¡Seguro que es una buena señal!

Laura asintió con la cabeza.

—Ya... intento verlo de ese modo, te lo juro. ¡Pero es que son tantas cosas! Y también me preocupa Diego, solo en casa... —confesó Laura mientras se encogía de hombros en ademán de disculpa.

—No está solo, está con su hermano —le recordó suavemente Helena.

—Sí, sí... ya lo sé —suspiró Laura—. Y sigo estando de acuerdo en todo

lo que hemos hablado antes, ¿vale? Cada vez tengo más claro que nuestro matrimonio no tiene ningún futuro. Pero también creo que ahora debería estar junto a él. Al menos hasta que nuestra hija vuelva a casa. Debemos permanecer unidos en este trance. Simplemente porque es lo correcto. Y porque es lo que Ari querría. ¿Lo entiendes, verdad?

Helena dibujó una sonrisa compasiva.

—Qué buena eres, Lauri. Nunca he conocido a nadie como tú.

—¡Tú sí que eres buena! —Sonrió ella—. Y te portas tan bien conmigo... pero ahora debo ir a su lado. Por favor, dime que me entiendes.

—¡Pues claro que sí, tonta! —la tranquilizó Helena—. Mira, vamos a hacer una cosa. Me visto en cinco minutos y te llevo en coche, ¿vale? Prefiero acompañarte por si acaso te recibe como un energúmeno...

—¡No, no! —la detuvo Laura. La otra se giró sorprendida—. Verás, es que he quedado con Gerard para que venga a recogerme.

—¿*Gerard* viene a recogerte?

—Sí. Resulta que estaba cerca de aquí, y... bueno, pensé que tú estabas dormida. Además, creo que debo tener una conversación con él. Ya sabes. No quiero que se haga ilusiones. Me gustaría dejarle claro que cuando todo esto termine voy a estar sola un tiempo. —Se acercó a Helena y le colocó una mano sobre el robusto brazo—. Bueno, no sola del todo, claro. Con mi hija, y con alguna buena amiga.

Logró acompañar la última frase con su sonrisa más zalamera, y Helena se derritió.

—No creo que te haga bien volver a ver a ninguno de los dos esta noche, pero si eso es lo que quieres... —respondió la mujer, dubitativa.

—Sí, eso es lo que quiero —le confirmó Laura, ensanchando aún más su sonrisa y dándole un cálido apretón en el brazo—. Estaré bien, pesada. Te lo prometo.

Anunció que iba al baño a vestirse y empezó a recoger su ropa de la silla donde la había amontonado al acostarse. Helena la observaba mordiéndose los labios.

—¿Quieres que te recoja el resto de tus cosas? —le preguntó.

—Eres un sol.

Laura entró en el baño todavía sonriendo, pero borró su sonrisa en cuanto cerró la puerta tras de sí. Estudió su asustado y nervioso rostro en el espejo. Abrió el grifo y dejó correr el agua hasta que empezó a salir helada. Entonces se humedeció la cara. Necesita despejarse. ¿Sospecharía algo Helena? Creía haber actuado con naturalidad, pero no estaba segura. Ella era pediatra, no actriz. Sentía el corazón repiqueteándole en el pecho con una fuerza inusitada.

¿Era Helena el Monstruo? Le costaba aceptarlo, pero eso era lo que le había dado a entender Gerard. ¿Cómo podía haberse equivocado tanto con ella? Recordó la primera conversación que habían mantenido, mientras tomaban café cerca de la zapatería en la que habían luchado a brazo partido por el mismo zapato. Apenas se habían sentado, cuando Helena ya le estaba hablando de su desdichada infancia. A Laura no le había sorprendido. Solía provocar ese efecto en la gente, la imperiosa necesidad de contarles su vida, de desahogarse, de vomitar sus frustraciones encima de ella, así que Laura se había cruzado de brazos y había hecho lo que mejor se le daba: escuchar, escuchar a aquella desconocida que la vida le había puesto delante hablar de una niña gordita a la que las compañeras hacían *bullying*. Para cuando terminó aquella retahíla de recuerdos, la mayoría borrosos, pues su mente los había borrado como defensa, Laura ya había decidido convertirse en su amiga, en la amiga que aquella desconocida estaba pidiendo a gritos. Ahora, al recordar aquella escena bajo las nuevas circunstancias, Laura no pudo evitar preguntarse si Helena había hecho todo aquello deliberadamente —fingir que se había encaprichado del mismo zapato, abrirle el corazón a las primeras de cambio, mostrarse como una mujer desnortada y desvalida—, como parte de un plan para introducirse en su vida con oscuros propósitos.

Sacudió la cabeza. No, aquello no tenía sentido. Era demasiado retorcido. Se estaba volviendo paranoica. Sin embargo, la policía se dirigía hacia allí para detenerla. Si Helena era culpable —y por Dios que ahora lo parecía— y se sabía descubierta antes de que llegaran los agentes, probablemente actuara a la desesperada. No sabemos si es peligrosa, recordó que había dicho Gerard, y sintió miedo, aunque no por su vida, sino por la de Ariadna. No tenía ni idea de dónde podía tenerla encerrada —estaba claro que en su minúsculo piso no—, pero si lograba escapar y llegar antes que la policía a

donde la escondía...

Por un instante, Laura sintió que le hervía la sangre. Si era verdad que aquella loca había secuestrado a Ari, iba a arrepentirse de haber nacido, pensó. Se le ocurrió coger un cuchillo de la cocina y revelarles que lo sabía todo, y luego amenazarla para que la llevara al escondrijo donde retenía a su hija. Pero enseguida comprendió que contra Helena, el doble de alta y corpulenta que ella, tenía las de perder. Su amiga podría dejarla fuera de combate fácilmente, por mucho cuchillo que enarbolara. Y después ir a por su hija, probablemente cabreada por su actitud. No, no, aquel no era un buen plan. Era mucho más sensato seguir las instrucciones de Rocamora e intentar salir de la casa sin que sospechara nada. Dejar que la policía hiciera su trabajo. Además, no podía descartar del todo la posibilidad de que Helena no fuera culpable. Aunque lo cierto era que ya no sabía qué pensar. Estaba demasiado confundida. Cerró el grifo y se vistió con rapidez.

Cuando regresó al salón, se encontró a Helena sentada en el sofá cama, con la bolsa a sus pies. Al verla entrar, su amiga le dedicó una mirada lastrada de tristeza.

—Oh, ya me has hecho la bolsa... Gracias. Eres un encanto —dijo ella intentando parecer natural, mientras la tomaba del suelo.

Helena seguía sin decir nada. Se limitaba a observarla con aquella mirada inexpresiva, inquietante. Laura abrazó su bolsa contra el pecho, sin saber qué decir.

—Bueno, me voy... Gerard ya estará abajo. Te llamo mañana para contarte.

Helena continuó en silencio unos instantes más, y Laura se sintió fatal por mentirle de ese modo. ¿Y si fuera inocente? Siempre se había portado tan bien con ella... Entonces se acordó de Ari. Todo aquello lo estaba haciendo por ella. Y Helena, fuera como fuese, tendría que entenderlo. Se dirigió hacia la puerta, pero apenas había dado unos pasos, cuando escuchó la voz de Helena a sus espaldas:

—¿Y adónde me llamarás? ¿A comisaría?

—¿Q-qué? —balbució mientras se giraba.

Helena se había levantado y avanzaba hacia ella mostrándole algo que llevaba en la mano. Laura reconoció su móvil.

—Te ha llegado un wasap de Rocamora mientras estabas en el baño —le dijo, sin ninguna entonación—. He intentado avisarte, pero con el grifo abierto no me oías. Así que lo he leído, por si era algo urgente... ¿Quieres saber qué ha escrito tu antiguo amante? —Miró la pantalla y leyó con voz monocorde—: «Estoy abajo. Recuerda, es importante que Helena no sospeche nada. En cinco minutos llegarán para arrestarla».

Laura dio un paso hacia atrás. Sintió cómo su espalda chocaba contra la puerta de entrada. Buscó el pomo con una de sus manos sin dejar de mirar a su amiga, ocultando la maniobra con su propio cuerpo.

—Helena, yo... —balbuceó.

Su amiga la observaba hierática.

—¿Qué significa esto? —le preguntó, inclinando levemente su cabezota hacia un lado, como un búho gigantesco.

—Helena...

—No entiendo qué significa esto, Lauri —murmuró su amiga, como si hablara consigo misma, frunciendo el ceño.

—Déjame que te lo...

—¡¡Que cojones significa esto!! —estalló Helena, tirando el móvil contra la pared—. ¿Crees que yo soy el Monstruo? ¿Crees que he sido yo quien ha secuestrado a tu hija? ¿Eso es lo que crees?

—No, Helena, yo no... —intentó calmarla Laura, apretándose contra la puerta.

—¡Después de todo lo que he hecho por ti! ¡Eres una egoísta, una niñata malcriada! Todas sois iguales —escupió con desprecio—. Os creéis superiores con vuestra belleza, con vuestros aires de princesas. Me utilizáis, como si fuera vuestra criada. Pobre Helena, tan gorda y tan fea... Seguro que a ella le basta con respirar el mismo aire que nosotras. ¡Pero yo tengo sentimientos! ¿Te enteras? ¡TENGO SENTIMIENTOS!

De una brazada, Helena barrió la docena de adornos que se apostaban tranquilamente sobre un mueblecito, y un tumulto de cachivaches entre horteras e inútiles se estrelló contra el suelo, rompiéndose o rodando en todas direcciones. Laura se encogió aún más contra la puerta, aterrada ante aquel arrebato de furia.

—¿Te enteras, desagradecida de mierda? —prosiguió su amiga. Descolgó un cuadro de la pared de un manotazo, y, no contenta con eso, se dirigió a una estantería que intentaba pasar desapercibida en una esquina—. ¡Sois todas unas desagradecidas! ¡Unas putas egoístas que no sabéis valorar a quien os quiere de verdad! ¡Todas sois iguales!

Laura aprovechó que Helena estaba entretenida en achicar los objetos de la estantería con furiosos manotazos, para darse a la fuga. Se volvió, abrió la puerta y abandonó el piso a la carrera.

—¡Laura! —la reclamó Helena.

Sin tiempo para esperar el ascensor, Laura enfiló la escalera y empezó a bajar todo lo deprisa que pudo. Una mirada por encima del hombro le confirmó que Helena había salido del piso y emprendido la persecución. La oyó unos metros a su espalda, ruidosa como un rinoceronte desbocado. Como un Monstruo salido de una pesadilla.

—¿Dónde crees que vas, Lauri?

Laura bajaba los escalones de dos en dos, con el corazón enloquecido y la maldita bolsa ralentizando su carrera.

—¡Gerard! ¡Gerard! ¡Socorro! —gritó, sintiendo a Helena cada vez más cerca.

Entonces, uno de sus pies no logró asentarse bien sobre un peldaño y trastabilló. Sin poder impedirlo, sintió cómo todo su cuerpo se despeñaba hacia delante. Intentó amortiguar la caída tendiendo las manos, pero la bolsa le impidió hacerlo, y al instante siguiente se descubrió rodando sin control escalera abajo, ridículamente abrazada al equipaje. Sintió el canto de los escalones clavándose con saña contra su cuerpo, quebrándole las costillas, desbaratándole la articulación del codo derecho, y finalmente sintió su cráneo golpeando con fuerza contra una de las paredes. Mientras una marea oscura se cernía sobre ella, escuchó a Helena gritando su nombre desde unos metros más arriba, y también creyó oír a Rocamora llamándola desde abajo, hasta que un bullicio de sirenas absorbió cualquier otro sonido y la condujo hacia la negra paz de la inconsciencia.

28

Un triste antídoto

Sentado en la parada del autobús, Diego sonreía feliz. Hacía mucho que no sonreía así. Casi podría decirse que jamás lo había hecho, al menos no con la seguridad de saberse realmente feliz. Siempre había sido de los que sostenían que la felicidad completa no existía, que el hombre solo podía aspirar a puntuales fogonazos de dicha en una existencia dominada por la insatisfacción. Pero ahora esa era la sonrisa que iluminaba su cara. Una felicidad immaculada, compacta y gozosa lo envolvía, lo alumbraba, lo marcaba como a un naipe separándolo del resto de la baraja. Desde hacía unos días, era feliz. Exactamente desde que habían atrapado al Monstruo. Desde que Ari había vuelto a casa.

Alzó el rostro y observó el vuelo de un pájaro, la caligrafía que trazaba sobre el azul del cielo con la tinta simpática de sus acrobacias. Se sentía tan ligero que, si quisiera, podría volar a su lado. Cerró los ojos y desplazó la cabeza ligeramente hacia la derecha, sumergiéndola en el rayo de sol que impactaba contra la parada. Sintió como si lo acariciara la mano tibia y consoladora de Dios, que parecía felicitarlo por haber superado la dura prueba a la que lo había sometido, ya fuera por puro capricho o porque formaba parte de su famoso plan divino. Oh, qué dulce sensación de levedad, se dijo. ¡Qué maravillosa era la vida sin sentir anclado en las entrañas aquel

terror que lo había acompañado desde los diez años!

Estiró las piernas y se reclinó aún más en el asiento. Todavía sentía algunas partes del cuerpo doloridas debido a las secuelas de la cigüeña, pero ahora que todo había terminado casi se alegraba de haber pasado siete horas aprisionado en aquel espantoso trasto no solo porque en el futuro podría manejar con una entereza inédita cualquier dolor físico, sino porque su hazaña lo había convertido al fin en un héroe para su hija. Y eso merecía cualquier sacrificio. Cualquiera.

Abrió los ojos de nuevo y consultó el reloj. Con una punzada de inquietud, constató que empezaba a hacerse tarde. Había quedado con Laura y Ari dentro de una hora, y no quería hacerlas esperar, sobre todo ahora que habían vuelto a confiar en él. Se había prometido no volver a fallarles, y sería muy triste que un retraso tan tonto velara el resplandor que ahora habitaba los ojos de Laura.

De pronto, se le ocurrió que Rocamora podría llegar al lugar de la cita antes que él. El policía siempre había sido irritantemente puntual. Además, si le daba la gana, podía surcar las calles con la sirena policial conectada. Aquel pensamiento le ensombreció el rostro. No le hacía ninguna gracia que Laura y Ari estuvieran a solas con Rocamora hasta que él llegara. El policía seguramente aprovecharía su ausencia para jugar al intrépido detective delante de su hija, quizás incluso se atrevería a besar a su mujer.

¿Dónde estaba el maldito autobús?, se preguntó, cada vez más nervioso. Aquel retraso empezaba a resultarle extraño. ¡Estaba en plena Diagonal, y en hora punta! Se suponía que los autobuses debían pasar cada cinco minutos o menos. Se levantó y escrutó el final de la calle, pero no logró distinguir ninguno a lo lejos. Entonces reparó en que tampoco había ningún coche circulando. ¿Cómo era posible que...? Miró con más atención a su alrededor. Todo parecía normal. A su derecha, estaba la placita donde solía jugar de pequeño, vigilado por la atenta mirada de su madre desde la ventana de la tienda, situada en el bajo de la casa de piedra que había en la acera de enfrente. Y también estaba allí la farmacia, y el estanco, y la cafetería del hombre melencólico que antes había abierto una joyería, y la colorida tienda de cerámicas y figuritas de búhos, y el muro medio derruido del solar de la

esquina. Diego abrió la boca lleno de pasmo, al descubrir de repente que no estaba en la Diagonal, sino en el escenario donde había transcurrido su infancia, en la calle de Peñafort donde había crecido.

Y comprendió, lleno de espanto, que no estaba esperando un autobús cualquiera... En ese instante, un rugido atronador y prolongado hizo temblar el mundo. Sobresaltado, Diego se giró hacia el lugar de donde provenía el ruido y distinguió, al fondo de la calle, la monstruosa mole del autobús escolar que debía llevarlos de excursión. Avanzaba hacia él como una bestia amenazadora, soltando bufidos y chirridos que helaban la sangre, y parecía envuelto en un aura oscura que teñía de negrura todo lo que había a su alrededor en un radio de siete u ocho metros. Diego quiso huir, pero ni siquiera pudo moverse. Tenía los zapatos medio enterrados en una especie de lecho de cemento fresco que los absorbía lentamente, como si la acera se estuviera derritiendo. Sin posibilidad de liberarse, aguardó a que el siniestro autobús se acercara a él con su desliz malévolo, ensombreciendo la realidad a su paso, como si absorbiera sus colores. De todas maneras, intuía que huir de él sería inútil. Aquel autobús cargaba con su destino, y acabaría encontrándolo allí donde se escondiera. Había logrado esquivarlo todos estos años, pero no podría retrasar eternamente el momento de subirse a él.

El autobús se detuvo al llegar a la parada y desplegó sus puertas con un gemido húmedo y gelatinoso, como si un inmenso pez abriera su boca, invitándolo a subir. Diego acató su sino, descubriendo que el cemento que aprisionaba sus pies había desaparecido como por arte de magia, permitiéndole caminar. El conductor, que ni siquiera apartó la vista del frente para mirarlo cuando subió, llevaba la gorra calada hasta las cejas, rebozándole el rostro de sombras, por lo que le fue imposible distinguir sus rasgos. Oyó las puertas cerrarse tras de sí con un suspiro de bestia ahíta, y el autobús arrancó al instante. Tambaleándose, Diego se aventuró por el pasillo. La cabina estaba atestada de niños que hablaban, reían y chillaban, formando un alboroto ensordecedor. Diego los reconoció a todos, eran sus antiguos compañeros de clase, y, por alguna extraña razón, no le sorprendió en absoluto que todavía fueran unos críos, mientras él era ya un hombre hecho y derecho. Tal vez por eso, ninguno de ellos le prestó la más mínima atención.

Obedeciendo la inercia de los lejanos tiempos del colegio, Diego pasó entre ellos como si fuera un fantasma y se dirigió hacia la última fila de asientos, donde acostumbraba a sentarse con sus amigos de entonces. A medida que se aproximaba, observó que aquella fila se encontraba sumida en una especie de niebla negruzca y ligeramente maloliente que parecía tener vida propia, pues palpitaba y borboteaba y se agitaba en pequeños remolinos contra las paredes y el techo. Aquel parecía ser el foco de la oscuridad que, filtrándose por las ventanillas y junturas del autobús, el vehículo derramaba tras de sí como una mucosidad maligna, tumorosa. A causa de aquel extraño fenómeno, Diego solo podía distinguir los zapatos de quienes ocupaban aquellos asientos. Se preguntó si los tres pares de deportivas corresponderían a sus amigos Sergi, Carlos y Mateu. Pero entonces recordó que habían muerto, brutalmente decapitados en aquel mismo autobús cuando este se despeñó por un barranco. Sus existencias habían sido poco más que un soplo de años, la mísera colilla que el Monstruo había dejado tras fumarse sus futuros. El terror eclosionó en su pecho mientras se preguntaba si serían sus cadáveres los que viajaban allí, envueltos en aquella mortaja de tenebrosa niebla.

Atisbó entonces un asiento libre junto al pasillo. El de la ventana estaba ocupado por un adolescente de miembros delgados, casi afilados, que observaba a través del cristal con la mirada perdida. A pesar de que solo podía verle un pequeño escorzo del rostro, a Diego le resultó ligeramente familiar. Le preguntó si el asiento vecino estaba libre, pero el chico ni siquiera hizo ademán de volverse, así que Diego lo ocupó, aliviado por no tener que sentarse al fondo, donde no sabía qué horrores escondía la espantosa bruma. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que, al encontrarse solo a un par de filas de distancia, podía escuchar las voces de sus ocupantes. Eran tres voces adolescentes, indudablemente familiares, pero no se trataba de las de sus amigos, y, además, una de ellas era de chica... Las reconoció con un escalofrío. Perteneían a Biel, Robert y Judit, sus antiguos alumnos.

—Pobre Santi... —oyó decir a una vocecita aguda y un tanto medrosa, que no le costó identificar como la de Robert—. Teníamos que habernos dado cuenta de lo mal que estaba, teníamos que haberlo hecho... Joder, ¡éramos sus amigos!

—Todavía no me lo puedo creer —lloriqueó Judit—. ¿Por qué lo hizo? ¿Y por qué no me dijo nada a mí? ¡Yo era su novia!

—Vamos, vamos... —Ahora era Biel quien hablaba—. ¿Cómo íbamos a adivinar lo que pensaba hacer? ¡Ya sabéis cómo era Santi! ¿O es que no os acordáis? Siempre se guardaba sus movidas para sí mismo.

—Ya, pero aun así... ¿Y si intentamos hablar de nuevo con el profesor Arce? —balbució Robert—. Tal vez él tenga alguna idea de por qué... no sé. Tal vez él pueda decirnos algo.

—Ya le hemos llamado varias veces —le recordó Biel con desdén—. Incluso fuimos a su casa, y fingió que no estaba. Aceptadlo. El profe pasa de nosotros.

—¡No pasa de nosotros! —le replicó Judit con voz desgarrada—. ¡A Diego le importamos! Debe de ser que se encuentra mal... Es lógico, ¿no?

—Supongo que le recordamos demasiado la tragedia —murmuró Robert, intentando sonar tan convencido como su amiga.

—Si queréis pensar eso para sentirnos mejor —replicó Biel con una risilla gutural, tan grotesca que erizó de aversión el alma de Diego.

—¿Qué quieres decir? —masculló la chica

—Pues que yo creo que a tu querido «Diego» le importamos una mierda.

—¡Claro que le importamos! —exclamó Robert, sin poder evitar que la voz se le quebrara, como si estuviera a punto de estallar en llanto—: ¿No viste lo que dijo en esa entrevista para *Literama*? ¿No leíste cómo hablaba de nosotros? Declaró que fuimos lo más bonito que le había pasado en su carrera. Mucho mejor que vender millones de ejemplares.

Biel soltó otra risita.

—Eso todavía no ha sido publicado, imbécil. No puedes haberlo leído aún. Es algo que sucederá en el futuro. Nosotros aún no podemos saberlo —aclaró con petulancia.

—Ah, sí, es verdad... —suspiró Robert.

—Mirad, yo creo que Diego Arce simplemente está acojonado.

—¿Y por qué iba a estar acojonado, listo?

—Porque sabe que se ha portado mal con nosotros —respondió Biel con voz repentinamente glacial—. Se ha portado como un verdadero monstruo. Y

sabe que un día tendrá que pagar por ello.

—Al Monstruo no le gustan los imitadores, profesor.

Aquella última frase no llegó hasta sus oídos flotando desde la última fila, sino proveniente del asiento vecino. Había sido un susurro ronco y triste, extrañamente burbujeante, que rozó su oreja derecha como una telaraña en un sótano oscuro. Diego se volvió con lentitud hacia aquella voz, completamente aterrado. El muchacho que viajaba junto a él se había desentendido de la ventana y ahora lo miraba fijamente. Tenía la mitad inferior de la cara arrancada. La boca y casi toda la mandíbula habían desaparecido, y en su lugar brillaba, con el jugoso fulgor de una fruta partida, un cráter sanguinolento. Pero los ojos, que no habían sufrido ningún castigo, seguían supurando aquella melancolía amarga de poeta maldito que a Diego no le costó reconocer. Estaba sentado junto a Santi Bayona, el mártir del clan, que se había arrancado su lúgubre alma introduciéndose en la boca la escopeta de caza de su padre. El tiro había puesto fin a su doliente existencia, y de paso había dejado a su familia un cadáver escalofriante que les obligó a cerrar la tapa del ataúd.

—El Monstruo odia a los imitadores —continuó diciendo Santi. Sus palabras surgían trabajosamente del amasijo de carne que era su boca, acompañadas de borbotones de sangre oscura que le chorreaban por el cuello —. El Monstruo ha despertado y viene a castigar a aquellos que usurparon su poder. Y a cobrarse su deuda de sangre y ámbar.

Diego negó en silencio, apartándose de aquella visión espantosa, deslizándose hacia la inútil huida que supondría el pasillo. Entonces, el autobús se adentró en un túnel y, detrás de Santi, la ventanilla quedó convertida en un improvisado espejo. Reflejado en el cristal, el Monstruo, con su mascarilla y su mandil moteado de siniestras gotitas de sangre, le devolvió la mirada a Diego. Segundos después, el autobús emergió del túnel y la visión desapareció.

—No, no... —gimió Diego, tocándose el rostro y examinándose las manos, absolutamente horrorizado. No podía ser, no podía ser... aquello que había visto no podía ser su propio reflejo.

Santi lo observaba con cierta compasión, mientras la sangre seguía

rezumándole de la siniestra madriguera que la escopeta de su padre había escarbado bajo su nariz. Y entonces, súbitamente, su rostro comenzó a pudrirse de forma acelerada. La carne se le desgajó del hueso, cayendo sobre su pecho en jirones sanguinolentos, desenterrando la calavera que ocultaban. Los globos oculares también se desprendieron de sus cuencas y rodaron sobre sus piernas como dos blancuzcas cerezas. De los agujeros resultantes empezaron a manar manojos de gusanos, que reptaron nerviosamente por la accidentada geografía de la máscara sonriente en que se estaba transformando su cara.

—¡Corra, profesor!

La voz de Santi Bayona parecía flotar ahora alrededor de él, igual que el intenso tufo a carne putrefacta. Diego se levantó de un salto, estrellándose contra los sillones de la otra hilera. No pudo evitar que su aterrada mirada derivara hacia los asientos del fondo, donde la niebla se había disipado al fin, desvelando tres cuerpos decapitados, que escupían surtidores de sangre de sus cuellos cercenados. Diego apartó la vista de aquel espectáculo dantesco, y descubrió que el autobús estaba vacío. Las vociferantes hordas de niños habían desaparecido. Solo él y aquellos cuatro cadáveres permanecían dentro del autobús, que parecía haber aumentado tanto la velocidad que ahora avanzaba enloquecido, dando peligrosos bandazos de un lado a otro. Diego corrió hacia el conductor. Cuando, tras varios tropiezos y caídas, consiguió llegar hasta él, le ordenó que se detuviera:

—¡Detenga el autobús! ¡Deténgalo, quiero bajarme!

Por toda respuesta, el conductor soltó una macabra carcajada y aceleró aún más. Agarrándose al asiento que tenía más cerca para que la salvaje velocidad no lo tumbara, Diego miró a través del parabrisas: una veintena de metros más allá, la carretera terminaba abruptamente en un profundo acantilado.

—¡No, no, no! —le suplicó al conductor—. ¡Por favor, no! ¡Deténgase!

En un acto desesperado, Diego se abalanzó sobre el hombre y comenzó a forcejear con él por el control del volante. Ambos se enzarzaron en una torpe gresca de manotazos y empujones, durante la cual el conductor perdió su gorra. Diego vio entonces su rostro y abrió la boca, lleno de pasmo. Una

súbita y dolorosa comprensión lo paralizó, y no pudo hacer otra cosa que contemplar aquellos rasgos hieráticos que seguían mirando al frente, mientras la muerte venía a su encuentro con la urgencia de una amante voraz. Él era el conductor. Él era quien se conducía a sí mismo hacia su propio destino. En ese momento, sintió cómo las ruedas dejaban de rodar sobre el asfalto. Lo asaltó una intensa sensación de ingravidez que le vació de aire los pulmones, y comprendió que estaban volando. Unos instantes después, notó cómo el autobús inclinaba el morro. Diego se aferró al asiento más cercano y empezó a gritar mientras caían al vacío.

Se despertó de golpe, todavía con la garra del vértigo clavada en el estómago. Comprobó con infinito alivio que no estaba en ningún autobús, sino en su cama, exprimiendo las sábanas con los puños cerrados. Solo había sido una maldita pesadilla. Una distinta a las habituales, porque su subconsciente también podía ser creativo cuando se lo proponía. Se pasó la mano por el rostro, acharolado por un sudor frío, mientras comprobaba en el reloj de la mesilla que eran casi las dos y media de la madrugada. En su mente todavía flotaban algunos vestigios del extraño sueño, hilachas de humo que poco a poco iban tomando formas reconocibles, como las nubes cuando se las mira con atención. Recordó las palabras de sus alumnos, su voces tronchadas por el dolor... ¿Habría sido así en la realidad? ¿Tanto les había hecho sufrir su abandono? ¿Tan desvalidos y desconcertados los había dejado? Quizás no había sido para tanto. O quizás sí. Para eso y más. Quizás, con su cobarde huida, había clavado en sus tiernas e inocentes almas el aguijón de la desesperanza, cuyo veneno los infectaría siempre. Pero ellos ya no lo odiaban... ¿no era eso lo que Biel había dicho al visitarlo en el hospital? Seguramente se habrían aferrado al triste antídoto de aquella entrevista para *Literama*, en la que Diego les regalaba las migajas de una añoranza falsa y tardía. Se preguntó si aquel puñado de palabras habría bastado para que le perdonaran. Y recordó al otro Biel, el Biel onírico, diciéndoles a sus amigos que esa entrevista todavía no se había publicado. ¿Por qué lo había dibujado tan capullo en su sueño? ¿Estaba enfadado con él porque el chico había sido testigo de la traición de Laura? Probablemente. Aunque por otro lado, le costaba creer que realmente hubiera metido la pata al contárselo en el

hospital. Tal vez no hubiera sido ninguna torpeza por su parte, sino pura crueldad. ¿Era Biel algo más que el tontito inocente que parecía ser? *Algo más*, pero qué. ¿Y acaso no somos todos *algo más*?, se preguntó, recordando con un estremecimiento su propio reflejo en la ventana del autobús, vestido con la mascarilla y la bata sangrienta del Monstruo, mirándose a sí mismo con los escalofriantes ojos de la locura. «El Monstruo odia a los imitadores», murmuró, con la mirada extraviada, y, durante un delirante instante, creyó que alguien, a su lado, había pronunciado aquellas palabras.

En ese momento, sonó su móvil, y a Diego le pareció la excusa perfecta para desaguar toda la angustia que lo inundaba en un alarido de terror.

Era Rocamora. Tras el aullido, lo descolgó con manos temblorosas, el corazón desbocado, la cabeza embotada, la habitación dando vueltas sin parar, como si estuviese subido en un tiiovivo manejado por un perturbado.

—Soy yo —dijo secamente el policía—. Tienes que venir a comisaría. Inmediatamente.

Diego guardó silencio. Todavía no se sentía lo bastante despierto para discernir si estaba hablando con el verdadero Rocamora o con otro personaje de sus sueños.

La puerta del dormitorio se abrió violentamente, y apareció Héctor en pijama:

—¿Qué pasa? ¿Qué? ¿Por qué gritabas?

Diego le dedicó una mirada valorativa. ¿Era su hermano real? Parecía que sí. Ni su subconsciente podría inventar un pijama así.

—¿Diego? ¿Diego? —insistió la voz de Rocamora al teléfono.

—¿¿Qué??

—¿Me has oído? Tienes que venir a comisaría lo antes posible.

—Pero... ¿por qué? —acertó a balbucear.

Había aceptado que estaba despierto, que estaba de vuelta en la realidad, que Ari seguía secuestrada, que su hermano estaba de verdad ante él vestido con aquel espantoso pijama, que Rocamora lo había llamado a las dos y media de la madrugada. Comprendió con un escalofrío que la confluencia de todos aquellos elementos no auguraba nada bueno. Debía tratarse de algo horrible, más horrible que cualquier otra cosa que hubiera sucedido hasta entonces.

—Ha llegado la tercera carta. Y hay otras novedades... pero, de verdad, Diego. Es mejor que vengas.

Y colgó, sin darle tiempo a preguntar nada.

Con un suspiro de cansancio, Rocamora se guardó el móvil en el bolsillo y regresó a la sala de interrogatorios, donde lo esperaba una escena de película: Helena Rosell estaba medio derrumbada en la misma silla donde llevaba más de dos horas, con el rostro congestionado por el llanto, mientras observaba asustada las evoluciones de Olaya, que orbitaba a su alrededor con sus andares elásticos, leyendo en voz alta y en un teatral tono dramático la tercera carta del Monstruo. Rocamora se apoyó en el quicio de la puerta con las manos en los bolsillos y se limitó a observar el espectáculo sin la menor intención de intervenir. Sabía que al otro lado del espejo que ocupaba toda la pared de frente, se amontonaba una pequeña comitiva de mandamases pertenecientes a diferentes organismos nacionales e internacionales. Que intervinieran ellos, si lo consideraban necesario. Él no pensaba decir esta boca es mía. El caso hacía mucho que se le había ido de las manos, y bastante tenía con tratar de asimilar los últimos acontecimientos, sobre todo lo que se había encontrado al llegar a casa de Helena.

—«Comprenderás, Diego, que después de la cigüeña no podía bajar el listón. El espíritu de superación nos alumbró a ambos, así que sin más rodeos deja que te anuncie el nuevo desafío que he ideado para ti: tendrás que sacarte los ojos con una cuchara, y, como las veces anteriores, tu hazaña deberá ser emitida en riguroso directo y para todo el mundo. Las condiciones serán similares a las del reto anterior: no podrás estar drogado ni bebido, y tendrás que llevar a cabo la extirpación sin ayuda, por tu propia mano. Espero, por el bien de Ariadna, que no te tiemble. Solo cuando los nervios ópticos estén completamente seccionados y los ojos fuera de las cuencas, podrás recibir asistencia médica para detener la posterior hemorragia...» —Olaya detuvo su paseo y levantó la mirada del papel para posarla en Helena, con gesto de genuina ilusión—. Hombre, mira, este detalle es un punto a tu favor —afirmó en tono distendido—. Aquí dejas bien claro que tu intención no es asesinarlo.

Tal vez podamos utilizarlo para rebajarte unos meses la condena de cuarenta años o más que te va a caer.

—Yo no he escrito esa carta... —musitó Helena, que parecía al borde del colapso.

—Aunque, claro, hay otros párrafos que... —Olaya chasqueó la lengua, pesaroso—. Vaya tela. Deja que te lea uno. ¿Dónde está?... Ah, sí. Aquí: «Si el próximo jueves 6 de octubre no te extirpas los ojos siguiendo mis detalladas instrucciones, ya sabes qué ocurrirá, Diego. Me veré obligado a extraerle los ojos a tu hija antes de matarla, esas hermosas perlas color ámbar, y tendrás que enterrar a una niña ciega». —Olaya alzó la vista de nuevo con expresión compungida—. Helena, Helena, Helena... ¿Cómo se te ocurre escribir estas cosas? ¿Sacarle los ojos a una niña de siete años antes de asesinarla? Reconoce que esta vez te has pasado. Te has pasado bastante.

—¡Yo no he escrito eso! ¡Yo no he escrito eso!

Olaya dejó caer la cabeza y profirió un hondo suspiro. Cogió una silla y la arrastró lentamente hacia la mesa donde estaba la sospechosa. Se sentó en ella al estilo *cowboy* y, apartándose el flequillo de la frente, le dedicó una resplandeciente sonrisa. Rocamora, que seguía apoyado contra la pared, elevó los ojos al cielo. Toda aquella puesta en escena le resultaba cada vez más indigesta.

—Mira, Helena, no sé cómo expresar esto sin resultar grosero, pero... —Olaya hizo tamborilear sus largos dedos sobre los labios un par de segundos, en actitud reflexiva—, lo cierto es que no hay otra forma de decirlo: estás jodida, bien jodida —terminó, encogiéndose de hombros—. Es así —se reafirmó—. Las acusaciones son muy graves: secuestro, detención ilegal, asesinato, amenazas, lesiones... En fin, que no te has dejado nada en el tintero. Un auténtico desastre. Pero yo *quiero* ayudarte. En serio. Llámame romántico, pero me cae bien la gente que hace locuras por amor. Así que, si colaboras con nosotros, te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para conseguirte la máxima reducción de condena. Solo tienes que decirme dónde está Ariadna Arce.

—¡No tengo ni idea de dónde está Ari! —gritó Helena, con la voz temblorosa—. Por el amor de Dios, yo jamás haría daño a esa niña, ni a

Laura.

—Y yo te creo en eso último, Helena. Te creo. *Por supuesto* que no pretendías hacerles daño. Tú solo querías tocarle un poco las narices a Diego. Buscarle las cosquillas, como quien dice... Por eso ideaste todo este plan, ¿verdad? Para dejar a Diego como una mierda delante del mundo entero.

—No, no...

—Un plan un poco rebuscado, pero también brillante, si quieres mi opinión. Cuando imagino toda la preparación que tuviste que llevar a cabo...

—Olaya cabeceó, ahora admirativamente—. ¡Todas esas noches de guardia, fotografiando a Laura y su familia! ¿Alquilaste el piso o es uno de los que limpia tu empresa? No tienes que contestar a eso, si no quieres. Estamos repasando todas las fichas de tus clientes y, si es así, pronto lo descubriremos.

—¡Ya le he dicho que no sé de qué fotografías me habla!

—Las que pusiste en el ordenador de Julián Bassol, Helena... —le contestó Marc con sonriente paciencia—. Por cierto, ¿cómo se te ocurrió tremenda genialidad? ¿Fue cuando Laura te contó que estábamos investigando a su antiguo novio? Supongo que ahí viste una oportunidad de oro para alejar las sospechas en otra dirección. ¿Es fácil colarse en un hospital? En las películas siempre parece tan sencillo... ¿Te hiciste pasar por enfermera? ¿O por una paciente? ¿Y qué se torció? ¿Qué pasó con ese médico entrometido? ¿Te descubrió? —Helena negaba lentamente con la cabeza, más allá del cansancio y la desesperación—. Supongo que sí —continuó Olaya, hablando casi para sí mismo—. El doctor Bassol te descubrió metiendo las fotos en su ordenador. Tal vez te chantajeó. Sentiste pánico. Es normal. A mí también me habría pasado. Supongo que lo mataste por accidente, quizás en defensa propia... Y después de eso, todo se fue acelerando. ¿Y ya no supiste cómo parar? —sugirió con una sonrisa piadosa.

Helena lo miró a los ojos y volvió a negar, ahora vehementemente.

—No, no, ¡nada de eso es verdad! ¡Nada! Es cierto que no soporto a Diego —farfulló, haciendo pucheros—, pero ¿cómo iba a cometer todas esas atrocidades? ¡Matar a ese médico! ¡Si ni siquiera lo conocía, ya se lo he dicho! Y secuestrar a Ariadna... ¿Cómo iba a hacerle eso a Laura? Yo la amo —confesó con sencillez, las lágrimas resbalando por sus rollizas mejillas—.

Amo a Laura. Sería incapaz de provocarle ningún daño. Lo juro.

En su rincón, Rocamora apretó la mandíbula.

—Pues cada minuto que pasa sin que confieses, es un minuto más de sufrimiento para ella. ¿Has pensado en eso? —respondió Olaya.

Helena rompió a llorar desconsoladamente.

—Yo no soy el Monstruo, soy inocente, están cometiendo un grave error. Esto no puede estar pasando... —Miró a su alrededor con los ojos desorbitados—. ¡Ustedes no tienen nada para acusarme! ¡Nada! ¿Dónde está mi abogado? ¡Quiero un abogado!

—Vamos, vamos... —la calmó Olaya con voz paternal, como si fuera una niña—. Tu abogado está en camino, tranquila. Y siento disentir contigo, pero tenemos pruebas más que suficientes para acusarte. Tus antecedentes, por ejemplo. Tenemos el testimonio de una profesora de tu colegio. Acosaste a varias de tus compañeras. Y especialmente con una, Araceli Mallard, llegaste a ponerte un poquito... siniestra.

—¡Eran ellas las que se metían conmigo! ¡Todas ellas me hicieron la vida imposible! Se reían de mí, por mi peso, me insultaban... No recuerdo a esa Araceli, pero seguro que era una de ellas.

—Pues seguro que Araceli no te ha olvidado a ti —sentenció el policía, poniéndose repentinamente serio—. Pero eso no es todo. También hemos comprobado que las cartas del Monstruo se enviaban desde las librerías-café que tu empresa se encarga de limpiar, y, concretamente, la última desde la que está más cerca de tu casa. Además, las cartas se enviaron en horarios no comerciales y sabemos que tú tenías las llaves de esos locales. También tenías las llaves de la casa de Laura, y no tienes coartada para la noche del secuestro, ni para la noche del asesinato de Julián Bassol. Y por último, por si todo esto te parece poco, hace un par de horas... ¡empujaste a Laura por la escalera!

Al escuchar la última acusación del inspector, Helena reaccionó violentamente.

—¡Eso no es verdad! ¡No lo es! —gritó, aporreando la mesa—. Yo no la empujé, ¡Laura tropezó!

—En todo caso, tropezó *mientras huía de ti* —la corrigió suavemente

Olaya—. ¿Por qué corría Laura, Helena? ¿Para salvar su vida, quizás?

—Ya les he explicado lo que pasó. ¿Por qué no le preguntan a Laura?

Olaya cruzó una rápida mirada con Rocamora, y este ya no pudo callarse más.

—No podemos preguntarle nada a Laura —gruñó desde su esquina—. Está en coma.

Helena lo miró con expresión de pasmo.

—¿Q-qué? Oh... Dios mío... Laura... —gimió— ¿En coma? ¿Seguro? Pero... se va a despertar, ¿no? ¡Va a ponerse bien!

—¡Bueno, ya está bien de tanto paripé! —exclamó Rocamora, despegándose de la pared y avanzando hacia la mesa—. ¡Dinos de una puta vez por qué huía Laura pidiendo socorro! —exigió con un fiero rugido—. Yo mismo la escuché. Y cuando llegué junto a su cuerpo, tú venías corriendo detrás.

—Ya te lo he explicado antes —se le encaró Helena—. Leí tu wasap en el teléfono de Laura. ¡Me rompió el corazón que Laura creyera que yo era el Monstruo! Me enfadé. Le grité y creo que tiré un par de cosas al suelo... ¡Pero no pretendía asustarla ni hacerle ningún daño! Cuando ella salió corriendo, me arrepentí al instante y la seguí para pedirle disculpas, para convencerla de que estaba equivocada. Por favor... —gimió de nuevo, la boca retorcida por la angustia—, *tienes* que creerme. Soy inocente. Yo no soy el Monstruo. El Monstruo sigue ahí fuera. En algún lugar. Y tiene a Ariadna. Si no lo encuentran pronto, algo horrible sucederá. Por favor, por favor... —Se derrumbó de nuevo, soltando grandes hipidos.

Los dos policías intercambiaron otra mirada. Al unísono, Olaya descabalgó elegantemente de la silla, Rocamora giró sobre sus talones, y ambos se dirigieron hacia la puerta sin decir palabra.

—Vale, ¿y ahora qué? —le espetó Rocamora una vez en el pasillo.

—¿Qué de qué? —contestó su jefe, encogiéndose de hombros—. Helena Rosell es culpable. Eso está claro. Laura huía de ella mientras gritaba aterrorizada, tú mismo fuiste testigo.

—Eso es lo que parecía cuando llegué —admitió Rocamora—. Pero es difícil saber exactamente qué sucedió antes.

—Tendremos que esperar a preguntárselo a Laura. ¿Has llamado al hospital? ¿Sabes cuándo podremos interrogarla?

Rocamora negó, y luego desvió la mirada, sintiendo cómo se le tensaba la mandíbula.

—Va a tardar unos días en despertar... si todo sale bien. Tiene una hemorragia cerebral bastante importante. Le mantendrán el coma inducido hasta que baje la inflamación —explicó con el ceño fruncido y la mirada fija en algún punto interesantísimo de la máquina de café.

—Vaya, es una lástima —se lamentó Olaya—. En fin, ¿has informado a Diego del estado de su mujer? ¿Y del contenido de la tercera carta?

—Lo he llamado y viene hacia aquí. No he querido darle muchos detalles por teléfono —respondió Rocamora con amargura.

—No pongas esa cara, Gerard —lo animó el otro—, ¡no todo son malas noticias! Al menos también podrás decirle que hemos cazado al Monstruo —aportó con entusiasmo.

—Eso no lo sabemos, Marc.

—*Yo sí lo sé.*

Rocamora resopló con exasperación.

—Vale, pongamos que Helena Rosell es culpable... ¿Qué pasa si continúa negándose a confesar?

Olaya se encogió de hombros con tranquilidad.

—Confesará —aseguró—. Solo es cuestión de tiempo.

—¿Tiempo? ¡No tenemos tiempo! Si Rosell es culpable y la retenemos aquí, Ariadna podría quedar desprovista de agua y comida. Y sin agua, morirá en menos de tres días.

—¡No van a pasar tres días! Van a traer un equipo de psiquiatras forenses para que realicen un estudio exhaustivo de la sospechosa. Con los diagnósticos adecuados y el perfil psicológico bien dibujado, tendremos las pautas para apretarle las tuercas. Te aseguro que la haremos hablar en cuestión de horas.

—Bien. ¿Y qué se supone que debe hacer Diego cuando llegue el jueves si todavía no tenemos su confesión? ¿Confiar en *tu teoría*, creer que el Monstruo está a buen recaudo y declinar su invitación de sacarse los ojos? ¿O quizás

sacárselos por si las moscas, no vayamos a tener a una inocente bajo llave? ¿Tú qué le aconsejarías, Marc? ¿Cuán seguro estás de la culpabilidad de Helena Rosell? ¿Tanto como de la de Julián Bassol?

Olaya lanzó un bufido y se apartó el flequillo de la frente con ademán impaciente.

—Ya te he dicho que no van a pasar tres días... Y en todo caso, ya lo decidiremos cuando llegue el momento.

—¿Cuando llegue el momento? —perdió los estribos Rocamora—. Joder, Marc. Estamos hablando de *sacarse los ojos*. ¡Hay que comenzar a preparar esa mierda ya! Hay que hablar con médicos y cirujanos para que instruyan a Diego sobre... ¡Yo qué sé!, tal vez hay alguna posibilidad de que puedan volver a reinsertárselos después si no se dañan mucho los tejidos, no tengo ni puta idea, pero tendríamos que comenzar a consultarlo con especialistas, aunque solo sea por si acaso...

—Vale, vale, vale —lo interrumpió Olaya, agitando las manos en el aire—. Mira, yo no tengo tiempo ahora mismo para esas tonterías. —En ese momento, se abrió la puerta del cuarto contiguo a la sala de interrogatorios, y el rostro rosado y mofletudo del juez Peralta se asomó al pasillo, con la expresión interrogante y ligeramente angustiada del invitado que no encuentra papel higiénico—. ¡Sí, Ricard, enseguida voy! —exclamó Olaya, con su sonrisa más tranquilizadora.

—¡Y que no me toque los cataplines con lo de «enseguida voy»! ¡Que venga ya! —La voz de la comisaria surgió del interior del cuarto con igual fuerza e idéntico veneno que un dardo disparado por una cerbatana.

El juez y Olaya compartieron una mirada de profunda resignación.

—Gerard, tengo que dejarte. He de atender a los delegados de las fuerzas internacionales, al ministro del Interior, en fin... Trabajo. Lo entiendes, ¿verdad? Oye, ¿por qué no te ocupas tú de todo eso de los ojos? —le propuso en tono animado—. En realidad, no va a hacer ninguna falta, pero, bueno, tienes razón: no cuesta nada dejar los cabos bien atados. —Sonó su móvil, y Olaya lo sacó rápidamente del bolsillo—. Los del *New York Times* otra vez —suspiró, elevando los ojos al cielo. Hizo un gesto hacia el juez indicándole con un dedo que en un segundo estaría con él, guiñó un ojo a Rocamora y le

dijo «buen trabajo» moviendo solo los labios, y, por último, se giró al mismo tiempo que contestaba el teléfono, comenzando a caminar al ritmo de su impecable acento americano, aprendido a fuerza de ver sitcoms en versión original.

Rocamora frunció el ceño. En el fondo, él tampoco tenía ninguna gana de perder el tiempo con los macabros preparativos de la tercera prueba. Prefería continuar con la investigación.

—Marc, lo cierto es que me gustaría seguir investigando otras líneas que...

Pero Olaya ya había desaparecido dentro del cuarto, seguido del juez. La puerta se cerró, y Rocamora se encontró solo en el pasillo. Mierda, murmuró. Cerró los ojos y se masajeó el puente de la nariz durante varios segundos. Cuando los abrió de nuevo, se encontró al risueño agente Riera plantado frente a él, como si lo hubiera conjurado con aquel gesto de cansancio.

—Jefe...

—Ya no hace falta que me llames así, Pau —le contestó Rocamora con agotamiento—. Ya no soy tu jefe.

—Lo sé, jefe. Solo quería avisarle de que han llegado Diego Arce y su hermano.

Rocamora suspiró.

—Ahora voy. Dame cinco minutos.

—Claro.

Riera permaneció en el mismo lugar que ocupaba su cuerpo, mirándose los zapatos con inusitado interés.

—Pau, me refería a cinco minutos a solas.

Riera enrojeció súbitamente.

—Lo supongo. Pero es que... quería decirle otra cosa.

—Bien, adelante, hijo, habla.

—Tengo un buen amigo que trabaja en la cafetería.

El agente guardó silencio unos segundos, observando a Rocamora. El inspector asintió lentamente.

—Está muy bien que tengas amigos —aventuró.

—Sí. —Riera miró a un lado y a otro del pasillo, y se acercó un poco más a Rocamora con aire conspirador—. Y mi amigo me ha contado *algo*. Pero no

me pida el nombre de mi amigo, por favor. No quiero buscarle problemas.

—De acuerdo, Pau. Tranquilo.

—Bien. Resulta que mi amigo ha escuchado casualmente una conversación entre el subinspector Olaya y Mireia Rojas. Y, al parecer... a ver cómo le digo esto... Olaya se ha enterado de... eh... —enrojeció todavía más—. En fin. De su aventura con la mujer de Arce.

Rocamora alzó las cejas.

—Lo siento mucho —se disculpó Riera, un poco al tuntún—. Pero hay más. Olaya y la informática estaban hablando sobre la forma de utilizar esa información contra usted si las cosas se torcieran.

—¿Si se torcieran? —se sorprendió Rocamora—. ¿En qué sentido?

—Pues según mi amigo, Olaya parecía agobiado por las presiones internacionales a las que ahora se ve sometido. Decía que con este caso se estaba jugando todo su futuro profesional, y entonces Mireia le recordó que siempre podrían usarlo a usted como cabeza de turco frente a todos, acusándolo de entorpecer las pesquisas.

Rocamora lo miró con incredulidad.

—Pero ¿por qué querría yo hacer algo así?

—Debido a su interés personal por la esposa de Arce —le explicó Riera con talante didáctico—. Si Olaya la cagara de alguna manera, siempre podría aducir que usted boicoteó la investigación desde un principio porque, en el fondo, disfrutaba contemplando el sufrimiento de su rival amoroso. Porque, en el fondo, y tal vez de forma inconsciente, deseaba quitárselo de en medio. Aunque mi amigo tampoco está muy seguro de haber entendido bien. Y, en todo caso, mi amigo no repetirá nada de esto delante de nadie, así que, aunque lo hubiera entendido perfectamente, usted no podría demostrarlo. Pero creí que debía saberlo.

Rocamora asintió solemnemente.

—Gracias, Pau.

Riera asintió jovialmente.

—De nada, jefe.

Se dio la vuelta para marcharse, pero Rocamora lo detuvo.

—Pau...

—¿Sí?

—¿Por qué haces esto? ¿Por qué me ayudas?

Riera dibujó con sus hombros una gran sonrisa en el aire.

—Ya se lo dije el día que fuimos a interrogar a aquellos chicos. El subinspector Olaya busca demasiadas cosas. Pero usted solo busca la verdad.

Rocamora cabeceó ceñudo.

—Eso no quiere decir que vaya a encontrarla.

Riera lo miró en silencio durante un instante.

—No se rinda, jefe —lo animó—. La verdad no se limita a esperar pacientemente al final del camino, ella lo recorre también en sentido contrario. Yo sé que usted encontrará al Monstruo. —Y tras darle una tímida palmadita en el hombro, se perdió por el pasillo.

—O el Monstruo me encontrará a mí —murmuró Rocamora funestamente al quedarse solo.

De nuevo, lo invadió la misma inquietante sensación que le acometió en las ruinas del casino de la Arrabassada, cuando creyó atisbar una sombra acechándolo. Era como si algo malvado y oscuro intentara filtrarse en su interior, dominar sus pensamientos. Irritado, sacudió la cabeza. Nada estaba intentando invadir su mente ni su alma. Nada. Solo habían sido las palabras del agente, que lo habían turbado, se dijo para tranquilizarse.

Repasó la conversación entre Olaya y Rojas que Pau había escuchado — porque era evidente que el supuesto amigo de la cafetería no existía—, y llegó a la conclusión de que lo que más le había alterado no había sido la actitud de Olaya. Sabía de sobra que el subinspector estaba dispuesto a jugar todo lo sucio que fuera necesario para medrar en el cuerpo. Estaba casi seguro de que hasta había sido el causante de la filtración. No, lo que lo había inquietado había sido el verse, por un instante, acertadamente reflejado en sus palabras. ¿Era posible que, sin ser consciente de ello, estuviera obstaculizando la investigación, solo por el malsano placer de contemplar sufrir a Diego?, se preguntó con un escalofrío. Intentó repasar todas sus acciones de forma objetiva, y por un lado concluyó que había sido honesto, que había trabajado duro y lealmente en el caso, que había intentando seguir siempre su instinto; pero por otro... ¿No había disfrutado un poco, solo un poco, viendo a Diego

comer mierda de perro? ¿Y aullando de dolor aprisionado en la cigüeña? Recordó todas sus discusiones con Olaya, su empeño en llevarle siempre la contraria, las muchas horas invertidas en acompañar a Laura a los ensayos del segundo reto, en acudir a su casa para informarla personalmente del más mínimo avance... Un tiempo que podría haber empleado de un modo mucho más provechoso. ¿Y todas aquellas dudas sobre su instinto, la sensación de tenerlo adormecido? Jamás le había sucedido nada semejante antes. ¿Era posible que su propia mente lo apagara, como un interruptor, para dejarlo a oscuras, para que no viera en el monstruo en que se estaba convirtiendo? ¿Realmente había hecho todo lo que estaba en su mano para atrapar al secuestrador de Ari?

Sacudió la cabeza. No sabía qué responderse. Un sudor frío le recorría la espalda. Empezó a sentir náuseas. Se apoyó con las manos en la pared y cerró los ojos. No, no, no... ¡Él había actuado siempre de forma correcta! Amaba a Laura y no soportaba verla sufrir. Solo por eso sabía que había hecho todo lo posible para salvar a su hija, a la que también adoraba. Y que lo seguiría haciendo. Porque lo único que deseaba en este mundo era ver feliz a Laura. Por eso siempre había sabido que Julián Bassol no era culpable. Y por eso sabía que tampoco lo era Helena. Nadie que amara a Laura podría hacerle daño. Nadie que la amara podría ni siquiera considerar la posibilidad de que aquellos hermosos ojos ámbar derramaran una sola lágrima. No, todo aquello, el secuestro y las pruebas, era una venganza personal contra Diego. Solo contra él. Estaba seguro. Su instinto se lo decía.

Volvió a pensar en los antiguos alumnos de su amigo. Su intuición siempre acababa haciéndole volver a ellos. Sospechaba que, de alguna manera, se encontraban en el epicentro de aquella locura. ¿Cómo se había enterado Olaya, si no, de su aventura con Laura? Estaba claro que había sido gracias a sus amiguitos, los Martorell. Al parecer, Biel no solo había ido con el cuento a Diego, sino también a su padre, y probablemente el patriarca había considerado imprescindible que Olaya supiera dónde había metido la polla su compañero, especialmente si había sido dentro de la madre de la niña secuestrada. No había que ser muy listo para comprender que Biel no había soltado aquella bomba en el hospital por torpeza, o por un sentimiento de

solidaridad masculina con su antiguo profesor. No, ni de coña. Lo había hecho deliberadamente, con la intención de sacarlo a él de escena. Y ese empeño en quitarlo de en medio solo podía significar que se estaba acercando demasiado a la verdad.

Pero ¿cómo convencer a Olaya de eso? No parecía muy dispuesto a escucharlo. De hecho, le encargaba tareas superfluas para tenerlo entretenido, como la de organizar los detalles médicos del tercer reto. De pronto, reparó en que aquella era otra muestra de la rastrera astucia de Olaya, de su rapidez mental. Qué hijo de puta. Si en el futuro Olaya necesitaba acusarlo de boicotear la investigación por el placer de ver sufrir a Diego, le iría muy bien señalar que su compañero siempre había querido ocuparse personalmente de organizar los retos. Como si supervisar paso a paso la agonía del escritor constituyera para él una fuente de sádico disfrute.

El tercer reto... Rocamora recordó que Diego todavía no sabía que dentro de tres días quizás tuviera que sacarse los ojos. Tampoco que Laura estaba en coma. Suspiró hondo. Tenía que decírselo, no podía aplazarlo más, así que se dirigió a su encuentro. Cuanto antes mejor.

Caminó por el pasillo arrastrando los pies, aplastado por un cansancio brutal, como si, de pronto, cada uno de sus años hubiera contabilizado el doble. Cuando llegó a la sala principal, distinguió a Diego a lo lejos. Estaba sentado en una incómoda silla de plástico, y su hermano permanecía de pie a su lado, absorto en su teléfono móvil. A medida que se acercaba, pudo comprobar los estragos que todo aquello estaba causando en el escritor. Estaba terriblemente pálido, tenía la mirada perdida y febril, las manos le temblaban sin que él pareciera notarlo y, por si eso fuera poco, parecía hablar consigo mismo. Movía los labios en una letanía silenciosa, fruncía el ceño, se quedaba pensativo unos segundos, como considerando lo que acababa de decir, y volvía a mover los labios, articulando alguna respuesta inaudible mientras cabeceaba satisfecho. El lamentable estado de su amigo consiguió conmoverlo. Bueno, quizás exageraba; pero, al menos, verlo así no le causó ninguna satisfacción. Eso ya era algo. Se detuvo ante él y lo observó con una mirada compasiva, casi científica, preguntándose si, cuando le informara del estado de su esposa y del tercer reto, Diego se rompería del todo. ¿Cuánto

podía soportar un hombre sin volverse loco?

29

Tres días de lluvia

Aunque parezca increíble, siempre hay una primera gota. Una primera gota que precede a los millones y millones que, puestas una al lado de otra, componen la lluvia. ¿Y dónde cae? Tras ser destilada en los alambiques del cielo, esta primera gota —esférica, del tamaño de un guisante, con una velocidad de caída de veintinueve kilómetros por hora— fue a impactar en una frente, ¿escogida al azar? Bueno, quién sabe. Mejor no hacer preguntas incómodas. En esta ocasión aquella primera puntada del bordado de la lluvia hizo blanco en una frente conocida, al menos para nosotros. Héctor se llevó la mano a esa frente, arada por las arrugas de los infortunios de la vida, y su distraído dedo índice la enjugó. La segunda cayó una décima de segundo después a unos cincuenta metros de allí y la tercera aún más lejos. Por la cuarta no me pregunten. A partir de ahí se sucedieron a tal velocidad que no hubo forma de contarlas.

Lo que importa es que Héctor, que ignoraba que había sido la primera persona mojada por aquella lluvia, como ignoraba tantos otros misterios del universo, alzó la cabeza y estudió el cielo negruzco con ribetes plateados que ese lunes 3 de octubre se cernía sobre Barcelona. Y se alegró más que nunca de llevar puesta su inseparable gabardina. El otoño ya se insinuaba por todas partes: había empezado a jugar con la intensidad de las luces, a cambiar los

colores de las puntas de los árboles, a lanzar puñaladas traicioneras de frío.

La lluvia caía y, apostado en uno de los laterales del parque de La Maternidad, Héctor espiaba a través de los barrotes de la valla un modesto edificio de la calle Mejía Lequerica. Se arrebujó en su gabardina mientras dejaba escapar un suspiro. Se sentía agotado. No era para menos, la noche pasada había sido bastante movidita. Demasiadas cosas por organizar. Y los días siguientes no serían más tranquilos. La tercera prueba del Juego de los Retos estaba al caer, como quien dice, y él tenía todavía mucho trabajo por delante. No podía permitirse ni un segundo de debilidad. Y de entre todas las tareas de las que tenía que ocuparse, aquella, sin embargo, era la más ingrata.

Mientras oía a lo lejos el rumor de la ciudad desperezándose —el palpitar del tráfico, los vociferantes escolares, el café tomado con prisas, la jubilosa fugacidad, ya saben, de la existencia, complicada ahora por la lluvia—, su mente volvió por enésima vez a aquel recuerdo maldito: el momento en el que Neus le anunció que quería divorciarse de él. Lo hizo sin el menor tacto, rezumando un odio que Héctor jamás sospechó que ella hubiera estado incubando durante su matrimonio. Había otro, le soltó sin miramientos. Otro, sí, qué pasa. Y estaba enamoradísima de él. E-na-mo-ra-dí-si-ma. ¿Sabía él lo que significaba eso? Así que se largaba, ponía pies en polvorosa, se esfumaba, y ahí lo dejaba a él con sus puñeteros ordenadores, con sus programas de mierda, con sus aburridísimos planes de hacerse rico informatizando casas para que la gente hiciera sus vidas más fáciles apretando un botón. ¡Ja! ¡Ya podría haber encontrado él un botón para procurarle a ella un mísero orgasmo! Héctor estaba más feliz entre máquinas porque las máquinas no podían bostezar, terminó a modo de moraleja. Sí, Neus se había despachado a gusto antes de abandonarlo a su suerte en aquel piso, atestado de monitores y torres medio desguazados, donde nunca se había oído la risa de un niño, si exceptuábamos la de aquella hija con la que su hermano le había ganado la partida una vez más.

Evocar aquel recuerdo le provocaba a Héctor un placer malsano, pues hacía reverdecer sus viejos instintos asesinos. Durante los largos y oscuros meses que siguieron a su precipitado divorcio, solo encontró alivio imaginando diferentes formas de asesinar a Neus y a su nuevo marido, aquel

mago de los cojones. Cada día se le ocurrían varias, todas muy bestias y sangrientas. Pero con el paso del tiempo, asesinarlos empezó a antojársele una reacción desproporcionada, un poco infantil, y se dedicó a concebir distintas maneras de dejarlos lisiados. Y luego de lisiarse a sí mismo, para que Neus, consumida por el arrepentimiento, volviera a su lado. Después, él la abandonaría. Y ella no tendría más remedio que quitarse la vida. La cadena lógica, causa-efecto, o eso le parecía entonces. Ahora se alegraba de que aquellos tiempos iracundos, aquellos despertares bruscos en mitad de la madrugada clamando justicia con el puño en alto, hubieran quedado atrás. Seguía odiando a Neus, claro. Siempre la odiaría. Eso era así. Pero ahora lo hacía de un modo sereno, razonable, maduro. Seguía deseándole lo peor, pero ya no soñaba con hacérselo él mismo. Se conformaba con enterarse, y que ella supiera que él se había enterado. Antes de morir. En resumen, lo había superado.

Aunque debía reconocer que no tan bien como había superado la animadversión que siempre había sentido por su hermano. En ese aspecto, su madurez había alcanzado la plenitud. ¡Y mira que había llegado a odiarlo! A odiar a aquel niño que no le había dejado dormir ni una sola noche en toda su infancia, que había absorbido todo el amor de su madre, que lo había obligado a crecer antes de tiempo... Sí, su hermano había sido una garrapata que no había tenido reparos en beberse la sangre de sus padres hasta exprimirlos, sin agradecerles nunca nada. Y que encima le había hecho perder la fe en la justicia cósmica, el karma o lo que fuera, al convertirse en millonario escribiendo una gilipollez de novela, el muy capullo, mientras que él... Bueno, bastaba mirarlo.

Ahora, sin embargo, eran uña y carne, se dijo con orgullo. Como siempre tuvo que ser. Era una lástima que lo que había acabado uniéndolos fuera el secuestro de Ari, pero ese asunto pronto se solucionaría. Él ya se estaba ocupando de ello. Como el hermano mayor que era. Y seguro que después de todo lo que estaba haciendo por él, su hermanito le dejaría el dinero que le quedaba por pagar a los Korovin. Incluso más, si le vendía bien su viejo proyecto de las casas domóticas. Al fin y al cabo, para eso estaban los hermanos, ¿no? Claro que sí, joder. Para qué, si no. Levantó la boca y tomó un

trago de lluvia. Se sentía bien, liberado, en paz consigo mismo. El odio y el rencor no servían para nada, concluyó, no eran productivos. Había que deshacerse de esos sentimientos corrosivos, de aquellos lastres inútiles. Y si para ello era preciso realizar una profunda y violenta catarsis... bueno, ¿no merecía la pena?

De pronto, vio salir al mago. Lo reconoció al instante. Sin su sombrero de copa, su capa de terciopelo negra con forro rojo, su rosario de pañuelos de colores y toda aquella parafernalia que desplegaba en el antro donde actuaba, el muy cabrón parecía un oficinista más. Salió del parque y comenzó a seguirlo, dejando una docena de metros de distancia entre ellos. Soltar lastre, cepillarse por dentro, renacer, se repetía, como un mantra, mientras caminaba tras el prestidigitador. Solo le quedaba una cosa por hacer para completar su catarsis.

Su odio se avivó cuando vio al muy hijo de puta alzar y abrir un paraguas, como si estuviera realizando uno de sus putos trucos de magia, mientras él avanzaba a pelo, protegiéndose con su fina gabardina de aquella lluvia cada vez más intensa que caía sobre la Gran Vía de Carlos III, por la que ahora cruzaban, de la misma forma que también arreciaba algunas manzanas al este, repiqueteando cada vez más enfurecida sobre el edificio rectangular de la comisaría de Les Corts, como si hubiera sido concebido especialmente para servir de caja de resonancia.

Rocamora observaba el melancólico espectáculo por la ventana de la sala de reuniones, mientras se esforzaba en reprimir la impotencia que le provocaba aquella pérdida de tiempo. Allí, como sardinas enlatadas, se encontraban todos los miembros de su unidad, junto a la comisaria Bargalló, el juez Peralta, el enviado del Ministerio del Interior, un par de especialistas del FBI llegados directamente desde Quantico y cuatro o cinco tipos del equipo de psiquiatría que había estudiado a Helena Rosell. Olaya se apartó el flequillo de la frente y, con el gesto de un director de orquesta sin batuta, cedió la palabra al responsable de estos últimos. Y como si le hubiera dado cuerda a un muñeco, el aludido se puso a hablar. Sin racanear tecnicismos, explicó que

habían sometido a la sospechosa al polígrafo y a un montón de pruebas más, y concluido que no mentía o, al menos, que *ella* estaba convencida de que no mentía. Las pruebas diagnósticas para esquizofrenia o psicopatías habían dado negativo, aunque el tipo se cubrió las espaldas advirtiéndoles de que había que entender que el margen de error era amplio debido a las prisas. En resumen, el diagnóstico que más se ajustaba a su aparente sinceridad y a su increíble resistencia a la confesión era el de personalidad múltiple, también llamado trastorno de identidad disociativo. Parecía lo único capaz de explicarlo todo. Aunque el diagnóstico de inocencia también lo explicaría, se dijo Rocamora, y de un modo mucho más simple.

Tras el cabecilla de los loqueros, tomó la palabra la comisaria Bargalló, que con su vocecilla de pequeña cerillera se apresuró a dejar claro que no iban a descuidar otras líneas de investigación. Ah, ¿no? Aquello hizo que Rocamora apartara la mirada de la ventana y prestara atención. Los chicos del FBI, dijo la Bargalló —señalando con un gesto de la mano a la pareja de muchachotes sonrosados y trajeados que parecían traspapelados de una serie americana por cable—, iban a volver a revisar con su tecnología puntera el surtido de imágenes que las cámaras de los alrededores habían cosechado del día del secuestro. La informática forense, apuntó ahora a Rojas, que se puso como su apellido, seguiría buscando el piso desde el que se hicieron las fotos encontradas en el ordenador del malogrado doctor Bassol. El subinspector Olaya, dijo, mientras su mano sorteaba a Rocamora con un ostentoso volatín...

Tras la ventana, la lluvia continuaba erre que erre, ametrallando edificios, paraguas, coches, todo. Algo más arriba, convertía la Diagonal en un caos, y más arriba aún, formaba riadas en las tranquilas calles de Pedralbes.

A través de la ventana de su salón, Diego miraba la lluvia sin verla. Como podía deducirse por la opacidad de sus ojos, su mente estaba en otra parte. Aunque hubiese discurrido por la anegada calle un barquito de papel parafinado seguido por un niño con impermeable amarillo, no lo habría visto.

—Todos creen en el Monstruo —reflexionó, apenas un murmullo en la soledad de su salón—. Todos creen que existe. —Dejó escapar un suspiro de

consternación, y meció la cabeza lentamente—. Y por eso, ahora es real.

Soltó una risita histérica. Se apartó de la ventana con brusquedad, como impulsado por ese aterrador pensamiento, y comenzó a caminar por la estancia, sacudiendo el cuerpo como si sufriera repentinos espasmos y alborotándose el cabello con manotazos nerviosos.

—Ha escapado de mi novela para vengarse —masculló entre dientes—. Y tengo que volver a encerrarlo. Sí, tengo que volver a encerrarlo. Y solo hay un modo de hacerlo.

Detuvo su errático deambular ante el espejo de cuerpo entero del salón y se miró a los ojos.

—Revelándole la verdad al mundo —le dijo a su imagen.

El espejo le devolvía el reflejo de un hombre desaliñado y tembloroso. Diego observó su expresión con detenimiento. La mirada febril, la sonrisa desquiciada y vacilante, los espasmódicos balanceos de cabeza... Parecía un loco, un auténtico loco. Alguien que no estaba en sus cabales, como suele decirse. Daba miedo. ¿Era eso lo que verían los demás cuando se mostrara en público?

Se acercó de nuevo a la ventana. El rumor de la lluvia inundaba el salón y se extendía por el resto de la casa, donde ya no había señales de vida. Hacía diez días que no brotaba de ninguna parte la risa de Ari. Y ahora tampoco florecían los delicados sonidos que Laura producía al existir. Todo era silencio, punteado por el rítmico tamborileo de la lluvia. Diego sacó el móvil y lo sostuvo en la mano. Esa mañana temprano había visitado a Laura en el hospital y le había contado su plan. Necesitaba saber qué opinaba ella. Le había pedido que moviera un dedo si le parecía bien lo que pensaba hacer, y luego había mirado con atención su brazo enyesado, pero Laura no había roto su hieratismo. Aunque eso no tenía por qué significar que le pareciera una locura. Una locura digna del loco del espejo. También podía significar que no podía oírlo. Que allí donde se encontraba ahora, en la oscura dimensión donde la había arrastrado el golpe en la cabeza, no se filtraban los sonidos del mundo de los conscientes. Pero él debía continuar con su plan, tuviera o no su aprobación. Suspiró, pulsó un número y se llevó el móvil a la oreja. Cuando descolgaron al otro lado, esto fue lo que dijo:

—Quiero revelarle al mundo la verdad sobre el Monstruo.

Fuera, la lluvia era tan densa que casi hacía desaparecer la calle. Y no tenía visos de parar. Continuó azotando la ciudad, incansable, furiosa, durante las siguientes horas, y todavía continuaba haciéndolo con la misma fuerza, se diría que incluso con renovados bríos, cuando el día se sumergió en la noche, si bien apenas hubo diferencia alguna, pues el mundo había adquirido una textura brumosa, fantasmagórica.

La cosa es que no paraba. Llovía torrencialmente sobre la Ciudad Condal, que parecía envuelta en una maldición líquida y musical. Y llovía sobre el Hospital Universitari Dexeus, en una de cuyas habitaciones, tendida en una cama, con un brazo enyesado y conectada a varios aparatos, yacía Laura sumergida en su propia noche. ¿Se sueña cuando uno está en coma? ¿Se piensa, se recuerdan cosas? ¿Se sigue existiendo? ¿Ha oído a Diego cuando esta mañana le ha contado su plan? No lo sabemos. Ni siquiera podemos saber si oye la lluvia, esta lluvia que resuena en todo el hospital, en toda Barcelona, que sigue cayendo atronadora hora tras hora, horadando la madrugada, envolviendo los sueños en un fragor de cataratas, hasta que finalmente un amanecer desganado, apenas un borrón de claridad, anuncia que ya es martes.

Aunque resultaba difícil de creer. Costaba distinguir el comienzo de un nuevo día tras el tupido cortinaje de la lluvia. Daba miedo salir a la calle, enfrentar la rutina de siempre bajo esa lluvia colérica. Por hoy, puedo pasar sin ir al gimnasio, se dijo Olaya, estudiando la calle desde la ventana del dormitorio. Sus perfiladas abdominales no iban a desmoronarse por un día que no las trabajara. Seguirían ahí mañana, ¿no? Se sentó en el pequeño escritorio que había en una esquina del cuarto y se entretuvo un rato navegando por internet. Consultó la prensa, algunas de sus páginas deportivas favoritas, su cuenta de email, pero enseguida notó el cuerpo incómodamente tenso. Hoy tenía un día complicado en la comisaría: Rosell continuaba enrocada en su inocencia, y el día de la tercera prueba se acercaba. Tenía que hacerla confesar cuanto antes sino quería convertirse en el hazmerreír de la comisaría. En fin, ante el día que tenía por delante, habría preferido llegar al trabajo lo más relajado posible, tras desfogarse un rato en la sala de máquinas, pero la puta lluvia... Oyó desperezarse a su mujer, se giró en la silla y posó sus ojos

perfectamente castaños en el bulto ronroneante que ocupaba el lado derecho de la cama.

—¿Hoy no vas al gym? —le preguntó su mujer, al descubrirlo sentado en el escritorio.

—Sigue lloviendo a cántaros —contestó, y luego, sonriendo con picardía, añadió—: Así que estaba pensando en sustituirlo por otro tipo de ejercicio.

Su mujer soltó una risita coqueta y se incorporó en la cama.

—Mmmm... no sé qué ejercicio te refieres —dijo, jugueteando con el botón superior de su pijama.

Olaya se levantó y se acercó a la cama con un exagerado contoneo seductor.

—¿No? Bueno, entonces tendré que darte una pista.

Se inclinó sobre el cuello de su mujer y comenzó a besarla con delicadeza, mientras una de sus manos desabotonaba el botón superior del pijama y se colaba en busca del pecho izquierdo. La mujer gimió y se fue recostando poco a poco, desarmada por el concienzudo manoseo. Olaya se despojó entonces del pantalón y del bóxer y se tendió sobre ella. Una vez ganada la posición, empujó un poco el trasero, pálido y velludo, preparándose para la primera arremetida.

No era así como Mireia se había imaginado el trasero de Olaya. En sus fantasías lo imaginaba a juego con el resto del cuerpo, bronceado y perfectamente depilado. Pero en los últimos meses ya se había acostumbrado a él y ahora incluso lo encontraba encantador. Aquel trasero blancuzco, peludo y granujiento rompía su excelsa perfección, pero debía reconocer que, por otro lado, también lo humanizaba.

Desde que las Navidades pasadas le había enviado un *christmas* navideño, con el regalito de un troyano casi indetectable, la vida doméstica del subinspector no tenía secretos para ella. Marc tenía un portátil que acostumbraba a trasladar de aquí para allá, y gracias a esa trashumancia Mireia estaba al corriente de todas las parcelas de su vida privada, incluso de algunas más de las que le habría gustado conocer, pues a veces su compañero se llevaba el portátil al baño, y entonces ella tenía que apagar el ordenador para evitar el riesgo de que su amor se tambaleara. Desde que había

«invadido» su intimidad, Mireia sabía lo que le gustaba cenar, los programas que le gustaba ver junto a su mujer antes de acostarse, el modo y los asuntos por los que discutían y sus estrategias de reconciliación, y también conocía sus técnicas y preferencias amorosas, pues en este tiempo había sido testigo de cuatro coitos —no siempre coincidía que el portátil estaba encendido cerca de donde se amaban—, que ella se había apresurado a grabar. Los guardaba como oro en paño y solía verlos con regularidad, sobre todo las tardes en que volvía a su casa más excitada de lo normal porque Marc se le había aproximado a esa distancia íntima que tan loca la volvía.

En la pantalla, su compañero seguía el protocolo: tras los rápidos preliminares, un poco de la postura del misionero, antes de pasar a la del perrito, donde solía concluir la cosa. Solo una vez su mujer se había puesto encima y lo había cabalgado en plan amazona, mientras él le agarraba los pechos y le sonreía o la azuzaba con procacidades. Esa vez optaron por el perrito. Cuando terminaron, Marc le dedicó un par de arrumacos y salió pitando a ducharse alegando que se le había hecho muy tarde. Cuando se acercó a apagar el portátil, Mireia comprobó que en su mirada ya no quedaba el menor vestigio del placer que acababa de experimentar. La mente de Marc había pasado a modo trabajo. Probablemente estaba pensando en cómo apretarle las clavijas a la Rosell para que escupiera su confesión de una maldita vez.

Mireia apagó el ordenador y se levantó de la silla. También a ella le esperaba una jornada complicada —la comisaria le había encargado personalmente que encontrara el piso desde el que se habían hecho las fotos, y no quería desilusionarla— y también se le hacía tarde—. Pero no quería llegar a la oficina con aquella excitación alborotándole las entrañas, así que se tendió en la cama y se masturbó apresuradamente. Como siempre, cerró los ojos y se imaginó al subinspector acercándose a su cuerpo desnudo y oferente, como una virgen en el altar de los sacrificios, y brindándole un trato que no le dispensaba a su mujer, inclinándose y lamiéndole despacio todos los *piercings* repartidos por su anatomía, y todos quería decir todos, incluso su favorito.

Cuando terminó se dio una ducha rápida, se maquilló siniestramente, cogió sus cosas y abandonó su pisito de la calle Treball hasta el metro de Sant Martí,

aunque la ducha bien podría habérsela ahorrado, pues llegó empapada a la boca de metro. En el vagón, mientras soportaba las miradas de curiosidad o desaprobación que la mayoría de quienes la rodeaban dedicaban a su apariencia, Mireia se abstrajo rememorando el coito matinal de Marc. Era fácil y placentero imaginar que se habían levantado juntos, incluso que habían follado, y que después habían decidido ir al trabajo por separado, porque, dada la situación de Marc, su relación solo podía desarrollarse en la clandestinidad, aunque a ella eso no le importaba, porque la volvía mucho más emocionante y apasionada.

Arriba, en la superficie, la lluvia continuaba cayendo sobre toda Barcelona, sin olvidar uno solo de sus setenta y tres barrios. Poderosa y ciega, desdibujaba la madeja de callejuelas del Barrio Gótico, arrancaba un martilleo de taquígrafo hacendoso al tejado metálico del mercado de La Boquería, salía a chorros de las fauces de los unicornios y leones encaramados a la fachada de catedral. Azuzada por el viento, barría en ráfagas las Ramblas, evacuándola de turistas, y dejaba solo los kioscos de prensa y flores, cerrados sobre sí mismos como extraños fortines apenas presentidos entre la niebla del vapor, y allá abajo, hacia el mar, empapaba las calzas de bronce del almirante Cristóbal Colón, que seguía empeñado en señalar en dirección contraria a América. Descargaba sobre la colección de yates, blancos y esbeltos como cisnes, que se mecían en el puerto deportivo, y al impactar sobre la playa de la Barceloneta producía un tableteo sordo, quedo, melancólico.

Para cuando llegó la noche, ya había adquirido hechuras de diluvio bíblico. O eso le pareció al juez Peralta, cuyo coche, incrustado en una caravana de vehículos, avanzaba a paso procesional por la calle Roger de Llúria en busca de un parking. A su lado, muy tiesa en el asiento del copiloto, viajaba la comisaria Bargalló. El juez la había recogido en su casa unos veinte minutos antes, cubriéndola solícitamente con su paraguas. Por esa razón la comisaria se encontraba perfectamente seca a pesar del diluvio. El juez, en cambio, pese a ser el dueño del paraguas, seco, lo que se dice seco, no estaba. Acabó de enjugarse la cara con un clínex y lo arrojó al cenicero del coche hecho un gurrúño.

—Estoy hambriento —anunció en tono festivo—, y espero que tú también, Simona, porque vas a disfrutar de la cena más exquisita de tu vida. Ya verás. En la revista *Cocina Ligera* definen sus platos como vistosos, sabrosos y saludables.

—Qué bien —dijo la comisaria sin el menor atisbo de ilusión.

—Hacen un gazpacho con gambas y cerezas realmente delicioso, créeme —continuó el juez, intentando contagiarle su entusiasmo culinario—. Por no hablar del cordero con salsa de albaricoques y clavo. Aunque si me permites una sugerencia, yo te recomendaría el *carpaccio* de buey con virutas de...

—¿Crees que podrán hacerme un huevo pasado por agua?

—¿Qué?

—Eso es lo que acostumbro a cenar, un huevo pasado por agua y un par de lonchas de jamón york, o una pequeña ensalada.

—Eh... Ensaladas sí que tienen, Simona. Y de lo más imaginativas. Hay una de gambas rojas con aguacate, cítricos y...

—Entonces si no me pueden hacer el huevo pasado por agua pediré una ensalada básica, solo con lechuga y tomate, sin cebolla.

—Bueno, no creo que su prestigioso equipo de chefs tengan el menor problema en hacerte un huevo pasado por agua —farfulló el juez con áspera ironía, pero enseguida se arrepintió del tono empleado. No era el más apropiado esa noche—. Pero la comida da igual, Simona —concluyó con alegría—. Es la compañía lo que convierte una cena corriente en una cena inolvidable, ¿no te parece?

—De trabajo, Ricard —puntualizó la comisaria sin dejar de mirar al frente—. No lo olvides. Es una cena de trabajo.

—Claro, seguro que encontraremos un hueco para hablar de trabajo —respondió el juez con una sonrisa pícaro.

—¡Qué puñetas, Ricard! —lo cortó ella, girándose hacia su asiento—. ¡Acepté cenar contigo esta noche para hablar del caso! ¡Espero que no tengas intención de que hablemos de otra cosa!

—¿Qué? ¡Por supuesto que no, Simona! Hablaremos del caso. Pero no me negarás que nos merecemos un pequeño recreo. Además, después de lo que pasó en Madrid quizás deberíamos...

—¡Un desliz! Eso fue lo que pasó en Madrid. Ya lo hablamos durante el viaje de vuelta.

—Ya, ya. Pero volvió a ocurrir hace tres días —argumentó tímidamente el juez.

—¿Y? Aunque se repitiera el otro día sigue siendo un desliz. O un desahogo para liberar tensiones, si lo prefieres. ¡Este caso es tan estresante que tenemos que relajarnos de alguna forma, jolines! No significó nada más que eso. No fue el principio de nada. Creí que los dos lo teníamos tan claro que ni siquiera hacía falta hablarlo. ¿Acaso no somos personas maduras que saben distinguir perfectamente un polvo de conveniencia de un acto de amor?

—Por supuesto, Simona.

—Bien. Me alegro que los dos pensemos igual. ¡Ostras, Ricard, por un momento creí que para ti había significado algo menos irrelevante!

—Pero qué dices. —Lanzó una carcajada el juez—. ¡Naaaa! Nos apetecía un revolcón y ya está. Punto pelota. Como si no volvemos a hacerlo.

—Eso es —zanjó la comisaria, y luego dejó escapar un suspiro—. En fin, espero que puedan prepararme un huevo pasado por agua, porque la ensalada por la noche a veces se me indigesta un poco...

—Vaya, lo siento en el alma —murmuró el juez, distraído.

Estaba haciendo un cálculo rápido. En un par de minutos llegarían al parking, y de allí tendrían que caminar no más de cinco hasta el restaurante, juntos bajo su paraguas. Si quería abortar el plan, tenía que hacerlo ahora o no iba a tener otra oportunidad. Con el mayor disimulo que pudo, sacó el móvil de la chaqueta, que por fortuna llevaba en el bolsillo izquierdo, y buscó el WhatsApp de Andreu, el *maître*, intentando no apartar demasiado la vista de la calle.

—Yo siempre he sido de poco comer, la verdad —oyó decir a la comisaria—. ¿Sabes que de adolescente padecí un principio de anorexia?

—Ya, ya... —comentó, mientras tecleaba a duras penas con la izquierda.

—Ah, ¿lo sabías?

—Sí, sí.

Logró escribir la palabra «¡Aborta!» y enviársela a Andreu. Luego se apresuró a guardarse el móvil en el bolsillo. ¡Lo había logrado sin que Simona

advirtiera nada! Aliviado, se recostó en el asiento. Uf, menos mal. No quería ni pensar la que le habría armado si llegan al restaurante y...

—¿Quién te lo ha contado? —le interpeló furiosa la mujer—. ¿Ha sido Miriam, de desactivación de explosivos?

—¿Eh? —dijo el juez, que no sabía de qué mierda hablaba la comisaria—. Miriam, sí. Ella fue.

—¡Lo sabía, porras! ¡Esa zopenca no sabe tener la boca cerrada! ¡Pero me va a oír! ¡Cómo narices se atreve a ir por ahí contándoles a todos que sufrí anorexia de adolescente? ¡Te juro que cuando la pille por banda...!

La comisaria continuó despotricando de la deslealtad entre las amigas mientras aparcaban, y, luego, mientras buscaban la salida del parking, pasó a despellejar al sufrido gremio de los artificieros, que acordonaban la zona cada vez que un niño se olvidaba la merienda en alguna parte. El juez asentía mecánicamente, dejando que la lluvia le ocultara las lágrimas. Comerían y se marcharían cada uno a su casa donde, como un perro fiel, le esperaba la soledad. Quizás, después de todo, fuera lo mejor. Había vuelto a pecar de ingenuo. La historia de su vida.

Cuando abrió la puerta del restaurante, le sorprendió tanto como a la comisaria encontrarlo vacío, con todas las mesas amontonadas contra la pared, como si en el centro de la sala fuera a tener lugar un baile. Entonces, de repente, de detrás de una mampara que había al fondo, surgió un arlequín. Empezó a sonar *Marry you*, de Bruno Mars, y la extraña figura avanzó hacia ellos, que se habían quedado clavados en el umbral. Se deslizaba con unos lánguidos y sinuosos movimientos de baile que, dada la situación, se antojaban más siniestros que alegres. Aparecieron entonces dos bailarinas con un atuendo similar, una de detrás de la barra y otra de los servicios, y se acercaron al arlequín contorneándose con estudiada sensualidad. Una de ellas cargaba con un mazo de carteles, que le entregó al arlequín. Este los sujetó contra su pecho mientras dedicaba a la pareja una sonrisa demente. Escrito con un rotulador grueso, se leía: «QUERIDA SIMONA». A continuación, siguiendo el compás de la música, las bailarinas fueron retirando los carteles de manera sincronizada, y se fue construyendo el siguiente mensaje:

LLEVO TIEMPO PENSANDO EN NOSOTROS Y NUESTRO FUTURO.
Y DESPUÉS DE TANTOS MOMENTOS COMPARTIDOS, DE TANTAS RISAS, CONFESIONES (Y
OTRAS COSAS, JE, JE...)
DESPUÉS DE DIEZ AÑOS TRABAJANDO JUNTOS, RESOLVIENDO CASOS CODO CON
CODO,
QUIERO QUE SEPAS QUE ME HARÍA MUCHA ILUSIÓN QUE FUERAS LA ÚLTIMA PERSONA
CON LA QUE HABLE ANTES DE DORMIR. Y QUE NADA ME GUSTARÍA MÁS QUE
ENVEJECER A TU LADO.
LAS COSAS PODRÁN SALIR BIEN O MAL, Y NO TE OCULTARÉ QUE ESTO ÚLTIMO ME DA
MIEDO, PERO TENGO CLARO QUE SI NO DOY ESTE PASO, ME ARREPENTIRÉ EL RESTO
DE MI VIDA.
ASÍ QUE, SIMONA QUERIDA...
¿QUIERES CASARTE CONMIGO, PUÑETAS?

Cuando desapareció el último de los doce carteles, alguien apagó la música y el silencio cayó sobre el restaurante como un trueno. Se suponía que ahora tenía que rematar el *flashmob*, sacando el anillo y arrodillándose ante la comisaria, pero el juez no se sintió con ánimos. Los bailarines, tras unos segundos de prudencial espera, irrumpieron en un festivo aplauso, pese a la mirada colérica que el juez les dedicó. Entonces, las puertas de las cocinas se abrieron y apareció el personal del restaurante, con Andreu, el *maître*, a la cabeza. Todos aplaudían y sonreían. En aquel ambiente de felicidad, nadie encontró lógico que el juez cogiera a Andreu por las solapas y lo aplastara contra una columna.

—¡Pero qué coño has hecho! ¡Te dije que abortaras, ostias!

—¿Qué? —dijo el otro, desconcertado.

—¡Te mandé un wasap hace unos diez minutos!

Andreu negó con la cabeza.

—No he recibido ningún mensaje tuyo.

El juez abrió la boca, tan desconcertado como el otro. Pero si se lo había enviado... Se volvió hacia la comisaria con gesto temeroso y se encontró con su mirada de fuego clavada en él.

Fuera, la lluvia seguía azotando el mundo de los hombres, ajena a sus dramas. Aliándose con el viento, apedreaba con furia las ventanas de los edificios. Tras una de ellas, Andrea Peralta trataba de vencer su estupor. La

semana anterior le había anunciado a su familia que estaba embarazada, y ahora no entendía por qué su hermano, que había celebrado la noticia con la misma alegría que los demás, le enviaba aquel imperativo mensaje: «¡Aborta!».

Y la lluvia caía, indiferente a su desconcierto. Durante toda la madrugada, arrojó la ciudad con su mortaja crepitante y transparente. Al día siguiente, en el telediario de la mañana, informaron de que hasta el momento habían caído más de noventa litros por metro cuadrado, lo cual era bastante inusual en una ciudad donde la precipitación media anual rondaba los seiscientos milímetros, por mucho que se encontraran al comienzo del otoño, cuando alcanzaba sus mayores cotas. Tras los datos, siempre fríos, atacaron con una batería de imágenes que mostraban los estragos que la lluvia empezaba a causar: alcantarillas rebosantes, comercios y bajos inundados, el testimonio humano de la gente de la calle hablando de las incomodidades que aquella lluvia incesante estaba causando en sus rutinas, un experto perorando sobre el cambio climático...

Robert Raventós apartó la mirada del televisor que había al fondo de la sala de descanso de la agencia, alrededor del cual se apiñaban varios compañeros de trabajo, y la clavó en el chorro de café que la máquina empezaba a verter en el vasito de plástico. Cuando el proceso finalizó, cogió el vasito con dos dedos a modo de pinza e hizo amago de dirigirse al grupo, pero se detuvo en seco al ver el rostro de Diego Arce ocupar de pronto la pantalla del televisor.

Desde el secuestro de la niña, todos los canales dedicaban una generosa sección de sus telediarios y programas a informar de las últimas novedades del «caso del Monstruo», pese a que estas se producían com cuentagotas.

—Vamos ahora con el secuestro de Ariadna Arce —anunció el presentador, cuando el rostro de su antiguo profesor desapareció de la pantalla—. Según fuentes no oficiales parece ser que el equipo policial encargado de la investigación ha detenido a un posible sospechoso. Su nombre no ha trascendido, pero según esas mismas fuentes lleva varios días siendo

interrogado por la policía. Todo apunta a que se trata del secuestrador de Ariadna, pero este dato aún no ha sido confirmado oficialmente. De momento, es todo lo que sabemos, pero les mantendremos informados de cualquier novedad. Confiemos en que en cuestión de horas la policía comunique oficialmente la detención del Monstruo. Recordemos que la tercera prueba está fijada para mañana a mediodía.

El arresto de alguien que podría ser el Monstruo levantó una polvareda de opiniones entre sus compañeros. Robert escuchó el debate desde la distancia. Ninguno sabía que él y Judit habían sido alumnos de Diego Arce en su etapa de profesor, y mucho menos que la policía los había interrogado al respecto, aunque fuera con el rutinario propósito de descartarlos como sospechosos. Ambos habían acordado no mencionar nada desde el principio, seguros de que si lo hacían se convertirían en el centro de atención y serían acribillados a preguntas mientras durase el secuestro. Era mejor fingir que no tenían ninguna relación con el caso, asistir a sus evoluciones como simples espectadores, aunque en su fuero interno Robert no podía evitar sentir la excitación que le producía hacerlo desde una tribuna privilegiada.

El presentador terminó recordando a la audiencia que esa tarde, a las cinco, se emitiría una entrevista especial con Diego Arce, a cargo de Ramón del Valle, y dio paso a otras noticias de actualidad, a las que ya nadie prestó atención.

—¿Creéis que entonces Arce no tendrá que sacarse los ojos mañana? — oyó preguntar a Jordi, de contabilidad.

—No lo sé. De momento, no han dicho nada de cancelar la prueba —le respondió Fran, de marketing.

—En internet tampoco hay nada —dijo otro cuyo nombre no recordaba.

Robert sonrió con tristeza. Aunque lo intentaran, ninguno de sus compañeros lograba disimular la decepción que le producía la posible cancelación del tercer reto. Sí, por mucho que todos se llevaran las manos a la cabeza, horrorizados por lo que estaba sucediendo, por mucho que despotricaran contra la ineficacia de las fuerzas del orden, o se lamentaran por el destino de la pobre niña, sabía que aquello no era más que una pantomima, puro postureo moral, una concesión a lo políticamente correcto. La triste

realidad era que nadie, empezando por sus compañeros, quería que algo tan prosaico como un arresto le privara de presenciar el insólito espectáculo de un hombre sacándose los ojos con una cuchara, aquella experiencia única que podrían contar a sus nietos.

Robert arrugó el vaso de papel, lo arrojó a la papelería y corrió a refugiarse en su despachito, antes de que alguien reparase en él y le preguntara qué opinaba del asunto. Mientras caminaba por el pasillo enmoquetado se alegró de que Judit hubiera seguido su recomendación y se hubiera tomado unos días libres. Probablemente se habría derrumbado al escuchar a sus compañeros hablar así del profesor. Siempre había sospechado que en los tiempos del instituto estaba un poco enamorada de él.

Entretanto, la lluvia continuaba con su infatigable martilleo. Golpeaba también, con más fuerza incluso, el castillo de Montjuïc, como si quisiera ahogar los gritos de los anarquistas, los curas, los falangistas y los republicanos que aún resonaban entre sus muros. En el Sagrado Corazón resbalaba como llanto por las mejillas de la estatua de Jesús que remataba su punta con los brazos abiertos, como un equilibrista de circo, y se deslizaba sobre la exuberante geografía de la basílica inconclusa de la Sagrada Familia, en cuyo interior, a través de las vidrieras de colores, se derramaba ahora una luz andrajosa y desteñida, que invitaba a suicidios melancólicos.

¿Es que aquella maldita lluvia no iba a parar nunca?, se dijo el agente Riera, mientras se dirigía con su goteante paraguas hacia la sala de la unidad. En la entrada, Olaya y Rocamora parecían discutir, o más bien el primero le aseguraba al segundo que la sospechosa estaba a punto de derrumbarse, mientras el segundo asentía con indiferencia, como si aquello le importara tres carajos. Riera los saludó con un movimiento de cabeza y entró en la sala de la unidad. Comprobó que la Lisbeth Salander del departamento, como llamaba cariñosamente a Mireia en su fuero interno, ya estaba allí. Y trabajando a pleno rendimiento. La comisaria en persona le había ordenado encontrar el piso desde el que se habían hecho las fotografías de la familia Arce, y Riera conocía lo suficiente a la informática forense como para saber que iba a encontrarlo o morir en el intento. Con unos auriculares puestos y un micrófono cruzándole la mejilla, aporreaba el teclado con el mismo frenesí que el mítico

Jerry Lee Lewis atacaba su piano, y apenas respondió a su saludo con un ligero balanceo de cabeza.

Riera se encogió de hombros, se sentó a su mesa y se puso a ordenar el trabajo del día, pero, apenas unos segundos después, un grito de la informática le hizo pegar un violento respingo.

—¡Marc, Marc! —gritaba Mireia, haciendo grandes aspavientos—. Sí, señora, un segundo, por favor, estoy avisando a mi superior...

—¿Qué ocurre? —exclamó el subinspector, abriendo la puerta al instante.

—Escucha, escucha esto —dijo Mireia casi sin aliento.

Se quitó los auriculares y pulsó un botón del teléfono que había en su mesa, y la voz de lo que parecía una octogenaria flotó en la estancia. Al ver que Rocamora también se acercaba a la mesa, Riera se levantó de la suya y se unió al grupito.

—¿Hola, hola...?

—Sí, señora, la escucho. Repita lo que me estaba contando, por favor —la animó Mireia, inclinándose hacia el aparato—. He puesto el manos libres para que pueda oírla mi jefe. ¿Reconoce al hombre de la foto?

—Sí, estoy segura: el hombre de la foto es mi inquilino, el doctor Badossa —dijo la mujer desde el otro lado de la línea—. Yo solo veo las telenovelas y los programas del corazón, pero el otro día puse el telediario y apareció su foto. Decían que podía ser el Monstruo, pero que luego lo habían asesinado en su propia casa... Una cosa horrible. Entonces me dije que tal vez debía llamar a la policía y contarles que ese hombre era mi inquilino. Lo consulté con *Ninfa*, mi gata persa, y a ella le pareció bien. Yo se lo consulto todo a *Ninfa*, ¿sabe? Me fío mucho de su instinto. Nunca se equivoca.

—¿Dónde está ubicado su piso, señora?

—Justo enfrente del edificio donde vive el escritor cuya hija ha sido secuestrada por el Monstruo. Pero claro, cómo iba yo a imaginar... El doctor Badossa parecía un hombre tan serio y agradable. Me dijo que prefería pagarme en mano, porque tenía problemas legales con su exmujer y esta le tenía controladas las cuentas bancarias. Y la verdad es que acepté porque así me ahorraba los impuestos, lo reconozco. Es que no hay derecho... ¡Estoy jubilada, llevo toda la vida pagando impuestos, y, a cambio, cada año me

bajan la pensión! ¡Ni siquiera me puedo permitir comprarle a *Ninfa* ese atún *gourmet* que tanto le gusta! Y ya le digo, el doctor Badossa parecía un hombre muy serio. Me pagó medio año por adelantado, fui a su hospital a recoger el dinero, ¡parecía tan formal! Pero al descubrir que...

Olaya pulsó un botón del teléfono, silenciando la voz de la mujer, y descolgó el auricular

—Señora, soy el subinspector Marc Olaya. Muchísimas gracias por su llamada. Nos ha sido de gran ayuda. En breve un agente se pondrá en contacto con usted para ir a registrar el piso.

Y colgó. Se hizo un silencio en el que todos parecieron reflexionar sobre la perorata de la anciana. Riera observó a Olaya, e imaginó lo que estaría pensando: «Vaya, así que nadie había metido las fotos en el ordenador del cirujano. Las había descargado él mismo, tras tomarlas con su propia cámara desde aquel piso alquilado a la dueña de *Ninfa*. ¿Significaba eso que Bassol era el Monstruo? Entonces, ¿quién lo había matado? ¿Y quién había enviado la tercera carta? ¿Y quién había escrito aquella frase en su pared, con su propia sangre? “Existo. Vivo. Soy real.” ¿Y cuánto costaría ese atún *gourmet* para gatos?». Riera casi podía ver todas aquellas preguntas estallando en la mente de Olaya una detrás de otra, como fuegos artificiales en una verbena, mientras el pobre parpadeaba sin poder disimular su confusión. La imagen de Helena Rosell fotografiando a la familia Arce desde el piso de enfrente debía estar desvaneciéndose poco a poco, igual que la de la mujer asesinando al cirujano a puñaladas porque la había pillado introduciendo las fotos en el ordenador de su despacho, disfrazada de enfermera como en una fantasía erótica. Qué absurdas debían de antojársele ahora esas imágenes. Mierda, debía de estar pensando. Mierda, mierda y mierda. Esa mañana temprano había mandado a los medios un comunicado anunciando que había un sospechoso en el caso del Monstruo, el redoble de tambores que precedería a la revelación del nombre, lo que confiaba poder hacer en una rueda de prensa triunfal antes de irse a comer. Pero estaba claro que ya no iba a producirse. Helena seguía sin confesar, y a cada minuto que pasaba parecía menos culpable.

Desde luego para Riera nunca lo había sido. Contempló a Rocamora, que le devolvió una mirada inescrutable. El agente lo obsequió con una de sus

mejores sonrisas. Él sabía de sobra quién era el Monstruo. Sí, lo tenía bastante claro. Claro como el agua. Y esa misma noche iba a cazarlo.

Fuera, la lluvia seguía a lo suyo, hora tras hora. Y mientras, amontonados en sus hoteles y pensiones como en refugios antiaéreos, los turistas maldecían su suerte en distintos idiomas, el paseo de Gracia lucía como abandonado, entregado a la lluvia, que descendía sobre la ondulada fachada de La Pedrera, sobre el friso de azulejos blancos que le daban el aspecto de una cumbre nevada, sobre las enredaderas de hierro forjado de sus balcones y sus chimeneas helicoidales tocadas por yelmos.

Desde una de las ventanas de los estudios de Canal 15, Tejada observaba llover con cierta preocupación. Aunque lo que le preocupaba no era la lluvia. A él, que continuara lloviendo o que dejara de llover le daba un poco lo mismo. Lo que le preocupaba era el lamentable estado en el que Diego había acudido a los estudios.

Volvió a consultar su reloj chapado en oro. Eran casi las cinco. Solo faltaban diez minutos para que Diego entrara en directo en el programa especial de Ramón del Valle, y aún no sabía si su hermano habría logrado despejarlo lo suficiente de su borrachera como para que pudiera hilar dos frases seguidas, y que ninguna pareciera el lamento de un pobre desquiciado.

Que Diego lo telefonara el pasado lunes para pedirle que acordara una entrevista en el programa de Del Valle había sido toda una sorpresa. Tras sus continuas negativas, costaba creer que ahora quisiera «revelarle al mundo la verdad sobre el Monstruo». Tejada no entendió qué carajo quería decir con eso, pero no dejó pasar la oportunidad. Y los mandamases del Canal 15, tampoco. Sin pensárselo dos veces, habían reestructurado su parrilla del miércoles para plantar un nuevo especial sobre el caso del Monstruo cuyo plato estrella sería la entrevista a Diego Arce. Así que, tras haber aguantado como un jabato en la cigüeña, y justo un día antes de enfrentar la aterradora tercera prueba, el hombre del momento comparecería en el Canal 15 para una entrevista en exclusiva, conducida nada menos que por el popular Ramón del Valle, maestro del interrogatorio ameno, profundo y mordaz. Iban a reventar

los audímetros.

Y entonces iba Diego y aparecía apestando a alcohol y vete a saber a qué más, sucio, desgredado, vestido con ropas minuciosamente arrugadas y casi sin poder abrir los ojos. Pero su lamentable aspecto era lo de menos, se dijo Tejada, dándose ánimos. Lo importante era que había acudido, y eso ya era mucho. Cualquiera otro en su situación se habría quedado en casa emborrachándose hasta la inconsciencia. Después de todo, a cada minuto que pasaba, parecía menos probable que la policía consiguiera evitar que al día siguiente tuviera que sacarse los ojos ante todo el planeta. Las noticias de la mañana habían hablado de un sospechoso, pero desde entonces no habían vuelto a decir nada al respecto, y mucho menos se había anunciado la cancelación de la prueba. Y Tejada intuía que todo el mundo lo prefería así. Nadie quería que aquello terminara. Quería que continuara hasta el final, hasta un desenlace apoteósico y digno. El secuestro estaba enriqueciendo a muchos, entre ellos a él. Los últimos diez días las ventas de *Sangre y ámbar* habían alcanzado cifras desorbitadas, pulverizando cualquier récord que un libro hubiera conseguido en décadas anteriores. Aún tenía que hacer cuentas, pero estaba seguro de que las ventas de la primera novela de Diego no debían andar muy lejos de las de la Biblia. Y aquel logro inaudito le había abarrotado la mesa de ofertas. Aparte de los de su propia editorial, allí se amontonaban cheques en blanco llegados desde los cuatro puntos cardinales del planeta, reclamando lo siguiente que brotara de la pluma de Diego Arce, fuese lo que fuese. En sus más de veinte años de experiencia, Tejada nunca había visto nada igual. *Sangre y ámbar* no solo era el libro del momento. Era el único libro que parecía existir. Pero no solo él estaba sacando tajada de aquella desgracia. También los canales de todo el mundo habían emprendido su particular batalla por arrastrar a sus platos al sufriente padre, ciego o con ojos, con o sin su hija, eso era lo de menos.

Tejada resopló entre el asco y la fascinación. La policía podía esforzarse en buscar al Monstruo, pero era como buscar una aguja en un pajar, porque como decía aquel grupo de tarados, todos eran el Monstruo. Sí, los monstruos no habitaban más allá de las tierras exploradas, como aseguraban los mapas antiguos, allí donde el hombre solo podía llegar con su imaginación. No, nada

de eso. El Monstruo siempre había vivido en la casa de al lado, pensó Tejada poniéndose poético. Siempre había vivido bajo la piel del hombre común, agazapado, encadenado por sus frenos morales, esperando un momento de despiste para escapar.

Lanzó un suspiro de alivio al ver a Diego aparecer con su hermano al fondo del pasillo. Había empezado a temer que el escritor hubiera alcanzado el límite, que el Monstruo no hubiera calculado bien la resistencia de su víctima, y esta se hubiera ahorcado en su camerino. Pero no. Allí estaba Diego, aunque para ser sinceros, parecía más muerto que vivo. Caminaba arrastrando los pies, lucía profundas ojeras que el maquillaje no había podido disimular, y sus ojos destilaban una mirada inquietante que ponía los pelos de punta. Cuando se detuvo a su lado, biqueó durante unos segundos eternos, como si le costara enfocar, y, cuando lo consiguió, sonrió blandamente, como un paciente emergiendo de la anestesia.

—Diego, Diego... No te veo bien. ¿De verdad quieres seguir adelante con esto? Podemos cancelar la entrevista —le dijo, en un alarde de generosidad. Y lo decía en serio. Quizás aquella anhelada entrevista llegaba demasiado tarde.

—No, no... —farfulló Diego—. La gente tiene que saber toda la verdad, y yo voy a... —pareció extraviarse momentáneamente en su propio discurso, pero logró retomar el hilo—, a contarles toda la verdad.

Antes de que Tejada tuviera tiempo de disuadirlo, un tipo de producción apareció de la nada y se lo llevó al plató prácticamente en volandas, explicándoles que los de sonido tenían que ponerle la petaca y el micrófono. A Héctor y a él los condujeron a una salita desde la que podrían seguir la entrevista en un monitor colocado para tal efecto. Era una habitación alargada, con una ventana al fondo, por donde se veía caer la lluvia. Su mobiliario se reducía a una pequeña mesa sobre la que había un par de bandejas de canapés poco apetecibles y a un incómodo sofá de diseño. Tejada se arrellanó como pudo en un extremo y Héctor en el otro, no sin antes servirse un generoso surtido de canapés en un plato de plástico. Tejada lo observó de reojo, buscando algún tipo de complicidad, pero el hermano de Diego contemplaba fijamente el monitor, mordisqueando un canapé con expresión grave, como si él no existiera. Tejada se concentró en la punta de sus zapatos, levemente

molesto. Empezaba a tocarle los cojones la actitud de Héctor, el desprecio con que lo miraba, como si le diera asco, como si fuera una rata o algún bichejo similar. Él no se merecía aquel desdén. ¿Qué había hecho, después de todo? De acuerdo, estaba ganando dinero con el secuestro de una pobre niña, mucho dinero, pero eso, al fin y al cabo, era inevitable. Ese dinero estaba ahí, flotando en el aire, y *alguien* tenía que ganarlo. Era así de simple. Las desgracias eran rentables, siempre lo habían sido. Las guerras, por ejemplo, producían más multimillonarios que las épocas de bonanza. Todo el mundo sabía eso. Y que él renunciara a todo ese dinero, no salvaría a la niña. Además, no era el único que se estaba forrando con aquello. El propio Diego, sin ir más lejos, se estaba enriqueciendo. Y hasta el mismo Héctor se había llevado un buen pellizco por dejarse entrevistar unos días antes en aquel mismo plató. ¡Así que ya podía deponer esa actitud de superioridad moral, joder! Tejada volvió a mirarlo de soslayo, y casi dio un brinco en el asiento al encontrarse la mirada de Héctor clavada en él. Sus ojos rezumaban un desprecio profundo, insobornable, casi radiactivo. Tuvo que bajar los ojos, incapaz de sostenerle la mirada.

—Bueno, a ver qué tal va —dijo por romper el incómodo silencio. Entonces reparó en el estado que mostraba la mano derecha de Héctor—. ¡Anda!, ¿qué te ha pasado?

—Me he quemado con un... mm... con un ácido —explicó el otro, tapándose la nervioso con la manga.

—¿Ácido? —se extrañó Tejada, que no pensaba soltar a su presa—. ¿Qué tipo de ácido?

—Uno... ya sabes.

—Oh. Vaya. Pues ha debido de doler —dijo Tejada, emitiendo un ligero silbido—. No sabía que en informática se usaran productos tan corrosivos.

—Sí. No. Bueno, es que yo soy alérgico a uno de ellos —respondió Héctor entre titubeos—. Uno que se usa para limpiar una cosa. Una cosa del ordenador.

—Ponte guantes.

—No me puedo poner guantes porque... mm... también soy alérgico. Al látex. Al látex de los guantes.

—Pues que lata —se solidarizó Tejada—, o mejor dicho, qué látex ¿eh?

En ese momento, alguien asomó la cabeza por la puerta para avisarlos de que la entrevista iba a comenzar. En diez segundos estarían en el aire. Tejada centró su atención en el monitor con visible alivio. Le estaba poniendo nervioso aquella absurda conversación de los cojones.

Pero al ver el rostro de Diego en la pantalla, se le terminó de caer el alma a los pies. El escritor estaba sentado al borde del sillón, balanceándose ligeramente con la mirada perdida. Así las cosas, la entrevista no podía empezar bien, y no lo hizo. Diego no miraba a Del Valle. Y parecía escuchar sus preguntas como si el presentador se encontrara a una distancia de cincuenta metros o más y no las oyera del todo bien. Dejaba transcurrir unos irritantes segundos de silencio antes de responder con un monosílabo o un gruñido o una mezcla de ambos. En el mejor de los casos, daba una respuesta incoherente, que de tan absurda sobrecogía. A los cinco minutos de entrevista Del Valle ya no sabía por dónde tirar. Su cara de apuro lo decía todo. Como buen profesional, trataba de seguir el guion establecido, pero Diego no parecía dispuesto a dejarse llevar de su mano por la entrevista emotiva y obscenamente íntima que le habían horneado en redacción. Tejada empezó a transpirar, mientras intentaba predecir si el trastornado comportamiento de su autor iba a rebajar o a incrementar la avalancha de dinero que estaba por llegar.

Aparcó sus reflexiones a un lado cuando Diego, tras lanzar un bufido de impaciencia, se irguió en el asiento para mirar a Del Valle directamente a los ojos. Lleno de inquietud, Tejada observó cómo por sus labios se derramaba una sonrisa escalofriante.

—El Monstruo existe —soltó.

Un tanto intimidado, Del Valle arqueó una ceja.

—¿Te refieres a que existe... metafóricamente?

—No. Me refiero a que existe de verdad —aclaró Diego con absoluta seriedad.

Del Valle puso cara de pasmo. Durante varios segundos, se limitó a mirar a su invitado, tragando saliva. Hasta que debió de ser consciente de que llevaba en silencio un tiempo inaceptable para un directo y empezó a

devanarse los sesos en busca de alguna de las réplicas inteligentes o mordaces que eran marca de la casa, pero no se le ocurría ninguna. Y a través del pinganillo debía de llegarle un silencio igual de estupefacto. En la sala de control estarían flipando tanto como él.

—Veamos si te he entendido bien, Diego —dijo al fin, exhibiendo su famosa sonrisa. Después de todo, él era Ramón del Valle, una estrella televisiva de primer orden, capaz de manejar a los entrevistados más díscolos, de conducirlos a su antojo sin que se le notara sudar una gota—. ¿Acabas de afirmar que el Monstruo, es decir, el personaje que inventaste en tu primera novela, existe de verdad? Que camina por el mundo, vamos. Que respira, come, bebe... incluso puede plantar un pino, si me permites la vulgaridad.

El escritor asintió con expresión grave, visiblemente molesto por el tono bufo con que Del Valle pretendía tratar el asunto.

—Como tú y como yo —remachó el presentador, deseoso de dejar las cosas claras.

Diego lo observó con repentina hostilidad. Era difícil saber lo que le había disgustado más, que le equiparasen al Monstruo o a Del Valle.

—Así es —musitó en un tono de voz un tanto cavernoso.

—Mmm.. Estás diciendo entonces que un personaje de tu novela, un personaje de ficción, *un personaje inventado por ti*, ha conseguido volverse real, supongo que gracias a alguna especie de *magia*, y tras lograr adquirir la suficiente, eh... carnalidad, ha secuestrado a tu hija. ¿Es eso?

Diego continuó contemplándolo en silencio. Finalmente, sacudió la cabeza.

—No. No es eso.

Del Valle lo contempló en silencio, entre desconcertado y aliviado.

—Ah, entonces me temo que no...

—A Ariadna la secuestró alguien, alguien humano —lo interrumpió Diego, hablando lentamente, con expresión concentrada—. Un *imitador* —precisó—. Pero después de eso, la gente comenzó a creer en el Monstruo. Todo el mundo comenzó a repetir ese mantra: Existe, vive, es real. Existe, vive, es real. Existe, vive...

—Sí, sí —dijo Del Valle alzando la mano—. El eslogan de ese grupo de frikis, ¿cómo se llaman? —Consultó sus papeles—. «Todos somos monstruos»

—exclamó, cabeceando con incredulidad—. Pues mira, me alegra que saques este tema, Diego, porque una de las cosas que me gustaría comentar contigo esta tarde es la frivolidad con la que algunos medios y usuarios de redes sociales han tratado el secuestro de tu...

—No es un simple *eslogan* —lo interrumpió Diego con infinito desprecio—. Es un mantra. Las palabras tienen poder. No se pueden usar a la ligera. La palabra es la fuerza soberana del universo —murmuró. Tejada mecía lentamente la cabeza. Diego parecía otra vez ido—. La palabra posee un potencial mágico incommensurable. Sin la palabra no habría nada. No existiríamos. Una mesa no es mesa hasta que no se la nombra. Antes de nombrarla no es nada. No existe. La palabra la convierte exactamente en lo que es. La palabra crea y destruye. Es la energía que mueve el mundo. La gente afirmó que el Monstruo existía, y por eso comenzó a existir. Por eso siempre existió —concluyó bruscamente.

Del Valle asintió y se acarició la barbilla con ademán reflexivo.

—Ese mantra despertó al Monstruo, como quien dice —recapituló.

—Sí.

—Y entonces, el Monstruo salió de tu novela... Y llegó al mundo real. A nuestro mundo. A nuestra realidad.

—Sí.

Del Valle frunció el ceño, tratando de entender la desquiciada teoría del escritor.

—Pero, si él no es quien secuestró a tu hija..., ¿para qué ha venido?

Tejada observó cómo Diego comenzaba a temblar y se abrazaba a sí mismo, los ojos girando enloquecidos en sus órbitas.

—Para castigar a los falsos dioses —respondió.

—¿A los falsos dioses? Me temo que no te sigo, Diego —dijo Del Valle con cautela.

No era el único, pensó Tejada, que veía cómo la hipotética montaña de dinero que le aguardaba en el horizonte empezaba a menguar a cada palabra que salía de la boca del escritor.

—A los imitadores. Al Monstruo no le gustan los imitadores —aclaró Diego—. Por eso ha venido. Para castigarlos. Los buscará, allá donde se

escondan. Los encontrará y los destrozará. ¡Ninguno estará a salvo! ¡¡Todos aquellos que se han hecho pasar por el Monstruo, morirán!! Aunque crean que siguen vivos, es solo una ilusión. —El escritor soltó una carcajada demente, escalofriante—. En realidad, ya están muertos. Son cadáveres andantes. Y luego... —Volvió a ponerse serio, arrugó el rostro en un gesto de profundo terror—. El Monstruo terminará el Juego de los Retos. —Se le escapó un suave gemido—. Porque él es el único que puede finalizar esta partida. Porque esta es la venganza que en justicia le pertenece... ¡¡y se la han robado!!

Tras aquella retahíla histérica, guardó silencio, jadeante. Tejada abrió la boca, sin dar crédito a la jerigonza apocalíptica que acababa de lanzar Diego.

—Comprendo —murmuró Del Valle, medio aturdido—. Y dime, ¿cómo sabes todo eso, Diego? Quiero decir que... que tal vez estés equivocado. Tal vez deberíamos darle un voto de confianza al Monstruo. —Soltó una risita forzada—. No sé. Puede que sus intenciones no sean tan deprimentes como tú las pintas. Puede que se contente con vagar por ahí y tomar una cerveza bien fría. Digo yo que cuando uno aterriza en otra dimensión lo último que le apetece es meterse en estos follones...

Sonrió con ironía a la cámara, buscando la complicidad de la audiencia, pero palideció cuando Diego clavó en él una mirada demente.

—Lo sé porque me lo ha contado él —respondió con un susurro ronco, arrastrando las palabras—. Me habla. En sueños. Desde que fui un niño.

Del Valle lo contempló largamente, con un matiz de recelo. Debía estar concluyendo que Diego estaba como una chota, preguntándose quizás si sería peligroso. ¿Llegarían los de seguridad a tiempo de quitárselo de encima en el caso de que decidiera abalanzarse sobre él con el propósito de estrangularlo o algo así? Pero, por otro lado, también debía de estar comprendiendo que aquello era un puto bombazo televisivo. Quizás no fuera la entrevista seria, sensible y emotiva con la que soñaba, la entrevista que le permitiera dejar atrás la televisión basura, pero... qué ostias. Las cifras de audiencia debían de estar por las nubes. Allí, frente a él, tenía al hombre del momento, dando muestras evidentes de que el secuestro de su hija y todo lo que había sufrido desde entonces le habían hecho perder la razón. Diego Arce había enloquecido, estaba gagá y, por mucho que hubiera perdido el rumbo varias

veces durante la entrevista, él estaba dando la primicia. Tejada lo imaginó frotándose las manos mentalmente.

—¿Desde que eras niño? —preguntó Del Valle a su invitado en tono de confianza, imprimiendo a su voz la medida justa de sorpresa y sincero interés—. ¡Eso significa que ya habías inventado al villano de *Sangre y ámbar* muchos años antes de escribir una sola palabra de la novela!

Diego lo miró unos segundos y después estalló en una risa desquiciada. Sus carcajadas eran aterradoras. Era la risa de la locura.

—¡Yo no inventé al Monstruo! El Monstruo fue alguien real. Hace mucho, mucho tiempo, vivió en este mundo. Falleció a finales del siglo XIX. Pero nosotros lo invocamos. No le dejamos descansar en paz.

—¿Nosotros? —preguntó Del Valle, algo confuso.

Diego se inclinó hacia él. Tenía los ojos enrojecidos, a punto de salirse de sus órbitas.

—Mis amigos y yo —le susurró con voz ronca—. Juntos lo trajimos desde el más allá. Con una ouija. Y eso lo enfureció.

¡No me jodas! Tejada ya había escuchado bastantes disparates. Se levantó bruscamente del sillón, hecho un manojo de nervios. Contempló a Héctor, que miraba el monitor con el rostro inexpresivo. Tejada sacudió la cabeza y lanzó un resoplido. Necesitaba tranquilizarse. Necesitaba desfogarse, salir a correr por la Diagonal. Pero solo podía caminar hacia la ventana. Eso hizo, mientras oía a Del Valle intentar recuperar las riendas de la entrevista.

—A ver si lo he entendido. Cuando eras un crío, tú y varios amigos invocasteis a...

—Yo no me inventé al Monstruo —silabeó Diego, interrumpiéndolo con impaciencia—. Solo escribí una historia para él. Creé un universo a su medida, para encerrarlo en su interior. Para escapar de mi destino. Para que no me matara también a mí, como había hecho con mis amigos.

Tejada se volvió hacia el monitor y vio a Del Valle tragar saliva. No estaba entendiendo una mierda. Pero ¿quién podría culparle? La pantalla mostró entonces un primer plano de Diego, y Tejada reparó con sorpresa en que las lágrimas habían empezado a resbalar por sus mejillas, sin que el escritor hiciera nada por enjugárselas. Luego cambió al rostro de Del Valle,

que contemplaba a su invitado en silencio, entre el sobrecogimiento y la compasión.

—Pero ahora, ha conseguido salir de su prisión de papel —dijo Diego—. Lo sé. Me lo ha dicho en mis sueños. La fe de la gente lo ha hecho poderoso y, de alguna manera, ha conseguido escapar del manuscrito donde lo encerré hace años. Ahora es libre ¡y está entre nosotros! —gritó, levantándose de su asiento bruscamente y dirigiéndose a grandes zancadas hacia la cámara que lo enfocaba, para acercar su desquiciada mueca a la lente, mientras aullaba—: ¡Está entre nosotros! ¿Entendéis? ¡Y RECLAMA LA VENGANZA QUE LE PERTENECE!

La emisión se cortó abruptamente. Tejada permaneció unos segundos estupefacto. Contempló a Héctor, que permanecía con su hermética mirada clavada en la pantalla —donde ahora asomaba el logotipo de Canal 15—, con un canapé ridículamente enarbolado en una mano, detenido a medio camino de la boca. Imposible adivinar qué sentimientos le estaba provocando la irreversible caída a plomo de su hermano en los abismos de la locura. Tejada suspiró con desazón, se volvió hacia la ventana y apoyó la frente en el cristal. ¿Ponía fin aquello a la carrera como escritor de Diego? ¿Lo arrastraría a él en su caída? Reparó entonces en que había dejado de llover. Una gota rezagada impactó sobre el cristal y resbaló por su superficie dibujando una línea quebrada. Era la última gota, la que ponía fin a la lluvia, porque por increíble que parezca, también hay una última gota.

30

¡Que viene el monstruo!

Hacía un par de horas que había anochecido. En algún momento de la entrevista había dejado al fin de llover, y lo único que alteraba el tranquilo silencio que ahora lo rodeaba era el deslavazado repiqueteo de las gotas de lluvia que caían de las ramas de los árboles sobre el techo de su coche.

—Al Monstruo no le gustan los imitadores —dijo Diego.

A través del retrovisor, vio asentir al Monstruo.

—No —corroboró este con su aguda voz amortiguada por la mascarilla—. Y mataré a todos los que se han hecho pasar por mí. Sabes que esos ojos me pertenecen.

Hechizado por el fulgor de aquella mirada maligna que enmarcaba el espejo, Diego negó imperceptiblemente.

—No, si yo puedo evitarlo... —musitó, casi para sí mismo.

Detrás de él, el Monstruo se encogió de hombros y se inclinó hacia delante. El fuerte olor que despedía su figura inundó las fosas nasales de Diego, obligándole a toser.

—¿De verdad crees que todo esto va a servir de algo? —le oyó preguntar en un tono preocupado, casi familiar.

Diego asintió. Soltó el volante, que había estado apretando con inusitada fuerza, y salió del coche. Echó a andar sin dedicarle una última mirada al

Monstruo, dirigiéndose a la mansión que se erigía al otro lado del camino. «Al Monstruo no le gustan los imitadores», murmuraba mientras se aproximaba, como si recitara un mantra, «Al Monstruo...». Se detuvo ante la imponente cancela de hierro, adornada con los obligados dragones modernistas, y llamó con insistencia al videoportero que había encastrado en el muro, bajo una atenta cámara de seguridad.

—¡Ábreme, Biel, soy Diego Arce! —gritó—. ¡Necesito hablar contigo!

Diego aguardó unos segundos, esperando algún tipo de respuesta que no llegaba. Volvió a la carga, aplastando con desesperación el dedo contra el botón, cuando la verja se descorrió, permitiéndole el acceso. Se adentró a grandes zancadas por el extenso jardín y, dando tumbos por el camino de baldosas, llegó hasta la puerta de entrada de la mansión, la cual se abrió antes de que tuviese tiempo de llamar. Pero quien le abrió no era Biel, sino una pareja que reconoció al instante, pese a que hacía diez años que no los veía.

—Robert, Judit... —murmuró, parpadeando repetidas veces, como si tratara de enfocarlos a través de las brumas del alcohol.

Los chicos lo contemplaron con una mezcla de sorpresa y recelo.

—Profesor Arce —balbuceó Robert, mirando de soslayo a la chica—. ¿Qué hace aquí?

Diego reparó en que ambos intentaban disimular una mueca de asco, debido al desagradable tufo a whisky y sudor que lo aureolaba. Trató de entrar en la casa con paso digno, pero enseguida se tambaleó y cayó aparatosamente de rodillas.

—Lo siento, lo siento... —gimió desde el suelo, aferrándose a las piernas de Robert—. He venido a salvaros... El Monstruo viene a por vosotros.

—Pero ¿de qué habla? —dijo Robert, zafándose de su presa y dando un paso atrás, pálido como un fantasma.

Diego perdió el equilibrio y cayó hacia delante. Logró apoyar las palmas antes de dejarse los dientes contra el suelo.

—Lo entiendo... os juro que lo entiendo... —lloriqueó—, me porté mal con vosotros, fui un cobarde... ¡pero tenéis que perdonarme!

Robert miró angustiada a su novia. Judit temblaba abrazada a sí misma, mientras contemplaba a Diego con aprensión.

—No se preocupe, profesor —balbuceó Robert, sin saber muy bien qué decirle—. ¡No hay nada que perdonar!

—Sí, sí... —insistió Diego, poniéndose de rodillas—. ¡Os abandoné cuando más me necesitabais! ¡Os traicioné! Pero tenéis que entenderlo! Estaba aterrorizado. Tenía tanto miedo... Siempre he tenido miedo de todo. El Monstruo me enseñó a vivir con miedo. Me convirtió en lo que soy.

—Profesor, no tiene que... —empezó Robert.

—Pero he decidido no volver a tener miedo. Toda mi vida he estado huyendo de él... —continuó Diego mientras se incorporaba a duras penas—. Pero se acabó. Ya no voy a huir más.

Una vez de pie, miró a su alrededor con los ojos entrecerrados.

—¿Dónde está Biel? ¿No está aquí? ¿También tengo que hablar con él!

—Sí, está en la cocina, profesor —respondió Robert—. Nos ha invitado a cenar... Podemos ir a buscarlo, si quiere.

—Sí, él también tiene que oír lo que he venido a deciros —balbuceó Diego—. Fue él quien me abrió los ojos el otro día en el hospital.

—¿Biel fue a verlo al hospital? —se sorprendió Robert.

—Me dijo que habíais leído mi entrevista en *Literama* —continuó Diego, hablando a pocos centímetros del rostro de Robert, que intentó apartarse todo lo que pudo—. Me contó lo mucho que os habían emocionado mis palabras. Por eso he venido a salvaros, porque, a pesar de todo, no merecéis morir. ¡Y yo estoy aquí para enseñaros a vencer al Monstruo! —gritó, tambaleándose.

Robert tuvo que sujetarlo para que no se derrumbara. Entre su novia y él condujeron a su antiguo profesor a través de un largo pasillo, mientras este seguía parlotando incoherencias, hasta que desembocaron en una pequeña salita. Robert le pidió a Judit que le diera un poco de agua, y la chica se dirigió al minibar que había en una esquina con andares sonámbulos, sacó un botellín y se lo acercó a Diego.

—Beba, profesor —le recomendó Robert—, le sentará bien. Tiene que tranquilizarse.

Sin hacer caso de la botella, Diego tomó a Judit por el brazo.

—Os perdono —le dijo con repentina solemnidad—. Merecía vuestro castigo, Judit. Y lo acepto.

Judit se zafó de su presa, visiblemente angustiada. Miró a Robert, pero, antes de que este pudiera decir algo, se escuchó una voz entusiasmada proveniente de la puerta.

—¡Profesor Arce!

Biel caminaba hacia él con los brazos abiertos. Llevaba puesto un ridículo delantal y sonreía con su necia sonrisa de siempre. Antes de darse cuenta, Diego se encontró envuelto en un abrazo tan caluroso como torpe.

—¿Cómo se encuentra, profesor? ¡Vaya! No tiene buen aspecto. La verdad es que acabamos de ver su entrevista en la tele y nos ha dejado bastante preocupados, ¿verdad, chicos? —dijo Biel, todavía sujetándolo por los hombros.

—Tenéis que parar esto, Biel —farfulló Diego con una mueca de súplica—. Tenéis que devolverme a mi hija.

Se hizo un silencio denso, viscoso, durante el cual los tres antiguos alumnos lo observaron desconcertados.

—¿Qué? —balbució Biel, soltándolo con brusquedad.

—¡Por favor, no lo neguéis! —exclamó Diego, pasando la mirada de uno a otro—. ¡No hay tiempo para eso! ¡El Monstruo está ahí fuera! ¡Ha venido a por vosotros, a por mi hija! Primero os matará, y después se cobrará la deuda que tiene conmigo, ¡su deuda de sangre y ámbar! Pero no os preocupéis... Sé cómo vencerlo. —Sacudió la cabeza, como si intentara ordenar sus pensamientos—. Si os entregáis a la policía, el mundo entero tendrá que aceptar que el Monstruo no existe. —Comenzó a caminar por la estancia, sacudiendo el cuerpo como si sufriera repentinos espasmos y alborotándose el cabello con manotazos nerviosos—. El mantra dejará de repetirse alrededor de todo el planeta. La palabra, de la que se alimenta, le dará la espalda. Y él se debilitará, y yo podré volver a encerrarlo en el manuscrito. Ya lo hice una vez.

Los tres observaron llenos de estupor a su viejo profesor. Biel fue el primero que consiguió reponerse.

—Pero nosotros no hemos secuestrado a su hija, profesor —dijo con serenidad.

—¡Sí, vosotros la tenéis! —insistió Diego—. ¡El Monstruo me lo ha

dicho!

—¿El Monstruo? —dijo Robert con voz temblorosa.

—Se ha vuelto completamente loco —lloriqueó aterrada Judit.

—Profesor, disculpe... —intervino Biel—, pero es evidente que no se encuentra bien. Está sufriendo una especie de crisis o algo por el estilo. Creo que necesita asistencia médica y lo mejor es que...

—¡Oh, Dios mío! —Diego abrió mucho los ojos, mirando a su alrededor con una espantosa expresión de pavor que deformaba su boca—. Está acercándose. Puedo sentirlo. Ya viene... ¡El Monstruo viene a por vosotros! ¡A por mi hija! Por favor, por favor... No tenemos mucho tiempo. ¡Ayudadme a derrotarlo! ¡Si no lo hacéis moriremos todos!

Robert y Judit estaban pálidos y demudados. Biel, en cambio, había arrugado los labios en una severa mueca de disgusto.

—Me temo que si no deja de hablar así me veré obligado a llamar a la policía, profesor —dijo en tono firme—. Está asustándome a mí y a mis invitados. Y puede que en su estado no se dé cuenta, pero nos está acusando de algo muy grave...

—¿La policía? —graznó Diego—. *¿La policía?* —Estalló en enloquecidas carcajadas—. ¿De verdad crees que la policía te salvará del Monstruo, Biel?

—Vale, ya está bien —bufó el chico con impaciencia, al tiempo que sacaba el móvil de un bolsillo del pantalón—. Lo siento, profesor, pero no me deja otra alternativa que la de llamar a...

Entonces Judit lanzó un grito de terror, prolongado, agudo, casi inhumano, mientras señalaba hacia la cristalera que daba al jardín. Todos siguieron su alucinada mirada. Al fondo de la oscuridad titilaba un punto de luz anaranjada. Parecía una especie de hoguera, que enseguida empezó a crecer lentamente. Comprendieron que aquello, fuera lo que fuera, había comenzado a surcar la oscuridad en su dirección. A medida que avanzaba, observaron cómo la alargada y trémula llama parecía adquirir los contornos de una silueta humana. La visión les cortó el aliento. Apenas unos segundos después, la fantasmagórica figura se había acercado tanto que todos pudieron ver que era alta, delgada e iba vestida con una ensangrentada bata de cirujano. Y ardía. El fuego la arropaba como un manto resplandeciente y anaranjado, sin causarle el

menor daño, como si formara parte del mismo ser. El Monstruo continuó su avance hasta detenerse ante el cristal, desde donde los observó. Y todos pudieron ver cómo, entre el gorro y la mascarilla, sus negros e intensos ojos los escudriñaron con furia, como si no estuviera en absoluto contento de que hubieran usurpado su personalidad.

Segunda parte

El Monstruo

Una película vale lo que vale su villano.

ALFRED HITCHCOCK

31

El único culpable

Sentada en una de las muchas terrazas que poblaban la Rambla de Cataluña, Judit apuraba su vermú con una mezcla de remordimiento y placer. Sabía que era un capricho que no podía permitirse, y precisamente por eso se había sentado allí, fingiendo ser una más entre todos aquellos turistas con chanclas y gorras que gastaban su dinero con aparente despreocupación, como si les brotara bajo la almohada cada noche. ¿Por qué no iba ella a poder disfrutar de aquel hermoso día, de aquella Barcelona bendecida por ese sol venturoso de mediados de junio con la misma feliz indiferencia?

Hacia unos días que la vieja ansiedad había vuelto. En realidad, nunca se había ido, siempre estaba ahí, aunque tan atenuada que era fácil ignorarla. Pero cualquier tontería podía avivarla —un mal sueño, una noticia triste en la televisión, una desabrida contestación de su jefe...—, y cuando eso ocurría, todo volvía a comenzar. Durante varios días le costaba respirar, como si no pudiera llenar del todo sus pulmones. Aquel día en concreto, la ansiedad había alcanzado uno de sus niveles más altos. No se lo había contado a Robert, claro. ¿Para qué? Él no la entendería, ni siquiera ella misma se entendía. Todo le iba bien. Tenía un trabajo medianamente interesante, un novio que la quería, era joven, bonita y estaba sana. Tenía, en definitiva, un amable futuro por delante para vivirlo como le viniera en gana. Y el pasado, el aterrador pasado,

hacía mucho que había quedado atrás. Con veintisiete años recién cumplidos, podía decirse que había puesto la suficiente tierra de por medio entre ella y quienes la dañaron cuando era niña... Así que ¿por qué no era feliz? No lo sabía, pero a veces la embargaba la amarga certeza de que iba a pasar por la vida sin disfrutarla, sin tener la oportunidad de desarrollar ese potencial para la alegría que intuía que llevaba dentro, como una bolsa de cotillón olvidada en un armario.

Se frotó distraídamente el antebrazo, intentando aliviar el escozor. A pesar del calor se había puesto manga larga para ocultar los finos cortes que se había infligido esa misma mañana con una cuchilla. Se preguntó qué diría Robert si viera aquellos rasguños escarlatas sobre su pálida piel, pero su novio siempre estaba en las nubes. Y hacía mucho tiempo que no la veía desnuda. Demasiado. Su relación se parecía cada vez más, en todas las parcelas, a la de un anciano matrimonio.

Le hizo una seña al camarero, que enseguida colocó ante ella un platito con la cuenta. Le entregó la tarjeta de crédito sin ni siquiera mirar la desproporcionada cifra, y después huyó del lugar del crimen hacia la boca de metro más cercana, porque ese día su inexistente chófer estaba lavando su inexistente limusina y ella tenía que volver a casa enlatada entre los mortales.

Fue entonces, a unos metros de la parada, cuando reparó en el chico que se aproximaba caminando hacia ella. Tenía la clase de físico que le gustaba. Era alto, con uno de esos cuerpos minuciosamente cincelados en el gimnasio y un rostro de facciones proporcionadas y agradables. Pero nada de eso la atrajo tan poderosamente como la mirada que anidaba en sus oscuros ojos. Una mirada turbadora y peligrosa que combinaba a la perfección con su airosa forma de caminar. Como si el mundo le perteneciera. Como si estuviera acostumbrado a coger de él lo que quería, sin pedir nunca permiso. Era un escualo, un depredador, y su simple visión la excitó como hacía tiempo que nada lo hacía. Últimamente no podía evitar fantasear con la idea de sufrir un ataque violento. Cada vez que veía en el telediario la noticia de un secuestro o una violación, tenía que encerrarse en el baño, bajarse las bragas, que ya tenía ligeramente empapadas, y masturbarse salvajemente. Y ahora, en mitad de la calle, la acometió el mismo deseo brutal. El vientre empezó a arderle a

medida que el chico se acercaba. Imaginó que, al cruzarse con ella, el desconocido la miraba de arriba abajo con una sonrisa taimada y, sin mediar palabra, la cogía por un brazo, se lo retorció con fuerza a la espalda, la empujaba contra un árbol y allí, mientras los turistas se detenían y formaban un corro a su alrededor, el chico le subía el vestido, le separaba las piernas y procedía a montarla por detrás, entre las risas y vítores de la concurrencia. Tuvo que morderse los labios para reprimir un gemido mientras el desconocido pasaba a su lado. Tendría que esperar a llegar a casa para encerrarse en el baño y masturbarse pensando en él, en su mirada malévola, en sus aires de conquistador.

—¿Judit? ¿Judit Luque? ¿Eres tú?

El desconocido se había parado ante ella y la observaba con el ceño fruncido. Ella asintió, aturdida, notando cómo se le encendían las mejillas.

—¿Sabía que eras tú! Madre mía, pero si estás igual. ¿No sabes quién soy? Ella lo estudió desconcertada durante casi un minuto.

—¿Biel?

El desconocido asintió, ensanchando aún más su burlona sonrisa. Dios, no podía creerlo. ¡Era Biel! El gordito y bueno de Biel...

Ambos se saludaron entre risas de incredulidad, y allí mismo, entre la riada de turistas que recorrían la Rambla hacia la plaza de Cataluña y barceloneses en plena jornada consumista, empezaron a contarse de forma atropellada los últimos diez años de sus vidas, o más bien lo hizo ella, como si necesitara exponerle su existencia a alguien para descubrir si tenía un mínimo de sentido. Biel la escuchaba con simpatía, soltando algunas bromas al hilo de sus comentarios que la hicieron reír de verdad, como hacía mucho que no reía, pero sobre todo la dejaba hablar, mientras le sonreía con cariño, con aquella sonrisa que no juzgaba, que parecía relativizarlo todo, no concederle excesiva importancia a nada. Judit le contó que Robert y ella eran pareja. El amor había brotado entre ellos en la universidad, donde habían estudiado juntos. Los tíos de Judit habían muerto hacía tiempo, de su madre y su padrastro mejor no hablar, por fortuna no sabía nada de ellos, y los padres de Robert habían tenido un hijo cuando ya no lo esperaban, un hijo de última hora que había nacido con intrincados problemas de salud. Ahora los dos

trabajaban en la misma empresa de publicidad, ella en administración y Robert en el departamento creativo. No, Robert ya no escribía. Durante un tiempo había intentado convertirse en escritor, pero el par de novelas que había pergeñado no habían interesado a ninguna editorial y, finalmente, había acabado tirando la toalla, aunque no parecía lamentarlo. Ambos estaban satisfechos con sus vidas. Podían llegar a final de mes sin excesivos esfuerzos, pagar la desorbitante hipoteca del diminuto apartamento que habían comprado en Poble Nou, y regalarse alguna escapada romántica de vez en cuando. En fin, ¡la vida les sonreía!, intentó bromear.

Al enterarse de que sus dos antiguos amigos eran pareja, Biel casi entró en un estado de éxtasis y prácticamente se autoinvitó a comer con ellos para saludar a Robert y recordar viejos tiempos; y, de pronto, Judit se descubrió acompañándolo hasta donde tenía aparcado el coche, excitada y feliz como una niña. Con Biel todo parecía tan fácil, tan divertido... Mientras caminaba a su lado por la Rambla, sintiéndose extrañamente protegida simplemente por encontrarse junto a aquel tiarrón de zancada arrogante, se dio cuenta con sorpresa de que la ansiedad había desaparecido. Tal vez solo necesitaba eso. Un cambio, algo que rompiera la asfixiante rutina de su vida, se dijo, mientras descendían la escalera del parking. Tuvo que ahogar un silbido cuando se detuvieron ante un reluciente Porsche Cayenne color negro. Joder. Mucho más cómodo e íntimo que el árbol, pensó con una sonrisa traviesa. Pero enseguida llamó al orden a sus revueltas hormonas. Ya no era un desconocido. Ahora era Biel. El bueno de Biel. El tercer miembro superviviente de la malograda pandilla, aunque le costara creerlo al verlo bajo aquel nuevo e imponente chasis. Decidió limitarse a disfrutar del momento. No todos los días se le presentaba a una la oportunidad de subirse a un cochazo como aquel, junto a un tío como aquel.

Mientras circulaban por las calles de Barcelona hacia su pequeño apartamento, Judit tuvo un último ramalazo de aprensión. No podía dejar de pensar en la cara que pondría Robert cuando apareciera por la puerta con su antiguo amigo. ¿Cómo se lo tomaría? Le preocupaba la vigencia que pudieran tener las viejas rencillas del pasado. Cada vez que, por el motivo que fuera, salía a relucir el nombre de Biel en alguna conversación, Robert aprovechaba

para arremeter contra él, con una acritud que ella siempre había considerado desorbitada. Sobre todo teniendo en cuenta que entre ellos no había sucedido ninguna ruptura traumática ni nada parecido. Solo se trataba de los viejos celos de Robert, aquellos que nunca había querido reconocer. Rogó para que, después de tantos años, su novio al menos supiera comportarse.

Sin embargo, la cosa fue mucho mejor de lo que Judit había imaginado, pues la arrolladora simpatía de Biel enseguida arrasó con los recelos de su novio. Biel ya poseía aquel don de niño, aquel talento para conseguir que nadie pudiera enfadarse con él, pero sin duda lo había refinado, y ahora lo acompañaba además con un impactante físico que nadie se atrevería a condenar al lazareto de los marginados.

Durante la comida, Biel no paró de charlar. Les habló de su último safari por África, donde había visto parir a una leona desde pocos metros, de la docena de botellas de Moët Chandon que había consumido hacía un par de noches en el Elephant con unos clientes de su padre, del accidente que había tenido con su Ferrari no hacía mucho, del cual, a pesar de que iba hasta el culo de droga, había salido bien parado gracias a los contactos de su padre en Tráfico, aunque su coche había quedado tan destrozado que ahora tenía que conducir el viejo Porsche de su hermana... Pero soltaba todas aquellas anécdotas de rico con una curiosa humildad que evitaba que pareciera presuntuoso o desagradable. Más bien parecía sobrellevar aquella existencia de lujos y excesos como una especie de penitencia, intentando estar a la altura de la fortuna de su padre, y le sorprendía e indignaba que ellos no llevaran una vida similar. No le entraba en la cabeza que Judit, con su inteligencia, con las brillantes notas que sacaba en el instituto, hubiera terminado de simple secretaria. O que a esas alturas Robert no fuera un escritor rico y famoso. ¿Cómo era posible que no contara ya con varias novelas publicadas? Todavía recordaba los conmovedores relatos que les leía en el taller del profesor Arce y los pasajes de la maravillosa novela que estaba escribiendo. ¡No podía creer que ninguna editorial se hubiera interesado por ella! ¡Él había llorado con algunos de aquellos fragmentos! ¿Se acordaban? Como una Magdalena. Los editores estaban ciegos, sordos, locos. Qué mierda pasaba con ellos. A Robert no habían querido publicarle nada y, en cambio, el profesor Arce se

había hecho millonario con su primera novela, que, según había oído, la crítica había destrozado sin piedad. Desde luego, él no la había leído, así que no podía juzgarla, pero se suponía que los críticos sabían de qué hablaban, ¿no? Y si decían que era mala...

Mientras fregaba los platos, Judit espiaba cómo Robert asentía al exaltado parlamento de Biel, totalmente rendido. También él opinaba que *Sangre y ámbar* era una historia efectista, tramposa y gratuitamente sangrienta, le escuchó decir con voz afligida, como si le resultara doloroso emitir aquella opinión negativa. Judit sonrió para sí. Su novio llevaba años despotricando sin tapujos sobre la falta de talento de su antiguo profesor. Ella, que no se consideraba ninguna experta en materia literaria, nunca le había dado pábulo, pero parecía que Robert al fin había encontrado un entusiasta compañero con el que despellejarlo al alimón. Diego Arce no se merecía los millones de ejemplares que había vendido, fue la conclusión a la que habían llegado los dos amigos cuando ella apareció con los cafés.

Biel sacó entonces una papelina de cocaína y, ante la mirada sorprendida de la pareja, preparó tres rayas con aristocrática naturalidad. Tras un leve titubeo, Robert declinó amablemente la suya. Judit sabía que no era por convicciones morales o falta de curiosidad, sino porque su novio era demasiado hipocondríaco como para meterse nada raro en el cuerpo, más allá de un porro ocasional. Ella, sin embargo, no se lo pensó dos veces. Aceptó el billete de cincuenta euros que Biel le enrolló y se inclinó sobre la droga intentando imitar la misma mundana desenvoltura que mostraba su amigo y que, debía reconocer, la tenía absolutamente fascinada. Y el hecho de que Robert ni siquiera torciera el gesto le hizo comprender que el arrollador encanto de aquel nuevo Biel lo tenía tan hechizado como en su día le había sucedido a Santi.

Biel se despidió prometiéndoles que la próxima vez los invitaba él, y cumplió su palabra con creces. Durante los días siguientes, los paseó por *su ciudad*, convertido en el amable y permisivo cicerone de una Barcelona desconocida para ellos, prohibida y esplendorosa, donde su tarjeta de crédito les abría todas las puertas, les concedía todos los caprichos, hasta parecía mantener alejado el húmedo calor del verano. Judit nunca se había sentido tan

viva. Le encantaba subirse a aquel carrusel de lujos: salir a cenar rebuscadas exquisiteces, a bailar en las mejores discotecas hasta caer rendida en un reservado donde siempre les aguardaba una botella del mejor champán, a navegar por la Costa Brava en un yate que la acunaba dulcemente mientras se doraba en su cubierta. Y, sobre todo, le encantaba la coca, el caro combustible que le permitía aguantar aquel ritmo vertiginoso que su *sherpa* les imponía. Nunca antes la había probado, y ahora Biel se la regalaba por gramos. Aquella sustancia desenterraba su capacidad para el disfrute, la convertía en la mujer que siempre quiso ser: alegre, osada, desinhibida. Incluso disfrutaba por primera vez del sexo con Robert.

Y revoloteando por encima de aquellos placeres imposibles, siempre la voz de Biel, recordándoles que merecían algo mejor que la modesta vida que habían acertado a construirse. Aquel no era el futuro que imaginaba para ellos. ¡Él siempre los había admirado tanto! Santi, Robert y ella eran inteligentes, cultos, diferentes. Eran especiales. Siempre había pensado que eran superiores a los demás alumnos, incluso a muchos de sus profesores, aquellas criaturas mediocres que los pastoreaban con desgana e incluso mal disimulado desprecio. Estaba seguro de que llegarían lejos, y lo harían por méritos propios. No como él, que era idiota y se lo debía todo a su familia. ¿Qué era lo que había sucedido para que sus destinos se torcieran?, solía preguntarles una y otra vez. Y la respuesta era siempre la misma: la muerte de Santi. El terrible suicidio de su amigo los había marcado para siempre. Un suicidio al que le había inducido el profesor Arce. De eso Biel no tenía dudas. ¿Cómo se le había ocurrido ensalzar la vida de todos aquellos artistas malditos, de todos aquellos suicidas glamurosos, frente a un joven tan hipersensible y depresivo? ¿Cómo había sido tan irresponsable? Joder, al profesor Arce solo le había faltado introducir el cañón de la escopeta en la boca de Santi él mismo.

Biel tenía claro que aquella muerte intempestiva fue lo que les había jodido la vida al resto. Porque todos se habían sentido culpables de ella. ¿Cómo no hacerlo? Eran sus amigos, los únicos que tenía; Judit era incluso su novia... Debían haber sabido cómo ayudar a Santi, pero ni siquiera habían percibido los síntomas. Así que habían cargado sobre sus frágiles hombros la muerte de su amigo, porque la única persona que habría podido liberarlos de

esa carga, aceptando su parte de responsabilidad, se había quitado de en medio. El profesor Arce, el único que habría podido apoyarlos en aquel trance, enseñarles el camino para superarlo, los había abandonado. Y ellos habían perdido la fe en la amistad, en el mundo adulto, en ellos mismos... en la felicidad. Por eso Robert y Judit se habían conformado con aquella vida gris y aburrida. Porque en su fuero interno habían aprendido que todo era falso y perecedero, que nada en este mundo valía realmente la pena. Y aunque pudiera parecerlo, a él no le habían ido mejor las cosas. Biel estaba igual de jodido. Su estatus económico no era mérito suyo. Su familia lo trataba como a un inútil, y él mismo se sentía así. Había desarrollado aquella otra personalidad, aquel otro Biel arrollador y despreocupado como una suerte de *alter ego* con el que enfrentarse al mundo. Le proporcionaba un triste consuelo caminar por la calle con aquel disfraz, pero el verdadero Biel seguía siendo aquel que se presentaba frente a su padre cabizbajo y tartamudeante, escondido tras unas gafas que ya no necesitaba y una sonrisa sumisa. Su vida era una pantomima, su existencia un inmenso vacío. La única vez en su vida que se había sentido capaz de ser alguien, alguien de verdad, por sí mismo, había sido en el instituto, cuando los había conocido a ellos. Por un tiempo, había creído que sería capaz de convertirse en alguien realmente interesante más allá de su dinero y de su apellido. Pero entonces Santi había muerto, todos se habían sentido como una mierda, el grupo se había roto y sus esperanzas de poder convertirse, gracias a ellos, en una persona mejor, se habían desvanecido como un espejismo. ¡Y el culpable de todo eso jamás había pagado por ello! ¡La vida le había eximido de cualquier castigo! Al contrario, Diego Arce había cumplido su sueño de convertirse en escritor y se había hecho rico, incluso se había casado con la mujer de sus sueños, con la que había tenido una preciosa hija. Tenía una vida perfecta.

La vida que les había robado a ellos.

Los ojos de la muerte

A partir de entonces, el famoso escritor monopolizó la mayor parte de sus conversaciones. Inventar venganzas contra él se convirtió en un pasatiempo con el que acabar la noche, cuando recalaban ebrios y agotados en algún reservado del Elephant. Era divertido imaginar distintos modos de escarmentar a su antiguo profesor mientras bebían champán o esnifaban coca.

Robert se lo tomaba como una oportunidad de desempolvar su lado creativo, e ideaba castigos absurdos, correctivos extravagantes, venganzas deliciosamente divertidas que los otros celebraran entre risas. Biel, en cambio, era menos imaginativo, aunque muchísimo más cruel. A Robert le parecía que de ellos tres era, de lejos, a quien más indignaba que el profesor hubiera escapado de rositas del feo asunto del suicidio de Santi. Ya en el instituto había mostrado aquel espíritu justiciero, aquel afán caballeresco por castigar a los malvados y proteger a los débiles. Lo habían aceptado en su grupo por pena, casi como una mascota, pero aquel chaval gordito enseguida se había hecho valer desvelándose como un inesperado antídoto contra los abusos del instituto. Todavía hoy, Robert no sabía cómo se las había ingeniado, pero lo cierto era que gracias a él, uno tras otro, los matones habían ido dejándolos en paz. Y parecía que su destino seguía siendo el mismo, se decía Robert mientras, acunando una copa de algo muy caro, lo oía afirmar

que no podría vivir tranquilo hasta que el profesor Arce pagara por lo que había hecho. Solo entonces el orden del universo quedaría restablecido y ellos podrían resurgir de sus cenizas.

Resurgir de sus cenizas, tal como sonaba, eso decía... Pero ni Judit ni él daban demasiado crédito a sus palabras. Aunque Robert no podía negar que sus encendidos discursos le transmitían una extraña paz, porque, en el fondo, a él también le parecía injusto que alguien que había demostrado ser tan mala persona hubiera logrado hacer realidad su sueño, mientras que él había tenido que enterrar el suyo para malvivir como creativo en una modesta agencia de publicidad. De algún modo, los soliloquios de justiciero de Biel lo aliviaban un poco, restañaban sus heridas. No necesitaba llevar ninguno de aquellos ingenuos planes a la práctica. Le bastaba con el regocijo que sentía al imaginarlos.

Por eso se sorprendió la noche en la que Biel anunció que había llegado el momento de pasar a la acción. No podían limitarse a imaginar cómo castigarían a Diego Arce. Tenían mucho rencor dentro y no podían seguir amasándolo. No era sano. Había que expulsarlo. Liberarse de aquel lastre que les impedía volar.

—Tenemos que colarnos en su casa y gastarle una broma.

Robert escuchó la propuesta de Biel a través de las brumas del alcohol y se incorporó para mirarlo.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco? ¿Cómo vamos a entrar en su casa? ¿Eso sería allanamiento de morada! O algo por el estilo. Y es un delito, ¿sabes?

—Solo si nos pillan —replicó Biel, con una sonrisa aleteando en su cara—. Imaginaos... ¿sería tan fácil acojonarlo! Podríamos entrar en su casa y dejarle en el espejo del baño uno de esos mensajes que se revelan con el vaho. Unas palabras escritas por Santi desde la ultratumba, por ejemplo: «Profesor, ¿por qué me convenció para que me matara? ¡Yo no quería morir!». O alguna gilipollez así. Seguro que se orina encima al verlas aparecer en el espejo.

Judit rio la ocurrencia.

—Cuenta conmigo —dijo, para sorpresa de Robert, antes de aspirar con fuerza otra de las rayas que Biel había dibujado sobre la mesita del reservado.

Robert se consoló pensando que en el fondo no hablaba en serio, que en aquel estado Judit se habría adherido a cualquier causa. Aunque aquella reflexión sacó a la luz la angustia que lo embargaba desde hacía algunos días. Judit se estaba metiendo demasiada coca. Eso era un hecho. Y él estaba bebiendo demasiado, ese era otro. Parecía ansioso por anestesiarse, por acolchar la filosa y miserable realidad en la que vivía. Una realidad que, desde que habían retomado el contacto con Biel, se le antojaba aún más miserable. Nunca se había sentido tan mediocre, pero, al mismo tiempo, tampoco tan vivo. Tan gloriosamente vivo. ¿Cómo explicarlo? Era como si llevara años en una especie de estado vegetativo, atrofiado, insensibilizado. Por primera vez, se sentía sintonizado con su entorno, no como el acorde inarmónico de la partitura. Pero sabía que lo que estaban experimentando ahora no era la vida. Al menos, no la vida que a él le correspondía. Y no podían seguir así, descuidando la verdadera vida. Ambos habían agotado sus vacaciones y faltado demasiados días al trabajo en las últimas semanas, con excusas cada vez menos creíbles, más rocambolescas. Y los días que se dignaban a aparecer por la oficina, bueno... Gracias a la cocaína, Judit lograba remontar la jornada mal que bien; su labor tampoco precisaba un gran esfuerzo intelectual. Pero él... Dios, ¡se suponía que era un creativo! Y tenía la cabeza tan embotada que era incapaz de reconocer una buena idea aunque le cayera encima como una cornisa. Sus últimos proyectos habían acabado invariablemente en la papelera de su jefe. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que les llamaran la atención o, lo que era aún peor, de que los despidieran? Tenían una hipoteca que pagar y apenas contaban con ahorros. Vivían al día, como casi todos los jóvenes de su edad. ¿Qué harían si los echaban? ¿Cómo iban a sobrevivir?

Robert sacudió la cabeza, tratando de detener aquel torrente de pensamientos funestos. Todo se iba a arreglar. Aquello no había sido más que unas extrañas vacaciones. Tenía la sensación de que Biel no tardaría en cansarse de ellos y volver a desaparecer, llevándose consigo todo aquel lujo y aquella despreocupación. Biel solo era un cometa que pasaría fugazmente por el cielo de sus vidas. Y cuando desapareciera, todo volvería a la normalidad. A la inofensiva, tranquila... y aburridísima normalidad. Por eso no se molestó

en discutir con los otros dos y optó por cambiar de tema, convencido de que aquella propuesta de Biel se perdería en la niebla alucinada de aquellos días como una simpática fanfarronada.

Pero Biel no era ningún cometa. Era un meteorito con ganas de embestir contra el planeta, con ganas de devastar. Y había encontrado un punto donde impactar: el piso de Pedralbes en el que el escritor Diego Arce anidaba con su familia.

Lo había localizado hurgando en internet, les dijo unos días después, cuando ellos ya se habían olvidado del asunto. Y la tarde anterior se había pasado por allí para estudiar el terreno, la guarida del enemigo, el castillo que tendrían que asaltar. Y entonces, mientras se tomaba un café en el bar que había enfrente, había ocurrido un puto milagro, algo tan increíble que Biel no había dudado en interpretarlo como una señal del destino. ¡Hasta los astros se habían alineado para que ellos pudieran perpetrar su anhelada venganza!, les dijo. El universo está de nuestro lado, no hay otra explicación. Y lo que había sucedido era que la mismísima doctora Folch había entrado en la cafetería. A Biel le había costado un mundo disimular su sorpresa, pero por suerte la mujer no se había percatado de su azoramiento porque había quedado con una amiga, una de las mujeres más feas que había visto nunca, por cierto. Daban ganas de sacarse los ojos después de mirarla. La doctora Folch, en cambio, estaba guapísima, aún más que en su época de Peñafort. Parecía haber mejorado con la edad, como el buen vino. Pero a lo que iba: en cuanto las mujeres ocuparon una mesa junto al ventanal, él se apresuró a trasladarse discretamente a la mesa vecina, y allí se había tomado su café sin prisas, escuchando la conversación de las mujeres, que había resultado de lo más jugosa. Sin pretenderlo, estas le habían suministrado la suficiente información como para que él pudiera trazar un plan. ¡Casi parecía que se lo ponían en bandeja! Biel no daba crédito a su suerte, así que había decidido jugárselo todo a una última apuesta. Cuando las dos mujeres se levantaron para marcharse, él abandonó el bar provocando un encontronazo con la doctora Folch. Estaba decidido a aceptar que si Laura lo reconocía, significaría que todo aquello no era una buena idea. ¡Pero Laura ni siquiera lo había mirado! Y eso solo podía querer decir una cosa: el destino inexorable de todos había sido sellado.

Empezó a preparar las consabidas rayas de coca mientras les contaba a sus amigos lo que harían. En primer lugar, Judit se apuntaría al gimnasio de Laura. Con otro nombre, por supuesto. Él correría con los gastos y se ocuparía de conseguirle un DNI falso; conocía a un rumano tan discreto como eficiente que hacía ese tipo de trabajillos. Su padre le encargaba alguna cosa de vez en cuando. Y aunque no creía que la doctora pudiera reconocerla, no estaría de más que Judit llevara peluca y gafas, por si acaso. Biel tenía cierta idea de los días en los que Laura solía ir al gimnasio, ya que durante su vigilancia había anotado las veces que salía vestida con ropa deportiva, de forma que Judit lo tendría fácil para abrir su taquilla en cuanto tuviera una oportunidad y hacer una copia de sus llaves. Ah, y de paso, si había suerte, también de todas las que su amiga Helena llevara en su horrible bolso de imitación. Nunca se sabía para qué podrían servirles. Las taquillas estaban rotas, y el mismo tipo del DNI le proporcionaría el molde para copiar las llaves. Una joya ese tío. Cuando tuvieran las llaves de su casa, podrían entrar en la madriguera del profesor sin problemas. Todo el mundo sabía que los sábados por la tarde Diego acudía a un programa de radio para participar como tertuliano en directo, y Biel, tras seguir a Laura un par de sábados, había descubierto que ella aprovechaba esa coyuntura para llevar a la niña a merendar a la casa de los abuelos en Tarragona, por lo que el piso quedaba vacío entre las cinco y las nueve. Ese día el portero no trabajaba, y el edificio de los Arce era uno de esos que parecían una colmena, con muchísimas plantas, patios y escaleras, donde la gente se cruzaba en los ascensores sin siquiera mirarse. La cosa iba a ser coser y cantar. Entrarían en el piso tranquilamente, sin tener que forzar la puerta, le harían alguna trastada a Diego para darle un buen susto y después se marcharían a celebrarlo. ¡Cómo se reirían imaginando su cara mientras tomaban una copa en el Elephant!

Judit aceptó la misión casi al instante, sonriendo como una niña traviesa. No parecía consciente de la gravedad de todo aquello. Robert, por el contrario, sí lo era. Le habría gustado levantarse escandalizado del sofá y convencerlos de la locura que iban a cometer con argumentos que no pudieran rebatir, convertido en un insobornable paladín de la cordura y la sensatez, pero lo cierto es que, una vez que se le presentó el plan de una forma tan

contundente, no encontró las fuerzas para oponerse. Era más fácil abandonarse al impetuoso torrente de lo inevitable. Bien pensado, Biel no se equivocaba mucho al asegurar que el universo al completo conspiraba de su parte. Demasiadas casualidades. Aquella conversación tan oportuna entre Laura y su amiga frente a las narices de Biel. Que los caminos de los tres amigos se hubieran cruzado de nuevo tras tanto tiempo sin verse. Según parecía, en las estrellas estaba escrito que Diego Arce recibiera su merecido. Entonces, si todo apuntaba a que aquello tenía que suceder, estuviera o no él de acuerdo... ¿para qué adjudicarse el papel de aguafiestas? Si no puedes vencerlos, únete a ellos, ¿no? Y Robert no se sentía con fuerzas para vencerlos, desde luego que no. Así que, durante los cinco días que faltaban para el sábado, dedicó sus pocas energías a convencerse a sí mismo de que lo que iban a hacer tampoco era tan grave. Se dijo que era una broma, una travesura, una chiquillada y todos los sinónimos que se le ocurrieron. No iban a condenarse al infierno por algo así, ¿no? Además, Biel les había asegurado que todo estaba bajo control. Eliminado cualquier posible riesgo, Robert solo tenía que lidiar con sus remordimientos, los cuales no tuvo problemas en enterrar bajo la excitación que en el fondo le producía profanar el hogar de un escritor famoso.

La tarde del sábado, una de esas tardes calurosas y húmedas del verano barcelonés, entraron en la casa del profesor moviéndose como sombras. Se habían pertrechado de guantes de látex para no dejar huellas. Una vez dentro, lo primero que Biel hizo fue acercarse al equipo de música que había en el salón para sintonizar el programa de radio en el que colaboraba Diego. Y Robert tuvo que reconocer que oír a su antiguo profesor decir perogrulladas sobre la actualidad mientras ellos invadían su dulce hogar hacía que su acto resultara aún más irreverente. Sin embargo, una parte de él no pudo evitar sentir una molesta compasión por el escritor mientras los tres se desplegaban por su casa con aquella humillante impunidad. Quizás por eso, él apenas tocó nada mientras sus dos amigos lo inspeccionaban todo. Oyó a Biel fisgonear en el frigorífico y a Judit revolver entre los potingues y cremas antiarrugas que atestaban las estanterías del baño principal, soltando comentarios desdeñosos sobre las cuarentonas que se resistían con uñas y dientes a envejecer. Luego los dos, excitados como niños traviesos, se aventuraron en el dormitorio

conyugal en busca del cajón de la ropa interior de la doctora, aunque lo que encontraron allí pareció decepcionarles. La doctora Folch no atesoraba ni vibradores ni prendas *bondage* que sugiriesen que la vida sexual de la pareja se salía de lo ordinario.

A Robert nada de aquello le interesaba lo más mínimo, pero el corazón se le aceleró cuando abrió la puerta de la habitación que había al fondo del pasillo y se dio de bruces con el despacho del escritor. Aquel era su refugio, el lugar donde creaba, su sanctasanctórum. Su verdadera intimidad. Pensó en avisar a los demás, pero enseguida descartó la idea. Incluso se alegró de que estuvieran entretenidos con otras menudencias. Prefería explorar aquel lugar a solas.

Se aventuró en la habitación con pasos reverentes, como si entrara en una capilla, y paseó una mirada embelesada por las estanterías que forraban las paredes, el par de archivadores, el sillón de lectura y el enorme escritorio que había en el centro y que parecía rescatado de un galeón hundido. En una de las paredes había un gran ventanal por el que se filtraba la claridad de la tarde, convenientemente tamizada por un estor, y a Robert no le costó imaginarse a Diego trabajando allí, sumergido en el acto de la creación bajo aquella luz de caramelo. Aquel despacho encajaba perfectamente con el lugar que había imaginado que tendría cuando fuera un escritor famoso, incluso superaba sus fantasías. No pudo evitar compararlo con la pequeña mesa que él había logrado instalar en una esquina del salón de su piso, donde había fraguado sus repudiadas novelas sin el silencio ni la luz perfecta que envolvían aquel espacio como un hechizo que lo protegía del mundanal ruido.

Una buena parte de los estantes estaba ocupada por la propia obra del escritor, y a Robert, aunque sabía que su primera novela se había traducido a innumerables lenguas, le impresionó ver cuántas baldas podía ocupar aquella frase abstracta. La envidia y la admiración pugnaban por conquistar su alma mientras repasaba maravillado las diferentes ediciones. Lo consoló comprobar que la segunda novela de Oriol Nevado no había despertado el mismo interés en el extranjero, y que *Los peces abisales* no contaba ni con una miserable traducción. ¿Cómo le habría sentado a Diego aquel progresivo ostracismo de crítica y público? Después de todo, *Sangre y ámbar* la había

escrito hacía ya la tira de años, y desde entonces no había logrado reproducir un éxito similar.

Robert había leído y releído sus novelas hasta la extenuación, así como cualquier cosa que él publicara. A Judit le parecía que estaba obsesionado, pero a él aquella obsesión, si es que lo era, le parecía lógica. Después de todo, Diego había sido su profesor, lo había conocido antes de convertirse en el famoso escritor que ahora era, y resultaba de lo más normal que él, que soñaba con lo mismo, lo hubiese escogido como modelo, y no pudiera evitar estar al tanto de todo lo que le ocurría. Al principio, se había justificado diciéndose que era un modo de ver con unos años de adelanto lo que tarde o temprano le sucedería a él, y luego, cuando los continuos rechazos editoriales le hicieron tirar la toalla, lo que en un mundo más justo debería haberle pasado. Pero desde que Biel había aparecido de nuevo en sus vidas, Robert tenía la certeza de que había seguido la trayectoria de su viejo profesor porque lo odiaba, porque lo consideraba un ser ruin y, por tanto, no se merecía aquella retribución por parte del karma. Lo seguía, en fin, porque estaba esperando verlo caer.

Centró entonces la atención en el enorme escritorio que presidía la habitación. Sobre su vasta superficie, que en el pasado habría acogido atriles, tinteros y pergaminos, había ahora un Mac de líneas rectas y un puñado de modernos artículos de escritura. Robert pulsó una tecla al azar y la pantalla se iluminó, revelando que el ordenador de Diego no tenía ninguna contraseña de acceso. Su escritorio, decorado con una foto donde posaba junto a su hija y su mujer en la playa de la Barceloneta, con la aleta de tiburón del hotel W al fondo, apareció ante sus ojos, con una docena de carpetas diseminadas por su superficie. Robert casi sufrió un orgasmo. Se sentó en el sillón y colocó las manos sobre el teclado, sin poder creer su suerte. Era el mejor regalo de cumpleaños que le habían hecho jamás. Allí estaban todos los secretos de su profesor, todo aquello que no dejaba traslucir en las entrevistas. Allí habría relatos inacabados, comienzos de novelas descartados, cartas personales, correos, fotografías y muchas más cosas que ahora ni siquiera podía imaginar... Y solo tenía que clicar con el ratón en aquellas carpetas para descubrirlas. Indagar allí sí que sería una auténtica profanación. No iba a

figurar en su casa o en la vida del profesor, sino entre los pliegues de su alma. Y probablemente descubriera cosas que ni siquiera su mujer sabía.

Intentando embridar su excitación, decidió empezar chequeando su correo electrónico. Encontró un hilo que reflejaba una conversación entre el escritor y Armand Tejada, el famoso editor, que, como todos, también había rechazado sus manuscritos. Según parecía, este no dejaba de presionar a Diego para que trajera de vuelta al Monstruo en una nueva novela, pero él se negaba a ello, alegando las excusas más peregrinas. Había otros correos semejantes, aunque percibió que a medida que pasaban los meses el editor ponía cada vez menos empeño en convencerlo, como si poco a poco lo hubiera dado por imposible.

Tropezó entonces con un correo en el que Diego respondía a una entrevista para *Literama*, un medio digital. Robert leyó por encima sus respuestas, que ya se sabía de memoria porque, como casi todos los escritores, solía repetir más o menos lo mismo de modo automático. Pero sus ojos se detuvieron en una que le supuso una inesperada novedad.

—¡Eh... escuchad esto, chicos! —gritó.

Sus amigos no tardaron en entrar en el despacho. Judit, que había cogido una Coca-Cola, lanzó un silbido al contemplar el fastuoso escritorio de Diego. Biel, que jugueteaba con unas bragas de la doctora, apenas le dedicó un irónico alzamiento de cejas, acostumbrado a convivir con muebles fastuosos, antes de repantigarse en el sillón de lectura como un emperador romano en plena bacanal.

—Es parte de una entrevista en una revista digital llamada *Literama*. En ella el profesor habla de nosotros —les explicó Robert, sin poder disimular un temblor de emoción en la voz. Carraspeó nerviosamente, ante la mirada de desprecio de los otros dos—. Escuchad: «Antes de publicar su primera novela, usted ejerció la docencia, ¿guarda buen recuerdo de su época de profesor?», le preguntan. Y nuestro profe responde: «La verdad es que fue una época muy enriquecedora para mí. Recuerdo con especial cariño uno de aquellos años en los que impartí un taller literario extraescolar. No se apuntaron muchos alumnos, por desgracia, pero los pocos que lo hicieron fueron suficientes. ¡No puedo expresar con palabras lo mucho que me enriqueció como persona dar clase a aquellos chicos! Les recuerdo con

frecuencia. Su increíble energía, su adorable inocencia... Por desgracia, no sé dónde andarán ahora, pero espero que la vida los haya tratado bien y que hayan podido cumplir sus sueños. Si leen esto, espero que se reconozcan y que comprendan lo mucho que significaron para mí. Ojalá me echen tanto de menos como yo a ellos».

Se hizo un silencio sepulcral. Judit había detenido la lata de refresco a medio camino de su boca, y las bragas de Laura colgaban inertes del dedo de un atónito Biel. Tampoco Robert sabía qué decir ante aquellas palabras de la persona cuyo hogar estaban allanando.

—¡Menudo hipócrita! —soltó Biel al fin.

Como el chasquido de los dedos de un hipnotizador, eso les hizo volver a la realidad. Judit le secundó, pasando a insultos mayores. ¡Qué cabrón! Si tanto les había echado de menos, ¿por qué no había contestado a ninguna de sus llamadas? Hijo de puta... Y Robert, avergonzado del fugaz arrepentimiento que había sentido al leerlo, también bufó, indignado ante tanta falsedad. ¿Acaso bastaban unas pocas palabras para ablandarlo? ¿Todavía seguía tan necesitado de la aprobación de aquel gilipollas? Aprovechando que la furia lo había levantado del sillón, se puso a revolver en los archivadores, mientras Biel y Judit jugaban a tirarse las bragas de Laura entre risas, estirando el elástico como si fuera una especie de honda.

Y entonces fue cuando la encontró. Una caja con manuscritos encuadernados con canutillo. Robert miró de reojo a sus amigos y, viéndoles entretenidos, aprovechó para abalanzarse sobre la caja, como un náufrago sediento sobre un manantial. Enseguida comprendió que se trataban de los primeros borradores de sus novelas. Examinó el contenido con el corazón encogido, con el mismo cuidado reverente que si fueran reliquias santas. Faltaba el de *Sangre y ámbar*, lo cual le resultó cuanto menos curioso. Cogió el de *Los peces abisales* y se apoyó contra la pared, para examinarlo allí mismo, sentado en el suelo. Por propia experiencia, Robert sabía que el primer borrador de una novela era una mierda, como decía Hemingway. Pero tener en sus manos el primer embrión de una de las obras de Diego, un magma informe que aún tendría que sufrir numerosas modificaciones hasta convertirse en la novela que llegaría a ser, era una de las cosas más excitantes que podía

imaginar. Era una pena que no pudiera llevárselo a su casa para poder compararlo tranquilamente con el definitivo, pero al menos se le había concedido el privilegio de echarle un vistazo. Fue pasando páginas, conformándose con las diferencias que le saltaban a la vista. Enseguida descubrió que el manuscrito estaba lleno de tachaduras, flechas y anotaciones en los márgenes. Dios, cualquier fan mataría por aquello.

Llegó al capítulo donde se presentaba el que, en su opinión, era uno de los pocos personajes salvables de aquella fallida novela, un joven escritor con ínfulas de gloria pero sin el menor talento. Aquel chico representaba acertadamente a esos escritoruelos impermeables a las críticas negativas y provistos de una incombustible fe en sí mismos de los que su profesor y él se habían burlado en el pasado. «La falta de talento y la sobrevaloración de uno mismo es una combinación letal, porque te convierte en un ser tragicómico», le había dicho Diego muchas veces. Y Robert no podía estar más de acuerdo. ¡Cómo se habían reído de aquellos personajes patéticos durante las clases particulares en su casa, hermanados ambos por el sedante orgullo de saberse superiores a todos ellos! Y cuando años más tarde se había tropezado en *Los peces abisales* con un personaje exactamente así, Robert había dibujado una sonrisa melancólica. Muchos de los diálogos de aquel personaje estaban claramente inspirados en las conversaciones que ambos habían mantenido años atrás, por lo que no le costó verlo como un regalo que su viejo profesor le había hecho, a él, su alumno más aventajado; una especie de guiño a través del tiempo y la distancia. Un mensaje lanzado a las olas, sabiendo que le llegaría allí donde estuviera.

Sintió curiosidad por saber si aquel personaje había sufrido cambios a lo largo del proceso de escritura o había brotado tal cual, así que releyó ávidamente aquellas páginas, hasta que encontró el párrafo donde Diego lo describía. Le sorprendió que en aquel primer borrador el personaje fuera tan diferente de su versión final. Aquí no era un chico gordo, de cabello grasiento, dientes descabalados y ojos saltones, sino un chico enclenque con un ridículo tic en los ojos. «Del mismo modo que no había conseguido ser pelirrojo, tampoco conseguiría ser escritor», remataba la descripción.

A Robert la sonrisa se le marchitó en los labios. ¿Lo estaba describiendo a

él? No, no podía ser... ¿Por qué iba Diego a dotar de su aspecto a un personaje tan ridículo? Pero, si le quedaba alguna duda, la nota que había al margen terminó por despejarla: «Recordar cambiar la descripción física de este personaje para que no se parezca tanto físicamente a Robert Raventós. Evitar que el pobre tonto se sienta reconocido si algún día lee esta novela».

El mundo se desplomó a su alrededor, como una vidriera rota en mil pedazos. Robert cerró el manuscrito y, repentinamente mareado, apoyó la cabeza contra la pared. Vaya... Así que aquel personaje tan ridículo era él. Así lo veía el profesor Arce. Durante aquellas clases del pasado, mientras le corregía su novela y juntos se reían de los escritores sin talento que jamás llegarían a nada, en realidad, Diego no hacía más que reírse de él...

—Qué hijo de puta, qué hijo de la gran puta... —murmuró, mientras una poderosísima sed de venganza se desperezaba en su interior.

—¿Qué dices? —le preguntó Biel con curiosidad.

Robert abrió la boca para contarle lo que acababa de descubrir, pero la cerró igual de rápido. No podía compartir aquella humillación con sus amigos. Algo se lo impedía, algo oscuro y poderoso, algo que le hacía mucho daño, que le agolpaba lágrimas ardientes tras los ojos, como cuando era pequeño y tenía que aguantar las burlas de sus compañeros por culpa del color de su pelo, de sus tics nerviosos, de la osadía que había cometido viniendo al mundo... No, no estaba dispuesto a soportar las miradas de lástima de su novia y de Biel. Aquella era una afrenta privada entre Diego y él. Algo que los demás no tenían por qué saber. Un duelo entre caballeros.

—Digo que dejemos de perder el tiempo, y que pensemos en cómo partirle el alma a nuestro querido profesor— escupió entre dientes.

No sin cierto apresuramiento, devolvió el manuscrito que había estado leyendo a la caja y la cerró. Reparó en que Biel le dedicaba una mirada suspicaz, evidentemente sorprendido por su brusco cambio de actitud, así que se levantó de un salto y, para evitar que se pusiera a curiosear intrigado en la caja, comenzó a abrir los cajones del escritorio sin ton ni son, mientras canturreaba con fingido entusiasmo:

—Veamos que encontramos por aquí que pueda servirnos...

Biel se había acercado y daba vueltas alrededor de la mesa con el ceño

fruncido, como si fuera algún tipo de animal fabuloso y quisiera comprobar si era macho o hembra.

—Vaya, este cajón está cerrado —exclamó Robert de pronto, cada vez más nervioso ante la mirada valorativa de su amigo.

Eso pareció distraer a Biel, que se detuvo en seco y sonrió con malicia.

—Si nuestro profe esconde algún secreto, sin duda estará ahí dentro, ¿no creéis?

Durante un rato los tres se entretuvieron en buscar sin éxito la llave, hasta que Biel le pidió una horquilla a Judit, la introdujo en la cerradura y, después de forcejear con ella un par de minutos, logró abrirlo. Tras lanzar un grito de triunfo, sacó lo que había dentro.

—Vaya mierda —dijo con decepción—. Solo es otro puto borrador. Y este encima está escrito a mano, y por un borracho. La letra ni se entiende.

Lo arrojó sobre la mesa con desdén y siguió hurgando en el resto de los cajones. Intrigado, Robert lo cogió para echarle un vistazo. *Los ojos de la muerte*, leyó en su cubierta. Aquel borrador no se correspondía con ninguna de las novelas de Diego. ¿Habían encontrado una obra inédita, lo siguiente que iba a publicar? La abrió con curiosidad, y tras leer unos pocos párrafos descubrió que se trataba de *Sangre y ámbar*. Estaba plagado de tachones y anotaciones en los márgenes, y en algunas páginas la punta del bolígrafo parecía surcar el papel con repentina violencia, casi desgarrándolo. Pero salvo por el título, que Diego debía haber cambiado en el último momento por sugerencia del editor, parecía casi la misma versión que finalmente había visto la luz. ¿Por qué lo guardaría separado de los demás, y en un cajón bajo llave?

Entonces, de repente, Robert sintió cómo aquello desenterraba un viejo recuerdo de su mente. Volvió a verse de adolescente en el salón de la casa de su profesor, donde daban las clases particulares. La tarde a la que lo había arrastrado su memoria era la tarde en la que habían discutido sobre el uso de los lugares comunes. «Ningún lector va a emocionarse con una novela donde llueve a cántaros, el protagonista duerme como un leño y los sótanos siempre estén invariablemente oscuros como boca de lobo», le había dicho su profesor, y él se había defendido aduciendo que los lugares comunes también podían usarse deliberadamente para lograr un efecto irónico. Aquello había

propiciado una enriquecedora discusión, como lo eran siempre con Diego, en la que él había aprovechado para intentar deslumbrarlo con algunas de sus reflexiones literarias de las que tan orgulloso se sentía.

Recordó que, en medio de la discusión, Diego había ido a la cocina a por un vaso de agua, dejándolo solo en el salón. Robert había pensado entonces que lo del agua no era más que una excusa y que lo que de verdad su profesor había ido a hacer en la soledad de la cocina era reunir nuevos argumentos con los que rebatir los suyos. Pero ahora, bajo la nueva luz que arrojaban los últimos acontecimientos, estaba convencido de que lo que había ido a hacer allí era partirse de risa.

Pero eso no importaba ahora. Lo que importaba era que lo había dejado solo el tiempo suficiente para que sus ojos reparasen con curiosidad en uno de los cajones del modesto escritorio que había junto a la ventana. Un escritorio muy diferente del actual, pero que tenía algo en común con este: un cajón misterioso. Le había llamado la atención porque estaba entreabierto y de él colgaba un candado a todas luces demasiado grande para las modestas dimensiones del mueble. Sin poder evitarlo, Robert se había levantado sigilosamente, intrigado por lo que su profesor podía guardar allí. Dentro había un cuaderno vulgar y corriente, algo ajado por el uso. ¿Tan importante era esa libreta para encerrarla bajo aquel enorme candado? A sabiendas de que estaba haciendo algo malo, Robert la había abierto y leído por encima algunos párrafos. Parecían descripciones de pesadillas, de las terribles pesadillas que, al parecer, Diego sufría cada noche. Todas tenían como protagonista a un cirujano diabólico al que su profesor apodaba el Monstruo, que lo sometía a las más horribles torturas y amputaciones. Las pavorosas pesadillas estaban minuciosamente detalladas y fechadas. Comprendió que aquella libreta era una especie de diario, pero un diario muy particular, un diario en el que su profesor solo consignaba sus pesadillas, que lo asaltaban con bastante frecuencia, según comprobó cotejando las fechas. Y al final de cada descripción, Diego había escrito siempre la misma frase: «Por el poder que la palabra me otorga, te saco de mis pesadillas y te encierro en el papel».

Entonces había escuchado los pasos de Diego y había devuelto el macabro diario a su sitio. Luego, con la trágica muerte de Santi y todo lo demás, se

había olvidado de él. Solo había vuelto a recordarlo diez años atrás, cuando leyó por primera vez *Sangre y ámbar* y se reencontró en sus páginas con aquel cirujano malvado al que también allí apodaban el Monstruo. Pensó entonces que se había equivocado. Ya había olvidado en parte el contenido exacto del cuaderno, pero al parecer no era ningún diario de sus pesadillas, como había creído en un principio, sino una libreta donde Diego había apuntado algunas ideas para la novela que pensaba escribir, y que unos años después lograría ver publicada bajo el título que todos conocían. Ahora, sin embargo, frente al lujoso escritorio del famoso escritor, le asaltó una corazonada. Con dedos temblorosos buscó la última página del manuscrito, y allí estaba aquella misma frase, aquella frase que no había olvidado: «Por el poder que la palabra me otorga, te saco de mis pesadillas y te encierro en el papel».

Robert reflexionó, tratando de darle un sentido a todo aquello. Quizás aquel viejo cuaderno sí había sido una especie de diario, al fin y al cabo. Más aún: parecía formar parte de un ritual que Diego había ido perfeccionando a lo largo de los años, del cual *Sangre y ámbar* representaría su culminación. Con el corazón galopando en su pecho por la emoción del descubrimiento, trató de explicarles aquella teoría a sus amigos lo mejor que pudo, sin saber si llegarían a entenderla en toda su complejidad, o si siquiera les interesaría.

—A ver si lo he pillado —dijo Biel, frunciendo el ceño por el esfuerzo de seguir el caótico discurso del otro—. Quieres decir que nuestro querido profe no inventó al Monstruo, sino que el Monstruo era una criatura que habitaba sus pesadillas desde niño, y que el único modo que se le ocurrió de echarlo de su cabeza fue encerrarlo dentro de una novela.

—Así es —le confirmó él—. Creo que primero escribió un diario, y después, al ver que eso le funcionaba, escribió *Sangre y ámbar*.

—Pero... no lo entiendo. ¿Cómo va a pensar alguien en sus cabales que eso tiene algún sentido? —preguntó Judit con desprecio.

—Ningún artista ve las cosas como son en realidad, si lo hiciera, dejaría de ser artista —le respondió Robert, citando a Oscar Wilde. Le costaba disimular su impaciencia ante la falta de imaginación de los otros—. Supongo que él lo vería como una especie de exorcismo, o de sortilegio... Por eso ha escrito al final del manuscrito original esta frase: «Por el poder que la palabra

me otorga, te saco de mis pesadillas y te encierro en el papel» —leyó con voz temblorosa por la excitación— ¡Es la misma frase que escribía tras anotar cada una de sus pesadillas! La recuerdo perfectamente. ¿Es que no lo veis? ¡Está clarísimo! Seguramente llegó a creerse que esta superchería le funcionaba para combatir sus terrores nocturnos. —Rio nerviosamente—. ¡Ya sabéis lo supersticioso que era! Así que, un día, decidió doblar la apuesta y escribió una novela donde confinar al Monstruo a buen recaudo. Por eso siempre se ha negado a traerlo de vuelta en una secuela. Porque cree que ha logrado encerrarlo en este cajón. Y no quiere sacarlo de aquí.

Biel asintió durante unos segundos, mirando al suelo. Cuando alzó la vista, los ojos le brillaban.

—¿Y cómo se sentiría nuestro querido profesor si el Monstruo saliera del cajón y apareciera en el mundo real?

Robert soltó una carcajada.

—Probablemente se moriría del susto.

—¡Joder, eso sería alucinante! —exclamó Judit—. Pero ¿cómo podríamos hacer algo así...? ¡Espera! ¿Y si uno de vosotros se disfraza? Podría esperarlo detrás de un árbol cuando vaya a correr al parque y aparecerse de golpe frente a él, o algo así.

Biel cabeceó, escéptico.

—Eso no le *partiría el alma*. Tal vez se llevara un pequeño susto, pero enseguida vería que es un disfraz y pensaría que era un fan haciéndole una broma, o algo por el estilo...

Judit se encogió de hombros.

—Pero podría ser divertido, ¿no?

Ajeno a la conversación de sus amigos, Robert miraba la foto de Ariadna que adornaba el escritorio de Diego. La niña le devolvía la mirada con sus increíbles ojos color ámbar, los mismos ojos de su madre. Los mismos ojos de la pequeña Julia Nevado. Sangre y ámbar. Y el plan eclosionó en su cabeza con sorprendente naturalidad. Acababa de descubrir cómo le partirían el alma a su profesor.

Pequeños experimentos con el alma humana (II)

Biel se colocó la mascarilla sobre el rostro y se miró en el espejo. Solo se le veían los ojos, que por suerte eran también oscuros y sabía cómo endurecer para que irradiaran el mismo brillo malévolos que, según la descripción de Arce, supuraban los del Monstruo. Se separó unos pasos del espejo y se contempló de cuerpo entero. Había conseguido el uniforme en el hospital del que su padre era accionista gracias a una preciosa auxiliar que de vez en cuando se tiraba en la sala de las calderas, y, aunque no era tan antiguo como el de la novela, cuando salpicara el delantal con las gotitas de la tinta roja que habían comprado resultaría igual de inquietante. En realidad, vestirse como el Monstruo resultaba innecesario porque, si todo salía como debía salir, ni la canguro ni la niña llegarían a verlo. Pero Biel había insistido en disfrazarse, por si acaso. Siempre había la posibilidad de que la canguro consiguiera salir del baño o la niña estuviera despierta. Aunque la verdadera razón era otra: le excitaba enormemente probar un disfraz distinto del habitual.

Lo cierto es que nunca pensó que reencontrarse con sus viejos amigos fuera a depararle tanta diversión, pero las consecuencias que iba a tener aquel azaroso encuentro con Judit en la Rambla estaban a punto de superar cualquier cosa que él hubiera podido soñar. Iban a secuestrar a una niña, a la hija del famoso escritor Diego Arce. Ahí es nada. Quién se lo iba a decir con lo

aburrido que había empezado aquel día de mediados de junio.

Recordó el trayecto con su padre en el lujoso coche de la empresa. Biel odiaba aquellos viajes en los que ambos debían compartir unos minutos a solas, porque su padre siempre aprovechaba para sermonearlo por algún motivo o, lo que era aún peor, para instruirlo sobre la vida y el mundo de los negocios con un tedioso discurso ante el cual él solo podía asentir con expresión sumisa. Y aquella mañana no había sido una excepción:

—Y que conste que no estoy diciendo que parecer tonto esté mal, ¿eh? —decía su padre con una voz grave y caudalosa que resonaba desagradablemente en el interior del coche—. De hecho, en ocasiones puede resultar de lo más conveniente. Eso lo sabía muy bien tu abuelo, que en paz descansa.

Aunque era temprano, ya habían hecho un par de recados. Al viejo le gustaba madrugar para resolver los asuntos delicados al comienzo de la jornada, y aunque él habría preferido quedarse en la cama al menos un par de horas más, no había protestado. Con su padre nunca protestaba. Y al menos, el calor aún no apretaba demasiado y el tráfico todavía fluía por la avenida de la Diagonal con la vivacidad de una carrera de ratas. Algo bueno debía tener el madrugar tanto, se dijo, mientras asentía a las palabras del viejo, intentando que este no notara que apenas le estaba prestando atención.

—Ay, si tu abuelo levantara la cabeza —lo oyó lamentarse con deje teatral—. Él fue quien comprendió que la familia debía cambiar de rumbo, que el *estilo* de su padre y de su abuelo Frederic no sería bien visto en los modernos tiempos que se avecinaban. Fue él quien vio con meridiana claridad que se imponía un modelo de negocio más, eh... ¿cómo decirlo?, *elaborado*. Mi padre siempre fue un contrabandista de corazón. —Suspiró, repentinamente embargado por la melancolía—. Pero supo encontrar su sitio en el Gran Engaño que se estaba fraguando. ¿No te das cuenta? Derechos humanos, justicia, igualdad... Quimeras que los poderes mundiales venden al vulgo para mantenerlo contento, igual que en otros tiempos les ofrecían las arenas del circo, las promesas del Paraíso o la gloria de las guerras. ¡Todo sigue exactamente igual que siempre! Nada ha cambiado. El poder sigue estando en venta y los poderosos siguen abusando de los débiles, pero la gente se ha

tragado el cuento. —Sonrió con amargura, mientras perdía la vista por la ventanilla—. Muchos piensan, de verdad, que viven en un mundo mejor. Pero solo ven lo que los de arriba quieren que vean. Por eso las apariencias son tan importantes, hijo. Por eso no me preocupa que parezcas tonto —dijo, logrando que tras el largo rodeo su discurso volviera al comienzo—. Lo que me preocupa es que lo seas —terminó, mirándolo con severidad.

—¡Papá! —protestó él, componiendo un ridículo mohín.

Se sentía tremendamente satisfecho por el grado de perfección que había alcanzado en el papel de necio que llevaba años interpretando ante él.

—Aunque supongo que no lo eres del todo —masculló su padre, volviendo a mirar por la ventanilla—. Si no, tu abuelo no te habría revelado la existencia del túnel. A mí no me lo dijo hasta que cumplí los dieciocho años. A ti, en cambio, te lo contó cuando apenas eras un crío. —Le echó otra ojeada, ahora astuta, valorativa—. Algo vería en ti, supongo. —Lanzó un suspiro, sin poder disimular cierta inquina—. ¡Ni siquiera consintió en contárselo a tus hermanas! Las pobres niñas crecieron aterrorizadas, convencidas de que la mansión de tu abuelo estaba invadida de fantasmas.

Al recordarlo, se le escapó una sonrisa, que Biel secundó con una carcajada idiota.

—¡Era divertidísimo! —exclamó—. Cada vez que el abuelo y sus hombres usaban el túnel por las noches, al día siguiente, en el desayuno, Clara y Nuria juraban haber escuchado pasos y haber visto sombras que desaparecían tras las paredes. Y entonces, ¡el abuelo y yo las mirábamos como si estuvieran locas! —Soltó otra de sus risitas estúpidas.

—Sí, tenía su gracia... —Su padre se permitió una sonrisa soñadora—, pero era demasiado peligroso —concluyó, volviendo a adoptar un semblante serio—. Hicimos bien en dar aquel golpe de timón. Seguimos siendo traficantes, pero de otras cosas —dijo misteriosamente, mientras movía las manos en el aire, como un hipnotizador—. Influencias, favores, información; nada que haga falta almacenar o transportar. Hace años que ya no necesitamos el túnel. Pero recuerda que tienes que mantenerlo en buen estado. Y también los sótanos. Nunca se sabe. No querría precisar de ellos y encontrármelos derruidos, o que el único acceso que ha perdurado tuviera su mecanismo

averiado.

—No te preocupes, papá. Lo superviso todo puntualmente. Puedes estar tranquilo.

—Bien, bien. Le he prometido a tu madrastra que la semana que viene nos iremos por fin de viaje de novios. No puedo posponerlo más o me cortará las pelotas.

Tras aquello, el viejo se abismó en un silencio ensimismado que no rompió hasta que llegaron a la calle Fontanella. Cuando el coche aparcó en segunda fila frente a un portal, sacó un abultado sobre de la chaqueta y se lo tendió.

—Toma. El tipo ya está convencido, así que lo único que tienes que hacer es darle esto, nada más —le dijo—. Bueno, sí. Y no cagarla. *Necesitamos* que el cabrón nos haga ese favor.

—No te preocupes, papá —lo tranquilizó Biel, guardándose el sobre en el bolsillo interior de su cazadora de piel.

Se despidió de él asestándole una jovial palmada en el hombro y bajó del coche, que enseguida se incorporó a la circulación. Biel esperó a que desapareciera hacia vía Laietana para llamar al telefonillo. Le abrieron al instante y se sumergió en la fresca penumbra del portal. Todavía era muy temprano para que rondara por allí el portero, así que atravesó el lujoso *hall* sin que nadie lo interpelara y tomó el antiguo e historiado ascensor. Mientras subía, sacó la mitad del fajo de billetes del sobre y se la guardó en otro bolsillo. Cuando el ascensor llegó a su destino, recorrió el pasillo y se detuvo ante una puerta sobre la que había atornillada una placa dorada en la que se leía: ADRIÀ SEMPERE, NOTARIO. Biel no tuvo tiempo ni de llamar. Antes de poder hacerlo, un cincuentón gordo y calvo le abrió la puerta. Con una mueca adusta por todo saludo, el tipo lo hizo pasar. Mientras lo seguía a través de una recepción vacía y varios pasillos, Biel observó con desagrado que su guía sudaba a chorros bajo un caro traje gris, tan poco elegante como un parto. Finalmente, lo hizo pasar a un despacho decorado siguiendo el manual: recia mesa de caoba, estanterías de madera noble, vetustos tomos encuadernados en piel, diplomas repartidos por las paredes. Todo calculado para transmitir prestigio, sabiduría, confianza. Pero a él solo le provocó náuseas.

—Bien, acabemos cuanto antes —dijo Sempere de mal humor—. Mis empleados están a punto de llegar. La recepcionista entra a las ocho y media, y a las nueve abrimos la notaría al público. Llegas con algo de retraso, ¿no? —le preguntó, mientras se secaba el sudor de la frente con un fino pañuelo de hilo.

Por toda respuesta, Biel arrojó el sobre encima de la mesa. El notario sonrió con desprecio ante el gesto, cogió el sobre y contó los billetes.

—¿Es una broma? —inquirió, dignándose a mirarlo de frente por primera vez—. Aquí solo hay la mitad de lo prometido. Dile a tu padre que no voy a cumplir mi parte del trato si él no...

Biel se movió tan rápido que el tipo no vio venir el golpe. Trastabilló hacia atrás con expresión de sorpresa y tuvo que agarrarse a la mesa para no caer. Hizo amago de llevarse una mano a la nariz, para comprobar los desperfectos que el puño de Biel había causado, pero este no lo dejó. Con un movimiento felino, se lanzó sobre él, lo tumbó de espaldas contra la mesa y, apuntalándose con todo su peso sobre el fofo cuerpo del notario, lo agarró de la corbata. Comenzó a apretar el nudo con ambas manos, mientras el rostro del hombre comenzaba a enrojecer y la sangre manaba a borbotones de su nariz probablemente rota.

—Creo que ha habido un pequeño malentendido. Al parecer, te crees que yo soy el chico de los recados o algo por el estilo —le dijo sin levantar la voz, mientras mantenía el lazo apretado con los poderosos músculos de sus brazos en tensión, y el rostro sin expresión alguna. El otro, entretanto, luchaba trabajosamente por respirar, la cara cada vez más congestionada, los ojos a punto de salirse de sus órbitas—. Y no es así. Yo no le transmito mensajes a mi padre. Y tú estás hablando conmigo. Así que escúchame bien. El trato ha cambiado. Ahora nos harás ese favor a cambio de *esta* cantidad y de que yo no te mate. —Biel le dedicó una sonrisa entre feroz y divertida—. Ese es el nuevo trato. ¿Has comprendido? ¿Te parece bien? Perdona, no te oigo.

—Bfffi...enn... —consiguió farfullar Sempere, con los ojos inyectados en sangre y el rostro casi morado.

Satisfecho, Biel lo soltó, no sin asestar un último apretón al torturado cuello de Sempere. Descabalgó del cuerpo casi examine, le aflojó la corbata,

lo ayudó a incorporarse y, mientras Sempere jadeaba entre estertores intentando recuperar la respiración, le dio unas cariñosas palmaditas en la calva.

—Ya pasó, ya pasó. Entonces, estamos de acuerdo, ¿verdad? —le dijo de buen humor, cuando el otro pareció recomponerse un poco—. Tú ya has recibido lo acordado: la pasta y tu vida. Y ahora te toca hacer tu parte. No te olvides... o tendré que volver a visitarte. Aquí o en tu casa.

El notario asintió repetidas veces sin atreverse a mirarlo, mientras se frotaba el dolorido cuello y trataba de taponar con el pañuelo el surtidor en el que se había convertido su nariz. Tenía el traje y la camisa empapados de sangre, y se había orinado encima. Biel sonrió y se dirigió a la salida de la notaría. Una vez en el ascensor, se desabrochó el botón superior de la camisa, se sacó los faldones por fuera, se echó el cabello para atrás con un par de medidos manotazos, y sustituyó sus aparatosas gafas graduadas por unas de sol modernas. Se miró al espejo y, satisfecho con su aspecto, imitó una pistola con la mano y disparó a su reflejo.

Había sido bastante divertido, pensó instantes después, mientras caminaba por la calle en dirección a la plaza de Cataluña. Aunque tampoco nada del otro mundo, la verdad. Cada vez le costaba más encontrar cosas que lo estimulasen. Qué pena. ¿Por qué era tan dura la vida?

Naturalmente, su padre lo mataría si se enterase de lo que acaba de hacer. Pelayo Martorell no aprobaba la violencia, si no era absolutamente indispensable. Prefería los «refuerzos positivos», como él los llamaba. Pero su padre no se iba a enterar. Biel sabía elegir muy bien a sus víctimas. Había clientes con los que jamás se le ocurriría adoptar semejante actitud, tipos curtidos que no se dejarían amedrentar e irían inmediatamente a quejarse a su padre, que le cortaría las pelotas. Sin embargo, no podía evitar ponerse creativo cuando se tropezaba con la víctima perfecta, y Sempere sin duda lo era. No solo no hablaría, sino que, después de cambiarse de calzoncillos, realizaría su parte del trato el doble de rápido. En resumen: su padre estaría más que satisfecho, y él se había sacado un buen fajo de billetes para gastárselos como le diera la gana, libres del férreo control que su progenitor mantenía sobre sus gastos.

Cruzó la plaza de Cataluña, que a pesar de la hora ya estaba congestionada de manadas de turistas y enfiló hacia la Rambla, en dirección al parking donde tenía aparcado el coche, mientras se preguntaba qué uso darle a aquel dinero que acababa de sisar al notario. Pensó en llamar a Ninette, la prostituta de lujo que últimamente frecuentaba. Era una viciosilla de cuidado, incluso a veces le costaba seguirle el ritmo, pero lo cierto era que también había comenzado a aburrirle toda aquella perversión simulada. Qué podía hacer después de coger el coche... ¿Drogarse? ¿Ponerse el pasamontañas, coger el bate y realizar otra «purga»? Ya hacía casi seis meses desde la última. Seguro que a los yonquis se les había pasado el miedo y habían vuelto a su campamento. Quizás debía dejarse caer por allí, volver a espantarlos y, por qué no, reservarse uno para llevarlo a la Habitación, como había hecho la última vez, donde lo había torturado durante varios días, hasta que se le había ido la mano y el desgraciado había tenido el mal gusto de palmarla. Lo había enterrado en el bosque y, que él supiera, allí seguiría. La experiencia le había resultado bastante estimulante, y últimamente acariciaba la posibilidad de llevar a cabo otro de sus «pequeños experimentos con el alma humana», como le gustaba llamarlos. Si todavía no lo había hecho era porque temía que también aquello se volviera aburrido. Necesitaba nuevas experiencias, nuevos experimentos. Algo que lo excitara realmente, que lo sacudiera de verdad.

Entonces reparó en una chica que caminaba hacia él. Se quitó las gafas de sol y entrecerró los ojos. Estaba seguro de conocerla. Nunca olvidaba una cara. Era... era... ¿No era Judit Luque? Sí, joder. Era ella, estaba seguro. Judit... Joder. La visión de su antigua compañera de clase desató una ventisca de viejos recuerdos en su mente. ¡Cómo había fantaseado con ella en el instituto! Cómo había soñado con romper su coraza de frigidez y desatar los oscuros apetitos que vislumbraba tras su arisca y sombría mirada. Pero Biel había preferido comenzar por su novio. Desquiciar la mente de Santi le había parecido aún más divertido que desollar el alma de la chica. Recordó cuánto había disfrutado fascinando a aquel chaval tan atormentado e inseguro, retorciendo su alma hasta que no le quedó otra salida que la muerte. Había sido un pasatiempo tan satisfactorio que mientras había durado no había necesitado a ninguna otra víctima. Y después, aquel grupito de idiotas y

marginados donde había escogido parasitar se había dispersado, y Judit había quedado fuera de su alcance. Desde entonces no había sabido nada de ella. Pero aquella mañana de junio el universo había escuchado sus súplicas y la había puesto de nuevo en su camino. La observó caminar hacia él como una confiada mosca volando directa hacia la tela de araña.

La víctima perfecta.

Y todavía mejor. Resultó que ahora era la novia del gilipollas de Robert Raventós, lo que le había supuesto un añadido de lo más excitante. Miel sobre hojuelas. ¿Qué podía hacer con aquel par de idiotas?, pensó mientras irrumpía en su humilde madriguera derrochando afecto. Su primera intención había sido la de practicar con ellos otro de sus pequeños experimentos con el alma humana: meterse en medio de la parejita, desquiciarlos, retorcerlos por dentro, destrozales la vida. Algo sencillito, sin más complicaciones. Pero no demasiado imaginativo, si tenía que ser sincero. Y, sin embargo, casi por casualidad, tocando un par de teclas al tuntún, se había tropezado con un verdadero filón. Vaya par. Aquel rencor enquistado contra el profesor Arce, aquella frustración emponzoñada, aquella insatisfacción existencial... ¡un jugoso caldo de cultivo, macerado durante los últimos diez años, esperando a que él, la bacteria más mortífera del mundo, se zambullera en su interior haciendo un doble mortal!

Así que ahora iban a secuestrar a una niña de siete añitos, se dijo, quitándose la mascarilla de cirujano, y observando aparecer de nuevo en el espejo su exultante sonrisa. No sabía si el complicado plan que habían tramado saldría bien o no, pero eso a él le importaba bien poco. No se había sentido tan excitado con algo desde hacía siglos. Aún le costaba creerse el abanico de víctimas que el azar había puesto en sus manos, que incluía también a aquella zorra de la doctora Folch, con la que se había matado a pajas en el instituto. Y si finalmente todo acababa en desastre, ya se las ingeniería para cargarles el muerto a aquel par de bobos mientras él quedaba impune. No creía que le resultara demasiado complicado. Eran tan confiados, tan fáciles de manipular que a veces lo sacaban de quicio.

En principio, los tres habían acordado no hacerle el menor daño a la pequeña, ya que ella no tenía la culpa de tener un padre tan mezquino. El plan inicial era plantearle a su antiguo profesor solo la primera prueba del Juego de los Retos con el propósito de hacerle pasar un mal rato, y, luego, la superase o no, devolverle a su hija sana y salva. Robert había insistido mucho en eso, y Biel había asentido con gesto conmovido mientras manifestaba su rendida admiración por la impecable catadura moral de su amigo. Pero todo eso estaba por ver, naturalmente. Lo que tuviera que sufrir el profesor Arce sería algo que Biel y nadie más decidiría sobre la marcha. Después de todo, solo él conocía el lugar donde encerrarían a la niña. Otro de los puntos que había resultado facilísimo colar a sus amigos. En serio, lo de aquel par no tenía nombre.

Había sido Robert quien había propuesto la primera prueba. «¿Os acordáis de aquella clase en la que el profesor nos enseñó a diseñar personajes? —les había dicho—. Nos explicó que lo más eficaz era otorgarles miedos, porque las personas se definían sobre todo por sus miedos. Y, como ejemplo, nos confesó los suyos. Nos dijo que temía los gérmenes, el dolor físico y, sobre todo, la ceguera.» Judit y él habían asentido. Sí, lo recordaban. Para Biel, de hecho, aquella clase había sido la única provechosa del taller. Averigua qué teme una persona y lo tendrás en tu poder, se dijo, adaptando aquella tonta teoría literaria a sus pequeños experimentos con el alma humana. Pero cuando Robert les propuso obligar al escritor a comerse un zurullo de perro, no pudo evitar sentirse decepcionado. Se le ocurrían docenas de pruebas muchísimo más crueles. Aun así, se había mostrado de acuerdo con lo de la mierda. Ya tendrían tiempo de volverse más creativos. Antes era necesario que aquellos dos cachorros probaran la sangre, que se engolosinaran con ella. Así que había aplaudido la idea mientras Robert les explicaba que, si Diego no era capaz de hacerlo, se coronaría ante el mundo como el peor padre de la historia; y si lo hacía, después de aquella humillación, ya nadie podría verlo igual, ni siquiera él mismo. Sería un «comemierda» para siempre, remató con una risita. A Biel aquello le parecía una mariconada, pero podían empezar por eso, sí. ¿Por qué no?

Se apartó del espejo y empezó a desvestirse, doblando el uniforme sobre su cama con cuidado, mientras repasaba mentalmente todo los preparativos

que habían organizado para el secuestro durante las semanas anteriores.

Lo primero que habían hecho había sido sustituir la cafetería, que enseguida se había revelado como un puesto de observación insuficiente para su nuevo y ambicioso plan, por la azotea del edificio vecino. Este carecía de portero y sus puertas, tanto la del portal como la de la azotea, apenas habían ofrecido resistencia a su moderna ganzúa, cortesía también del inefable rumano. Desde allí se tenía una vista privilegiada de la fachada norte del piso del escritor, que incluía la terraza y tres ventanas: la del aseo de invitados, la del salón y la del estudio de Diego. Y trasladarse a aquella atalaya había sido todo un acierto, pues al cabo de algunas noches de vigilancia descubrieron algo que los Arce ignoraban: la canguro de la hija fumaba a escondidas. Después de acostar a la niña, salía a la terraza y se echaba un par de cigarrillos, generalmente mientras hablaba por el móvil. Luego volvía dentro y se cepillaba los dientes a conciencia en el aseo, cuya luz permanecía encendida unos cinco minutos. Cuando comprendieron que siempre seguía el mismo ritual, aquel dato irrelevante se les reveló de pronto crucial para su plan: si entraban justo en ese momento y dejaban a la chica encerrada en el baño, podrían moverse a sus anchas por la casa y preparar con tranquilidad toda la escenografía que habían pensado, sin necesidad de utilizar la violencia ni de que nadie resultara herido. Así que Robert y él habían aprovechado una tarde que la familia al completo había ido al cine para entrar de nuevo en la casa y trucar el pomo de la puerta del baño, dejando un imperceptible hilo del que tirar para bloquearlo con rapidez cuando fuera necesario, algo que habían aprendido en un tutorial de YouTube. Aquello contribuiría a reforzar la atmósfera mágica que querían otorgarle al secuestro, pues parecería que el Monstruo, tras escapar del manuscrito, habría encerrado a la canguro sin necesidad siquiera de tocar la puerta, como solo podía hacerlo una criatura sobrenatural.

Mientras ellos se ocupaban de eso, Judit se encargaba de vigilar a la familia, siguiéndola al cine disfrazada con su peluca y sus gafas, y de esa guisa había aparecido en una de las fotos que Diego le había hecho a su hija. Lo descubrieron divertidos en su última incursión al piso, al hurgar de nuevo en su ordenador. Allí estaba aquella foto, entre otras muchas que el escritor había

descargado unos días antes, en la que se veía a Judit entre el retablo de extras del fondo, hablando por el móvil con ellos, que esperaban una señal para entrar en el piso. Nada más ver la foto, Biel la había copiado en un *pendrive*, aduciendo que sería un bonito recuerdo, pues cuando todo aquello acabara y liberasen a la niña, sería lo único que demostraría que el secuestro de Ariadna Arce no había sido un sueño, sino que ellos tres habían tenido los huevos de planearlo y llevarlo a cabo. Y al ver a la parejita asentir con orgullo, casi se muere de la risa. ¿Cómo podían ser tan ingenuos?

También habían estudiado, de nuevo con la ayuda del rumano —que como una navaja multiusos valía para todo—, las posibles rutas que podían usar el día del secuestro, buscando los puntos ciegos de las cámaras de seguridad que adivinaban en los cajeros, tiendas y gasolineras cercanas a la casa.

Y, por último, habían comprado papel y un sobre negro, similar a los que usaba el Monstruo en la novela. Robert, que para eso era el escritor, iba a encargarse de confeccionar la carta imitando la florida prosa del Monstruo. Y según le había dicho, ya había empezado a practicar, lo cual había tranquilizado bastante a Biel por dos motivos: el primero porque le indicaba que, de momento, Robert había olvidado sus remordimientos ante el excitante reto que le suponía la redacción de la carta; y el segundo porque, en caso de necesitarlo, podría usarla como prueba, pues aunque fuera una letra impostada, suponía que a un experto en grafología no le costaría determinar que Robert había sido el autor material de las cartas.

Una vez perfilado el plan, ya solo les faltaba escoger el día del secuestro. Cotejando las agendas de los Arce, habían encontrado un evento futuro al que irían juntos: la ceremonia de clausura del XII Congreso Internacional de Novela, que tendría lugar la noche del viernes 23 de septiembre, para la que aún faltaban dos semanas.

Aquella noche era perfecta no solo porque les concedía el tiempo suficiente para acabar de ultimar el plan, sino también porque coincidía con una fiesta de la agencia donde trabajaban Judit y Robert. Solo era cuestión de encontrar la manera de escabullirse de la fiesta sin que nadie se enterara. Biel, por su parte, se las ingeniaba para conseguir que una cena familiar programada para algunos días antes se retrasase justo a aquella noche.

Ninguno se planteaba seriamente que la policía pudiera sospechar de ellos durante el transcurso de la investigación. Al fin y al cabo, solo eran unos exalumnos de Diego Arce, con el que no habían mantenido ningún contacto desde hacía más de doce años, pero no estaba de más pertrecharse de unas coartadas sólidas. En los secuestros, como en la carretera, prudencia y seguridad ante todo.

Biel suspiró, mirando el uniforme del Monstruo, su nuevo disfraz. Todavía quedaban dos semanas para el secuestro. ¡Se le iban a hacer eternas!

34

Los lugares comunes

La noche del 23 de septiembre llegó antes de lo esperado, como si el tiempo hubiera contado mal los días, y, para entonces, Robert se hallaba al borde del infarto. Aun así, llevó a cabo su parte correspondiente del plan con la ciega obediencia de un cordero en el matadero, intentando no hacer caso de aquella insistente voz interior que le gritaba que se encaminaba hacia el desastre y que aún podía pararlo todo.

Como si estuviera en uno de esos sueños de los que resulta imposible despertar, se puso su chaqueta más elegante, sus jeans más nuevos y, acompañado de Judit, condujo rumbo a la fiesta de la empresa. Le habría gustado que, en algún momento del camino, ella le cogiera la mano y le pidiera que se dieran la vuelta, que pusieran fin a aquello mientras aún podían. Que le dijera que ya se habían divertido bastante. Que tenían que ser razonables, que se habían dejado arrastrar por Biel a aquella locura, pero que no eran criminales. Sin embargo, Judit se limitó a permanecer en silencio mientras Robert la llevaba a la fiesta y, una vez allí, a seguir lo planeado como si para ella tampoco existiera otra alternativa. Aunque también era cierto que en su defensa Robert podía alegar que iba colocadísima desde primera hora de la tarde. Ahora bien: ¿cuál era su excusa?

Dedicaron casi una hora a mezclarse con el resto de invitados y a

participar en todas las conversaciones que pudieron, para que, en el improbable caso de que fueran interrogados por la policía, todos sus compañeros pudieran responder, sin la menor vacilación, que tanto Judit como él habían asistido a la fiesta. Poco después, su novia se le acercó para anunciarle que había llegado el momento de hacerse notar de verdad. Reprimiendo un suspiro de resignación, Robert asintió y, apoyándose en una pared, se dispuso a ver cómo Judit interpretaba su papel de ninfómana hasta que le tocara el turno de salir a escena. Ella se sirvió una generosa copa, paseó una mirada valorativa por el rebaño de invitados y escogió a un par de compañeros del departamento de finanzas, dos treintañeros gorditos y alopécicos que conversaban con desgana en una esquina. Ninguno de ellos pudo creer su suerte cuando vieron a Judit, envainada en aquel vestido que enaltecía sus discretas curvas, acercarse a ellos visiblemente borracha. Robert dejó que los sobara durante unos minutos, llenándoles la cabeza de promesas, antes de soltar la copa y dirigirse al trío para agarrar a su novia del brazo y montarle la bronca. El dueto de finanzas aprovechó el alboroto para hacer mutis, pero su acalorada discusión enseguida atrajo las miradas disimuladas de un montón de curiosos. Era lo que querían. Cuando juzgó que ya contaban con suficientes testigos a su alrededor, Robert les dedicó una mueca de disculpa y arrastró a su novia hacia su despacho, donde se encerraron para continuar con la monumental bronca. Una vez dentro, mientras se lanzaban el uno al otro todos los reproches e insultos que se le iban ocurriendo, Robert sacó un *pendrive*, lo conectó a su ordenador y clicó en el fichero de audio de casi dos horas, donde además de una larga discusión, se podían escuchar intercalados los sonidos, risitas y gemidos propios de un apresurado y rabioso polvo de reconciliación. A Robert la idea de la grabación le había parecido un tanto arriesgada, pero Biel les había asegurado que nadie intentaría entrar en un despacho donde a todas luces había una pareja discutiendo y follando, sobre todo si la puerta estaba cerrada por dentro. Luego ambos abandonaron el despacho por una ventana que daba a unas escaleras de emergencia que nadie usaba, aunque antes Robert tuvo que esperar a que Judit se metiera otra raya. La dejó hacer, absteniéndose de comentar nada. ¿Quién era él para reprochárselo? Cada uno enfrentaba la tensión como podía.

Mientras se internaban en el parking en busca del coche, se preguntó cómo le estaría yendo a Biel con su parte del plan. Si todo había ido bien, su amigo habría llegado fingiéndose borracho a la casa de su padre, donde lo esperaban para cenar. Allí estaría su hermosa y reluciente madrastra, y sus perfectas hermanas con sus perfectos cuñados, pero también la morralla familiar, es decir, la tía de Girona con su correspondiente marido y su primo con su futura prometida, que según Biel eran un puñado de *muggles* insulsos y aburridos. Nada más comenzar la cena, su amigo debía montar su escenita, soltándole todo tipo de inconveniencias a su progenitor delante de los invitados, y finalmente, tras crispar los ánimos de todos con su repertorio de groserías, retirarse trastabillando a dormir la mona a la habitación de invitados. Allí se cerraría por dentro y después, como la habitación daba al interior de la manzana, descendería por las tuberías hasta el patio para desvanecerse en la noche. No creía que su padre llamara a la puerta de la habitación, pero, si lo hacía, tampoco iba a resultarle raro que con la cogorza que llevaba no le contestara.

Cuando llegaron al barrio del escritor, Judit y Robert se separaron. Mientras su novia se dirigía hacia la furgoneta alquilada que previamente habían aparcado a unas calles de allí, Robert subió al puesto de vigilancia. Al encontrarse a solas en la azotea, volvió a escuchar la voz que le gritaba que aún podían pararlo todo, resonando en su cabeza con más fuerza que antes. Y tal vez le habría hecho caso si en ese mismo momento no hubiera recibido una llamada perdida de Biel. O, más exactamente, de uno de los teléfonos de prepago que se habían agenciado para no dejar rastro en sus teléfonos personales. Era la señal que confirmaba que se encontraba dentro del edificio, escondido en algún lugar de la portería. Robert comprendió que, llegados a ese punto, Biel ya no se detendría, así que lo mejor era centrarse en ejecutar correctamente su parte del plan para que, al menos, no los pillaran. Clavó los ojos en la terraza del escritor, mientras empezaba a sudar. De momento, no había rastro de la canguro. Quizás no saliera a fumar, quizás había escogido esa noche para dejar aquel pernicioso hábito y, de paso, salvar a la niña sin saberlo. Con la vaga esperanza de que fuera así, Robert imaginó a Biel escondido en la portería, esperando a que él le hiciera la correspondiente

llamada perdida para indicarle que tenía campo libre. En una pequeña mochila llevaría el uniforme de cirujano, la tinta roja, un pañuelo impregnado de cloroformo, un cuchillo y la carta del Monstruo, que el mismo Robert había escrito, dentro de su correspondiente sobre negro. Luego imaginó a Judit sentada en la furgoneta, envuelta en la nube de irrealidad de la cocaína, afortunadamente ajena a lo que estaban haciendo.

Al ver salir a la canguro casi le da un infarto. Comprendió entonces que ya no había marcha atrás, que una fuerza más poderosa que su voluntad los arrastraba a todos hacia la condenación. Sumido en una especie de letargo, observó entre la fascinación y el temor cómo la chica consumía los dos cigarrillos de rigor, y luego regresaba a la casa para borrar las huellas del delito. Era el momento. ¿Y si le enviaba a Biel un mensaje para pararlo todo, ahora que aún podían?, pensó de pronto. Algo del tipo: «abortemos el plan!!LLL». Ya se inventaría luego cualquier excusa. Que la canguro no había salido a fumar, o que le había parecido ver a alguien más dentro de la casa, quizás un familiar inesperado o el novio de la chica, a la que esta habría invitado infringiendo las normas de los Arce, para echar un polvo en el sofá, una vez acostara a la pequeña... Solo él estaba viendo lo que pasaba en el interior de la casa, ¡podía inventarse lo que quisiera! Pero cuando se encendió la luz del baño, lo único que hizo fue sacar el móvil y realizar la llamada perdida a Biel. Durante unos segundos permaneció inmóvil, solo en la oscuridad, contemplado aterrado su propia mano, como si esta hubiera actuado imbuida de una repentina y maléfica voluntad propia. Después recordó todo lo que todavía le quedaba por hacer y se levantó de un salto.

Bajó a la calle, subió a su coche, que había aparcado cerca, y condujo a toda velocidad hacia la fiesta de la empresa. Mientras lo hacía, con el corazón martilleándole enloquecido el pecho, se preguntó por qué no había abortado el plan. ¿Tan profundo era el odio que sentía hacia el escritor? En realidad, no. Si era sincero, cada vez le resultaba más difícil mantener vivo el violento rencor que lo había inundado en el despacho de Arce. Últimamente había tenido que concentrarse mucho para poder reproducirlo, para conseguir regurgitar aquel odio y mantenerlo avivado unos pocos días más. Un odio desgano que lo único que parecía anhelar era un rincón de su alma donde

consumirse lentamente hasta desaparecer. Pero si eso era así, si ya solo sentía un odio cordial hacia Diego, ¿por qué había efectuado entonces aquella llamada? ¿Por miedo a Biel? Pensar eso lo consolaba. Era cierto que Biel le daba miedo, cada día más, un miedo que en aquel momento podía manufacturar en auténtico terror con solo imaginárselo cruzando silenciosamente el salón del escritor vestido de cirujano sangriento. Con imaginárselo dirigiéndose al aseo para encerrar a la canguro, entrando a continuación en el dormitorio de Ariadna para dormirla con el cloroformo y encaminándose luego tranquilamente al despacho del padre, para destrozar el manuscrito y ponerlo todo perdido de tinta roja. Después solo tendría que dejar el sobre negro en algún lugar visible, coger a la niña y hacerle a Judit la señal para que entrara en el garaje del edificio usando la copia del mando a distancia que habían hecho en una de sus incursiones. Después se largarían por la ruta que habían trazado previamente, libre del escrutinio de las cámaras. No se atrevió a pensar en lo que aquellos dos podrían hacer en la furgoneta, con la niña dormida atrás, mientras él regresaba a la fiesta, salía de su despacho y le decía a las amigas de Judit que iba a buscarle un vaso de agua porque estaba un poco borracha, antes de volver a encerrarse en él para esperarla.

Aproximadamente una hora después, ya en compañía de Judit, Biel le envió el esperado mensaje, ahora desde su verdadero móvil: «Hola, ¿k tal vuestra fiesta? Yo estoy en casa de mi padre. Intento dormir pero no puedo. He discutido con el viejo. Me encuentro fatal, llevo una cogorza... ¿Kedamos mañana?». Era la señal convenida. Significaba que la niña estaba a buen recaudo y que él había vuelto a su habitación sin que nadie notara su ausencia. Judit sonrió blandamente al leer el mensaje, que probablemente se perdió en el laberinto de su mente antes de que lograra comprenderlo.

Así que ya estaba, se dijo Robert, guardándose el móvil. Habían secuestrado a la hija del famoso escritor Diego Arce, quien en aquellos momentos estaría con su mujer divirtiéndose en el XII Congreso Internacional de Novela, sin tener ni puta idea de que el Monstruo había cobrado vida para llevarse a su hija de su propia cama. Constatar la absoluta ignorancia de Diego, su bendita despreocupación, acerca del inmenso cataclismo que iba a desmoronar su vida, le produjo un intenso ramalazo de euforia. En aquel

instante, el profesor Arce todavía creía habitar una existencia plácida y perfecta, pero no era así, y Robert ya lo sabía. Se sintió como un dios todopoderoso, moviendo a su capricho las fichas de los incautos mortales. Era increíble. Lo habían hecho. ¡No podía creer que hubieran llegado tan lejos! ¿Tan fácil era secuestrar a alguien? Y por un instante, la descomunal sensación de poder lo hizo sentirse tan conectado con el universo, tan electrizado que se preguntó cómo había podido considerarse vivo hasta aquel momento.

Durante los dos días siguientes, el ánimo de Robert osciló entre la incredulidad y la euforia. Lo habían hecho, y ya no servía de nada arrepentirse. Deshacer lo hecho, supondría, en realidad, un peligro similar a seguir adelante. Además, si se echaban atrás ahora, ¿de qué habría servido asumir tantos riesgos? No quedaba otra que continuar con el plan establecido y disfrutar viendo sufrir a Diego Arce, aquel hombre mezquino y cobarde que se había burlado de sus sueños de adolescente doce años antes y los había condenado, como Biel no se cansaba de repetir, a una vida insulsa, mediocre, innecesaria.

El día de la prueba los tres se sentaron entusiasmados ante el televisor que Biel había conectado a internet, como estaría haciendo medio mundo. El secuestro de Ariadna Arce se había hecho tan famoso que Robert estaba seguro de que el país entero, y posiblemente gran parte del mundo, se habría paralizado momentáneamente para ver a uno de los siete mil millones y pico de habitantes comerse una mierda de perro. Como quien pone un cuenco de olivas, Biel dispuso varias rayas sobre la superficie de la mesa. Judit se metió un par de ellas enseguida, bajo la mirada aprobadora de Biel y la mueca de descontento de Robert, antes incluso de que comenzara el programa, y siguió haciéndolo luego, aunque él ya no le prestó atención, hechizado como estaba por las imágenes que se sucedían en la pantalla: el enorme perro plegándose sobre sus cuartos traseros y colmando el plato, que un asistente con mascarilla recogía y colocaba sobre la mesa, donde enseguida se sentó Diego, con el semblante pálido e inexpresivo, antes de mirar el plato intentando reprimir una mueca de asco, alzar la cuchara y... en fin.

Biel y Judit se deshicieron en aplausos y carcajadas, pero Robert fue incapaz de comulgar con la celebración. Su antiguo profesor se estaba

comiendo el zurullo de un perro ante el mundo entero. ¿Qué había hecho ese hombre para merecer semejante castigo, para que ellos hubieran decidido raptar a su hija y someterlo a aquella humillación pública?, se preguntó, intentando reprimir las arcadas que empezaba a sentir.

Por suerte, eso ponía fin a aquel delirio. Mañana soltarían a la niña, y él cogería a Judit y se la llevaría lejos, a algún hotelito rural no muy caro pero perfectamente incomunicado, lejos de Biel y lejos de la cocaína, donde ambos pudieran recuperarse y olvidar aquella insensatez como quien olvida una pesadilla.

Pero Biel tenía otros planes.

—¡Tenemos que continuar! —exclamó, como si acabara de descubrir la cura para el cáncer—. *Tenemos* que hacerlo. Se lo debemos al mundo. Joder, esto ha sido demasiado bueno para parar ahora.

—¡Sí, sí! —lo apoyó Judit, entusiasmada.

—¿Qué? —se escandalizó él—. ¿Estáis locos? Ni de coña. Esto se acaba aquí.

—Venga, no seas aguafiestas, Robert —protestó Biel, que había comenzado a pasearse excitado por el salón—. Esta prueba ha sido muy fácil. Demasiado fácil. Cualquiera puede comerse una mierda para salvar a su hija. Tenemos que proponerle otra más difícil, comprobar hasta dónde es capaz de llegar nuestro querido profesor por su preciosa hija, medir el amor que siente por...

—¡No! ¡No! Biel, no —dijo Robert con firmeza—. Mañana soltaremos a la niña. Es lo que habíamos acordado y es más de lo que nunca tuvimos que hacer. Se acabó, y no hay más que hablar.

Biel volvió a sentarse y lo miró con una sonrisa divertida.

—¿Sí? ¿Y quién la va a soltar, tú, que ni siquiera sabes dónde está?

Judit soltó una carcajada, como si el otro hubiera contado el chiste más gracioso del mundo. Y Robert sintió un escalofrío. Biel no podía estar hablando en serio.

—Escucha... —comenzó, con mucha menos seguridad que unos segundos atrás.

—La niña está bien, Robert, no seas pesado —lo interrumpió el otro, con

paternal impaciencia, mientras se sacaba la bolsita de coca de los pantalones y preparaba más rayas—. No tienes de qué preocuparte. ¡La tengo a cuerpo de rey! Le he asegurado que nadie le va a hacer daño y que saldrá pronto. Está de lo más tranquila, de verdad. No le pasará nada por estar un par de días más encerrada... —argumentó, sin mirarlo, concentrado en su tarea—. Y lo que está claro es que Diego ha sufrido demasiado poco. ¡No es lógico que hayamos montado todo esto, que hayamos corrido tantos riesgos, solo para esta mierda de prueba! Valga la redundancia... —Las carcajadas de Judit, su rostro ansioso, sus ojos hambrientos clavados en la coca que Biel estaba manipulando, hicieron que Robert apretara los dientes—. Hay que ponerle otra prueba. Solo una más. Una que tenga que ver con el dolor físico. Aquel era otro de sus miedos, ¿no?

Judit asintió con una sonrisa, tomando el billete enrollado que Biel le tendía. Mientras la contemplaba esnifar la droga, Robert intentaba tragar saliva a través del nudo que le apretaba la garganta. No podía creer que quisieran seguir con aquella locura. Aunque al mismo tiempo comprendía que siempre había sabido que aquello no terminaría allí. *Pero tenía que terminar*. Tenía que convencerlos de que aquello era una insensatez, sobre todo a Biel, porque Judit parecía haber quedado reducida a una muñeca sin voluntad que apoyaría cualquier cosa que le propusieran con la suficiente convicción o entusiasmo. O con la suficiente droga de por medio. Sí, debía centrar sus esfuerzos en Biel, se dijo. Dejarle claro que no era él quien tomaba las decisiones, que nadie lo había nombrado jefe de todo aquello. Pero las palabras se le atascaron en la garganta cuando lo vio sacar su tableta y empezar a navegar en internet. Había atisbado durante apenas un segundo el salvapantallas. Más que suficiente para que el miedo estallara en el centro de su estómago. Era una foto ampliada de Judit vigilando a la familia Arce el día del cine, disfrazada con gafas y peluca. Contempló el rostro de Biel bajo una nueva luz, absolutamente aterrorizado. ¿Aquello había sido un mensaje? ¿Una amenaza velada? ¿Cuántas pruebas más tenía Biel en su poder para destruirlos si quería? ¿Y ellos contra él?

—Además, se me ha ocurrido algo cojonudo para la segunda prueba —decía Biel, mientras deslizaba el dedo por la pantalla, como si ya fuera algo

decidido—. ¿Sabéis lo que es la cigüeña?

Mientras les mostraba la foto de una especie de cepo enorme y empezaba a explicarles su funcionamiento, Robert intentó pensar desesperadamente en un modo de parar aquello. Había comprendido con un escalofrío que someter a Diego a aquel artilugio de tortura no era una idea que Biel acabara de improvisar. No, su amigo llevaba barruntando aquello desde que decidieron secuestrar a Ariadna. Nunca tuvo intención de liberarla después del primer reto, se dijo, sintiendo cómo el pánico se extendía lentamente por su interior, a medida que aquellas sospechas se convertían en verdades. Biel pretendía torturar a Diego. Probablemente llevaba soñando con eso desde el principio. Y luego, qué. ¿Iba a dejarlo ciego? Robert sacudió la cabeza, cada vez más atenazado por el miedo. ¿Por eso no les había dicho nunca dónde tenía escondida a la niña? La excusa de que el lugar era un secreto de familia que su abuelo le había confiado en su lecho de muerte, le parecía ahora ridícula, absurda. Hizo una rápida relación de todas las cosas que Biel tenía en su poder para incriminarlos: la foto de Judit, los tres móviles que habían usado la noche del secuestro, ¡con sus huellas dactilares, joder!, el contrato del alquiler de la furgoneta, firmado por Judit... Eso lo había hecho con un DNI falso, pero quizás un estudio caligráfico... Y en la foto del documento salía ella, disfrazada con la peluca a la que tanto uso había dado, pero era fácil de identificar. ¿Y quién guardaba la puñetera peluca? Biel, cómo no. Con muestras del ADN de ella. Por no hablar de todos los contactos que tenía la familia Martorell, de toda la gente a la que, si daba crédito de las fanfarronadas de su amigo, tenían comprada. No, era mejor no hacerle enfadar, no ponerlo en su contra. Robert recordaba todo lo que les había pasado a aquellos que se habían enfrentado a él en el pasado, cuando todavía era un gordito gracioso con cara de tonto... ¿Quién en su sano juicio querría ahora convertirse en su enemigo?

Robert salió de casa de Biel con el encargo de escribir la segunda carta esa misma noche, para que él pudiera enviarla a la mañana siguiente desde una de las librerías-café que limpiaba la empresa de la tal Helena, la amiga de la doctora Folch, cuyas llaves, fíjate tú qué suerte, también habían tenido la previsión de copiar, un detalle que pregonaba las intenciones de aquel enfermo

desde el principio, y que él tampoco había sabido ver. ¡Dios, cómo había podido estar tan ciego! En su diminuto piso, mientras Judit dormía un sueño más parecido a un coma, gracias a los barbitúricos que Biel le había suministrado para contrarrestar los efectos de la cocaína, Robert siguió dándole vueltas al mejor modo de parar todo aquello. Tenía la sensación de que descendían por una pendiente en un coche sin frenos, y que Biel reía al volante, como si de los tres pasajeros fuera el único inmortal. Lo más lógico era llamar a la policía y confesarlo todo, pero no se atrevía. Por mucho que aquel gesto mostrara su arrepentimiento, Judit y él habían cometido un delito que tendrían que pagar con la cárcel, y eso le parecía un castigo excesivo por haberse dejado arrastrar a la locura por un psicópata manipulador. Seguramente podrían negociar con la policía, pero, aun así, no le cabía duda de que Biel enviaría a algún sicario para matarlos a la mínima ocasión. Tal vez aquel rumano del que hablaba tantas maravillas. ¿Qué podía hacer sin que Biel se enterara? ¿Y si le daba el soplo a Pelayo Martorell de forma anónima? No estaba seguro de qué sucedería entonces. Tal vez el padre de Biel encontraría la forma de pararlo todo sin que hubiera mayores consecuencias, pero Biel imaginaría de inmediato que su amigo había sido el soplón —¿quién si no?— y lo mataría. Probablemente con sus propias manos. No, lo mejor era asustarlo. Si lograba que la policía los considerase sospechosos, aparentemente de forma espontánea, y fuera a interrogarlos, quizás Biel se acojonara lo suficiente como para abandonar su descabellado plan y liberar a la niña. Pero ¿cómo podía poner a la policía sobre su pista sin que Biel se enterara?

Tras casi una hora devanándose los sesos, se le ocurrió un modo: ¡haría que Diego sospechara de ellos! Le obligaría a recordar sus pecados del pasado, le susurraría al oído los nombres de aquellos a los que falló, pero lo haría sutilmente, en un lenguaje secreto. Se comunicaría con él como solo los escritores pueden hablarse unos a otros. Comenzó pues a escribir la segunda carta, e, igual que en la anterior, Robert se esforzó en emular lo mejor que pudo el estilo del Monstruo, pero en esta ocasión se las ingenió para insertar en uno de los párrafos la expresión «boca de lobo», aquel lugar común sobre el que su profesor y él habían discutido diez años atrás. Encajaba con

naturalidad en el resto del pasaje, por lo que Biel jamás podría sospechar que se trataba de una clave oculta. De lo que ya no estaba tan seguro es que a Diego no le pasara lo mismo. ¿Se acordaría su profesor de aquella discusión que había durado toda una tarde, en la que él había defendido que los tópicos podían usarse de manera deliberada si querías crear un efecto determinado? No podía saberlo, pero, si lo hacía, si los ojos de su profesor se detenían en aquella expresión el tiempo suficiente como para que su memoria descorchara los recuerdos de aquella clase, lo más probable es que les diera sus nombres a la policía y, tarde o temprano, alguien se presentara en sus casas para interrogarlos. Los tres tenían coartada, así que seguramente los descartarían tras unas cuantas preguntas rutinarias. Pero quizás bastara para que Judit y Biel comprendieran que estaban jugando con fuego y decidieran de una puta vez poner fin a aquella locura.

A la mañana siguiente, desde una de las librerías que limpiaba la empresa de Helena Rosell, antes de que abriera las puertas al público, Biel envió aquella carta a la policía, ignorando que entre sus setecientas sesenta y cinco palabras, había tres cuya combinación los delataba.

35

Una cita de negocios entre cocoteros

Hacía seis días que habían secuestrado a la niña y Biel empezaba a aburrirse. Faltaban dos días para la segunda prueba, para poder deleitarse contemplando al escritor retorcerse en el aparato de tortura, y hasta entonces no sabía qué hacer para combatir la tediosa espera. ¿Cómo podía resultar tan aburrido un secuestro?, se dijo. Pero lo cierto era que estaba saliendo todo tan bien que le estaba resultando soporífero.

Y eso que la tarde anterior había recibido un pequeño susto: la inesperada visita de la policía. Debía reconocer que no contaba con que alguien estableciera una conexión entre ellos y el profesor, al que no veían desde hacía diez años, pero el inspector Gerard Rocamora lo había hecho y, acompañado de otro agente, se había presentado en su casa para interrogarlo al respecto. Aunque Biel enseguida se había dado cuenta de que aquel par de idiotas no sabían gran cosa, ni tenían una sola prueba de nada. Solo estaban dando palos de ciego. Intentando parecer ocupados. Él, por el contrario, sí que conocía cierto secreto de aquel inspector de expresión adusta, mira tú por dónde.

De cualquier forma, la llegada de su padre había puesto fin a la simpática reunión. Su viejo actuaba como un rottweiler desquiciado cuando algo amenazaba con embadurnar de mierda el apellido Martorell, como era el caso.

Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que el bobo de su hijo estuviera implicado en aquel asunto tan escabroso, seguramente porque lo consideraba demasiado inútil incluso para ejercer la maldad, y se había encerrado en el despacho del abuelo a hacer llamadas. En cuestión de minutos había conseguido que desde las altas esferas vetaran cualquier nueva aproximación de aquel inspector a su fortaleza o a cualquiera de sus cachorros.

Pese a todo, la intempestiva aparición de los policías había obligado a Biel a asumir ciertos riesgos. Cuando llegaron, aún no le había llevado a la niña la cena, que se encontraba en la nevera primorosamente envasada en unos táperes de Frozen. Tuvo que esperar a que los maderos se marcharan y a que su padre se refugiara en el despacho para meter las fiambreras en su mochila y correr a llevárselas a su prisionera antes de que alguien pudiera verlas y atar cabos. Como siempre, usó el túnel secreto que conectaba la mansión con las ruinas del casino de la Arrabassada, cuyos sótanos secretos, al igual que el túnel, se encargaba de mantener a punto por orden de su padre, aunque sabía que la posibilidad de que este les diera algún uso en el futuro era más bien remota. Por eso no se había cortado a la hora de acondicionar una de las habitaciones subterráneas para sus lúdicos experimentos, una inversión que había rentabilizado con creces con aquel mendigo cuyo deteriorado yapestoso cuerpo se había revelado sin embargo asombrosamente amarrado a la vida. Como complemento a la Habitación, también había arreglado un viejo cobertizo cercano, que sobrevivía en un campo en desuso de la familia, para dejar su moto y poder bajar a Barcelona desde allí, algo que ahora que el inspector Rocamora había puesto vigilancia a la casa podía resultarle muy útil. La noche anterior había emergido a la superficie por la salida de siempre, cercana al muro que daba a la carretera, y se encaminaba a la entrada de los sótanos cuando reparó en un coche que en ese instante se detenía frente a las ruinas. Sigilosamente, se había acercado a echar un vistazo y había descubierto que el coche aparcado era el de los policías. Le pareció que el inspector estaba hablando por teléfono, seguramente recibiendo la bronca de algún superior. La eficacia de su padre era sobrenatural, se dijo. Pero en ese momento, Rocamora pareció verlo, y Biel tuvo que escabullirse hacia el interior de las ruinas. ¿Habría llegado a reconocerlo? No estaba seguro, pero

mientras corría hacia la entrada de los sótanos, oyó que lo perseguían. No se dejó dominar por el pánico. Les llevaba la suficiente ventaja como para llegar a la entrada de los sótanos y desaparecer sin que lo vieran. Y eso hizo, sonriendo para sí. Nadie podría adivinar la existencia de aquella entrada, aunque estuviera justo enfrente, sin las indicaciones adecuadas. Y mucho menos de noche. Si el inspector lograba llegar hasta aquella parte sin perderse por el camino, pensaría que había visto un puto fantasma que se había desvanecido en el aire, como los que habían atormentado la infancia de sus hermanas.

Después de darle la cena a la niña, esperó unos minutos antes de salir a la superficie por la entrada secreta. Y luego caminó tranquilamente hasta el túnel a través de las ruinas del casino, sin encontrar el menor rastro de los policías. Ya ni siquiera seguía el coche allí aparcado. Solo media hora después de su marcha, gracias a que el túnel cortaba la montaña en línea recta, mientras la carretera se entretenía en infinitas curvas, Biel reapareció en la cocina antes de que nadie hubiera notado su ausencia, pues su madrastra se estaba tomando una copa en el jardín y su padre seguía dando voces en el despacho.

Pero por desgracia para el viejo, sus denodados esfuerzos no habían servido de nada. Esa mañana, mientras desayunaba, había visto en el telediario las imágenes de los dos policías saliendo de la mansión Martorell. Divertido, Biel los había observado abrirse paso a través de un enjambre de periodistas que los acosaban con sus micrófonos y flashes, mientras el presentador se preguntaba con un deje de misterio en la voz cuál sería la conexión de la famosa familia con el caso del Monstruo. Un zapeo y un paseo rápido por internet le confirmaron que aquel presentador solo estaba haciéndose eco de lo que sucedía en todos los medios de información. La mayoría habían desempolvado algunas fotos de archivo de la familia Martorell, y Biel pudo ver a su padre, sonriendo junto a su madre, trágicamente fallecida en un accidente de coche cuando él era niño; pero también junto a su explosiva madrastra, una actriz colombiana veinte años más joven que su adinerado marido; y a sus hermanas, Clara y Nuria, e incluso a sí mismo, con su disfraz de panoli, sonriendo como si nunca hubiera roto un plato o matado a una mosca. Supuso que su padre habría empezado a lanzar

espumarajos por la boca al encontrarse las fotos de la familia al completo en la sección de sucesos, y no en la de sociedad o economía, su hábitat natural.

Sin embargo, todo aquel follón había servido para hacerle comprender que el mal era mucho más placentero si se le añadía cierta dosis de riesgo. Y ahora Biel ansiaba más. Era su droga. Una droga mucho mejor que la cocaína.

Entonces, como si alguien en la corte celestial hubiera escuchado sus súplicas, un mensajero llamó a su puerta. Biel frunció el ceño, mientras el chico le entregaba un sobre acolchado. Cuando el supuesto ángel se marchó, Biel lo abrió y extrajo lo que contenía. Se trataba de una foto suya bastante reciente. De hecho, Biel recordaba exactamente el día que fue tomada. Tampoco era muy difícil recordarlo, ya que la imagen lo mostraba plantado en medio del salón de los Arce con la pequeña Ariadna en brazos. Llevaba puesto su disfraz de cirujano sangriento, pero tenía la mascarilla bajada y sonreía maliciosamente a cámara. Aunque en aquel momento él ignoraba que había una cámara enfocándolo, claro. En realidad, se había detenido allí al ver su reflejo en la puerta de cristal de la terraza, y no había podido resistirse a descubrirse el rostro y estudiarse unos segundos con una sonrisa de infinito goce. Él, Gabriel Martorell, estaba secuestrando a la hija del famoso escritor Diego Arce, y nadie iba a saberlo. Eso lo apenó, pero no se podía tener todo. Volvió a colocarse la mascarilla y abandonó el piso, sin saber que desde alguna parte, probablemente desde uno de los edificios de enfrente, alguien había inmortalizado aquel memorable instante. Y debía haber usado un teleobjetivo de la ostia, dedujo, porque su rostro se veía con bastante nitidez. Nadie podía negar que no fuera él.

Detrás de la foto, había escrito un lacónico mensaje:

«Kahala Bar, a las 21 horas. Yo que tú no faltaría».

Biel sonrió. Alguien, aparte de ellos, también vigilaba a los Arce. Sorprendente. ¿El verdadero Monstruo?, se preguntó con una mueca divertida. Fuera quien fuera, quería jugar. De acuerdo, nada podía hacerle más feliz. Jugaría.

Esa noche, Biel acudió a la cita con su nuevo amigo. Para burlar el asedio policial usó el túnel hasta las ruinas del casino y, luego, cogió la moto para bajar a la ciudad. La aparcó cerca del Kahala Bar, que resultó ser una

pintoresca coctelería ubicada en la avenida Diagonal, con una horterísima decoración caribeña. Pero Biel comprendió la elección perfectamente. La iluminación, que abusaba de los tonos azules, era tan tenue que el bar entero parecía sumido en una penumbra de acuario. Había que andarse con cuidado para no tropezar con un coco o un tucán o lo que fuera que colgaba del techo en algunos sitios. En cuanto entró, uno de los pocos clientes que a aquella hora había desperdigados por el local, el que estaba sentado en el rincón más oscuro, le hizo una disimulada seña con la mano. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, pulcro, escuchimizado y de mirada engreída, que se hallaba escondido tras un aparatoso cóctel erizado de pajitas y sombrillitas de colores. Se presentó como el doctor House y no se anduvo por las ramas. Sabía lo que Biel había hecho. Tenía pruebas, como demostraba la foto que le había enviado, de la que, por supuesto, tenía el archivo a buen recaudo. A Biel le enterneció el tono esforzadamente amenazante con que se dirigía a él, así que lo dejó hablar mientras intentaba fingirse amedrentado. Esperaba que en algún momento le dijera la cantidad que iba a tener que pagar por la foto, y no pudo evitar sorprenderse cuando el tipo le dijo que no quería dinero. Tenía bastante para su supervivencia diaria, aclaró innecesariamente. Tampoco pensaba delatarlo a menos que él le diera motivos. El tipo también odiaba a muerte a Diego Arce, así que le parecía estupendo que le jodieran la vida. Sin embargo, amaba a Laura. Y lo que quería era que él le ayudara a recuperarla.

Biel enarcó una ceja al oír eso. House asintió con solemnidad, dándole a entender que no estaba de broma, y empezó a relatarle su historia de amor con la doctora Folch, que se remontaba a los lejanos años de la universidad. Biel tuvo que esforzarse en no bostezar. Las historias de amor, sobre todo las de amores imposibles, esas que parecían una carrera de obstáculos campo a través, se la traían al fresco. Lo escuchó sin prestarle demasiada atención, pero se quedó con lo esencial: desde su ruptura, aquel tipo no había podido olvidarse de Laura, a pesar de que durante una temporada incluso se había autoexiliado al Reino Unido. La doctorcita tenía que ser muy buena en la cama, conjeturó Biel para sus adentros, porque House no había logrado sacársela de la cabeza. Tras averiguar que se había mudado a Peñafort, se había desplazado hasta allí y descubrió que había iniciado una relación con un

profesor de instituto llamado Diego Arce. Una tarde, incluso los había visto besarse en el paseo marítimo. Tras eso, había regresado a Londres para tratar de olvidarla, pero le había resultado imposible. Desde la distancia, gracias a la fama alcanzada por el marido, se había dedicado a espiar su vida, hasta que finalmente no lo había soportado más y había vuelto a Barcelona, decidido a recuperarla costara lo que costara. Tras averiguar dónde vivía, había alquilado un piso en el edificio de enfrente, para poder espiarla a su antojo en vivo y en directo. No era ningún enfermo, le aclaró, por si lo estaba pensando. Lo único que quería era conocer el terreno que pisaba: si su matrimonio era feliz, si él tenía alguna posibilidad de éxito. Así que se compró una cámara con un teleobjetivo profesional y se dedicó a hacer fotos de la vida doméstica de la familia a través de las tres ventanas de la fachada norte. Soñaba con que su marido le fuese infiel a Laura en su propia casa y con poder conseguir imágenes de su fechoría para enviárselas a ella de forma anónima.

Pero nunca soñó con presenciar el secuestro de la hija. Cuando apenas llevaba quince días espiando el dulce hogar de los Arce, alguien había entrado disfrazado como el Monstruo, el villano de la primera novela de Diego, y se había llevado a su hijita. A causa de ello, había recolectado unas imágenes muy distintas, entre ellas una que valía su peso en oro, pues resolvía por sí sola aquel secuestro mediático que traía de cabeza a la policía. Una foto con la que no sabía qué hacer.

Una vez digirió los asombrosos hechos de los que había sido testigo, cayó en la cuenta de que, debido a su accidentada relación con la madre de la víctima, tenía todas las papeletas para que la policía lo considerase sospechoso del secuestro. En ese caso, la foto lo exculparía, pero, al entregarla, la mujer que amaba descubriría que la había estado espiando, lo cual no lo dejaría en muy buen lugar. También podía hacerla llegar a la policía de forma anónima, antes de que nadie pensara en su nombre, pero entonces no sacaría ningún beneficio de aquella casualidad que con tanto mimo había tejido en su honor el destino. Comprendiendo que debía actuar con rapidez, había guardado la foto en un *pendrive*, que había escondido en un lugar seguro, y luego se había deshecho de las novelas de Arce, de la cámara de fotos y de cualquier rastro de su existencia. Como esperaba, la policía no había tardado

en presentarse en su casa, y él había tenido que hacerse el tonto, fingiendo que llevaba años sin saber nada de su antiguo amor. Después se había limitado a asistir con curiosidad al desarrollo de los acontecimientos. No podía hacer otra cosa, ya que no tenía ni idea de quién era el tipo disfrazado de la foto. Pero lo que tenía claro era que contaba con un as en la manga, y solo tenía que esperar pacientemente el momento oportuno para usarlo, mientras fantaseaba con la forma de sacar la mejor tajada posible de todo aquello. Si la niña muriese y el padre, al que no se cansaba de ver comer mierda de perro en los miles de vídeos que circulaban por la red, se suicidara, él podría presentarse ante la demolida Laura y convertirse en su paño de lágrimas. Dudaba de que ella estuviera de humor para aceptarlo, pero bueno, todo era cuestión de probar.

Sin embargo, después del primer reto, las cosas se habían complicado. La policía había descubierto que les había mentido sobre los libros de Arce, y habían incautado sus ordenadores y sus teléfonos. Por suerte, él había tenido la precaución de borrar todos los archivos con las imágenes de Laura, y la foto del secuestrador, que tenía bien escondida en un *pendrive*, nunca había pasado por ellos. Pese a todo, el acoso policial lo estaba volviendo loco. Y aunque quería evitar a toda costa que Laura descubriera que había estado espiándola —y también le habría gustado ver cómo acababa el Juego de los Retos—, había empezado a considerar la opción de enviarle anónimamente a la policía aquella foto que pondría fin a todo. Aunque él no sabía quién era el muchacho de la imagen, era lo suficientemente nítida como para que la policía pudiera identificarlo.

Y entonces, esa misma mañana, al abrir el periódico, se había encontrado con el rostro del secuestrador. Pese a las enormes gafas, la sonrisa boba y el ridículo peinado, lo había reconocido de inmediato, no en vano se sabía aquellos rasgos de memoria. Y ahora podía ya ponerle nombre a su dueño: Gabriel Martorell. El hijo del famoso empresario Pelayo Martorell, nada menos. Y por fin se le había ocurrido cómo usar la foto. Así que allí estaban, hablando de negocios entre cocoteros.

Biel oyó su perorata en un silencio convenientemente sobrecogido. Solo se permitió un par de preguntas casuales, formuladas con voz tímida y

temblorosa, que le confirmaron que el tipo que tenía delante daba por sentado que él actuaba solo. Era una lástima que no hubiera estado en su puesto cuando ellos habían llevado a cabo algunas de sus incursiones anteriores, pero las habían realizado siempre de día, así que sus horarios no habían coincidido. De haber sido así, ahora también tendría fotos de Robert y Judit. Pero no. Parecía que él era el único que estaba en apuros. Durante un largo par de minutos, Biel se limitó a mecer la cabeza, fingiéndose superado por las circunstancias, a pesar de que lo que le pedía el cuerpo era levantarse y borrarle a aquel medicucho la puta sonrisita de superioridad a puñetazos, mientras su mente trabajaba a toda máquina, buscando la forma de convertir aquel inoportuno escollo en una ventaja.

—Y dices que no quieres dinero... —recapituló—. Solo quieres que te ayude a recuperar a Laura.

House asintió, ufano.

—¿Y cómo se supone que debo hacerlo?

Julián se recostó en el asiento y le sonrió con altivez. Parecía tenerlo todo pensado.

—Después del tercer reto, tanto si Diego lo supera como si no, debes ingeniártelas para que sea yo quién rescate a su hija. No me importa cómo. Eso lo dejo en tus manos. Aunque ha de resultar creíble, claro. Lo ideal sería fingir que yo he descubierto de algún modo el lugar donde está escondida y he podido liberarla y devolvérsela a su madre.

—Ya.

—Pero, sobre todo, debes conseguir que yo quede totalmente eximido de cualquier culpabilidad. No hace falta que tú te entregues, puedes escapar —sugirió House, magnánimo—. Pero mi inocencia debe resultar indiscutible. Y tengo que quedar como un héroe frente a Laura.

—¿Y cómo cojones quieres que yo...? —intentó protestar Biel.

—¡Y yo qué sé! —lo atajó el otro con impaciencia—. Ese no es mi problema. Lo dejo a tu elección. Se supone que eres una especie de genio del mal, ¿no? Tú eres el que ha montado todo este circo. El secuestro, el Juego de los Retos... —Cabeceó con una sonrisa irónica—. ¡Eres el puto Monstruo, coño! Así que estrújate los sesos. Te doy veinticuatro horas para que me

presentes un plan perfecto y sin fisuras en el que ambos consigamos lo que queremos, o si no... —Se encogió de hombros—. Enviaré la foto a la policía de forma anónima. No conseguiré a Laura, eso es cierto, pero quedaré libre de sospecha. Y tú estarás jodido, chaval. Bien jodido.

Biel guardó un silencio meditabundo y luego exhaló un suspiro abatido, como si hubiera llegado a la conclusión de que se encontraba entre la espada y la pared, de que aquel sujeto tan increíblemente elegante y astuto acababa de darle jaque mate.

—Está bien —dijo con expresión resignada—. Pensaré algo.

—Sí, hazlo. Y que sea bueno. —Sonrió el otro.

Tras citarse allí mismo a la misma hora del día siguiente, Biel se marchó con fingido aire de derrota, mientras pensaba en lo mucho que iba a disfrutar apaleando a aquel mierda. Una vez en la calle, consultó el reloj y comprobó que era casi la hora de la cena de Ariadna. No iba a tener tiempo de cocinarle nada. La niña tendría que conformarse con un *whopper*, se dijo, consultando el móvil para localizar el Burger King más cercano.

Al día siguiente, muy temprano, invitó a cenar en su casa a Judit y Robert. Este último, como era de esperar, puso mil excusas para no acudir, pero Biel le recordó que ahora que los estaban vigilando debía comportarse con normalidad, y lo normal, dado que los tres habían sido interrogados por la policía, era reunirse para intercambiar opiniones. Eso es lo que harían si fueran inocentes, y parecer inocentes era lo más importante ahora, así que los quería a las ocho en su casa. Además, tenía algo importante que contarles.

Cuando llegaron, Robert con expresión mohína y Judit con la mirada errática de quien necesita huir de su propia mente aunque sea un solo segundo, Biel tuvo que reprimir un rictus de repulsa. Menudos idiotas. Pero eran las piezas de que disponía, así que tendrían que servir.

—Escuchadme bien los dos —les dijo cuando se sentaron en la salita, alrededor de la mesa de cristal donde había dispuesto las copas y la habitual ración de coca—. Tengo malas noticias: nos han descubierto.

Aquello pareció despertarlos. Robert se tensó en el asiento, y Judit abrió la boca, horrorizada.

—¿L-la policía? —balbuceó Robert.

—No, evidentemente no ha sido la policía —replicó, sin poder evitar un deje de desprecio ante la imbecilidad del otro—. De ser así, no estaríamos aquí. Ha sido un antiguo novio de Laura.

Mientras los otros lo miraban llenos de perplejidad, Biel les contó el encuentro con el tipo, eso sí, introduciendo algunas modificaciones en la historia que, a su juicio, la mejoraban notablemente. Había sido el día en el que Biel y Robert habían entrado en el piso, mientras Judit vigilaba a la familia en el cine, cuando aquel espía de pacotilla les había pillado con su cámara de mierda. Tenía varias fotos donde a ambos se les veía con absoluta nitidez, merodeando a sus anchas por la casa de los Arce. Y la noche pasada le había pedido una desorbitada cantidad de dinero si no quería que las enviara a la policía. Una cantidad tan elevada que ni siquiera él podía conseguir, al menos, sin que su padre se enterase. Por suerte, aquel tipo no tenía ninguna foto de la noche del secuestro, ni tampoco de Judit, pero, aun así, si aquellas fotos llegaban a la policía, los *tres*, puntualizó, estarían en un buen lío.

—Así que estamos jodidos —se lamentó—. Además, ese tipo parecía bastante desequilibrado. Aunque consiguiera reunir el dinero, no estoy del todo seguro de que nos dejara en paz.

—Joder —gimió Robert, que había ido palideciendo a medida que Biel hablaba—. ¿Y qué vamos a hacer?

Biel dibujó una sonrisa tranquilizadora, esa sonrisa que tanto hacía sentirse segura a Judit, y les contó su plan.

36

Cosas que pasan

Cuando, una hora después, entró en el Kahala Bar, el cirujano ya se había bebido la mitad de su cóctel, y se hallaba medio mareado y un poco pálido.

—Vaya, tienes mala cara —le comentó Biel, sentándose ante él y aparentando preocupación.

—No me encuentro bien —reconoció el otro, frotándose los ojos—. Debe ser el estrés de estos días. O que he bebido muy rápido, no sé... Esta tarde, un policía, el subinspector Olaya, se ha presentado en el hospital para hacerme preguntas sobre mi cámara de fotos. Han descubierto que me compré una. Ya ves, chico, el cerco se estrecha a mi alrededor, así que espero que hayas tramado un buen plan, porque cada vez tengo razones más poderosas para mostrarle a la policía la cara del verdadero Monstruo.

Biel se apresuró a tranquilizarlo, asegurándole que había trazado un plan de la leche, que empezó a exponerle con profusión de detalles. Algo del todo inútil, porque estaba claro que al cirujano le estaba costando Dios y ayuda seguirlo. Constantemente cerraba los ojos y cabeceaba. Al final, Biel le propuso salir a tomar un poco el aire. Pagó las consumiciones y lo sacó del bar, arrastrándolo como si fuera un guiñapo. Parecía como si el pobre tipo no fuera consciente de lo que sucedía a su alrededor. Lo que quedó demostrado cuando, sin protestar, le dio las llaves de su coche junto a la dirección de su

casa, y ni siquiera reparó en que Judit se subió con ellos al vehículo, instalándose en el asiento trasero con una risita excitada. Y siguió sin reaccionar cuando, antes de arrancar, Biel sacó su cartera de Louis Vuitton y preparó dos rayas sobre la satinada piel, que Judit y él inhalaban con pericia. Cuando llegaron al *loft* de Gracia, el médico ya estaba totalmente inconsciente. Lo dejaron tirado en el sofá, y mientras Judit se dedicaba a enjabonarse las manos mirando asustada a su alrededor, Biel se puso unos guantes de látex y empezó a buscar el *pendrive* entre los cochecitos que poblaban la mesa. Durante el trayecto, en uno de sus últimos ramalazos de conciencia, el propio cirujano les había confesado, sin que hubieran tenido que insistir demasiado, que lo había escondido en el maletero de uno de ellos.

—¡Por fin, joder, aquí está! —dijo Biel, exhibiendo el *pendrive* con gesto triunfal.

Judit dejó escapar un trémulo suspiro de alivio.

—¿Seguro que no tiene otra copia de papel o algún otro archivo?

—Tranquila, pequeña. El tipo está vigilado por la poli y tiene intervenidos los móviles y los ordenadores. No se habría arriesgado. Esta es la única prueba que tiene contra nosotros —le dijo, levantando el *pendrive* en su mano enguantada.

—Vale, guay... entonces vámonos. No me gusta este sitio.

—Sí, vaya decoración de mierda... —dijo Biel, mirando a su alrededor con desprecio—. Nos piramos cuando quieras.

—Pero ¿qué hacemos con él? —preguntó Judit, señalando al cirujano, que permanecía tumbado boca arriba en el sofá, medio inconsciente.

—Dejarlo que duerma la mona. Cuando mañana se despierte, se dará cuenta de lo idiota que ha sido. Pero ya no podrá hacer nada.

—¿Y si de todos modos va a la policía?

—¿Sin pruebas? ¿Y qué va a contarles? ¿Que sabía quiénes eran los culpables, pero estuvo obstaculizando la investigación policial? Además, él mismo es sospechoso. No lo creerían. Y si Laura se enterara, quedaría como un enfermo ante ella. No dirá nada, cielo. Ya no puede hacernos ningún daño... eh, ¿qué te pasa? ¡Estás temblando!

Biel se acercó y la abrazó con dulzura.

—Lo has hecho muy bien esta noche, cariño —le dijo, mirándola a los ojos—. ¡Qué digo! Has estado genial, joder. ¿Cómo le echaste la droga sin que se diera cuenta?

—Le dije que su cara me sonaba de algo, y me senté a su lado antes de que reaccionara. Luego dejé caer el bolso al suelo, y mientras él se agachaba caballerosamente a recogermelo, yo... —Hizo el gesto de echar algo en un vaso.

—Brillante —remachó Biel, acariciándole el cabello como a una niña, mientras sus ojos la atravesaban sin piedad, como una serpiente intentando hipnotizar a un roedor.

Ella lo miraba a su vez con los ojos muy abiertos. Biel observó que aún había migas de miedo en el fondo de ellos.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó en un susurro.

—Biel... Robert dice que tenemos que parar esto —le contestó ella en tono de súplica—. Y yo creo que... —se encogió de hombros, un espasmo nervioso más que un gesto consciente—, que quizás tenga razón. Todo se está complicando demasiado. Tal vez esto haya sido una señal. Si no llegamos a encontrar ese *pendrive*...

—¡Pero lo hemos encontrado!, ¿no? —exclamó Biel con optimismo—, así que no tenemos de qué preocuparnos. Mira, Judit, no voy a dejar que te pase nada malo, ¿de acuerdo? —le aseguró, poniéndose serio—. Lo tengo todo controlado. Todo esto terminará pronto, y habrá merecido la pena. Te lo aseguro. Confía en mí.

—Pero... la niña está bien, ¿verdad? —preguntó ella, con un conmovedor anhelo—. ¿La estás cuidando bien? ¿Le das de comer y todo eso?

—¡Por supuesto! ¿Qué clase de monstruo te crees que soy?

—¿Usas el túnel por el que hemos salido antes de tu casa para ir a verla?

—Ese túnel lo uso para muchas cosas, cariño.

—Pero ¿dónde la tienes encerrada? ¿Cerca de la salida del túnel?

Biel sonrió con picardía.

—Puede que sí. Puede que no.

—Robert dice que no quieres decirnos dónde la tienes porque...

—Chss —dijo Biel, colocándole un dedo sobre los labios—. Robert

debería hablar menos y follarte más.

Y, sin darle oportunidad a replicar, se inclinó sobre ella y la besó con determinación. Notó que la chica se resistía, pero fue una resistencia más bien simbólica. Él porfió contra sus labios y Judit enseguida se rindió y se abandonó al beso. Todavía con los guantes puestos, Biel le quitó el vestido y lo lanzó lejos, todo ello con unos ademanes bruscos y rudos que, como sospechaba, parecieron excitarla más. Dado que el sofá estaba completamente ocupado por el cirujano y no había tiempo para trasladarlo a otro sitio, tumbó a la chica sobre la alfombra, con cierta violencia pero sin dejar de besarla. Su impetuoso deseo despertó en Judit la fogosidad que siempre imaginó que ocultaba. Entonces Biel le abrió las piernas, le aferró el cuello con una mano enguantada, y empezó a penetrarla a furiosas embestidas, mientras le presionaba la garganta de tanto en tanto, dejándola momentáneamente sin respiración. Notó cómo ella le clavaba las uñas en la espalda, y aquel dolor suave y punzante redobló su excitación. Sus cada vez más salvajes arremetidas provocaron que la cabeza de Judit golpeará contra el sofá, y la mano del cirujano resbaló del borde y quedó oscilando ligeramente en el aire. En su ir y venir, sus largos dedos de pianista acariciaban la frente de la chica, como tranquilizándola en aquel trance, como si fuera un depravado *voyeur* que los había invitado a su casa para verlos follar.

Cuando se corrió, Biel se separó de ella medio mareado. Aquello sí era un polvo en condiciones, joder, un auténtico polvo salvaje, a años luz de la artificiosa teatralidad que mostraban las putas. Al incorporarse, se dio cuenta de que el cirujano nunca iba a volver en sí. Mientras ellos se divertían, al tipo no se le había ocurrido otra cosa que ahogarse con su propio vómito. Al reparar en la escena, Judit se apartó del sofá y empezó a chillar, todavía con las bragas enredadas en los tobillos.

—¡Está muerto, está muerto! —exclamaba, en pleno ataque de pánico—. ¡Lo hemos matado!

Biel se levantó de mala gana, el cuerpo empapado en sudor, la polla lacia, como una bandera un día sin brisa, y se acercó a ella para intentar tranquilizarla. No había que alarmar a los vecinos por aquella tontería.

—Eh, eh, cariño. Cálmate. No ha sido culpa nuestra —le dijo, abrazándola

con toda la ternura que pudo—. ¡Ha sido un accidente, joder! Nosotros no queríamos matar a ese idiota, no somos asesinos, solo estábamos intentando defendernos. Esto ha sido un desgraciado accidente. Nada más. Son cosas que pasan. Pero tienes que tranquilizarte, o los vecinos llamarán a la policía.

A medida que le hablaba y la acunaba en sus fuertes brazos, ella pareció calmarse poco a poco. Al menos dejó de gritar, aunque su cuerpo entero temblaba, como si montara en una bicicleta por un camino empedrado.

—Ya está, ya pasó... —continuaba Biel, acariciándole el pelo, las mejillas. Se arrodilló y le subió las bragas con suma delicadeza, como si vistiera a una muñeca—. No podemos hacer nada por él. Y tampoco vamos a sentirnos culpables ¿de acuerdo? Me niego. Era un cabrón que intentaba destruirnos, sin importarle la vida de una pobre niña. Así que ha tenido su merecido. Ahora siéntate e intenta calmarte —dijo, conduciéndola a una butaca frente al sofá. Después, recogió el vestido del suelo, se lo tendió y la ayudó a ponérselo.

Ella se dejó hacer. Una vez vestida, Biel se sentó sobre el brazo de la butaca y ambos se dedicaron a contemplar el cadáver del cirujano en silencio.

—¿Sabes qué? —dijo Biel al fin—. Creo que podríamos sacar partido de esta desgraciada situación. Se me ha ocurrido cómo dejar un mensaje al profesor, para que acabe de convencerse de que el Monstruo es real.

Judit lo miró de reojo, muy lentamente. Como si, en vez de a su amante, temiera encontrarse algo horrible sentado a su lado.

Por supuesto, Robert se puso histérico cuando le contaron lo que había pasado, y eso que solo fue la versión para menores de dieciocho años. Ni una palabra sobre el polvo salvaje, ni sobre el innecesario ensañamiento para poder acceder a la tinta roja de sus venas.

—Nadie quería que esto pasara, Robert —exclamó Biel, antes de que la cosa se desmadrara—. Ha sido un desgraciado accidente. El pobre se atragantó mientras nosotros buscábamos el puto *pendrive*. Si no nos hubiera chantajeado, nada de esto habría pasado, ¿no te das cuenta? Él se lo buscó.

Robert dejó de dar vueltas por la habitación y sacudió la cabeza repetidas

veces, como si todo aquello lo superase.

—Debemos mantener la sangre fría —prosiguió Biel, dirigiéndose también a Judit—. Al fin y al cabo, jamás podrán relacionarnos con esa muerte. Estamos vigilados por la puta policía, ¿recordáis? Y los agentes que están ahí fuera testificarán que los tres hemos permanecido toda la noche dentro de casa. Gracias al túnel nadie nos ha visto salir. Cuando encuentren el cadáver de Julián y el forense dictamine la hora de la muerte, nosotros quedaremos libres de toda sospecha... ¡gracias a la propia policía! —acabó, sin poder evitar soltar una risita ante lo divertido de la situación.

Aquello pareció calmarlos un poco. Aun así, durante el resto de la noche, Biel tuvo que aplicarse a fondo para que los otros dos no se derrumbasen. Por fin, casi al amanecer, pudo enviarlos a casa convencidos de que, pese a todo, ellos seguían teniendo el control de la situación y nada malo iba a sucederles. O al menos, suficientemente asustados como para que no hicieran ninguna tontería por su cuenta. Cuando se quedó solo, exhausto pero, a la vez, absolutamente eufórico, Biel se tomó un somnífero y se metió en la cama.

Se levantó bastante descansado cinco o seis horas después, y dispuesto a disfrutar plenamente del gran acontecimiento: la emisión del segundo reto impuesto por el Monstruo. Tras llevarle la comida a la niña, dispuso un montón de viandas, cervezas, una botella de vino caro y bastante coca en la mesa de la salita, y se acomodó frente a la gran pantalla de plasma. Si el profesor le echaba huevos, la emisión del segundo reto podía durar siete horas, y no quería tener que levantarse a cada rato para saquear la nevera.

Y por increíble que le resultara, su antiguo profesor cumplió, contra todo pronóstico, si bien llegó al final de la prueba en un estado lamentable. Se lo llevaron del plató convertido en un guiñapo balbuceante incapaz de tenerse en pie. Biel sonrió satisfecho. No solo por haber disfrutado viendo a Diego retorcerse en el macabro chisme, sino por la feliz coincidencia de que este se hubiera pasado las últimas horas gritando la misma frase que él había escrito en la pared del *loft* del matasanos. Menudo golpe de suerte. ¡La de jugo que se le podría sacar a aquello! Además, el que hubiera aguantado las siete horas exigidas significaba que el juego continuaba, que la tercera prueba que tenía pensada no se quedaría en el tintero. Biel alzó la copa en un amago de brindis,

radiante de felicidad. Tenía en sus manos la vida de un hombre. Podía obligarlo a hacer lo que quisiera. Era un dios, un dios retorcido y despiadado. Se estaba superando a sí mismo. Desde luego, aquello era mucho mejor que inducir a un pobre adolescente al suicidio.

Pero la felicidad no podía durar, claro. Nada más terminar la emisión del reto, Robert lo llamó al móvil. Sin preámbulos, le dijo que Judit y él habían estado hablando y habían decidido que había que parar aquello. La cosa había llegado demasiado lejos. Habían secuestrado a una niña, torturado a un hombre... ¡y ahora estaban implicados en una muerte! Ellos dos ya no querían seguir, y si él no les hacía caso, pensaban llamar a la policía. Le explicarían que todo había sido idea de Biel, que los había manipulado, que los había engañado diciéndoles que solo obligarían a Diego a realizar una única prueba con el objeto de humillarlo, que había sido él quien había decidido seguir y provocado la muerte del cirujano. No les importaba ir a la cárcel, intentarían hacer un trato justo con el fiscal. Pero de una cosa podía estar seguro: Judit y él se mantendrían unidos para conseguir que la peor parte se la llevara Biel.

Biel escuchó la encendida perorata de Robert con una sonrisa hastiada en los labios. Sabía que aquella llamada se produciría tarde o temprano, y estaba preparado. Cuando su amigo terminó, Biel dejó transcurrir unos segundos, antes de hablar:

—¿Has acabado, Robert? —Un silencio desconcertado le indicó que sí—. Bien, ahora escúchame tú a mí —le ordenó con voz tranquila—. En el *pendrive* que tengo en mi poder hay varias fotos en las que salimos los dos, ¿recuerdas? Aunque conozco gente que podría trucarlas para que solo aparecieras tú, sin que nadie notara que han sido manipuladas, ni siquiera la policía. Por otro lado, cuando ayer quemé la ropa que llevábamos puesta, guardé el vestido de Judit, cuidando mucho de no tocarlo con las manos. No sé si tu novia te lo habrá contado, pero fue ella quien apuñaló repetidas veces al pobre médico. Sí, así es, por eso la prenda estaba llena de salpicaduras de su sangre, como tú mismo pudiste comprobar.

—Ella dice que fuiste tú quien lo apuñaló...

—Miente. ¡Si hasta tuve que pedirle que se detuviera! Qué tía, cuando se pone a apuñalar, no hay quien la pare... —Rio—. Estaba como enloquecida.

En su defensa, te diré que quizás ni siquiera recuerda como fueron las cosas, pero el vestido es una prueba irrefutable contra ella. Y te recuerdo que también fue ella quien alquiló la furgoneta del secuestro y quien se apuntó al gimnasio de Laura con un DNI falso, en cuya foto aparece con la misma peluca y gafas que en la foto que el profesor Arce tiene en su ordenador. Por cierto, yo también tengo una copia de esa foto, como ya sabes. En fin, Robert, creo que puedo conseguir que la policía crea justo lo contrario que tú pretendes. Puedo hacerles creer que vosotros sois los artífices de toda esta locura, las malvadas mentes criminales, y que yo, el pobre amigo medio retrasado, solo he sido una marioneta en vuestras manos. Un pelele que os seguía la corriente, deseando vuestra amistad y aprobación a cualquier precio, exactamente igual que en el colegio. Algo que todos nuestros antiguos compañeros de clase podrían corroborar.

Pasaron unos segundos, antes de que la voz de Robert surgiera del otro lado:

—Hijo de puta... ¡Estás loco! ¡Eres un psicópata!

Biel sonrió. Por fin se daba cuenta, el muy gilipollas.

—Vamos, vamos... tranquilízate, Robert. En ese estado de nervios no serás capaz de escribir nada que valga la pena. Y recuerda que mañana hay que enviar la tercera carta del Monstruo. Y esa carta tiene que ser tu obra maestra. Esa carta pasará a la historia. ¡Así que tienes que esmerarte, Robert! Y ya sabes lo que toca ahora. Tenemos que dejarlo ciego. He pensado que podríamos obligarlo a sacarse los ojos con una simple cuchara, ¿qué te parece? Puede hacerse. En internet he visto cómo se...

—¡No pienso escribir una mierda! ¡Escríbela tú! ¡Tú eres el Monstruo!

—No, Robert, no... el Monstruo somos los tres. Yo soy el cerebro, Judit la mano que empuña el cuchillo, y tú eres su voz. Hemos formado un equipo fantástico hasta ahora y debemos permanecer unidos hasta el final, ¿no crees? Solo tú sabes cómo habla el Monstruo y no querrás dejarlo mudo a estas alturas. En su momento cumbre. Además, ya te lo he dicho: si no la escribes, encontraré la forma de destruirlos a los dos.

Y colgó el teléfono.

Esperó toda la tarde, viendo las mejores partes del tormento de Diego en

los vídeos y memes que enseguida empezaron a circular por internet, a que Robert escribiera la carta y se la enviara, pero el pequeño capullo no lo hizo. Así que iba de rebelde, ¿eh? Biel no tenía miedo de que la parejita pudiera entregarlo a la policía. Sabía que los había asustado lo bastante para quitarles las ganas, pero, al parecer, tampoco pensaban seguir colaborando en aquella divertida aventura. Y aunque era cierto que él mismo podría escribir la tercera carta, intentando imitar el estilo de las dos anteriores, sabía que nunca le saldría tan perfecta como para pasar el análisis de un experto. Él no sabía nada de construcciones de frases, de sintaxis, metáforas y toda esa mierda... La verdad es que no se había apuntado al taller de Diego para aprender a escribir, sino para aprender a matar sin mancharse las manos de sangre. Por otro lado, el Monstruo no solo tenía una voz, sino también una letra llena de floripondios que tendría que imitar. No, tenía que ser Robert quien la escribiera, con el mismo tono y la misma caligrafía que le había otorgado al Monstruo. No iban a hacer ahora una chapuza. Le jodía estropear un trabajo tan redondo justo en el último acto. Así que a última hora de la noche, hizo un par de llamadas.

Al día siguiente, Biel se levantó de inmejorable humor. Era cierto que aún no tenía la carta de los cojones, y que, si quería seguir al pie de la letra el Juego de los Retos, tendría que enviarla ese mismo día temprano. Pero, aunque fuera con retraso, estaba seguro de que Robert aparecería con ella durante la tarde, y él todavía podría enviarla respetando la tradición del día siguiente. Pero las horas que aún faltaban para eso se le antojaban de lo más aburridas. Las emociones de los últimos días lo habían malacostumbrado. ¿Qué podía hacer para entretenerse?, pensó, mientras se tomaba un café frente al televisor. Entonces, por las noticias de la mañana, se enteró de que Diego Arce estaba recuperándose del segundo reto en el Hospital de Barcelona, y decidió hacerle una visita antes de que el pobre se quedara ciego. ¿Qué llevaba uno en esas ocasiones?, se preguntó. ¿Unas flores, unas revistas? Resolvió que unos pastelitos, y una bonita diadema de cuernos sería lo más adecuado. Así que se puso su disfraz de tontito, fue al hospital y, como suele decirse, tiró la piedra y escondió la mano, aunque más que una piedra fue una bomba de racimo. Por desgracia, no podía ver los devastadores efectos que tendría sobre la pareja, incluso sobre la investigación, al ser el inspector Rocamora partícipe de la

infidelidad, pero no se podía tener todo.

Finalmente, a las diez de la noche, Robert se presentó en su casa, ojeroso y demacrado, con la tercera carta. Nada del otro mundo, la verdad. Estaba claro que Robert la había escrito con el piloto automático, más para salir del paso que para superarse a sí mismo. Una lástima. Pero, bueno, era comprensible. ¡El pobre muchacho tenía tantas cosas en la cabeza! El dinero que a partir de ahora su hermanito necesitaría para recuperarse tras haber sido atropellado aquella mañana por un desaprensivo que se había dado a la fuga, se había multiplicado de pronto. ¡Menudo marrón para la familia! Como si el pobre tullido no tuviera ya suficientes problemas con su repertorio de enfermedades absurdas. Menos mal que allí estaba él para lo que hiciera falta, ¿eh?, le dijo a Robert, palmeándole el hombro, mientras el otro lo contemplaba en silencio, totalmente abandonado al curso de los acontecimientos. Pero, bueno, pese a la mediocre calidad de la carta, al menos quedaba patente que la había escrito la misma mano, la mano del Monstruo, y con eso debería bastar. Consiguió enviarla desde la librería-café más cercana a la casa de Helena Rosell unos minutos antes de las doce, respetando los plazos de la novela. No estaba siendo un final del todo redondo, pero nadie podría decir que no estaban salvando la función.

Abandonó la librería-café y caminó tranquilamente hacia su moto. El gran acto final se acercaba. Y sería de traca. Porque tanto si el gilipollas del escritor se sacaba los ojos como si no, él pensaba sacárselos a su hija para enviárselos por correo. Después la mataría. Nunca había matado a una niña, y la verdad es que a aquella le tenía ganas. Había pensado enterrarla en el bosque de la sierra de Collserola, en el mismo sitio donde enterró al mendigo. Le haría una bonita tumba en algún sitio discreto, y allí iría a masturbarse de vez en cuando, evocando las sensaciones que lo asaltarían mientras extraía la vida de su cuerpecito. Además, el contacto con la naturaleza siempre lo relajaba. Estaba seguro de que el cadáver jamás sería encontrado.

Durante los dos días siguientes, en los que llovió a cantaros, no tuvo noticias de Robert ni de Judit. ¿Estaban barruntando algún modo de delatarlo? No lo creía. Eran un par de cobardes. Judit estaría fugándose de la triste realidad a su modo. Él mismo le había suministrado una buena cantidad de

coca el último día, cuando la envió a casa junto a su novio, todavía con las manos manchadas de sangre. Y Robert... Bueno, Robert estaría sentado en un sillón, autocompadeciéndose de sí mismo, que era a lo que había consagrado su vida, mientras aquella incesante lluvia que estaba asolando Barcelona repiqueteaba contra las ventanas de su madriguera. Todo muy melodramático. Seguramente, cuando rubricara el plan matando a Ariadna y enviándole los ojos a su padre, ambos optarían por suicidarse bajo el peso de sus tontos remordimientos... Ah, eso sería la hostia. Aunque no quería crearse demasiadas expectativas, que luego venían las decepciones. Mejor disfrutar del presente.

Y entonces, al final de la mañana del doceavo día del secuestro, al abrir su buzón, Biel encontró un sobre negro.

37

Vamos a contar mentiras

Abrió el sobre con dedos temblorosos y extrajo una cuartilla de papel surcado por una letra diferente a la de las cartas que ellos habían enviado pero igual de barroca. ¿Era aquella la verdadera caligrafía del Monstruo? Con la boca seca y el corazón obturándole la garganta, comenzó a leer:

Mis queridos aprendices:

Reconozco que me habéis impresionado con vuestra maldad, y no puedo por menos que sentirme orgulloso de vosotros. Pero habéis llegado demasiado lejos. Y debéis pagar por ello. No puedo permitir que me arrebatéis la venganza que me pertenece. Esa niña es mía. Esos ojos son míos... Es así de simple. ¡Y he vuelto para cobrar mi deuda de sangre y ámbar!

Ah, qué sucios secretos me susurran los monstruos que habitan en vuestros corazones...

Robert se tambaleó y se sentó en el sofá sin siquiera quitarse la empapada cazadora. Sintió que se ahogaba en el saloncito de su pequeño apartamento, donde no parecía haber rastro de Judit, aunque sin duda debía haber sido ella quien había dejado el sobre en la mesa tras encontrarlo en el buzón. Le pareció raro que no estuviera en casa. Desde la muerte del médico, ya no había vuelto al trabajo. Se pasaba los días encerrada en su habitación, viendo

la tele o jugando a la Play, a la deriva entre el encrespado mar de la cocaína y las oscuras simas de los barbitúricos, brincando de un infierno a otro, sin encontrar descanso en ninguno, pero Robert lo prefería así. De ese modo, Judit se ahorra oír los comentarios sobre el Juego de los Retos que circulaban por la oficina, por la calle, por el supermercado, por todas partes. Dudaba de que su novia pudiera mantener la misma serenidad que él mientras todo el mundo se preguntaba quién era el Monstruo y si el pobre padre sería capaz de sacarse los ojos para salvar a su hija. Las apuestas estaban en contra del escritor, quien por cierto sería entrevistado esa misma tarde por Ramón del Valle en un programa especial.

Robert leyó los siguientes párrafos de la carta, donde el Monstruo exponía sus secretos como en un sórdido mercadillo, la mano que sostenía el papel cada vez más temblorosa a medida que avanzaba por las emperifolladas líneas. Terminó de leerla y la dejó caer en su regazo, como si de pronto no tuviera fuerzas para sostenerla. Se sentía aturdido, asustado, inconsistente. ¿Cómo era posible que el Monstruo supiera todo eso de él, si algunas cosas solo eran pensamientos que no había compartido con nadie? ¿Y sería igual de cierto todo lo que decía sobre Judit y Biel?

Una arcada procedente del baño lo sobresaltó. ¿Judit? Corrió hacia allí y se encontró a su novia arrodillada ante la taza del váter, expulsando los últimos restos de lo que debía de ser su desayuno. Tirada en el suelo vio una hoja de papel surcada por la misma pomposa caligrafía que la suya. Una ojeada al primer párrafo le confirmó que era una carta idéntica. El Monstruo había dejado dos sobres negros en el buzón, uno para cada uno, para que no se pelearan. Ayudó a levantarse a su novia, le limpió la boca con una toalla y la arrastró al sofá, donde ambos se derrumbaron con la mirada ida.

—¿Cómo sabe esas cosas? —murmuró al fin Judit—. ¿Cómo puede saberlas?

—¿Quién? —preguntó él, distraído.

Judit agitó su copia de la carta. Estaba increíblemente pálida. Sus ojos, antaño vivaces y brillantes, estaban ahora apagados, profundamente hundidos en sus cuencas.

—El Monstruo —musitó, su boca temblando como la de una niña.

—¡No digas tonterías, por favor! —exclamó él, con más agresividad de la que pretendía.

Ella recibió su exabrupto con una pequeña mueca de dolor y volvió a sumirse en un atormentado silencio. Al cabo de unos segundos, metió una mano en el bolsillo de su mugriento chándal, que no se cambiaba desde hacía dos o tres días, en los que tampoco se había duchado, y sacó una arrugada papelina que colocó sobre la mesa. Robert la cogió del brazo y la obligó a volverse hacia él.

—Judit, no —le dijo intentando sonar firme y dulce al mismo tiempo.

—Déjame... ¿qué más da?

—Judit, el Monstruo no existe, ¿vale? Estas cartas las ha escrito Biel. Y tú lo sabes.

Judit invirtió unos segundos en procesar la información; luego negó violentamente con la cabeza.

—¿Biel? ¿Por qué iba Biel a hacer algo así? Eso no tiene sentido. ¡Él ya ha conseguido lo que quería! Tú le has escrito la tercera carta, y sabe que no vamos a hablar con la policía... Porque le aseguraste que no diríamos nada, ¿verdad?

—Sí, se lo dije —respondió Robert con gesto sombrío—. Pero está loco, ya lo conoces.

Ella siguió negando con la cabeza, cada vez más débilmente.

—Pero... La carta también dice cosas horribles sobre él. ¿Por qué iba a acusarse a sí mismo de todo eso? —preguntó, intentando comprenderlo.

Robert se encogió de hombros. No tenía sentido, era cierto. Pero no podían buscarle un sentido a todo lo que hacía Biel. A saber qué tramaba ahora aquel tarado.

—Para vanagloriarse de sus obras, supongo —respondió, sus ojos supurando un odio denso, inflamable—. Porque es un puto psicópata megalómano. Qué sé yo.

Ella lo contempló con expresión seria.

—Entonces, ¿tú crees que todo lo que dice la carta es verdad? —musitó con un hilo de voz.

Robert soltó una risa despectiva.

— Estoy convencido de que algunas cosas sí... Aunque desde luego, nada de lo que dice sobre mí.

—¡Ni sobre mí! —gritó de repente Judit, provocando un respingo en el otro—. ¡Son todo mentiras! ¿Te enteras? ¡Mentiras asquerosas!

Empezaron a atravesarla unos sollozos desgarradores, que la obligaron a doblarse sobre sí misma.

—Claro que sí, cariño, claro que son mentiras... —se apresuró a consolarla Robert, asustado ante aquel desproporcionado estallido de pánico—. Me refería únicamente a las cosas que dice sobre Biel. Todo lo demás es falso, por supuesto. Por favor, cariño, por favor... Escucha, esto es lo que él quiere, ¿no te das cuenta? Volvemos locos, que nos atacemos el uno al otro para que no podamos ni pensar. Joder, ¿es que no lo ves? No parará hasta matar a esa niña, y cargarnos a nosotros el muerto.

—No, no... —gimió ella, todavía doblada sobre sí misma y con el rostro enterrado entre las manos—. Biel va a soltar a la niña. Me lo prometió. Solo quiere divertirse un poco más. No va a hacerle ningún daño. Me lo dijo la noche que fuimos a la casa del médico.

Levantó la vista, con una expresión tan atormentada en el rostro que Robert temió por su cordura.

—Judit... —pronunció su nombre con infinita suavidad—. ¿Qué pasó aquella noche? Por favor, dímelo. Necesito escuchar tu versión ¿Es cierto que tú...?

—¡Calla! ¡Calla! —exclamó ella, apartándose repentinamente de su lado—. ¡No quiero hablar de esa noche! ¡No quiero y no puedes obligarme!

Se ovilló en el otro extremo del sofá, como un animalillo acorralado. Desde allí le lanzó una mirada aviesa, torcida, como si de pronto Robert fuera la encarnación de su mayor enemigo.

—Ya sé lo que estás haciendo. Me estás asustando a propósito —lo acusó, enfurruñada—. Quieres ponerme en contra de Biel porque estás celoso, porque le tienes manía. ¡Siempre se la has tenido!

—¿De qué cojones estás hablando? —estalló Robert, perdiendo la paciencia—. ¡Despierta de una puta vez, joder! No estamos en el colegio, ni esto va de celos o manías infantiles. Somos adultos, hemos cometido un

crimen, Biel es un psicópata y va a matar a esa niña.

—¡No!

—¡Lo hará! Créeme, lo hará porque ese ha sido su plan desde el principio.

—¡Pero si secuestrar a la niña se te ocurrió a ti! ¡A ti, Robert! ¡Todo esto es culpa tuya!

—Quizás... pero nunca quise llegar tan lejos, y lo sabes —exclamó él con desesperación—. Yo solo quería... Joder, no sé lo que quería. Fue Biel quien nos metió todas esas ideas de venganza en la cabeza. Durante meses no hizo otra cosa que engatusarnos. Nos compró con sus regalos, con sus favores, con... con toda esta mierda. —Señaló la bolsita de coca que ella había dejado sobre la mesa—. Hasta que nos tuvo atrapados en su red, como una puta araña, dispuestos para ser su merienda. ¿Es que ya se te han olvidado sus amenazas? ¡Joder, ha atropellado a mi hermano! ¿Cómo puedes pensar que sus intenciones son buenas?

—¿Y cómo sé que todo eso es verdad? —le preguntó ella de pronto, con una desquiciada expresión de astucia—. ¿Qué pruebas tienes de que fue él quien mandó atropellar a tu hermano?

—Ninguna, no tengo ninguna —dijo él con cansancio—. Pero sabes perfectamente que...

—¡Yo no sé nada! ¡No sé nada! ¡Fuiste tú quien habló con Biel por teléfono, Robert! Yo no estaba delante. Me dijiste que te amenazó para que escribieras la tercera carta... Pero ¿cómo sé que eso es verdad, eh? ¡A lo mejor aceptaste encantado! A lo mejor planeas vengarte del profesor, y después entregarnos a Biel y a mí a la policía, y has hecho todo esto para que no sospechemos de ti.

Robert la miró, atónito. Durante algunos segundos, no acertó a pronunciar palabra. No sabía si reír o llorar.

—Pero ¿qué dices? —balbuceó al fin—. ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Y cómo? ¡Ni siquiera sé dónde esconde a la niña! Ninguno lo sabemos, ¿acaso se te ha olvidado que nunca ha querido decírnoslo...? A no ser que *tú* sí lo sepas —se le ocurrió de repente, con súbito terror—. ¿Te lo contó la otra noche? ¿Cuándo utilizasteis ese túnel misterioso para salir de la casa? ¿Es ahí donde la tiene escondida...?

Lo interrumpió el timbre del móvil de Judit taladrando el aire. Ninguno de los dos pudo evitar dar un brinco. Con el corazón acelerado, lo contemplaron vibrar sobre la mesa a pequeños intervalos, como si intentara teletransportarse sin éxito. En un súbito arrebató, Judit lo cogió y contestó con voz temblorosa. Durante unos segundos, que a Robert le parecieron eternos, se limitó a asentir, cada vez más pálida. Cuando habló, la voz emergió de su garganta convertida en un susurro casi inaudible.

—Nosotros también hemos recibido una carta idéntica... sí, los dos... sí... sí, pone todo eso... vale, de acuerdo. Allí estaremos.

Colgó y miró a Robert.

—Era Biel —le dijo—. Él también ha recibido una carta del Monstruo. Igual que las nuestras. No sabe qué pensar. Dice que vayamos a su casa sobre las cinco para hablarlo. Así, de paso, podremos ver juntos la entrevista del profesor.

—¡Estáis empapados! —exclamó Biel al verlos aparecer—. ¿Es que esta maldita lluvia no va a parar jamás? ¡Tres días lloviendo sin interrupción! Mi padre dice que no recuerda haber visto nunca algo así en Barcelona. Pero pasad, pasad. Iré a por unas toallas.

Los había recibido en el pequeño saloncito con vistas al jardín, donde la lluvia seguía desdibujando el mundo. Había preparado varias bebidas, algo de picar y las habituales rayas de coca. ¿Cuántas había? Por lo menos ocho o nueve. Solo con verlas, Judit se sintió mucho mejor. Robert la había obligado a ducharse, y, mientras tanto, había tirado su última papelina por el fregadero. Un hombre capaz de hacerle eso a su novia era capaz de cualquier cosa, pensó, mientras lo veía de reojo dirigirse hacia la carta que había sobre la mesa del comedor.

—Es igual que las nuestras —le escuchó susurrar como para sí, mientras ella esnifaba la primera raya y se disponía a hacer desaparecer mediante el mismo método una segunda.

—Sí —confirmó Biel—, ya me lo dijo Judit... ¿Qué curioso, verdad?

Robert se giró bruscamente hacia él.

—Deja ya de tratarnos como a imbéciles —le espetó—. ¡Estas cartas las has escrito tú!

A Judit la desencajada expresión de su novio se le antojó la de un hombre que ha perdido la razón o poco le falta. Nada que ver con la de Biel, que se limitó a levantar las cejas con sincera sorpresa e incluso cierto pesar. La cocaína había comenzado a hacer su efecto, y una agradable sensación de optimismo la invadía poco a poco. Cogió una de las copas y le dio un largo trago para acelerar el proceso. Estaba segura de que todo aquello tenía una explicación, y Biel se las daría. Después de todo, Robert siempre había sido un exagerado y un fantasioso.

—¡Vamos, tío! Pero ¿qué estás diciendo? —reaccionó finalmente Biel, consiguiendo vencer su estupor—. ¿Por qué iba yo a escribir algo así? ¿Para qué iba a acusarme a mí mismo de esas cosas tan horribles?

—¡Eso es exactamente lo que yo le he dicho! —se apresuró a intervenir ella.

Biel se volvió a mirarla y la premió con una afectuosa sonrisa que le provocó una quemazón en el bajo vientre.

—No tengo ni puta idea de por qué haces las cosas, Biel —le replicó Robert, como si ella no hubiera dicho nada, como si no existiera. Estaba tan alterado que su voz había adquirido un desagradable tono de falsete—. ¿Tal vez para disimular? Para poder acusarnos a nosotros de toda esa mierda, sin que sospechemos de ti.

Biel sacudió la cabeza. Se acercó a Robert y le arrebató la carta sin demasiada delicadeza.

—Pero ¿con qué fin? —insistió Biel, blandiendo la hoja—. ¿Qué iba a ganar yo confesando que introduje y enganché a Santi a la heroína, solo para incitarle al suicidio?

—¿Reconoces entonces que es verdad? —inquirió Robert, pálido por la ira.

Biel se encogió de hombros.

—Sí, claro. Tan cierto como todo lo demás, si nos ponemos así, ¿no? —Le dio un despectivo manotazo al papel—. Porque esta carta asegura que los tres teníamos motivos para conducir a Santi al suicidio. A ti te acusa de haber

practicado juegos sexuales con él cuando erais críos. Afirma que estabas enamorado de él, que no te importó que empezara a salir con Judit porque él mismo te había contado que era frígida, pero que te moriste de celos cuando yo aparecí en escena. No soportaste que te dejara de lado, que me prefiriese a mí como amigo, y lo amenazaste con contar a todo el mundo las cosas a las que jugabais de niños... Lo cual podría haber contribuido de alguna manera a su fatal desenlace —concluyó Biel, encogiéndose de hombros, como si le pareciera lógica aquella deducción.

—¡Eso son mentiras! —exclamó Robert entre dientes, mientras se acercaba a las bebidas y se servía un vaso de whisky hasta los bordes—. Putas mentiras.

Judit lo observó con atención. Su novio había empezado a parpadear descontroladamente, mostraba cierta tirantez en los labios, y la mano que sostenía el vaso le temblaba tanto que amenazaba con derramar su contenido sobre la alfombra... Un repertorio de gestos que ella conocía de sobra. Robert siempre los reproducía inconscientemente cada vez que mentía. Pero, si lo que decía la carta era entonces cierto, ¿cómo lo había descubierto Biel, o quien coño la hubiera escrito?

—¡Pues claro que son mentiras! —exclamó Biel, dedicándole una amplia sonrisa a Robert—. Igual que lo que dice de Judit.

Ahora le tocaba a ella. Judit apretó los dientes mientras Biel, con la nariz arrugada en una mueca de repulsa, leía el pasaje donde el Monstruo revelaba que ella había sufrido terribles abusos por parte de su padrastro siendo niña, debido a lo cual había desarrollado tendencias sadomasoquistas. Eso había condicionado su relación futura con Santi, que según el Monstruo solo podía calificarse de sexualmente malsana. Aseguraba que le había propuesto al pobre chico tales perversiones que, después de acceder a ellas en varias ocasiones, debido a su insistencia, Santi había sido incapaz de continuar con su vida.

—¡Mentira, eso también es mentira! —gritó ella, sintiendo cómo la cocaína hervía en sus venas.

Biel asintió lentamente, dedicándole aquella cálida sonrisa que tanto la consolaba.

—Claro que sí, pequeña. Todo son mentiras. Lo de los tres. No tengo la menor duda —dijo con tranquilidad—. Pero ¿por qué iba yo a inventarme todo esto? Pensadlo un momento —les pidió, dejando la carta sobre la mesa y alisándola con pulcritud—. ¿Acaso no he defendido siempre que el único culpable de la muerte de Santi es el profesor Arce? —Se volvió hacia Robert y guardó unos segundos de silencio, como desafiándolo a darle una respuesta. Como el otro callaba, añadió—: ¿Por qué querría ahora exculparlo, después de lo que me ha costado convencersos para que recibiera el justo castigo que se merece?

—¿Convencernos? ¿*Convencernos*? —graznó Robert, lleno de incredulidad—. Querrás decir manipularnos, amenazarnos y finalmente extorsionarnos... ¡Me dijiste que habías reunido un montón de pruebas contra nosotros! ¡Me dijiste que pensabas destruirnos!

—¡Solo me estaba defendiendo! —exclamó Biel, abriendo los brazos en un gesto de inocencia—. ¡Tú empezaste primero! ¿O ya lo has olvidado? Me dijiste que Judit y tú ibais a hacer un trato con el fiscal para enviarme a la cárcel...

—¿Le dijiste eso? —preguntó Judit, horrorizada.

Biel se giró hacia ella con expresión ofendida, casi al borde de las lágrimas.

—Sí, eso fue lo que tu novio me dijo. Y me partió el corazón, como te puedes imaginar —le confesó con una mueca afligida—. ¡Después de todo lo que he hecho por vosotros! ¡Porque todo esto lo estoy haciendo por vosotros, no lo olvidéis! Para que podáis seguir con vuestras vidas. Para que podáis vivir en un mundo más justo, donde los villanos reciben su merecido.

—Por el amor de Dios, ¿te estás escuchando? —lo interrumpió Robert—. ¡Estás como una puta cabra, tío! ¿Quién te crees que eres? ¿Dios impartiendo justicia? ¿Te crees que no sé que estás detrás del atropello de mi hermano?

Biel, que todavía seguía mirando a Judit a los ojos, compuso una sonrisa amarga y se volvió despacio hacia Robert.

—¿También vas a acusarme de esa triste desgracia? —dijo con decepción.

—¡Por favor! Me niego a escribir la tercera carta, y a las pocas horas ¡un desconocido lo arrolla y se da a la fuga! ¿Y pretendes que crea que se trata de

una puta casualidad?

Biel lo contempló con una expresión indescifrable en el rostro. Robert le sostuvo la mirada, con la respiración agitada, mientras ella, en el sillón, los contemplaba a ambos conteniendo el aliento. Entonces Biel se llevó una mano al pecho y, con voz grave, declaró:

—Juro solemnemente por nuestra larga amistad que no le he hecho daño a tu hermano, Robert, y que tampoco he escrito esas cartas.

Robert resopló.

—Yo le creo —susurró Judit.

Su novio se volvió hacia ella.

—¿Y entonces quién las ha escrito? —le preguntó con aspereza.

Biel contestó en su lugar:

—¿La policía, tal vez? Quizás todo esto sea idea del inspector Rocamora. Una idea brillante, debo reconocer, para lo gilipollas que parece. —Cerró los ojos unos segundos y asintió lentamente, cada vez más convencido de su teoría—. Bastaría con que hubiera fisgado un poco en nuestro pasado para poder urdir semejante colección de mentiras. Tal vez descubrió que la madre de Judit había perdido su custodia. Y puede que también descubriera aquella vez que me pillaron con una pequeña cantidad de heroína siendo menor. Mi padre pudo zanjar el asunto sin que la cosa llegara a juicio, pero quizás quedara registrado en algún informe. Y tal vez pensó que tú... —señaló a Robert con una sonrisa de circunstancias— en fin, ya sabes, hablas de esa forma tan educada y redicha, y vistes con esos polos de colores pastel. En fin. Tal vez ese paleta haya pensado que eres un poco maricón, vete a saber. Y con esos cuatro datos de mierda ha armado todas estas mentiras. Supongo que intenta desquiciarnos, a ver si cometemos algún error.

—Es una posibilidad, ¿no? —preguntó Judit, esperanzada.

Deseaba con todas sus fuerzas que Robert estuviera de acuerdo, que aceptara aquella hipótesis tan tranquilizadora, como se esforzaba en aceptarla ella. Sí, aquel inspector tan huraño era el autor de las cartas. Había tramado todo aquello para desequilibrarlos y, al menos en su caso, el muy hijo de puta había dado en el blanco. Pero Robert ni siquiera pareció escucharla. Seguía con la mirada clavada en Biel.

—¿Y qué vas a hacer con la niña? —le preguntó con dureza, arañando el aire con cada palabra.

Judit deseó otra raya. ¿Por qué era así su novio? ¿Por qué se empeñaba en convertir el mundo en un lugar tan aterrador? Pero antes de que Biel pudiera responder, el televisor se encendió solo, y una melodía atronadora y pegadiza se derramó por el salón.

—¡Qué susto! —exclamó Biel con una carcajada—. Había olvidado que programé la tele para que se encendiera cuando empezara el programa de Ramón del Valle. Mirad, vamos a calmarnos todos y a ver la entrevista de nuestro querido profesor. Y este será el final de todo. Os lo prometo. Hemos hecho esto para desquiciarlo, ¿no?, para volverlo loco... Pues este es nuestro premio —dijo, señalando la pantalla—. Ahora podremos ver los resultados en directo. Lo veremos retorcerse como una puta lagartija bajo el terrible calor de la lupa que hemos colocado sobre él —añadió, en un arrebató poético—. Y después, esta misma noche, liberaré a la niña. Sana y salva. Y la dejaré en la misma puerta de su casa, si queréis. Su castigo habrá terminado, y, por lo tanto, también nuestra misión. ¿Os quedáis así más tranquilos? Pero ahora... ¡disfrutemos de nuestro premio!

Judit sintió cómo todo su cuerpo se aflojaba. Sí, claro que sí. Todo iba a ir bien. Las cartas debían de ser una treta de la policía, que claramente sospechaba de ellos. Pero si habían hecho algo así es porque no tenían ni una sola prueba, y, cuando devolvieran a la niña y el caso fuera cayendo en el olvido, terminarían por dejarlos en paz. Y ella tendría algo alucinante para contar en su lecho de muerte a sus sorprendidos y aterrados nietos. Soltó una risita tonta ante aquella imagen. Robert, que se había sentado de mala gana en el sillón junto a ellos, le dirigió una mirada hosca. Que le dieran por el culo. A él y a sus muecas amargadas. Se metió otra raya. Luego se recostó en el sofá con los ojos cerrados, masajeándose la nariz, dispuesta, como había dicho Biel, a disfrutar de la entrevista. Era su premio. Se lo merecían después de todo lo que habían pasado.

Y aunque suponía que el profesor no debía de estar en su mejor momento, su aspecto la sobrecogió. Estaba totalmente desaliñado y se mecía ligeramente al borde de la butaca, con la mirada ida, como si no supiera dónde estaba. En

ese estado, la entrevista resultó un puro delirio, una especie de monólogo trastornado del profesor, que acabó levantándose, acercándose a una de las cámaras, pegando su congestionado rostro a la pantalla y aullando que ahora el Monstruo era libre, que había logrado llegar a nuestro mundo y que clamaba venganza. En ese punto, el canal interrumpió la emisión.

Un silencio opresivo y denso se instaló entonces en la salita. Judit reparó en que, en algún momento de la entrevista, por fin había dejado de llover. Incluso el mundo guardaba silencio. Biel lo rompió con un prolongado silbido.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Habéis visto? Se ha vuelto completamente loco. ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Nuestra misión ha sido un éxito!

Se levantó para buscar una botella en el minibar, y Judit aprovechó para observar a Robert. Sintió un escalofrío al comprobar que el pánico velaba los ojos de su novio. ¿Qué significaba aquel temor? ¿Acaso creía que lo que había dicho el profesor era cierto, que el Monstruo era alguien que había existido de verdad, cuyo malvado espíritu había invocado de niño? Un espíritu capaz de asesinar cuando le daba la gana. Judit empezó a hiperventilar. Oh, Dios, qué habían hecho... ¿Habían desatado una fuerza maligna sin proponérselo? ¿Habían abierto una especie de dimensión prohibida, a través de la cual aquel ser diabólico había irrumpido en la realidad? El corazón empezó a latirle de manera desbocada. ¿Iba a matarlos aquella criatura por haber usurpado su personalidad, como los amenazaba en la carta?

Se dio cuenta de que no estaba pensando todo aquello, sino gritándolo, cuando Biel, que regresaba al sofá con una botella en la mano, le dio una bofetada con la otra. No fue un golpe muy fuerte, pero hizo que se le saltaran las lágrimas. Y también desencadenó un calambre de excitación en su vientre. Miró a su novio, temiendo que reparase en su acaloramiento, pero Robert permanecía ajeno a todo, abismado en sus propios temores.

Algo más calmada, oyó la tranquilizadora voz de Biel, que le reprochaba que todavía creyera en cuentos de fantasmas, con lo mayorcita que era. Estaba claro que el profesor no sabía lo que decía. ¡Porque estaba loco! ¡Total y completamente loco! Y eso era gracias a ellos. Debían de estar celebrándolo, les recriminó mientras preparaba las copas, en vez de ponerse a gritar gilipolleces la una, o permanecer encogido en el sillón el otro. Pero bueno, ya

que eran un par de aguafiestas con los que no se podía contar para ningún tipo de diversión, lo que podían hacer, al menos, era organizar la liberación de la niña. Porque ya todo había terminado.

Aquello hizo que Robert reaccionara. Miró a Biel con gesto escéptico, aunque Judit percibió un destello de esperanza en sus ojos. Dio un largo trago, valorando si meterse otra raya o no. No estaba segura de que fuera una buena idea. Se sentía demasiado bloqueada, su mandíbula había cobrado vida propia, no podía controlarla, y tampoco podía respirar. La nariz le dolía horrores. Debía de tenerla destrozada. Quizás debería esperar un poco antes de meterse la siguiente, acabarse la copa, tomarse alguna de las pastillas para dormir que Biel solía proporcionarle. Miró hacia el extremo del sofá, donde los dos chicos se inclinaban ahora sobre uno de los móviles. Le pareció que estaban consultando el Google Maps, porque Biel estaba diciendo algo sobre una ruta segura... A Judit se le cerraban los ojos. Tal vez su bebida llevara algo, porque le costaba permanecer despierta. Y eso era raro, con las rayas que se había metido. Aunque no sería la primera vez que se dormía totalmente colocada, como si se le fundieran los fusibles.

La despertó el timbre de la puerta. Abrió los ojos aterrada, con el corazón obstruyéndole la garganta. Por un segundo, no supo dónde estaba ni cuánto llevaba dormida.

—¿Quién puede ser ahora? —gruñó Biel, levantándose de mala gana—. Mi padre está fuera de la ciudad. —Se acercó a la pequeña pantalla que había en la pared, una especie de segregación del sistema de vigilancia de la cocina, y echó un vistazo. Lo que vio le hizo dibujar una mueca de pasmo—. Ostias, ¡no me lo puedo creer!

Robert se levantó intrigado y se acercó a la pantalla. Judit contempló con inquietud cómo también a él se le desencajaba la expresión. No tuvo más remedio que acercarse. Trastabillando, llegó hasta ellos y echó un vistazo por encima del hombro de Robert. Al descubrir quién llamaba, dio un paso atrás y se llevó las manos a la boca, pero no pudo contener el grito que ya escapaba de su boca como un torrente salvaje. Un grito que contenía toda la rabia, el odio y la desesperación que llevaba veintiocho años fermentando en su interior. No dejó de gritar ni un solo instante mientras Biel les daba unas

apresuradas instrucciones. Ellos se encargarían de abrir la puerta mientras él se ponía su disfraz de tontito, escondía la coca y revisaba toda la casa, por si pudiera haber algo que los delatara. Fingiría que estaba cocinando, después se les uniría. Robert asintió, blanco como un fantasma, mientras ella se limitaba a seguir chillando. Y mientras acompañaba a Robert a la puerta, y el profesor entraba tambaleándose y caía de rodillas y se abrazaba a las piernas de su novio y les suplicaba entre sollozos que soltaran a su hija, ella siguió gritando. Y cuando lo oyó repetir lo que ya había explicado en la televisión, que ellos habían despertado al Monstruo, y que este venía a matarlos porque odiaba a los imitadores, ella quiso decirle que lo creía, que lo creía de verdad, porque el Monstruo incluso les había enviado esa mañana unas amenazadoras cartas donde desvelaba todos sus secretos, cosas que nadie podía saber, como si algún tipo de poder sobrenatural le permitiera escarbar en lo más oscuro de sus almas, donde hasta ellos evitaban mirar. Pero no pudo decirle nada porque estaba ocupada en gritar. Solo podía gritar y gritar, y siguió haciéndolo cuando Biel apareció en el salón, con sus gafas enormes y su delantal, y cuando amenazó con llamar a la policía si el profesor no se calmaba.

Aunque no se dio cuenta de que había estado gritando por dentro hasta que vio al Monstruo acercarse por el jardín. Fue entonces cuando abrió la boca y liberó aquel grito que resonaba en su interior desde su más tierna infancia, un grito que los sacudió a todos como un violento tornado, mientras una silueta en llamas atravesaba el mar de oscuridad que se extendía allá fuera y se detenía ante la cristalera para clavar en ellos su mirada maléfica, sus ojos de criatura rescatada de las tinieblas.

Tercera parte

Kétchup y ámbar

Empezó a gritar una y otra vez,
frenéticamente:

—¡Házselo a Julia! ¡Házselo a Julia! ¡A
mí, no! ¡A Julia! No me importa lo que le
hagas a ella. Desgárrale la cara, descoyúntale
los huesos. ¡Pero a mí, no! ¡A Julia!

GEORGE ORWELL, *1984*

Another Day in Paradise

Durante casi treinta años solo lo había visto él. Pero eso se acabó esa noche. Aquellos tres desgraciados habían jugado con fuego, y, ahora, allí lo tenían... El Monstruo ardía al otro lado del cristal. Ardía como las brujas condenadas por la Inquisición, como los pasajeros del *Hindenburg*, como las jirafas en los cuadros de Dalí. Ardía como había ardido su pequeña. Lo abrigaba un fuego salvaje y voluptuoso, que rugía ensimismado, absorto en sus propias llamas. Hasta la oscuridad parecía haber retrocedido a su alrededor, como si también pudiera quemarse. A este lado del cristal, en el pequeño salón, sus tres antiguos alumnos lo observaban llenos de desconcierto.

Biel fue el primero en reaccionar. Venció la parálisis en la que la fantasmal aparición había sumido al grupo, sacó una pistola de debajo del delantal y, ante la perplejidad de los demás, disparó contra el Monstruo.

Se oyeron tres atronadoras detonaciones y, casi al mismo instante, Diego sintió un ardiente silbido arañando el aire junto a su oreja y un estruendo de cristales rotos a su espalda. Pero el Monstruo continuó allí, imposiblemente ileso, como si fuera tan poderoso que las balas no supieran matarlo. Ni siquiera se había movido, pensó Diego, aterrado, mientras observaba los impactos de las balas en el cristal y olía el acre aroma de la pólvora. Alguien gritó. Diego se dio la vuelta a tiempo de ver a Robert hincarse de rodillas en

el suelo. Se aferraba el vientre con incredulidad, intentando impedir que la vida se le escapara entre los dedos en un riachuelo rojo brillante. A su lado, tirada en el suelo, estaba la lámpara de cristal de la mesita hecha añicos, y un poco más arriba, en la pared, había un orificio pequeño y humeante.

Biel escupió una maldición.

—Mierda. El puto cristal blindado.

Y Diego comprendió. Las tres balas habían debido de rebotar en el cristal, para surcar luego la salita a la deriva, en busca de otro blanco en el que impactar. Recordó con un escalofrío el silbido de muerte que había oído a escasos centímetros de su oreja y supo que estaba vivo de milagro. Robert, en cambio, no había tenido tanta suerte. Su vientre había sido el nuevo destino escogido por una de las balas. Seguía retorciéndose en el suelo, lanzando aullidos de escaso temple viril. Judit se había arrodillado a su lado, e intentaba taponarle torpemente la herida, mientras una mueca cada vez más desencajada crispaba su rostro. Biel lanzó otra maldición, esta vez más fuerte. Diego se volvió de nuevo hacia él, y vio cómo miraba hacia el cristal con expresión alucinada. El Monstruo ya no estaba allí. La noche había vuelto a cerrarse sobre sí misma, convirtiendo de nuevo el jardín en un insondable océano de negrura.

Durante varios segundos, ambos contemplaron con estupefacción aquel lienzo vacío, como visitantes de un museo que acabaran de presenciar la imposible desaparición de las figuras de un cuadro, sin hacer caso de los gritos de Robert y los gimoteos de Judit, que parecían llegar hasta ellos desde otro mundo. ¿Dónde estaba el Monstruo? Diego no podía dejar de repetirse aquella pregunta, mientras, al mismo tiempo, intentaba desesperadamente activar su cerebro. Necesitaba que volviera a pensar. Recordó que Biel, cuya presencia percibía por el rabillo del ojo, sujetaba una pistola. Una pistola a la que aún debían de quedarle algunas balas. ¿Qué debía hacer ahora?, se preguntó. ¿Seguir intentando convencerlos de que le devolvieran a su hija? Para eso había ido allí, ¿no? Para anunciarles que el Monstruo había regresado. Y ahora todos lo habían visto con sus propios ojos. Ya no podía quedarles ninguna duda de que decía la verdad. El Monstruo había cobrado vida e iba a matarlos a todos. Y para vencerlo, *tenían* que devolverle a su

hija.

Un aleteo en la periferia de su campo visual le hizo volverse hacia Biel. El chico lo observaba con profunda atención, mientras terminaba de quitarse el delantal y lo arrojaba sobre el sofá. Ya no llevaba las enormes gafas que lucía hacía unos instantes, y todo en él parecía diferente. A Diego se le antojó un joven y demente emperador: había erguido su encorvado cuerpo en un gesto arrogante, la sonrisa boba de sus labios había mudado en una mueca maliciosa, y su mirada se había vuelto de repente gélida y cruel, como si se deleitase en visiones que los dioses parecían haberle concedido solo a él. A Diego le costó creer que se encontrara ante la misma persona.

Tras contemplarlo durante varios segundos con inquietante fijeza, Biel avanzó hacia él con la peligrosa lentitud de un tigre, alzando la pistola al mismo tiempo que caminaba, de modo que cuando estuvo a su lado, pudo apoyarle el cañón en la frente, como si el gesto formara parte de la misma coreografía. Lo hizo con suma delicadeza, como una caricia helada.

—Dígame quién es el imbécil que se ha asomado antes a la cristalera, profesor —le dijo con voz serena—. Pero se lo advierto: no me diga que es el Monstruo, o le juro que lo dejo seco antes de que termine la frase. Mi paciencia tiene un límite.

—Pero es que... *es* el Monstruo —insistió Diego, sin poder evitar que la voz le temblara.

—¡Le he dicho que no diga eso! —gritó Biel con rabia, clavándole ahora sin miramientos el hocico de la pistola en la frente—. ¡El Monstruo soy yo! ¿Lo entiende? —Diego estaba tan aterrado que no podía articular palabra. Biel lo observó durante unos segundos con los ojos entrecerrados—. ¿Qué es lo que pretende? —inquirió, forjando una sonrisa astuta—. ¿Intenta asustarme con un truco barato? Pues siento decepcionarlo, profe. La verdad es que no sé cómo cojones lo ha hecho, pero hay que currárselo más para asustar a Biel Martorell. —Le sonrió con lástima—. Pobre imbécil... ¿Sabe qué? Pensaba devolverle a su hija, pero ahora la ha cagado. Voy a matarlo. De eso puede estar seguro. Y al gilipollas disfrazado que está ahí fuera, también, como se le ocurra aparecer otra vez. Pero si no me cuenta lo que está pasando, le juro que también mataré a su hija. Y disfrutaré con ello, créame.

—¡Hijo de puta! ¡Dispara, si tienes cojones! —gritó Diego repentinamente, con la voz impregnada de un odio incontenible, caudaloso—. ¡Vamos, dispara! —insistió, mientras empujaba la pistola con la cabeza, obligando a un sorprendido Biel a retroceder unos centímetros—. ¡Eres tan imbécil que no te das cuenta de que esta pistola no te va a servir de nada cuando él vuelva! ¡El Monstruo existe, vive, es real! ¡Pero no puedes matarlo porque ya está muerto, maldito idiota!

Eso sacó a Biel de sus casillas.

—¡Deje de decir tonterías! ¡El Monstruo no existe, estúpido! ¡Soy yo, siempre he sido yo! —Agarró la pistola con ambas manos y la apuntó en la frente de Diego—. Ya me tiene hartó. ¿Sabe? No me importa cómo lo ha hecho. Voy a matarlo y punto.

—¿A matarme y punto? —preguntó irónicamente Diego—: ¿Ese es el final de tu malvado discurso de villano? ¿Es que no aprendiste nada en mi taller de literatura? ¡Así que vas a dispararme y punto! ¡Gabriel Martorell va a cometer un asesinato a sangre fría y punto! ¿Y cómo se lo explicarás a la policía?

Biel se encogió de hombros con despreocupación.

—Defensa propia. Alegaré que usted apareció en mi casa absolutamente enloquecido. Que deliraba, que se creía el Monstruo. Me creerán. ¡Todo el mundo ha visto su desquiciada entrevista por televisión! Diré que sacó esta pistola, que mató a mis amigos e intentó matarme a mí. Pero por suerte yo pude desarmarlo y le disparé. Es una historia perfecta. Más verosímil que las que usted escribe —remató con sorna.

—¿Que mató a tus amigos? ¿Que *mató a tus amigos*?

Antes de que ninguno de los dos pudiera volverse hacia la trémula vocecilla que había formulado aquella pregunta, su dueña ya estaba encima de Biel, como una gata furiosa.

—¡Has disparado a Robert! ¡Eres un puto loco! ¿Este es tu plan? ¿Matarnos también a nosotros? —jadeaba al borde del histerismo, intentando hacerse con el arma.

Biel la apartó de un furioso empujón. La chica cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra la mesa de centro. Quedó tendida en el suelo, Diego no supo si muerta o solo inconsciente.

—¿Por dónde iba? —dijo Biel volviéndose hacia él, mientras se pasaba la mano por el cabello despeinado—. A sí, creo que ahora tocaba matarlo... — Sonrió con desprecio, mientras levantaba el brazo armado y le apuntaba a la cabeza—. Y punto.

—¡No! ¡Espera! —gritó Diego.

Y, de un brusco tirón, se abrió la camisa de par en par. Sobre el enclenque y depilado pecho, pegado con esparadrapo, podía apreciarse un micrófono.

—Qué cojones... —exclamó Biel, desconcertado.

En ese momento, la puerta de la salita se abrió bruscamente, como si hubiera recibido una fuerte patada desde el otro lado, y el inspector Rocamora irrumpió en la habitación blandiendo su arma, seguido de cerca por el risueño agente Riera.

—¡Alto! —gritó Rocamora, que enseguida lo encañonó.

Pero Biel reaccionó con la suficiente rapidez. Agarró a Diego, le pasó un brazo por el cuello y se parapetó tras él, usándolo como escudo, mientras le apoyaba el cañón de la pistola en la sien.

—Señores, si no bajan esas pistolas mataré a su amigo ahora mismo —les ordenó con voz tranquila.

—¡Todo ha terminado, Biel! —afirmó Rocamora, sin dejar de apuntarle—. Tenemos grabada tu confesión y estás rodeado, así que deja de hacerte el gallito y ¡baja la puta arma!

Biel lanzó una carcajada ácida.

—¿Y por qué cojones tendría que hacer eso? Como acaba de decir, inspector, tienen mi confesión. Al parecer, voy a ser juzgado por secuestro y asesinato... ¿qué tengo que perder si mato también a mi antiguo profe del insti?

Y antes de que nadie pudiera hacer nada, apoyó la pistola en la oreja izquierda de Diego apuntando hacia abajo y apretó el gatillo. El disparo a quemarropa se llevó por delante el pabellón externo, le quemó parte del cuero cabelludo, le desgarró el tímpano con su estallido, y le escarbó en el hombro una madriguera caliente donde se alojó la bala. Diego lanzó un terrible aullido, que ni siquiera pudo oír, pues para él el mundo había enmudecido de repente. Sintió cómo el chico lo sujetaba para que no se desplomara. Al instante, Rocamora y Riera levantaron las pistolas. Habían comprendido que

Biel no bromeaba.

—Mucho mejor —oyó decir a Biel a través de una maraña de zumbidos—. Ya empezamos a entendernos. Ahora, déjenlas en el suelo y aléjenlas de una patada.

—Cabrón, hijo de puta... no lo conseguirás —masculló Rocamora con rabia, mientras obedecía la orden.

—Eso depende de lo que quiera conseguir, inspector —le replicó el chico.

Diego escuchaba sus voces distorsionadas y remotas, como si estuvieran sumergidos en una piscina. Pero apenas podía concentrarse en ellas porque sentía un terrible dolor en toda la cabeza. Supuso que debía de provenir de su maltrecho tímpano, y que la humedad que sentía en el cuello era la sangre que seguramente le manaba a chorros de la oreja. En ese momento, Biel empezó a tirar de él, obligándolo a caminar hacia atrás. Sus tirones avivaron el ardiente dolor del brazo, que colgaba inerte a su costado, como un postizo de trapo. Mientras ellos retrocedían, los policías avanzaban, como en un extraño juego infantil, sin quitarles los ojos de encima.

—Muy listo, profesor —dijo Biel, acercando sus labios a la oreja buena—. ¿Así que todo esto... las cartas, el fantasma en llamas, su locura, *todo* ha sido un teatro para arrancarnos una confesión? Vaya, vaya, estoy impresionado. Por un momento creí que los alumnos habíamos superado al maestro, pero nos acaba de dar una última lección, ¿eh? —Seguían cruzando la habitación caminando lentamente hacia atrás, mientras los policías avanzan al mismo ritmo—. Creíamos que lo sabíamos todo de usted y, sin embargo, usted sabía mucho más de nosotros. Brillante, profesor, brillante. Y tengo que reconocer que el amante de su mujer tiene razón. Me tienen cogido por los huevos. Parece que todo ha terminado para mí. —Su espalda topó con la pared. Le pareció que Biel comenzaba a tantear disimuladamente el muro con el codo libre, ejerciendo presión en distintas zonas, mientras lo obligaba a retorcerse bajo su llave—. Pero ¿sabe una cosa? La cárcel no me da miedo. No en el sentido de privación de libertad. Jamás he sido libre, nadie lo es, así que eso no me importa. Pero lo que sí me aterra, más que nada en el mundo, es el aburrimiento —confesó, mientras continuaba palpando la pared con el codo—. Aunque, por suerte, creo que sé cómo lo combatiré durante los próximos

años. —Su codo pareció encontrar al fin lo que buscaba. Entre la algarabía de pitidos y zumbidos que inundaban su cabeza, Diego creyó distinguir un clic y luego el sonido de unos rieles—. En el largo tiempo que pasaré entre rejas pienso entretenerme con un solo recuerdo. Lo paladearé lentamente. Me masturbaré evocándolo una y otra vez. ¿Y sabe a qué recuerdo me refiero? A su rostro, profesor Arce. —Diego notó cómo el chico se acercaba a su oreja y susurraba con la voz enronquecida por la furia—: A la cara que pondrá, y que yo grabaré a fuego en mi memoria, cuando en el juicio me escuche narrar, con todo lujo de detalles, los últimos minutos de vida de su hija. Porque lo que va a pasar ahora, mi querido profesor, es que iré a buscarla, la violaré, la torturaré, le sacaré los ojos... Y después la mataré. Y ni usted, ni nadie, podrá impedírmelo.

Tras soltar su aterradora profecía, Biel lo lanzó contra los policías de un fuerte empujón. Sin poder evitarlo, Diego trastabilló hacia ellos dando tumbos. Rocamora lo esquivó con agilidad, lanzándose casi de cabeza hacia la pistola más cercana. Pero el agente Riera no fue tan rápido. Diego chocó con él y ambos cayeron sobre la alfombra en un ovillo de miembros. Mientras él aullaba de dolor, el agente se levantó y echó a correr en dirección a Biel. Pero cuando Diego logró incorporarse, apoyándose a duras penas en el brazo sano, ya no vio al chico, sino una abertura en la pared, la cual estaba volviendo a cerrarse. Rocamora y Riera corrían hacia allí para evitar que el panel que se había descorrido regresara a su posición inicial, y tal vez lo habrían conseguido, si del interior del agujero no hubiera surgido un disparo. El risueño agente se desplomó en el suelo, aferrándose el muslo derecho. Rocamora devolvió el fuego, pero la bala se hundió en la recompuesta pared. El inspector la alcanzó un segundo tarde, y cuando lo hizo comenzó a asestarle una serie de golpes frenéticos, en busca del mecanismo de abertura.

Diego se levantó como pudo y se acercó tambaleándose, con el brazo herido pegado al cuerpo y la camisa empapada de sangre, no sabía si del hombro o del oído, y tampoco es que le importara demasiado. Cuando llegó a la pared, se apresuró a imitar al policía, golpeándola con el brazo sano, mientras soltaba alaridos de dolor. Ambos cruzaron una mirada de impotencia ante los nulos resultados, conscientes de que cada segundo que pasaba era

crucial.

—¡Joder! —ladró Diego, lanzándole al muro una patada de rabia.

El esfuerzo hizo que lo embargara un súbito mareó. Se apoyó contra la pared para no desplomarse. Y entonces escuchó un familiar clic. Rocamora dejó de dar golpes y ambos se apartaron unos pasos. Diego tuvo ganas de llorar al ver cómo la pared empezaba a descorrerse de nuevo. Sin esperar a que se abriera del todo, ambos se introdujeron por la abertura en cuanto pudieron. Por desgracia, se tropezaron con una puerta metálica, semejante a la de una cámara acorazada. En uno de los laterales, había un panel digital.

—¡Mierda, mierda, mierda! —exclamó Diego entre la desolación y la furia.

Aquel hijo de puta de Biel se dirigía en ese instante a matar a su hija, y él no sabía cómo evitarlo. Se abalanzó sobre el panel y comenzó a introducir códigos al tuntún, mientras Rocamora lo miraba con impotencia, sin saber cómo ayudarlo. En ese momento, Héctor asomó la cabeza por la abertura de la pared.

—¿Qué ha pasado? Joder... ¿esto es una puta carnicería!

Todavía llevaba puesto el disfraz del Monstruo, aunque ahora, completamente empapado de agua y con la mascarilla colgándole lánguidamente de una oreja, su aspecto resultaba más lastimero que aterrador.

—¡Biel acaba de meterse por aquí! —lo informó Diego, histérico—. ¡Va a matar a Ariadna!

Se preguntó si su hermano lo habría entendido, ya que seguía escuchando su propia voz distorsionada y lejana, apenas reconocible entre la estática de los zumbidos. Héctor dio muestras de que sí al apartarlo a un lado e inclinarse sobre el panel, para estudiarlo con ojo experto.

—Tranquilo. Pásame el móvil, Gerard... —le dijo al inspector, que enseguida se lo entregó—. Intentaré hackearlo.

Héctor comenzó a teclear en el teléfono ante la tensa mirada de los otros dos, mientras un charco de agua se iba formando a sus pies. Sin dejar de vigilar la puerta cerrada, Rocamora gritó hacia la habitación:

—¿Estás bien, Riera?

—¡Herida limpia, jefe! —respondió desde la distancia el joven agente—.

La bala ha salido sin tocar la femoral ni el hueso. Ya he detenido la hemorragia.

—Tú también deberías vendarte la herida —le recomendó Rocamora a Diego.

Pero el escritor no pareció escucharlo. Tenía la mirada clavada en Héctor.

—Venga, venga... —lo apremió con voz desesperada, acechada por el llanto—, date prisa... joder...

—Voy lo más rápido que puedo —protestó su hermano, intentando no desconcentrarse.

—¿Por qué cojones tardasteis tanto en entrar? —arremetió Diego contra Rocamora—. ¡Grité bien alto y varias veces que Biel me estaba apuntando con una pistola e iba a matarme!

—Casi se quema vivo —respondió el policía, señalando a Héctor con la cabeza—. Algo falló en el puto truco de las llamas...

Diego se fijó más detenidamente en su hermano. Tenía la ropa ennegrecida, el cabello chamuscado, varias quemaduras en el cuello, y en las manos se le empezaban a formar varias ampollas grandes y feas. A causa de ellas, Héctor tecleaba como podía, haciendo extrañas contorsiones con los dedos y dibujando muecas de dolor a cada momento. Reparó horrorizado en una llaga especialmente grande que le cruzaba el cuero cabelludo.

—¿No seguiste las instrucciones del mago? —le preguntó.

—Supongo que debí de hacer algo mal al aplicarme el líquido protector —masculló Héctor, sin dejar de teclear—. Ya me pasó en el ensayo, pero entonces solo me chamusqué las manos. Si no llega a estar ahí esa piscina... ¡Mierda, es imposible! —exclamó de repente, levantando la vista hacia él con una mueca de angustia—. El sistema que controla esta cerradura no es el mismo de la casa. Pasa por otro servidor. Quizás podría entrar en él, pero tardaría horas...

—¡No tenemos tanto tiempo! —exclamó Diego, desesperado—. ¡Ese cabrón está al otro lado de esta pared y va a matar a Ari!—. Se volvió hacia la puerta y empezó a propinarle frenéticas patatas—. ¡Hijo de puta! ¡Si le tocas un solo pelo juro que te mataré! ¡Te mataré!

—¡Diego, eso no sirve de nada! —lo detuvo Rocamora—. Hay que

encontrar otra manera de entrar ahí.

—¡Jefe! —llamó Riera desde la habitación—. ¡Aquí, rápido!

Todos salieron en tromba. Riera, que se había ceñido el cinturón al muslo a modo de torniquete, se arrastraba como podía hacia Robert, dibujando en el suelo una estela de sangre.

—¡Se ha despertado! —les anunció, al tiempo que comenzaba a ejercer presión sobre el abdomen del chico, bajo el que se extendía un gran charco de sangre.

Rocamora corrió hacia ellos, se arrodilló junto a Robert y le pasó una mano por debajo de la nuca para ayudarlo a incorporarse un poco. Cada vez más mareado por la pérdida de sangre, Diego también se acercó al grupo. Entretanto, Robert se esforzaba por enfocar la vista. Sufrió un acceso de tos y escupió un borbotón de sangre que le embadurnó la barbilla y parte del cuello. Pálido y débil, miró desconcertado a su alrededor, como si no comprendiera con exactitud qué estaba ocurriendo.

—¡Robert! —gritó Diego—. ¿Cuál es el código de la puerta? ¿Cuál es el código para entrar en esa habitación?

—¿Código? —farfulló Robert, bizqueando.

—¡El código de esa puerta! —insistió Diego, señalando hacia la ranura de la pared—. ¡Biel está tras ella! Va a matar a mi hija, Robert... —gimió, sin darse cuenta de que había empezado a sacudirlo bruscamente—, te lo suplico, por favor... ¡ayúdame!

—Esa puerta... da a un túnel... —musitó Robert—, pero no sé el código... se lo juro... solo lo sabe Biel.

—¿Un túnel? ¿Así es como salíais de la casa? —se sorprendió Rocamora—. ¿Así burlasteis la vigilancia el viernes por la noche para asesinar a Julián Bassol?

Robert intentó hablar, pero sufrió otro ataque de tos, que le hizo vomitar otro buche de sangre. Palideció aún más.

—¿Adónde conduce ese túnel, Robert? —le preguntó Diego—. ¿Adónde?

Robert boqueó durante unos segundos sin poder emitir ningún sonido. Le acometió otro violento ataque de tos. Cuando terminó, pareció exangüe unos segundos, con los ojos cerrados, pero de pronto los abrió, apenas dos ranuras

hundidas en las cuencas, y buscó el rostro de Diego.

—Profesor, yo... lo siento... yo no quería que todo esto llegara tan lejos, se lo juro, yo... —jadeó. Su pecho se agitaba en busca de aire—. La expresión boca de lobo... en la segunda carta... fue a propósito... quería darle una pista que lo condujera hacia nosotros. —Esbozó una temblorosa sonrisa, los dientes teñidos de sangre—. Le dije que un lugar común podía resultar irónico... ¿Lo recuerda?

Diego asintió, impaciente.

—Por favor, Robert... ¿Adónde conduce ese túnel? ¡Necesitamos saber dónde ha ido Biel!

Pero Robert había cerrado los ojos. Diego lo sacudió sin miramientos, furioso. Rocamora le tomó el pulso.

—Ha muerto —anunció sombríamente.

—¿Q-qué? —Diego lo miró sin entender—. No, no... ¡no puede morirse ahora! —Cabeceó con incredulidad—. No puede ser... esto no puede estar pasando... ¿y Judit? —preguntó de pronto, esperanzado—. Quizás ella pueda decirnos donde...

—Olvídalo. Sigue inconsciente —le interrumpió Héctor, que se encontraba arrodillado junto a ella con expresión pesadosa—. Tiene el pulso muy débil.

Diego ya ni siquiera pudo permanecer sentado en el suelo. El pánico lo golpeó con la fuerza de un ariete, venciéndolo sobre la alfombra, donde quedó como un muñeco desmadejado y sin voluntad. El mareo, cada vez más intenso, empezaba a emborronarle la vista.

—Tienes que taponarte esa maldita herida o acabarás desangrándote —dijo Rocamora.

Tras echar un rápido vistazo a la habitación, el inspector se dirigió a la mesa del comedor, arrancó de un manotazo el mantel de lino que la cubría y comenzó a desgarrarlo con furiosos tirones. Tras obtener un jirón de tela lo suficientemente ancho, regresó junto a Diego y comenzó a vendarlo. El escritor se dejó hacer, mientras murmuraba como para sí:

—Un túnel... un túnel —repetía—. ¡Eso significa que Biel puede aparecer en cualquier lugar! Pero ¿dónde? ¿Dónde? —De repente, alzó la cabeza hacia Rocamora—. ¿Y él móvil? ¿No puedes pedir que lo rastreen, Gerard?

—Aunque lo llevara encima y conectado, tardaríamos demasiado tiempo... —dijo el inspector, concentrado en ajustarle el improvisado vendaje alrededor del pecho con un nudo. Observó su obra con una mueca de circunstancias y luego ordenó a Héctor—: Acércame el pañuelo que la chica lleva en el cuello.

Mientras Héctor se lo desataba, Diego trató de incorporarse.

—Pero tiene que haber algo que podamos... —Un terrible dolor le impidió terminar la frase, haciendo que casi perdiera el conocimiento.

—Espera, joder —le ordenó Rocamora, tomando el pañuelo que Héctor le tendía. Con un movimiento experto, se lo pasó alrededor del cuello, colocándole el brazo en cabestrillo—. Ya está. Así te dolerá menos.

El inspector lo ayudó a levantarse con cuidado, tomándolo del brazo sano. Diego había comenzado a sollozar quedamente, gimiendo con desesperación.

—No nos vengamos abajo, Diego —porfió Rocamora—. ¡Vamos a pensar qué hacemos!

—Pero ¿qué podemos hacer? —le contestó Diego, desquiciado—. ¡Ese túnel puede conducir a cualquier parte!

—Voy a pedir refuerzos, y un mapa de la zona a la central...

—¡El casino de la Arrabassada! —exclamó de repente Riera.

Todos lo miraron.

—¿Qué? —balbuceó Diego.

—¡El casino, jefe! —insistió el agente, mirando a Rocamora con expresión anhelante, como un niño que quiere demostrar su valía ante su profesor—. ¿Recuerda la noche que vinimos a interrogar a Biel? Cuando regresábamos... ¡usted creyó ver a alguien en las ruinas!

—Sí, es cierto —asintió Gerard, algo confuso.

—¿Y si era Biel? —le preguntó Riera—. ¡Piénselo! ¡Esta mansión la construyeron unos contrabandistas! —prosiguió, con un tono tan ilusionado que casi resultaba fuera de lugar—. ¿Recuerda las historias que nos contó Biel sobre fantasmas que atravesaban las paredes? —Señaló con un dedo manchado de sangre hacia la puerta oculta en el muro—. ¡Ahí tiene la entrada y salida de los fantasmas! —reveló con una sonrisa triunfal—. Y recuerde que Frederic Martorell fue uno de los principales socios del casino. Si usaba un

túnel para entrar y salir de la casa, lo lógico sería que este lo condujera a su principal negocio, ¿no? ¡Puede que Biel tenga escondida a la niña en las ruinas del casino!

—Pero ¿dónde? Muchos excursionistas pasean por esa zona durante el día. ¿Cómo iba a esconderla allí, para que cualquiera pudiera encontrarla? —preguntó Diego.

Un silencio desesperado anegó la estancia.

—¿Y la Habitación de los Suicidas? —preguntó de repente Héctor—. ¡Tú hablas de ella al comienzo de tu novela, Diego! Decías que se encontraba en los sótanos...

—Pero eso es solo una leyenda. ¡Jamás se han encontrado pruebas de su existencia! —exclamó Diego—. Créeme, invertí mucho tiempo documentándome sobre ello.

—Pero los sótanos existieron, ¿no? —insistió Héctor—. Tal vez la tenga escondida allí.

—Los sótanos están derruidos, no existe ningún acceso a ellos —replicó Diego, cada vez más irritado.

Necesitaba que se olvidaran de las ruinas del casino y pensarán en un escondite más probable. A cada segundo que pasaba, Biel estaba más cerca de su hija.

—¿Y si se pudiera acceder a los sótanos por alguna parte? —apuntó tímidamente Riera—. Una entrada secreta. Un acceso que solo conoce Biel.

—La sombra desapareció como por arte de magia —oyó murmurar a Rocamora en tono reflexivo—. Apareció junto a la entrada del hotel y después se internó en el bosque, donde se evaporó... Fue como si se la hubiera tragado la tierra —concluyó el policía, dedicando a Diego una mirada significativa.

—¿Qué quieres decir? —preguntó este—. ¿Que hay una entrada secreta a los sótanos en algún lugar de las ruinas? ¡Nunca leí nada parecido cuando me documentaba!

—¡Tú nunca te has documentado muy bien que digamos! —exclamó Héctor.

Diego lo miró, dividido entre las ganas de creérselo y salir corriendo hacia allí, y el miedo a perder el tiempo explorando como idiotas las ruinas,

mientras Biel emergía del túnel en otro lugar lejano, donde su hija esperaría inútilmente una salvación que jamás llegaría.

—¡Hay que comprobarlo! —decidió Rocamora, sin esperar su aprobación—. ¡Ese hijo de puta solo nos lleva cinco minutos de ventaja! Yo voy en coche, ¡si me doy prisa quizás pueda interceptarlo cuando salga del túnel!

—¡Voy contigo! —dijo Diego.

—Y yo —se apuntó Héctor, aunque no del todo convencido.

—¿Qué? Ni de coña —les espetó el policía—. A ti te tienen que tratar esas quemaduras urgentemente, Héctor. ¡Y tú ni siquiera te puedes mantener en pie, Diego! Riera llamará a una ambulancia y pedirá refuerzos. Quedaros aquí a esperarlos.

Diego dio un paso al frente y miró a Rocamora a los ojos.

—No pienso perder el tiempo de mi hija discutiendo contigo. He dicho que voy... y punto.

Rocamora iba a replicar, pero finalmente desistió. Con un bufido de exasperación, cogió la pistola de Riera y se la puso a Diego en la única mano con que podía sostenerla. Este la observó con estupor. Era la segunda vez que sostenía un arma. La primera había sido durante la escritura de *Los peces abisales*, cuando, de buenas a primeras, cansado de describirle lo que se sentía empuñando una pistola, Rocamora desenfundó la suya, le quitó el cargador y se la colocó en las manos. E igual que aquella vez, a Diego volvió a sorprenderle su liviano peso, su frío metálico, su inofensiva apariencia. Pero aquello arrancaba vidas, permitía abusos y venganzas, fabricaba tragedias.

—Tiene un cargador de doce balas, pero Riera siempre lleva una extra en la recámara, así que ni se te ocurra rozar el gatillo, no vayas a volarte la otra oreja, ¿vale? —le dijo, mientras se metía la suya en la sobaquera. Después se giró y emprendió la marcha a grandes zancadas.

Diego lo siguió, lanzando gemiditos mientras trataba de meterse la pistola en el pantalón con el mayor cuidado posible.

—¿Y si nos estamos equivocando? —no pudo evitar preguntar lastimosamente, sin dirigirse a nadie en particular.

Rocamora, que ya había alcanzado la puerta, lo miró por encima del hombro.

—¿Tenemos algo mejor?

Diego apretó los dientes y negó con la cabeza. No, no tenían nada mejor.

—Entonces, finjamos que estamos en lo cierto, ¿de acuerdo? —Luego, dirigiéndose al agente Riera, gritó—: ¡Riera, lo de la ambulancia y los refuerzos!, ¿cómo tienes que hacerlo?

—¡Cagando leches, jefe! —respondió el otro aplicadamente.

Diez minutos después, Diego y Rocamora daban bandazos de un lado a otro en el interior del coche del policía, como dados en un cubilete. El escritor lanzaba un aullido de dolor a cada curva que tomaban, las ruedas casi levitando sobre el asfalto, y entre aullido y aullido, se preguntaba si morirían antes de llegar a su destino. Por suerte, la mano de Dios, y especialmente la casi inexistencia de tráfico, los salvó de un final tan irónico. Cuando atisbaron las ruinas del casino, el inspector se apresuró a apagar las luces y el motor, y dejó que el coche descendiera cuesta abajo hasta detenerse silenciosamente justo enfrente del muro como un animal acechante.

Los dos se apearon del vehículo, sacaron las pistolas y se aproximaron sigilosamente a las ruinas. Si querían mantener la sorpresa, las linternas quedaban descartadas, pero por suerte una luna llena resplandecía en un cielo sin nubes, dibujando con su pincel de plata los contornos de las cosas. Rocamora no podía saber si Biel habría llegado ya y se había internado en el bosque en busca de la entrada a los sótanos, o aún no había emergido del túnel, por lo que durante unos segundos dudaron de qué hacer. Finalmente, se dirigieron a las ruinas. Si Biel había pasado ya por allí, no tenían tiempo que perder, y, si no lo había hecho aún, era preferible esperarlo en el bosque, ocultos entre la vegetación, que allí arriba, donde resultaba más difícil esconderse. Franquearon el arco que había en el muro y, tratando de hacer el menor ruido posible, descendieron por el mismo sendero que Rocamora había tomado siete noches antes. El inspector avanzaba con la pistola enarbolada, apuntando a las sombras, mientras Diego bastante tenía con intentar no caerse de bruces porque, con una mano ocupada por el arma y el otro brazo en cabestrillo, cada vez que tropezaba con alguna piedra o raíz, se las veía y

deseaba para mantener el equilibrio sin poder agarrarse a nada. Por si eso fuera poco, una debilidad extrema, provocada por la pérdida de sangre, empezaba a seducir poco a poco sus músculos. Agradeció que las amenazas de Biel actuaran de combustible y lo azuzaran a seguir adelante. Sin ese aliciente, se habría echado en cualquier parte para rendirse al mareo y al agotamiento. Pese a todo, no podía dejar de pensar que, mientras él tropezaba con aquellas estúpidas raíces, quizás a su hija la estuvieran matando muy lejos de allí, en algún escondrijo mucho más razonable.

Al poco, llegaron a lo que quedaba de la torre mirador del casino. Diego la reconoció sin problemas gracias a las numerosas fotos que había visto de ella en sus tiempos de esplendor, antes de que la carcoma de los años la redujera a aquel esqueleto testimonial. Recordó que mientras se documentaba sobre el casino, había barajado la posibilidad de hacer una excursión entre las ruinas, pero la había descartado enseguida. Brincar como una cabra por senderos pedregosos no era lo suyo, así que prefirió documentarse sobre el complejo en el inofensivo hábitat de las bibliotecas. Quién iba a decirle que diez años después acabaría internándose entre las ruinas en las condiciones menos adecuadas que pudiera imaginar, con un balazo en el hombro y una oreja menos.

Mientras él recuperaba el aliento apoyado en una de sus paredes, Rocamora bordeó la estructura en busca de alguna ventana que le permitiera espiar el interior. Tras comprobar que no había nadie, volvió junto a Diego y aguzó el oído, intentando detectar algún sonido sospechoso en la atávica sinfonía que interpretaba el propio bosque y su ignota población de animalitos nocturnos, pero ningún ruido pareció despertar sus recelos.

—¿Y si nos hemos equivocado, Gerard? —susurró Diego, a quien aquella posibilidad no dejaba de atormentarlo.

—Tranquilo —le respondió Rocamora, escrutando el entorno—. Este es el sitio. Y no creo que Biel haya tenido tiempo de llegar antes que nosotros. Debe de estar a punto de aparecer.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de todo eso? —dijo Diego, paseando a su alrededor una mirada abatida.

—Mi instinto me dice que...

—¿Tu instinto? Me cago en tu instinto, Gerard —masculló Diego, esforzándose en no elevar la voz—. Te recuerdo que tuve que comer mierda de perro y pasarme siete horas metido en un instrumento de tortura porque tu puto instinto no fue capaz de evitarlo. —Rocamora apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Su silencio enervó aún más a Diego—. Tu instinto, tu instinto... —continuó atacándolo—. ¡Pero si al final he sido yo quien ha descubierto a los culpables! ¡Y quién ideó el plan para conseguir su confesión! Así que deja de darme por culo con lo de tu instinto, ¿vale?

—Escucha, Diego —dijo al fin el policía, tras reprimir un suspiro—, tienes que tranquilizarte y confiar en mí.

—¿Tengo que confiar en el tío que se tiró a mi mujer?

Rocamora se volvió hacia él con cansancio.

—¿Quieres que hablemos de eso *ahora*?

—No tendríamos que haber venido aquí —farfulló Diego por toda respuesta, apartándose unos tambaleantes pasos del policía—. ¿Y si no es este el sitio? ¿Y si estamos perdiendo el tiempo aquí?

Era consciente de que se estaba dejando dominar por los nervios, pero no podía parar de lamentarse y de caminar alrededor del policía.

De repente, Rocamora ladeó la cabeza con expresión concentrada. Parecía haber oído algo. Diego lo imitó y, bajo el pentecostés de pitidos y zumbidos en el que estaba sumida su cabeza, le pareció distinguir algo, un... ¿silbido? Sí, era un silbido surgido de una garganta humana. Ambos se tensaron, atentos al sonido, que se oía cada vez más cercano. Alguien venía hacia ellos por el camino que habían tomado minutos antes, silbando *Another Day in Paradise*, de Phil Collins.

—Es Biel —susurró Rocamora, arrastrando a Diego hacia un rejujo de árboles cercanos.

Diego tuvo que morderse la lengua para no gritar, pues en su precipitación el inspector no se había andado con demasiados miramientos al empujarlo. Ambos guardaron silencio escondidos tras los árboles, con los ojos clavados en el final del sendero. El silbido sonaba cada vez más cerca. Al poco, oyeron también unos pasos. Y una sombra pareció desgajarse de la oscuridad y recortarse contra la torre mirador. La luna lo iluminó como un foco y ambos

podieron comprobar que, efectivamente, se trataba de Biel Martorell. Sin poder creerlo, Diego lo apuntó con su pistola, pero Rocamora se la bajó antes de que pudiera dispararle.

—¡No! —le susurró—. ¡Tenemos que esperar a que nos conduzca hasta Ari!

Diego comprendió que tenía razón. Si lo mataba ahora, en el remoto caso de que pudiera lograrlo desde allí, jamás sabrían dónde estaba escondida Ari, que probablemente moriría de inanición antes de que la encontraran. Ambos aguardaron en silencio, observando cómo el chico se detenía y escrutaba la oscuridad. Diego tragó saliva, evitando incluso respirar, mientras Biel permanecía hierático, a seis o siete metros de su escondite. ¿Por qué no se movía? ¿Los habría oído?

—¿Profesor?

Al oír la pregunta, a Diego se le heló la sangre. En aquel momento, entendió por qué, en las películas, el miedo hacía que te orinaras encima. Sintió la mano de Rocamora apoyándose en su espalda, no supo si para sostenerlo o para tranquilizarlo. Entonces Biel levantó el brazo, apuntó hacia el lugar donde ellos estaban y, sin más, disparó. Instintivamente, Diego apretó la mandíbula y agachó la cabeza, esperando recibir el impacto de la bala en el cráneo o en cualquier otra parte de su anatomía, pero no sintió nada. Oyó entonces a Rocamora emitir un gruñido, antes de caer hacia atrás. Atónito, Diego lo vio derrumbarse entre los matorrales, con la mano en el pecho. Se volvió hacia Biel y empezó a disparar movido por el pánico, sin siquiera preocuparse en apuntar. Uno, dos, tres, cuatro disparos. El retroceso del arma le sacudió el brazo y el resto del cuerpo, haciéndole lanzar un terrible aullido. El dolor proveniente de su maltrecho oído se intensificó, al igual que el mareo, que le nubló momentáneamente la mirada. Como era de esperar, ninguna de aquellas cuatro balas disparadas al tuntún acertó a Biel, que echó a correr hacia uno de los senderos abiertos entre la maleza.

Diego se volvió entonces hacia Rocamora, aturdido por la rapidez de los acontecimientos.

—¡Síguelo, síguelo! —le instó el inspector con voz débil—. No te preocupes por mí. Intentaré taponarme la herida... y los refuerzos llegarán

pronto. —Diego observó con aprensión cómo la mano que el policía apretaba contra el pecho se iba empapando rápidamente de sangre—. ¡Corre, ve tras él! ¡Va hacia el lugar donde tiene a Ari!

Ari... El nombre de su hija sacó a Diego de su aturdimiento. En la oscuridad apenas podía ver nada, pero parecía que la herida de Rocamora estaba justo en el corazón o muy cerca, lo cual no auguraba nada bueno. De todos modos, él poco podía hacer para ayudarlo, así que emergió al claro abriéndose paso a trompicones entre la maleza. Localizó el sendero que había tomado Biel y se internó por él rogando porque los refuerzos llegaran pronto. Medio mareado y sacudido por bruscos calambres de dolor, ni siquiera se preocupó de enarbolarse la pistola. Avanzaba cargándola en la mano sana como si fuera cualquier cosa menos un arma de fuego. Había gastado cuatro balas, si no había contado mal. Eso significaba que le quedaban nueve. Pero qué importaba cuántas le quedaran, después de todo. No tenía ni idea de disparar, así que dudaba mucho de que la cantidad de munición supusiera alguna diferencia en un posible tiroteo. Y no sabía cuánta ventaja le llevaba Biel. Quizás tuviera tiempo de desaparecer antes de que lo alcanzara. Azuzado por ese pensamiento, Diego se obligó a apretar el paso. Pese a sentirse al borde de sus fuerzas, avanzó todo lo rápido que pudo, mientras se preguntaba con angustia si Rocamora estaría exhalando su último aliento, muriendo allí solo, entre los matorrales, como un animal.

De entre la vegetación asomaban estatuas mutiladas, retazos de escalinatas y otros restos del antiguo complejo, y, de tanto en tanto, se tropezaba con alguna habitación medio derruida, lo bastante pequeña como para poder inspeccionarla de un rápido vistazo. Pero pronto comprendió que el bosque era tan espeso, y había tantos lugares donde esconderse, que en su loca carrera podría pasar junto a Biel y ni siquiera darse cuenta de ello a menos que este le pusiera la zancadilla.

Empezaba a pensar que nunca lo encontraría cuando, de pronto, al emerger a otro claro, lo vio a unos veinte metros de él. Diego se detuvo en seco. Biel estaba quieto, como si lo estuviera esperando. Aunque solo podía ver su silueta recortada contra la entrada de una enorme nave, Diego supuso que estaría sonriendo. Probablemente le divertían los derroteros que había tomado

la situación. Durante algunos desconcertantes segundos, ninguno de los dos hizo otra cosa que limitarse a observar al otro desde la distancia, como duelistas demasiado tímidos que no se atreven a abrir fuego.

Entonces Biel levantó el brazo con extrema calma y apuntó hacia él. Instintivamente, Diego se arrojó al suelo para protegerse tras un tronco caído que había a su izquierda. Escuchó la detonación una décima de segundo después, seguida de varios estallidos más. El tronco tras el que se protegía empezó a crujir y astillarse bajo una andanada de disparos. Asustado, y sin saber muy bien qué hacía, Diego asomó la pistola por un costado del tronco, y empezó a disparar con la misma furia, apretando los dientes al recibir los continuos retrocesos del arma. Tan ensordecido estaba por sus propios disparos que tardó en percatarse de que Biel había dejado de devolver el fuego. ¿Le habría acertado? Lo dudaba. Como mucho, se habría llevado por delante a algún búho que meditaba tranquilamente en una rama. Se incorporó con cautela y echó un vistazo, pero no vio a Biel por ninguna parte, ni vivo ni muerto.

Sin pensárselo, Diego corrió hacia la entrada de la nave, que creyó reconocer como la bodega del casino. Aquellos pocos metros consumieron sus últimas energías y, cuando llegó a la puerta, todo le daba vueltas. Tuvo que apoyarse en la fachada para no caer. Pero no podía entretenerse. Se internó en la nave, donde lo recibió una oscuridad viscosa y maloliente. Tuvo que encender la linterna del móvil, para lo cual debía volver a sujetarse la pistola en el pantalón. Era consciente de que si Biel se le echaba encima desde cualquier parte no iba a tener posibilidad de defenderse, pero no le importó. Tampoco sabía si le quedaban balas, pues no había tenido la precaución de contar los disparos que había efectuado en su arrebató. Empezó a recorrer el laberinto de habitaciones gritando lo más fuerte que podía el nombre de Biel. Lo único que en realidad le importaba era encontrarlo antes de que desapareciera bajo tierra. La luz de la linterna barría la negrura, iluminando las pintadas de los muros, los colchones desvencijados, los túmulos de basura que crecían por todas partes. Pero no había rastro del chico. Luchando contra la progresiva debilidad que lo embargaba, Diego logró llegar al extremo de la nave. Y al descubrir que la bodega disponía de una salida trasera que daba al

bosque, el alma terminó de romperse. Era obvio que Biel había huido por allí. Y él ya no tenía fuerzas para seguirlo. Apenas podía mantenerse en pie. Se sentía exhausto y mareado, y hasta el combustible del odio se le había agotado. Notó que las piernas se le aflojaban y cayó de rodillas, la vista medio borrosa. Apoyó la espalda contra el muro más cercano, y allí se quedó, tratando de no desmayarse. Así acababa todo, se lamentó. Biel mataría a su hija, y él no podía impedirlo porque ni siquiera podía levantarse.

—¡Te mataré, Biel! ¿Me oyes? —gritó todo lo fuerte que pudo, como si algún viento inexistente pudiera arrastrar sus amenazas hasta los oídos de Biel —. ¡Te juro que si le tocas un pelo a mi hija te mataré! ¡No descansaré hasta que te mate! ¡Y luego te mataré otra vez, maldito cabrón!

Pero el dolor y la impotencia enseguida deformaron su voz y la convirtieron en una especie de aullido animal, salvaje y desgarrador, un aullido para nadie que reverberó contra las paredes de la bodega. Unos minutos después, hasta el aullido se extinguió en su garganta. Ni para eso tenía ya fuerzas. La mano que aferraba el móvil resbaló lánguida sobre su regazo, estampando un charco de luz sobre la pintarrajeada pared de enfrente. Un tumulto de imágenes funestas asaltó su mente. Se imaginó a Biel accediendo a los sótanos y entrando con su sonrisa de lobo hambriento en la Habitación de los Suicidas, que después de todo existía, siempre había existido, y que el tarado de su antiguo alumno mantenía en perfecto estado, para encerrar allí a las niñas de siete años que secuestraba entre la alta burguesía barcelonesa. Diego se dio cuenta de que había empezado a llorar. A través del velo de lágrimas, escrito en la pared de enfrente, alcanzó a leer:

«Nado en tu piel».

Aquella frase, cuya poesía resultaba inesperada en aquel sitio, lo hizo sonreír como un demente. De haber tenido fuerzas, la habría anotado en algún papel para usarla en una futura novela, porque expresaba con bastante acierto lo que uno sentía al amar de verdad. Lo que él había sentido al acostarse por primera vez con Laura. Lo que había sentido al abrazar por primera vez el palpitante y diminuto bulto de su hija recién nacida. No creía que el tipo que la había escrito lo acusara de plagio, si es que seguía vivo. Leyó la firma que había bajo la frase: *Firer. Firer...* Un alias extraño para aquel poeta anónimo,

no sabía si maldito o maldecido por la vida. *Firer*.

Joder.

Un alias que se pronunciaba igual que *Führer*.

39

Plan de fuga

Ariadna miró su reloj de Frozen. Todavía era pronto, se dijo. Por la noche, el Monstruo nunca le traía la cena antes de las nueve. Así que se apartó el pelo de la cara y siguió con lo que estaba haciendo. Siempre había llevado su hermoso cabello castaño limpio y bien peinado, gracias sobre todo a los cuidados de su madre, y ahora le desagradaba notarlo grasiento y enmarañado cada vez que se lo tocaba o le caía sobre la frente. Pero no era solo eso. Su aspecto, en general, daba pena. Aunque allí no había ningún espejo, podía deducirlo fácilmente. Tenía el pijama lleno de manchas por todas partes, y la fina tela había empezado a desgarrarse por la rodilla izquierda. Aun así, desde el primer día Ari había decidido no compadecerse de sí misma. Esa era la clave para evitar el llanto. No quería llorar delante del Monstruo. Tampoco durante los larguísimos periodos en los que permanecía allí sola. Y no lo había hecho en ningún momento, de lo cual se sentía muy orgullosa, sobre todo porque sabía que Gerard también lo estaría cuando se lo contara.

Sonrió levemente y empezó a tararear una de las canciones de Frozen mientras se inclinaba sobre sus zapatillas de deporte. Comprobó varias veces que el nudo y los cordones eran fáciles de sacar. Después se dirigió a la desvencijada cama que había en una esquina de la habitación, levantó el mugriento colchón y sacó de debajo una especie de globo pequeño con

tentáculos, lleno de algo rojo, unos mendrugos de pan, un rollo de celo y un clavo herrumbroso. Durante unos minutos, se dedicó a extraer la miga de los mendrugos, la humedeció con agua y fabricó una bola compacta con sus manitas. Se lo metió todo en la parte de delante de las braguitas, a la altura de la barriga. Como le daba miedo clavarse el clavo en la tripa, introdujo la punta en la bola de pan. Cuando acabó, se bajó la camiseta y comprobó que apenas se notaba nada. Sonrió. Ya estaba preparada. Esa noche cazaría al Monstruo.

Era una suerte que, a causa de lo que había adelgazado, el pijama le quedara algo grande. El Monstruo le traía de comer dos veces al día, una por la mañana temprano, generalmente cruasanes o dos o tres pastelitos, y otra por la noche, algún plato algo más elaborado que, según le había dicho varias veces, él mismo cocinaba para ella. Aun así, entre una comida y otra pasaba tanto tiempo que el hambre solía hacer acto de presencia. Su estómago emitió un ruido de confirmación. Además, por culpa de los nervios, hoy casi no había probado bocado, y el Monstruo se había llevado la bandeja con los tres bollos de chocolate casi sin tocar. Por suerte, no le había extrañado ni preguntado las causas de su falta de apetito. De todas maneras, no estaba arrepentida de no haber comido. Era mejor afrontar todo lo que tenía que hacer esta noche con el estómago vacío. Si algo saliera mal, y el Monstruo acababa atrapándola, probablemente volvería a usar el cloroformo para dejarla inconsciente, y todavía recordaba lo mal que lo había pasado el primer día, cuando despertó allí, casi ahogándose con su propio vómito. Por unos aterradores segundos creyó que se moriría. Pero había conseguido sobrevivir gracias a que había reaccionado a tiempo. Se había puesto a cuatro patas y había empezado a toser mucho, logrando que algunas hilachas de aire entraran en sus encharcados pulmones. Ese había sido su primer triunfo de adulta, como le gustaba llamar todo lo que conseguía desde que estaba allí encerrada, pero la verdad es que ni siquiera había tenido ganas de celebrarlo porque, después de burlar a la muerte, había tenido que hacer frente a algo más horrible aún: el descubrimiento de que no estaba en su habitación.

Recordó el terror que la invadió al darse cuenta de que no había despertado en su cama —donde Virginia la había acostado esa noche,

abrazada a Uni, su unicornio de peluche—, sino en un viejo camastro de hierro con un colchón asqueroso, en una habitación fea y sin ventanas, apenas iluminada por una especie de lámpara de camping que había en una esquina. El extraño cuarto era más o menos el doble de grande que su dormitorio, y las paredes estaban forradas de siniestros azulejos oscuros, muchos de los cuales se habían desprendido en algunos sitios, dejando al descubierto la pared de cemento. Al observar con más atención, reparó en que algunos azulejos estaban manchados de lo que parecían churretones de sangre muy oscura, que en algunas partes se extendían incluso por el techo, como si hubieran salido con violencia de un surtidor, y en otras se despleaban en abanico alrededor de desagradables pegotes de algún material fosilizado. ¿Estaba en una especie de cocina o de baño?, se preguntó. Aparte de la cama y un par de mantas sucias, en la habitación solo había un cubo. Tras su inspección, se había acercado temblando a la puerta, que parecía de hierro, y había intentado abrirla sin éxito. Estaba encerrada allí, constató. Llamó tímidamente, pero del otro lado de la puerta no le llegó ninguna respuesta. Se volvió sin saber qué hacer. Tenía frío, todavía sentía náuseas, el pecho le dolía de tanto toser y, sobre todo, tenía miedo. Muchísimo miedo. Esa fue la primera vez que sintió deseos de llorar. Entonces recordó las palabras de Gerard: «Si estás en peligro, no pierdas ni tu tiempo ni tus energías en llorar. Todo eso lo necesitarás para salvar tu vida». Así que apretó los dientes y se sentó en la cama, conteniendo el llanto. Estaba en peligro, así que no debía perder el tiempo en eso. Era más importante y útil deshacerse del miedo que le encabritaba el corazón y la hacía temblar, o al menos, controlarlo para que no le afectara tanto. Solo así podría despejar su mente para poder tramar un plan. Un plan para escapar de allí.

¿La habían secuestrado? Si era cierto, lo primero que debía hacer, se dijo, recordando las instrucciones del policía, era averiguar el propósito de su secuestrador. Eso lo sabría en cuanto viniera a verla. Si desde el principio dejaba claro que pretendía matarla o hacerle daño, no tendría tiempo de pensar ninguna estrategia. Tendría que actuar rápido, hacer lo que pudiera para evitarlo, luchar con uñas y dientes por su vida. Por el contrario, si lo que quería era tenerla allí encerrada, tendría tiempo para idear un plan para

escapar, basado en los recursos que pudiera reunir.

Al fin, algunas horas después, la puerta se abrió por primera vez. Arrastrada por los últimos efectos del cloroformo, se había quedado dormida a su pesar, y un golpe seco y lejano la había despertado. Segundos después, en su duermevela, oyó pasos que se acercaban, y luego el cascabeleo metálico de unas llaves al otro lado de la puerta. Se levantó corriendo de la cama y esperó a su secuestrador de pie en medio de la habitación, temblando de miedo. Cuando cesó el alboroto de las llaves, la pesada puerta se abrió lentamente. Se encontró entonces ante un hombre disfrazado de cirujano, con el gorro encasquetado hasta las cejas y una mascarilla que le tapaba medio rostro. Solo se le veían los ojos, que le parecieron negríssimos y malévolos, como los de una alimaña. Ari casi estuvo a punto de sonreír al verlo disfrazado así. Por las historias que le había contado Gerard, sabía que siempre era buena señal que el secuestrador intentara ocultar su identidad. Eso significaba que, al menos por el momento, no tenía intención de matarla. Sin embargo, al reparar en las manchas de sangre que salpicaban el delantal, comprendió que, aunque no quisiera matarla, sí podría causarle el suficiente daño como para hacerle desear la muerte.

—Hola, Ariadna —la saludó con una voz gélida pero amable que le produjo escalofríos—. Te he traído algo de comer.

Solo cuando reparó en la bandeja de comida, descubrió Ari lo hambrienta que estaba. Debía de haber dormido más tiempo del que creía, cosa que confirmó mirando su reloj. Eran las nueve de la noche. Ya casi llevaba un día allí encerrada.

El secuestrador colocó la bandeja sobre la cama y le hizo un gesto con la cabeza para que comiera. Ella obedeció, sentándose en la cama y tomando un par de trozos de lo que parecía una lasaña. Estaba buena, pero fría. Comió un poco más y luego miró al hombre, que durante todo ese tiempo había guardado silencio, limitándose a contemplarla comer. Recordó que lo primero que Gerard le había dicho que tenía que hacer era averiguar las intenciones del secuestrador. También le había dicho que, por mucho miedo que tuviera, nunca debía mostrarse asustada en su presencia, así que intentó parecer tranquila cuando le preguntó:

—¿Quién eres? ¿Y por qué me has secuestrado?

El secuestrador soltó una risita.

—Vaya, los tienes bien puestos —murmuró—. No como tu padre.

La miró largamente en silencio y luego se sentó en la cama, haciendo crujir estrepitosamente el somier bajo su peso.

—Soy el Monstruo. Así es como tendrás que llamarme.

Ari se limitó a asentir. El hombre la observaba con sus ojos malévolos, quizás esperando algún tipo de reacción por su parte. ¿Debía manifestar miedo ante su nombre? Probablemente eso era lo que esperaba, pero ella se esforzó en mantener una expresión neutra. Finalmente, tras sacudir la cabeza con aire reflexivo, el hombre accedió a contestar a su segunda pregunta. No la había secuestrado para pedir dinero a sus padres, como ella sospechaba. La había secuestrado para jugar con su padre a un juego llamado el Juego de los Retos. Para recuperarla, su padre debía superar tres pruebas, cada una más difícil que la anterior, separadas por intervalos de tres días. La primera de ellas consistía en comer mierda de perro, la segunda en aguantar siete horas en un aparato de tortura y la tercera, en sacarse los ojos. Si su padre las superaba todas, él la liberaría. Si no, tendría que matarla. El hombre le había dado todas aquellas explicaciones mirándola fijamente, esperando sin duda que ella comenzara a llorar, a llamar a su madre a gritos, o tal vez a suplicar, pero Ari no lo había hecho. Había escuchado las palabras en silencio, devolviendo la mirada al Monstruo con toda la serenidad de la que había sido capaz. Solo cuando este se hubo marchado, se permitió vomitar en el cubo la lasaña que había comido, entre escalofríos y temblores.

Tras su visita, Ariadna se pasó toda la noche cavilando sobre las palabras del Monstruo, cada vez más tranquila a medida que las repasaba. Seguro que Gerard diría que el secuestrador se había pasado de listo, o que se había cavado su propia tumba, que era su expresión favorita, pues le había dado demasiada información. De manera que ahora ella sabía un montón de cosas. Cosas aterradoras, horribles y macabras, eso era cierto. Estaba claro que había caído en manos de un loco. Pero no cabía duda de que era información, datos valiosos, el más importante era la duración de su encierro. Calculó que estaría en aquella fea habitación exactamente trece días.

Había llegado a aquella conclusión en un alarde de optimismo, dando por sentado que su padre superaría las dos primeras pruebas. Tenía sus dudas sobre la segunda, pero decidió jugársela y otorgarle ese voto de confianza. Pero ni con todo el cariño del mundo podía creer que su padre fuera capaz de sacarse los ojos. Ari sabía que su padre no era especialmente valiente. Al menos, no tan valiente como su madre, y desde luego, no tan valiente como su tío Gerard. No, su padre le tenía miedo a muchas cosas. Era un hombre frágil y delicado que siempre estaba en las nubes. Pero ella lo adoraba y le gustaba que fuera así. Le gustaba que no pudiera abrir los botes de mermelada, que no supiera arreglar una cañería rota, que se le saltaran las lágrimas cuando se golpeaba con algo, o que gritara cada vez que tenía una pesadilla. Pero sobre todo, le gustaba que se esforzara en parecer un héroe delante de ella. Ari era su princesita, la única persona a la que él estaba capacitado para proteger. Ella lo sabía y por eso muchas veces se fingía más frágil y desvalida de lo que era, para que él pudiera protegerla, sabiendo que, en cuanto fuera mayor, sería ella quien lo protegería a él. Por eso dudaba de que se sacara los ojos. Gerard sí que lo haría, sin dudarlo. Uno y luego otro, como si nada. Porque el policía era fuerte, sabía hacerlo todo, se pegaba con los malos cada día, era un auténtico héroe. Por eso se casaría con él algún día, cuando fuera lo suficientemente mayor.

De todas maneras, ella no quería que su padre se sacara los ojos. Si su padre se quedaba ciego por salvarla a ella, nunca se lo perdonaría. Y el único modo que tenía de impedirlo era escapándose de allí antes del día en el que su padre tuviera que enfrentarse a la tercera prueba. Lo ideal sería conseguirlo antes de que tuviera que hacer la segunda, pues deseaba con todas sus fuerzas ahorrarle a su padre el horrible sufrimiento del que le había hablado el Monstruo, pero dudaba que en tan pocos días pudiera preparar un plan de fuga efectivo. Lo intentaría, claro, pero sin perder de vista que doce días era el plazo máximo para trazar un plan de fuga perfecto. Suponía que tanto sus padres como Gerard la estarían buscando, pero no podía confiar en que la encontraran. Debía ocuparse ella misma.

Finalmente, el sueño la venció, y cuando se despertó al día siguiente, lo hizo con una mirada de determinación en sus ojos color ámbar. Escaparía de

allí. Aún no sabía cómo, pero escaparía, y esa certeza le daba fuerzas. Gerard le había dicho que para elaborar un plan de fuga, debía tener en cuenta los hábitos de su secuestrador y los recursos de los que disponía. Para lo primero, usó su reloj de Frozen, que el Monstruo no le había quitado. Otro error por su parte, diría su tío. Así había comprobado que por las mañanas siempre venía a traerle la comida a las ocho, y por las noches a las nueve. Alguna vez le había traído la cena más tarde, pero nunca antes. Su llegada la anunciaba invariablemente unos extraños chirridos, probablemente emitidos por algún mecanismo con engranajes, al que seguía un golpe sordo, como el de una pesada piedra encajando contra otra. Unos veinte o treinta segundos después, empezaban a oírse los pasos del Monstruo, que se iban acercando por lo que imaginaba un largo pasillo, hasta que los oía detenerse en la puerta de su celda. El Monstruo nunca entraba enseguida. Durante un minuto aproximadamente, se oían al otro lado unos extraños ruidos que no tardó en identificar como roce de ropas. Después del alboroto de las llaves, la puerta se abría con parsimonia, empujada por una mano enguantada, y el Monstruo entraba en la habitación.

En cuanto a los recursos de que disponía, Ari contaba únicamente con el cubo donde debía hacer sus necesidades, lo cual no era muy prometedor. Había inspeccionado la estructura metálica de la cama y el somier, y había comprobado que, aunque estaba remachada por un montón de tornillos, no tenía forma de extraer ninguno para usarlo como arma. Con el par de mantas tampoco se le ocurría qué hacer. Así que al segundo día, con el objeto de ampliar su abanico de recursos y, de paso, obtener más información del lugar donde se hallaba, Ari se fingió enferma. Le dijo al Monstruo que el hedor de sus propios excrementos acumulados en el cubo le producía náuseas y se había pasado todo el día vomitando —después de los primeros vómitos, producto del cloroformo y del miedo, tuvo que seguir forzándolos con sus propios dedos—, por lo que ahora se sentía débil y mareada. Finalmente, tras dos días más de suplicar y vomitar, logró que el Monstruo accediera a usar como baño otra habitación, donde dispuso el familiar cubo, otro igual lleno de agua y una toalla. Allí la llevaba dos veces al día, cada vez que venía a traerle la comida, tras sujetarle las manos delante del cuerpo con una brida. Luego la dejaba sola

hasta que ella lo avisaba cuando terminaba.

Para llegar hasta allí tenían que recorrer parte del largo pasillo por el que ella oía aproximarse cada día al Monstruo. Era frío y húmedo, con varias habitaciones de aspecto ruinoso a cada lado. El Monstruo había escogido como baño la única que aún conservaba la puerta, un desvencijado tablón de madera que podía atrancar con facilidad para dejarla allí encerrada. Pero ni aquella ni ninguna otra de las habitaciones tenía ventana, por lo que el lugar estaba sumido en una espesa oscuridad. El Monstruo se movía a través de ella usando una linterna, y a ella le recomendó que, si no quería hacer sus necesidades a oscuras, cogiera la lámpara de su celda, cosa que Ari se apresuró a hacer. La lámpara le permitió distinguir al extremo del largo pasillo una escalera atornillada a la pared, como las que bajaban a las alcantarillas. Probablemente conducía a alguna especie de trampilla, la que emitía aquellos chirridos metálicos que le anunciaban las visitas del Monstruo. Al extremo contrario del pasillo había otra habitación, provista al igual que su celda de una puerta de hierro, y que en aquel momento permanecía cerrada. ¿Qué ocultaría allí el Monstruo?, se preguntó.

Además de permitirle hacerse una composición del lugar en el que estaba prisionera, las excursiones al baño también la proveyeron de importantes y valiosos recursos. Reparó en que, justo al lado de la puerta de su celda, había tres ganchos sujetos a la pared. De uno de ellos el Monstruo había descolgado su linterna; del otro colgaba una enorme bolsa llena de guantes y mascarillas; y del tercero, una bolsa que debía contener la ropa de calle del hombre. Comprendió que allí era donde el Monstruo guardaba su disfraz de cirujano, que se ponía justo antes de entrar a verla. Una de las veces, en un descuido, logró robar un par de guantes de látex. Recurso número 1.

El sexto día, tirado en una esquina de la habitación que hacía las veces del baño, descubrió un clavo largo y grueso que enseguida se escondió en el pijama. Recurso número 2.

A medida que se proveía de recursos, iba elaborando su plan. El baño quedaba mucho más cerca de la trampilla que su celda, así que decidió que la fuga debería realizarla desde allí. El séptimo día fingió tropezar mientras estaba dentro, y se hizo a propósito un corte pequeño pero profundo en la

muñeca, utilizando el clavo. Necesitaba que sangrara mucho porque quería comprobar qué haría el Monstruo si tenía que atender una urgencia médica en aquel lugar. Y lo que hizo, tras echar una ojeada a la herida, fue ir corriendo a buscar una especie de botiquín a la misteriosa habitación del fondo del pasillo, aunque tuvo la precaución de cerrar la puerta tras él, por lo que Ari no pudo ver qué escondía allí. Aprovechó para comprobar el tiempo que tardaba en ir a buscarlo y regresar a toda prisa: dos minutos. Le pareció una suerte que, si se hacía alguna herida, el Monstruo echara a correr en dirección opuesta a la que ella debía usar para huir.

Durante los días siguientes, volvió a tropezar y caerse varias veces más, para que el Monstruo pensara que era torpe y cada día estaba más débil. Tras cada accidente, el Monstruo marchaba con desgana a buscar el botiquín al cuarto del fondo.

El recurso número 3 fueron varios sobrecitos de ketchup. El Monstruo se los trajo junto con una *whopper* una noche en la que no tuvo tiempo de cocinarle nada. En vez de usarlos, ella los escondió bajo el colchón, junto con una de las mitades del pan.

Cuando comenzó a ir al baño, Ari se quejó al Monstruo del frío que pasaba caminando con los empapados calcetines por el húmedo suelo. Acompañaba sus quejas de tiritonas y escandalosos estornudos. Finalmente, el noveno día el Monstruo le trajo por la noche unas zapatillas de deporte con cordones rosas. Se las tiró diciéndole que no quería que pillara una pulmonía antes de terminar el Juego de los Retos. Aunque para ella no eran solo unas zapatillas, eran el recurso número 4. Y aunque le dolía en el alma no haber podido evitar la segunda prueba a su padre, cada vez tenía más esperanzas de poder huir antes de la tercera.

Logró acabar su plan el día antes del fijado como límite para su fuga. El recurso número 5, pegamento casero, no pudo conseguirlo antes, pues le faltaban la mayoría de los ingredientes que recordaba de su libro *Experimentos para pequeños científicos*. Había tenido que improvisar con lo que tenía a mano y hacer varias pruebas. Finalmente, consiguió amasar una mezcla de agua, miga de pan, papel de periódico —que había resultado ser de lo que estaba relleno el colchón—, azúcar, miel, ketchup y cabello de ángel,

que además de tener un color carne bastante aparente, le pareció lo suficientemente adherente para sus propósitos. Con el pegamento, ya lo tenía todo. Se escaparía al día siguiente, y lo haría de noche, ya que si conseguía salir al exterior, confiaba en poder esconderse mejor del Monstruo en la oscuridad.

El plan que había trazado combinando aquellos cinco recursos era el siguiente: cuando el Monstruo la encerrara en el baño tras la cena, ella se quitaría la brida usando los cordones de las zapatillas, como Gerard le había enseñado a hacer. Después sacaría todo lo que se habría escondido previamente en las braguitas: el guante que había llenado de kétchup, el otro con la masa pegajosa, y el clavo. Por último, se sujetaría el clavo en la nuca pegándolo con la masa adhesiva. La cabeza del clavo sobresaldría por un lado del cuello, y gracias a los pegotes de masa y a una buena cantidad de kétchup, esperaba crear la ilusión óptica de que estaba clavado en la carne. Luego derramaría un charco de kétchup en el suelo y se tumbaría colocando el cuello justo encima. Y desde el suelo, le daría una fuerte patada al cubo para que el Monstruo creyera que se había tropezado con él y caído al suelo con tal mala suerte que se había clavado aquel clavo herrumbroso. Entonces fingiría que aún tenía las manos atadas y que la acometían violentas convulsiones, mientras esperaba con los ojos en blanco a que el Monstruo, intrigado por el ruido, abriera la puerta para ver qué le ocurría. Confiaba en que, al encontrarla en aquel estado, corriera inmediatamente a por el botiquín, sin acercarse a comprobar nada y, sobre todo, sin detenerse a cerrar la puerta. Entonces ella se levantaría y correría hacia la trampilla. Había calculado el tiempo, y estaba segura de que podría alcanzarla y salir a la superficie —siempre que pudiera abrirla sin problemas—, antes de que el Monstruo la atrapara.

Y ese día era hoy, se dijo, volviendo al presente.

Escuchó entonces los engranajes de la trampilla. Con un vuelco del corazón, se levantó de un salto y consultó su reloj. Solo eran las ocho. ¡El Monstruo había llegado una hora antes de lo habitual! No importaba, estaba preparada. Se escondió todo en las braguitas mientras escuchaba el golpe de la losa volviendo a encajar en su sitio. Casi al instante, oyó los pasos del Monstruo por el pasillo, y supo que algo iba mal. Había bajado la escalera en

poco menos de diez segundos, y parecía acercarse mucho más rápido que de costumbre, a grandes zancadas, como si corriera. Lo oyó llegar hasta la puerta, trastear con la llave y abrirla de golpe. Ari se quedó con la boca abierta, atónita. Ante ella había un hombre de unos treinta años, fuerte y moreno, que respiraba agitadamente y llevaba una pistola en la mano. Supo que era el Monstruo en cuanto clavó en ella su malévola mirada. Y, por primera vez desde que estaba allí encerrada, la invadió el pánico, un pánico impetuoso y brutal, pues comprendió que había venido a matarla.

—Ven aquí —le ordenó el muchacho, avanzando hacia ella.

La agarró del brazo con tanta fuerza que le hizo daño, y la arrastró fuera de la habitación a tirones. Ari intentó resistirse, pero el chico era muy fuerte. No tuvo más remedio que dejarse conducir por el pasillo, sintiendo cómo el miedo la dominaba por completo, sin que esta vez pudiera hacer nada para controlarlo. No llores, no supliques, jamás asumas el papel de víctima, oyó que le decía Gerard. Pero el miedo era como una ola furiosa que la arrastraba, que la hundía hacia las profundidades de un mar oscuro y frío. Mamá, gritó una voz en su interior, mamá...

Entonces se dio cuenta de que caminaban en dirección contraria a la trampilla, hacia la misteriosa habitación del fondo. El Monstruo rebuscó entre sus llaves e introdujo una en la cerradura, momento que Ari aprovechó para recolocarse el material de su plan, que había empezado a resbalar de sus braguitas a causa de los zarandeos. Unos instantes después, el Monstruo empujó la puerta con su mano libre y ella pudo al fin descubrir lo que escondía en su interior.

La habitación era de un tamaño similar al de su celda, pero estaba mejor iluminada gracias a varios tubos fluorescentes que colgaban del techo. Bajo aquella cascada de luz cegadora, Ari pudo ver una camilla con correajes, una estantería metálica, un carrito lleno de herramientas afiladas, un trípode y una cámara, que descansaba sobre una silla. El Monstruo la empujó con tal violencia hacia el centro de la habitación que cayó al suelo. Instintivamente, se llevó las manos a la barriga, para impedir que lo que escondía allí se le saliera. Desde el suelo, vio cómo el Monstruo cerraba la puerta con un manotazo rabioso, sin molestarse en echar la llave, y dejaba la pistola y la

linterna en una de las baldas de la estantería, junto al botiquín que tan bien conocía.

—¡Quieta ahí! —le gritó cuando ella empezó a incorporarse, señalándola con el dedo—. No muevas ni un puto pelo.

Ella asintió en silencio, asustada. El Monstruo esbozó una sonrisa, que le resultó aún más terrible que su mirada.

—Vaya, ahora sí tienes miedo, ¿eh? Pequeña puta... —le dijo, mientras cogía la cámara y la montaba sobre el trípode—. Ya no pareces tan arrogante, ni tan segura de ti misma. Me alegro, con esa carita de terror quedarás mucho mejor en el vídeo. Tenía esto preparado para mañana, pero ya ves, cambio de planes. Imprevistos que no dependen de mí. Así que lo haremos hoy. No te preocupes, a tu papá le gustará igual, ya verás. Y en el fondo, estás de suerte... —le confesó mientras ajustaba los tornillos y enfocaba la cámara hacia la camilla—. Mañana pensaba torturarte durante horas, hasta que lloraras de una puta vez. Tengo experiencia, ¿sabes? En esta misma habitación he conseguido mantener un cuerpo con vida un par de días, después de hacerle cosas horribles. ¡Y solo con ese botiquín de ahí, sin haber estudiado medicina ni nada! ¿No te parece increíble? Se me habían ocurrido tantas cosas que hacer contigo... —Cabeceó melancólico—. Pero, por desgracia, hoy tendrá que ser todo más sencillo. Llevo un poquito de prisa. Solo te sacaré los ojos y te romperé el cuello. Acabaremos en menos de cinco minutos. No será la gran película que tenía pensada, pero quedará un corto de lo más resultón. Y tú casi ni te darás cuenta, ya verás.

Con la precipitación, se le cayó al suelo una pieza de la cámara, que rodó debajo de la estantería. El Monstruo lanzó un gruñido de fastidio, se agachó y estiró el brazo para alcanzarla. Ari no se lo pensó. Ya había concluido que no iba a poder llevar a cabo el plan en el que tantas esperanzas había depositado, así que decidió improvisar. Apretó los dientes, se levantó lo más rápido que pudo, y le dio un fuerte empujón al carrito de las herramientas, que cayó sobre el hombre antes de que este pudiera levantarse.

—¡Qué cojones! —gritó, al sentir cómo le golpeaba en la cabeza y el hombro.

Ari sabía que aquello apenas iba a causarle daño alguno, pero quizás lo

distraería lo suficiente como para permitirle alcanzar la puerta. Así que, mientras el chico se apartaba el carrito de encima, y las herramientas rodaban por todas partes con un tintineo nervioso, ella salió disparada hacia la puerta, la abrió y echó a correr por el pasillo. Estaba a oscuras, pero logró orientarse gracias a la luz que escapaba de la habitación. Se dirigió hacia la escalerita del fondo lo más rápido que pudo, con el corazón palpitándole enloquecido en el pecho. Pero apenas había recorrido unos metros cuando el resplandor de la linterna inundó el pasillo y los pesados pasos del Monstruo retumbaron a su espalda.

—¡Ven aquí, maldita puta! —lo oyó bramar.

Ari corrió con todas sus fuerzas, pero apenas unos segundos después, la mano del Monstruo la agarró por el cuello del pijama y la atrajo hacia él con violencia. Ari tuvo que frenar su carrera al sentir cómo la tela se hundía en su garganta, cortándole el aliento. A continuación, el Monstruo le dio la vuelta y la arrojó al suelo de un furioso empujón. Nada más caer, Ari intentó levantarse, pero el hombre se lo impidió hundiéndole una rodilla en el estómago. Ahora ya no veía la escalera, sino la habitación de la que había huido. Se debatió con más fuerza aún, pero entonces el Monstruo le atenazó el cuello con su mano libre, inmovilizándola totalmente. Al notar la presión de sus dedos, Ari abrió los ojos aterrorizada. Eso hizo que el hombre sonriera divertido.

—La verdad es que tienes huevos, putita, pero no vas a poder escaparte de mí tan fácilmente. De hecho, no vas a poder escaparte.

El Monstruo dejó la linterna en el suelo, y le apresó el cuello con ambas manos. Pese a sentir cómo empezaba a faltarle el aire, Ari continuó debatiéndose. El Monstruo observó sus pobres pero denodados forcejeos con burlona curiosidad.

—Nunca he estrangulado a una niña, ¿sabes? —le comentó en tono jovial, mientras aumentaba un poco más su tenaza—. ¿Qué sientes, pequeña? ¿Notas como el mundo se va oscureciendo?

Ari lo notaba. Sentía como si el cerebro le fuera a explotar, los pulmones le ardían. El rostro del chico se había vuelto borroso, y estaba enmarcado por un túnel de oscuridad. Al poco, ya no tuvo fuerzas para debatirse. Comprendió

que se estaba muriendo. Que la estaban matando.

—Pero todavía no —dijo de repente el hombre, aflojando la presión de su cuello—. Primero voy a sacarte esos ojos tan bonitos que tienes y que tanto me recuerdan a los de tu madre, otra zorra como tú.

Ari aspiró una desesperada bocanada. Notó cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones, como un bendito bálsamo, y, mientras recuperaba la respiración, le pareció escuchar un sonido que desde que estaba encerrada allí había aprendido a distinguir perfectamente: el chirrido metálico que anunciaba la abertura de la trampilla. El hombre también pareció oírlo, ya que dejó de hablar y levantó la vista hacia la escalera mientras tensaba el cuerpo. Ari no podía ver nada, aunque por el ruido comprendió que alguien bajaba por ella. ¿Gerard? ¿Era su tío Gerard que había venido a rescatarla? El Monstruo empezó a incorporarse lentamente, y aunque Ari dejó de sentir la presión de su rodilla, se hallaba demasiado exhausta y mareada como para levantarse. No tenía fuerzas ni siquiera para girar la cabeza hacia la escalera.

—Vaya, vaya, qué sorpresa —oyó decir al Monstruo.

—Apártate de ella, Biel —dijo una voz.

Era una voz débil, deformada por el agotamiento y una rabia temblorosa, pero aun así creyó reconocerla. ¿Papá? ¿Era papá? ¿Había venido a salvarla?

—¿Y qué harás si no? ¿Dispararme? Según mis cuentas, ya has disparado las doce balas que tiene esa Walther que empuñas.

—Gracias por haberlas contado —le dijo su padre—. Acabas de confirmarme que me queda la bala extra. La de «por si acaso». Y no necesito más.

Entonces Ari oyó una detonación, que resonó como un trueno a lo largo del pasillo.

40

Un beso de buenas noches

Cuando despertó, Diego se descubrió atado a la cama por cuatro gruesos correajes de cuero. Uno de ellos le cruzaba el pecho, otro la cintura, juntándole firmemente los brazos al cuerpo, y los otros dos le aprisionaban muslos y tobillos. Hizo amago de levantarse, pero le resultó imposible. Lo único que consiguió fue que los tensos correajes se hundieran dolorosamente en su carne.

Oyó entonces una risita tan siniestra como familiar. Estiró el cuello todo lo que pudo y descubrió al Monstruo observándolo desde los pies de la cama. Como siempre, llevaba el uniforme de cirujano, en cuyo delantal se apreciaba una constelación de manchas de sangre seca. Una mascarilla le cubría la boca y parte de la nariz, y llevaba encasquetado el gorro, de modo que lo único que Diego podía ver de su rostro eran sus ojos, aquellos ojos que tan bien conocía, que con su brillo febril anunciaban que su dueño había perdido la cordura.

—Hola, Diego —lo saludó con jovialidad—. Por fin has despertado. Ya empezaba a creer que tendría que despertarte clavándote algo.

Diego lo contempló con los ojos desencajados, el espanto atenazándole la garganta. Al Monstruo su reacción debió de antojársele desproporcionada, porque lanzó una estridente carcajada.

—Pero qué te ocurre... —le preguntó, observándolo con curiosidad—.

Ah... ¿Crees que estás en una de tus pesadillas? Claro, eran muy parecidas a esto, ¿verdad? Robert nos las contó. Las leyó en tu diario, durante una de vuestras clases particulares. Pero no, esto no es ninguna pesadilla, profesor. Es la puta realidad. —El Monstruo se bajó la mascarilla y Diego pudo ver el rostro de Biel, que lo estudió con una sonrisa burlona—. ¿No recuerdas lo que ha pasado? ¡Me disparaste! Y si hubieras tenido mejor puntería ahora no estaríamos aquí. Joder, qué manera de desperdiciar la bala extra.

Las palabras del Monstruo desempolvaban sus recuerdos. Sí, había fallado el tiro, la bala ni le había rozado. ¿Acaso esperaba que lo hiciera? Eso solo pasaba en las películas. Y tras reponerse del susto, Biel se le había echado encima y lo había derribado de un formidable puñetazo. Supuso que el golpe contra el suelo lo había dejado momentáneamente inconsciente, lo cual había aprovechado para arrastrarlo hasta el lugar donde se hallaba ahora, cualquiera que fuese.

—¿Dónde está mi hija? —le preguntó.

Intentó incorporarse de nuevo, revolviéndose contra las ataduras, pero apenas tenía fuerzas y la herida del brazo izquierdo había empezado de nuevo a palparle. Biel se acercó a su lado y giró una manivela que había al costado de la cama. Al instante, la parte superior de la camilla comenzó a subir, incorporando a Diego, que pudo ver entonces toda la habitación. El alma se le estremeció al descubrir a Ari maniatada en una silla, a unos metros de la camilla. Estaba pálida y demudada, pero al menos estaba viva.

—¡Ari!

—¡Papá! —gimió la niña, agitándose lo poco que le permitían las correas.

—¡Tranquila, cariño, todo va a salir bien!

—¿De verdad? —se burló Biel—. ¿Esa es tu forma de consolar a tu hija? Esperaba algo más de un escritor de tu categoría que una vulgar frase hecha, Diego.

Él no le hizo caso y se dirigió a su hija.

—La policía viene hacia aquí, cariño —le dijo, sonriéndole e intentando que su voz sonara tranquilizadora.

—Sí, sí, ya lo supongo... —comentó Biel con desdén—. Pero por muy rápido que corran creo que tardarán bastante en descubrir la entrada secreta,

¿verdad? Y aunque la encuentren, lo que jamás descifrarán es la forma de abrirla. Estarás de acuerdo conmigo en que a unos toscos e iletrados policías no se les ocurrirá en la vida que la frase «Nado en tu piel, *Fireer*», es un anagrama de «Puerta del infierno», y que para que el mecanismo de la trampa se active es necesario pulsar las letras en ese orden. ¡Hasta me sorprende que lo hayas averiguado tú! Aunque supongo que sigues siendo el maestro. ¡Al fin y al cabo, tú me enseñaste todo lo que había que saber sobre los anagramas! Y yo no debí decirte en el hospital que para salvar a tu hija tendrías que atravesar la puerta del infierno... fue melodramático e innecesario. ¡Nunca he sabido resistirme a ese tipo de cosas! —Se encogió de hombros, antes de continuar—: Pero ahora comprendo que tú tenías que llegar hasta aquí, Diego, y por eso yo tenía que decirte cómo, y por eso has soñado con esta escena toda tu vida... Porque estaba escrito en las estrellas que el Juego de los Retos debe jugarse hasta el final. Y te recuerdo que aún falta la tercera prueba.

—Suelta a mi hija, Biel... —le suplicó Diego, sin importarle ya que el miedo aflorara en su voz—. Ya me tienes a mí. Haré lo que quieras, pero déjala marchar...

Biel sonrió ante sus gimoteos.

—Esto va a quedar genial cuando lo suba a internet —le aseguró, mientras se acercaba a la cámara y comprobaba el ángulo.

—Por favor, Biel...

Satisfecho con la posición de la cámara, el chico se incorporó y observó a Diego con expresión pensativa.

—Lo que no sé es cómo averiguaste que fuimos nosotros quienes secuestramos a tu hija.

Ahora fue Diego quien sonrió con desprecio.

—Porque en las estrellas también debía estar escrito que tarde o temprano cometerías un error —respondió entre dientes.

Biel ladeó la cabeza.

—¿Un error? —inquirió con una ligera sorpresa.

—La entrevista para la revista *Literama*. En el hospital me dijiste lo mucho que os había emocionado leerla.

—¿Y?

—La parte en la que hablaba de vosotros nunca se publicó —reveló Diego—. Tuvieron que recortar la entrevista por falta de espacio. A veces sucede. Suprimieron varias preguntas, entre ellas esa. De modo que no podíais haber leído mi emotiva respuesta, a menos que hubierais fisgado en mi ordenador.

Lo que no le dijo era que, al principio, ni siquiera él le había dado importancia a aquel comentario. Pero su subconsciente había retenido el dato, para regurgitarlo esa misma noche en forma de pesadilla, una terrible pesadilla en la que había revivido el accidente de autocar en el que habían muerto sus amigos del colegio. Había despertado gritando y empapado en sudor, pero con la mente iluminada por un fogonazo de verdad. En el sueño, el propio Biel le decía a Robert que no podía haber leído aquella entrevista, porque todavía no se había publicado. Y era cierto. Todavía no se había publicado, y nunca lo haría... Aquella revelación lo había dejado en *shock*. Hasta entonces había sospechado de sus alumnos, o al menos de Robert, debido a la expresión «boca de lobo» que aparecía en la segunda carta, pero ahora lo sabía con certeza. Eran ellos quienes habían entrado en su casa y se habían llevado a Ari. Ellos, sus viejos alumnos. Se lo había contado a Héctor cuando irrumpió en su dormitorio atraído por sus gritos, y juntos habían ido a explicárselo a Rocamora, que acababa de llamarle para informarle de la llegada de la tercera carta. Y el policía les había creído. Al fin y al cabo, Rocamora también sospechaba de los chicos desde que los había interrogado. Pero desgraciadamente necesitaban pruebas más contundentes, les dijo. Olaya estaba convencido de que Helena Rosell era la culpable y no pensaba parar de apretarle las tuercas hasta que lo confesara. Además, jamás iría contra los Martorell por una prueba tan endeble como una entrevista no publicada y un comentario de Biel que nadie había grabado. Necesitaban algo más. Quizás una confesión de los chicos... Si pudieran conseguir que alguno se derrumbara y lo contara todo. Quizás la chica, que a Rocamora le había parecido bastante desquiciada el día en el que la conoció. Pero, sin ninguna prueba, no podrían conseguir una orden de interrogatorio, ¿cómo iban a hacerles confesar? Y entonces, a Diego se le había ocurrido cómo.

—Vaya, vaya —dijo Biel, sacudiendo la cabeza—. Así que nos

descubriste, comprendiste que nuestra intención era volverte loco e intentaste volver el juego contra nosotros. Darnos a probar nuestra propia medicina, como quien dice.

Diego no dijo nada, pero así había sido. Recordó aquel lunes lluvioso, en el que había ido a contarle a Laura su plan. Me fingiré loco, cariño, para que crean que han ganado, le había dicho, y aunque no había obtenido ninguna muestra de aprobación por su parte, había seguido adelante, ensayando con aplicación ante el espejo de su salón el papel que dos días después tendría que interpretar ante Ramón del Valle, el mundo entero y, más tarde, antes sus antiguos alumnos.

—Por eso escribiste esas cartas... —continuó deduciendo Biel—. Con todos esos oscuros secretos. Para aterrorizarnos, para volvernos locos. Para que creyéramos en el Monstruo. Pero ¿cómo sabías todas esas cosas sobre nosotros?

—La mayor parte las deduje. Soy escritor, mi trabajo es observar a la gente e imaginar sus vidas secretas. No eran certezas, solo suposiciones... Pero estoy seguro de que me acerqué bastante a la realidad. De adolescentes, fuisteis como libros abiertos para mí —le explicó Diego con desdén—. Menos tú. Tú no. Aun así, tengo la impresión de que acerté en algunas cosas.

Biel lo miró en silencio, sin replicar nada, pero sus labios dibujaron una mueca de disgusto.

—Bueno, basta de charla. No vamos sobrados de tiempo —dijo con visible enojo. Tomó una cucharilla del carrito y se acercó a él. Le desató los dos correajes superiores, liberándole los brazos, y le colocó la cucharilla en una mano. Luego se volvió hacia la cámara, cogiendo en su camino la pistola que estaba sobre la mesa—. Es hora de empezar la tercera prueba. Y no se te ocurra hacer tonterías —le dijo agitando el arma hacia Ari—. O le dispararé a tu hija en una rodilla, y después le sacaré los ojos yo mismo.

—Eres un loco hijo de puta... —le dijo Diego mirándolo con asco—. Y te mataré, te juro que te mataré.

—¡Vaya, tu papá es todo un héroe! —exclamó Biel dirigiéndose a Ari, que contemplaba la escena en silencio, con la boca fuertemente apretada—, pero, entre nosotros, creo que está siendo demasiado optimista respecto a sus

posibilidades, ¿no crees? Bien —continuó, volviéndose de nuevo hacia Diego —, voy a explicarte cómo tienes que hacerlo. En realidad, sacarse los ojos es algo bastante sencillo. Primero hay que esterilizar la cuchara, pero ese paso nos lo vamos a saltar. Iremos directos al grano. Tienes que introducir la cuchara en la cuenca —explicó, apoyándose el índice bajo su ojo de manera ilustrativa— y realizar un simple movimiento de palanca. Si lo haces con firmeza y decisión, el globo ocular prácticamente saldrá solo de la cavidad. Supongo que se escuchará como una especie de «plop», y tu ojo quedará colgando del nervio óptico, y ahí yo te echaré una mano cortándolo con unas tijeras. Ese es el procedimiento, no hay más misterio —concluyó—. ¿Te ha quedado claro? —Diego asintió con el rostro terriblemente pálido, inexpresivo—. Perfecto —dijo Biel, situándose detrás de la cámara—. Pues cuando quieras —lo animó, pulsando el botón de grabar.

Diego apoyó la cuchara bajo su ojo derecho, tal y como le había explicado Biel, intentando controlar el temblor que había comenzado a sacudirla, y contempló a Ari, que estaba tan pálida que daba angustia mirarla. Sintió cómo una estaca de tristeza le atravesaba el corazón. Pobre niña, pobre Ari. Le había fallado. No había sabido protegerla. ¿Para eso la habían engendrado? ¿Para que pasara por la vida de puntillas, como un suspiro, sin tiempo de conocer el amor verdadero, ni la amistad imperecedera, ni nada que no fuera una muerte brutal y aterradora? Pensó algo tranquilizador que decirle, pero ¿qué puedes decirle a tu hija de siete años, que está a punto de morir, antes de sacarte los ojos? «Todo saldrá bien» no parecía muy adecuado.

—Te quiero, cariño —le dijo con voz trémula, concentrando en aquellas palabras todo el amor que sentía por ella, todo el cariño que no había dejado de rezumarle del corazón desde la primera vez que la había cogido en sus brazos.

Ari apretó aún más los labios, pero no respondió. Se limitaba a mirarlo fijamente, con una espantosa expresión ausente. Diego se preguntó si los últimos acontecimientos la habrían trastornado tanto que su mente había desconectado de la realidad. Ojalá, pensó, sumido en una terrible pena. Ojalá pudiera sustraerse al horror infinito que estaba a punto de presenciar. Tuvo ganas de tirar la maldita cuchara y suplicarle a Biel que si iba a matarlos a los

dos, lo hiciera de una puta vez. Pero no... aquel psicópata no le daría ese gusto. Si no se sacaba los ojos, Biel se los sacaría a su hija, de eso no tenía dudas. Y lo obligaría a presenciárselo. Pero también estaba convencido de que, aunque superase el reto, Biel no los liberaría. Lo único que él podía hacer, en el fondo, era ganar el mayor tiempo posible para que la policía encontrara la entrada a los sótanos. Y si no, convencer a Biel para que, una vez se sacara los ojos, les proporcionara una muerte rápida a ambos. Al menos tenía que conseguir eso para su hija, una muerte rápida y sin sufrimiento. Era su deber como padre. Se acercó la cucharilla al ojo y la apoyó en la línea inferior de las pestañas. La mano le temblaba tan violentamente que casi temió sacárselo sin querer. Entonces, mientras trataba de afianzar su pulso, reparó en algo que hasta el momento le había pasado por alto: en la frente de Ari había aparecido la familiar manchita roja.

—Se me ha olvidado darte el beso de buenas noches, papá —la oyó decir.

Durante un segundo, Diego no comprendió. Pero al instante siguiente, alzó las cejas y observó a su hija con la boca abierta. Casi estuvo a punto de soltar la cuchara ante la sorpresa que le provocó reconocer el código secreto. El código que Ari y él utilizaban cuando les hacían creer a las visitas que tenían poderes mentales. Y no podía ser casualidad. Observó atentamente el rostro de su hija. Seguía con aquella extraña expresión ausente, pero a Diego le pareció atisbar un destello de complicidad en el fondo de sus increíbles ojos. Si su pobre hija no había enloquecido, debía de haber usado el código deliberadamente. ¿Significaba eso que quería entregarle algo?, se preguntó. Pero ¿qué? Biel también la miraba con el rostro ladeado.

—Tu padre no se va a la cama, niña —le dijo con desdén.

Ari no supo qué contestar a aquella réplica que no estaba en el guion.

—Pero voy a sumirme en una noche eterna, Biel, que viene a ser lo mismo —intervino Diego, logrando recuperarse de su pasmo inicial—. Deja que la bese antes, por favor. —Biel se limitó a mirarlo en silencio—. Los dos sabemos cómo va a acabar esto —le suplicó en un susurro ahogado—. Por favor, deja al menos que... nos despidamos.

Durante varios segundos, Biel miró a uno y a otro alternativamente.

—Vale, quedará emocionante en el vídeo —dijo finalmente, al tiempo que

se incorporaba. Se acercó a Ari con la pistola en la mano, y la liberó de sus correajes sin ninguna delicadeza, casi con desgana—. Venga, dale un beso a tu padre. ¡Pero nada de charla! Le das el beso rapidito y vuelves a la silla si no quieres que te pegue un tiro, ¿de acuerdo?

Ari asintió aplicadamente y Diego la contempló caminar hacia él, mientras Biel volvía a situarse tras la cámara. Su hija se acercaba con expresión tensa y concentrada, la mancha de la frente casi resplandeciendo, y el corazón se le aceleró. Tenían que realizar la entrega sin que Biel se diera cuenta. Cuando Ari se detuvo a su lado, se las arregló para sonreírle afectuosamente, ensordecido por sus propios latidos. Siguiendo las instrucciones de Biel, la niña se inclinó y lo besó en la mejilla. Y mientras recibía su cálido beso, Diego notó cómo dejaba disimuladamente algo en su mano izquierda. Un objeto frío y alargado. Tras el beso, Ari se incorporó, pero antes de apartarse del todo, aprovechando que Biel no podía verla, le susurró:

—Deja caer la cuchara. Y no te asustes, es solo kétchup.

Luego se dirigió a la silla obedientemente, mientras Biel asentía complacido, como un director satisfecho de la emoción conseguida en la escena. Mientras el chico volvía a atar a la niña, Diego echó un rápido vistazo a lo que le había entregado. Un clavo, puntiagudo, herrumbroso. Volvió a cerrar el puño para ocultarlo, antes de que Biel regresara a su puesto tras la cámara. Su hija lo miraba expectante. Diego asintió imperceptiblemente. Tenía un clavo. Podía usarlo contra Biel. Clavárselo en algún sitio. Pero, ¿cómo?, se preguntó. «Deja caer la cuchara.» Con un gesto impaciente, Biel le dijo que empezara ya, y Diego volvió a colocarse la cuchara debajo del ojo. «No te asustes, es solo kétchup.» ¿Qué significan aquellas palabras?

—Vamos, profe, hazlo sin pensar, es lo mejor —le recomendó Biel en tono sardónico.

Diego tragó aire y, sin dejar de mirar a Ari, que lo observaba a su vez conteniendo el aliento, empezó a sacudir la mano que sostenía la cuchara, primero ligeramente y luego un poco más rápido. Ahora que tenían un plan — Dios sabría cuál, porque él...—, el temblor de su mano había desaparecido, así que tuvo que fingirlo, acompañándolo de varias muecas de pavor, para escenificar la cruenta batalla que se suponía estaba desarrollándose en su

interior entre su deseo de salvar a su hija y su espíritu de supervivencia. Y como colofón a su interpretación, dejó que la cucharilla se le escurriera de la mano, yendo a parar al suelo. Dedicó a Biel una estúpida mueca de disculpa. El chico se incorporó con un suspiro de fastidio. Con el corazón desbocado, Diego lo observó rodear la camilla y agacharse para coger la cuchara. Sin embargo, aún se encontraba demasiado alejado como para que él pudiera alcanzarlo y hundirle el clavo en alguna parte. Mientras se lamentaba de ello, registró por el rabillo del ojo un rápido movimiento de su hija.

Biel se incorporó con la cuchara y se acercó unos pasos para dársela. Ahora sí, ahora estaba lo suficiente cerca, se dijo. Pero estaba claro que el chico detendría su ataque sin el menor problema en cuanto le viera levantar el brazo, que para mayor desesperación era el brazo herido.

—No vuelvas a tirarla —le amenazó.

Diego cogió la cuchara con la mano derecha, mientras con la otra apretaba el clavo, sin decidirse a usarlo contra él. Sudaba tanto y el corazón le latía tan aprisa que pensó que Biel se percataría de que algo raro le ocurría. Entonces Ari lanzó un fuerte gemido de dolor. Ambos se volvieron a mirarla. La niña se sacudía en la silla, presa de repentinos espasmos. Abrió la boca y escupió al suelo un esputo sanguinolento.

—¿Qué demonios? —dijo Biel, más asqueado que alarmado.

«No te preocupes, es solo ketchup», recordó Diego, apartando los ojos de ella y clavándolos en Biel, que ahora le daba la espalda, en concreto en la única parte visible de su anatomía, su fuerte y musculoso cuello, convenientemente trenzado por sus correspondientes venas y arterias, que el vaivén de la sangre hacía palpar. Consciente de que su hija le estaba ofreciendo la oportunidad de coger desprevenido al chico, Diego levantó el brazo y, haciendo acopio de todas sus fuerzas, descargó el golpe en el sitio donde calculó que debía encontrarse la carótida. El clavo se hundió con pasmosa facilidad en el cuello de Biel, y un chorro de sangre brotó al instante en todas direcciones. El muchacho lanzó un gruñido entrecortado, se tambaleó y esgrimió un par de pasos vacilantes, mientras lanzaba varios manotazos al aire, como si lo rodeara un enjambre de avispas. Un instante después, cayó de rodillas con el rostro desencajado y se llevó las manos al cuello, intentando

arrancarse el clavo o detener la hemorragia, pero no pudo hacer nada de eso. Enseguida se desplomó hasta quedar completamente tumbado. Diego se apresuró a liberarse de los correajes, bajó de la camilla y contempló con expectación el cuerpo de Biel, que se agitaba y convulsionaba en el suelo. ¿Moriría o debía buscar algún arma con la que rematarlo?, se preguntó, examinando las muchas herramientas de tortura que había desperdigadas por el suelo, mucho más efectivas que la cuchara que aún sostenía en la mano derecha, aunque con menos carga irónica. Pero no hizo falta, porque Biel no tardó en dejar de convulsionarse. Ahora parecía que se hubiera quedado dormido, tendido sobre un charco de sangre que no dejaba de crecer. Diego se agachó y le tomó el pulso. Estaba muerto. Soltó la mano con asco, se incorporó y lo observó con verdadero odio.

—La verdad es que era un anagrama de mierda. Igual que tu cuento de Hitler —le dijo.

Miró entonces a Ari, que seguía atada en la silla, con el semblante grave. No se había tapado los ojos ni nada parecido. Había contemplado con interés cómo su secuestrador agonizaba hasta morir. Diego sorteó el cuerpo de Biel y corrió hacia ella.

—Ya está, cariño, ya está —le dijo innecesariamente, mientras le desataba los correajes—. Lo hemos conseguido. ¡Hemos engañado al Monstruo!

Pero Ari no sonreía. Quizás estaba demasiado traumatizada. Quizás no volviera a sonreír nunca. La liberó al fin de las correas y la envolvió en sus brazos con toda la ternura de la que fue capaz. Durante unos segundos, su hija se dejó hacer, con el cuerpo envarado, y a Diego su falta de reacción le produjo un nudo en la garganta. Pero entonces, antes de que su mente empezara a tejer funestas cábalas, ella respondió a su abrazo con la avidez de un náufrago agarrándose a un madero, y él pudo volver a sentir lo que llevaba doce largos días sin experimentar: aquel resplandor en las entrañas, aquel dulce estremecimiento en el alma, aquella... Detuvo el hilo de sus pensamientos, comprendiendo que nada que pudiera decir haría justicia a lo que de verdad estaba sintiendo por dentro, y le gustó que fuera así, que lo que un padre sentía al abrazar a un hijo quedara lejos del alcance de las palabras del hombre, que en el mundo aún existieran misterios que no pudieran

describirse.

—No he llorado, papá —oyó decir a Ari—. No he llorado ni una lágrima en todo este tiempo.

Diego sonrió con ternura.

—Estoy orgulloso de ti —le susurró, mientras la apretaba aún más y ella se abandonaba, por fin, al llanto.

No sabía qué habría sufrido su hija en manos de aquel psicópata, pero decidió no pensar en eso de momento. Lo único que importaba ahora era que la tenía en sus brazos, y que nunca la soltaría. Se incorporó cuidadosamente, acunándola con ternura mientras ella lloraba sobre su hombro, emitiendo pequeños hipidos. Le acarició la cabeza con dulzura. Reparó en que al liberarla se había manchado los dedos de ketchup y sonrió aún más. ¿Cómo habría su hija...? Sacudió la cabeza. Tenían mucho de lo que hablar.

Echó un vistazo a Biel, que entretanto no había resucitado. Seguía muerto y bien muerto. Ya jamás aprendería cómo se escribía *Führer*. Diego sacudió la cabeza, sin acabar de creerse que fuera Biel quien estaba muerto y ellos quienes estaban vivos. Era como el desenlace de una novela, en las que siempre ganaban los buenos. Costaba creer que eso fuera posible en la vida real.

—Nos vamos a casa, cariño —le dijo a Ari.

Y se dirigió a la puerta, cargando en sus brazos a la única persona del mundo por la que haría cualquier cosa. Cualquiera.

Epílogo

El despertar

Un cielo de postal turística enmarcaba Peñafort. El coche se internó por la entrada principal, dejando atrás la rotonda donde un primoroso cartel de hierro forjado daba la bienvenida al pueblo. Diego conducía con semblante sereno, cómodamente reclinado en el asiento, dejando que la brisa perfumada de mar que se colaba por la ventanilla le revoliera el cabello. Hacía tres semanas que la pesadilla había terminado y, teniendo en cuenta las circunstancias, se encontraba bastante recuperado. La herida del hombro ya se le había cerrado, aunque todavía le lanzaba alguna punzada de vez en cuando. Había sido una suerte que la bala no le hubiera tocado la articulación ni el hueso, que solo le hubiera afectado a los músculos. Su oreja, o lo que quedaba de ella, también había cicatrizado, aunque casi no oía por ese oído. Ahora que era famoso —todavía más famoso de cuando solo era escritor—, muchas clínicas de cirugía plástica se habían ofrecido a reconstruirla gratis, pero Diego dudaba si hacerlo o conservarla en aquel estado ruinoso, como un perenne recordatorio de los peores doce días de su vida.

Aunque no sabía si lo necesitaría o no. La angustia y el horror con los que había convivido durante el tiempo que había durado el secuestro se habían desvanecido poco a poco, y ahora lo único que quedaba de aquellas terribles sensaciones era un eco reverberando en su interior, que tarde o temprano se

extinguiría. Pero dudaba de que la escena que se había encontrado al bajar al sótano —Ari tumbada en el suelo, a los pies de Biel, quién sabía si recién estrangulada—, desapareciera de su mente alguna vez. Quizás permaneciera siempre allí, como un fondo de escritorio, un velo a través del cual mirar la realidad, un cedazo de dolor con el que tamizarlo todo. En fin, sería por metáforas...

Aunque no era el único al que le costaría olvidar aquella historia. El caso había involucrado a muchas personas cuyas vidas, por una razón u otra, no volverían a ser las mismas. Rocamora, por ejemplo, había estado a punto de palmarla. La bala que Biel había disparado contra los matorrales un poco a voleo le había pasado rozando la aorta. A pesar de ello, después de que él saliera en persecución del chico, el policía se había incorporado con la intención de acudir en su ayuda, aunque apenas había podido recorrer unos metros antes de desplomarse. Los refuerzos lo habían encontrado inconsciente junto a la torre mirador, pero habían logrado reanimarlo y trasladarlo al hospital, donde había pasado diez días en la UCI, oscilando entre la vida y la muerte, hasta que finalmente había quedado del lado bueno. Entonces lo habían subido a planta, y allí había pasado otro puñado de días recuperándose, lo que en el caso de Rocamora se traducía en negarse a defecar en la bacinilla, recorrer el pasillo obsesivamente con el báculo del gotero y mortificar a las enfermeras con su malhumor y sus arbitrarias quejas. Justo el día anterior le habían dado el alta, y también la noticia de su defenestración. Había ayudado a un civil en un plan demencial, poniendo en peligro a un montón de gente, con un saldo de dos muertos y varios heridos en el hospital. Él mismo le había contado que se había abierto una investigación interna para ver si su irresponsable comportamiento tenía consecuencias penales, pero, gracias a la intervención del juez Peralta —que la comisaria Bargalló había azuzado contra los jefazos como un doberman perfectamente adiestrado—, se había cerrado con una simple amonestación y la retirada de placa.

Perder su trabajo, sin embargo, no le había disgustado lo más mínimo, pues pensaba dejarlo de todos modos. Ya no estaba para esos trotes. Durante su aburrida convalecencia en el hospital, había decidido asociarse con Riera, otro de los damnificados por colaborar en su descabellado plan, para montar

una empresa de seguridad privada, y Diego se había comprometido a dejarles el dinero. Era lo menos que podía hacer. Ambos habían arriesgado sus vidas para salvar a su hija, y el risueño agente, en concreto, gracias a su perspicacia, había sido quien los había conducido hasta el escondrijo donde Biel la tenía encerrada, así que Diego estaba dispuesto a concederle cualquier cosa que el chico deseara y el dinero pudiera comprar.

También iba a asociarse con Héctor para abrir una empresa de domótica, de forma que su hermano pudiera hacer realidad su sueño. Se lo merecía, después de lo mucho que él también había colaborado en el plan. Héctor no solo había dejado a un lado su orgullo para pedirle a la actual pareja de su exmujer, el mago de cumpleaños, que le enseñara cómo realizar una aparición espectral envuelto en llamas, sino que había aceptado encarnar él mismo al Monstruo, después de que lo decidieran por unanimidad. Daba la talla, y tampoco tenían un candidato mejor. Pero algo había salido mal y Héctor casi no lo cuenta. Por suerte, Biel mantenía la piscina de su casa llena, y gracias a eso Diego no había perdido a su hermano justo ahora que lo había recuperado, pues si algo bueno les había deparado el secuestro de Ari era que los hermanos Arce, después de toda una vida de desencuentros, rencores y envidias, podían considerarse al fin como tales. Ante ellos se insinuaba ahora un halagüeño futuro donde labrar pacientemente una buena amistad, algo que Diego no sabía si podría volver a construir con Rocamora, pues ignoraba cómo debía comportarse uno con el hombre que se había acostado con su mujer y, al mismo tiempo, había estado a punto de morir por salvar a su hija. Tendría que esperar a que el combate entre los ardientes celos y el infinito agradecimiento que desde entonces transcurría en el cuadrilátero de su mente acabara. Entonces se vería quién quedaba en pie y quién había besado la lona.

El subinspector Olaya, por su parte, pese a no intervenir en su loco plan, había salido igual de perjudicado. El policía que había acabado robándole el cargo a Rocamora había sido trasladado al departamento de reincidentes, y ahora se pasaba los días en el metro, ocupado en algo tan glamuroso e importante como vigilar los trapicheos de las gitanas rumanas. Eso le había dicho Rocamora sin poder evitar que una sonrisa sardónica se le derramara por los labios, mientras ambos se tomaban una copa en la boda del juez

Peralta y la comisaria Bargalló.

Otro gran descalabrado había sido Pelayo Martorell. El adinerado empresario se había esforzado en que el funeral de su hijo pasara lo más desapercibido posible, pero no lo había conseguido. ¿Cómo podría? Biel Martorell era el Monstruo, y tanto esa noticia como las posteriores imágenes de su entierro habían dado la vuelta al mundo. Durante los siguientes días hasta él se había visto acosado por los periodistas cada vez que salía a la calle. Todo el mundo quería saber si el padre estaba al corriente de lo que había hecho su vástago, a pesar de que en la rueda de prensa que había dado la policía se había exculpado al resto de la familia Martorell. Aun así, el reluciente apellido de la familia había vuelto a perder su brillo, y Diego sospechaba que aquello disgustaba más al patriarca que la muerte del hijo, al que siempre había considerado la oveja negra del clan.

Pero sin duda quien había salido peor parada con toda aquella historia había sido Laura, que seguía en coma. Y Diego se sentía tremendamente responsable de ello, pues había sido su numerito de celos lo que había provocado su fuga a casa de Helena. No obstante, los médicos le habían asegurado que había muchas probabilidades de que despertara pronto, ya que las pruebas eran esperanzadoras, y aunque él no quería hacerse demasiadas ilusiones, estaba deseando que eso ocurriera. De algún modo, toda su vida estaba detenida, varada en una especie de tiempo muerto, a la espera de que Laura resucitara y decidiera si sus existencias debían seguir transcurriendo entrelazadas o por separado. Hasta entonces todo, salvo los cuidados básicos de Ari, había quedado aplazado indefinidamente. Diego tenía claro que Laura era la persona que quería a su lado, y pensaba luchar por ella. Pero ignoraba si, cuando despertara, Laura pensaría lo mismo. Siempre había tenido muy mal despertar...

Diego volvió a consultar su móvil y comprobó que no había ningún mensaje de la madre de Laura, que ese día se había quedado velándola en compañía de Ari. Hasta aquel cambio de guardia, habían sido su hija y él quienes habían acudido todos los días al hospital. Al principio, habían tenido que atravesar un bosque de periodistas, que los atosigaban a preguntas tanto al entrar como al salir, pero con los días, a medida que los pocos misterios que

quedaban por aclarar se iban resolviendo y el caso del Monstruo perdía interés, la nube de periodistas empezó a disiparse. Sus vídeos seguían acumulando visionados en internet, y Diego suponía que aquello continuaría así una larga temporada, pero tarde o temprano acabaría. La gente se cansaría de verlo comer mierda o de gemir en la cigüeña, y con los meses algún adorable minino capaz de tocar el piano o algo por el estilo conseguiría que el mundo se olvidara de Diego Arce.

Diego le había dicho a Ari que Laura estaba en coma en cuanto la niña le preguntó por ella, temiendo que aquel fuera el golpe de gracia que la hiciera derrumbarse, pero la niña lo había encajado con asombrosa entereza, como parecía haber encajado todo lo demás. Es la bella durmiente del cuento, había dicho al verla, tumbada y serenamente hermosa en la cama de hospital, y él no había podido evitar sonreír. Sí, era la bella durmiente, vaya que sí. Nunca el coma había embellecido tanto a nadie. De lo que ya no estaba tan seguro era de si él seguiría siendo el príncipe cuyos labios ella esperaba.

Padre e hija se pasaban todas las horas de visita sentados junto a su cama, y al final de la tarde volvían a casa caminando de la mano. Generalmente lo hacían en silencio, como dos convalecientes de una larga enfermedad, pero, a veces, Ari hablaba de las cosas que harían cuando mamá despertara, como si Laura solo estuviera en un largo viaje.

A Diego le asombraba que el secuestro no le hubiera dejado ninguna secuela, como en principio temió, salvo las horribles marcas de los dedos de Biel en el cuello, que fueron desapareciendo poco a poco. Por mucho que la observaba, su hija parecía estar perfectamente. Le habían hecho un reconocimiento completo, y los médicos habían certificado que no había sido maltratada ni agredida sexualmente. En cuanto a la media docena de moratones que tenía repartidos por el cuerpo, ella misma les aseguró que se los había hecho como parte de su plan y, visto lo visto, Diego la creyó.

Tampoco tenía el menor reparo en hablar de su cautiverio, incluso era ella la que sacaba el tema con frecuencia, cada vez que se acordaba de algún detalle que todavía no le había contado. Ya el primer día, recién liberada, le había contado a Rocamora, cuando fueron a visitarlo al hospital, cómo había elaborado su plan, sin dejar en todo momento de mirar al policía, que asentía

con una sonrisa de orgullo. No había duda de que, pese al miedo que había pasado, ahora recordaba su secuestro como una emocionante aventura. Diego no entendía a quién había salido. A él, desde luego que no. Estaba convencido de que en cuanto fuera un poco más mayor, los papeles se invertirían y sería su hija quien lo protegería a él.

En resumen, su plan no había salido demasiado bien, y el de su hija tampoco, pero con lo poco que había salido bien de cada uno, habían ganado. Entre los dos habían vencido a los malos. Biel estaba muerto, igual que el pobre Robert, que había tratado de ayudarlo en cuanto comprendió que su amigo del instituto era un auténtico monstruo. Judit, que era la única sobreviviente, lo había confesado todo e iría a la cárcel cuando saliera del hospital, donde se recuperaba del ataque al corazón con fallo renal que había sufrido por culpa de tanta droga.

Una vez la confesión de la chica aclaró los puntos oscuros que aún quedaban en la investigación —como el asesinato de Julián Bassol—, la comisaria Bargalló había convocado una rueda de prensa para informar a los medios de la resolución del caso, en la que Diego también había participado. Él había dado las gracias al departamento de policía, que había hecho todo lo que estaba en su mano para rescatar a su hija, lo cual había agradado a la comisaria, pero también había aprovechado la oportunidad para restaurar su imagen, para despojarse de su disfraz de pobre loco y mostrarse al mundo como un escritor de mente prodigiosa, capaz de tejer un plan para rescatar a su hija sin esperar a que lo hiciera la policía, lo cual ya no le había agradado tanto a la Bargalló. Fuera como fuese, había logrado lavar su imagen a lo grande, ante el mundo entero, como constató cuando, un par de días después, esa rata oportunista de Tejada lo llamó para ofrecerle un cheque en blanco por lo próximo que escribiera, fuera lo que fuese.

Pero no iba a ser nada, pues Diego no pensaba volver a desenvainar su pluma. El repunte de ventas que *Sangre y ámbar* había experimentado a causa del secuestro de su hija lo había hecho todavía más rico. El libro había pulverizado todos los récords de ventas, y, aunque imaginaba que con el tiempo dejaría de venderse, ya le había generado más dinero del que podría gastar en una docena de reencarnaciones. Eso le aseguraba la tranquilidad

económica de su familia en el presente y la de Ari en el futuro. Así que, aparte de financiar a Rocamora y a Héctor en sus respectivos negocios, se dedicaría únicamente a cuidar de Ari y de Laura en cuerpo y alma, si esta se lo permitía cuando tuviera a bien regresar de las tinieblas.

No creía que dejar de escribir fuera a generarle ningún conflicto. Diego nunca se había considerado de esa clase de escritores que aseguraban que no podían vivir sin escribir. Juntar palabras e hilvanar historias no se le daba del todo mal, en comparación con el resto de cosas que podía hacer, pero era consciente de sus limitaciones. Ya había demostrado de lo que era capaz en sus novelas. Como Tejada le había dejado caer en alguna ocasión, dudaba de que pudiera ir más allá de aquellos sencillos productos de entretenimiento que ahora saturaban el mercado. Ahí estaba *Los peces abisales*, donde había creído reflexionar inteligentemente sobre lo humano, lo divino y hasta lo animal, y había resultado un artefacto fallido, ridículo, la prueba palpable de que no albergaba dentro ninguna obra capaz de remover los cimientos de la gran literatura, ni el talento para llevarla a buen puerto. Y ahora que tampoco lo necesitaba para ganarse la vida, ¿para qué seguir escribiendo?

Podía decirse que la carta que había enviado a sus alumnos haciéndose pasar por el Monstruo era lo último que había escrito. Y no había sido una mala despedida. Aquella carta, que había tenido que escribir intentando no pensar que Laura se encontraba en coma, había cumplido sus objetivos, más o menos. Quizás no había logrado asustar a los chicos, al menos no a todos o no lo bastante, pero sí había logrado intrigarlos lo suficiente como para reunirlos donde necesitaban que estuvieran: en casa de Biel, el escenario escogido para el último acto del plan.

Había sido una suerte que aún conservara aquella vieja libreta donde en el pasado había anotado los secretos que intuía ocultos en el corazón de sus alumnos. Secretos que había ido recolectando casi sin esfuerzo, con solo prestar un poco de atención a las redacciones que le entregaban, a las frases que subrayaban en sus libros favoritos, a las conversaciones que escuchaba antes de entrar en el aula, o a aquellos silencios tan significativos que les embargaban cuando él tocaba ciertos temas. Con toda aquella información y unas gotas de imaginación, Diego había cartografiado, con lo que esperaba

fuera bastante precisión, el alma de aquel cuarteto de perdedores. Allí estaba anotado el amor secreto y desgarrador que Robert sentía por Santi, la personalidad adictiva de este, el trauma sexual que Judit acarreaba, debido probablemente a los abusos que habría sufrido en su infancia, y Biel... Recordó cómo le había sorprendido pasar las páginas del viejo cuaderno y descubrir que de Gabriel Martorell apenas había anotado cuatro adjetivos insultantes: descerebrado, tonto del culo, simple, botarate... y poco más. Biel, el gordito y risueño Biel, la mascota del grupo, no le había generado el menor interés. Le había parecido hueco, dueño de un alma sin relieves, de una personalidad anodina. Pero ¿y si no lo era?, se había preguntado aquel día ante el papel. Cada vez estaba más convencido de que Biel le había puesto al corriente de la infidelidad de Laura adrede, y Rocamora pensaba lo mismo. Quizás no fuera tan tonto como parecía. Nadie podía carecer absolutamente de claroscuros a menos que se esforzara en ocultarlos deliberadamente. ¿Y si era un lobo con piel de cordero? Desde aquella nueva perspectiva, Diego había recordado al Biel adolescente, probando a verlo como un depredador oculto en las sombras de la normalidad, camuflado entre la grisura de la multitud. Cuando, al poner en común toda la información que tenían sobre los chicos, Rocamora le comentó que Biel había sido detenido por posesión de heroína siendo menor, aunque su padre había echado sobre el asunto la suficiente tierra encima como para que no llegara a juicio, una luz prendió en su mente. Recordó el desmayo de Santi en clase, gracias al cual vio por primera vez a Laura. Y recordó cómo ella le había dicho varias veces, durante sus largos paseos por el mar, que le preocupaba la posibilidad de que ese chico tomara drogas. ¿Y si no habían sido sus charlas sobre el suicidio lo que habían condenado a Santi, sino la combinación de su espíritu depresivo con las drogas que Biel le suministraba? Aquello era demasiado suponer, pero decidió arriesgarse. Ahora sabía que no se había equivocado. Por la reacción de Biel cuando se lo recordó en el sótano, estaba casi convencido de haber dado en el blanco. Biel había sido acogido en el grupo por lástima, y una vez dentro había empezado a destrozarlo, royéndolo despacio, como una carcoma, y manteniéndose invisible. Pero como al viento, se le podía percibir en las cosas que movía. Biel era el verdadero Monstruo. Un Monstruo distinto,

adaptado a los tiempos, pero animado por la misma esencia oscura y perversa, por el aliento pútrido de un dios igual de trastornado.

Y él lo había matado.

Pero todavía le quedaba algo por hacer. Tal vez fuera deformación profesional, pero había un cabo suelto que debía atar si quería cerrar la historia, igual que hacía en sus novelas. Por eso estaba allí, circulando mansamente por las calles del pueblo donde todo había empezado.

Un sol cegador golpeaba contra el parabrisas mientras su coche se internaba en el parking que había cerca de la playa. Pensó que antes de hacer lo que le había traído de nuevo allí, podía echarle un vistazo a la vieja casa de sus padres, así que, tras aparcar, se encaminó hacia la placita donde estaba ubicada. Sin prisas, atravesó la madeja de calles peatonales que conformaban el centro del pueblo, sonriendo ante los cambios que se iba encontrando a su paso, hasta que llegó a su destino. La casa conservaba un aspecto muy similar al que había tenido en el pasado, salvo por el detalle de que, en el bajo, donde antiguamente había estado el almacén, había ahora una tienda de móviles, artilugios que en su época habrían parecido de ciencia ficción. Permaneció unos minutos en la placita, observando en silencio el escenario donde había transcurrido su infancia y adolescencia, que, a causa de la sombra que sobre ellas había proyectado el Monstruo, no habían sido precisamente felices.

Cuando juzgó que ya se había dejado macerar lo suficiente por la nostalgia, echó a andar hacia la montaña. No podía seguir demorando más lo que había venido a hacer allí. Intentando mantener la misma serenidad que lo imbuía desde que había abrazado a Ari, Diego emprendió el ascenso, y unos veinte minutos después llegó al bosque que decoraba la cima con un penacho verde. Allí se detuvo. Tenía la sensación de que aquella maraña de árboles trazaba una especie de frontera entre la infancia idílica que debió tener y la infancia horrible que finalmente tuvo. Sabía lo que le aguardaba al otro lado, así que tomó una bocanada de aire y se internó en el bosque como quien se zambulle en un océano de aguas negras. Al poco emergió al pequeño claro que se abría ante el acantilado, aplastado por el vibrante resplandor del sol.

Y allí seguía, indiferente al paso del tiempo. Bajo aquel cielo luminoso, ya no asustaba, más bien inspiraba la piedad de un animal moribundo. Tenía su

torreta medio derruida, su tejado hundido y sus ventanas cegadas por la mugre. No pudo evitar que su mente regurgitara el recuerdo de aquella tarde maldita en la que había subido hasta allí en bici, acompañado de Sergi, Mateu y Carlos, sus amigos muertos. Pero enseguida lo espantó y, con paso resuelto, atravesó el muro que rodeaba la mansión por el mismo agujero de entonces. Tras cruzar el intrincado jardín, alcanzó el porche, aún más destartado de lo que recordaba. Abrió la puerta empujándola despacio y, con paso trémulo, casi reverente, se aventuró en el interior de la mansión. El amplio vestíbulo estaba tal y como lo recordaba, ocupado en su mayor parte por la madeja de escombros que en otro tiempo había sido la escalera que conducía a la planta superior y parte del desfondado suelo.

Diego recordaba perfectamente dónde estaba ubicado el gabinete del Monstruo. Caminó a través de un entramado de estancias ruinosas, hasta que se detuvo ante la puerta, que seguía abierta, tal y como la habían dejado en su despavorida huida. Cuando entró, el gabinete le pareció mucho más pequeño, aunque igual de siniestro. Allí seguían las estanterías medio desvencijadas, con su carga de libros sobre cirugía, y allí seguía también la mesa donde Sergi había colocado el tablero de ouija. Durante todos aquellos años, nadie se había molestado en llevársela. «He sentido unos dedos helados tocándome el cuello», oyó decir a su amigo, con la voz estrangulada por el miedo, y no pudo evitar que un escalofrío le recorriera el cuerpo, como un eco del pavor que había sentido de niño al oír aquellas mismas palabras.

Pero ya no era un niño, se dijo sin demasiada convicción. Examinó entonces el suelo de madera, intentando recordar cuál sería el tablón suelto, pero no se acordaba. Se acercó a la biblioteca, colocándose en el mismo sitio en el que se había detenido en el pasado y se dirigió entonces hacia la mesa cruzando la estancia en diagonal. Sintió una especie de *déjà-vu* cuando su pie se hundió en el madero suelto, del mismo modo que lo había hecho casi treinta años antes. Aquel paso lo había condenado. Intentando que las manos no le temblaran, Diego apartó el tablón. Lo invadió una especie de vértigo al descubrir que la caja seguía allí. La sacó del agujero y la colocó sobre la mesa sintiendo cómo se le aceleraba el corazón. Esperó unos segundos antes de abrirla, concediéndole a cada paso su tiempo, como si estuviera llevando a

cabo una ceremonia. Cuando finalmente la abrió, descubrió que las siniestras fotos permanecían también allí, ocultas al mundo. Sacó el ajado mazo y se enfrentó de nuevo a la aterradora figura vestida de cirujano que lo había atormentado toda la vida. Había visto aquellas terribles fotos con los ojos de un niño de diez años, y ahora las volvía a mirar con los de un hombre de casi cuarenta, solo para constatar que le resultaban igual de terroríficas. ¿Qué niño no habría tenido pesadillas después de ver aquellas atrocidades?, se dijo, mientras las iba pasando una a una, hasta repasarlas todas.

Volvió a meterlas en la caja y sacó un mechero. Tomó entonces una de las fotos, la que mostraba a una niña hecha de piezas de otras —y que a la larga sería la que inspiraría a la Valentina Claramunt de *Sangre y ámbar*—, y acercó la llama a una de sus esquinas. Cuando el fuego prendió, la arrojó dentro de la caja, para que las llamas se extendiesen al resto. Las contempló arder durante un par de minutos, hasta que se convirtieron en cenizas. Ahora sí, se dijo Diego. Ahora sí que he matado al Monstruo. El círculo se había cerrado.

Salió de la casa y, antes de emprender el descenso, se acercó al acantilado. Era principios de noviembre, pero el aire aún no era lo suficiente frío para resultar desagradable. Era más bien purificador. El sol del mediodía sembraba de diamantes las azules aguas, que parecían fundirse con el cielo allá en el horizonte. Observó algunas embarcaciones espolvoreadas por su refulgente superficie. Desde aquella altura casi se podía apreciar la curvatura del planeta, constatar que era cierto lo que aseguraban los sabios, que la humanidad habitaba un mundo esférico.

Mientras contemplaba el paisaje y respiraba ostentadamente, cargando sus pulmones de aquel aire puro y salobre, Diego se preguntó si había hecho el gilipollas viniendo hasta allí para quemar las fotos del cirujano o, por el contrario, había llevado a cabo un gesto pleno de simbolismo, un acto con el que había puesto fin a una sombría etapa de su vida, la que había inaugurado a los diez años en esa misma casa.

Cientos de veces, a lo largo de su vida adulta, se había preguntado si aquella lejana tarde habían liberado realmente un espíritu malvado o todo había sido una broma de Sergi. Esto último era lo más sensato, lo que había luchado por creer al dejar de ser niño, pese a que las pesadillas habían

continuado, porque, al parecer, su razón nada podía contra su subconsciente. Y suponía que el hecho de que aquellos «terrores nocturnos» remitieran al escribirlos o arreciaran cuando regresaba a Peñafort no se había debido más que a la pura sugestión.

Somos el resultado del niño que fuimos, había leído en alguna parte. Y era cierto. Daba igual lo que creyera el hombre que era ahora. Lo que importaba, lo único que había importado siempre, era lo que había creído el niño que se había encontrado con aquellas piezas —un cirujano malvado, la broma de un amigo, un accidente de tráfico— y cuya mente de escritor advenedizo había encadenado para otorgarles un sentido, un sentido que le había arruinado la vida. Pero, aunque hubiera logrado unir las recurriendo a lo sobrenatural — porque a los diez años lo sobrenatural forma parte indisoluble del mundo, es una opción como otra cualquiera—, ahora sabía que aquellas piezas ni siquiera correspondían al mismo puzle. El accidente de autobús se habría producido aunque ellos no hubieran realizado la sesión de espiritismo, porque no lo había provocado ningún espíritu maligno, sino el azar. Más aún: gracias a esa sesión en la casa embrujada, él no había subido al autobús, salvándose así de morir fatalmente decapitado. En definitiva, Diego Arce no era otra cosa que un precipitado de azar, como la penicilina, y como cualquier ejemplar de la raza humana, cuyo destino se forjaba a golpe de casualidades. Si Héctor no le hubiera dejado tirado en Peñafort, no habría dado clases en el colegio Ágora para niños ricos y, por tanto, jamás habría conocido al chico que diez años después secuestraría a la hija que aún no había concebido, y al que él mataría con el clavo herrumbroso que ya le esperaba pacientemente en los sótanos del casino de la Arrabassada, como un objeto vulgar e inútil en apariencia, pero nuevamente colocado allí por la mano del azar para llevar a cabo una misión que le otorgaría una inesperada relevancia en el intricado tapiz de los destinos de la humanidad, que, por otro lado, era el resultado de una maravillosa casualidad biológica.

El teléfono interrumpió aquellas divagaciones, no sabía si absurdas o filosóficas. Era la madre de Laura. Descolgó enseguida.

—¡Ha despertado, Diego! ¡Laura ha despertado! —exclamó Diana Soler, la emperatriz de las hadas.

Diego dejó escapar un gemido de alivio. Cerró los ojos, profundamente agradecido, mientras las lágrimas comenzaban a correr por sus mejillas y oía las enrevesadas explicaciones que le ofrecía su suegra, entremezcladas de risas y sollozos de alegría. Había sucedido de golpe. Ella había salido un momento con su nieta a buscar un café, y al regresar, allí estaba Laura, con los ojos abiertos, sus increíbles ojos, mirándolas tan tranquila, como si nada hubiera pasado... ¡Ay, esa hija suya, qué susto les había dado!, se quejó la mujer entre grititos de euforia. Los médicos tenían que hacerle pruebas, pero todo parecía estar bien. Sí, ahora estaba despierta. La que se había quedado dormida era la pequeña Ari en brazos de su madre, después de una liberadora sesión de llantos conjunta.

—¿Puedo hablar con ella?

—Por supuesto, cielo —respondió la madre.

Diana le pasó el teléfono a su hija, y Diego, con el pulso tembloroso, oyó una sucesión de sonidos, golpes y murmullos indefinidos, como si la persona al otro lado de la línea no atinara a coger el aparato adecuadamente y se le cayera un par de veces. Finalmente, una voz conocida surcó el espacio hasta aquel acantilado.

—Diego... —Sonaba más ronca de lo habitual, como si estuviera afónica, pero era la voz de Laura, la voz de la mujer que amaba—. Diego... ¿me escuchas?

—Sí, mi amor... —sollozó sin poder evitarlo.

—Ari está aquí... está aquí... conmigo...

—Lo sé, cariño...

—Dice que la has salvado... que mataste al Monstruo...

—Sí, mi amor. Aunque no habría podido hacerlo sin su inestimable colaboración —bromeó.

—¿Dónde estás? ¿Por qué no estás aquí?

Diego pensó en darle alguna excusa que explicara por qué narices no estaba a los pies de la cama de su esposa en coma, esperando a que despertara, pero después cambió de opinión.

—Estoy en Peñafort. Tenía que enterrar al Monstruo. Para siempre.

Al otro lado se hizo el silencio. Diego no supo si se debía a que Laura se

había enfadado al oír su respuesta, la habían asustado sus palabras o simplemente estaba agotada, exhausta por el esfuerzo de volver a la vida y asimilar todo lo que había pasado en su ausencia. Pero de una cosa estaba seguro: nunca volvería a mentir a su mujer.

—¿Y lo has hecho? —la oyó preguntar al cabo de unos segundos.

—Sí.

Otro largo silencio.

—¿Y a qué esperas para venir?

Diego sonrió, mientras las lágrimas le humedecían los labios, saladas como el mar que brillaba frente a él.

—¿Quieres que vaya?

—Sí... ven... por favor... ven con nosotras.

—De acuerdo, cariño —respondió Diego.

Colgó el teléfono y contempló la franja de mar. No sentía ni una brizna de miedo. Por primera vez en su vida no tenía miedo de nada. Había desaparecido. Era como si él también hubiera despertado de un largo sueño. Sonrió y se dirigió al bosque para emprender el descenso de la montaña y acudir lo más rápido posible con su familia. Los monstruos nunca dejaban de acechar y él tenía que proteger a su mujer y a su hija, ahora que ambas habían regresado desde un lugar frío y oscuro. Tan oscuro, qué diablos, como boca de lobo. Y soltando una carcajada ante el irónico uso de aquel lugar común, Diego se dejó abrazar sin miedo por la oscuridad del bosque.

Agradecimientos

Nadie puede escribir una novela solo, y menos una novela policiaca, donde el asesoramiento de alguien del gremio es poco menos que imprescindible. Para este proyecto, yo he tenido la suerte de contar con la ayuda de Marc Pastor, que aparte de trabajar en la policía científica de los Mossos d'Esquadra, es un excelente escritor con cuya obra siento una gran afinidad. Desde aquí le agradezco la paciencia que siempre mostró ante mis numerosas dudas sobre el funcionamiento policial, algunas casi de parvulario. Los errores que seguramente contenga esta novela no son achacables a él, naturalmente, si no a mi decisión de deformar o exagerar algunos detalles en pos del efecto dramático.

También me gustaría darle las gracias a Chiara Conidi, por aquella visita guiada por la Sagrada Familia. Por razones de espacio, solo he podido incluir una mínima parte de lo que me enseñó sobre la basílica, pero fue maravilloso contar con aquel privilegiado refugio una tarde de lluvia.

Otro nombre que debe figurar aquí es el de mi hijo Álex, que me ayudó a encontrar un anagrama adecuado con las letras del scrabble. De no ser por él, yo aún lo estaría buscando.

Y también quiero dar las gracias a todas las personas que, una vez le puse el punto y final, trabajaron para que esta historia llegara a los lectores. Entre ellas Antonia Kerrigan, mi agente, y a su entusiasta equipo, con Hilde Gersen a la cabeza. Y a Anna Soldevila, mi editora, que quiso publicar esta novela desde que la leyó. Espero que sea la primera de muchas aventuras juntos.

Y dejo para el final a MJ, mi amada musa, que sabe cómo hacer que cualquier realidad parezca mágica. Esta novela lleva también su ADN, pues

sin su ayuda sería muy diferente, como demuestra el primer borrador que escribí, que duerme en la cámara acorazada de un banco suizo, lejos de miradas indiscretas, salvaguardando mi reputación de escritor.

Sígueme en <felixpalmaescritor.com>.

El abrazo del monstruo
Félix J. Palma

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Félix J. Palma, 2019

© de la imagen de la cubierta, Adam Graddy Photography / 500px / Getty Images

© Editorial Planeta, S. A. (2019)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-233-5514-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA **NEGRA**



¡Síguenos en redes sociales!



 **El abrazo
del monstruo** Félix J.
Palma



DESTINO